ERIC HOBSBAWM

LA ERA DEL IMPERIO, 1875-1914

CRÍTICA
GRUPO EDITORIAL PLANETA
BUENOS AIRES

Rediseño de tapa: Gustavo Macri
Ilustración: *El Caballero de la Muerte*, miniatura de Jean Colombe, fragmento de Tres Riches Heures del Duque de Berry

909 CDD Hobsbawm, Eric
La era del imperio: 1875-1914.- 6ª ed.1ª reimp.- Buenos Aires : Crítica, 2009.
408 p. ; 21x15 cm.- (Biblioteca E.J. Hobsbawm de Historia Contemporánea)
Traducido por: Juan Faci Lacasta
ISBN 978-987-9317-15-0
1. Historia Contemporánea. I. Faci Lacasta, Juan, trad. II Título

6ª edición, 2007
1ª reimpresión, 2009

Título Original
THE AGE OF EMPIRE
1875-1914
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Traducción castellana de JUAN FACI LACASTA

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús, en octubre de 2009
Tirada: 3000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-15-0

PREFACIO

Este libro, aunque ha sido escrito por un historiador profesional, no está dirigido a los especialistas, sino a cuantos desean comprender el mundo y creen que la historia es importante para conseguir ese objetivo. Su propósito no es decir a los lectores exactamente qué ocurrió en el mundo en los cuarenta años anteriores a la primera guerra mundial, pero tengo la esperanza de que la lectura de sus páginas permita al lector formarse una idea de ese período. Si se desea profundizar más, es fácil hacerlo recurriendo a la abundante y excelente bibliografía para quien muestre un interés por la historia. Algunas de esas obras se indican en la guía bibliográfica que figura al final del libro.

*Lo que he intentado conseguir en esta obra, así como en los dos volúmenes que la precedieron (*La era de la revolución, 1789-1848 *y* La era del capital, 1848-1875*), es comprender y explicar el siglo* XIX *y el lugar que ocupa en la historia, comprender y explicar un mundo en proceso de transformación revolucionaria, buscar las raíces del presente en el suelo del pasado y, especialmente, ver el pasado como un todo coherente más que (como con tanta frecuencia nos vemos forzados a contemplarlo a consecuencia de la especialización histórica) como una acumulación de temas diferentes: la historia de diferentes estados, de la política, de la economía, de la cultura o de cualquier otro tema. Desde que comencé a interesarme por la historia, siempre he deseado saber cómo y por qué están relacionados todos estos aspectos del pasado (o del presente).*

Por tanto, este libro no es (excepto de forma coyuntural) una narración o una exposición sistemática y menos aún una exhibición de erudición. Hay que verlo como el desarrollo de un argumento o, más bien, como la búsqueda de un tema esencial a lo largo de los diferentes capítulos. Al lector le corresponde juzgar si el intento del autor resulta convincente, aunque he hecho todo lo posible para que sea accesible a los no historiadores.

Es imposible reconocer todas mis deudas con los numerosos autores en cuyas obras he entrado a saco, aunque con frecuencia esté en desacuerdo con ellos, y menos aún mis deudas respecto a las ideas que a lo largo de los años han surgido como consecuencia de la conversación con mis colegas y alumnos. Si reconocen sus ideas y observaciones, cuando menos podrán responsabilizarme a mí de haberlas expuesto erróneamente o de haber equivo-

cado los hechos, como, sin duda, me ha ocurrido algunas veces. Con todo, estoy en situación de mostrar mi agradecimiento a quienes han hecho posible plasmar en un libro mi prolongado interés en el tiempo por este período. El Collège de France me permitió elaborar una especie de primer borrador en forma de un curso de 13 conferencias en 1982; he de mostrar mi agradecimiento a tan excelsa institución y a Emmanuel Le Roy Ladurie, que promovió la invitación. El Leverhulme Trust me concedió un Emeritus Fellowship *en 1983-1985, que me permitió obtener ayuda para la investigación. La Maison des Sciences de l'Homme y Clemens Heller en París, así como el Instituto Mundial para el Desarrollo de la Investigación Económica de la Universidad de las Naciones Unidas y la Fundación Macdonnell, me dieron la oportunidad de disfrutar de unas cuantas semanas de paz y serenidad para poder terminar el texto, en 1986. Entre quienes me ayudaron en la investigación, estoy especialmente agradecido a Susan Haskins, a Vanessa Marshall y a la doctora Jenna Park. Francis Haskell leyó el capítulo referido al arte, Alan Mackay los relacionados con las ciencias y Pat Thane el que trata de la emancipación de la mujer. Ellos me permitieron evitar algunos errores, aunque me temo que no todos. André Schiffrin leyó todo el manuscrito en calidad de amigo y de persona culta no experta a quien está dirigido el texto. Durante muchos años fui profesor de historia de Europa en el Birkbeck College, en la Universidad de Londres, y creo que sin esa experiencia no me hubiera sido posible concebir la historia del siglo XIX como parte de la historia universal. Por esta razón dedico este libro a aquellos alumnos.*

INTRODUCCIÓN

> La memoria es la vida. Siempre reside en grupos de personas que viven y, por tanto, se halla en permanente evolución. Está sometida a la dialéctica del recuerdo y el olvido, ignorante de sus deformaciones sucesivas, abierta a todo tipo de uso y manipulación. A veces permanece latente durante largos períodos, para luego revivir súbitamente. La historia es la siempre incompleta y problemática reconstrucción de lo que ya no está. La memoria pertenece siempre a nuestra época y constituye un lazo vivido con el presente eterno; la historia es una representación del pasado.
>
> PIERRE NORA, 1984[1]

> Es poco probable que la simple reconstrucción de los acontecimientos, incluso a escala mundial, permita una mejor comprensión de las fuerzas en acción en el mundo actual, a no ser que al mismo tiempo seamos conscientes de los cambios estructurales subyacentes. Lo que necesitamos, ante todo, es un nuevo marco y nuevos términos de referencia. Esto es lo que intentará aportar este libro.
>
> GEOFFREY BARRACLOUGH, 1964[2]

I

En el verano de 1913, una joven terminó sus estudios en la escuela secundaria en Viena, capital del imperio austrohúngaro. Este era aún un logro poco común entre las muchachas centroeuropeas. Para celebrar el acontecimiento, sus padres decidieron ofrecerle un viaje por el extranjero y, dado que era impensable que una joven respetable de 18 años pudiera encontrarse sola, expuesta a posibles peligros y tentaciones, buscaron un pariente adecuado que pudiera acompañarla. Afortunadamente, entre las diferentes familias emparentadas que durante las generaciones anteriores habían marchado a Occidente para conseguir prosperidad y educación desde diferentes pequeñas poblaciones de Polonia y Hungría, había una que había conseguido éxitos brillantes. El tío Alberto había conseguido hacerse con una cadena de tiendas en el levante mediterráneo: Constantinopla, Esmirna, Alepo y Alejandría. En los albores del si-

glo XX existía la posibilidad de hacer múltiples negocios en el imperio otomano y en el Próximo Oriente y desde hacía mucho tiempo Austria era, ante el mundo oriental, el escaparate de los negocios de la Europa oriental. Egipto era, a un tiempo, un museo viviente adecuado para la formación cultural y una comunidad sofisticada de la cosmopolita clase media europea, con la que la comunicación era fácil por medio del francés, que la joven y sus hermanas habían perfeccionado en un colegio de las proximidades de Bruselas. Naturalmente, en ese país vivían también los árabes. El tío Alberto se mostró feliz de recibir a su joven pariente, que viajó a Egipto en un barco de vapor de la Lloyd Triestino, desde Trieste, que era a la sazón el puerto más importante del imperio de los Habsburgo, y casualmente, también el lugar de residencia de James Joyce. Esa joven era la futura madre del autor de este libro.

Unos años antes, un muchacho se había dirigido también a Egipto, en este caso desde Londres. Su entorno familiar era mucho más modesto. Su padre, que había emigrado a Inglaterra desde la Polonia rusa en el decenio de 1870, era un ebanista que se ganaba difícilmente la vida en Londres y Manchester, para sustentar a una hija de su primer matrimonio y a ocho niños del segundo, la mayor parte de los cuales habían nacido en Inglaterra. Excepto a uno de los hijos, a ninguno le atraía el mundo de los negocios ni estaba dotado para esa actividad. Sólo el más joven pudo conseguir una buena educación, llegando a ser ingeniero de minas en Suramérica, que en ese momento era una parte no formal del imperio británico. No obstante, todos ellos mostraban un inusitado interés por la lengua y la cultura inglesas y se asimilaron a Inglaterra con entusiasmo. Uno llegó a ser actor, otro continuó con el negocio familiar, un tercero se convirtió en maestro y otros dos se enrolaron en la cada vez más importante administración pública, en el servicio de correos. Inglaterra había ocupado recientemente Egipto (1882) y, en consecuencia, uno de los hermanos se vio representando a una pequeña parte del imperio británico, es decir, al servicio de correos y telégrafos egipcio en el delta del Nilo. Sugirió que Egipto podía resultar conveniente para otro de sus hermanos, cuya preparación principal para la vida le habría podido servir de forma excelente si no hubiera tenido que ganarse el sustento: era inteligente, agradable, con talento para la música y un consumado deportista, así como un boxeador de gran nivel de los pesos ligeros. De hecho, era exactamente el tipo de ciudadano inglés que podría encontrar y conservar un puesto en una compañía de navegación mucho más fácilmente «en las colonias» que en ningún otro lugar.

Ese joven era el futuro padre del autor de esta obra, que conoció así a su futura esposa en el lugar en el que les hizo coincidir la economía y la política de la era del imperio, por no mencionar su historia social: presumiblemente en el club deportivo de las afueras de Alejandría, cerca del cual establecerían su primer hogar. Es de todo punto improbable que un encuentro como ese hubiera ocurrido en el mismo lugar o hubiera acabado en la boda de dos personas de esas características en cualquier otro período de la historia anterior al que estudiamos en este libro. El lector debería ser capaz de descubrir la causa.

Pero hay una razón de más peso para comenzar esta obra con una anécdota autobiográfica. En todos nosotros existe una zona de sombra entre la historia y la memoria; entre el pasado como registro generalizado, susceptible de un examen relativamente desapasionado, y el pasado como una parte recordada o como trasfondo de la propia vida del individuo. Para cada ser humano, esa zona se extiende desde el momento en que comienzan los recuerdos o tradiciones familiares vivos —por ejemplo, desde la primera fotografía familiar que el miembro de mayor edad de la familia puede identificar o explicar— hasta que termina la infancia, cuando los destinos público y privado son considerados inseparables y mutuamente determinantes («Le conocí poco antes de que terminara la guerra»; «Kennedy debió de morir en 1963, porque era cuando todavía estaba en Boston»). La longitud de esa zona puede ser variable, así como la oscuridad y vaguedad que la caracterizan. Pero siempre existe esa especie de tierra de nadie en el tiempo. Para los historiadores, y para cualquier otro, siempre es la parte de la historia más difícil de comprender. Para el autor de este libro, que nació a finales de la primera guerra mundial y cuyos padres tenían 33 y 19 años respectivamente en 1914, la era del imperio queda en esa zona de sombras.

Pero eso es cierto no sólo respecto a los individuos, sino también a las sociedades. El mundo en el que vivimos es todavía, en gran medida, un mundo hecho por hombres y mujeres que nacieron en el período que estudiamos en este libro o inmediatamente después. Tal vez esto comienza a dejar de ser cierto cuando el siglo XX está llegando a su fin —¿quién puede estar seguro?—, pero, desde luego, lo era en los dos primeros tercios de este siglo.

Consideremos, por ejemplo, una serie de nombres de políticos que han de ser incluidos entre quienes han dado forma al siglo XX. En 1914, Vladimir Ilyich Ulyanov (Lenin) tenía 44 años; José Vissarionovich Dzhugashvili (Stalin), 35; Franklin Delano Roosevelt, 30; J. Maynard Keynes, 32; Adolf Hitler, 25; Konrad Adenauer (creador de la República Federal de Alemania después de 1945), 38. Winston Churchill tenía 40; Mahatma Gandhi, 45; Jawaharlal Nehru, 25; Mao Tse-tung, 21; Ho Chi Minh, 22, la misma edad que Josip Broz (Tito) y que Francisco Franco Bahamonde, es decir, dos años más joven que Charles de Gaulle y nueve años más joven que Benito Mussolini. Consideremos ahora algunas figuras de importancia en el campo de la cultura. La consulta del *Dictionary of Modern Thought*, publicado en 1977, arroja el siguiente resultado:

Personas nacidas en 1914 y posteriormente	23 %
Personas activas en 1880-1914 o adultas en 1914	45 %
Personas nacidas en 1900-1914	17 %
Personas activas antes de 1880	15 %

Sin duda ninguna, aquellos que realizaron esa recopilación transcurridas las tres cuartas partes del siglo XX consideraban todavía la era del imperio como la más significativa en la formación del pensamiento moderno vigente

en ese momento. Estemos o no de acuerdo con ese punto de vista, no hay duda respecto a su significación histórica.

En consecuencia, no son sólo los escasos supervivientes con una vinculación directa con los años anteriores a 1914 quienes han de afrontar el paisaje de su zona de sombras privada, sino también, de forma más impersonal, todo aquel que vive en el mundo del decenio de 1980, en la medida en que éste ha sido modelado por el período que condujo a la segunda guerra mundial. No pretendo afirmar que el pasado más remoto carezca de significación para nosotros, sino que nuestra relación con ese pasado es diferente. Cuando se trata de épocas remotas sabemos que nos situamos ante ellas como individuos extraños y ajenos, como puedan serlo los antropólogos occidentales que van a investigar la vida de las tribus papúas de las montañas. Cuando esas épocas son cronológica, geográfica o emocionalmente lo bastante remotas, sólo pueden sobrevivir a través de los restos inanimados de los muertos: palabras y símbolos escritos, impresos o grabados; objetos materiales o imágenes. Además, si somos historiadores, sabemos que lo que escribimos sólo puede ser juzgado y corregido por otros extraños para quienes «el pasado también es otro país».

Ciertamente, nuestro punto de partida son los supuestos de nuestra época, lugar y situación, y tendemos a dar forma al pasado según nuestros propios términos, viendo únicamente lo que el presente permite distinguir a nuestros ojos y lo que nuestra perspectiva nos permite reconocer. Sin embargo, afrontamos nuestra tarea con los instrumentos materiales habituales de nuestro oficio, trabajamos sobre los archivos y otras fuentes primarias, leemos una ingente bibliografía y nos abrimos paso a través de los debates y desacuerdos acumulados de generaciones de nuestros predecesores, a través de las cambiantes modas y fases de interpretación e interés, siempre curiosos, siempre (así hay que esperarlo) planteando interrogantes. Pero no es mucho lo que encontramos en nuestro camino, excepto a otros contemporáneos argumentando como extraños sobre un pasado que no forma parte ya de la memoria. En efecto, incluso lo que creemos recordar sobre la Francia de 1789 o la Inglaterra de Jorge III es lo que hemos aprendido de segunda o de quinta mano a través de los pedagogos, oficiales o informales.

Cuando los historiadores intentan estudiar un período del cual quedan testigos sobrevivientes se enfrentan, y en el mejor de los casos se complementan, dos conceptos diferentes de la historia: el erudito y el existencial, los archivos y la memoria personal. Cada individuo es historiador de su propia vida conscientemente vivida, en la medida en que forma en su mente una idea de ella. En casi todos los sentidos, se trata de un historiador poco fiable, como sabe todo aquel que se ha aventurado en la «historia oral», pero cuya contribución es fundamental. Sin duda, los estudiosos que entrevistan a viejos soldados o políticos consiguen más información, y más fiable, sobre lo que aconteció en las fuentes escritas que a través de lo que pueda recordar la fuente oral, pero es posible que no interpreten correctamente esa información. Y a diferencia, por ejemplo, del historiador de las cruzadas, el historiador de la segunda guerra mundial puede ser corregido por aquellos que, apoyándose en sus recuerdos, mueven negativamente la cabeza y le dicen: «No ocurrió así en absoluto». Ahora bien, lo cierto es que ambas versiones de la historia así enfrentadas son, en sentidos diferentes, construcciones coherentes del pasado, sostenidas conscientemente como tales y, cuando menos, potencialmente capaces de definición.

Pero la historia de esa zona de sombras a la que antes hacíamos referencia es diferente. Es, en sí misma, una historia del pasado incoherente, percibida de forma incompleta, a veces más vaga, otras veces aparentemente precisa, siempre transmitida por una mezcla de conocimiento y de recuerdo de segunda mano forjado por la tradición pública y privada. En efecto, es todavía parte de nosotros, pero ya queda fuera de nuestro alcance personal. Es como esos abigarrados mapas antiguos llenos de perfiles poco fiables y espacios en blanco, enmarcados por monstruos y símbolos. Los monstruos y los símbolos son amplificados por los medios modernos de comunicación de masas, porque el mismo hecho de que la zona de sombras sea importante para nosotros la sitúa también en el centro de sus preocupaciones. Gracias a ello, esas imágenes fragmentarias y simbólicas se hacen duraderas, al menos en el mundo occidental: el *Titanic*, que conserva todavía toda su fuerza, ocupando los titulares de los periódicos tres cuartos de siglo después de su hundimiento, constituye un ejemplo notable. Cuando centramos la atención en el período que concluyó en la primera guerra mundial, esas imágenes que acuden a nuestra mente son mucho más difíciles de separar de una determinada interpretación de ese período que, por ejemplo, las imágenes y anécdotas que los no historiadores solían relacionar con un pasado más remoto: Drake jugando a los bolos mientras la Armada Invencible se aproximaba a Inglaterra, el collar de diamantes de María Antonieta, Washington cruzando el Delaware. Ninguna de ellas influye lo más mínimo en el historiador serio. Son ajenas a nosotros, pero ¿podemos estar seguros, incluso como profesionales, de que contemplamos con la misma frialdad las imágenes mitificadas de la era del imperio: el *Titanic*, el terremoto de San Francisco, el caso Dreyfus? Rotundamente, no, a juzgar por el centenario de la estatua de la Libertad.

Más que ningún otro período, la era del imperio ha de ser desmitificada, precisamente porque nosotros —y en ese nosotros hay que incluir a los historiadores— ya no formamos parte de ella, pero no sabemos hasta qué punto una parte de esa época está todavía presente en nosotros. Ello no significa que ese período deba ser desacreditado (actividad en la que esa época fue pionera).

II

La necesidad de una perspectiva histórica es tanto más urgente cuanto que en estos finales del siglo XX mucha gente está todavía implicada apasionadamente en el período que concluyó en 1914, probablemente porque agosto de 1914 constituye uno de los indudables «puntos de inflexión naturales» en

la historia. Fue considerado como el final de una época por los contemporáneos y esa conclusión está vigente todavía. Es perfectamente posible rechazar esa idea e insistir en las continuidades que se manifiestan en los años de la primera guerra mundial. Después de todo, la historia no es como una línea de autobuses en la que el vehículo cambia a todos los pasajeros y al conductor cuando llega a la última parada. Sin embargo, lo cierto es que si hay fechas que no son una mera convención a efectos de la periodización, agosto de 1914 es una de ellas. Muchos pensaron que señalaba el final de un mundo hecho por y para la burguesía. Indica el final del «siglo XIX largo» con que los historiadores han aprendido a operar y que ha sido el tema de estudio de tres volúmenes, de los cuales este es el último.

Sin ninguna duda, esta es la razón por la que ha atraído a una legión de historiadores, aficionados y profesionales: a especialistas de la cultura, la literatura y el arte; a biógrafos, directores de cine y responsables de programas de televisión, así como a diseñadores de moda. Me atrevería a decir que durante los últimos quince años, en el mundo de habla inglesa ha aparecido un título importante cada mes —libro o artículo— sobre el período que se extiende entre 1880 y 1914. La mayor parte de ellos están dirigidos a historiadores u otros especialistas, pues, como hemos visto, ese período no es sólo fundamental para el desarrollo de la cultura moderna, sino que además constituye el marco para una serie de debates apasionados de historia, nacional o internacional, iniciados en su mayor parte en los años anteriores a 1914: sobre el imperialismo, sobre el desarrollo del movimiento obrero y socialista, sobre el problema del declive económico de Inglaterra o sobre la naturaleza y orígenes de la revolución rusa, por mencionar tan sólo algunos. Por razones obvias, el tema que se conoce con más profundidad es el de los orígenes de la primera guerra mundial, al que se han dedicado ya varios millares de libros y que continúa siendo objeto de numerosos estudios. Es un tema que sigue estando vivo, porque lamentablemente el de los orígenes de las guerras mundiales no ha dejado de estar vigente desde 1914. De hecho, en ningún caso es más evidente que en la historia de la época del imperio el vínculo entre las preocupaciones del pasado y del presente.

Si dejamos aparte los estudios puramente monográficos, podemos dividir a los autores que han escrito sobre este período en dos categorías: los que miran hacia atrás y los que dirigen su mirada hacia adelante. Cada una de esas categorías tiende a concentrarse en uno de los dos rasgos más obvios del período. Por una parte, este período parece extraordinariamente remoto y sin posible retorno cuando se considera desde el otro lado del cañón infranqueable de agosto de 1914. Al mismo tiempo, paradójicamente, muchos de los aspectos característicos de las postrimerías del siglo XX tienen su origen en los últimos treinta años anteriores a la primera guerra mundial. *The Proud Tower*, de Barbara Tuchman, exitoso «relato del mundo antes de la guerra (1890-1914)» es, tal vez, el ejemplo mejor conocido del primer género, mientras que el estudio de Alfred Chandler sobre la génesis de la dirección corporativa moderna, *The Visible Hand*, puede representar al segundo.

Tanto desde el punto de vista cuantitativo como del de la circulación de sus trabajos predominan los representantes de la primera tendencia apuntada. El pasado irrecuperable plantea un desafío a los buenos historiadores, que saben que no puede ser comprendido en términos anacrónicos, pero conlleva también la fuerte tentación de la nostalgia. Los menos perceptivos y más sentimentales intentan constantemente revivir los atractivos de una época que en la memoria de las clases medias y altas ha aparecido rodeada de una aureola dorada: la llamada *belle époque*. Naturalmente, este es el enfoque que han adoptado los animadores y realizadores de los medios de comunicación, los diseñadores de moda y todos aquellos que abastecen a los grandes consumidores. Probablemente, esta es la versión del período que estudiamos más familiar para el público en general, a través del cine y la televisión. Es totalmente insuficiente, aunque sin duda capta un aspecto visible del período que, después de todo, puso en boga términos tales como *plutocracia* y *clase ociosa*. Cabe preguntarse si esa versión es más o menos inútil que la todavía más nostálgica, pero intelectualmente más sofisticada, de los autores que intentan demostrar que el paraíso perdido tal vez no se habría perdido de no haber sido por algunos errores evitables o accidentes impredecibles, sin los cuales no habría existido guerra mundial, Revolución rusa ni cualquier otro aspecto al que se responsabilice de la pérdida del mundo antes de 1914.

Otros historiadores adoptan el punto de vista opuesto al de la gran discontinuidad, destacando el hecho de que gran parte de los aspectos más característicos de nuestra época se originaron, en ocasiones de forma totalmente súbita, en los decenios anteriores a 1914. Buscan esas raíces y anticipaciones de nuestra época, que son evidentes. En la política, los partidos socialistas, que ocupan los gobiernos o son la primera fuerza de oposición en casi todos los estados de la Europa occidental, son producto del período que se extiende entre 1875 y 1914, al igual que una rama de la familia socialista, los partidos comunistas, que gobiernan los regímenes de la Europa oriental.* Otro tanto ocurre respecto al sistema de elección de los gobiernos mediante elección democrática, respecto a los modernos partidos de masas y los sindicatos obreros organizados a nivel nacional, así como con la legislación social.

Bajo el nombre de *modernismo*, la vanguardia de ese período protagonizó la mayor parte de la elevada producción cultural del siglo XX. Incluso ahora, cuando algunas vanguardias u otras escuelas no aceptan ya esa tradición, todavía se definen utilizando los mismos términos de lo que rechazan (*posmodernismo*). Mientras tanto, la cultura de la vida cotidiana está dominada todavía por tres innovaciones que se produjeron en ese período: la industria de la publicidad en su forma moderna, los periódicos o revistas modernos de circulación masiva y (directamente o a través de la televisión) el cine. Es cierto que la ciencia y la tecnología han recorrido un largo camino desde 1875-1914, pero en el campo científico existe una evidente continuidad entre

* Los partidos comunistas que gobiernan en el mundo no europeo se formaron según ese modelo, pero después del período que estudiamos.

la época de Planck, Einstein y el joven Niels Bohr y el momento actual. En cuanto a la tecnología, los automóviles de gasolina y los ingenios voladores que aparecieron por primera vez en la historia en el período que estudiamos, dominan todavía nuestros paisajes y ciudades. La comunicación telefónica y radiofónica inventada en ese período se ha perfeccionado, pero no ha sido superada. Es posible que los últimos decenios del siglo XX no encajen ya en el marco establecido antes de 1914, marco que, sin embargo, es válido todavía a efectos de orientación.

Pero no es suficiente presentar la historia del pasado en estos términos. Sin duda, la cuestión de la continuidad y discontinuidad entre la era del imperio y el presente todavía es relevante, pues nuestras emociones están vinculadas directamente con esa sección del pasado histórico. Sin embargo, desde el punto de vista del historiador, la continuidad y la discontinuidad son asuntos triviales si se consideran aisladamente. ¿Cómo hemos de situar ese período? Después de todo, la relación del pasado y el presente es esencial en las preocupaciones tanto de quienes escriben como de los que leen la historia. Ambos desean, o deberían desear, comprender de qué forma el pasado ha devenido en el presente y ambos desean comprender el pasado, siendo el principal obstáculo que no es como el presente.

La era del imperio, aunque constituya un libro independiente, es el tercero y último volumen de lo que se ha convertido en un análisis general del siglo XIX en la historia del mundo, es decir, para los historiadores el «siglo XIX largo» que se extiende desde aproximadamente 1776 hasta 1914. La idea original del autor no era embarcarse en un proyecto tan ambicioso. Pero si los tres volúmenes escritos en intervalos a lo largo de los años y, excepto el último, no concebidos como parte de un solo proyecto, tienen alguna coherencia, la tienen porque comparten una concepción común de lo que fue el siglo XIX. Y así como esa concepción común ha permitido relacionar *La era de la revolución* con *La era del capital* y ambos con *La era del imperio* —y espero haberlo conseguido—, debe ayudar también a relacionar la era del imperio con el período que le sucedió.

El eje central en torno al cual he intentado organizar la historia de la centuria es el triunfo y la transformación del capitalismo en la forma específica de la sociedad burguesa en su versión liberal. La historia comienza con el doble hito de la primera revolución industrial en Inglaterra, que estableció la capacidad ilimitada del sistema productivo, iniciado por el capitalismo, para el desarrollo económico y la penetración global, y la revolución política francoamericana, que estableció los modelos de las instituciones públicas de la sociedad burguesa, complementados con la aparición prácticamente simultánea de sus más característicos —y relacionados— sistemas teóricos: la economía política clásica y la filosofía utilitaria. El primer volumen de esta historia, *La era de la revolución, 1789-1848*, está estructurado en torno a ese concepto de una «doble revolución».

Esto llevó a la confiada conquista del mundo por la economía capitalista conducida por su clase característica, «la burguesía», y bajo la bandera de su

expresión intelectual característica, la ideología del liberalismo. Este es el tema central del segundo volumen, que cubre el breve período transcurrido entre las revoluciones de 1848 y el comienzo de la depresión de 1870, cuando las perspectivas de la sociedad inglesa y su economía parecían poco problemáticas dada la importancia de los triunfos alcanzados. En efecto, bien las resistencias políticas de los «antiguos regímenes» contra los cuales se había desencadenado la Revolución francesa habían sido superadas, o bien esos regímenes parecían aceptar la hegemonía económica, institucional y cultural de la burguesía triunfante. Desde el punto de vista económico, las dificultades de una industrialización y de un desarrollo económico limitado por la estrechez de su base de partida fueron superadas en gran medida por la difusión de la transformación industrial y por la extraordinaria ampliación de los mercados. En el aspecto social, los descontentos explosivos de las clases pobres durante el período revolucionario se limitaron. En definitiva, parecían haber desaparecido los grandes obstáculos para un progreso de la burguesía continuado y presumiblemente ilimitado. Las posibles dificultades derivadas de las contradicciones internas de ese progreso no parecían causar todavía una ansiedad inmediata. En Europa había menos socialistas y revolucionarios sociales en ese período que en ningún otro.

Por otra parte, la era del imperio se halla dominada por esas contradicciones. Fue una época de paz sin precedentes en el mundo occidental, que al mismo tiempo generó una época de guerras mundiales también sin precedentes. Pese a las apariencias, fue una época de creciente estabilidad social en el ámbito de las economías industriales desarrolladas que permitió la aparición de pequeños núcleos de individuos que con una facilidad casi insultante se vieron en situación de conquistar y gobernar vastos imperios, pero que inevitablemente generó en los márgenes de esos imperios las fuerzas combinadas de la rebelión y la revolución que acabarían con esa estabilidad. Desde 1914 el mundo está dominado por el miedo —y, en ocasiones, por la realidad— de una guerra global y por el miedo (o la esperanza) de la revolución, ambos basados en las situaciones históricas que surgieron directamente de la era del imperio.

En ese período aparecieron los movimientos de masas organizados de los trabajadores, característicos del capitalismo industrial y originados por él, que exigieron el derrocamiento del capitalismo. Pero surgieron en el seno de unas economías muy florecientes y en expansión y en los países en que tenían mayor fuerza, en una época en que probablemente el capitalismo les ofrecía unas condiciones algo menos duras que antes. En este período, las instituciones políticas y culturales del liberalismo burgués se ampliaron a las masas trabajadoras de las sociedades burguesas, incluyendo también (por primera vez en la historia) a la mujer, pero esa extensión se realizó al precio de forzar a la clase fundamental, la burguesía liberal, a situarse en los márgenes del poder político. En efecto, las democracias electorales, producto inevitable del progreso liberal, liquidaron el liberalismo burgués como fuerza política en la mayor parte de los países. Fue un período de profunda cri-

sis de identidad y de transformación para una burguesía cuyos fundamentos morales tradicionales se hundieron bajo la misma presión de sus acumulaciones de riqueza y su confort. Su misma existencia como clase dominadora se vio socavada por la transformación del sistema económico. Las personas jurídicas (es decir, las grandes organizaciones o compañías), propiedad de accionistas y que empleaban a administradores y ejecutivos, comenzaron a sustituir a las personas reales y a sus familias, que poseían y administraban sus propias empresas.

La historia de la era del imperio es un recuento sin fin de tales paradojas. Su esquema básico, tal como lo vemos en este trabajo, es el de la sociedad y el mundo del liberalismo burgués avanzando hacia lo que se ha llamado su «extraña muerte», conforme alcanza su apogeo, víctima de las contradicciones inherentes a su progreso.

Más aún, la vida cultural e intelectual del período muestra una curiosa conciencia de ese modelo, de la muerte inminente de un mundo y la necesidad de otro nuevo. Pero lo que da a este período su tono y sabor peculiares es el hecho de que los cataclismos que habían de producirse eran esperados, y al mismo tiempo resultaban incomprendidos y no creídos. La guerra mundial tenía que producirse, pero nadie, ni siquiera el más cualificado de los profetas, comprendía realmente el tipo de guerra que sería. Y cuando finalmente el mundo se vio al borde del abismo, los dirigentes se precipitaron en él sin dar crédito a lo que sucedía. Los nuevos movimientos socialistas eran revolucionarios, pero para la mayor parte de ellos la revolución era, en cierto sentido, la consecuencia lógica y necesaria de la democracia burguesa que hacía que las decisiones, antes en manos de unos pocos, fueran compartidas cada vez por un mayor número de individuos. Y para aquellos que esperaban una insurrección real se trataba de una batalla cuyo objetivo sólo podía ser, fundamentalmente, el de conseguir la democracia burguesa como un paso previo para alcanzar otras metas más ambiciosas. Así pues, los revolucionarios se mantuvieron en el seno de la era del imperio, aunque se preparaban para trascenderla.

En el campo de las ciencias y las artes, las ortodoxias del siglo XIX estaban siendo superadas, pero en ningún otro período hubo más hombres y mujeres, educados y conscientemente intelectuales, que creyeran más firmemente en lo que incluso las pequeñas *vanguardias* estaban rechazando. Si en el período anterior a 1914 se hubiera contabilizado en una encuesta, en los países desarrollados, el número de los que tenían esperanza frente a los que auguraban malos presagios, el de los optimistas frente a los pesimistas, sin duda la esperanza y el optimismo habrían prevalecido. Paradójicamente, su número habría sido proporcionalmente mayor en el nuevo siglo, cuando el mundo occidental se aproximaba a 1914, que en los últimos decenios del siglo anterior. Pero, ciertamente, ese optimismo incluía no sólo a quienes creían en el futuro del capitalismo, sino también a aquellos que aspiraban a hacerlo desaparecer.

No hay nada nuevo o peculiar en ese esquema histórico del desarrollo socavando sus propios cimientos. De esta forma se producen las transformaciones históricas endógenas y siguen produciéndose ahora. Lo que es peculiar durante el siglo XIX largo es el hecho de que las fuerzas titánicas y revolucionarias de ese período, que cambiaron radicalmente el mundo, eran transportadas en un vehículo específico y peculiar y frágil desde el punto de vista histórico. De la misma forma que la transformación de la economía mundial estuvo, durante un período breve pero fundamental, identificada con los avatares de un estado medio —Gran Bretaña—, también el desarrollo del mundo contemporáneo se identificó temporalmente con el de la sociedad burguesa liberal del siglo XIX. La misma amplitud del triunfo de las ideas, valores, supuestos e instituciones asociados con ella en la época del capitalismo indica la naturaleza históricamente transitoria de ese triunfo.

Este libro estudia el momento histórico en que se hizo evidente que la sociedad y la civilización creadas por y para la burguesía liberal occidental representaban no la forma permanente del mundo industrial moderno, sino tan sólo una fase de su desarrollo inicial. Las estructuras económicas que sustentan el mundo del siglo XX, incluso cuando son capitalistas, no son ya las de la «empresa privada» en el sentido que aceptaron los hombres de negocios en 1870. La revolución cuyo recuerdo domina el mundo desde la primera guerra mundial no es ya la Revolución francesa de 1789. La cultura que predomina no es la cultura burguesa como se hubiera entendido antes de 1914. El continente que en ese momento constituía su fuerza económica, intelectual y militar no ocupa ya esa posición. Ni la historia en general ni la historia del capitalismo en particular terminaron en 1914, aunque una parte importante del mundo abrazó un tipo de economía radicalmente diferente como consecuencia de la revolución. La era del imperio, o el imperialismo como lo llamó Lenin, no era «la última etapa» del capitalismo, pero de hecho Lenin nunca afirmó que lo fuera. Sólo afirmó, en su primera versión de su influyente panfleto, que era «la más reciente» fase del capitalismo.* Sin embargo, no es difícil entender por qué muchos observadores —y no sólo observadores hostiles a la sociedad burguesa— podían sentir que el período de la historia en el que vivieron en los últimos decenios anteriores a la primera guerra mundial era algo más que una simple fase de desarrollo. En una u otra forma parecía anticipar y preparar un mundo diferente. Y así ha ocurrido desde 1914, aunque no en la forma esperada y anunciada por la mayor parte de los profetas. No hay retorno al mundo de la sociedad burguesa liberal. Los mismos llamamientos que se hacen en las postrimerías del siglo XX para revivir el espíritu del capitalismo del siglo XIX atestiguan la imposibilidad de hacerlo. Para bien o para mal, desde 1914 el siglo de la burguesía pertenece a la historia.

* Después de su muerte fue rebautizado con la expresión «la etapa más elevada».

1. LA REVOLUCIÓN CENTENARIA

> «Hogan es un profeta ... Un profeta, Hinnissy, es un hombre que predice los problemas ... Hogan es hoy el hombre más feliz del mundo, pero mañana algo ocurrirá.»
>
> *Mr. Dooley Says*, 1910[1]

I

Los centenarios son una invención de finales del siglo XIX. En algún momento entre el centenario de la Revolución norteamericana (1876) y el de la Revolución francesa (1889) —celebrados ambos con las habituales exposiciones internacionales— los ciudadanos educados del mundo occidental adquirieron conciencia del hecho de que este mundo, nacido entre la Declaración de Independencia, la construcción del primer puente de hierro del mundo y el asalto de la Bastilla tenía ya un siglo de antigüedad. ¿Qué comparación puede establecerse entre el mundo de 1880 y el de 1780?*

En primer lugar, se conocían todas las regiones del mundo, que habían sido más o menos adecuada o aproximadamente cartografiadas. Con algunas ligeras excepciones, la exploración no equivalía ya a «descubrimiento», sino que era una forma de empresa deportiva, frecuentemente con fuertes elementos de competitividad personal o nacional, tipificada por el intento de dominar el medio físico más riguroso e inhóspito del Ártico y el Antártico. El estadounidense Peary fue el vencedor en la carrera por alcanzar el polo norte en 1909, frente a la competencia de ingleses y escandinavos; el noruego Amundsen alcanzó el polo sur en 1911, un mes antes de que lo hiciera el desventurado capitán inglés Scott. (Ninguno de los dos logros tuvo ni pretendía tener consecuencias prácticas.) Gracias al ferrocarril y a los barcos de vapor, los viajes intercontinentales y transcontinentales se habían reducido a cuestión de semanas en lugar de meses, excepto en las grandes extensiones de África, del Asia continental y en algunas zonas del interior de Suramérica, y a no tardar llegaría a ser cuestión de días: con la terminación del ferrocarril transiberiano en 1904 sería posible viajar desde París a Vladivostok en

* En *La era de la revolución*, capítulo 1, se analiza ese mundo más antiguo.

quince o dieciséis días. El telégrafo eléctrico permitía el intercambio de información por todo el planeta en sólo unas pocas horas. En consecuencia, un número mucho mayor de hombres y mujeres del mundo occidental —pero no sólo ellos— se vieron en situación de poder viajar y comunicarse en largas distancias con mucha mayor facilidad. Mencionemos tan sólo un caso que habría sido considerado como una fantasía absurda en la época de Benjamin Franklin. En 1879, casi un millón de turistas visitó Suiza. Más de doscientos mil eran norteamericanos el equivalente de más de un 5 por 100 de toda la población de los Estados Unidos en el momento en que se realizó su primer censo (1790).*[2]

Al mismo tiempo, era un mundo mucho más densamente poblado. Las cifras demográficas son tan especulativas, especialmente por lo que se refiere a finales del siglo XVIII, que carece de sentido y parece peligroso establecer una precisión numérica, pero no ha de ser excesivamente erróneo el cálculo de que los 1.500 millones de almas que poblaban el mundo en el decenio de 1890 doblaban la población mundial de 1780. El núcleo más importante de la población mundial estaba formado por asiáticos, como habría ocurrido siempre, pero mientras que en 1800 suponían casi las dos terceras partes de la humanidad (según cálculos recientes), en 1900 constituían aproximadamente el 55 por 100. El siguiente núcleo en importancia estaba formado por los europeos (incluyendo la Rusia asiática, débilmente poblada). La población europea había pasado a más del doble, aproximadamente de 200 millones en 1800 a 430 millones en 1900 y, además, su emigración en masa al otro lado del océano fue en gran medida responsable del cambio más importante registrado en la población mundial, el incremento demográfico de América del Norte y del Sur desde 30 millones a casi 160 millones entre 1800 y 1900, y más específicamente en Norteamérica, de 7 millones a 80 millones de almas. El devastado continente africano, sobre cuya demografía es poco lo que sabemos, creció más lentamente que ningún otro, aumentando posiblemente la población una tercera parte a lo largo del siglo. Mientras que a finales del siglo XVIII el número de africanos triplicaba al de norteamericanos (del Norte y del Sur), a finales del siglo XIX la población americana era probablemente mucho mayor. La escasa población de las islas del Pacífico, incluyendo Australia, aunque incrementada por la emigración europea desde unos dos millones a seis millones de habitantes, tenía poco peso demográfico.

Ahora bien, mientras que el mundo se ampliaba demográficamente, se reducía desde el punto de vista geográfico y se convertía en un espacio más unitario —un planeta unido cada vez más estrechamente como consecuencia del movimiento de bienes e individuos, de capital y de comunicaciones, de productos materiales y de ideas—, al mismo tiempo sufría una división. En el decenio de 1780, como en todos los demás períodos de la historia, existían

* Véase un análisis más completo de ese proceso de globalización en *La era del capital*, capítulos 3 y 11.

regiones ricas y pobres, economías y sociedades avanzadas y retrasadas y unidades de organización política y fuerza militar más fuertes y más débiles. Es igualmente cierto que un abismo importante separaba a la gran zona del planeta donde se habían asentado tradicionalmente las sociedades de clase y unos estados y ciudades más o menos duraderos dirigidos por unas minorías cultas y que —afortunadamente para el historiador— generaban documentación escrita, de las regiones situadas al norte y al sur de aquélla, en la que concentraban su atención los etnógrafos y antropólogos de las postrimerías del siglo XIX y los albores del siglo XX. Sin embargo, en el seno de esa gran zona, que se extendía desde Japón en el este hacia las orillas del Atlántico medio y norte y hasta América, gracias a la conquista europea, y en la que vivía una gran mayoría de la población, las disparidades, aunque importantes, no parecían insuperables.

Por lo que respecta a la producción y la riqueza, por no mencionar la cultura, las diferencias entre las más importantes regiones preindustriales eran, según los parámetros actuales, muy reducidas; entre 1 y 1,8. En efecto, según un cálculo reciente, entre 1750 y 1800 el producto nacional bruto (PNB) per cápita en lo que se conoce actualmente como los «países desarrollados» era muy similar a lo que hoy conocemos como el «tercer mundo», aunque probablemente ello se deba al tamaño ingente y al peso relativo del imperio chino (con aproximadamente un tercio de la población mundial), cuyo nivel de vida era probablemente superior al de los europeos en ese momento.[3] Es posible que en el siglo XVIII los europeos consideraran que el Celeste Imperio era un lugar sumamente extraño, pero ningún observador inteligente lo habría considerado, de ninguna forma, como una economía y una civilización inferiores a las de Europa, y menos aún como un país «atrasado». Pero en el siglo XIX se amplió la distancia entre los países occidentales, base de la revolución económica que estaba transformando el mundo, y el resto, primero lentamente y luego con creciente rapidez. En 1880 (según el cálculo al que nos hemos referido anteriormente) la renta per cápita en el «mundo desarrollado» era más del doble de la del «tercer mundo»; en 1913 sería tres veces superior y con tendencia a ampliarse la diferencia. En 1950, la diferencia era de 1 a 5, y en 1970, de 1 a 7. Además, las distancias entre el «tercer mundo» y las partes realmente desarrolladas del «mundo desarrollado», es decir, los países industrializados, comenzaron a establecerse antes y se hicieron aún mayores. La renta per cápita era ya doble que en el «tercer mundo» en 1830 y unas siete veces más elevada en 1913.*

* La cifra que indica la participación per cápita en el producto nacional bruto (PNB) es una construcción puramente estadística: el PNB dividido por el número de habitantes. Si bien es útil para realizar comparaciones generales de crecimiento económico entre diferentes países y/o períodos, no aporta información alguna sobre los ingresos reales ni sobre el nivel de vida de cualquier persona de la zona y tampoco sobre la distribución de las rentas, excepto que, teóricamente, en un país con un índice per cápita elevado existe más para repartir que en un país con un índice per cápita bajo.

La tecnología era una de las causas fundamentales de ese abismo, que reforzaba no sólo económica sino también políticamente. Un siglo después de la Revolución francesa era cada vez más evidente que los países más pobres y atrasados podían ser fácilmente derrotados y (a menos que fueran muy extensos) conquistados, debido a la inferioridad técnica de su armamento. Ese era un hecho relativamente nuevo. La invasión de Egipto por Napoleón en 1798 había enfrentado los ejércitos francés y mameluco con un equipamiento similar. Las conquistas coloniales de las fuerzas europeas habían sido conseguidas gracias no sólo a un armamento milagroso, sino también a una mayor agresividad y brutalidad y, sobre todo, a una organización más disciplinada.[4] Pero la revolución industrial, que afectó al arte de la guerra en las décadas centrales del siglo (véase *La era del capital*, capítulo 4) inclinó todavía más la balanza en favor del mundo «avanzado» con la aparición de los explosivos, las ametralladoras y el transporte en barcos de vapor (véase *infra*, capítulo 13). Los cincuenta años transcurridos entre 1880 y 1930 serían, por esa razón, la época de oro, o más bien de hierro, de la diplomacia de los cañones.

Así pues, en 1880 no nos encontramos ante un mundo único, sino frente a dos sectores distintos que forman un único sistema global: los desarrollados y los atrasados, los dominantes y los dependientes, los ricos y los pobres. Pero incluso esta división puede inducir al error. En tanto que el primero de esos mundos (más reducido) se hallaba unido, pese a las importantes disparidades internas, por la historia y por ser el centro del desarrollo capitalista, lo único que unía a los diversos integrantes del segundo sector del mundo (mucho más amplio) eran sus relaciones con el primero, es decir, su dependencia real o potencial respecto a él. ¿Qué otra cosa, excepto la pertenencia a la especie humana, tenían en común el imperio chino con Senegal, Brasil con las Nuevas Hébridas, o Marruecos con Nicaragua? Ese segundo sector del mundo no estaba unido ni por la historia, ni por la cultura, ni por la estructura social ni por las instituciones, ni siquiera por lo que consideramos hoy como la característica más destacada del mundo dependiente, la pobreza a gran escala. En efecto, la riqueza y la pobreza como categorías sociales sólo existen en aquellas sociedades que están de alguna forma estratificadas y en aquellas economías estructuradas en algún sentido, cosas ambas que no ocurrían todavía en algunas partes de ese mundo dependiente. En todas las sociedades humanas que han existido a lo largo de la historia ha habido determinadas desigualdades sociales (además de las que existen entre los sexos), pero si los marajás de la India que visitaban los países de Occidente podían ser tratados como si fueran millonarios en el sentido occidental de la palabra, los hombres importantes o los jefes de Nueva Guinea no podían ser asimilados de esa forma, ni siquiera conceptualmente. Y si la gente común de cualquier parte del mundo, cuando abandonaba su lugar de origen, ingresaba normalmente en las filas de los trabajadores, convirtiéndose en miembros de la categoría de los «pobres», no tenía sentido alguno aplicarles este calificativo en su hábitat nativo. De cualquier forma, había zonas privilegiadas del mundo —especialmente en los trópicos— donde nadie carecía de cobijo, alimento u ocio. De hecho, existían todavía pequeñas sociedades en las cuales no tenían sentido los conceptos de trabajo y ocio y no existían palabras para expresarlos.

Si era innegable la existencia de dos sectores diferentes en el mundo, las fronteras entre ambos no estaban definidas, fundamentalmente porque el conjunto de estados que realizaron la conquista económica —y política en el período que estamos analizando— del mundo estaban unidos por la historia y por el desarrollo económico. Constituían «Europa», y no sólo aquellas zonas, fundamentalmente en el noroeste y el centro de Europa y algunos de sus asentamientos de ultramar, que formaban claramente el núcleo del desarrollo capitalista. «Europa» incluía las regiones meridionales que en otro tiempo habían desempeñado un papel central en el primer desarrollo capitalista, pero que desde el siglo XVI estaban estancadas, y que habían conquistado los primeros imperios europeos de ultramar, en especial las penínsulas italiana e ibérica. Incluía también una amplia zona fronteriza oriental donde durante más de un milenio la cristiandad —es decir, los herederos y descendientes del imperio romano—* habían rechazado las invasiones periódicas de los conquistadores militares procedentes del Asia central. La última oleada de estos conquistadores, que habían formado el gran imperio otomano, habían sido expulsados gradualmente de las extensas áreas de Europa que controlaban entre los siglos XVI y XVIII y sus días en Europa estaban contados, aunque en 1880 todavía controlaban una franja importante de la península balcánica (algunas partes de la Grecia, Yugoslavia y Bulgaria actuales y toda Albania), así como algunas islas. Muchos de los territorios reconquistados o liberados sólo podían ser considerados «europeos» nominalmente: de hecho, a la península balcánica se la denominaba habitualmente el «Próximo Oriente» y, en consecuencia, la región del Asia suroccidental comenzó a conocerse como Oriente Medio. Por otra parte, los dos estados que con mayor fuerza habían luchado para rechazar a los turcos eran o llegaron a ser grandes potencias europeas, a pesar del notable retraso que sufrían todos o algunos de sus territorios: el imperio de los Habsburgo y sobre todo el imperio de los zares rusos.

En consecuencia, amplias zonas de «Europa» se hallaban en el mejor de los casos en los límites del núcleo de desarrollo capitalista y de la sociedad burguesa. En algunos países, la mayoría de los habitantes vivían en un siglo distinto que sus contemporáneos y gobernantes; por ejemplo, las costas adriáticas de Dalmacia o de la Bukovina, donde en 1880 el 88 por 100 de la población era analfabeta, frente al 11 por 100 en la Baja Austria, que formaba parte del mismo imperio.[5] Muchos austríacos cultos compartían la convicción

* Entre el siglo V d.C. y 1453 el imperio romano sobrevivió con éxito diverso según las épocas, con su capital en Bizancio (Estambul) y con el cristianismo ortodoxo como religión oficial. El zar ruso, como indica su nombre (zar = césar; Zarigrado «ciudad del emperador», es todavía el nombre eslavo de Estambul), se consideraba sucesor de ese imperio y a Moscú como «la tercera Roma».

de Metternich de que «Asia comienza allí donde los caminos que se dirigen al Este abandonan Viena», y la mayor parte de los italianos del norte consideraban a los del sur de Italia como una especie de bárbaros africanos, pero lo cierto es que en ambas monarquías las zonas atrasadas constituían únicamente una parte del estado. En Rusia, la cuestión de «¿europeo o asiático?» era mucho más profunda, pues prácticamente toda la zona situada entre Bielorrusia y Ucrania y la costa del Pacífico en el este estaba plenamente alejada de la sociedad burguesa a excepción de un pequeño sector educado de la población. Sin duda, esta cuestión era objeto de un apasionado debate público.

Ahora bien, la historia, la política, la cultura y, en gran medida también, los varios siglos de expansión por tierra y por mar en los territorios de ese segundo sector del mundo vincularon incluso a las zonas atrasadas del primer sector con las más adelantadas, si exceptuamos determinados enclaves aislados de las montañas de los Balcanes y otros similares. Rusia era un país atrasado, aunque sus gobernantes miraban sistemáticamente hacia Occidente desde hacía dos siglos y habían adquirido el control sobre territorios fronterizos por el oeste, como Finlandia, los países del Báltico y algunas zonas de Polonia, territorios todos ellos mucho más avanzados. Pero desde el punto de vista económico, Rusia formaba parte de «Occidente», en la medida en que el gobierno se había embarcado decididamente en una política de industrialización masiva según el modelo occidental. Políticamente, el imperio zarista era colonizador antes que colonizado y, culturalmente, la reducida minoría educada rusa era una de las glorias de la civilización occidental del siglo XIX. Es posible que los campesinos de la Bukovina, en los territorios más remotos del noreste del imperio de los Habsburgo,* vivieran todavía en la Edad Media, pero su capital Chernowitz (Cernovtsi) contaba con una importante universidad europea y la clase media de origen judío, emancipada y asimilada, no vivía en modo alguno según los patrones medievales. En el otro extremo de Europa, Portugal era un país reducido, débil y atrasado, una semicolonia inglesa con muy escaso desarrollo económico. Sin embargo, Portugal no era meramente un miembro del club de los estados soberanos, sino un gran imperio colonial en virtud de su historia. Conservaba su imperio africano, no sólo porque las potencias europeas rivales no se ponían de acuerdo sobre la forma de repartírselo, sino también porque, siendo «europeas», sus posesiones no eran consideradas —al menos totalmente— como simple materia prima para la conquista colonial.

En el decenio de 1880, Europa no era sólo el núcleo original del desarrollo capitalista que estaba dominando y transformando el mundo, sino con mucho el componente más importante de la economía mundial y de la sociedad burguesa. No ha habido nunca en la historia una centuria más europea ni volverá a haberla en el futuro. Desde el punto de vista demográfico,

* Esta región pasó a Rumania en 1918 y desde 1947 forma parte de la República Soviética de Ucrania.

el mundo contaba con un número mayor de europeos al finalizar el siglo que en sus inicios, posiblemente uno de cada cuatro frente a uno de cada cinco habitantes.[6] El Viejo Continente, a pesar de los millones de personas que de él salieron hacia otros nuevos mundos, creció más rápidamente. Aunque el ritmo y el ímpetu de su industrialización hacían de Norteamérica una superpotencia económica mundial del futuro, la producción industrial europea era todavía más de dos veces la de Norteamérica y los grandes adelantos tecnológicos procedían aún fundamentalmente de la zona oriental del Atlántico. Fue en Europa donde el automóvil, el cinematógrafo y la radio adquirieron un desarrollo importante. (Japón se incorporó muy lentamente a la moderna economía mundial, aunque su ritmo de avance fue más rápido en el ámbito de la política.)

En cuanto a las grandes manifestaciones culturales, el mundo de colonización blanca en ultramar seguía dependiendo decisivamente del Viejo Continente. Esta situación era especialmente clara entre las reducidas elites cultas de las sociedades de población no blanca, por cuanto tomaban como modelo a «Occidente». Desde el punto de vista económico, Rusia no podía compararse con el crecimiento y la riqueza de los Estados Unidos. En el plano cultural, la Rusia de Dostoievski (1821-1881), Tolstoi (1828-1910), Chejov (1860-1904), de Chaikovsky (1840-1893), Borodin (1834-1887) y Rimski-Korsakov (1844-1908) era una gran potencia, mientras que no lo eran los Estados Unidos de Mark Twain (1835-1910) y Walt Whitman (1819-1892), aun si contamos entre los autores norteamericanos a Henry James (1843-1916), que había emigrado hacía tiempo a la atmósfera más acogedora del Reino Unido. La cultura y la vida intelectual europeas eran todavía cosa de una minoría de individuos prósperos y educados y estaban adaptadas para funcionar perfectamente en y para ese medio. La contribución del liberalismo y de la izquierda ideológica que lo sustentaba fue la de intentar que esta cultura de elite pudiera ser accesible a todo el mundo. Los museos y las bibliotecas gratuitos fueron sus logros característicos. La cultura norteamericana, más democrática e igualitaria, no alcanzó su mayoría de edad hasta la época de la cultura de masas en el siglo XX. Por el momento, incluso en aspectos tan estrechamente vinculados con el progreso técnico como las ciencias, los Estados Unidos quedaban todavía por detrás, no sólo de los alemanes y los ingleses, sino incluso del pequeño país neerlandés, a juzgar por la distribución geográfica de los premios Nobel en el primer cuarto de siglo.

Pero si una parte del «primer mundo» podía haber encajado perfectamente en la zona de dependencia y atraso, prácticamente todo el «segundo mundo» estaba inmerso en ella, a excepción de Japón, que experimentaba un proceso sistemático de «occidentalización» desde 1868 (véase *La era del capital*, capítulo 8) y los territorios de ultramar en los que se había asentado un importante núcleo de población descendiente de los europeos —en 1880 procedente todavía en su mayor parte del noroeste y centro de Europa—, a excepción, por supuesto, de las poblaciones nativas a las que no consiguieron eliminar. Esa dependencia —o, más exactamente, la imposibilidad de mante-

nerse al margen del comercio y la tecnología de Occidente o de encontrar un sustituto para ellas, así como para resistir a los hombres provistos de sus armas y organización— situó a unas sociedades, que por lo demás nada tenían en común, en la misma categoría de víctimas de la historia del siglo XIX, frente a los grandes protagonistas de esa historia. Como afirmaba de forma un tanto despiadada un dicho occidental con un cierto simplismo militar: «Ocurra lo que ocurra, tenemos las armas y ellos no las tienen».[7]

Por comparación con esa diferencia, las disparidades existentes entre las sociedades de la edad de piedra, como las de las islas melanesias, y las sofisticadas y urbanizadas sociedades de China, la India y el mundo islámico parecían insignificantes. ¿Qué importaba que sus creaciones artísticas fueran admirables, que los monumentos de sus culturas antiguas fueran maravillosos y que sus filosofías (fundamentalmente religiosas) impresionaran a algunos eruditos y poetas occidentales al menos tanto como el cristianismo, o incluso más? Básicamente, todos esos países estaban a merced de los barcos procedentes del extranjero, que descargaban bienes, hombres armados e ideas frente a los cuales se hallaban indefensos y que transformaban su universo en la forma más conveniente para los invasores, cualesquiera que fueran los sentimientos de los invadidos.

No significa esto que la división entre los dos mundos fuera una mera división entre países industrializados y agrícolas, entre las civilizaciones de la ciudad y del campo. El «segundo mundo» contaba con ciudades más antiguas que el primero y tanto o más grandes: Pekín, Constantinopla. El mercado capitalista mundial del siglo XIX dio lugar a la aparición, en su seno, de centros urbanos extraordinariamente grandes a través de los cuales se canalizaban sus relaciones comerciales: Melbourne, Buenos Aires o Calcuta tenían alrededor de medio millón de habitantes en 1880, lo cual suponía una población superior a la de Amsterdam, Milán, Birmingham o Munich, mientras que los 750.000 de Bombay hacían de ella una urbe mayor que todas las ciudades europeas, a excepción de apenas media docena. Pese a que con algunas excepciones las ciudades eran más numerosas y desempeñaban un papel más importante en la economía del primer mundo, lo cierto es que el mundo «desarrollado» seguía siendo agrícola. Sólo en seis países europeos la agricultura no empleaba a la mayoría —por lo general, una amplia mayoría— de la población masculina, pero esos seis países constituían el núcleo del desarrollo capitalista más antiguo: Bélgica, el Reino Unido, Francia, Alemania, los Países Bajos y Suiza. Ahora bien, únicamente en el Reino Unido la agricultura era la ocupación de una reducida minoría de la población (aproximadamente una sexta parte); en los demás países empleaba entre el 30 y el 45 por 100 de la población.[8] Ciertamente, había una notable diferencia entre la agricultura comercial y sistematizada de las regiones «desarrolladas» y la de las más atrasadas. Era poco lo que en 1880 tenían en común los campesinos daneses y búlgaros desde el punto de vista económico, a no ser el interés por los establos y los campos. Pero la agricultura, al igual que los antiguos oficios artesanos, era una forma de vida profundamente anclada en el pasado,

como sabían los etnólogos y folcloristas de finales del siglo XIX que buscaban en las zonas rurales las viejas tradiciones y las «supervivencias populares». Todavía existían en la agricultura más revolucionaria.

Por contra, la industria no existía únicamente en el primer mundo. De forma totalmente al margen de la construcción de una infraestructura (por ejemplo, puertos y ferrocarriles) y de las industrias extractivas (minas) en muchas economías dependientes y coloniales, y de la presencia de industrias familiares en numerosas zonas rurales atrasadas, una parte de la industria del siglo XIX de tipo occidental tendió a desarrollarse modestamente en países dependientes como la India, incluso en esa etapa temprana, en ocasiones contra una fuerte oposición de los intereses de la metrópoli. Se trataba fundamentalmente de una industria textil y de procesado de alimentos. Pero también los metales penetraron en el segundo mundo. La gran compañía india de Tata, de hierro y acero, comenzó sus operaciones comerciales en el decenio de 1880. Mientras tanto, la pequeña producción a cargo de familias de artesanos o en pequeños talleres siguió siendo característica tanto del mundo «desarrollado» como de una gran parte del mundo dependiente. Esa industria no tardaría en entrar en un período de crisis, ansiosamente anunciada por los autores alemanes, al enfrentarse con la competencia de las fábricas y de la distribución moderna. Pero, en conjunto, sobrevivió con notable pujanza.

Con todo, es correcto hacer de la industria un criterio de modernidad. En el decenio de 1880 no podía decirse que ningún país, al margen del mundo «desarrollado» (y Japón, que se había unido a éste), fuera industrial o que estuviera en vías de industrialización. Incluso los países «desarrollados», que eran fundamentalmente agrarios o, en cualquier caso, que en la mente de la opinión pública no se asociaban de forma inmediata con fábricas y forjas, habían sintonizado ya, podríamos decir, con la onda de la sociedad industrial y la alta tecnología. Por ejemplo, los países escandinavos, a excepción de Dinamarca, eran sumamente pobres y atrasados hasta muy poco tiempo antes. Sin embargo, en el lapso de unos pocos decenios tenían mayor número de teléfonos per cápita que cualquier otra región de Europa,[9] incluyendo el Reino Unido y Alemania; consiguieron mayor número de premios Nobel en las disciplinas científicas que los Estados Unidos y muy pronto serían bastiones de movimientos políticos socialistas organizados especialmente para atender a los intereses del proletariado industrial.

Podemos afirmar también que el mundo «avanzado» era un mundo en rápido proceso de urbanización y en algunos casos era un mundo de ciudadanos a una escala sin precedentes.[10] En 1800 sólo había en Europa, con una población total inferior a los cinco millones, 17 ciudades con una población de más de cien mil habitantes. En 1890 eran 103, y el conjunto de la población se había multiplicado por seis. Lo que había producido el siglo XIX desde 1789 no era tanto el hormiguero urbano gigante con sus millones de habitantes hacinados, aunque desde 1800 hasta 1880 tres nuevas ciudades se habían añadido a Londres en la lista de las urbes que sobrepasaban el millón de habitantes (París, Berlín y Viena). El sistema predominante era un amplio

conglomerado de ciudades de tamaño medio y grande, especialmente densas y amplias zonas o conurbaciones de desarrollo urbano e industrial, que gradualmente iban absorbiendo partes del campo circundante. Algunos de los casos más destacados en este sentido eran relativamente recientes, producto del importante desarrollo industrial de mediados del siglo, como el Tyneside y el Clydeside en Gran Bretaña, o que empezaban a desarrollarse a escala masiva, como el Ruhr en Alemania o el cinturón de carbón y acero de Pensilvania. En esas zonas no había necesariamente grandes ciudades, a menos que existieran en ellas capitales, centros de la administración gubernamental y de otras actividades terciarias, o grandes puertos internacionales, que también tendían a generar muy importantes núcleos demográficos. Curiosamente, con la excepción de Londres, Lisboa y Copenhague, en 1880 ningún estado europeo tenía ciudad alguna que fuera ambas cosas a un tiempo.

II

Si es difícil establecer en pocas palabras las diferencias económicas existentes entre los dos sectores del mundo, por profundas y evidentes que fueran, no lo es menos resumir las diferencias políticas que existían entre ambos. Sin duda, había un modelo general de la estructura y las instituciones deseables de un país «avanzado», dejando margen para algunas variaciones locales. Tenía que ser un estado territorial más o menos homogéneo, soberano y lo bastante extenso como para proveer la base de un desarrollo económico nacional. Tenía que poseer un conjunto de instituciones políticas y legales de carácter liberal y representativo (por ejemplo, debía contar con una constitución soberana y estar bajo el imperio de la ley), pero también, a un nivel inferior, tenía que poseer un grado suficiente de autonomía e iniciativa local. Debía estar formado por «ciudadanos», es decir, por el agregado de habitantes individuales de su territorio que disfrutaban de una serie de derechos legales y políticos básicos, más que por corporaciones u otros tipos de grupos o comunidades. Sus relaciones con el gobierno nacional tenían que ser directas y no estar mediatizadas por esos grupos. Todo esto eran aspiraciones, y no sólo para los países «desarrollados» (todos los cuales se ajustaban de alguna manera a este modelo en 1880), sino para todos aquellos que pretendieran no quedar al margen del progreso moderno. En este orden de cosas, el estado-nación liberal-constitucional en cuanto modelo no quedaba limitado al mundo «desarrollado». De hecho, el grupo más numeroso de estados que se ajustaban teóricamente a este modelo, por lo general siguiendo el sistema federalista norteamericano más que el centralista francés, se daba en América Latina. Existían allí 17 repúblicas y un imperio, que no sobrevivió al decenio de 1880 (Brasil). En la práctica, estaba claro que la realidad política latinoamericana y, asimismo, la de algunas monarquías nominalmente constitucionales del sureste de Europa poco tenía que ver con la teoría constitucional. En una gran parte del mundo no desarrollado no existían estados de este tipo ni

de ningún otro. En algunas de esas zonas se extendían las posesiones de las potencias europeas, administradas directamente por ellas: estos imperios coloniales alcanzarían una gran expansión en un escaso lapso de tiempo. En otras regiones, por ejemplo en el interior del continente africano, existían unidades políticas a las que no podía aplicarse con rigor el término de *estado* en el sentido europeo, aunque tampoco eran aplicables otros términos habituales a la sazón (*tribus*). Otros sectores de ese mundo no desarrollado estaban formados por imperios muy antiguos como el chino, el persa y el turco, que encontraban paralelismo en la historia europea pero que no eran estados territoriales («estados-nación») del tipo decimonónico y que (todo parecía indicarlo) eran claramente obsoletos. Por otra parte, la misma obsolescencia, aunque no siempre la misma antigüedad, afectaba a algunos imperios ya caducos que al menos de forma parcial o marginal se hallaban en el mundo «desarrollado», aunque sólo fuera por su débil estatus como «grandes potencias»: los imperios zarista y de los Habsburgo (Rusia y Austria-Hungría).

Desde el punto de vista de la política internacional (es decir, por lo que respecta al número de gobiernos y de ministerios de Asuntos Exteriores de Europa), el número de entidades consideradas como estados soberanos en el mundo era bastante modesto en comparación con la situación actual. Hacia 1875 sólo había 17 estados soberanos en Europa (incluyendo las seis «potencias») —el Reino Unido, Francia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría e Italia— y el imperio otomano), 19 en el continente americano (incluyendo una «gran potencia», los Estados Unidos), cuatro o cinco en Asia (fundamentalmente Japón y los dos antiguos imperios de China y Persia) y tal vez otros tres marginales en África (Marruecos, Etiopía y Liberia). Fuera del continente americano, que contenía el conjunto más numeroso de repúblicas del mundo, prácticamente todos esos estados eran monarquías —en Europa sólo Suiza y Francia (desde 1870) no lo eran—, aunque en los países desarrollados la mayor parte de ellas eran monarquías constitucionales o, cuando menos, avanzaban hacia una representación electoral de algún tipo. Los imperios zarista y otomano —el primero en los márgenes del desarrollo, el segundo claramente en el grupo de las víctimas— eran las únicas excepciones europeas. No obstante, aparte de Suiza, Francia, los Estados Unidos y tal vez Dinamarca, ninguno de los estados representativos tenía como base el sufragio democrático (si bien en ese momento era exclusivamente masculino),* aunque algunas colonias de población blanca del imperio británico (Australia, Nueva Zelanda y Canadá) tenían cierto grado de desarrollo democrático, mayor, desde luego, que el de los diferentes estados de los Estados Unidos, a excepción de algunos estados de las montañas Rocosas. Ahora bien, en esos países extraeuropeos, la democracia política asumió la eliminación de la antigua población indígena: indios, aborígenes, etc. En los lugares donde esa población no pudo ser eliminada

* La negación del derecho de voto a los analfabetos, sin mencionar la tendencia a los golpes militares, hace imposible calificar a las repúblicas latinoamericanas como «democráticas» en cualquier sentido.

mediante la expulsión a las «reservas» o el genocidio, no formaba parte de la comunidad política. En 1890, de los 63 millones de habitantes de los Estados Unidos sólo 230.000 eran indios.[11]

En cuanto a la población del mundo «desarrollado» (y de los países que trataban de imitarlos o que se vieron forzados a hacerlo), la población adulta masculina se aproximó cada vez más a los criterios mínimos de la sociedad burguesa: el principio de que las personas eran libres e iguales ante la ley. La servidumbre legal no existía ya en ningún país europeo. La esclavitud legal, abolida prácticamente en todas las zonas del mundo occidental y en las dominadas por Occidente, estaba dando sus estertores finales incluso en sus últimos refugios, Brasil y Cuba; no sobrevivió al decenio de 1880. La libertad y la igualdad ante la ley no eran en forma alguna incompatibles con una desigualdad real. El ideal de la sociedad burguesa-liberal está claramente expresado en estas irónicas palabras de Anatole France: «La ley, en su igualdad majestuosa, da a cada hombre el derecho a cenar en el Ritz y dormir debajo de un puente». Sin embargo, en el mundo «desarrollado» era el dinero o la falta de él, más que la cuna o las diferencias de estatus o de libertad legal, lo que determinaba la distribución de todos los privilegios, salvo el de la exclusividad social. Por otra parte, la igualdad ante la ley no eliminaba la desigualdad política, pues no contaba sólo la riqueza, sino también el poder *de facto*. Los ricos y poderosos no eran únicamente más influyentes desde el punto de vista político, sino que podían ejercer una notable presión más allá de lo legal, como muy bien sabían los habitantes de regiones tales como los traspaíses del sur de Italia y de América, por no mencionar a los negros norteamericanos. De cualquier forma, existía una notable diferencia entre aquellas zonas del mundo en las que tales desigualdades formaban parte del sistema social y político y aquellas en las que, al menos formalmente, eran incompatibles con la teoría oficial. En cierta forma, era algo similar a la diferencia existente entre aquellos países en los que la tortura era todavía una forma legal del proceso judicial (por ejemplo, en el imperio chino) y aquellos en los que no existía oficialmente, aunque la policía reconocía tácitamente la distinción entre las clases «torturables» y las «no torturables» (en palabras del novelista Graham Greene).

La distinción más notable entre los dos sectores del mundo era cultural en el sentido más amplio de la palabra. En 1880, el mundo «desarrollado» estaba formado en su casi totalidad por países o regiones en los que la mayoría de la población masculina y, cada vez más, la femenina era culta; donde la política, la economía y la vida intelectual en general se habían emancipado de la tutela de las religiones antiguas, reductos del tradicionalismo y la superstición y que monopolizaban prácticamente la ciencia, cada vez más esencial para la tecnología moderna. A finales de la década de 1870, cualquier país europeo con una mayoría de población analfabeta podía ser calificado con casi total seguridad como un país no desarrollado o atrasado, y a la inversa. Italia, Portugal, España, Rusia y los países balcánicos se hallaban, en el mejor de los casos, en los márgenes del desarrollo. En el seno del imperio austríaco (con

excepción de Hungría), los eslavos de los territorios checos, la población de habla alemana y los menos cultos italianos y eslovenos constituían las partes más avanzadas del país, mientras que los ucranianos, rumanos y serbocroatas, mayoritariamente incultos, eran los núcleos atrasados. Las ciudades con una población predominantemente inculta, como sucedía en gran parte del «tercer mundo» del momento, eran un índice aún más claro de atraso, pues normalmente el índice de cultura de las ciudades era mucho más alto que el de las zonas rurales. Detrás de tales divergencias existían algunos elementos culturales muy claros, como por ejemplo el mayor impulso que recibía la educación de la masa de la población entre los protestantes y judíos (occidentales) que entre los católicos, musulmanes y otras religiones. Habría sido difícil imaginar un país pobre y abrumadoramente rural como Suecia, que en 1850 tenía tan sólo un 10 por 100 de analfabetos, en otro lugar que no fuera la zona protestante del mundo (la que formaban la mayor parte de los países próximos al Báltico, el mar del Norte y el Atlántico Norte, con extensiones en la Europa central y en Norteamérica). Por otra parte, ese hecho reflejaba también el desarrollo económico y las divisiones sociales del trabajo. En Francia (1901) el índice de analfabetismo de los pescadores era tres veces mayor que el de los trabajadores y empleados domésticos; el de los campesinos, dos veces mayor, mientras que el índice de analfabetismo en las personas dedicadas al comercio era la mitad del que existía entre los obreros, siendo los funcionarios y los miembros de las profesiones liberales los sectores más cultos de la población. Los campesinos que trabajaban su propia explotación eran *menos* cultos que los trabajadores agrícolas (aunque no significativamente), pero, en los campos menos tradicionales de la industria y el comercio, los empresarios eran más cultos que los trabajadores (aunque no más que los cuadros de sus empresas).[12] En la práctica, es imposible separar los factores culturales, sociales y económicos.

Hay que establecer una distinción entre la educación a escala masiva, asegurada en esta época en los países desarrollados gracias a la extensión de la educación primaria por impulso del estado o bajo su supervisión, y la cultura de las elites, por lo general muy reducidas. En este punto eran menores las diferencias entre los dos sectores del planeta, aunque la educación superior de determinados estratos como los intelectuales europeos, los eruditos musulmanes o hindúes y los mandarines del este de Asia tenían poco en común (a menos que se adaptaran también al modelo europeo). Un alto índice de analfabetismo (como el existente en Rusia) no impedía que hubiera una cultura minoritaria, limitada a capas muy reducidas de la población, pero muy importante. Sin embargo, determinadas instituciones tipificaban la zona «de desarrollo» o de dominio europeo, fundamentalmente la secular institución de la universidad, que no existía fuera de esa zona* y, por mo-

* La universidad no era necesariamente todavía la institución moderna para el progreso del conocimiento en el modelo alemán decimonónico, que se estaba generalizando entonces por todo Occidente.

tivos diferentes, el teatro de ópera (véase el mapa de *La era del capital*). Ambas instituciones reflejaban la penetración de la civilización «occidental» dominante.

III

Definir las diferencias entre los sectores avanzado y atrasado, desarrollado y no desarrollado del mundo es un ejercicio complejo y frustrante, pues esa clasificación es por naturaleza estática y simple, lo cual no era la realidad que hay que encajar en ella. Cambio es el término que define al siglo XIX: cambio en función de las regiones dinámicas situadas en las orillas del Atlántico Norte que en ese período constituían el núcleo del capitalismo, y para satisfacer los objetivos de esas regiones. Con algunas excepciones de escasa importancia, todos los países, incluso los que estaban más aislados hasta ese momento, se vieron atrapados, de alguna forma, en los tentáculos de esa transformación global. Es también cierto que la mayor parte de los países más «avanzados» entre los «desarrollados» cambiaron en parte, adaptando la herencia de un pasado antiguo y «atrasado», pese a que en su seno había estratos y sectores de la sociedad que se resistían al cambio. Los historiadores no dejan de estrujarse el cerebro respecto a la forma más adecuada de formular y presentar este cambio universal pero diferente en cada lugar, la complejidad de sus modelos e interacciones y sus ejes fundamentales.

Lo que más habría impresionado a un observador en el decenio de 1870 habría sido la linealidad de ese cambio. En términos materiales, así como del conocimiento y de la capacidad para transformar la naturaleza, parecía tan evidente que el cambio significaba adelanto que la historia —desde luego, la historia moderna— parecía equivaler al progreso. El progreso se veía por la curva siempre creciente en todo aquello que podía ser medido o de lo que los hombres decidieran medir. La mejora constante, incluso en aquellas cosas que todavía la necesitaban, quedaba garantizada por la experiencia histórica. Se hacía difícil creer que poco más de tres siglos antes los europeos inteligentes hubieran tomado como modelo la agricultura, las técnicas militares e incluso la medicina de la antigua Roma, que sólo dos siglos antes se hubiera producido un debate serio sobre si los modernos podrían llegar alguna vez a superar los logros de los antiguos y que a finales del siglo XVIII los expertos dudaran sobre si estaba aumentando la población en Inglaterra.

El progreso era especialmente evidente e innegable en la tecnología y en su consecuencia obvia, el incremento de la producción material y de la comunicación. La maquinaria moderna, casi toda ella de hierro y acero, utilizaba como fuente de energía casi exclusivamente el vapor. El carbón había pasado a ser la fuente más importante de energía industrial. Constituía el 95 por 100 de esa energía en Europa (fuera de Rusia). Los arroyos y las colinas, que en Europa y América del Norte habían determinado en otro tiempo la situación de tantos talleres de producción de algodón, se integraron de nuevo en la vida rural. Por otra parte, las nuevas fuentes energéticas, la electricidad y el petróleo, no tenían todavía gran importancia, aunque en el decenio de 1880 se podía contar ya con la generación de electricidad a gran escala y con el motor de combustión interna. Incluso en los Estados Unidos, en 1890 no había más de tres millones de bombillas, y a comienzos de la década de 1880 la economía europea industrial más moderna, Alemania, consumía menos de 400.000 toneladas de petróleo por año.[13]

La tecnología moderna no sólo era innegable y triunfante, sino además claramente visible. Las máquinas utilizadas para la producción, aunque no especialmente potentes de acuerdo con los parámetros actuales —en 1880, en el Reino Unido, la potencia media era de menos de 20 CV—, eran muy grandes, siendo todavía de hierro en su gran mayoría, como se puede comprobar visitando los museos de tecnología.[14] Pero, sin duda alguna, las mayores y más potentes máquinas del siglo XIX eran también las más visibles y audibles. Estamos haciendo referencia a las 100.000 locomotoras de ferrocarril (200-450 CV) que arrastraban casi 2.750.000 vagones en largos trenes bajo estandartes de humo. Formaban parte de la innovación más sensacional del siglo, impensada —a diferencia de los viajes aéreos— un siglo antes cuando Mozart escribía sus óperas. El tendido férreo, amplias redes de brillantes raíles que discurrían por terraplenes, a través de puentes y viaductos y por desmontes, en túneles de hasta 15 km de longitud, por pasos de montaña muy altos como las cumbres alpinas más elevadas, constituían el esfuerzo más importante desplegado hasta entonces por el hombre en obras públicas. En su construcción se utilizaron más hombres que en cualquier otra iniciativa industrial. Llegaban hasta el centro de las grandes ciudades, donde sus logros triunfales eran celebrados en estaciones de ferrocarril igualmente triunfales y gigantescas, y hasta los lugares más remotos del campo, adonde no llegaba ningún otro signo de la civilización decimonónica. En 1882 eran casi dos mil millones los viajeros del ferrocarril; naturalmente, la mayor parte de ellos europeos (el 72 por 100) y norteamericanos (el 20 por 100).[15] En las regiones «desarrolladas» de Occidente eran entonces muy pocos los hombres, y quizá también muy pocas mujeres, que en algún momento de su vida no habían tenido contacto con el ferrocarril. Probablemente, sólo el otro producto de la tecnología moderna, la red de líneas telegráficas con su interminable sucesión de postes de madera, con una extensión tres o cuatro veces mayor que la del tendido férreo, era más popular que el tren.

Los 22.000 barcos de vapor que existían en el mundo en 1882, aunque tal vez eran máquinas más potentes todavía que las locomotoras, no sólo eran mucho menos numerosos y tan sólo visibles para la pequeña minoría de individuos que frecuentaban los puertos, sino en cierto sentido mucho menos típicos. En efecto, en 1880 todavía (aunque por muy escaso margen) suponían un tonelaje menor, incluso en el industrializado Reino Unido, que los buques de vela. Por lo que respecta al conjunto de la navegación mundial, en 1880 de cada cuatro toneladas tres correspondían a la energía eólica y sólo una a la del vapor. Esta situación variaría de forma inmediata y decisiva en

favor del vapor en el decenio de 1880. La tradición predominaba aún en el agua, muy especialmente, a pesar del cambio de la madera al hierro y de la vela al vapor, en todo lo referente a la construcción, carga y descarga de los barcos.

¿Hasta qué punto habría prestado atención un observador atento y serio, en la segunda mitad del decenio de 1870, a los avances revolucionarios de la tecnología que se estaban incubando o que estaban viendo la luz en ese momento: los diferentes tipos de turbinas y motores de combustión interna, el teléfono, el gramófono y la bombilla eléctrica incandescente (que acababan de ser inventados), el automóvil, que hicieron operativo Daimler y Benz en la década de 1880, sin mencionar la cinematografía, la aeronáutica y la radiotelegrafía, que se pusieron en funcionamiento en el decenio de 1890? Casi con toda seguridad, habría esperado y anunciado importantes avances en todos los campos relacionados con la electricidad, la fotografía y la síntesis química, aspectos suficientemente familiares ya, y no se habría sorprendido de que la tecnología consiguiera superar un problema tan obvio y urgente como la invención de un motor móvil para mecanizar el transporte por carretera. No se podría esperar que hubiera anticipado la aparición de las ondas de radio y la radiactividad. Ciertamente, habría especulado —¿cuándo no lo han hecho los seres humanos?— sobre las perspectivas del hombre de poder volar y se habría sentido esperanzado al respecto, dado el optimismo tecnológico reinante en la época. Todo el mundo estaba ansioso de nuevos inventos, cuanto más sensacionales mejor. Thomas Alva Edison, que en 1876 puso en marcha en Menlo Park (Nueva Jersey) el que probablemente fue el primer laboratorio industrial privado, se convirtió en un héroe para los norteamericanos con su primer fonógrafo en 1877. Pero, con toda seguridad, no habría esperado las transformaciones producidas por todos esos inventos en la sociedad de consumo, pues, de hecho, excepto en los Estados Unidos, esas transformaciones serían relativamente modestas hasta la primera guerra mundial.

Así pues, el progreso era especialmente visible en la capacidad para la producción material y para la comunicación rápida y a gran escala en el mundo «desarrollado». Los beneficios de esa multiplicación de la riqueza no habían alcanzado todavía, en 1870, a la gran mayoría de la población de Asia, África y la mayor parte del cono sur de América Latina. Es difícil decir hasta qué punto habían llegado al grueso de la población en las penínsulas del sur de Europa o en el imperio zarista. Incluso en el mundo «desarrollado» se distribuían de forma muy desigual entre el 3,5 por 100 de la población que constituían las clases pudientes, el 13-14 por 100 de las clases medias y el 82-83 por 100 que formaban las clases trabajadoras, según la clasificación oficial francesa de los funerales de la República en el decenio de 1870 (véase *La era del capital*, capítulo 12). De todas formas, no se puede negar cierta mejora de la condición de la gran masa de la población en esa zona del mundo. El incremento de la altura de las personas, que en la actualidad supone que cada generación sea más alta que la anterior, había comenzado probablemente

en 1880 en una serie de países, pero no en todas partes, y en muy modestas proporciones en comparación con el cambio que se experimentó a partir de 1880 e incluso después. (La alimentación es la causa más decisiva de ese aumento de la estatura humana.)[18] La expectativa media de vida al nacer era todavía suficientemente baja hacia 1880: de 43 a 45 años en las principales zonas «desarrolladas»,* aunque en Alemania se hallaba por debajo de los 40, y de 48 a 50 en Escandinavia.[19] (Hacia 1960, en estos mismos países era de 70 años.) La expectativa de vida aumentó considerablemente con el cambio de siglo, aunque esta tendencia fue afectada por un descenso notable en la mortalidad infantil.

En resumen, la mayor esperanza para los pobres, incluso en las zonas «desarrolladas» de Europa, era todavía ganar lo suficiente para mantener unidos el cuerpo y el alma, tener un techo sobre la cabeza y la ropa necesaria, especialmente en los momentos más vulnerables de su ciclo vital, cuando las parejas tenían hijos que no habían alcanzado aún la edad de ganarse el sustento y cuando los hombres y mujeres envejecían. En las zonas «desarrolladas» de Europa ya no se pensaba en el hambre como una contingencia posible. Incluso en España, la última gran crisis de hambre tuvo lugar en los años 1860. Sin embargo, en Rusia el hambre era aún una circunstancia de la vida bastante significativa: lo sería en 1890-1891. En lo que más tarde se conocería como el «tercer mundo», el hambre seguía siendo endémica. Sin duda, estaba apareciendo un sector importante de campesinos prósperos, así como en algunos países existía un sector de trabajadores especializados o manuales «respetables», capaces de ahorrar dinero y de comprar más de lo estrictamente necesario para la vida. Pero lo cierto es que el único mercado cuyos beneficios tentaban al hombre de negocios era aquel que estaba pensado para las rentas de la clase media. La innovación más destacable en la distribución fue la de los grandes almacenes, que aparecieron en primer lugar en Francia, en Norteamérica y el Reino Unido y que comenzaban a penetrar en Alemania. El Bon Marché, el Whiteley's Universal Emporium o Wanamakers no estaban pensados para las clases obreras. En los Estados Unidos, con su gran masa de consumidores, se preveía ya la existencia de un mercado masivo de productos estandarizados de tipo medio, pero incluso allí el mercado masivo de los pobres quedaba todavía en manos de las pequeñas empresas, para las que era rentable aprovisionar a los pobres. La producción masiva moderna y la economía de consumo de masas no habían llegado todavía, pero no tardarían en hacerlo.

Pero el progreso parecía también evidente en lo que a la gente todavía le gustaba llamar «la estadística moral». Sin duda, la alfabetización cada vez era mayor. ¿Acaso no era una medida del desarrollo de la civilización que el número de cartas enviadas en el Reino Unido al iniciarse las guerras contra Bonaparte fuera de dos anuales por habitante y 42 en la primera mitad del decenio de 1880? ¿O que en 1880 se publicaran 186 millones de ejem-

* Bélgica, el Reino Unido, Francia, Massachusetts, los Países Bajos, Suiza.

plares de periódicos o revistas cada mes en los Estados Unidos, frente a los 330.000 de 1788? ¿Que en 1880, las personas que cultivaban la ciencia, convirtiéndose en miembros de las sociedades cultas, fueran unas 44.000, quince veces más que quince años antes?[18] Sin duda, la moralidad determinada por los datos de las estadísticas criminales y por los cálculos poco seguros de quienes deseaban (como ocurría con muchos victorianos) condenar las relaciones sexuales extramatrimoniales, mostraban una tendencia menos satisfactoria. Pero ¿no se podía considerar el progreso de las instituciones hacia el constitucionalismo y la democracia liberal, evidente en todas partes en los países «avanzados» como un signo de perfeccionamiento moral, complementario de los extraordinarios triunfos científicos y materiales de la época? No habrían sido muchos los que estuvieran en desacuerdo con Mandell Creighton, obispo e historiador anglicano, que afirmaba que «tenemos que asumir, como hipótesis científica sobre la que se ha escrito la historia, un progreso en los asuntos humanos».[19]

Muy pocos habrían discrepado de esa conclusión en los países «desarrollados». Sin embargo, algunos habrían podido señalar que ese consenso era relativamente reciente incluso en estas zonas del mundo. En el resto del planeta, la mayoría de la gente ni siquiera habría entendido la afirmación del obispo, aun tras reflexionar sobre ella. La novedad, en especial cuando era introducida desde el exterior por la gente de la ciudad y por extraños, era algo que perturbaba costumbres antiguas y asentadas y no algo que sirviera para mejorar la situación. De hecho, las pruebas de que lo nuevo producía perturbaciones eran innumerables, mientras que eran débiles y poco convincentes las pruebas de que servía para mejorar la situación. El mundo no progresaba ni se suponía que tuviera que progresar. Esta era una conclusión que también hacía patente en el mundo «desarrollado» ese firme adversario de todo lo que significaba el siglo XIX, la Iglesia católica (véase *La era del capital*, capítulo 6, I). A lo sumo, si los tiempos eran malos por otras razones que no fueran los azares de la naturaleza o la divinidad, como el hambre, la sequía y las epidemias, se podía esperar restablecer el curso adecuado de la vida humana mediante el retorno a las creencias auténticas que de alguna manera hubieran sido abandonadas (por ejemplo, las enseñanzas del Corán) o mediante el regreso a un pasado real o supuesto de justicia y orden. En cualquier caso, las costumbres y la sabiduría antiguas eran las más adecuadas y el progreso implicaba que los jóvenes podían enseñar a los ancianos.

Así pues, fuera de los países avanzados, el «progreso» no era un hecho obvio ni un supuesto plausible, sino fundamentalmente un peligro y un desafío externos. Quienes se beneficiaban de él y lo recibían con entusiasmo eran las pequeñas minorías de gobernantes y de habitantes de las ciudades que se identificaban con valores ajenos e irreligiosos. Aquellos a los que los franceses llamaban en el norte de África *évolués* —«personas que han evolucionado»— eran, en ese período, precisamente aquellos que se habían apartado de su pasado y de su pueblo; que en ocasiones se veían obligados a

apartarse (por ejemplo, en el norte de África, abandonando la ley islámica) si querían gozar de los beneficios de la ciudadanía francesa. Eran todavía pocos los lugares, incluso en las regiones atrasadas de Europa próximas a las más avanzadas, donde los campesinos o los habitantes pobres de las urbes estuvieran preparados para seguir el camino marcado por los modernizadores contrarios a la tradición, como descubrirían muchos de los nuevos partidos socialistas.

Así pues, el mundo estaba dividido en una zona reducida en la que el «progreso» era indígena, y otra mucho más amplia en la que se introducía como un conquistador extranjero, ayudado por minorías de colaboradores locales. En la primera, incluso la masa del pueblo común creía que era posible y deseable e incluso que se estaba produciendo en algún sentido. En Francia, ningún político sensato trataba de obtener votos «conservadores» y ningún partido importante se presentaba como tal; en los Estados Unidos, el «progreso» era una ideología nacional; incluso en la Alemania imperial —el tercer gran país donde existía el sufragio universal masculino en la década de 1870—, los partidos que adoptaban el nombre de «conservadores» obtuvieron menos de una cuarta parte de los votos en las elecciones generales celebradas en ese decenio.

Pero si el progreso era tan poderoso, tan universal y deseable, ¿cómo explicar esa renuencia a aceptarlo e incluso a participar de él? ¿Era simplemente el peso muerto del pasado que de forma gradual, desigual pero inevitable, iría desapareciendo de los hombros de aquellas zonas de la humanidad que todavía se inclinaban bajo su peso? ¿Acaso no se construiría, a no tardar, un teatro de ópera, esa característica catedral de la cultura burguesa, en Manaus, 1.500 km río arriba en el Amazonas, en medio de la selva tropical, gracias a los beneficios obtenidos como consecuencia del auge del caucho, cuyas víctimas indias, por otra parte, no tenían la oportunidad de apreciar *Il Trovatore*? ¿Acaso no eran grupos de campeones militantes de los nuevos métodos, como los llamados «científicos» en México, quienes controlaban ya el destino de su país o se preparaban para hacerlo, al igual que el llamado Comité para la Unión y el Progreso (más conocido como los Jóvenes Turcos) en el imperio otomano? ¿No había acabado Japón con varios siglos de aislamiento para abrazar las costumbres e ideas occidentales y para convertirse en una gran potencia moderna, como pronto lo demostraría de forma concluyente su triunfo y conquista militar?

Sin embargo, la imposibilidad o el rechazo de la mayor parte de los habitantes del planeta para seguir el ejemplo de las burguesías occidentales era mucho más destacable que el éxito de los intentos de imitarlo. Probablemente, era de todo punto lógico que los conquistadores del primer mundo, todavía en posición de ignorar a los japoneses, concluyeran que grandes núcleos de la humanidad eran incapaces, desde el punto de vista biológico, de conseguir lo que sólo una minoría de seres humanos de piel blanca —o, de forma más restringida, procedentes del norte de Europa— se habían mostrado preparados para alcanzar. La humanidad quedaba dividida por la «raza», idea que impregnaba la ideología del período de forma casi tan profunda como el

«progreso», en dos grupos: aquellos cuyo lugar en las grandes celebraciones internacionales del progreso, las exposiciones universales (véase *La era del capital*, capítulo 2), estaba en los *stands* del triunfo tecnológico, y aquellos cuyo lugar se hallaba en los «pabellones coloniales» o «aldeas nativas» que los complementaban. Incluso en los países «desarrollados», la humanidad se dividía cada vez más en el grupo de las enérgicas e inteligentes clases medias y en el de las masas cuyas deficiencias genéticas les condenaban a la inferioridad. Se recurría a la biología para explicar la desigualdad, sobre todo por parte de aquellos que se sentían destinados a detentar la superioridad.

Y, sin embargo, el recurso a la biología también dramatizaba la desesperanza de aquellos cuyos planes para la modernización de sus países encontraban la incomprensión y resistencia de sus pueblos. En las repúblicas de América Latina, inspiradas por las revoluciones que habían transformado Europa y los Estados Unidos, los ideólogos y políticos consideraban que el progreso de sus países dependía de la «arionización», es decir, el progresivo «blanqueo» de la población a través de los matrimonios mixtos (Brasil) o de la repoblación virtual mediante la importación de europeos blancos (Argentina). Sin duda, sus clases gobernantes eran blancas, o así se consideraban, y los apellidos no ibéricos de descendencia europea entre las elites políticas eran y son todavía desproporcionadamente frecuentes. Pero incluso en Japón, por improbable que pueda parecer esto hoy en día, la «occidentalización» parecía lo bastante problemática en ese período como para indicar que sólo podría conseguirse mediante una infusión de lo que ahora llamaríamos genes occidentales (véase *La era del capital*, capítulos 8 y 14).

Tales incursiones en esa charlatanería seudocientífica (véase *infra*, capítulo 10) dramatizan el contraste entre el progreso como aspiración universal y la realidad y la desigualdad de su avance real. Sólo algunos países parecían estar convirtiéndose, a un ritmo diferente, en economías industrial-capitalistas, en estados liberal-constitucionales y en sociedades burguesas según el modelo occidental. Incluso en el seno de los países o comunidades, el abismo entre los «avanzados» (que, en general, eran también los ricos) y los «atrasados» (que, también en general, eran los pobres) era enorme y dramático, como no tardarían en descubrir las clases medias y pudientes judías, confortables, civilizadas y asimiladas, de los países occidentales y de la Europa central ante los dos millones y medio de correligionarios suyos que emigraron hacia Occidente desde los guetos del este de Europa. ¿Podría decirse de esos bárbaros que eran realmente el *mismo* tipo de personas «que nosotros»?

¿Acaso la masa de los bárbaros internos y externos era tan importante como para limitar el progreso a una minoría que mantenía la civilización tan sólo porque era posible controlar a los bárbaros? ¿No había sido John Stuart Mill quien dijera que «el despotismo es una forma legítima de gobierno sobre los bárbaros con tal de que el fin que se persiga sea la mejora de su situación»?[20] Pero había otro dilema de progreso más profundo. ¿Adónde conducía en realidad? Cierto que la conquista global de la economía mundial, la marcha hacia adelante de una tecnología y una ciencia triunfantes sobre las

que se basaba cada vez más era innegable, universal, irreversible y, en consecuencia, inevitable. Cierto que en la década de 1870 los intentos de detenerla o incluso de retardar su marcha eran cada vez más irreales y débiles y que incluso las fuerzas dedicadas a conservar las sociedades tradicionales intentaban conseguirlo, a veces, utilizando las armas de la sociedad moderna, al igual que los predicadores actuales de la verdad literal de la Biblia utilizan ordenadores y emisiones de radio. Cierto también que el progreso político en forma de gobiernos representativos y el progreso moral en forma de extensión de la cultura continuaría e incluso se aceleraría. Pero ¿conduciría al avance de la civilización en el sentido en que el joven John Stuart Mill había articulado las aspiraciones de la centuria de progreso: un mundo, incluso un país «más perfeccionado, más eminente, en las mejores características del hombre y la sociedad; más avanzado en el camino hacia la perfección; más feliz, más noble y más sabio»?[21]

En la década de 1870, el progreso del mundo burgués había llegado hasta un punto en que comenzaban a escucharse voces más escépticas e incluso más pesimistas. Esas voces se veían reforzadas por la situación en que se encontraba el mundo en la década de 1870 y que pocos habían previsto. Los fundamentos económicos de la civilización que progresaba se vieron sacudidos por terremotos. Tras una generación de expansión sin precedentes, la economía mundial se hallaba en crisis.

2. LA ECONOMÍA CAMBIA DE RITMO

> La combinación se ha convertido gradualmente en el alma de los sistemas comerciales modernos.
>
> A. V. DICEY, 1905[1]

> El objetivo de toda concentración de capital y de las unidades de producción debe ser siempre la reducción más amplia posible de los costes de producción, administración y venta, con el propósito de conseguir los beneficios más elevados, eliminando la competencia ruinosa.
>
> CARL DUISBERG, fundador de I. G. Farben, 1903-1904[2]

> Hay momentos en que el desarrollo en todas las áreas de la economía capitalista —en los campos de la tecnología, los mercados financieros, el comercio y las colonias— ha madurado hasta el punto de que ha de producirse una expansión extraordinaria del mercado mundial. La producción mundial en su conjunto se eleva entonces hasta alcanzar un nivel nuevo y más global. En ese momento, el capital inicia un período de avance extraordinario.
>
> I. HELPHAND («Parvus»), 1901[3]

I

Un notable experto norteamericano, al examinar la economía mundial en 1889, año de la fundación de la Internacional Socialista, observaba que desde 1873 estaba marcada por «una perturbación y depresión del comercio sin precedentes». Su peculiaridad más notable, escribió,

> es su universalidad; afecta a naciones que se han visto implicadas en la guerra, pero también a aquellas que se han mantenido en paz; a las que tienen una moneda estable basada en el oro y a aquellas que tienen una moneda inestable ... a las que viven bajo un sistema de libre cambio de productos y a aquellas cuyos intercambios son más o menos limitados. Afectan tanto a viejas comunidades como Inglaterra y Alemania como a Australia, Suráfrica y California, que constituyen las nuevas; es una calamidad demasiado fuerte para poder ser soportada tanto para los habitantes de las estériles Terranova y Labrador como para los de las soleadas islas del azúcar de las Indias Orientales y Occidentales; y no ha enriquecido a aquellos que dominan el comercio mundial, cuyos beneficios suelen ser más importantes cuanto más fluctuante e incierta es la situación económica.[4]

Esta opinión, por lo general expresada en un estilo menos barroco, era compartida por muchos observadores contemporáneos, aunque a algunos historiadores posteriores les ha resultado difícil comprenderlo. En efecto, aunque el ciclo comercial, que constituye el ritmo básico de una economía capitalista, generó, ciertamente, algunas depresiones muy agudas en el período transcurrido entre 1873 y mediados del decenio de 1890, la producción mundial, lejos de estancarse, continuó aumentando de forma muy sustancial. Entre 1870 y 1890 la producción de hierro en los cinco países productores más importantes fue de más del doble (pasó de 11 a 23 millones de toneladas); la producción de acero, que se convirtió en un índice adecuado de industrialización en su conjunto, se multiplicó por veinte (pasó de medio millón a 11 millones de toneladas). El comercio internacional continuó aumentando de forma importante, aunque es verdad que a un ritmo menos vertiginoso que antes. En estas mismas décadas las economías industriales norteamericana y alemana avanzaron a pasos gigantescos y la revolución industrial se extendió a nuevos países como Suecia y Rusia. Algunos países de ultramar, integrados recientemente en la economía mundial, se desarrollaron a un ritmo sin precedentes, preparando una crisis de deuda internacional muy similar a la del decenio de 1980, especialmente porque los nombres de los países deudores son los mismos en muchos casos. La inversión extranjera en América Latina alcanzó su cúspide en el decenio de 1880 al duplicarse la extensión del tendido férreo en Argentina en el plazo de cinco años, y tanto Argentina como Brasil absorbían trescientos mil inmigrantes por año. ¿Puede calificarse de «Gran Depresión» a ese período de espectacular incremento productivo?

Tal vez los historiadores puedan ponerlo en duda, pero no así los contemporáneos. ¿Acaso esos ingleses, franceses, alemanes y norteamericanos inteligentes, bien informados y preocupados, sufrían un engaño colectivo? Sería absurdo pensar así, aunque en cierta forma el tono apocalíptico de algunos comentarios pudiera haber parecido excesivo incluso a los contemporáneos. De ningún modo puede afirmarse que todas «las mentes pensantes y conservadoras» compartieran el sentimiento expresado por el señor Wells de «la amenaza de un aglutinamiento de los bárbaros desde dentro, más que de los antiguos desde fuera, para atacar a toda la organización actual de la sociedad, e incluso la pervivencia de la propia civilización».[5] Pero, desde luego, algunos pensaban así, por no mencionar el número creciente de socialistas que deseaban el colapso del capitalismo bajo sus contradicciones internas insuperables, que el período de depresión parecía poner de manifiesto. La nota de pesimismo en la literatura y en la filosofía de la década de 1880 (véase

infra, pp. 107-108, 267-268) no puede comprenderse perfectamente sin ese sentimiento de malestar general económico y, consecuentemente, social.

En cuanto a los economistas y hombres de negocios, lo que preocupaba incluso a los menos dados al tono apocalíptico era la prolongada «depresión de los precios, una depresión del interés y una depresión de los beneficios», tal como lo expresó en 1888 Alfred Marshall, futuro gurú de la teoría económica.[6] En resumen tras el drástico hundimiento de la década de 1870 (véase *La era del capital*, capítulo 2), lo que estaba en juego no era la producción, sino su rentabilidad.

La agricultura fue la víctima más espectacular de esa disminución de los beneficios y, a no dudar, constituía el sector más deprimido de la economía y aquel cuyos descontentos tenían consecuencias sociales y políticas más inmediatas y de mayor alcance. La producción agrícola, que se había incrementado notablemente en los decenios anteriores (véase *La era del capital*, capítulo 10), inundaba los mercados mundiales, protegidos hasta entonces por los altos costes del transporte, de una competencia exterior masiva. Las consecuencias para los precios agrícolas, tanto en la agricultura europea como en las economías exportadoras de ultramar, fueron dramáticas. En 1894, el precio del trigo era poco más de un tercio del de 1867, situación extraordinariamente beneficiosa para los compradores pero desastrosa para los agricultores y trabajadores agrícolas, que constituían todavía entre el 40 y el 50 por 100 de los trabajadores varones en los países industriales (con la excepción del Reino Unido) y hasta el 90 por 100 en los demás países. En algunas zonas, la situación empeoró al coincidir diversas plagas en ese momento; por ejemplo, la filoxera a partir de 1872, que redujo en dos tercios la producción de vino en Francia entre 1875 y 1889. Los decenios de depresión no eran una buena época para ser agricultor en ningún país implicado en el mercado mundial. La reacción de los agricultores, según la riqueza y la estructura política de sus países, varió desde la agitación electoral a la rebelión, por no mencionar la muerte por hambre, como ocurrió en Rusia entre 1891 y 1892. El populismo, que sacudió a los Estados Unidos en el decenio de 1890, tenía su centro en las regiones trigueras de Kansas y Nebraska. Entre 1879 y 1894 hubo revueltas campesinas, o agitaciones consideradas como tales, en Irlanda, España, Sicilia y Rumanía. Los países que no necesitaban preocuparse por el campesinado, porque ya no lo tenían, como el Reino Unido, podían permitir que la agricultura se atrofiara: en ese país desaparecieron los dos tercios de las tierras dedicadas al cultivo del trigo entre 1875 y 1895. Algunas naciones, como Dinamarca, modernizaron deliberadamente su agricultura, orientándose hacia la producción de rentables productos ganaderos. Otros gobiernos, como el alemán, pero sobre todo el francés y el norteamericano, establecieron aranceles que elevaron los precios.

No obstante, las dos respuestas más habituales entre la población fueron la emigración masiva y la cooperación, la primera protagonizada por aquellos que carecían de tierras o que tenían tierras pobres, y la segunda fundamentalmente por los campesinos con explotaciones potencialmente viables.

La década de 1880 conoció las mayores tasas de emigración a ultramar en los países de emigración ya antigua (salvo el caso excepcional de Irlanda en el decenio posterior a la gran hambruna) (véase *La era de la revolución*, capítulo 8, V) y el comienzo real de la emigración masiva en países como Italia, España y Austria-Hungría, a los que seguirían Rusia y los Balcanes.* Fue esta la válvula de seguridad que permitió mantener la presión social por debajo del punto de rebelión o revolución. En cuanto a la cooperación, proveyó de préstamos modestos al campesinado (en 1908, más de la mitad de los agricultores independientes alemanes pertenecían a esos minibancos rurales, de los que fue pionero el católico Raiffeisen en el decenio de 1870). Mientras tanto, se multiplicaron en varios países las sociedades para la compra cooperativa de suministros, la comercialización en cooperativa y el procesamiento cooperativo (en especial de productos lácteos y, en Dinamarca, para la cura de la panceta). Transcurridos diez años desde 1884, cuando los agricultores franceses utilizaron para sus propios objetivos una ley dirigida a legalizar los sindicatos, 400.000 de ellos pertenecían a casi dos mil de esos *syndicats*.[7] En 1900 había 1.600 cooperativas para la elaboración de productos lácteos en los Estados Unidos, la mayor parte de ellas en el Medio Oeste, y la industria láctea de Nueva Zelanda estaba bajo un estricto control de las cooperativas de agricultores.

El mundo de los negocios tenía sus propios problemas. En una época en que estamos persuadidos de que el incremento de los precios (la «inflación») es un desastre económico, puede resultar extraño que a los hombres de negocios del siglo XIX les preocupara mucho más el descenso de los precios, y en una centuria deflacionaria en su conjunto, ningún período fue más deflacionario que el de 1873-1896, cuando los precios descendieron en un 40 por 100 en el Reino Unido. La inflación no sólo es positiva para quienes están endeudados, como bien lo sabe cualquiera que tenga que pagar una hipoteca a largo plazo, sino que produce un incremento automático de los beneficios, por cuanto los bienes producidos con un coste menor se vendían al precio más elevado del momento de la venta. A la inversa, la deflación hace que disminuyan los beneficios. Una gran expansión del mercado puede compensar esa situación, pero lo cierto es que el mercado no crecía con la suficiente rapidez, en parte porque la nueva tecnología industrial posibilitaba y exigía un crecimiento extraordinario de la producción (al menos si se pretendía que las fábricas produjeran beneficios), en parte porque aumentaba el número de competidores en la producción y de las economías industriales, incrementando enormemente la capacidad total, y también porque el desarrollo de un gran mercado de bienes de consumo era todavía muy lento. Incluso en el caso de productos básicos, la combinación de una mayor capacidad, una utilización más eficaz del producto y los cambios en la demanda podían resul-

* El único país de la Europa meridional que conoció una emigración importante antes del decenio de 1880 fue Portugal.

tar determinantes: el precio del hierro cayó en un 50 por 100 entre 1871-1875 y 1894-1898.

Otra dificultad radicaba en el hecho de que los costes de producción eran más estables que los precios a corto plazo, pues —con algunas excepciones— los salarios no podían ser reducidos —o no lo eran— proporcionalmente, al tiempo que las empresas tenían que soportar también la carga de importantes cantidades de maquinaria y equipo obsoletos o de nuevas máquinas y equipos de alto precio que, al disminuir los beneficios, se tardaba más de lo esperado en amortizar. En algunas partes del mundo, la situación se veía complicada aún más por la caída gradual, pero fluctuante e impredecible a corto plazo, del precio de la plata y de su tipo de cambio con el oro. Mientras ambos metales se mantuvieron estables, situación que había prevalecido durante muchos años hasta 1872, los pagos internacionales calculados en los metales preciosos que constituían la base de la economía monetaria mundial eran bastante sencillos.* Pero cuando la tasa de cambio era inestable, las transacciones de negocios entre aquellos países cuyas monedas se basaban en metales preciosos distintos se complicaban enormemente.

¿Qué podía hacerse respecto a la depresión de los precios, de los beneficios y de las tasas de interés? Una de las soluciones consistía en una especie de monetarismo a la inversa que, como parece indicar el importante y ya olvidado debate contemporáneo sobre el «bimetalismo», era sustentada por muchos, que atribuían el descenso de los precios fundamentalmente a la escasez de oro, que era cada vez más (a través de la libra esterlina con una paridad de oro fija, es decir, el soberano de oro) la base exclusiva del sistema de pagos mundial. Un sistema basado en el oro y la plata, mineral cada vez más abundante, sobre todo en América, podría elevar los precios a través de la inflación monetaria. La inflación monetaria, de la que eran partidarios especialmente los abrumados agricultores de las praderas, por no mencionar a los propietarios de las minas de plata de las montañas Rocosas, se convirtió en uno de los principios fundamentales de los movimientos populistas norteamericanos y la perspectiva de la crucifixión de la humanidad en una cruz de oro inspiró la retórica del gran tribuno de la plebe William Jennings Bryan (1860-1925). Al igual que en el caso de otras de las causas preferidas de Bryan, como la verdad literal de la Biblia y la consecuente necesidad de rechazar las enseñanzas de las doctrinas de Charles Darwin, defendía una causa perdida. La banca, las grandes empresas y los gobiernos de los países más importantes del capitalismo mundial no tenían la menor intención de abandonar la paridad fija del oro, que para ellos era como el Génesis para Bryan. En cualquier caso, sólo países como México, China y la India, que no contaban en el concierto internacional, trabajaban fundamentalmente con la plata.

Los diferentes gobiernos mostraron una mejor disposición para escuchar a los grupos de intereses y a los núcleos de votantes que les impulsaban a proteger a los productores nacionales de la competencia de los bienes importados. Entre los que solicitaban ese tipo de medidas no estaban únicamente —como era lógico esperar— el bloque importantísimo de los agricultores, sino también sectores significativos de las industrias familiares, que intentaban minimizar la «superproducción» defendiéndose al menos de los adversarios extranjeros. La gran depresión puso fin a la era del liberalismo económico (véase *La era del capital*, capítulo 2), al menos en el capítulo de los artículos de consumo.* Las tarifas proteccionistas, que comenzaron a aplicarse en Alemania e Italia (en los productos textiles) a finales del decenio de 1870, pasaron a ser un elemento permanente en el escenario económico internacional, culminando en los inicios de los años 1890 en las tarifas de penalización asociadas con los nombres de Méline en Francia (1892) y McKinley en los Estados Unidos (1890).**

* Aproximadamente 15 unidades de plata = 1 unidad de oro.

De todos los grandes países industriales, sólo el Reino Unido defendía la libertad de comercio sin restricciones, a pesar de alguna poderosa ofensiva ocasional de los proteccionistas. Las razones eran evidentes, al margen de la ausencia de un campesinado numeroso y, por tanto, de un voto proteccionista importante. El Reino Unido era, con mucho, el exportador más importante de productos industriales y en el curso de la centuria había orientado su actividad cada vez más hacia la exportación —sobre todo en los decenios de 1870 y 1880— en mucho mayor medida que sus principales rivales, aunque no más que algunas economías avanzadas de tamaño mucho más reducido, como Bélgica, Suiza, Dinamarca y los Países Bajos. El Reino Unido era, con gran diferencia, el mayor exportador de capital, de servicios «invisibles» financieros y comerciales y de servicios de transporte. Conforme la competencia extranjera penetró en la industria británica, lo cierto es que Londres y la flota británica adquirieron aún más importancia que antes en la economía mundial. Por otra parte, aunque esto se olvida muchas veces, el Reino Unido era el mayor receptor de exportaciones de productos primarios del mundo y dominaba—casi podría decirse constituía—el mercado mundial de algunos de ellos, como la caña de azúcar, el té y el trigo, del que compró en 1880 casi la mitad del total que se comercializó internacionalmente. En 1881, los británicos compraron casi la mitad de las exportaciones mundiales de carne y mucho mayor cantidad de lana y algodón (el 55 por 100 de las importaciones europeas) que ningún otro país.[9] Dado que el Reino Unido

* El movimiento libre de capital, de las transacciones financieras y de la mano de obra se hizo, en todo caso, más notable.

** Cifra media de las tarifas arancelarias en Europa en 1914[a]

	%		%
Reino Unido	0	Austria-Hungría, Italia	18
Países Bajos	4	Francia, Suecia	20
Suiza, Bélgica	9	Rusia	38
Alemania	13	España	41
Dinamarca	14	Estados Unidos (1913)	30[a]

[a] Rebajados del 49,5 % (1890), 39,9 % (1894), 57 % (1897) y 38 % (1909).

permitió que declinara la producción de alimentos durante la época de la depresión, su inclinación hacia las importaciones se intensificó extraordinariamente. En 1905-1909 importó no sólo el 56 por 100 de todos los cereales que consumió, sino además el 76 por 100 de todo el queso y el 68 por 100 de los huevos.[10]

La libertad de comercio parecía, pues, indispensable, ya que permitía que los productores de materias primas de ultramar intercambiaran sus productos por los productos manufacturados británicos, reforzando así la simbiosis entre el Reino Unido y el mundo subdesarrollado, sobre el que se apoyaba fundamentalmente la economía británica. Los estancieros argentinos y uruguayos, los productores de lana australianos y los agricultores daneses no tenían interés alguno en impulsar el desarrollo de las manufacturas nacionales, pues obtenían pingües beneficios en su calidad de planetas económicos del sistema solar británico. Los costes de esa situación para el Reino Unido eran importantes. Como hemos visto, el librecambio implicaba permitir el hundimiento de la agricultura británica si no estaba preparada para mantenerse a flote. El Reino Unido era el único país en el que incluso los políticos conservadores, a pesar de la tradicional postura de esos partidos a favor del proteccionismo, estaban dispuestos a abandonar la agricultura. Ciertamente, el sacrificio era más fácil pues las finanzas de los ricos —y todavía decisivos desde el punto de vista político— terratenientes descansaban ahora no tanto en las rentas procedentes de los campos de maíz como en los ingresos que obtenían de las propiedades urbanas y de las inversiones. ¿No podía implicar eso también la disposición a sacrificar la industria británica, como temían los proteccionistas? Considerando la cuestión de forma retrospectiva, desde el Reino Unido de los años ochenta del siglo XX, en proceso de desindustrialización, ese temor no parece infundado. Después de todo, el capitalismo no existe para realizar una selección determinada de productos, sino para obtener dinero. Pero, aunque ya estaba claro que en la política británica la opinión de la City londinense contaba mucho más que la de los industriales de las provincias, por el momento los intereses de la City no parecían estar encontrados con los de los representantes de la industria. Por ello, el Reino Unido continuó mostrándose partidario del liberalismo económico* y al actuar así otorgó a los países proteccionistas la libertad de controlar sus mercados internos y de impulsar sus exportaciones.

Economistas e historiadores han debatido sin cesar los efectos de ese renacimiento del proteccionismo internacional o, en otras palabras, la extraña esquizofrenia del capitalismo mundial. En el siglo XIX, el núcleo fundamental del capitalismo lo constituían cada vez más las «economías nacionales»: el Reino Unido, Alemania, Estados Unidos, etc. No obstante, a pesar del título programático de la gran obra de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*

* Excepto en materia de inmigración ilimitada, pues este país fue uno de los primeros en los que se elaboró una legislación discriminatoria contra la entrada masiva de extranjeros (judíos) en 1905.

(1776), la «nación» como unidad no tenía un lugar claro en la teoría pura del capitalismo liberal, cuyos elementos básicos eran los átomos irreducibles de la empresa, el individuo o la «compañía» (sobre la cual no se decía mucho) impulsados por el imperativo de maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas. Actuaban en «el mercado», que, en sus límites, era global. El liberalismo era el anarquismo de la burguesía y, como en el anarquismo revolucionario, en él no había lugar para el estado. O, más bien, el estado como factor económico sólo existía como algo que interfería el funcionamiento autónomo e independiente de «el mercado».

Esta interpretación no carecía de lógica. Por una parte, parecía razonable pensar —en especial tras la liberalización de las economías a mediados de siglo (véase *La era del capital*, capítulo 2)— que lo que permitía que esa economía evolucionara y creciera eran las decisiones económicas de sus componentes fundamentales. Por otra parte, la economía capitalista era global, y no podía ser de otra forma. Además, esa característica se reforzó a lo largo del siglo XIX, cuando el capitalismo amplió su esfera de actuación a zonas del planeta cada vez más remotas y transformó todas las regiones de manera cada vez más profunda. A mayor abundamiento, esa economía no reconocía fronteras, pues cuando alcanzaba mayor rendimiento era cuando nada interfería con el libre movimiento de los factores de producción. Así pues, el capitalismo no sólo era internacional en la práctica, sino internacionalista desde el punto de vista teórico. El ideal de sus teóricos era la división internacional del trabajo que asegurara el crecimiento más intenso de la economía. Sus criterios eran globales: no tenía sentido intentar producir plátanos en Noruega, porque su producción era mucho más barata en Honduras. Rechazaban cualquier tipo de argumento local o regional opuesto a sus conclusiones. La teoría pura del liberalismo económico se veía obligada a aceptar las consecuencias más extremas, incluso absurdas, de sus supuestos siempre que se demostrara que producían resultados óptimos a escala global. Si se podía demostrar que toda la producción industrial del mundo debía estar concentrada en Madagascar (de la misma forma que el 80 por 100 de la producción de relojes estaba concentrada en una pequeña zona de Suiza),[11] o que toda la población de Francia debía trasladarse a Siberia (al igual que una parte importante de la población noruega se trasladó mediante la emigración a los Estados Unidos),* no existía argumento económico alguno que pudiera oponerse a esas iniciativas.

¿Qué podía considerarse erróneo desde el punto de vista económico, respecto al cuasimonopolio británico de la industria global a mediados de siglo o de la evolución demográfica de Irlanda, que perdió casi la mitad de su población entre 1841 y 1911? El único equilibrio que reconocía la teoría económica liberal era el equilibrio a escala mundial.

Pero en la práctica ese modelo resultaba inadecuado. La economía capita-

* Entre 1820 y 1975 el número de noruegos que emigraron a los Estados Unidos —unos 855.000— fue casi tan elevado como la población total de Noruega en 1820.[12]

lista mundial en evolución era un conjunto de bloques sólidos, pero también un fluido. Sean cuales fueren los orígenes de las «economías nacionales» que constituían esos bloques —es decir, las economías definidas por las fronteras de los estados— y con independencia de las limitaciones teóricas de una teoría económica basada en ellas —fundamentalmente por teóricos alemanes—, las economías nacionales existían porque existían los estados-naciones. Tal vez sea cierto que nadie hubiera considerado a Bélgica como la primera economía industrializada del continente europeo si Bélgica hubiera seguido siendo una parte de Francia (como lo era hasta 1815) o una región de los Países Bajos unidos (como lo fue entre 1815 y 1830). Sin embargo, una vez que Bélgica se convirtió en estado, tanto su política económica como la dimensión política de las actividades económicas de sus habitantes se vieron determinados por ese hecho. Es cierto que existían, y existen, actividades económicas como las finanzas internacionales que son fundamentalmente cosmopolitas y que, en consecuencia, escapaban a las limitaciones nacionales, en la medida en que éstas eran eficaces. Pero incluso esas empresas transnacionales tenían buen cuidado en vincularse a una economía nacional convenientemente importante. Así, las familias de banqueros (fundamentalmente alemanas) tendieron a transferir sus sedes de París a Londres a partir de 1860. Y la más internacional de esas familias de banqueros, los Rothschild, alcanzó el éxito cuando actuó en la capital de un gran estado y fracasó cuando no lo hizo así: los Rothschild de Londres, París y Viena fueron en todo momento una fuerza influyente, pero no puede decirse lo mismo de los Rothschild de Nápoles y Frankfurt (la firma se negó a trasladarse a Berlín). Tras la unificación de Alemania, Frankfurt había dejado de ser el lugar adecuado.

Naturalmente, estas observaciones se refieren fundamentalmente al sector «desarrollado» del mundo, es decir, a los estados capaces de defender de la competencia a sus economías en proceso de industrialización y no al resto del planeta, cuyas economías eran dependientes, política o económicamente, del núcleo «desarrollado». En unos casos, esas regiones no tenían posibilidad de elección, pues una potencia decidía el curso de sus economías o bien una economía imperial tenía la posibilidad de convertirlas en repúblicas bananeras o cafeteras. En otros casos, esas economías no estaban interesadas en otras posibilidades alternativas de desarrollo, pues les era rentable convertirse en productoras especializadas de materias primas para un mercado mundial formado por los estados metropolitanos. En la periferia del mundo, la «economía nacional», en la medida en que puede afirmarse que existía, tenía funciones distintas.

Pero el mundo desarrollado no era tan sólo un agregado de «economías nacionales». La industrialización y la depresión hicieron de ellas un grupo de economías *rivales*, donde los beneficios de una parecían amenazar la posición de las otras. No sólo competían las empresas, sino también las naciones. De esta forma, muchos británicos sentían que se les erizaban los cabellos cuando leían artículos periodísticos sobre la invasión económica alemana: *Made in Germany*, de E. E. Williams (1896), o *American Invaders*, de Fred A. Mackenzie (1902).[13] Sus padres no habían perdido la calma ante las advertencias (justificadas) de la superioridad técnica de los extranjeros. El proteccionismo expresaba una situación de competitividad económica internacional.

Pero ¿cuáles fueron sus consecuencias? Podemos aceptar como cierto que un exceso de proteccionismo generalizado, que intenta parapetar la economía de cada estado-nación frente al extranjero tras una serie de fortificaciones políticas, es perjudicial para el crecimiento económico mundial. Esto quedaría perfectamente demostrado en el período de entreguerras. Pero en 1880-1914, el proteccionismo no era general ni tampoco excesivamente riguroso, con algunas excepciones ocasionales, y, como hemos visto, quedó limitado a los bienes de consumo y no afectó al movimiento de mano de obra y a las transacciones financieras internacionales. En general, el proteccionismo agrícola funcionó en Francia, fracasó en Italia (donde la respuesta fue la emigración masiva) y protegió los intereses de los grandes terratenientes en Alemania.[14] En conjunto, el proteccionismo industrial contribuyó a ampliar la base industrial del planeta, impulsando a las industrias nacionales a abastecer los mercados domésticos, que crecían también a un ritmo vertiginoso. En consecuencia, se ha calculado que entre 1880 y 1914 el incremento global de la producción y el comercio fue mucho más elevado que durante los decenios en los que estuvo vigente el librecambio.[15] Ciertamente, en 1914 la producción industrial estaba algo menos desigualmente distribuida que cuarenta años antes en el ámbito del mundo metropolitano o «desarrollado». En 1870, los cuatro estados industriales más importantes producían casi el 80 por 100 de los productos manufacturados del mundo, pero en 1913 esa proporción era del 72 por 100, en una producción global que se había multiplicado por 5.[16] Es discutible hasta qué punto influyó el proteccionismo en esa tendencia, pero parece indudable que no fue un obstáculo serio para el crecimiento.

No obstante, si el proteccionismo fue la reacción política instintiva del productor preocupado ante la depresión, no fue la respuesta económica más significativa del capitalismo a los problemas que le afligían. Esa respuesta radicó en la combinación de la concentración económica y la racionalización empresarial o, según la terminología norteamericana, que comenzaba ahora a servir de modelo, los *trusts* y «la gestión científica». Mediante la aplicación de estos dos tipos de medidas, se intentaba ampliar los márgenes de beneficio, reducidos por la competitividad y por la caída de los precios.

No hay que confundir concentración económica con monopolio en sentido estricto (control del mercado por una sola empresa) o, en el sentido más amplio en que se utiliza habitualmente, con el control del mercado por un grupo de empresas dominantes (oligopolio). Ciertamente, los casos de concentración que suscitaron el rechazo público fueron de este tipo, producidos generalmente por fusiones o por acuerdos para el control del mercado entre empresas que, según la teoría de la libre empresa, deberían haber competido de forma implacable en beneficio del consumidor. Tales fueron los «trusts norteamericanos», que provocaron una legislación antimonopolista, como la

Sherman Anti-Trust Act (1890), de dudosa eficacia, y los «sindicatos» o los cárteles alemanes —fundamentalmente en las industrias pesadas—, que gozaban del apoyo del gobierno. El sindicato del carbón de Renania-Westfalia (1893), que controlaba el 90 por 100 de la producción de carbón en su región, o la Standard Oil Company, que en 1880 controlaba entre el 90 y el 95 por 100 del petróleo refinado en los Estados Unidos, eran, sin duda, monopolios. También lo era, a efectos prácticos, el «billion dolar Trust» de la United States Steel (1901) con el 63 por 100 de la producción de acero en Norteamérica. Es claro también que la tendencia a abandonar la competencia ilimitada y a implantar «la cooperación de varios capitalistas que previamente actuaban por separado»[17] se hizo evidente durante la gran depresión y continuó en el nuevo período de prosperidad general. La existencia de una tendencia hacia el monopolio o el oligopolio es indudable en las industrias pesadas, en industrias estrechamente dependientes de los pedidos del gobierno como en el sector de armamento en rápida expansión (véase *infra*, pp. 315-317), en industrias que producían y distribuían nuevas formas revolucionarias de energía, como el petróleo y la electricidad, así como en el transporte y en algunos productos de consumo masivo como el jabón y el tabaco.

Pero el control del mercado y la eliminación de la competencia sólo eran un aspecto de un proceso más general de concentración capitalista y no fueron ni universales ni irreversibles: en 1914 la competitividad en las industrias norteamericanas del petróleo y del acero era mayor que diez años antes. En este contexto, es erróneo hablar en 1914 de «capitalismo monopolista» para referirse a lo que en 1900 se calificaba con toda rotundidad como una nueva fase del desarrollo capitalista. Pero de todas formas poco importa el nombre que le demos («capitalismo corporativo», «capitalismo organizado», etc.), en tanto en cuanto se acepte —y debe ser aceptado— que la concentración avanzó a expensas de la competencia de mercado, las corporaciones a expensas de las empresas privadas, los grandes negocios y grandes empresas a expensas de las más pequeñas y que esa concentración implicó una tendencia hacia el oligopolio. Esto se hizo evidente incluso en un bastión tan poderoso de la arcaica empresa competitiva pequeña y media como el Reino Unido. A partir de 1880, el modelo de distribución se revolucionó. Los términos *ultramarinos* y *carnicero* no designaban ya simplemente a un pequeño tendero, sino cada vez más a una empresa nacional o internacional con cientos de sucursales. En cuanto a la banca, un número reducido de grandes bancos, sociedades anónimas con redes de agencias nacionales, sustituyeron rápidamente a los pequeños bancos: el Lloyds Bank absorbió 164 de ellos. Como se ha señalado, a partir de 1900 el viejo «banco local» británico se convirtió en «una curiosidad histórica».

Al igual que la concentración económica, la «gestión científica» (esta expresión no comenzó a utilizarse hasta 1910) fue fruto del período de la gran depresión. Su fundador y apóstol, F. W. Taylor (1856-1915), comenzó a desarrollar sus ideas en 1880 en la problemática industria del acero norteamericana. Las nuevas técnicas alcanzaron Europa en el decenio de 1890. La presión sobre los beneficios en el período de la depresión, así como el tamaño y la complejidad cada vez mayor de las empresas, sugirió que los métodos tradicionales y empíricos de organizar las empresas, y en especial la producción, no eran ya adecuados. Así surgió la necesidad de una forma más racional o «científica» de controlar y programar las empresas grandes y deseosas de maximizar los beneficios. La tarea en la que concentró inmediatamente sus esfuerzos el «taylorismo» y con la que se identificaría ante la opinión pública la «gestión científica» fue la de sacar mayor rendimiento a los trabajadores. Ese objetivo se intentó alcanzar mediante tres métodos fundamentales: 1) aislando a cada trabajador del resto del grupo y transfiriendo el control del proceso productivo a los representantes de la dirección, que decían al trabajador exactamente lo que tenía que hacer y la producción que tenía que alcanzar, a la luz de 2) una descomposición sistemática de cada proceso en elementos componentes cronometrados («estudio de tiempo y movimiento») y 3) sistemas distintos de pago de salario que supusieran para el trabajador un incentivo para producir más. Esos sistemas de pago atendiendo a los resultados alcanzaron una gran difusión pero, a efectos prácticos, el taylorismo en sentido literal no había hecho prácticamente ningún progreso antes de 1914 en Europa —ni en los Estados Unidos— y sólo llegó a ser familiar como eslogan en los círculos empresariales en los últimos años anteriores a la guerra. A partir de 1918, el nombre de Taylor, como el de otro pionero de la producción masiva, Henry Ford, se identificaría con la utilización racional de la maquinaria y la mano de obra para maximizar la producción, paradójicamente tanto entre los planificadores bolcheviques como entre los capitalistas.

No obstante, es indudable que entre 1880 y 1914 la transformación de la estructura de las grandes empresas, desde el taller hasta las oficinas y la contabilidad, hicieron un progreso sustancial. La «mano visible» de la moderna organización y dirección sustituyó a la «mano invisible» del mercado anónimo de Adam Smith. Los ejecutivos, ingenieros y contables comenzaron, así, a desempeñar tareas que hasta entonces acumulaban los propietarios-gerentes. La «corporación» o *Konzern* sustituyó al individuo. El típico hombre de negocios, al menos en los grandes negocios, no era ya tanto un miembro de la familia fundadora, sino un ejecutivo asalariado, y aquel que miraba a los demás por encima del hombro era más frecuentemente el banquero o accionista que el gerente capitalista.

Existía una tercera posibilidad para solucionar los problemas del capitalismo: el imperialismo. Muchas veces se ha mencionado la coincidencia cronológica entre la depresión y la fase dinámica de la división colonial del planeta. Los historiadores han debatido intensamente hasta qué punto estaban conectados ambos fenómenos. En cualquier caso, como veremos en el próximo capítulo, esa relación era mucho más compleja que la de la simple causa y efecto. De cualquier forma, no puede negarse que la presión del capital para conseguir inversiones más productivas, así como la de la producción a la búsqueda de nuevos mercados, contribuyó a impulsar la política de ex-

pansión, que incluía la conquista colonial. «La expansión territorial —afirmó un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos en 1900— no es sino una consecuencia de la expansión del comercio.»[18] Desde luego, no era el único que así pensaba en el ámbito de la economía y de la política internacional.

Debemos mencionar un resultado final, o efecto secundario, de la gran depresión. Fue también una época de gran agitación social. Como hemos visto, no sólo entre los agricultores, sacudidos por los terremotos del colapso de los precios agrarios, sino también entre las clases obreras. No resulta tan sencillo explicar por qué la depresión produjo la movilización masiva de las clases obreras industriales en numerosos países y, desde finales del decenio de 1880, la aparición de movimientos obreros y socialistas de masas en algunos de ellos. En efecto, paradójicamente, las mismas caídas de los precios que radicalizaron automáticamente las posiciones de los agricultores sirvieron para abaratar notablemente el coste de vida de los asalariados, y produjeron una indudable mejora del nivel material de vida de los trabajadores en la mayor parte de los países industrializados. Pero nos contentaremos con señalar aquí que los modernos movimientos obreros son también hijos del período de la depresión. Esos movimientos serán analizados en el capítulo 5.

II

Desde mediados del decenio de 1890 hasta la primera guerra mundial, la orquesta económica global realizó sus interpretaciones en el tono mayor de la prosperidad más que, como hasta entonces, en el tono menor de la depresión. La afluencia, consecuencia de la prosperidad de los negocios, constituyó el trasfondo de lo que se conoce todavía en el continente europeo como la *belle époque*. El paso de la preocupación a la euforia fue tan súbito y drástico, que los economistas buscaban alguna fuerza externa especial para explicarlo, un *Deus ex machina*, que encontraron en el descubrimiento de enormes depósitos de oro en Suráfrica, la última de las grandes fiebres del oro occidentales, la Klondike (1898), y en otros lugares. En conjunto, los historiadores de la economía se han dejado impresionar menos por esas tesis básicamente monetaristas que algunos gobiernos de finales del siglo XX. No obstante, la rapidez del cambio fue sorprendente y diagnosticada casi de forma inmediata por un revolucionario especialmente agudo, A. L. Helphand (1869-1924), cuyo nombre de pluma era Parvus, como indicativo del comienzo de un período nuevo y duradero de extraordinario progreso capitalista. De hecho, el contraste entre la gran depresión y el *boom* secular posterior constituyó la base de las primeras especulaciones sobre las «ondas largas» en el desarrollo del capitalismo mundial, que más tarde se asociarían con el nombre del economista ruso Kondratiev. Entretanto era evidente, en cualquier caso, que quienes habían hecho lúgubres previsiones sobre el futuro del capitalismo, o incluso sobre su colapso inminente, se habían equivocado. Entre

los marxistas se suscitaron apasionadas discusiones sobre lo que eso implicaba para el futuro de sus movimientos y si las doctrinas de Marx tendrían que ser «revisadas».

Los historiadores de la economía tienden a centrar su atención en dos aspectos del período: la redistribución del poder y la iniciativa económica, es decir, en el declive relativo del Reino Unido y en el progreso relativo —y absoluto— de los Estados Unidos y sobre todo de Alemania, y asimismo en el problema de las fluctuaciones a largo y a corto plazo, es decir, fundamentalmente en la «onda larga» de Kondratiev, cuyas oscilaciones hacia abajo y hacia arriba dividen claramente en dos el período que estudiamos. Por interesantes que puedan ser estos problemas, son secundarios desde el punto de vista de la economía mundial.

Como cuestión de principio, no es sorprendente que Alemania, cuya población se elevó de 45 a 65 millones, y los Estados Unidos que pasó de 50 a 92 millones, superaran al Reino Unido, con un territorio más reducido y menos poblado. Pero eso no hace menos impresionante el triunfo de las exportaciones industriales alemanas. En los treinta años transcurridos hasta 1913 pasaron de menos de la mitad de las exportaciones británicas a superarlas. Excepto en lo que podríamos llamar los «países semiindustrializados» —es decir, a efectos prácticos, los dominios reales o virtuales del imperio británico, incluyendo sus dependencias económicas latinoamericanas—, las exportaciones alemanas de productos manufacturados superaron a las del Reino Unido en toda la línea. Se incrementaron en una tercera parte en el mundo industrial e incluso el 10 por 100 en el mundo desarrollado. Una vez más hay que decir que no es sorprendente que el Reino Unido no pudiera mantener su extraordinaria posición como «taller del mundo», que poseía hacia 1860. Incluso los Estados Unidos, en el cenit de su supremacía global a comienzos de 1950 —y cuyo porcentaje de la población mundial era tres veces mayor que el del Reino Unido en 1860—, nunca alcanzó el 53 por 100 de la producción de hierro y acero y el 49 por 100 de la producción textil. Pero esto no explica exactamente por qué se produjo —o incluso si se produjo— la ralentización del crecimiento y la decadencia de la economía británica, aspectos que han sido objeto de gran número de estudios. El tema realmente importante no es quién creció más y más deprisa en la economía mundial en expansión, sino su crecimiento global como un todo.

En cuanto al ritmo Kondratiev —llamarlo «ciclo» en el sentido estricto de la palabra supone asumir la verdad de la cuestión—, plantea cuestiones analíticas fundamentales sobre la naturaleza del crecimiento económico en la era capitalista o, como podrían argumentar algunos estudiosos, sobre el crecimiento de cualquier economía mundial. Lamentablemente, ninguna de las teorías sobre esta curiosa alternativa de fases de confianza y de dificultad económica, que forman en conjunto una «onda» de aproximadamente medio siglo, tiene aceptación generalizada. La teoría mejor conocida y más elegante al respecto, la de Joseph Alois Schumpeter (1883-1950), asocia cada «fase descendente» con el agotamiento de los beneficios potenciales de una serie

de «innovaciones» económicas y la nueva fase ascendente con una serie de innovaciones fundamentalmente —aunque no de forma exclusiva— tecnológicas, cuyo potencial se agotará a su vez. Así, las nuevas industrias, que actúan como «sectores punta» del crecimiento económico —por ejemplo, el algodón en la primera revolución industrial, el ferrocarril en el decenio de 1840 y después de él—, se convierten en una especie de locomotoras que arrastran la economía mundial del marasmo en el que se ha visto sumida durante un tiempo. Esta teoría es plausible, pues cada período ascendente secular desde los inicios de 1780 ha estado asociado con la aparición de nuevas industrias, cada vez más revolucionarias desde el punto de vista tecnológico; tal vez, dos de los más notables *booms* económicos globales son los dos decenios y medio anteriores a 1970. El problema que se plantea respecto a la fase ascendente de los últimos años del decenio de 1890 es que las industrias innovadoras del período —en términos generales, las químicas y eléctricas o las asociadas con las nuevas fuentes de energía que pronto competirían seriamente con el vapor— no parecen haber estado todavía en situación de dominar los movimientos de la economía mundial. En definitiva, como no podemos explicarlas adecuadamente, las periodicidades de Kondratiev no nos son de gran ayuda. Únicamente nos permiten observar que el período que estudia este libro cubre la caída y el ascenso de una «onda Kondratiev», pero eso no es sorprendente, por cuanto toda la historia moderna de la economía global queda dentro de ese modelo.

Sin embargo, existe un aspecto del análisis de Kondratiev que es pertinente para un período de rápida globalización de la economía mundial. Nos referimos a la relación entre el sector *industrial* del mundo, que se desarrolló mediante una revolución continua de la producción, y la producción *agrícola* mundial, que se incrementó fundamentalmente gracias a la incorporación de nuevas zonas geográficas de producción o de zonas que se especializaron en la producción para la exportación. En 1910-1913 el mundo occidental disponía para el consumo de doble cantidad de trigo (en promedio) que en el decenio de 1870. Pero ese incremento procedía básicamente de unos cuantos países: los Estados Unidos, Canadá, Argentina y Australia y, en Europa, Rusia, Rumanía y Hungría. El crecimiento de la producción en la Europa occidental (Francia, Alemania, el Reino Unido, Bélgica, Holanda y Escandinavia) suponía tan sólo el 10-15 por 100 del nuevo abastecimiento. Por tanto, no es sorprendente, aun si prescindimos de catástrofes agrícolas como los ocho años de sequía (1895-1902) que acabaron con la mitad de la cabaña de ovejas de Australia y nuevas plagas como el gorgojo, que atacó el cultivo de algodón en los Estados Unidos a partir de 1892, que la tasa de crecimiento de la producción agrícola mundial se ralentizara después del inicial salto hacia adelante. Así, la «relación de intercambio» tendería a variar en favor de la agricultura y en contra de la industria, es decir, los agricultores pagaban menos, de forma relativa y absoluta, por lo que compraban a la industria, mientras que la industria pagaba más, tanto relativa como absolutamente, por lo que compraba a la agricultura.

Se ha argumentado que esa variación en las relaciones de intercambio puede explicar que los precios, que habían caído notablemente entre 1873 y 1896, experimentaran un importante aumento desde esa última fecha hasta 1914 y posteriormente. Es posible, pero de cualquier forma lo seguro es que ese cambio en las relaciones de intercambio supuso una presión sobre los costes de producción en la industria y, en consecuencia, sobre su tasa de beneficio. Por fortuna para la «belleza» de la *belle époque*, la economía estaba estructurada de tal forma que esa presión se podía trasladar de los beneficios a los trabajadores. El rápido incremento de los salarios reales, característico del período de la gran depresión, disminuyó notablemente. En Francia y el Reino Unido hubo incluso un *descenso* de los salarios reales entre 1899 y 1913. Esto explica en parte el incremento de la tensión social y de los estallidos de violencia en los últimos años anteriores a 1914.

¿Cómo explicar, pues, que la economía mundial tuviera tan gran dinamismo? Sea cual fuere la explicación en detalle, no hay duda de que la clave en esta cuestión hay que buscarla en el núcleo de países industriales o en proceso de industrialización, que se distribuían en la zona templada del hemisferio norte, pues actuaban como locomotoras del crecimiento global, tanto en su condición de productores como de mercado.

Esos países constituían ahora una masa productiva ingente y en rápido crecimiento y ampliación en el centro de la economía mundial. Incluían no sólo los núcleos grandes y pequeños de la industrialización de mediados de siglo, con una tasa de expansión que iba desde lo impresionante hasta lo inimaginable —el Reino Unido, Alemania, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Suiza y los territorios checos—, sino también un nuevo conjunto de regiones en proceso de industrialización: Escandinavia, los Países Bajos, el norte de Italia, Hungría, Rusia e incluso Japón. Constituían también una masa cada vez más impresionante de compradores de los productos y servicios del mundo: un conjunto que vivía cada vez más de las compras, es decir, que cada vez era menos dependiente de las economías rurales tradicionales. La definición habitual de un «habitante de una ciudad» del siglo XIX era la de aquel que vivía en un lugar de más de 2.000 habitantes, pero incluso si adoptamos un criterio menos modesto (5.000), el porcentaje de europeos de la zona «desarrollada» y de norteamericanos que vivían en ciudades se había incrementado hasta el 41 por 100 en 1910 (desde el 19 y el 14 por 100, respectivamente, en 1850), y tal vez el 80 por 100 de los habitantes de las ciudades (frente a los dos tercios en 1850) vivían en núcleos de más de 20.000 habitantes; de ellos, un número muy superior a la mitad vivían en ciudades de más de cien mil habitantes, es decir, grandes masas de consumidores.[19]

Además, gracias al descenso de los precios que se había producido durante el período de la depresión, esos consumidores disponían de mucho más dinero que antes para gastar, aun considerando el descenso de los salarios reales que se produjo a partir de 1900. Los hombres de negocios comprendían la gran importancia colectiva de esa acumulación de consumidores, incluso entre los pobres. Si los filósofos políticos temían la aparición de las

masas, los vendedores la acogieron muy positivamente. La industria de la publicidad, que se desarrolló como fuerza importante en este período, los tomó como punto de mira. La venta a plazos, que apareció durante esos años, tenía como objetivo permitir que los sectores con escasos recursos pudieran comprar productos de alto precio. El arte y la industria revolucionarios del cine (véase *infra*, capítulo 9) crecieron desde la nada en 1895 hasta realizar auténticas exhibiciones de riqueza en 1915 y con unos productos tan caros de fabricar que superaban a los de las óperas de príncipes, y todo ello apoyándose en la fuerza de un público que pagaba en monedas de cinco centavos.

Una sola cifra basta para ilustrar la importancia de la zona «desarrollada» del mundo en este período. A pesar del notable crecimiento que experimentaron regiones y economías nuevas en ultramar, a pesar de la sangría de una emigración masiva sin precedentes, el porcentaje de europeos en el conjunto de la población mundial aumentó en el siglo XIX y su tasa de crecimiento se aceleró desde el 7 por 100 anual en la primera mitad del siglo y el 8 por 100 en la segunda hasta el 13 por 100 en los años 1900-1913. Si a ese continente urbanizado de compradores potenciales añadimos los Estados Unidos y algunas economías de ultramar en rápido desarrollo pero de mucho menor envergadura, tenemos un mundo «desarrollado» que ocupaba aproximadamente el 15 por 100 de la superficie del planeta, con alrededor del 40 por 100 de sus habitantes.

Así pues, estos países constituían el núcleo central de la economía mundial. En conjunto formaban el 80 por 100 del mercado internacional. Más aún, determinaban el desarrollo del resto del mundo, de unos países cuyas economías crecieron gracias a que abastecían las necesidades de otras economías. No sabemos qué habría ocurrido si Uruguay u Honduras hubieran seguido su propio camino. (De cualquier forma, era difícil que eso pudiera suceder: Paraguay intentó en una ocasión apartarse del mercado mundial y fue obligado por la fuerza a reintegrarse en él; véase *La era del capital*, capítulo 4.) Lo que sabemos es que el primero de esos países producía carne porque había un mercado para ese producto en el Reino Unido, y el segundo, plátanos porque algunos comerciantes de Boston pensaron que los norteamericanos gastarían dinero para consumirlos. Algunas de esas economías satélites conseguían mejores resultados que otras, pero cuanto mejores eran esos resultados, mayores eran los beneficios para las economías del núcleo central, para las cuales ese crecimiento significaba la posibilidad de exportar una mayor cantidad de productos y capital. La marina mercante mundial, cuyo crecimiento indica aproximadamente la expansión de la economía global, permaneció más o menos invariable entre 1860 y 1890, fluctuando entre los 16 y 20 millones de toneladas. Pero entre 1890 y 1914, ese tonelaje casi se duplicó.

III

¿Cómo resumir, pues, en unos cuantos rasgos lo que fue la economía mundial durante la era del imperio?

En primer lugar, como hemos visto, su base geográfica era mucho más amplia que antes. El sector industrial y en proceso de industrialización se amplió, en Europa mediante la revolución industrial que conocieron Rusia y otros países como Suecia y los Países Bajos, apenas afectados hasta entonces por ese proceso, y fuera de Europa por los acontecimientos que tenían lugar en Norteamérica y, en cierta medida, en Japón. El mercado internacional de materias primas se amplió extraordinariamente —entre 1880 y 1913 se triplicó el comercio internacional de esos productos—, lo cual implicó también el desarrollo de las zonas dedicadas a su producción y su integración en el mercado mundial. Canadá se unió a los grandes productores de trigo del mundo a partir de 1900, pasando su cosecha de 1.891 millones de litros anuales en el decenio de 1890 a los 7.272 millones en 1910-1913.[20] Argentina se convirtió en un gran exportador de trigo en la misma época, y cada año, contingentes de trabajadores italianos, apodados *golondrinas*, cruzaban en ambos sentidos los 16.000 km del Atlántico para recoger la cosecha. La economía de la era del imperio permitía cosas tales como que Bakú y la cuenca del Donetz se integraran en la geografía industrial, que Europa exportara productos y mujeres a ciudades de nueva creación como Johannesburgo y Buenos Aires, y que se erigieran teatros de ópera sobre los huesos de indios enterrados en ciudades surgidas al socaire del auge del caucho, 1.500 km río arriba en el Amazonas.

Como ya se ha señalado, la economía mundial era, pues, mucho más plural que antes. El Reino Unido dejó de ser el único país totalmente industrializado y la única economía industrial. Si consideramos en conjunto la producción industrial y minera (incluyendo la industria de la construcción) de las cuatro economías nacionales más importantes, en 1913 los Estados Unidos aportaban el 46 por 100 del total de la producción; Alemania, el 23,5 por 100; el Reino Unido, el 19,5 por 100, y Francia, el 11 por 100.[21] Como veremos, la era del imperio se caracterizó por la rivalidad entre los diferentes estados. Además, las relaciones entre el mundo desarrollado y el sector subdesarrollado eran también más variadas y complejas que en 1860, cuando la mitad de todas las exportaciones de África, Asia y América Latina convergían en un solo país, Gran Bretaña. En 1900 ese porcentaje había disminuido hasta el 25 por 100 y las exportaciones del tercer mundo a otros países de la Europa occidental eran ya más importantes que las que confluían en el Reino Unido (el 31 por 100).[22] La era del imperio había dejado de ser monocéntrica.

Ese pluralismo creciente de la economía mundial quedó enmascarado hasta cierto punto por la dependencia que se mantuvo, e incluso se incrementó, de los servicios financieros, comerciales y navieros con respecto al

Reino Unido. Por una parte, la City londinense era, más que nunca, el centro de las transacciones internacionales, de tal forma que sus servicios comerciales y financieros obtenían ingresos suficientes como para compensar el importante déficit en la balanza de artículos de consumo (137 millones de libras frente a 142 millones en 1906-1910). Por otra parte, la enorme importancia de las inversiones británicas en el extranjero y su marina mercante reforzaban aún más la posición central del país en una economía mundial abocada en Londres y cuya base monetaria era la libra esterlina. En el mercado internacional de capitales, el Reino Unido conservaba un dominio abrumador. En 1914, Francia, Alemania, los Estados Unidos, Bélgica, los Países Bajos, Suiza y los demás países acumulaban, en conjunto, el 56 por 100 de las inversiones mundiales en ultramar, mientras que la participación del Reino Unido ascendía al 44 por 100.[33] En 1914, la flota británica de barcos de vapor era un 12 por 100 más numerosa que la flota de todos los países europeos juntos.

De hecho, ese pluralismo al que hacemos referencia reforzó por el momento la posición central del Reino Unido. En efecto, conforme las nuevas economías en proceso de industrialización comenzaron a comprar mayor cantidad de materias primas en el mundo subdesarrollado, acumularon un déficit importante en su comercio con esa zona del mundo. Era el Reino Unido el país que restablecía el equilibrio global importando mayor cantidad de productos manufacturados de sus rivales, gracias también a sus exportaciones de productos industriales al mundo dependiente, pero, sobre todo, con sus ingentes ingresos invisibles, procedentes tanto de los servicios internacionales en el mundo de los negocios (banca, seguros, etc.) como de su condición de principal acreedor mundial debido a sus importantísimas inversiones en el extranjero. El relativo declive industrial del Reino Unido reforzó, pues, su posición financiera y su riqueza. Los intereses de la industria británica y de la City, compatibles hasta entonces, comenzaron a entrar en una fase de enfrentamiento.

La tercera característica de la economía mundial es, a primera vista, la más obvia: la revolución tecnológica. Como sabemos, fue en este período cuando se incorporaron a la vida moderna el teléfono y la telegrafía sin hilos, el fonógrafo y el cine, el automóvil y el aeroplano, y cuando se aplicaron a la vida doméstica la ciencia y la alta tecnología mediante artículos tales como la aspiradora (1908) y el único medicamento universal que se ha inventado, la aspirina (1899). Tampoco debemos olvidar la que fue una de las máquinas más extraordinarias inventadas en ese período, cuya contribución a la emancipación humana fue reconocida de forma inmediata: la modesta bicicleta. Pero, antes de que saludemos esa serie impresionante de innovaciones como una «segunda revolución industrial», no olvidemos que esto sólo es así cuando se considera el proceso de forma retrospectiva. Para los contemporáneos, la gran innovación consistió en actualizar la primera revolución industrial mediante una serie de perfeccionamientos en la tecnología del vapor y del hierro por medio del acero y las turbinas. Es cierto que una serie de industrias revolucionarias desde el punto de vista tecnológico, basadas en la electricidad, la química y el motor de combustión, comenzaron a desempeñar un papel estelar, sobre todo en las nuevas economías dinámicas. Después de todo, Ford comenzó a fabricar su modelo T en 1907. Y, sin embargo, por contemplar tan sólo lo que ocurrió en Europa, entre 1880 y 1913 se construyeron tantos kilómetros de vías férreas como en el período conocido como la «era del ferrocarril», 1850-1880. Francia, Alemania, Suiza, Suecia y los Países Bajos duplicaron la extensión de su tendido férreo durante esos años. El último triunfo de la industria británica, el virtual monopolio de la construcción de barcos que el Reino Unido consolidó entre 1870 y 1913, se consiguió explotando los recursos de la primera revolución industrial. Por el momento, la nueva revolución industrial reforzó, más que sustituyó, a la primera.

Como ya hemos visto, la cuarta característica es una doble transformación en la estructura y *modus operandi* de la empresa capitalista. Por una parte, se produjo la concentración de capital, el crecimiento en escala que llevó a distinguir entre «empresa» y «gran empresa» (*Grossindustrie, Grossbanken, grande industrie*...), el retroceso del mercado de libre competencia y todos los demás fenómenos que, hacia 1900, llevaron a los observadores a buscar etiquetas globales que permitieran definir lo que parecía una nueva fase de desarrollo económico (véase el capítulo siguiente). Por otra parte, se llevó a cabo el intento sistemático de racionalizar la producción y la gestión de la empresa, aplicando «métodos científicos» no sólo a la tecnología, sino a la organización y a los cálculos.

La quinta característica es que se produjo una extraordinaria transformación del mercado de los bienes de consumo: un cambio tanto cuantitativo como cualitativo. Con el incremento de la población, de la urbanización y de los ingresos reales, el mercado de masas, limitado hasta entonces a los productos alimentarios y al vestido, es decir, a los productos básicos de subsistencia, comenzó a dominar las industrias productoras de bienes de consumo. A largo plazo, este fenómeno fue más importante que el notable incremento del consumo en las clases ricas y acomodadas, cuyos esquemas de demanda no variaron sensiblemente. Fue el modelo T de Ford y no el Rolls-Royce el que revolucionó la industria del automóvil. Al mismo tiempo, una tecnología revolucionaria y el imperialismo contribuyeron a la aparición de una serie de productos y servicios nuevos para el mercado de masas, desde las cocinas de gas que se multiplicaron en las cocinas de las familias de clase obrera durante este período, hasta la bicicleta, el cine y el modesto plátano, cuyo consumo era prácticamente inexistente antes de 1880. Una de las consecuencias más evidentes fue la creación de medios de comunicación de masas que, por primera vez, merecieron ese calificativo. Un periódico británico alcanzó una venta de un millón de ejemplares por primera vez en 1890, mientras que en Francia eso ocurría hacia 1900.[34]

Todo ello implicó la transformación no sólo de la producción, mediante lo que comenzó a llamarse «producción masiva», sino también de la distri-

bución, incluyendo la compra a crédito, fundamentalmente por medio de los plazos. Así, comenzó en el Reino Unido en 1884 la venta de té en paquetes de 100 gramos. Esta actividad permitiría hacer una gran fortuna a más de un magnate de los ultramarinos de los barrios obreros, en las grandes ciudades, como sir Thomas Lipton, cuyo yate y cuyo dinero le permitieron conseguir la amistad del monarca Eduardo VII, que se sentía muy atraído por la prodigalidad de los millonarios. Lipton, que no tenía establecimiento alguno en 1870, poseía 500 en 1899.[25]

Esto encajaba perfectamente con la sexta característica de la economía: el importante crecimiento, tanto absoluto como relativo, del sector terciario de la economía, público y privado: el aumento de puestos de trabajo en las oficinas, tiendas y otros servicios. Consideremos únicamente el caso del Reino Unido, país que en el momento de su mayor apogeo dominaba la economía mundial con un porcentaje realmente ridículo de mano de obra dedicada a las tareas administrativas: en 1851 había 67.000 funcionarios públicos y 91.000 personas empleadas en actividades comerciales de una población ocupada total de unos nueve millones de personas. En 1881 eran ya 360.000 los empleados en el sector comercial —casi todos ellos del sexo masculino—, aunque sólo 120.000 en el sector público. Pero en 1911 eran ya casi 900.000 las personas empleadas en el comercio, siendo el 17 por 100 de ellas mujeres, y los puestos de trabajo del sector público se habían triplicado. El porcentaje de mano de obra que trabajaba en el sector del comercio se había quintuplicado desde 1851. Nos ocuparemos más adelante de las consecuencias sociales de ese gran incremento de los empleados administrativos.

La última característica de la economía que señalaremos es la convergencia creciente entre la política y la economía, es decir, el papel cada vez más importante del gobierno y del sector público, o lo que los ideólogos de tendencia liberal, como el abogado A. V. Dicey, consideraban como el amenazador avance del «colectivismo», a expensas de la tradicional empresa individual o voluntaria. De hecho, era uno de los síntomas del retroceso de la economía de mercado libre competitiva que había sido el ideal —y hasta cierto punto la realidad— del capitalismo de mediados de la centuria. Sea como fuere, a partir de 1875 comenzó a extenderse el escepticismo sobre la eficacia de la economía de mercado autónoma y autocorrectora, la famosa «mano oculta» de Adam Smith, sin ayuda de ningún tipo del estado y de las autoridades públicas. La mano era cada vez más claramente visible.

Por una parte, como veremos (capítulo 4), la democratización de la política impulsó a los gobiernos, muchas veces renuentes, a aplicar políticas de reforma y bienestar social, así como a iniciar una acción política para la defensa de los intereses económicos de determinados grupos de votantes, como el proteccionismo y diferentes disposiciones —aunque menos eficaces— contra la concentración económica, caso de Estados Unidos y Alemania. Por otra parte, las rivalidades políticas entre los estados y la competitividad económica entre grupos nacionales de empresarios convergieron contribuyendo —como veremos— tanto al imperialismo como a la génesis de la primera

guerra mundial. Por cierto, también condujeron al desarrollo de industrias como la de armamento, en la que el papel del gobierno era decisivo.

Sin embargo, mientras que el papel estratégico del sector público podía ser fundamental, su peso real en la economía siguió siendo modesto. A pesar de los cada vez más numerosos ejemplos que hablaban en sentido contrario —como la intervención del gobierno británico en la industria petrolífera del Oriente Medio y su control de la nueva telegrafía sin hilos, ambos de significación militar, la voluntad del gobierno alemán de nacionalizar sectores de su industria y, sobre todo, la política sistemática de industrialización iniciada por el gobierno ruso en 1890—, ni los gobiernos ni la opinión consideraban al sector público como otra cosa que un complemento secundario de la economía privada, aun admitiendo el desarrollo que alcanzó en Europa la administración pública (fundamentalmente local) en el sector de los servicios públicos. Los socialistas no compartían esa convicción de la supremacía del sector privado, aunque no se planteaban los problemas que podía suscitar una economía socializada. Podrían haber considerado esas iniciativas municipales como «socialismo municipal», pero lo cierto es que fueron realizadas en su mayor parte por unas autoridades que no tenían ni intenciones ni simpatías socialistas. Las economías modernas, controladas, organizadas y dominadas en gran medida por el estado, fueron producto de la primera guerra mundial. Entre 1875 y 1914 tendieron, en todo caso, a disminuir las inversiones públicas en los productos nacionales en rápido crecimiento, y ello a pesar del importante incremento de los gastos como consecuencia de la preparación para la guerra.[26]

Esta fue la forma en que creció y se transformó la economía del mundo «desarrollado». Pero lo que impresionó a los contemporáneos en el mundo «desarrollado» e industrial fue más que la evidente transformación de su economía, su éxito, aún más notorio. Sin duda, estaban viviendo una época floreciente. Incluso las masas trabajadoras se beneficiaron de esa expansión, cuando menos porque la economía industrial de 1875-1914 utilizaba una mano de obra muy numerosa y parecía ofrecer un número casi ilimitado de puestos de trabajo de escasa cualificación o de rápido aprendizaje para los hombres y mujeres que acudían a la ciudad y a la industria. Esto permitió a la masa de europeos que emigraron a los Estados Unidos integrarse en el mundo de la industria. Pero si la economía ofrecía puestos de trabajo, sólo aliviaba de forma modesta, y a veces mínima, la pobreza que la mayor parte de la clase obrera había creído que era su destino a lo largo de la historia. En la mitología retrospectiva de las clases obreras, los decenios anteriores a 1914 no figuran como una edad de oro, como ocurre en la de las clases pudientes, e incluso en la de las más modestas clases medias. Para éstas, la *belle époque* era el paraíso, que se perdería después de 1914. Para los hombres de negocios y para los gobiernos de después de la guerra, 1913 sería el punto de referencia permanente, al que aspiraban regresar desde una era de perturbaciones. En los años oscuros e inquietos de la posguerra, los momentos extraordinarios del último *boom* de antes de la guerra aparecían en re-

trospectiva como la «normalidad» radiante a la que aspiraban retornar. Como veremos, fueron las mismas tendencias de la economía de los años anteriores a 1914, y gracias a las cuales las clases medias vivieron una época dorada, las que llevaron a la guerra mundial, a la revolución y a la perturbación e impidieron el retorno al paraíso perdido.

3. LA ERA DEL IMPERIO

Sólo la confusión política total y el optimismo ingenuo pueden impedir el reconocimiento de que los esfuerzos inevitables por alcanzar la expansión comercial por parte de todas las naciones civilizadas burguesas, tras un período de transición de aparente competencia pacífica, se aproximan al punto en que *sólo el poder* decidirá la participación de cada nación en el control económico de la Tierra y, por tanto, la esfera de acción de su pueblo y, especialmente, el potencial de ganancias de sus trabajadores.

MAX WEBER, 1894[1]

«Cuando estés entre los chinos —afirma [el emperador de Alemania]—, recuerda que eres la vanguardia del cristianismo —afirma—, y atraviesa con tu bayoneta a todo odiado infiel al que veas —afirma—. Hazle comprender lo que significa nuestra civilización occidental ... Y si por casualidad consigues un poco de tierra, no permitas que los franceses o los rusos te la arrebaten.»

Mr. Dooley's Philosophy, 1900[2]

I

Un mundo en el que el ritmo de la economía estaba determinado por los países capitalistas desarrollados o en proceso de desarrollo existentes en su seno tenía grandes probabilidades de convertirse en un mundo en el que los países «avanzados» dominaran a los «atrasados»: en definitiva, en un mundo imperialista. Pero, paradójicamente, al período transcurrido entre 1875 y 1914 se le puede calificar como era del imperio no sólo porque en él se desarrolló un nuevo tipo de imperialismo, sino también por otro motivo ciertamente anacrónico. Probablemente, fue el período de la historia moderna en que hubo mayor número de gobernantes que se autotitulaban oficialmente «emperadores» o que eran considerados por los diplomáticos occidentales como merecedores de ese título.

En Europa, se reclamaban de ese título los gobernantes de Alemania, Austria, Rusia, Turquía y (en su calidad de señores de la India) el Reino Unido. Dos de ellos (Alemania y el Reino Unido/India) eran innovaciones del decenio

de 1870. Compensaban con creces la desaparición del «segundo imperio» de Napoleón III en Francia. Fuera de Europa, se adjudicaba normalmente ese título a los gobernantes de China, Japón, Persia y —tal vez en este caso con un grado mayor de cortesía diplomática internacional— a los de Etiopía y Marruecos. Por otra parte, hasta 1889 sobrevivió en Brasil un emperador americano. Podrían añadirse a esa lista uno o dos «emperadores» aún más oscuros. En 1918 habían desaparecido cinco de ellos. En la actualidad [1987] el único superviviente de ese conjunto de supermonarcas es el de Japón, cuyo perfil político es de poca consistencia y cuya influencia política es insignificante.*

Desde una perspectiva menos trivial, el período que estudiamos es una era en que aparece un nuevo tipo de imperio, el imperio colonial. La supremacía económica y militar de los países capitalistas no había sufrido un desafío serio desde hacía mucho tiempo, pero entre finales del siglo XVIII y el último cuarto del siglo XIX no se había llevado a cabo intento alguno por convertir esa supremacía en una conquista, anexión y administración formales. Entre 1880 y 1914 ese intento se realizó y la mayor parte del mundo ajeno a Europa y al continente americano fue dividido formalmente en territorios que quedaron bajo el gobierno formal o bajo el dominio político informal de uno u otro de una serie de estados, fundamentalmente el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica, los Estados Unidos y Japón. Hasta cierto punto, las víctimas de ese proceso fueron los antiguos imperios preindustriales supervivientes de España y Portugal, el primero —pese a los intentos de extender el territorio bajo su control al noroeste de África— más que el segundo. Pero la supervivencia de los más importantes territorios portugueses en África (Angola y Mozambique), que sobrevivirían a otras colonias imperialistas, fue consecuencia, sobre todo, de la incapacidad de sus rivales modernos para ponerse de acuerdo sobre la manera de repartírselo. No hubo rivalidades del mismo tipo que permitieran salvar los restos del imperio español en América (Cuba, Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas) de los Estados Unidos en 1898. Nominalmente, la mayor parte de los grandes imperios tradicionales de Asia se mantuvieron independientes, aunque las potencias occidentales establecieron en ellos «zonas de influencia» o incluso una administración directa que en algunos casos (como en el acuerdo anglorruso sobre Persia en 1907) cubrían todo el territorio. De hecho, se daba por sentada su indefensión militar y política. Si conservaron su independencia fue bien porque resultaban convenientes como estados-tapón (como ocurrió en Siam —la actual Tailandia—, que dividía las zonas británica y francesa en el sureste asiático, o en Afganistán, que separaba al Reino Unido y Rusia), por la incapacidad de las potencias imperiales rivales para acordar una fórmula para la división, o bien por su gran extensión. El único estado no europeo que resistió con éxito la conquista colonial formal fue Etiopía, que pudo mantener a raya a Italia, la más débil de las potencias imperiales.

* El sultán de Marruecos prefiere el título de «rey». Ninguno de los otros minisultanes supervivientes del mundo islámico podía ser considerado como «rey de reyes».

Dos grandes zonas del mundo fueron totalmente divididas por razones prácticas: África y el Pacífico. No quedó ningún estado independiente en el Pacífico, totalmente dividido entre británicos, franceses, alemanes, neerlandeses, norteamericanos y —todavía en una escala modesta— japoneses. En 1914, África pertenecía en su totalidad a los imperios británico, francés, alemán, belga, portugués y, de forma más marginal, español, con la excepción de Etiopía, de la insignificante república de Liberia en el África occidental y de una parte de Marruecos, que todavía resistía la conquista total. Como hemos visto, en Asia existía una zona amplia nominalmente independiente, aunque los imperios europeos más antiguos ampliaron y redondearon sus extensas posesiones: el Reino Unido, anexionando Birmania a su imperio indio y estableciendo o reforzando la zona de influencia en el Tíbet, Persia y la zona del golfo Pérsico; Rusia, penetrando más profundamente en el Asia central y (aunque con menos éxito) en la zona de Siberia lindante con el Pacífico en Manchuria; los neerlandeses, estableciendo un control más estricto en regiones más remotas de Indonesia. Se crearon dos imperios prácticamente nuevos: el primero, por la conquista francesa de Indochina, iniciada en el reinado de Napoleón III; el segundo, por parte de los japoneses a expensas de China en Corea y Taiwan (1895) y, más tarde, a expensas de Rusia, si bien a escala más modesta (1905). Sólo una gran zona del mundo pudo sustraerse casi por completo a ese proceso de reparto territorial. En 1914, el continente americano se hallaba en la misma situación que en 1875, o que en el decenio de 1820: era un conjunto de repúblicas soberanas, con la excepción de Canadá, las islas del Caribe y algunas zonas del litoral caribeño. Con excepción de los Estados Unidos, su estatus político raramente impresionaba a nadie salvo a sus vecinos. Nadie dudaba de que desde el punto de vista económico eran dependencias del mundo desarrollado. Pero ni siquiera los Estados Unidos, que afirmaron cada vez más su hegemonía política y militar en esta amplia zona, intentaron seriamente conquistarla y administrarla. Sus únicas anexiones directas fueron Puerto Rico (Cuba consiguió una independencia nominal) y una estrecha franja que discurría a lo largo del canal de Panamá, que formaba parte de otra pequeña república, también nominalmente independiente, desgajada a esos efectos del más extenso país de Colombia mediante una conveniente revolución local. En América Latina, la dominación económica y las presiones políticas necesarias se realizaban sin una conquista formal. Ciertamente, el continente americano fue la única gran región del planeta en la que no hubo una seria rivalidad entre las grandes potencias. Con la excepción del Reino Unido, ningún estado europeo poseía algo más que las dispersas reliquias (básicamente en la zona del Caribe) del imperio colonial del siglo XVIII, sin gran importancia económica o de otro tipo. Ni para el Reino Unido ni para ningún otro país existían razones de peso para rivalizar con los Estados Unidos desafiando la doctrina Monroe.*

* Esta doctrina, que se expuso por vez primera en 1823 y que posteriormente fue repetida y completada por los diferentes gobiernos estadounidenses, expresaba la hostilidad a cual-

Ese reparto del mundo entre un número reducido de estados, que da su título al presente volumen, era la expresión más espectacular de la progresiva división del globo en fuertes y débiles («avanzados» y «atrasados», a la que ya hemos hecho referencia). Era también un fenómeno totalmente nuevo. Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de estados. El Reino Unido incrementó sus posesiones en unos diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en nueve millones, Alemania adquirió más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtuvieron unos 250.000 km² de nuevos territorios, fundamentalmente a costa de España, extensión similar a la que consiguió Japón con sus anexiones a costa de China, Rusia y Corea. Las antiguas colonias africanas de Portugal se ampliaron en unos 750.000 km²; por su parte, España, que resultó un claro perdedor (ante los Estados Unidos), consiguió, sin embargo, algunos territorios áridos en Marruecos y el Sahara occidental. Más difícil es calibrar las anexiones imperialistas de Rusia, ya que se realizaron a costa de los países vecinos y continuando un proceso de varios siglos de expansión territorial del estado zarista; además, como veremos, Rusia perdió algunas posesiones a expensas de Japón. De los grandes imperios coloniales, sólo los Países Bajos no pudieron, o no quisieron, anexionarse nuevos territorios, salvo ampliando su control sobre las islas indonesias que les pertenecían formalmente desde hacía mucho tiempo. En cuanto a las pequeñas potencias coloniales, Suecia liquidó la única colonia que conservaba, una isla de las Indias Occidentales, que vendió a Francia, y Dinamarca actuaría en la misma línea, conservando únicamente Islandia y Groenlandia como dependencias.

Lo más espectacular no es necesariamente lo más importante. Cuando los observadores del panorama mundial a finales del decenio de 1890 comenzaron a analizar lo que, sin duda alguna, parecía ser una nueva fase en el modelo general del desarrollo nacional e internacional, totalmente distinta de la fase liberal de mediados de la centuria, dominada por el librecambio y la libre competencia, consideraron que la creación de imperios coloniales era simplemente uno de sus aspectos. Para los observadores ortodoxos se abría, en términos generales, una nueva era de expansión nacional en la que (como ya hemos sugerido) era imposible separar con claridad los elementos políticos y económicos y en la que el estado desempeñaba un papel cada vez más activo y fundamental tanto en los asuntos domésticos como en el exterior. Los observadores heterodoxos analizaban más específicamente esa nueva era como una nueva fase del desarrollo capitalista, que surgía de diversas tendencias que creían advertir en ese proceso. El más influyente de esos análisis del fenómeno que pronto se conocería como «imperialismo», el breve

quier nueva colonización o intervención política de las potencias europeas en el hemisferio occidental. Más tarde se interpretó que esto significaba que los Estados Unidos eran la única potencia con derecho a intervenir en ese hemisferio. A medida que los Estados Unidos se convirtieron en un país más poderoso, los estados europeos tomaron con más seriedad la doctrina Monroe.

libro de Lenin de 1916, no analizaba «la división del mundo entre las grandes potencias» hasta el capítulo 6 de los diez de que constaba.[3]

De cualquier forma, si el colonialismo era tan sólo un aspecto de un cambio más generalizado en la situación del mundo, desde luego era el aspecto más aparente. Constituyó el punto de partida para otros análisis más amplios, pues no hay duda de que el término imperialismo se incorporó al vocabulario político y periodístico durante la década de 1890 en el curso de los debates que se desarrollaron sobre la conquista colonial. Además, fue entonces cuando adquirió, en cuanto concepto, la dimensión económica que no ha perdido desde entonces. Por esa razón, carecen de valor las referencias a las formas antiguas de expansión política y militar en que se basa el término. En efecto, los emperadores y los imperios eran instituciones antiguas, pero el imperialismo era un fenómeno totalmente nuevo. El término (que no aparece en los escritos de Karl Marx, que murió en 1883) se incorporó a la política británica a partir de 1870 y a finales de ese decenio era considerado todavía como un neologismo. Fue en la década de 1890 cuando la utilización del término se generalizó. En 1900, cuando los intelectuales comenzaron a escribir libros sobre este tema, la palabra *imperialismo* estaba, según uno de los primeros de esos autores, el liberal británico J. A. Hobson, «en los labios de todo el mundo ... y se utiliza para indicar el movimiento más poderoso del panorama político actual del mundo occidental».[4] En resumen, era una voz nueva ideada para describir un fenómeno nuevo. Este hecho evidente es suficiente para desautorizar a una de las muchas escuelas que intervinieron en el debate tenso y muy cargado desde el punto de vista ideológico sobre el «imperialismo», la escuela que afirma que no se trataba de un fenómeno nuevo, tal vez incluso que era una mera supervivencia precapitalista. Sea como fuere, lo cierto es que se consideraba como una novedad y como tal fue analizado.

Los debates que rodean a este delicado tema son tan apasionados, densos y confusos que la primera tarea del historiador ha de ser la de aclararlos para que sea posible analizar el fenómeno en lo que realmente es. En efecto, la mayor parte de los debates se han centrado no en lo que sucedió en el mundo entre 1875 y 1914, sino en el marxismo, un tema que levanta fuertes pasiones. Ciertamente, el análisis del imperialismo, fuertemente crítico, realizado por Lenin se convertiría en un elemento central del marxismo revolucionario de los movimientos comunistas a partir de 1917 y también en los movimientos revolucionarios del «tercer mundo». Lo que ha dado al debate un tono especial es el hecho de que una de las partes protagonistas parece tener una ligera ventaja intrínseca, pues el término ha adquirido gradualmente —y es difícil que pueda perderla— una connotación peyorativa. A diferencia de lo que ocurre con el término *democracia*, al que apelan incluso sus enemigos por sus connotaciones favorables, el «imperialismo» es una actividad que habitualmente se desaprueba, y que, por tanto, ha sido siempre practicada por otros. En 1914 eran muchos los políticos que se sentían orgullosos de llamarse imperialistas, pero a lo largo de este siglo los que así actuaban han desaparecido casi por completo.

El punto esencial del análisis leninista (que se basaba claramente en una serie de autores contemporáneos, tanto marxistas como no marxistas) era que el nuevo imperialismo tenía sus raíces económicas en una nueva fase específica del capitalismo, que, entre otras cosas, conducía a «la división territorial del mundo entre las grandes potencias capitalistas» en una serie de colonias formales e informales y de esferas de influencia. Las rivalidades existentes entre los capitalistas que fueron causa de esa división engendraron también la primera guerra mundial. No analizaremos aquí los mecanismos específicos mediante los cuales el «capitalismo monopolista» condujo al colonialismo —las opiniones al respecto diferían incluso entre los marxistas—, ni la utilización más reciente de esos análisis para formar una «teoría de la dependencia» más global a finales del siglo XX. Todos esos análisis asumen de una u otra forma que la expansión económica y la explotación del mundo en ultramar eran esenciales para los países capitalistas.

Criticar esas teorías no revestiría un interés especial y sería irrelevante en el contexto que nos ocupa. Señalemos simplemente que los análisis no marxistas del imperialismo establecían conclusiones opuestas a las de los marxistas y de esta forma han añadido confusión al tema. Negaban la conexión específica entre el imperialismo de finales del siglo XIX y del siglo XX con el capitalismo en general y con la fase concreta del capitalismo que, como hemos visto, pareció surgir a finales del siglo XIX. Negaban que el imperialismo tuviera raíces económicas importantes, que beneficiara económicamente a los países imperialistas y, asimismo, que la explotación de las zonas atrasadas fuera fundamental para el capitalismo y que hubiera tenido efectos negativos sobre las economías coloniales. Afirmaban que el imperialismo no desembocó en rivalidades insuperables entre las potencias imperialistas y que no había tenido consecuencias decisivas sobre el origen de la primera guerra mundial. Rechazando las explicaciones económicas, se concentraban en los aspectos psicológicos, ideológicos, culturales y políticos, aunque por lo general evitando cuidadosamente el terreno resbaladizo de la política interna, pues los marxistas tendían también a hacer hincapié en las ventajas que habían supuesto para las clases gobernantes de las metrópolis la política y la propaganda imperialista que, entre otras cosas, sirvieron para contrarrestar el atractivo que los movimientos obreros de masas ejercían sobre las clases trabajadoras. Algunos de esos argumentos han demostrado tener gran fuerza y eficacia, aunque en ocasiones han resultado ser mutuamente incompatibles. De hecho, muchos de los análisis teóricos del antiimperialismo carecían de toda solidez. Pero el inconveniente de los escritos antiantiimperialistas es que no explican la conjunción de procesos económicos y políticos, nacionales e internacionales, que tan notables les parecieron a los contemporáneos en torno a 1900, de forma que intentaron encontrar una explicación global. Esos escritos no explican por qué los contemporáneos consideraron que «imperialismo» era un fenómeno novedoso y *fundamental* desde el punto de vista histórico. En definitiva, lo que hacen muchos de los autores de esos análisis es negar hechos que eran obvios en el momento en que se produjeron y que todavía lo son.

Dejando al margen el leninismo y el antileninismo, lo primero que ha de hacer el historiador es dejar sentado el hecho evidente, que nadie habría negado en la década de 1890, de que la división del globo tenía una dimensión económica. Demostrar eso no lo explica todo sobre el imperialismo del período. El desarrollo económico no es una especie de ventrílocuo en el que su muñeco sea el resto de la historia. En el mismo sentido, tampoco se puede considerar ni siquiera al más resuelto hombre de negocios decidido a conseguir beneficios —por ejemplo, en las minas surafricanas de oro y diamantes— como una simple máquina de hacer dinero. En efecto, no era inmune a los impulsos políticos, emocionales, ideológicos, patrióticos e incluso raciales tan claramente asociados con la expansión imperialista. Con todo, si se puede establecer una conexión económica entre las tendencias del desarrollo económico en el núcleo capitalista del planeta en ese período y su expansión a la periferia, resulta mucho menos verosímil centrar toda la explicación del imperialismo en motivos sin una conexión intrínseca con la penetración y conquista del mundo no occidental. Pero incluso aquellos que parecen tener esa conexión, como los cálculos estratégicos de las potencias rivales, han de ser analizados teniendo en cuenta la dimensión económica. Aun en la actualidad, los acontecimientos políticos del Oriente Medio, que no pueden explicarse únicamente desde un prisma económico, no pueden analizarse de forma realista sin tener en cuenta la importancia del petróleo.

El acontecimiento más importante en el siglo XIX es la creación de una economía global, que penetró de forma progresiva en los rincones más remotos del mundo, con un tejido cada vez más denso de transacciones económicas, comunicaciones y movimiento de productos, dinero y seres humanos que vinculaba a los países desarrollados entre sí y con el mundo subdesarrollado (véase *La era del capital*, capítulo 3). De no haber sido por estos condicionamientos, no habría existido una razón especial por la que los estados europeos hubieran demostrado el menor interés, por ejemplo, por la cuenca del Congo o se hubieran enzarzado en disputas diplomáticas por un atolón del Pacífico. Esta globalización de la economía no era nueva, aunque se había acelerado notablemente en los decenios centrales de la centuria. Continuó incrementándose —menos llamativamente en términos relativos, pero de forma más masiva en cuanto al volumen y cifras— entre 1875 y 1914. Entre 1848 y 1875, las exportaciones europeas habían aumentado más de cuatro veces, pero sólo se duplicaron entre 1875 y 1915. Pero la flota mercante sólo se había incrementado de 10 a 16 millones de toneladas entre 1840 y 1870, mientras que se duplicó en los cuarenta años siguientes, de igual forma que la red mundial de ferrocarriles se amplió de poco más de 200.000 km en 1870 hasta más de un millón de kilómetros inmediatamente antes de la primera guerra mundial.

Esta red de transportes mucho más tupida posibilitó que incluso las zonas más atrasadas y hasta entonces marginales se incorporaran a la economía mundial, y los núcleos tradicionales de riqueza y desarrollo experimentaron un nuevo interés por esas zonas remotas. Lo cierto es que ahora que eran

accesibles, muchas de esas regiones parecían a primera vista simples extensiones potenciales del mundo desarrollado, que estaban siendo ya colonizadas y desarrolladas por hombres y mujeres de origen europeo, que expulsaban o hacían retroceder a los habitantes nativos, creando ciudades y, sin duda, a su debido tiempo, la civilización industrial: los Estados Unidos al oeste del Mississippi, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Suráfrica, Argelia y el cono sur de Suramérica. Como veremos, la predicción era errónea. Sin embargo, esas zonas, aunque muchas veces remotas, eran para las mentes contemporáneas distintas de aquellas otras regiones donde, por razones climáticas, la colonización blanca no se sentía atraída, pero donde —por citar las palabras de un destacado miembro de la administración imperial de la época— «el europeo puede venir en números reducidos, con su capital, su energía y su conocimiento para desarrollar un comercio muy lucrativo y obtener productos necesarios para el funcionamiento de su avanzada civilización».[5]

La civilización necesitaba ahora el elemento exótico. El desarrollo tecnológico dependía de materias primas que por razones climáticas o por los azares de la geología se encontraban exclusiva o muy abundantemente en lugares remotos. El motor de combustión interna, producto típico del período que estudiamos, necesitaba petróleo y caucho. El petróleo procedía casi en su totalidad de los Estados Unidos y de Europa (de Rusia y, en mucho menor medida, de Rumanía), pero los pozos petrolíferos del Oriente Medio eran ya objeto de un intenso enfrentamiento y negociación diplomáticos. El caucho era un producto exclusivamente tropical, que se extraía mediante la terrible explotación de los nativos en las selvas del Congo y del Amazonas, blanco de las primeras y justificadas protestas antiimperialistas. Más adelante se cultivaría intensamente en Malaya. El estaño procedía de Asia y Suramérica. Una serie de metales no férricos que antes carecían de importancia comenzaron a ser fundamentales para las aleaciones de acero que exigía la tecnología de alta velocidad. Algunos de esos minerales se encontraban en grandes cantidades en el mundo desarrollado, ante todo en los Estados Unidos, pero no ocurría lo mismo con algunos otros. Las nuevas industrias del automóvil y eléctricas necesitaban imperiosamente uno de los metales más antiguos, el cobre. Sus principales reservas y, posteriormente, sus productores más importantes se hallaban en lo que a finales del siglo XX se denominaría como el tercer mundo: Chile, Perú, Zaire, Zambia. Además, existía una constante y nunca satisfecha demanda de metales preciosos que en este período convirtió a Suráfrica en el mayor productor de oro del mundo, por no mencionar su riqueza de diamantes. Las minas fueron los grandes pioneros que abrieron el mundo al imperialismo, y fueron extraordinariamente eficaces porque sus beneficios eran lo bastante importantes como para justificar también la construcción de ramales de ferrocarril.

Completamente aparte de las demandas de la nueva tecnología, el crecimiento del consumo de masas en los países metropolitanos significó la rápida expansión del mercado de productos alimentarios. Por lo que respecta al volumen, el mercado estaba dominado por los productos básicos de la zona

templada, cereales y carne que se producían a muy bajo coste y en grandes cantidades en diferentes zonas de asentamiento europeo en Norteamérica y Suramérica, Rusia y Australasia. Pero también transformó el mercado de productos conocidos desde hacía mucho tiempo (al menos en Alemania) como «productos coloniales» y que se vendían en las tiendas del mundo desarrollado: azúcar, té, café, cacao y sus derivados. Gracias a la rapidez del transporte y a la conservación, comenzaron a afluir frutas tropicales y subtropicales: esos frutos posibilitaron la aparición de las «repúblicas bananeras».

Los británicos que en 1840 consumían 0,680 kg de té per cápita y 1,478 kg en el decenio de 1860, habían incrementado ese consumo a 2,585 kg en 1890, lo cual representaba una importación media anual de 101.606.400 kg, frente a menos de 44.452.800 kg en el decenio de 1860 y unos 18 millones de kilogramos en la década de 1840. Mientras la población británica dejaba de consumir las pocas tazas de café que todavía bebían para llenar sus teteras con el té de la India y Ceilán (Sri Lanka), los norteamericanos y alemanes importaban café en cantidades cada vez más espectaculares, sobre todo de América Latina. En los primeros años del decenio de 1900, las familias neoyorquinas consumían medio kilo de café a la semana. Los productores cuáqueros de bebidas y de chocolate británicos, felices de vender refrescos no alcohólicos, obtenían su materia prima del África occidental y de Suramérica. Los astutos hombres de negocios de Boston, que fundaron la United Fruit Company en 1885, crearon imperios privados en el Caribe para abastecer a Norteamérica con los hasta entonces ignorados plátanos. Los productores de jabón, que explotaron el mercado que demostró por primera vez en toda su plenitud las posibilidades de la nueva industria de la publicidad, buscaban aceites vegetales en África. Las plantaciones, explotaciones y granjas eran el segundo pilar de las economías imperiales. Los comerciantes y financieros metropolitanos eran el tercero.

Estos acontecimientos no cambiaron la forma y las características de los países industrializados o en proceso de industrialización, aunque crearon nuevas ramas de grandes negocios cuyos destinos corrían paralelos a los de zonas determinadas del planeta, caso de las compañías petrolíferas. Pero transformaron el resto del mundo, en la medida en que lo convirtieron en un complejo de territorios coloniales y semicoloniales que progresivamente se convirtieron en productores especializados de uno o dos productos básicos para exportarlos al mercado mundial, de cuya fortuna dependían por completo. El nombre de Malaya se identificó cada vez más con el caucho y el estaño; el de Brasil, con el café; el de Chile, con los nitratos; el de Uruguay, con la carne, y el de Cuba, con el azúcar y los cigarros puros. De hecho, si exceptuamos a los Estados Unidos, ni siquiera las colonias de población blanca se industrializaron (en esta etapa) porque también se vieron atrapadas en la trampa de la especialización internacional. Alcanzaron una extraordinaria prosperidad, incluso para los niveles europeos, especialmente cuando estaban habitadas por emigrantes europeos libres y, en general, militantes, con fuerza política en asambleas elegidas, cuyo radicalismo democrático podía ser

extraordinario, aunque no solía estar representada en ellas la población nativa.* Probablemente, para el europeo deseoso de emigrar en la época imperialista habría sido mejor dirigirse a Australia, Nueva Zelanda, Argentina o Uruguay antes que a cualquier otro lugar, incluyendo los Estados Unidos. En todos esos países se formaron partidos, e incluso gobiernos, obreros y radical-democráticos y ambiciosos sistemas de bienestar y seguridad social (Nueva Zelanda, Uruguay) mucho antes que en Europa. Pero estos países eran complementos de la economía industrial europea (fundamentalmente de la británica) y, por tanto, no les convenía —o en todo caso no les convenía a los intereses abocados a la exportación de materias primas— sufrir un proceso de industrialización. Tampoco las metrópolis habrían visto con buenos ojos ese proceso. Sea cual fuere la retórica oficial, la función de las colonias y de las dependencias no formales era la de complementar las economías de las metrópolis y no la de competir con ellas.

Los territorios dependientes que no pertenecían a lo que se ha llamado «capitalismo colonizador»[6] (blanco) no tuvieron tanto éxito. Su interés económico residía en la combinación de recursos con una mano de obra que por estar formada por «nativos» tenía un coste muy bajo y era barata. Sin embargo, las oligarquías de terratenientes y comerciantes —locales, importados de Europa o ambas cosas a un tiempo— y, donde existían, sus gobiernos, se beneficiaron del dilatado período de expansión secular de los productos de exportación de su región, interrumpida únicamente por algunas crisis efímeras, aunque en ocasiones (como en Argentina en 1890) graves, producidas por los ciclos comerciales, por una excesiva especulación, por la guerra y por la paz. No obstante, en tanto que la primera guerra mundial perturbó algunos de sus mercados, los productores dependientes quedaron al margen de ella. Desde su punto de vista, la era imperialista, que comenzó a finales del siglo XIX, se prolongó hasta la gran crisis de 1929-1933. De cualquier forma, se mostraron cada vez más vulnerables en el curso de este período, por cuanto su fortuna dependía cada vez más del precio del café (que en 1914 constituía ya el 58 por 100 del valor de las exportaciones de Brasil y el 53 por 100 de las colombianas), del caucho y del estaño, del cacao, del buey o de la lana. Pero hasta la caída vertical de los precios de las materias primas durante el *crash* de 1929, esa vulnerabilidad no parecía tener mucha importancia a largo plazo, por comparación con la expansión aparentemente ilimitada de las exportaciones y los créditos. Al contrario, como hemos visto, hasta 1914 las relaciones de intercambio parecían favorecer a los productores de materias primas.

Sin embargo, la importancia económica creciente de esas zonas para la economía mundial no explica por qué los principales estados industriales iniciaron una rápida carrera para dividir el mundo en colonias y esferas de in-

* De hecho, la democracia blanca los excluyó, generalmente, de los beneficios que habían conseguido los hombres de raza blanca, o incluso se negaba a considerarlos como seres plenamente humanos.

fluencia. El análisis antiimperialista del imperialismo ha sugerido diferentes argumentos que pueden explicar esa actitud. El más conocido de esos argumentos, la presión del capital para encontrar inversiones más favorables que las que se podían realizar en el interior del país, inversiones seguras que no sufrieran la competencia del capital extranjero, es el menos convincente. Dado que las exportaciones británicas de capital se incrementaron vertiginosamente en el último tercio de la centuria y que los ingresos procedentes de esas inversiones tenían una importancia capital para la balanza de pagos británica, era totalmente natural relacionar el «nuevo imperialismo» con las exportaciones de capital, como lo hizo J. A. Hobson. Pero no puede negarse que sólo una muy pequeña parte de ese flujo masivo de capitales acudía a los nuevos imperios coloniales: la mayor parte de las inversiones británicas en el exterior se dirigían a las colonias en rápida expansión y por lo general de población blanca, que pronto serían reconocidas como territorios virtualmente independientes (Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Suráfrica), y a lo que podríamos llamar territorios coloniales «honoríficos» como Argentina y Uruguay, por no mencionar los Estados Unidos. Además, una parte importante de esas inversiones (el 76 por 100 en 1913) se realizaba en forma de préstamos públicos a compañías de ferrocarriles y servicios públicos que reportaban rentas más elevadas que las inversiones en la deuda pública británica —un promedio de un 5 por 100 frente al 3 por 100—, pero eran también menos lucrativas que los beneficios del capital industrial en el Reino Unido, naturalmente excepto para los banqueros que organizaban esas inversiones. Se suponía que eran inversiones seguras, aunque no produjeran un elevado rendimiento. Eso no significaba que no se adquirieran colonias porque un grupo de inversores no esperaba obtener un gran éxito financiero o en defensa de inversiones ya realizadas. Con independencia de la ideología, la causa de la guerra de los bóers fue el oro.

Un argumento general de más peso para la expansión colonial era la búsqueda de mercados. Nada importa que esos proyectos se vieran muchas veces frustrados. La convicción de que el problema de la «superproducción» del período de la gran depresión podía solucionarse a través de un gran impulso exportador era compartida por muchos. Los hombres de negocios, inclinados siempre a llenar los espacios vacíos del mapa del comercio mundial con grandes números de clientes potenciales, dirigían su mirada, naturalmente, a las zonas sin explotar: China era una de esas zonas que captaban la imaginación de los vendedores —¿qué ocurriría si cada uno de los trescientos millones de seres que vivían en ese país comprara tan sólo una caja de clavos?—, mientras que África, el continente desconocido, era otra. Las cámaras de comercio de diferentes ciudades británicas se conmocionaron en los difíciles años de la década de 1880 ante la posibilidad de que las negociaciones diplomáticas pudieran excluir a sus comerciantes del acceso a la cuenca del Congo, que se pensaba que ofrecía perspectivas inmejorables para la venta, tanto más cuanto que ese territorio estaba siendo explotado como un negocio provechoso por ese hombre de negocios con corona que era el rey

Leopoldo II de Bélgica. (Su sistema preferido de explotación utilizando mano de obra forzosa no iba dirigido a impulsar importantes compras per cápita, ni siquiera cuando no hacía que disminuyera el número de posibles clientes mediante la tortura y la masacre.)

Pero el factor fundamental de la situación económica general era el hecho de que una serie de economías desarrolladas experimentaban de forma simultánea la misma necesidad de encontrar nuevos mercados. Cuando eran lo suficientemente fuertes, su ideal era el de «la puerta abierta» en los mercados del mundo subdesarrollado, pero cuando carecían de la fuerza necesaria, intentaban conseguir territorios cuya propiedad situara a las empresas nacionales en una posición de monopolio o, cuando menos, les diera una ventaja sustancial. La consecuencia lógica fue el reparto de las zonas no ocupadas del tercer mundo. En cierta forma, esto fue una ampliación del proteccionismo que fue ganando fuerza a partir de 1879 (véase el capítulo anterior). «Si no fueran tan tenazmente proteccionistas —le dijo el primer ministro británico al embajador francés en 1897—, no nos encontraríamos tan deseosos de anexionarnos territorios.»[8] Desde este prisma, «el imperialismo» era la consecuencia natural de una economía internacional basada en la rivalidad de varias economías industriales competidoras, hecho al que se sumaban las presiones económicas del decenio de 1880. Ello no quiere decir que se esperara que una colonia en concreto se convirtiera en El Dorado, aunque esto es lo que ocurrió en Suráfrica, que pasó a ser el mayor productor de oro del mundo. Las colonias podían constituir simplemente bases adecuadas o puntos avanzados para la penetración económica regional. Así lo expresó claramente un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos en los inicios del nuevo siglo cuando en los Estados Unidos, siguiendo la moda internacional, hicieron un breve intento por conseguir su propio imperio colonial.

En este punto resulta difícil separar los motivos económicos para adquirir territorios coloniales de la acción política necesaria para conseguirlo, por cuanto el proteccionismo de cualquier tipo no es otra cosa que la operación de la economía con la ayuda de la política. La motivación estratégica para la colonización era especialmente fuerte en el Reino Unido, con colonias muy antiguas perfectamente situadas para controlar el acceso a diferentes regiones terrestres y marítimas que se consideraban vitales para los intereses comerciales y marítimos británicos en el mundo, o que, con el desarrollo del barco de vapor, podían convertirse en puertos de aprovisionamiento de carbón. (Gibraltar y Malta eran ejemplos del primer caso, mientras que las Bermudas y Adén lo son del segundo.) Existía también el significado simbólico o real para los ladrones de conseguir una parte adecuada del botín. Una vez que las potencias rivales comenzaron a dividirse el mapa de África u Oceanía, cada una de ellas intentó evitar que una porción excesiva (un fragmento especialmente atractivo) pudiera ir a parar a manos de los demás. Así, una vez que el estatus de gran potencia se asoció con el hecho de hacer ondear la bandera sobre una playa limitada por palmeras (o, más frecuentemente, sobre extensiones de maleza seca), la adquisición de colonias se convirtió en un símbolo

de estatus, con independencia de su valor real. Hacia 1900 incluso los Estados Unidos, cuya política imperialista nunca se ha asociado, antes o después de ese período, con la posesión de colonias formales, se sintieron obligados a seguir la moda del momento. Por su parte, Alemania se sintió profundamente ofendida por el hecho de que una nación tan poderosa y dinámica poseyera muchas menos posesiones coloniales que los británicos y los franceses, aunque sus colonias eran de escaso interés económico y de un interés estratégico mucho menor aún. Italia insistió en ocupar extensiones muy poco atractivas del desierto y de las montañas africanas para reforzar su posición de gran potencia, y su fracaso en la conquista de Etiopía en 1896 debilitó, sin duda, esa posición.

En efecto, si las grandes potencias eran estados que tenían colonias, los pequeños países, por así decirlo, «no tenían derecho a ellas». España perdió la mayor parte de lo que quedaba de su imperio colonial en la guerra contra los Estados Unidos de 1898. Como hemos visto, se discutieron seriamente diversos planes para repartirse los restos del imperio africano de Portugal entre las nuevas potencias coloniales. Sólo los holandeses conservaron discretamente sus ricas y antiguas colonias (situadas principalmente en el sureste asiático) y, como ya dijimos, al monarca belga se le permitió hacerse con su dominio privado en África a condición de que permitiera que fuera accesible a todos los demás países, porque ninguna gran potencia estaba dispuesta a dar a otras una parte importante de la gran cuenca del río Congo. Naturalmente, habría que añadir que hubo grandes zonas de Asia y del continente americano donde por razones políticas era imposible que las potencias europeas pudieran repartirse zonas extensas de territorio. Tanto en América del Norte como del Sur, las colonias europeas supervivientes se vieron inmovilizadas como consecuencia de la doctrina Monroe: sólo Estados Unidos tenía libertad de acción. En la mayor parte de Asia, la lucha se centró en conseguir esferas de influencia en una serie de estados nominalmente independientes, sobre todo en China, Persia y el imperio otomano. Excepciones a esa norma fueron Rusia y Japón. La primera consiguió ampliar sus posesiones en el Asia central, pero fracasó en su intento de anexionarse diversos territorios en el norte de China. El segundo consiguió Corea y Formosa (Taiwan) en el curso de una guerra con China en 1894-1895. Así pues, en la práctica, África y Oceanía fueron las principales zonas donde se centró la competencia por conseguir nuevos territorios.

En definitiva, algunos historiadores han intentado explicar el imperialismo teniendo en cuenta factores fundamentalmente estratégicos. Han pretendido explicar la expansión británica en África como consecuencia de la necesidad de defender de posibles amenazas las rutas hacia la India y sus glacis marítimos y terrestres. Es importante recordar que, desde un punto de vista global, la India era el núcleo central de la estrategia británica, y que esa estrategia exigía un control no sólo sobre las rutas marítimas cortas hacia el subcontinente (Egipto, Oriente Medio, el mar Rojo, el golfo Pérsico y el sur de Arabia) y las rutas marítimas largas (el cabo de Buena Esperanza y Singapur),

sino también sobre todo el océano Índico, incluyendo sectores de la costa africana y su traspaís. Los gobiernos británicos eran perfectamente conscientes de ello. También es cierto que la desintegración del poder local en algunas zonas esenciales para conseguir esos objetivos, como Egipto (incluyendo Sudán), impulsaron a los británicos a protagonizar una presencia política directa mucho mayor de lo que habían pensado en un principio, llegando incluso hasta el gobierno de hecho. Pero estos argumentos no eximen de un análisis económico del imperialismo. En primer lugar, subestiman el incentivo económico presente en la ocupación de algunos territorios africanos, siendo en este sentido el caso más claro el de Suráfrica. En cualquier caso, los enfrentamientos por el África occidental y el Congo tuvieron causas fundamentalmente económicas. En segundo lugar, ignoran el hecho de que la India era la «joya más radiante de la corona imperial» y la pieza esencial de la estrategia británica global, precisamente por su gran importancia para la economía británica. Esa importancia nunca fue mayor que en este período, cuando el 60 por 100 de las exportaciones británicas de algodón iban a parar a la India y al Lejano Oriente, zona hacia la cual la India era la puerta de acceso —el 40-45 por 100 de las exportaciones las absorbía la India—, y cuando la balanza de pagos del Reino Unido dependía para su equilibrio de los pagos de la India. En tercer lugar, la desintegración de gobiernos indígenas locales, que en ocasiones llevó a los europeos a establecer el control directo sobre unas zonas que anteriormente no se habían ocupado de administrar, se debió al hecho de que las estructuras locales se habían visto socavadas por la penetración económica. Finalmente, no se sostiene el intento de demostrar que no hay nada en el desarrollo interno del capitalismo occidental en el decenio de 1880 que explique la redivisión territorial del mundo, pues el capitalismo mundial era muy diferente en ese período del del decenio de 1860. Estaba constituido ahora por una pluralidad de «economías nacionales» rivales, que se «protegían» unas de otras. En definitiva, es imposible separar la política y la economía en una sociedad capitalista, como lo es separar la religión y la sociedad en una comunidad islámica. La pretensión de explicar «el nuevo imperialismo» desde una óptica no económica es tan poco realista como el intento de explicar la aparición de los partidos obreros sin tener en cuenta para nada los factores económicos.

De hecho, la aparición de los movimientos obreros o, de forma más general, de la política democrática (véase el capítulo siguiente) tuvo una clara influencia sobre el desarrollo del «nuevo imperialismo». Desde que el gran imperialista Cecil Rhodes afirmara en 1895 que si se quiere evitar la guerra civil hay que convertirse en imperialista,[9] muchos observadores han tenido en cuenta la existencia del llamado «imperialismo social», es decir, el intento de utilizar la expansión imperial para amortiguar el descontento interno a través de mejoras económicas o reformas sociales, o de otra forma. Sin duda ninguna, todos los políticos eran perfectamente conscientes de los beneficios potenciales del imperialismo. En algunos casos, ante todo en Alemania, se ha apuntado como razón fundamental para el desarrollo del imperialismo «la primacía de la política interior». Probablemente, la versión del imperialismo social de Cecil Rhodes, en la que el aspecto fundamental eran los beneficios económicos que una política imperialista podía suponer, de forma directa o indirecta, para las masas descontentas, sea la menos relevante. No poseemos pruebas de que la conquista colonial tuviera una gran influencia sobre el empleo o sobre los salarios reales de la mayor parte de los trabajadores en los países metropolitanos,* y la idea de que la emigración a las colonias podía ser una válvula de seguridad en los países superpoblados era poco más que una fantasía demagógica. (De hecho, nunca fue más fácil encontrar un lugar para emigrar que en el período 1880-1914, y sólo una pequeña minoría de emigrantes acudía a las colonias, o necesitaba hacerlo.)

Mucho más relevante nos parece la práctica habitual de ofrecer a los votantes gloria en lugar de reformas costosas, y ¿qué podía ser más glorioso que las conquistas de territorios exóticos y razas de piel oscura, cuando además esas conquistas se conseguían con tan escaso coste? De forma más general, el imperialismo estimuló a las masas, y en especial a los elementos potencialmente descontentos, a identificarse con el estado y la nación imperial, dando así, de forma inconsciente, justificación y legitimidad al sistema social y político representado por ese estado. En una era de política de masas (véase el capítulo siguiente) incluso los viejos sistemas exigían una nueva legitimidad. También sobre este punto los contemporáneos eran totalmente claros. En 1902 se elogió la ceremonia de coronación británica, cuidadosamente modificada, porque estaba dirigida a expresar «el reconocimiento, por una democracia libre, de una corona hereditaria, *como símbolo del dominio universal de su raza*» (la cursiva es mía).[10] En resumen, el imperialismo ayudaba a crear un buen cemento ideológico.

Es difícil precisar hasta qué punto era efectiva esta variante específica de exaltación patriótica, sobre todo en aquellos países donde el liberalismo y la izquierda más radical habían desarrollado fuertes sentimientos antiimperialistas, antimilitaristas, anticoloniales o, de forma más general, antiaristocráticos. Sin duda, en algunos países el imperialismo alcanzó una gran popularidad entre las nuevas clases medias y de trabajadores administrativos, cuya identidad social descansaba en la pretensión de ser los vehículos elegidos del patriotismo (véase *infra*, capítulo 8). Es mucho menos evidente que los trabajadores sintieran ningún tipo de entusiasmo espontáneo por las conquistas coloniales, por las guerras, o cualquier interés en las colonias, ya fueran nuevas o antiguas (excepto las de colonización blanca). Los intentos de institucionalizar un sentimiento de orgullo por el imperialismo, por ejemplo creando un «día del imperio» en el Reino Unido (1902), dependían para conseguir

* En algunos casos el imperialismo podía ser útil. Los mineros de Cornualles abandonaron masivamente las minas de estaño de su península, ya en decadencia, y se trasladaron a las minas de oro de Suráfrica, donde ganaron mucho dinero y donde morían incluso a una edad más temprana de lo habitual como consecuencia de las enfermedades pulmonares. Los propietarios de minas de Cornualles compraron nuevas minas de estaño en Malaya con menor riesgo para sus vidas.

el éxito de la capacidad de movilizar a los estudiantes. (Más adelante analizaremos el recurso al patriotismo en un sentido más general.)

De todas formas, no se puede negar que la idea de superioridad y de dominio sobre un mundo poblado por gentes de piel oscura en remotos lugares tenía arraigo popular y que, por tanto, benefició a la política imperialista. En sus grandes exposiciones internacionales (véase *La era del capital*, capítulo 2) la civilización burguesa había glorificado siempre los tres triunfos de la ciencia, la tecnología y las manufacturas. En la era de los imperios también glorificaba sus colonias. En las postrimerías de la centuria se multiplicaron los «pabellones coloniales», hasta entonces prácticamente inexistentes: ocho de ellos complementaban la Torre Eiffel en 1889, mientras que en 1900 eran 14 de esos pabellones los que atraían a los turistas en París.[11] Sin duda alguna, todo eso era publicidad planificada, pero como toda la propaganda, ya sea comercial o política, que tiene realmente éxito, conseguía ese éxito porque de alguna forma tocaba la fibra de la gente. Las exhibiciones coloniales causaban sensación. En Gran Bretaña, los aniversarios, los funerales y las coronaciones reales resultaban tanto más impresionantes por cuanto, al igual que los antiguos triunfos romanos, exhibían a sumisos maharajás con ropas adornadas con joyas, no cautivos, sino libres y leales. Los desfiles militares resultaban extraordinariamente animados gracias a la presencia de sijs tocados con turbantes, rajputs adornados con bigotes, sonrientes e implacables gurkas, espahís y altos y negros senegaleses: el mundo considerado bárbaro al servicio de la civilización. Incluso en la Viena de los Habsburgo, donde no existía interés por las colonias de ultramar, una aldea ashanti magnetizó a los espectadores. Rousseau el Aduanero no era el único que soñaba con los trópicos.

El sentimiento de superioridad que unía a los hombres blancos occidentales, tanto a los ricos como a los de clase media y a los pobres, no derivaba únicamente del hecho de que todos ellos gozaban de los privilegios del dominador, especialmente cuando se hallaban en las colonias. En Dakar o Mombasa, el empleado más modesto se convertía en señor y era aceptado como un «caballero» por aquellos que no habrían advertido siquiera su existencia en París o en Londres; el trabajador blanco daba órdenes a los negros. Pero incluso en aquellos lugares donde la ideología insistía en una igualdad al menos potencial, ésta se trocaba en dominación. Francia pretendía transformar a sus súbditos en franceses, descendientes teóricos (como se afirmaba en los libros de texto tanto en Tombuctú y Martinica como en Burdeos) de «nos ancêtres les gaulois» (nuestros antepasados los galos), a diferencia de los británicos, convencidos de la idiosincrasia no inglesa, fundamental y permanente, de bengalíes y yoruba. Pero la misma existencia de estos estratos de *évolués* nativos subrayaba la ausencia de evolución en la gran mayoría de la población. Las diferentes iglesias se embarcaron en un proceso de conversión de los paganos a las diferentes versiones de la auténtica fe cristiana, excepto en los casos en que los gobiernos coloniales les disuadían de ese proyecto (como en la India) o donde esa tarea era totalmente imposible (en los países islámicos).

Esta fue la época clásica de las actividades misioneras a gran escala.* El esfuerzo misionero no fue de ningún modo un agente de la política imperialista. En gran número de ocasiones se oponía a las autoridades coloniales y prácticamente siempre situaba en primer plano los intereses de sus conversos. Pero lo cierto es que el éxito del Señor estaba en función del avance imperialista. Puede discutirse si el comercio seguía a la implantación de la bandera, pero no existe duda alguna de que la conquista colonial abría el camino a una acción misionera eficaz, como ocurrió en Uganda, Rodesia (Zambia y Zimbabwe) y Niasalandia (Malaui). Y si el cristianismo insistía en la igualdad de las almas, subrayaba también la desigualdad de los cuerpos, incluso de los cuerpos clericales. Era un proceso que realizaban los blancos para los nativos y que costeaban los blancos. Y aunque multiplicó el número de creyentes nativos, al menos la mitad del clero continuó siendo de raza blanca. Por lo que respecta a los obispos, habría hecho falta un potentísimo microscopio para detectar un obispo de color entre 1870 y 1914. La Iglesia católica no consagró los primeros obispos asiáticos hasta el decenio de 1920, ochenta años después de haber afirmado que eso sería muy deseable.[13]

En cuanto al movimiento dedicado más apasionadamente a conseguir la igualdad de los hombres, las actitudes en su seno se mostraron divididas. La izquierda secular era antiimperialista por principio y, las más de las veces, en la práctica. La libertad para la India, al igual que la libertad para Egipto e Irlanda, era el objetivo del movimiento obrero británico. La izquierda no flaqueó nunca en su condena de las guerras y conquistas coloniales, con frecuencia —como cuando en el Reino Unido se opuso a la guerra de los bóers— con el grave riesgo de sufrir una impopularidad temporal. Los radicales denunciaron los horrores del Congo, de las plantaciones metropolitanas de cacao en las islas africanas, y de Egipto. La campaña que en 1906 permitió al Partido Liberal británico obtener un gran triunfo electoral se basó en gran medida en la denuncia pública de la «esclavitud china» en las minas surafricanas. Pero, con muy raras excepciones (como la Indonesia neerlandesa), los socialistas occidentales hicieron muy poco por organizar la resistencia de los pueblos coloniales frente a sus dominadores hasta el momento en que surgió la Internacional Comunista. En el movimiento socialista y obrero, los que aceptaban el imperialismo como algo deseable, o al menos como una fase fundamental en la historia de los pueblos «no preparados para el autogobierno todavía», eran una minoría de la derecha revisionista y fabiana, aunque muchos líderes sindicales consideraban que las discusiones sobre las colonias eran irrelevantes o veían a las gentes de color ante todo como una mano de obra barata que planteaba una amenaza a los trabajadores blancos. En este sentido, es cierto que las presiones para la expulsión de los inmigrantes de color, que deter-

* Entre 1876 y 1902 se realizaron 119 traducciones de la Biblia frente a las 74 que se hicieron en los treinta años anteriores y 40 en los años 1816-1845. Durante el período 1886-1895 hubo 23 nuevas misiones protestantes en África, es decir, tres veces más que en cualquier decenio anterior.[12]

minaron la política de «California Blanca» y «Australia Blanca» entre 1880 y 1914, fueron ejercidas sobre todo por las clases obreras, y los sindicatos del Lancashire se unieron a los empresarios del algodón de esa misma región en su insistencia en que se mantuviera a la India al margen de la industrialización. En la esfera internacional, el socialismo fue hasta 1914 un movimiento de europeos y emigrantes blancos o de los descendientes de éstos (véase *infra*, capítulo 5). El colonialismo era para ellos una cuestión marginal. En efecto, su análisis y su definición de la nueva fase «imperialista» del capitalismo, que detectaron a finales de la década de 1890, consideraba correctamente la anexión y la explotación coloniales como un simple síntoma y una característica de esa nueva fase, indeseable como todas sus características, pero no fundamental. Eran pocos los socialistas que, como Lenin, centraban ya su atención en el «material inflamable» de la periferia del capitalismo mundial.

El análisis socialista (es decir, básicamente marxista) del imperialismo, que integraba el colonialismo en un concepto mucho más amplio de una «nueva fase» del capitalismo, era correcto en principio, aunque no necesariamente en los detalles de su modelo teórico. Asimismo, era un análisis que en ocasiones tendía a exagerar, como lo hacían los capitalistas contemporáneos, la importancia económica de la expansión colonial para los países metropolitanos. Desde luego, el imperialismo de los últimos años del siglo XIX era un fenómeno «nuevo». Era el producto de una época de competitividad entre economías nacionales capitalistas e industriales rivales que era nueva y que se vio intensificada por las presiones para asegurar y salvaguardar mercados en un período de incertidumbre económica (véase *supra*, capítulo 2); en resumen, era un período en que «las tarifas proteccionistas y la expansión eran la exigencia que planteaban las clases dirigentes».[14] Formaba parte de un proceso de alejamiento de un capitalismo basado en la práctica privada y pública del *laissez-faire*, que también era nuevo, e implicaba la aparición de grandes corporaciones y oligopolios y la intervención cada vez más intensa del estado en los asuntos económicos. Correspondía a un momento en que las zonas periféricas de la economía global eran cada vez más importantes. Era un fenómeno que parecía tan «natural» en 1900 como inverosímil habría sido considerado en 1860. A no ser por esa vinculación entre el capitalismo posterior a 1873 y la expansión en el mundo no industrializado, cabe dudar de que incluso el «imperialismo social» hubiera desempeñado el papel que jugó en la política interna de los estados, que vivían el proceso de adaptación a la política electoral de masas. Todos los intentos de separar la explicación del imperialismo de los acontecimientos específicos del capitalismo en las postrimerías del siglo XIX han de ser considerados como meros ejercicios ideológicos, aunque muchas veces cultos y en ocasiones agudos.

II

Quedan todavía por responder las cuestiones sobre el impacto de la expansión occidental (y japonesa a partir de 1890) en el resto del mundo y sobre el significado de los aspectos «imperialistas» del imperialismo para los países metropolitanos.

Es más fácil contestar a la primera de esas cuestiones que a la segunda. El impacto económico del imperialismo fue importante, pero lo más destacable es que resultó profundamente desigual, por cuanto las relaciones entre las metrópolis y sus colonias eran muy asimétricas. El impacto de las primeras sobre las segundas fue fundamental y decisivo, incluso aunque no se produjera la ocupación real, mientras que el de las colonias sobre las metrópolis tuvo escasa significación y pocas veces fue un asunto de vida o muerte. Que Cuba mantuviera su posición o la perdiera dependía del precio del azúcar y de la disposición de los Estados Unidos a importarlo, pero incluso países «desarrollados» muy pequeños —Suecia, por ejemplo— no habrían sufrido graves inconvenientes si todo el azúcar del Caribe hubiera desaparecido súbitamente del mercado, porque no dependían exclusivamente de esa región para su consumo de este producto. Prácticamente todas las importaciones y exportaciones de cualquier zona del África subsahariana procedían o se dirigían a un número reducido de metrópolis occidentales, pero el comercio metropolitano con África, Asia y Oceanía siguió siendo muy poco importante, aunque se incrementó en una modesta cuantía entre 1870 y 1914. El 80 por 100 del comercio europeo, tanto por lo que respecta a las importaciones como a las exportaciones, se realizó, en el siglo XIX, con otros países desarrollados y lo mismo puede decirse sobre las inversiones europeas en el extranjero.[15] Cuando esas inversiones se dirigían a ultramar, iban a parar a un número reducido de economías en rápido desarrollo con población de origen europeo —Canadá, Australia, Suráfrica, Argentina, etc.—, así como, naturalmente, a los Estados Unidos. En este sentido, la época del imperialismo adquiere una tonalidad muy distinta cuando se contempla desde Nicaragua o Malaya que cuando se considera desde el punto de vista de Alemania o Francia.

Evidentemente, de todos los países metropolitanos donde el imperialismo tuvo más importancia fue en el Reino Unido, porque la supremacía económica de este país siempre había dependido de su relación especial con los mercados y fuentes de materias primas de ultramar. De hecho, se puede afirmar que desde que comenzara la revolución industrial, las industrias británicas nunca habían sido muy competitivas en los mercados de las economías en proceso de industrialización, salvo quizá durante las décadas doradas de 1850-1870. En consecuencia, para la economía británica era de todo punto esencial preservar en la mayor medida posible su acceso privilegiado al mundo no europeo.[16] Lo cierto es que en los años finales del siglo XIX alcanzó un gran éxito en el logro de esos objetivos, ampliando la zona del mundo que de una forma oficial o real se hallaba bajo la férula de la monarquía británica.

hasta una cuarta parte de la superficie del planeta (que en los atlas británicos se coloreaba orgullosamente de rojo). Si incluimos el imperio informal, constituido por estados independientes que, en realidad, eran economías satélites del Reino Unido, aproximadamente una tercera parte del globo era británica en un sentido económico y, desde luego, cultural. En efecto, el Reino Unido exportó incluso a Portugal la forma peculiar de sus buzones de correos, y a Buenos Aires una institución tan típicamente británica como los almacenes Harrods. Pero en 1914, otras potencias se habían comenzado a infiltrar ya en esa zona de influencia indirecta, sobre todo en América Latina.

Ahora bien, esa brillante operación defensiva no tenía mucho que ver con la «nueva» expansión imperialista, excepto en el caso de los diamantes y el oro de Suráfrica. Éstos dieron lugar a la aparición de una serie de millonarios, casi todos ellos alemanes —los Wernher, Beit, Eckstein, etc.—, la mayor parte de los cuales se incorporaron rápidamente a la alta sociedad británica, muy receptiva al dinero cuando se distribuía en cantidades lo suficientemente importantes. Desembocó también en el más grave de los conflictos coloniales, la guerra surafricana de 1899-1902, que acabó con la resistencia de dos pequeñas repúblicas de colonos campesinos blancos.

En gran medida, el éxito del Reino Unido en ultramar fue consecuencia de la explotación más sistemática de las posesiones británicas ya existentes o de la posición especial del país como principal importador e inversor en zonas tales como Suramérica. Con la excepción de la India, Egipto y Suráfrica, la actividad económica británica se centraba en países que eran prácticamente independientes, como los *dominions* blancos o zonas como los Estados Unidos y América Latina, donde las iniciativas británicas no fueron desarrolladas —no podían serlo— con eficacia. A pesar de las quejas de la Corporation of Foreign Bondholders (creada durante la gran depresión) cuando tuvo que hacer frente a la práctica, habitual en los países latinos, de suspensión de la amortización de la deuda o de su amortización en moneda devaluada, el gobierno no apoyó eficazmente a sus inversores en América Latina porque no podía hacerlo. La gran depresión fue una prueba fundamental en este sentido, porque, al igual que otras depresiones mundiales posteriores (entre las que hay que incluir las de las décadas de 1970 y 1980), desembocó en una gran crisis de deuda externa internacional que hizo correr un gran riesgo a los bancos de la metrópoli. Todo lo que el gobierno británico pudo hacer fue conseguir salvar de la insolvencia al Banco Baring en la «crisis Baring» de 1890, cuando ese banco se había aventurado —como lo seguirán haciendo los bancos en el futuro— demasiado alegremente en medio de la vorágine de las morosas finanzas argentinas. Si apoyó a los inversores con la diplomacia de la fuerza, como comenzó a hacerlo cada vez más frecuentemente a partir de 1905, era para apoyarlos frente a los hombres de negocios de otros países respaldados por sus gobiernos, más que frente a los gobiernos del mundo dependiente.*

* Pueden citarse algunos ejemplos de enfrentamientos armados por motivos económicos —como en Venezuela, Guatemala, Haití, Honduras y México—, pero que no alteran sustancial-

De hecho, si hacemos balance de los años buenos y malos, lo cierto es que los capitalistas británicos salieron bastante bien parados en sus actividades en el imperio informal o «libre». Prácticamente, la mitad de todo el capital público a largo plazo emitido en 1914 se hallaba en Canadá, Australia y América Latina. Más de la mitad del ahorro británico se invirtió en el extranjero a partir de 1900.

Naturalmente, el Reino Unido consiguió su parcela propia en las nuevas regiones colonizadas del mundo y, dada la fuerza y la experiencia británicas, fue probablemente una parcela más extensa y más valiosa que la de ningún otro estado. Si Francia ocupó la mayor parte del África occidental, las cuatro colonias británicas de esa zona controlaban «las poblaciones africanas más densas, las capacidades productivas mayores y tenían la preponderancia del comercio».[17] Sin embargo, el objetivo británico no era la expansión, sino la defensa frente a otros, atrincherándose en territorios que hasta entonces, como ocurría en la mayor parte del mundo de ultramar, habían sido dominados por el comercio y el capital británicos.

¿Puede decirse que las demás potencias obtuvieron un beneficio similar de su expansión colonial? Es imposible responder a este interrogante porque la colonización formal sólo fue un aspecto de la expansión y la competitividad económica globales y, en el caso de las dos potencias industriales más importantes, Alemania y los Estados Unidos, no fue un aspecto fundamental. Además, como ya hemos visto, sólo para el Reino Unido y, tal vez también, para los Países Bajos, era crucial desde el punto de vista económico mantener una relación especial con el mundo no industrializado. Podemos establecer algunas conclusiones con cierta seguridad. En primer lugar, el impulso colonial parece haber sido más fuerte en los países metropolitanos menos dinámicos desde el punto de vista económico, donde hasta cierto punto constituían una compensación potencial para su inferioridad económica y política frente a sus rivales, y en el caso de Francia, de su inferioridad demográfica y militar. En segundo lugar, en todos los casos existían grupos económicos concretos —entre los que destacan los asociados con el comercio y las industrias de ultramar que utilizaban materias primas procedentes de las colonias— que ejercían una fuerte presión en pro de la expansión colonial, que justificaban, naturalmente, por las perspectivas de los beneficios para la nación. En tercer lugar, mientras que algunos de esos grupos obtuvieron importantes beneficios de esa expansión —la Compagnie Française de l'Afrique Occidentale, le pagó dividendos del 26 por 100 en 1913—,[18] la mayor parte de las nuevas colonias atrajeron escasos capitales y sus resultados económicos fueron mediocres.* En resumen,

mente este cuadro. Por supuesto, el gobierno y los capitalistas británicos, obligados a elegir entre partidos o estados locales que favorecían los intereses económicos británicos y aquellos que se mostraban hostiles a éstos, apoyaban a quienes favorecían los beneficios británicos: Chile contra Perú en la «guerra del Pacífico» (1879-1882), los enemigos del presidente Balmaceda en Chile en 1891. La materia en disputa eran los nitratos.

* Francia no consiguió ni siquiera integrar sus nuevas colonias totalmente en un sistema proteccionista, aunque en 1913 el 55 por 100 de las transacciones comerciales del imperio fran-

el nuevo colonialismo fue una consecuencia de una era de rivalidad económico-política entre economías nacionales competidoras, rivalidad intensificada por el proteccionismo. Ahora bien, en la medida en que ese comercio metropolitano con las colonias se incrementó en porcentaje respecto al comercio global, ese proteccionismo tuvo un éxito relativo.

Pero la era del imperio no fue sólo un fenómeno económico y político, sino también cultural. La conquista del mundo por la minoría «desarrollada» transformó imágenes, ideas y aspiraciones, por la fuerza y por las instituciones, mediante el ejemplo y mediante la transformación social. En los países dependientes, esto apenas afectó a nadie excepto a las elites indígenas, aunque hay que recordar que en algunas zonas, como en el África subsahariana, fue el imperialismo, o el fenómeno asociado de las misiones cristianas, el que creó la posibilidad de que aparecieran nuevas elites sociales sobre la base de una educación a la manera occidental. La división entre estados africanos «francófonos» y «anglófonos» que existe en la actualidad refleja con exactitud la distribución de los imperios coloniales francés e inglés.* Excepto en África y Oceanía, donde las misiones cristianas aseguraron a veces conversiones masivas a la religión occidental, la gran masa de la población colonial apenas modificó su forma de vida cuando podía evitarlo. Y con gran disgusto de los más inflexibles misioneros, lo que adoptaron los pueblos indígenas no fue tanto la fe importada de Occidente como los elementos de esa fe que tenían sentido para ellos en el contexto de su propio sistema de creencias e instituciones o exigencias. Al igual que ocurrió con los deportes que llevaron a las islas del Pacífico los entusiastas administradores coloniales británicos (elegidos muy frecuentemente entre los representantes más fornidos de la clase media), la religión colonial aparecía ante el observador occidental como algo tan inesperado como un partido de criquet en Samoa. Esto era así incluso cuando los fieles seguían nominalmente la ortodoxia de su fe. Pero también pudieron desarrollar sus propias versiones de la fe, sobre todo en Suráfrica —la región de África donde realmente se produjeron conversiones en masa—, donde un «movimiento etíope» se escindió de las misiones ya en 1892 para crear una forma de cristianismo menos identificada con la población blanca.

Así pues, lo que el imperialismo llevó a las elites potenciales del mundo dependiente fue fundamentalmente la «occidentalización». Por supuesto, ya había comenzado a hacerlo mucho antes. Todos los gobiernos y elites de los países que se enfrentaron con el problema de la dependencia o la conquista vieron claramente que tenían que occidentalizarse si no querían quedarse atrás (véase *La era del capital*, capítulos 7, 8 y 11). Además, las ideologías

cés se realizaban con la metrópoli. Francia ante la imposibilidad de romper los vínculos económicos establecidos de estas zonas con otras regiones y metrópolis, se veía obligada a conseguir una gran parte de los productos coloniales que necesitaba —caucho, pieles y cuero, madera tropical— a través de Hamburgo, Amberes y Liverpool.

* Que, después de 1918, se repartieron las antiguas colonias alemanas.

que inspiraban a esas elites en la época del imperialismo se remontaban a los años transcurridos entre la Revolución francesa y las décadas centrales del siglo XIX, como cuando adoptaron el positivismo de August Comte (1798-1857), doctrina modernizadora que inspiró a los gobiernos de Brasil y México y a la temprana Revolución turca (véase *infra*, pp. 293-294 y 299-300). Las elites que se resistían a Occidente siguieron occidentalizándose, aun cuando se oponían a la occidentalización total, por razones de religión, moralidad, ideología o pragmatismo político. El santo Mahatma Gandhi, que vestía con un taparrabos y llevaba un huso en su mano (para desalentar la industrialización), no sólo era apoyado y financiado por las fábricas mecanizadas de algodón de Ahmedabad,* sino que él mismo era un abogado que se había educado en Occidente y que estaba influido por una ideología de origen occidental. Será imposible que comprendamos su figura si le vemos únicamente como un tradicionalista hindú.

De hecho, Gandhi ilustra perfectamente el impacto específico de la época del imperialismo. Nacido en el seno de una casta relativamente modesta de comerciantes y prestamistas, no muy asociada hasta entonces con la elite occidentalizada que administraba la India bajo la supervisión de los británicos, sin embargo adquirió una formación profesional y política en el Reino Unido. A finales del decenio de 1880 esta era una opción tan aceptada entre los jóvenes ambiciosos de su país, que el propio Gandhi comenzó a escribir una guía introductoria a la vida británica para los futuros estudiantes de modesta economía como él. Estaba escrita en un perfecto inglés y hacía recomendaciones sobre numerosos aspectos, desde el viaje a Londres en barco de vapor y la forma de encontrar alojamiento hasta el sistema mediante el cual el hindú piadoso podía cumplir las exigencias alimentarias y, asimismo, sobre la manera de acostumbrarse al sorprendente hábito occidental de afeitarse uno mismo en lugar de acudir al barbero.[19] Gandhi no asimilaba todo lo británico, pero tampoco lo rechazaba por principio. Al igual que han hecho desde entonces muchos pioneros de la liberación colonial, durante su estancia temporal en la metrópoli se integró en círculos occidentales afines desde el punto de vista ideológico: en su caso, los vegetarianos británicos, de quienes sin duda se puede pensar que favorecían también otras causas «progresistas».

Gandhi aprendió su técnica característica de movilización de las masas tradicionales para conseguir objetivos no tradicionales por medio de la resistencia pasiva, en un medio creado por el «nuevo imperialismo». Como no podía ser de otra forma, era una fusión de elementos orientales y occidentales, pues Gandhi no ocultaba su deuda intelectual con John Ruskin y Tolstoi. (Antes del decenio de 1880 habría sido impensable la fertilización de las flores políticas de la India con polen llegado desde Rusia, pero ese fenómeno era ya corriente en la India en la primera década del nuevo siglo, como lo sería luego entre los radicales chinos y japoneses.) En Suráfrica, país don-

* «¡Ah —se afirma que exclamó una de esas patrocinadoras—, si Bapuji supiera lo que cuesta mantenerles en la pobreza!»

de se produjo un extraordinario desarrollo como consecuencia de los diamantes y el oro, se formó una importante comunidad de modestos inmigrantes indios, y la discriminación racial en este nuevo escenario dio pie a una de las pocas situaciones en que grupos de indios que no pertenecían a la elite se mostraron dispuestos a la movilización política moderna. Gandhi adquirió su experiencia política y destacó como defensor de los derechos de los indios en Suráfrica. Difícilmente podría haber hecho entonces eso mismo en la India, adonde finalmente regresó —aunque sólo después de que estallara la guerra de 1914— para convertirse en la figura clave del movimiento nacional indio.

En resumen, la era del imperio creó una serie de condiciones que determinaron la aparición de líderes antiimperialistas y, asimismo, las condiciones que, como veremos (capítulo 12), comenzaron a dar resonancia a sus voces. Pero es un anacronismo y un error afirmar que la característica fundamental de la historia de los pueblos y regiones sometidos a la dominación y a la influencia de las metrópolis occidentales es la resistencia a Occidente. Es un anacronismo porque, con algunas excepciones que señalaremos más adelante, los movimientos antiimperialistas importantes comenzaron en la mayor parte de los sitios con la primera guerra mundial y la Revolución rusa, y un error porque interpreta el texto del nacionalismo moderno —la independencia, la autodeterminación de los pueblos, la formación de estados territoriales, etc. (véase *infra*, capítulo 6)— en un registro histórico que no podía contener todavía. De hecho, fueron las elites occidentalizadas las primeras en entrar en contacto con esas ideas durante sus visitas a Occidente y a través de las instituciones educativas formadas por Occidente, pues de allí era de donde procedían. Los jóvenes estudiantes indios que regresaban del Reino Unido podían llevar consigo los eslóganes de Mazzini y Garibaldi, pero por el momento eran pocos los habitantes del Punjab, y mucho menos aún los de regiones tales como el Sudán, que tenían la menor idea de lo que podían significar.

En consecuencia, el legado cultural más importante del imperialismo fue una educación de tipo occidental para minorías distintas: para los pocos afortunados que llegaron a ser cultos y, por tanto, descubrieron, con o sin ayuda de la conversión al cristianismo, el ambicioso camino que conducía hasta el sacerdote, el profesor, el burócrata o el empleado. En algunas zonas se incluían también quienes adoptaban una nueva profesión, como soldados y policías al servicio de los nuevos gobernantes, vestidos como ellos y adoptando sus ideas peculiares sobre el tiempo, el lugar y los hábitos domésticos. Naturalmente, se trataba de minorías de animadores y líderes, que es la razón por la que la era del imperialismo, breve incluso en el contexto de la vida humana, ha tenido consecuencias tan duraderas. En efecto, es sorprendente que en casi todos los lugares de África la experiencia del colonialismo, desde la ocupación original hasta la formación de estados independientes, ocupe únicamente el discurrir de una vida humana; por ejemplo, la de sir Winston Churchill (1874-1965).

¿Qué decir acerca de la influencia que ejerció el mundo dependiente sobre los dominadores? El exotismo había sido una consecuencia de la expansión europea desde el siglo XVI, aunque una serie de observadores filosóficos de la época de la Ilustración habían considerado muchas veces a los países extraños situados más allá de Europa y de los colonizadores europeos como una especie de barómetro moral de la civilización europea. Cuando se les civilizaba podían ilustrar las deficiencias institucionales de Occidente, como en las *Cartas persas* de Montesquieu; cuando eso no ocurría podían ser tratados como salvajes nobles cuyo comportamiento natural y admirable ilustraba la corrupción de la sociedad civilizada. La novedad del siglo XIX consistió en el hecho de que cada vez más y de forma más general se consideró a los pueblos no europeos y a sus sociedades como inferiores, indeseables, débiles y atrasados, incluso infantiles. Eran pueblos adecuados para la conquista o, al menos, para la conversión a los valores de la única civilización real, la que representaban los comerciantes, los misioneros y los ejércitos de hombres armados, que se presentaban cargados de armas de fuego y de bebidas alcohólicas. En cierto sentido, los valores de las sociedades tradicionales no occidentales fueron perdiendo importancia para su supervivencia, en un momento en que lo único importante eran la fuerza y la tecnología militar. ¿Acaso la sofisticación del Pekín imperial pudo impedir que los bárbaros occidentales quemaran y saquearan el Palacio de Verano más de una vez? ¿Sirvió la elegancia cultural de la elite de la decadente capital mongol, tan bellamente descrita en la obra de Satyajit Ray *Los ajedrecistas*, para impedir el avance de los británicos? Para el europeo medio, esos pueblos pasaron a ser objeto de su desdén. Los únicos no europeos que les interesaban eran los soldados, con preferencia aquellos que podían ser reclutados en sus propios ejércitos coloniales (sijs, gurkas, beréberes de las montañas, afganos, beduinos). El imperio otomano alcanzó un temible prestigio porque, aunque estaba en decadencia, poseía una infantería que podía resistir a los ejércitos europeos. Japón comenzó a ser tratado en pie de igualdad cuando empezó a salir victorioso en las guerras.

Sin embargo, la densidad de la red de comunicaciones globales, la accesibilidad de los otros países, ya fuera directa o indirectamente, intensificó la confrontación y la mezcla de los mundos occidental y exótico. Eran pocos los que conocían ambos mundos y se veían reflejados en ellos, aunque en la era imperialista su número se vio incrementado por aquellos escritores que deliberadamente decidieron convertirse en intermediarios entre ambos mundos: escritores o intelectuales que eran, por vocación y por profesión, marinos (como Pierre Loti y, el más célebre de todos, Joseph Conrad), soldados y administradores (como el orientalista Louis Massignon) o periodistas coloniales (como Rudyard Kipling). Pero lo exótico se integró cada vez más en la educación cotidiana. Eso ocurrió, por ejemplo, en las celebérrimas novelas juveniles de Karl May (1842-1912), cuyo héroe imaginario alemán recorría el salvaje Oeste y el Oriente islámico, con incursiones en el África negra y en América latina; en las novelas de misterio, que incluían entre los villa-

nos a orientales poderosos e inescrutables como el doctor Fu Manchú, de Sax Rohmer; en las historias de las revistas escolares para los niños británicos, que incluían ahora a un rico hindú que hablaba el barroco inglés babu según el estereotipo esperado. El exotismo podía llegar a ser incluso una parte ocasional pero esperada de la experiencia cotidiana, como en el espectáculo de Búfalo Bill sobre el salvaje Oeste, con sus exóticos *cowboys* e indios, que conquistó Europa a partir de 1887, o en las cada vez más elaboradas «aldeas coloniales», o en las exhibiciones de las grandes exposiciones internacionales. Esas muestras de mundos extraños no eran de carácter documental, fuera cual fuere su intención. Eran ideológicas, por lo general reforzando el sentido de superioridad de lo «civilizado» sobre lo «primitivo». Eran imperialistas tan sólo porque, como muestran las novelas de Joseph Conrad, el vínculo central entre los mundos de lo exótico y de lo cotidiano era la penetración formal o informal del tercer mundo por parte de los occidentales. Cuando la lengua coloquial incorporaba, fundamentalmente a través de los diversos argots y, sobre todo, el de los ejércitos coloniales, palabras de la experiencia imperialista real, éstas reflejaban muy frecuentemente una visión negativa de sus súbditos. Los trabajadores italianos llamaban a los esquiroles *crumiri* (término que tomaron de una tribu norteafricana) y los políticos italianos llamaban a los regimientos de dóciles votantes del sur, conducidos a las elecciones por los jefes locales, *ascari* (tropas coloniales nativas). Los caciques, jefes indios del imperio español en América, habían pasado a ser sinónimos de jefe político; los *caids* (jefes indígenas norteafricanos) proveyeron el término utilizado para designar a los jefes de las bandas de criminales en Francia.

Pero había un aspecto más positivo de ese exotismo. Administradores y soldados con aficiones intelectuales —los hombres de negocios se interesaban menos por esas cuestiones— meditaban profundamente sobre las diferencias existentes entre sus sociedades y las que gobernaban. Realizaron importantísimos estudios sobre esas sociedades, sobre todo en el imperio indio, y reflexiones teóricas que transformaron las ciencias sociales occidentales. Ese trabajo era fruto, en gran medida, del gobierno colonial o intentaba contribuir a él y se basaba en buena medida en un firme sentimiento de superioridad del conocimiento occidental sobre cualquier otro, con excepción tal vez de la religión, terreno en que la superioridad, por ejemplo, del metodismo sobre el budismo no era obvia para los observadores imparciales. El imperialismo hizo que aumentara notablemente el interés occidental hacia diferentes formas de espiritualidad derivadas de Oriente, o que se decía que derivaban de Oriente, e incluso en algunos casos se adoptó esa espiritualidad en Occidente.[20] A pesar de todas las críticas que se han vertido sobre ellos en el período poscolonial, no se puede rechazar ese conjunto de estudios occidentales como un simple desdén arrogante de las culturas no europeas. Cuando menos, los mejores de esos estudios analizaban con seriedad esas culturas, como algo que debía ser respetado y que podía aportar enseñanzas. En el terreno artístico, en especial las artes visuales, las *vanguardias* occidentales trataban de igual a igual a las culturas no occidentales. De hecho, en muchas ocasiones se inspiraron en ellas durante este período. Esto es cierto no sólo de aquellas creaciones artísticas que se pensaba que representaban a civilizaciones sofisticadas, aunque fueran exóticas (como el arte japonés, cuya influencia en los pintores franceses era notable), sino de las consideradas como «primitivas» y, muy en especial, las de África y Oceanía. Sin duda, su «primitivismo» era su principal atracción, pero no puede negarse que las generaciones vanguardistas de los inicios del siglo XX enseñaron a los europeos a ver esas obras como arte —con frecuencia como un arte de gran altura— por derecho propio, con independencia de sus orígenes.

Hay que mencionar brevemente un aspecto final del imperialismo: su impacto sobre las clases dirigentes y medias de los países metropolitanos. En cierto sentido, el imperialismo dramatizó el triunfo de esas clases y de las sociedades creadas a su imagen como ningún otro factor podría haberlo hecho. Un conjunto reducido de países, situados casi todos ellos en el noroeste de Europa, dominaban el globo. Algunos imperialistas, con gran disgusto de los latinos y, más aún, de los eslavos, enfatizaban los peculiares méritos conquistadores de aquellos países de origen teutónico y sobre todo anglosajón que, con independencia de sus rivalidades, se afirmaba que tenían una afinidad entre sí, convicción que se refleja todavía en el respeto que Hitler mostraba hacia el Reino Unido. Un puñado de hombres de las clases media y alta de esos países —funcionarios, administradores, hombres de negocios, ingenieros— ejercían ese dominio de forma efectiva. Hacia 1890, poco más de seis mil funcionarios británicos gobernaban a casi trescientos millones de indios con la ayuda de algo más de setenta mil soldados europeos, la mayor parte de los cuales eran, al igual que las tropas indígenas, mucho más numerosas, mercenarios que en un número desproporcionadamente alto procedían de la tradicional reserva de soldados nativos coloniales, los irlandeses. Este es un caso extremo, pero de ninguna forma atípico. ¿Podría existir una prueba más contundente de superioridad?

Así pues, el número de personas implicadas directamente en las actividades imperialistas era relativamente reducido, pero su importancia simbólica era extraordinaria. Cuando en 1899 circuló la noticia de que el escritor Rudyard Kipling, bardo del imperio indio, se moría de neumonía, no sólo expresaron sus condolencias los británicos y los norteamericanos —Kipling acababa de dedicar un poema a los Estados Unidos sobre «la carga del hombre blanco», respecto a sus responsabilidades en las Filipinas—, sino que incluso el emperador de Alemania envió un telegrama.[21]

Pero el triunfo imperial planteó problemas e incertidumbres. Planteó problemas porque se hizo cada vez más insoluble la contradicción entre la forma en que las clases dirigentes de la metrópoli gobernaban sus imperios y la manera en que lo hacían con sus pueblos. Como veremos, en las metrópolis se impuso, o estaba destinada a imponerse, la política del electoralismo democrático, como parecía inevitable. En los imperios coloniales prevalecía la autocracia, basada en la combinación de la coacción física y la sumisión pasiva a una superioridad tan grande que parecía imposible de desafiar y, por

tanto, legítima. Soldados y «procónsules» autodisciplinados, hombres aislados con poderes absolutos sobre territorios extensos como reinos, gobernaban continentes, mientras que en la metrópoli campaban a sus anchas las masas ignorantes e inferiores. ¿No había acaso una lección que aprender ahí, una lección en el sentido de *La voluntad de dominio* de Nietzsche?

El imperialismo también suscitó incertidumbres. En primer lugar, enfrentó a una pequeña minoría de blancos —pues incluso la mayor parte de esa raza pertenecía al grupo de los destinados a la inferioridad, como advertía sin cesar la nueva disciplina de la eugenesia (véase *infra*, capítulo 10)— con las masas de los negros, los oscuros, tal vez sobre todo los amarillos, ese «peligro amarillo» contra el cual solicitó el emperador Guillermo II la unión y la defensa de Occidente.[22] ¿Podían durar esos imperios tan fácilmente ganados, con una base tan estrecha, y gobernados de forma tan absurdamente fácil gracias a la devoción de unos pocos y a la pasividad de los más? Kipling, el mayor —y tal vez el único— poeta del imperialismo, celebró el gran momento del orgullo demagógico imperial, las bodas de diamante de la reina Victoria en 1897, con un recuerdo profético de la impermanencia de los imperios:

> Nuestros barcos, llamados desde tierras lejanas, se desvanecieron;
> El fuego se apaga sobre las dunas y los promontorios:
> ¡Y toda nuestra pompa de ayer
> es la misma de Nínive y Tiro!
> Juez de las Naciones, perdónanos con todo,
> Para que no olvidemos, para que no olvidemos.*[23]

Pomp planeó la construcción de una nueva e ingente capital imperial para la India en Nueva Delhi. ¿Fue Clemenceau el único observador escéptico que podía predecir que sería la última de una larga serie de capitales imperiales? ¿Y era la vulnerabilidad del dominio global mucho mayor que la vulnerabilidad del gobierno doméstico sobre las masas de los blancos?

La incertidumbre era de doble filo. En efecto, si el imperio (y el gobierno de las clases dirigentes) era vulnerable ante sus súbditos, aunque tal vez no todavía, no de forma inmediata, ¿no era más inmediatamente vulnerable a la erosión desde dentro del deseo de gobernar, el deseo de mantener la lucha darwinista por la supervivencia de los más aptos? ¿No ocurriría que la misma riqueza y lujo que el poder y las empresas imperialistas habían producido debilitaran las fibras de esos músculos cuyos constantes esfuerzos eran necesarios para mantenerlo? ¿No conduciría el imperialismo al parasitismo en el centro y al triunfo eventual de los bárbaros?

En ninguna parte suscitaban esos interrogantes un eco tan lúgubre como en el más grande y más vulnerable de todos los imperios, aquel que superaba

* [Far-called, our navies melt away; / On dune and headland sinks tho fire: / Lo, all our pomp of yesterday / Is one with Nineveh and Tyre! / Judge of the Nations, spare us yet, / Lest we forget, lest we forget.]

en tamaño y gloria a todos los imperios del pasado, pero que en otros aspectos se hallaba al borde de la decadencia. Pero incluso los tenaces y enérgicos alemanes consideraban que el imperialismo iba de la mano de ese «estado rentista» que no podía sino conducir a la decadencia. Dejemos que J. A. Hobson exprese esos temores en palabras: si se dividía China,

> la mayor parte de la Europa occidental podría adquirir la apariencia y el carácter que ya tienen algunas zonas del sur de Inglaterra, la Riviera y las zonas turísticas o residenciales de Italia o Suiza, pequeños núcleos de ricos aristócratas obteniendo dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más extenso de seguidores profesionales y comerciantes y un amplio conjunto de sirvientes personales y de trabajadores del transporte y de las etapas finales de producción de los bienes perecederos: todas las principales industrias habrían desaparecido, y los productos alimenticios y las manufacturas afluirían como un tributo de África y de Asia.[24]

Así, la *belle époque* de la burguesía lo desarmaría. Los encantadores e inofensivos Eloi de la novela de H. G. Wells, que vivían una vida de gozo en el sol, estarían a merced de los negros *morlocks*, de quienes dependían y contra los cuales estaban indefensos.[25] «Europa —escribió el economista alemán Schulze-Gaevernitz— traspasará la carga del trabajo físico, primero la agricultura y la minería, luego el trabajo más arduo de la industria, a las razas de color y se contentará con el papel de rentista y de esta forma, tal vez, abrirá el camino para la emancipación económica y, posteriormente, política de las razas de color.»[26]

Estas eran las pesadillas que perturbaban el sueño de la *belle époque*. En ellas los ensueños imperialistas se mezclaban con los temores de la democracia.

4. LA POLÍTICA DE LA DEMOCRACIA

Todos aquellos que por riqueza, educación, inteligencia o astucia tienen aptitud para dirigir una comunidad de hombres y la oportunidad de hacerlo —en otras palabras, todos los clanes de la clase dirigente— tienen que inclinarse ante el sufragio universal una vez éste ha sido instituido y, también, si la ocasión lo requiere, defraudarlo.

GAETANO MOSCA, 1895[1]

La democracia está todavía a prueba, pero hasta ahora no se ha desacreditado; es cierto que aún no ha desarrollado toda su fuerza y ello por dos causas, una más o menos permanente en sus consecuencias, la otra de carácter más transitorio. En primer lugar cualquiera que sea la representación numérica de la riqueza, su poder siempre será desproporcionado; y en segundo lugar, la defectuosa organización de las clases que han recibido recientemente el derecho de voto ha impedido cualquier alteración fundamental del equilibrio de poder preexistente.

JOHN MAYNARD KEYNES, 1904[2]

Es significativo que ninguno de los estados seculares modernos haya dejado de instituir fiestas nacionales que constituyen ocasiones para la reunión de la población.

American Journal of Sociology, 1896-1973[3]

I

El período histórico que estudiamos en esta obra comenzó con una crisis de histeria internacional entre los gobernantes europeos y entre las aterrorizadas clases medias, provocada por el efímero episodio de la Comuna de París en 1871, cuya supresión fue seguida de masacres de parisinos que habrían parecido inconcebibles en los estados civilizados decimonónicos y que resultan impresionantes incluso según los parámetros actuales cuando nuestras costumbres son mucho más salvajes (véase *La era del capital*, capítulo 9). Este episodio breve y brutal —y poco habitual para la época— que desencadenó un terror ciego en el sector respetable de la sociedad, reflejaba un problema fundamental de la política de la sociedad burguesa: el de su democratización.

Como había afirmado sagazmente Aristóteles, la democracia es el gobierno de la masa del pueblo que, en conjunto, era pobre. Evidentemente, los intereses de los pobres y de los ricos, de los privilegiados y de los desheredados no son los mismos. Pero aun en el caso de que supongamos que lo son o puedan serlo, es muy improbable que las masas consideren los asuntos públicos desde el mismo prisma y en los mismos términos que lo que los autores ingleses de la época victoriana llamaban «las clases», felizmente capaces todavía de identificar la acción política de clase con la aristocracia y la burguesía. Este era el dilema fundamental del liberalismo del siglo XIX (véase *La era del capital*, capítulo 6, I), que propugnaba la existencia de constituciones y de asambleas soberanas elegidas, que, sin embargo, luego trataba por todos los medios de esquivar actuando de forma antidemocrática, es decir, excluyendo del derecho de votar y de ser elegido a la mayor parte de los ciudadanos varones y a la totalidad de las mujeres. Hasta el período objeto de estudio en esta obra, su fundamento inquebrantable era la distinción entre lo que la mente lógica de los franceses había calificado en la época de Luis Felipe como «el país legal» y «el país real» (*le pays légal, le pays réel*). El orden social comenzó a verse amenazado desde el momento en que el «país real» comenzó a penetrar en el reducto político del país «legal» o «político», defendido por fortificaciones consistentes en exigencias de propiedad y educación para ejercer el derecho de voto y, en la mayor parte de los países, por el privilegio aristocrático generalizado, como las cámaras hereditarias de notables.

¿Qué ocurriría en la vida política cuando las masas ignorantes y embrutecidas, incapaces de comprender la lógica elegante y saludable de las teorías del mercado libre de Adam Smith, controlaran el destino político de los estados? Tal vez tomarían el camino que conducía a la revolución social, cuya efímera reaparición en 1871 tanto había atemorizado a las mentes respetables. Tal vez la revolución no parecía inminente en su antigua forma insurreccional, pero ¿no se ocultaba acaso, tras la ampliación significativa del sufragio más allá del ámbito de los poseedores de propiedades y de los elementos educados de la sociedad? ¿No conduciría eso inevitablemente al comunismo, temor que ya había expresado en 1866 el futuro lord Salisbury?

Pese a todo, lo cierto es que a partir de 1870 se hizo cada vez más evidente que la democratización de la vida política de los estados era absolutamente inevitable. Las masas acabarían haciendo su aparición en el escenario político, les gustara o no a las clases gobernantes. Eso fue realmente lo que ocurrió. Ya en el decenio de 1870 existían sistemas electorales basados en un desarrollo amplio del derecho de voto, a veces incluso, en teoría, en el sufragio universal de los varones, en Francia, en Alemania (en el Parlamento general alemán), en Suiza y en Dinamarca. En el Reino Unido, las Reform Acts de 1867 y 1883 supusieron que se cuadruplicara prácticamente el nú-

mero de electores, que ascendió del 8 al 29 por 100 de los varones de más de 20 años. Por su parte, Bélgica democratizó el sistema de voto en 1894, a raíz de una huelga general realizada para conseguir esa reforma (el incremento supuso pasar del 3,9 al 37,3 por 100 de la población masculina adulta). Noruega duplicó el número de votantes en 1898 (del 16,6 al 34,8 por 100). En Finlandia, la revolución de 1905 conllevó la instauración de una democracia singularmente amplia (el 76 por 100 de los adultos con derecho a voto); en Suecia, el electorado se duplicó en 1908, igualándose su número con el de Noruega; la porción austríaca del imperio de los Habsburgo consiguió el sufragio universal en 1907 e Italia en 1913. Fuera de Europa, los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda tenían ya regímenes democráticos y Argentina lo consiguió en 1912. De acuerdo con los criterios prevalecientes en épocas posteriores, esta democratización era todavía incompleta —el electorado que gozaba del sufragio universal constituía entre el 30 y el 40 por 100 de la población adulta—, pero hay que resaltar que incluso el voto de la mujer era algo más que un simple eslogan utópico. Había sido introducido en los márgenes del territorio de colonización blanca en el decenio de 1890 —en Wyoming (Estados Unidos), Nueva Zelanda y el sur de Australia— y en los regímenes democráticos de Finlandia y Noruega entre 1905 y 1913.

Estos procesos eran contemplados sin entusiasmo por los gobiernos que los introducían, incluso cuando la convicción ideológica les impulsaba a ampliar la representación popular. Sin duda, el lector ya habrá observado que incluso países que ahora consideramos profunda e históricamente democráticos como los escandinavos, tardaron mucho tiempo en ampliar el derecho de voto. Y ello sin mencionar a los Países Bajos, que, a diferencia de Bélgica, se resistieron a implantar una democratización sistemática antes de 1918 (aunque su electorado creció en un índice comparable). Los políticos tendían a resignarse a una ampliación profiláctica del sufragio cuando eran ellos, y no la extrema izquierda, quienes lo controlaban todavía. Probablemente, ese fue el caso de Francia y el Reino Unido. Entre los conservadores había cínicos como Bismarck, que tenían fe en la lealtad tradicional —o, como habrían dicho los liberales, en la ignorancia y estupidez— de un electorado de masas, considerando que el sufragio universal fortalecería a la derecha más que a la izquierda. Pero incluso Bismarck prefirió no correr riesgos en Prusia (que dominaba el imperio alemán), donde mantuvo un sistema de voto en tres clases, fuertemente sesgado en favor de la derecha. Esta precaución se demostró prudente, pues el electorado resultó incontrolable desde arriba. En los demás países, los políticos cedieron a la agitación y a la presión popular o a los avatares de los conflictos políticos domésticos. En ambos casos temían que las consecuencias de lo que Disraeli había llamado «salto hacia la oscuridad» serían impredecibles. Ciertamente, las agitaciones socialistas de la década de 1890 y las repercusiones directas e indirectas de la primera Revolución rusa aceleraron la democratización. Ahora bien, fuera cual fuere la forma en que avanzó la democratización, lo cierto es que entre 1880 y 1914 la mayor parte de los Estados occidentales tuvieron que resignarse a lo inevitable. La

política democrática no podía posponerse por más tiempo. En consecuencia, el problema era cómo conseguir manipularla.

La manipulación más descarada era todavía posible. Por ejemplo, se podían poner límites estrictos al papel político de las asambleas elegidas por sufragio universal. Este era el modelo bismarckiano, en el que los derechos constitucionales del Parlamento alemán (*Reichstag*) quedaban minimizados. En otros lugares, la existencia de una segunda cámara, formada a veces por miembros hereditarios, como en el Reino Unido, y el sistema de votos mediante colegios electorales especiales (y de peso) y otras instituciones análogas fueron un freno para las asambleas representativas democratizadas. Se conservaron elementos del sufragio censitario, reforzados por la exigencia de una cualificación educativa, por ejemplo la concesión de votos adicionales a los ciudadanos con una educación superior en Bélgica, Italia y los Países Bajos, y la concesión de escaños especiales para las universidades en el Reino Unido. En Japón, el parlamentarismo fue introducido en 1890 con ese tipo de limitaciones. Esos *fancy franchises*, como los llamaban los británicos, fueron reforzados por el útil sistema de la *gerrymandering* o lo que los austríacos llamaban «geometría electoral», es decir, la manipulación de los límites de los distritos electorales para conseguir incrementar o minimizar el apoyo de determinados partidos. Las votaciones públicas podían suponer una presión para los votantes tímidos o simplemente prudentes, especialmente cuando había señores poderosos u otros jefes que vigilaban el proceso: en Dinamarca se mantuvo el sistema de votación pública hasta 1901; en Prusia, hasta 1918, y en Hungría, hasta el decenio de 1930. Por otra parte, el patrocinio, como bien sabían muchos caciques en las ciudades americanas, podía proporcionar gran número de votos. En Europa, el liberal italiano Giovanni Giolitti resultó ser un maestro en el clientelismo político. La edad mínima para votar era elástica: variaba desde los veinte años en Suiza hasta los treinta en Dinamarca y con frecuencia se elevaba cuando se ampliaba el derecho de voto. Por último, siempre existía la posibilidad del sabotaje puro y simple, dificultando el proceso de acceso a los censos electorales. Así, se ha calculado que en el Reino Unido, en 1914, la mitad de la clase obrera se veía privada *de facto* del derecho de voto mediante tales procedimientos.

Ahora bien, esos subterfugios podían retardar el ritmo del proceso político hacia la democracia, pero no detener su avance. El mundo occidental, incluyendo en él a la Rusia zarista a partir de 1905, avanzaba claramente hacia un sistema político basado en un electorado cada vez más amplio dominado por el pueblo común.

La consecuencia lógica de ese sistema era la movilización política de las masas para y por las elecciones, es decir, con el objetivo de presionar a los gobiernos nacionales. Ello implicaba la organización de movimientos y partidos de masas, la política de propaganda de masas y el desarrollo de los medios de comunicación de masas —en ese momento fundamentalmente la nueva prensa popular o «amarilla»— y otros aspectos que plantearon problemas nuevos y de gran envergadura a los gobiernos y las clases dirigen-

tes. Por desgracia para el historiador, estos problemas desaparecen del escenario de la discusión política abierta en Europa conforme la democratización creciente hizo imposible debatirlos públicamente con cierto grado de franqueza. ¿Qué candidato estaría dispuesto a decir a sus votantes que los consideraba demasiado estúpidos e ignorantes para saber qué era lo mejor en política y que sus peticiones eran tan absurdas como peligrosas para el futuro del país? ¿Qué estadista, rodeado de periodistas que llevaban sus palabras hasta el rincón más remoto de las tabernas, diría realmente lo que pensaba? Cada vez más, los políticos se veían obligados a apelar a un electorado masivo; incluso a hablar directamente a las masas o de forma indirecta a través del megáfono de la prensa popular (incluyendo los periódicos de sus oponentes). Probablemente, la audiencia a la que se dirigía Bismarck estuvo siempre formada por la elite. Gladstone introdujo en el Reino Unido (y tal vez en Europa) las elecciones de masas en la campaña de 1879. Nunca volverían a discutirse las posibles implicaciones de la democracia, a no ser por parte de los individuos ajenos a la política, con la franqueza y el realismo de los debates que rodearon a la Reform Act inglesa de 1867. Pero como los gobernantes se envolvían en un manto de retórica, el análisis serio de la política quedó circunscrito al mundo de los intelectuales y de la minoría educada que leía sus escritos. La era de la democratización fue también la época dorada de una nueva sociología política: la de Durkheim y Sorel, de Ostrogorski y los Webbs, Mosca, Pareto, Robert Michels y Max Weber (véase *infra*, pp. 283-284).[4]

En lo sucesivo, cuando los hombres que gobernaban querían decir lo que realmente pensaban tenían que hacerlo en la oscuridad de los pasillos del poder, en los clubes, en las reuniones sociales privadas, durante las partidas de caza o durante los fines de semana de las casas de campo donde los miembros de la elite se encontraban o se reunían en una atmósfera muy diferente de la de los falsos enfrentamientos de los debates parlamentarios o los mítines públicos. Así, la era de la democratización se convirtió en la era de la hipocresía política pública, o más bien de la duplicidad y, por tanto, de la sátira política: la del señor Dooley, la de revistas de caricaturas amargas, divertidas y de enorme talento como el *Simplicissimus* alemán y el *Assiette au beurre* francés o *Fackel*, de Karl Kraus, en Viena. En efecto, un observador inteligente no podía pasar por alto el enorme abismo existente entre el discurso público y la realidad política, que supo captar Hilaire Belloc en su epigrama del gran triunfo electoral liberal del año 1906:

> El malhadado poder que descansa en el privilegio
> y se asocia a las mujeres, el champaña y el bridge
> se eclipsó: y la Democracia reanudó su reinado,
> que se asocia al bridge, las mujeres y el champaña.*[5]

* [The accursed power that rest on privilege / And goes with women, and champagne, and bridge, / Broke: and Democracy resumed her reign / That goes with bridge, and women, and champagne.]

¿Quiénes formaban las masas que se movilizaban ahora en la acción política? En primer lugar, existían clases formadas por estratos sociales situados hasta entonces por debajo y al margen del sistema político, algunas de las cuales podían formar alianzas más heterogéneas, coaliciones o «frentes populares». La más destacada era la clase obrera, que se movilizaba en partidos y movimientos con una clara base clasista. A ella nos referiremos en el próximo capítulo.

Hay que mencionar a continuación la coalición, amplia y mal definida, de estratos intermedios de descontentos, a los que les era difícil decir a quién temían más, si a los ricos o al proletariado. Era esta la pequeña burguesía tradicional, de maestros artesanos y pequeños tenderos, cuya posición se había visto socavada por el avance de la economía capitalista, por la cada vez más numerosa clase media baja formada por los trabajadores no manuales y por los administrativos: éstos constituían la *Handwerkerfrage* y la *Mittelstandsfrage* de la política alemana durante la gran depresión y después de ella. Era el suyo un mundo definido por el tamaño, un mundo de «gente pequeña» contra los «grandes» intereses y en el que la misma palabra pequeño, como en *the little man, le petit commerçant, der Kleine Mann*, se convirtió en un lema de convocatoria. ¿Cuántos periódicos radicalsocialistas franceses no llevaban con orgullo ese título: *Le Petit Niçois, Le Petit Provençal, La Petite Charente, Le Petit Troyen*? Pequeño, pero no demasiado, pues la pequeña propiedad necesitaba idéntica defensa que la gran propiedad frente al colectivismo y había que defender la superioridad del empleado administrativo de cualquier tipo de confusión frente al trabajador manual especializado, que podía conseguir unos ingresos similares, en especial, porque las clases medias establecidas no eran proclives a admitir como iguales a los miembros de las clases medias bajas.

Esa era también, y por buenas razones, la esfera política de la retórica y la demagogia por excelencia. En los países con una fuerte tradición de un jacobinismo radical y democrático, su retórica, enérgica o florida, mantenía a los «hombres pequeños» en la izquierda, aunque en Francia eso implicaba una gran dosis de chovinismo nacional y un potencial importante de xenofobia. En la Europa central, su carácter nacionalista y, sobre todo, antisemítico, era ilimitado. En efecto, los judíos podían ser identificados no sólo con el capitalismo y en especial, con el sector del capitalismo que afectaba a los pequeños artesanos y tenderos —banqueros, comerciantes, fundadores de nuevas cadenas de distribución y de grandes almacenes—, sino también con socialistas ateos y, de forma más general, con intelectuales que minaban las verdades tradicionales y amenazadas de la moralidad y la familia patriarcal. A partir del decenio de 1880, el antisemitismo se convirtió en un componente básico de los movimientos políticos organizados de los «hombres pequeños» desde las fronteras occidentales de Alemania hacia el este en el imperio de los Habsburgo, en Rusia y en Rumanía. De cualquier forma, tampoco hay que subestimar su importancia en los demás países. ¿Quién habría pensado, sobre la base de las convulsiones antisemíticas que sacudieron a Francia en la

década de 1890, del decenio de los escándalos de Panamá y del caso Dreyfus,* que en ese período apenas vivían 60.000 judíos en un país de 40 millones de habitantes? (véase *infra*, pp. 168-169 y 305).

Naturalmente, hay que hablar también del campesinado, que en muchos países constituía todavía la gran mayoría de la población, y el grupo económico más amplio en otros. Aunque a partir de 1880 (la época de depresión), los campesinos y granjeros se movilizaron cada vez más como grupos económicos de presión y entraron a formar parte, de forma masiva, en nuevas organizaciones para la compra, comercialización, procesado de los productos y créditos cooperativos en países tan diferentes como los Estados Unidos y Dinamarca, Nueva Zelanda y Francia, Bélgica e Irlanda, lo cierto es que el campesinado raramente se movilizó política y electoralmente como una clase, asumiendo que un cuerpo tan variado pueda ser considerado como una clase. Por supuesto, ningún gobierno podía permitirse desdeñar los intereses económicos de un cuerpo tan importante de votantes como los cultivadores agrícolas en los países agrarios. De cualquier forma, cuando el campesinado se movilizó electoralmente lo hizo bajo estandartes no agrarios, incluso en los casos en que estaba claro que la fuerza de un movimiento o partido político determinado, como los populistas de los Estados Unidos en el decenio de 1890 o los socialrevolucionarios en Rusia (a partir de 1902), descansaba en el apoyo de los granjeros o campesinos.

Si los grupos sociales se movilizaban como tales, también lo hacían los cuerpos de ciudadanos unidos por lealtades sectoriales como la religión o la nacionalidad. Sectoriales porque las movilizaciones políticas de masas sobre una base confesional, incluso en países de una sola religión, eran siempre bloques opuestos a otros bloques, ya fueran confesionales o seculares. Y las movilizaciones electorales nacionalistas (que en ocasiones, como en el caso de los polacos e irlandeses, coincidían con las de carácter religioso) eran casi siempre movimientos autonomistas dentro de estados multinacionales. Poco tenían en común con el patriotismo nacional inculcado por los estados —y que a veces escapaban a su control— o con los movimientos políticos, normalmente de la derecha, que afirmaban representar a «la nación» contra las minorías subversivas (véase *infra*, capítulo 6).

No obstante, la aparición de movimientos de masas político-confesionales como fenómeno general se vio dificultada por el ultraconservadurismo de la institución que poseía, con mucho, la mayor capacidad para movilizar y organizar a sus fieles, la Iglesia católica. La política, los partidos y las elecciones eran aspectos de ese malhadado siglo XIX que Roma intentó proscribir desde el *Syllabus* de 1864 y el Concilio Vaticano de 1870 (véase *La era del capital*, capítulo 14, III). Nunca dejó de rechazarlo, como lo atestigua la

* El capitán Dreyfus, del Estado Mayor francés, fue condenado erróneamente por espionaje a favor de Alemania en 1894. Tras una campaña para demostrar su inocencia, que dividió y convulsionó a toda Francia, fue perdonado en 1899 y finalmente rehabilitado en 1906. El caso tuvo un impacto traumático en toda Europa.

exclusión de los pensadores católicos que en las décadas de 1890 y 1900 sugirieron prudentemente llegar a algún tipo de *entente* con las ideas contemporáneas (el «modernismo» fue condenado por el papa Pío X en 1907). ¿Qué cabida podía tener la política católica en ese mundo infernal de la política secular, excepto el de la oposición total y la defensa específica de la práctica religiosa, de la educación católica y de otras instituciones de la Iglesia, vulnerables ante el estado en su conflicto permanente con la Iglesia?

Así, si bien el potencial político de los partidos cristianos era extraordinario, como lo demostraría la historia europea posterior a 1945* y pese a que se incrementó, sin duda, con cada nueva ampliación del derecho de voto, la Iglesia se opuso a la formación de partidos políticos católicos apoyados formalmente por ella, aunque desde la década de 1890 reconoció la conveniencia de apartar a las clases trabajadoras de la revolución atea socialista y, por supuesto, la necesidad de velar por su más importante circunscripción, la que formaban los campesinos. Pero aunque el papa apoyó el nuevo interés de los católicos por la política social (en la encíclica *Rerum Novarum*, 1891), los antepasados y fundadores de lo que serían los partidos democristianos del segundo período de posguerra eran contemplados con suspicacia y hostilidad por la Iglesia, no sólo porque también ellos, como el «modernismo», parecían aceptar una serie de tendencias nada deseables del mundo secular, sino también porque la Iglesia se sentía incómoda con los cuadros de las nuevas capas medias y medias bajas de católicos, tanto urbanas como rurales, de las economías en expansión, que encontraban en ellas una posibilidad de acción. Cuando el gran demagogo Karl Lueger (1844-1910) consiguió fundar en los años 1890 el primer gran partido cristianosocial de masas moderno, un movimiento constituido por elementos de las clases medias y medias bajas fuertemente antisemita que conquistó la ciudad de Viena, lo hizo contra la resistencia de la jerarquía austríaca. (Todavía sobrevive como el Partido Popular, que gobernó la Austria independiente durante la mayor parte de su historia desde 1918.)

Así pues, la Iglesia apoyó generalmente a partidos conservadores o reaccionarios de diverso tipo y, en las naciones católicas subordinadas en el seno de estados multinacionales, a los movimientos nacionalistas no infectados por el virus secular, con los que mantenía buenas relaciones. Desde luego, apoyaba a cualquiera frente al socialismo y la revolución. En definitiva, solamente existían auténticos partidos y movimientos católicos de masas en Alemania (donde habían visto la luz para resistir las campañas anticlericales de Bismarck en el decenio de 1870), en los Países Bajos (donde la política se organizaba plenamente en forma de agrupaciones confesionales, incluyendo las protestantes y las no religiosas, organizadas como bloques verticales) y en Bélgica (donde los católicos y los liberales anticlericales habían formado el sistema bipartidista mucho antes de la democratización).

* En Italia, Francia, Alemania occidental y Austria surgieron como grandes partidos gubernamentales, y así se han mantenido con la excepción de Francia.

Más raros eran aún los partidos religiosos protestantes y allí donde existían las reivindicaciones confesionales se mezclaban generalmente con otros lemas: nacionalismo y liberalismo (como en el Gales inconformista), antinacionalismo (como entre los protestantes del Ulster que optaron por la unión con Gran Bretaña frente al Irish Home Rule), el liberalismo (como en el Partido Liberal británico, donde el movimiento de los inconformistas se hizo más fuerte cuando los viejos aristócratas *whig* y los grandes intereses abandonaron las filas conservadoras en el decenio de 1880).* Ciertamente, en la política la religión era imposible de distinguir políticamente del nacionalismo, incluyendo —en Rusia— el del estado. El zar no era sólo la cabeza de la Iglesia ortodoxa, sino que movilizaba a la ortodoxia frente a la revolución. Las otras grandes religiones (el islam, el hinduismo, el budismo el confucianismo), por no mencionar los cultos que sólo tenían difusión entre comunidades y pueblos concretos, actuaban todavía en un universo ideológico y político en el que la política democrática occidental era desconocida e irrelevante.

Si la religión tenía un enorme potencial político, la identificación nacional era un agente movilizador igualmente extraordinario y, en la práctica, más efectivo. Cuando, tras la democratización del sufragio británico en 1884, Irlanda votaba a sus representantes, el Partido Nacionalista Irlandés consiguió todos los escaños de la isla. De los 103 miembros, 85 constituían una falange disciplinada detrás del líder (protestante) del nacionalismo irlandés Charles Stewart Parnell (1846-1891). Allí donde la conciencia nacional optó por la expresión política, se hizo evidente que los polacos votarían como polacos (en Alemania y Austria) y los checos en tanto que checos. La política de la porción austríaca del imperio de los Habsburgo se vio paralizada por esas divisiones nacionales. Ciertamente, tras los enfrentamientos entre checos y alemanes a lo largo de la década de 1890, el parlamentarismo se quebró completamente, pues a partir de ese momento ningún gobierno podía formar una mayoría parlamentaria. La implantación del sufragio universal en 1907 fue no sólo una concesión a las presiones, sino también un intento desesperado de movilizar a las masas electorales que pudieran votar a partidos no nacionalistas (católicos e incluso socialistas) contra los bloques nacionales irreconciliables y enfrentados.

En su forma extrema —el partido de masas disciplinado—, la movilización política de masas no fue muy habitual. Ni siquiera en los nuevos movimientos obreros y socialistas se repitió en todos los casos el modelo monolítico y acaparador de la socialdemocracia alemana (véase el capítulo siguiente). Sin embargo, podían verse prácticamente en todas partes los elementos que constituían ese nuevo fenómeno. Eran éstos, en primer lugar, las organizaciones que formaban su base. El partido de masas ideal consistía en un conjunto de organizaciones o ramas locales junto con un complejo de organizaciones, cada una también con ramas locales, para objetivos especiales pero integradas en

* Inconformistas = grupos de protestantes disidentes fuera de la Iglesia de Inglaterra en Inglaterra y Gales.

un partido con objetivos políticos más amplios. Así, en 1914, el movimiento nacional irlandés tenía su expresión en la United Irish League, organizada electoralmente, es decir, en cada circunscripción parlamentaria. Organizaba los congresos electorales, presididos por el presidente de la Liga, y a ellos asistían no sólo sus propios delegados, sino también los de los consejos sindicales (consorcios ciudadanos de las ramas de los sindicatos), los de los propios sindicatos, los de la Land and Labour Association, que representaba los intereses de los agricultores, los de la Gaelic Athletic Association, los de asociaciones benéficas como la Ancient Order of Hibernians, que vinculaba la isla con la emigración norteamericana, etc. Ese era el marco de los elementos movilizados que constituía el vínculo esencial entre los líderes nacionalistas dentro y fuera del Parlamento y el electorado de masas, que definía los límites externos de quienes apoyaban la causa de la autonomía irlandesa. Estos activistas así organizados eran un número importante: en 1913, la Liga tenía 130.000 miembros en una población católica irlandesa de tres millones.[6]

En segundo lugar, los nuevos movimientos de masas eran ideológicos. Eran algo más que simples grupos de presión y de acción para conseguir objetivos concretos, como la defensa de la viticultura. Naturalmente, también se multiplicaron esos grupos organizados con intereses específicos, pues la lógica de la política democrática exigía intereses para ejercer presión sobre los gobiernos y los parlamentarios nacionales, sensibles en teoría a esas presiones. Pero instituciones como la Bund der Landwirte alemana (fundada en 1893 y en la que se integraron, casi de forma inmediata, 200.000 agricultores) no estaban vinculadas a un partido, a pesar de las evidentes simpatías conservadoras de la Bund y de su dominio casi total por los grandes terratenientes. En 1898 descansaba en el apoyo de 118 (de un total de 397) diputados del Reichstag, que pertenecían a cinco partidos distintos.[7] A diferencia de esos grupos con intereses específicos, aunque ciertamente poderosos, el nuevo partido representaba una visión global del mundo. Era eso, más que el programa político concreto, específico y tal vez cambiante, lo que, para sus miembros y partidarios, constituía algo similar a la «religión cívica» que para Jean-Jacques Rousseau y para Durkheim, así como para otros teóricos en el nuevo campo de la sociología debía constituir la trabazón interna de las sociedades modernas: sólo en ese caso formaba un cemento seccional. La religión, el nacionalismo, la democracia, el socialismo y las ideologías precursoras del fascismo de entreguerras constituían el nexo de unión de las nuevas masas movilizadas, cualesquiera que fueran los intereses materiales que representaban también esos movimientos.

Paradójicamente, en países con una fuerte tradición revolucionaria como Francia, los Estados Unidos y, de forma mucho más remota, el Reino Unido, la ideología de sus propias revoluciones pasadas permitió a las antiguas o a las nuevas elites controlar, al menos en parte, las nuevas movilizaciones de masas con una serie de estrategias, familiares desde hacía largo tiempo a los oradores del 4 de julio en la Norteamérica democrática. El liberalismo inglés,

heredero de la gloriosa revolución liberal de 1688 y que no olvidaba el llamamiento ocasional a los regicidas de 1649 en beneficio de los descendientes de las sectas puritanas,* consiguió impedir el desarrollo de un partido laborista de masas hasta 1914. Además, el Partido Laborista, fundado en 1900, siguió la senda de los liberales. En Francia, el radicalismo republicano intentó absorber y asimilar las movilizaciones de masas, agitando el estandarte de la república y la revolución contra sus enemigos. Y no dejó de tener éxito en esa empresa. Los eslóganes «No queremos enemigos a la izquierda» y «Unidad de todos los nuevos republicanos» contribuyeron poderosamente a vincular a la nueva izquierda popular con los hombres del centro que dirigían la Tercera República.

En tercer lugar, de cuanto hemos dicho se sigue que las movilizaciones de masas eran, a su manera, globales. Quebrantaron el viejo marco local o regional de la política, minimizaron su importancia o lo integraron en movimientos mucho más amplios. En cualquier caso, la política nacional en los países democratizados redujo el espacio de los partidos puramente regionales, incluso en los estados, como Alemania y el Reino Unido, donde las diferencias regionales eran muy marcadas. En Alemania, el carácter regional de Hannover (anexionada por Prusia en 1866), donde el sentimiento antiprusiano y la lealtad a la antigua dinastía güelfa eran aún muy intensos, sólo se manifestó concediendo un porcentaje más reducido de los votos (el 85 por 100 frente al 94 por 100 en los demás lugares) a los diferentes partidos de ámbito nacional.[8] El hecho de que las minorías confesionales o étnicas, o los grupos sociales y económicos quedaran reducidos en ocasiones a zonas geográficas limitadas, no debe llevarnos a establecer conclusiones erróneas. En contraste con la política electoral de la vieja sociedad burguesa, la nueva política de masas se hizo cada vez más incompatible con el viejo sistema político, basado en una serie de individuos, poderosos e influyentes en la vida local, conocidos (en el vocabulario político francés) como *notables*. Todavía en muchas partes de Europa y América —especialmente en zonas tales como la península ibérica y la península balcánica, en el sur de Italia y en América Latina—, los caciques o patrones, individuos de poder e influencia local, podían «entregar» bloques de votos de sus clientes al mejor postor o incluso a otro cacique más importante. Si bien el «jefe» no desapareció en la política democrática, ahora era el partido el que hacía al notable, o al menos, el que le salvaba del aislamiento y de la impotencia política, y no al contrario. Las antiguas elites se transformaron para encajar en la democracia, conjugando el sistema de la influencia y el patrocinio locales con el de la democracia. Ciertamente, en los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del siglo XX se produjeron conflictos complejos entre los notables a la vieja usanza y los nuevos agentes políticos, jefes locales u otros elementos clave que controlaban los destinos de los partidos en el plano local.

* El primer ministro liberal lord Rosebery pagó personalmente la estatua de Oliver Cromwell que se erigió delante del Parlamento en 1899.

La democracia que ocupó el lugar de la política dominada por los notables —en la medida en que consiguió alcanzar ese objetivo— no sustituyó el patrocinio y la influencia por el «pueblo», sino por una organización, es decir, por los comités, los notables del partido y las minorías activistas. Esta paradoja no tardó en ser advertida por una serie de observadores realistas, que señalaron el papel fundamental de esos comités (o *caucuses*, en la terminología anglonorteamericana) e incluso la «ley de hierro de la oligarquía» que Robert Michels creyó poder establecer a partir de su estudio del Partido Socialdemócrata alemán. Michels apuntó también la tendencia del nuevo movimiento de masas a venerar las figuras de los líderes, aunque concedió una importancia desmedida a este aspecto.[9] En efecto, la admiración que, sin duda, rodeaba a algunos líderes de los movimientos nacionales de masas y que se expresaba en la reproducción, en las paredes de muchas casas modestas, de retratos de Gladstone, el gran anciano del liberalismo, o de Bebel, el líder de la socialdemocracia alemana, representaba más que al hombre en sí mismo la causa que unía a sus seguidores en el período que es objeto de nuestro estudio. Además, muchos movimientos de masas no tenían jefes carismáticos. Cuando Charles Stewart Parnell cayó, en 1891, víctima de las complicaciones de su vida privada y de la hostilidad conjunta de la moralidad católica y la inconformista, los irlandeses le abandonaron sin sombra de duda, y ello pese a que ningún otro líder despertó lealtades personales más apasionadas que él y a que el mito de Parnell sobrevivió con mucho al hombre.

En definitiva, para quienes lo apoyaban, el partido o el movimiento les representaba y actuaba en su nombre. De esta forma, era fácil para la organización ocupar el lugar de sus miembros y seguidores, y a sus líderes dominar la organización. En resumen, los movimientos estructurados de masas no eran, de ningún modo, repúblicas de iguales. Pero el binomio organización y apoyo de masas les otorgaba una gran capacidad: eran estados potenciales. De hecho, las grandes revoluciones de nuestro siglo sustituirían a los viejos regímenes, estados y clases gobernantes por partidos y movimientos institucionalizados como sistemas de poder estatal. Este potencial resulta tanto más impresionante por cuanto las antiguas organizaciones ideológicas no lo tenían. Por ejemplo, en Occidente la religión parecía haber perdido, durante este período, la capacidad para transformarse en una teocracia, y ciertamente no aspiraba a ello.* Lo que establecieron las Iglesias victoriosas, al menos en el mundo cristiano, fueron regímenes clericales administrados por instituciones seculares.

* Probablemente, el último ejemplo de ese tipo de transformaciones es el establecimiento de la comunidad mormona en Utah después de 1848.

II

La democratización, aunque estaba progresando, apenas había comenzado a transformar la política. Pero sus implicaciones, explícitas ya en algunos casos, plantearon graves problemas a los gobernantes de los estados y a las clases en cuyo interés gobernaban. Se planteaba el problema de mantener la unidad, incluso la existencia, de los estados, problema que era ya urgente en la política multinacional confrontada con los movimientos nacionales. En el imperio austríaco era ya el problema fundamental del estado, e incluso en el Reino Unido la aparición del nacionalismo irlandés de masas quebrantó la estructura de la política establecida. Había que resolver la continuidad de lo que para las elites del país era una política sensata, sobre todo en la vertiente económica. ¿No interferiría inevitablemente la democracia en el funcionamiento del capitalismo y —tal como pensaban los hombres de negocios—, además, de forma negativa? ¿No amenazaría el libre comercio en el Reino Unido, sistema que todos los partidos defendían enérgicamente? ¿No amenazaría a unas finanzas sólidas y al patrón oro, piedra angular de cualquier política económica respetable? Esta última amenaza parecía inminente en los Estados Unidos, como lo puso de relieve la movilización masiva del populismo en los años 1890, que lanzó su retórica más apasionada contra —en palabras de su gran orador William Jennings Bryan— la crucifixión de la humanidad en una cruz de oro. De forma más genérica, se planteaba, por encima de todo, el problema de garantizar la legitimidad, tal vez incluso la supervivencia, de la sociedad tal como estaba constituida, frente a la amenaza de los movimientos de masas deseosos de realizar la revolución social. Esas amenazas parecían tanto más peligrosas por mor de la ineficacia de los parlamentos elegidos por la demagogia y dislocados por irreconciliables conflictos de partido, así como por la indudable corrupción de los sistemas políticos que no se apoyaban ya en hombres de riqueza independiente, sino cada vez más en individuos cuya carrera y cuya riqueza dependía del éxito que pudieran alcanzar en el nuevo sistema político.

De ningún modo podían ignorarse esos dos fenómenos. En los estados democráticos en los que existía la división de poderes, como en los Estados Unidos, el gobierno (es decir, el ejecutivo representado por la presidencia) era en cierta forma independiente del Parlamento elegido, aunque corría serio peligro de verse paralizado por este último. (Ahora bien, la elección democrática de los presidentes planteó un nuevo peligro.) En el modelo europeo de gobierno representativo, en el que los gobiernos, a menos que estuvieran protegidos todavía por la monarquía del viejo régimen, dependían en teoría de unos parlamentos elegidos, sus problemas parecían insuperables. De hecho, con frecuencia iban y venían como pueden hacerlo los grupos de turistas en los hoteles, cuando se rompía una escasa mayoría parlamentaria y era sustituida por otra. Probablemente, Francia, madre de las democracias europeas, ostentaba el récord, con 52 gabinetes en menos de 39 años, entre 1875 y el

comienzo de la primera guerra mundial, de los cuales sólo 11 se mantuvieron en el poder durante un año o más. Es cierto que los mismos nombres se repetían una y otra vez en esos equipos de gobierno. En consecuencia, la continuidad efectiva del gobierno y de la política estaba en manos de los funcionarios de la burocracia, permanentes, no elegidos e invisibles. En cuanto a la corrupción, no era mayor que a comienzos del siglo XIX, cuando gobiernos como el británico distribuían lo que se llamaba «cargos de beneficio bajo la *Corona*» y lucrativas sinecuras entre amigos y personas dependientes. Pero aun cuando no ocurriera así, la corrupción era más visible, pues los políticos aprovechaban, de una u otra forma, el valor de su apoyo a los hombres de negocios o a otros intereses. Era tanto más visible cuanto que la incorruptibilidad de los administradores públicos de la más elevada categoría y de los jueces, ahora protegidos en su mayor parte en los países constitucionales frente a los dos riesgos de la elección y el patrocinio —con la importante excepción de los Estados Unidos—,* se daba ahora por sentada de forma general, al menos en la Europa central y occidental. Escándalos de corrupción política ocurrían no sólo en los países en los que no se amortiguaba el ruido del dinero al cambiar de una mano a otra, como en Francia (el escándalo Wilson de 1885, el escándalo de Panamá en 1892-1893), sino también donde sí ocurría, como en el Reino Unido (el escándalo Marconi de 1913, en el que se vieron implicados dos políticos autoformados del tipo al que hacíamos referencia anteriormente, Lloyd George y Rufus Isaacs, que más tarde sería nombrado lord Chief Justice y virrey de la India).** Desde luego, la inestabilidad parlamentaria y la corrupción podían ir de la mano en los casos en que los gobiernos formaban mayorías sobre la base de la compra de votos a cambio de favores políticos que, casi de forma inevitable, tenían una dimensión económica. Como ya hemos comentado, Giovanni Giolitti en Italia era el exponente más claro de esa estrategia.

Los contemporáneos pertenecientes a las clases más altas de la sociedad eran perfectamente conscientes de los peligros que planteaba la democratización política y, en un sentido más general, de la creciente importancia de las masas. No era esta una preocupación que sintieran únicamente los que se dedicaban a los asuntos públicos como el editor de *Le Temps* y *La Revue des Deux Mondes* —bastiones de la opinión respetable francesa—, que en 1897 publicó un libro cuyo título era *La organización del sufragio universal: la*

* E incluso en este país se creó en 1883 una Comisión para el Funcionariado Civil que estableciera las bases de una burocracia federal independiente del patronazgo político. Pero en la mayor parte de los países el patronazgo político era más importante de lo que se piensa.

** En el seno de una elite dirigente cohesionada no eran infrecuentes una serie de transacciones que habrían hecho fruncir el ceño a los observadores democráticos y a los moralistas políticos. A su muerte en 1895, lord Randolph Churchill, padre de Winston, que había sido ministro de Hacienda, debía unas sesenta mil libras a Rothschild de quien cabe pensar que tendría un interés en las finanzas nacionales. La importancia de esta deuda viene indicada por el hecho de que esa sola suma significaba aproximadamente el 0,4 por 100 del *total* del impuesto sobre la renta del Reino Unido en ese año.[10]

crisis del estado moderna,[11] o del procónsul conservador y luego ministro Alfred Milner (1854-1925), que en 1902 se refirió en privado al Parlamento británico como «esa chusma de Westminster».[12] En gran medida el pesimismo de la cultura burguesa a partir del decenio de 1880 (véase *infra*, pp. 236 y 267-268) reflejaba, sin duda, el sentimiento de unos líderes abandonados por sus antiguos partidarios pertenecientes a unas elites cuyas defensas frente a las masas se estaban derrumbando, de la minoría educada y culta (es decir, fundamentalmente, de los hijos de los acomodados), que se sentían invadidos por «quienes están todavía emancipándose ... del semianalfabetismo o la semibarbarie»[13] o arrinconados por la marea creciente de una civilización dirigida a esas masas.

La nueva situación política fue implantándose de forma gradual y desigual, según la historia de cada uno de los estados. Esto hace difícil, y en gran medida inútil, un estudio comparativo de la política en los decenios de 1870 y 1880. Fue la súbita aparición en la esfera internacional de movimientos obreros y socialistas de masas en la década de 1880 y posteriormente (véase el capítulo siguiente) el factor que pareció situar a muchos gobiernos y a muchas clases gobernantes en unas premisas básicamente iguales, aunque podemos ver retrospectivamente que no eran los únicos movimientos de masas que plantearon problemas a los gobiernos. En general, en la mayor parte de los estados europeos con constituciones limitadas o derecho de voto restringido, la preeminencia política que había correspondido a la burguesía liberal a mediados del siglo (véase *La era del capital*, capítulos 6, I, y 13, III) se eclipsó en el curso de la década de 1870, si no por otras razones, como consecuencia de la gran depresión: en Bélgica, en 1870; en Alemania y Austria, en 1879; en Italia, en el decenio de 1870; en el Reino Unido, en 1874. Nunca volvió a ocupar una posición dominante, excepto en episódicos retornos al poder. En el nuevo período no apareció en Europa un modelo político igualmente nítido, aunque en los Estados Unidos, el Partido Republicano, que había conducido al Norte a la victoria en la guerra civil, continuó ocupando la presidencia hasta 1913. En tanto en cuanto era posible mantener al margen de la política parlamentaria problemas insolubles o desafíos fundamentales de revolución o secesión, los políticos podían formar mayorías parlamentarias cambiantes, que constituían aquellas que no deseaban amenazar al estado ni al orden social. Eso fue posible en la mayor parte de los casos, aunque en el Reino Unido la aparición súbita de un bloque sólido y militante de nacionalistas irlandeses en el decenio de 1880, dispuesto a perturbar los Comunes y en una posición que le permitía influir de forma decisiva en el Parlamento, transformó inmediatamente la política parlamentaria y los dos partidos que habían dirigido su decoroso *pas-de-deux*. Cuando menos, precipitó en 1886 el aflujo de aristócratas millonarios pertenecientes al partido *whig* y de hombres de negocios liberales al partido *tory* que, como partido conservador y unionista (es decir, opuesto a la autonomía irlandesa), pasó a ser cada vez más el partido unificado de los terratenientes y de los grandes hombres de negocios.

En los demás países, la situación, aunque aparentemente más dramática, de hecho era más fácil de controlar. En la restaurada monarquía española (1874), la fragmentación de los derrotados enemigos del sistema —los republicanos por la izquierda y los carlistas por la derecha— permitió a Cánovas (1828-1897), que ocupó el poder durante la mayor parte del período 1874-1897, controlar a los políticos y a un voto rural apolítico. En Alemania, la debilidad de los elementos irreconciliables permitió a Bismarck controlar perfectamente la situación en el decenio de 1880, y la moderación de los partidos eslavos respetables en el imperio austríaco benefició igualmente al elegante aristócrata conde Taaffe (1833-1895), que ocupó el poder entre 1879 y 1893. La derecha francesa, que se negó a aceptar la república, fue una minoría electoral permanente y el ejército no desafió a la autoridad civil. Así, la república sobrevivió a las numerosas crisis que la sacudieron (en 1877, en 1885-1887, en 1892-1893 y en el caso Dreyfus de 1894-1900). En Italia, el boicot del Vaticano contra un estado secular y anticlerical facilitó a Depretis (1813-1887) el desarrollo de su política de «transformismo», es decir, de conversión de sus enemigos en sostén del gobierno.

En realidad, el único desafío real al sistema procedía de los medios extraparlamentarios, y la insurrección desde abajo no sería tomada en consideración, por el momento, en los países constitucionales, mientras que los ejércitos, incluso en España, país típico de pronunciamientos, conservaron la calma. Y donde, como en los Balcanes o como en América Latina, tanto la insurrección como la irrupción del ejército en la política fueron acontecimientos familiares, lo fueron como partes del sistema más que como desafíos potenciales al mismo.

Ahora bien, no era probable que esa situación se mantuviera durante mucho tiempo. Y cuando los gobiernos se encontraron frente a la aparición de fuerzas aparentemente irreconciliables en la política, su primer instinto fue, muchas veces, la coacción. Bismarck, maestro en la manipulación de la política de sufragio limitado, se sintió perplejo cuando en el decenio de 1870 se tuvo que enfrentar con lo que consideraba una masa organizada de católicos que se mostraban leales a un Vaticano reaccionario situado «más allá de las montañas» (de ahí el término *ultramontano*) y les declaró la guerra anticlerical (la llamada *Kulturkampf* o lucha cultural de los años setenta). Enfrentado al auge de los socialdemócratas, proscribió a este partido en 1879. Como parecía imposible e impensable la vuelta a un absolutismo radical —se permitió a los proscritos socialdemócratas que presentaran candidatos electorales—, fracasó en ambos casos. Antes o después —en el caso de los socialistas después de su caída en 1889—, los gobiernos tenían que aprender a convivir con los nuevos movimientos de masas. El emperador austríaco, cuya capital fue dominada por la demagogia de los cristianos sociales, se negó por tres veces a aceptar a su líder, Lueger, como alcalde de Viena, antes de resignarse a lo inevitable en 1897. En 1886, el gobierno belga sofocó, mediante la fuerza militar, la oleada de huelgas y tumultos de los trabajadores belgas —que se contaban entre los más pobres de la Europa occidental—

y envió a prisión a los líderes socialistas, estuvieran o no implicados en los disturbios. Pero siete años más tarde concedió una especie de sufragio universal después de que se hubiera producido una huelga general eficaz. Los gobiernos italianos dieron muerte a campesinos sicilianos en 1893 y a trabajadores milaneses en 1898. Sin embargo, cambiaron de rumbo después de las cincuenta muertes de Milán. En general, el decenio de 1890, que conoció la aparición del socialismo como movimiento de masas, constituyó el punto de inflexión. Comenzó entonces una era de nuevas estrategias políticas.

A las generaciones de lectores que se han hecho adultas desde la primera guerra mundial puede parecerles sorprendente que en esa época ningún gobierno pensara seriamente en el abandono de los sistemas constitucional y parlamentario. En efecto, *con posterioridad* a 1918, el constitucionalismo liberal y la democracia representativa comenzarían una retirada en un amplio frente, aunque fueron restablecidos parcialmente después de 1945. No era este el caso en el período que nos ocupa. Incluso en la Rusia zarista, la derrota de la revolución en 1905 no condujo a la abolición total de las elecciones y el Parlamento (la Duma). A diferencia de lo que ocurriera en 1849 (véase *La era del capital*, capítulo 1), no tuvo lugar el retorno directo a una política reaccionaria, aunque al final de ese período de poder, Bismarck jugó con la idea de suspender o abolir la Constitución. La sociedad burguesa tal vez se sentía incómoda sobre su futuro, pero conservaba la confianza suficiente, en gran parte porque el avance de la economía mundial no favorecía el pesimismo. Incluso la opinión política moderada (a menos que tuviera intereses diplomáticos o económicos opuestos) adoptaba una posición favorable a una revolución en Rusia, que todo el mundo esperaba que contribuyera a convertir la civilización europea en un estado burgués-liberal decente; y ciertamente en Rusia, la revolución de 1905, a diferencia de la de octubre de 1917, fue apoyada con entusiasmo por las clases medias y por los intelectuales. Otros insurreccionistas eran insignificantes. Los gobiernos permanecieron impasibles durante la epidemia anarquista de asesinatos en el decenio de 1890, en el curso de los cuales murieron dos monarcas, dos presidentes y un primer ministro,* y a partir de 1900 nadie se preocupó seriamente por el anarquismo, con la excepción de España y de algunas zonas de América Latina. Con el estallido de la guerra en 1914, el ministro francés del Interior ni siquiera se preocupó de detener a los revolucionarios y antimilitaristas subversivos (fundamentalmente anarquistas y anarcosindicalistas) considerados peligrosos para el estado y de los que la policía había elaborado una lista completa.

Pero si (a diferencia de lo que ocurrió en los decenios posteriores a 1917) la sociedad burguesa en conjunto no se sentía amenazada de forma grave e inmediata, tampoco sus valores y sus expectativas históricas decimonónicas se habían visto seriamente socavadas todavía. Se esperaba que el comportamiento civilizado, el imperio de la ley y las instituciones liberales continuarían con su progreso secular. Quedaba todavía mucha barbarie, especialmente (así lo creían los elementos «respetables» de la sociedad) entre las clases inferiores y, por supuesto, entre los pueblos «incivilizados» que afortunadamente habían sido colonizados. Todavía había estados, incluso en Europa, como los imperios zarista y otomano, donde las luces de la razón alumbraban escasamente o aún no habían sido encendidas. Sin embargo, los mismos escándalos que convulsionaban la opinión nacional o internacional indican cuán altas eran las expectativas de civilización en el mundo burgués en las épocas de paz: Dreyfus (la negativa a investigar una equivocación de la justicia), Ferrer Guàrdia en 1909 (la ejecución de un educador español, acusado erróneamente de encabezar una oleada de tumultos en Barcelona), Zabern en 1913 (veinte manifestantes encerrados durante una noche en una ciudad alsaciana por el ejército alemán). Desde nuestra posición en las postrimerías del siglo XX sólo podemos mirar con melancólica incredulidad hacia un período en el que se creía que las matanzas que en nuestro mundo ocurren prácticamente cada día, eran solamente monopolio de los turcos y de algunas tribus.

* El rey Humberto de Italia, la emperatriz Isabel de Austria, los presidentes Sadi Carnot de Francia y McKinley de los Estados Unidos y el presidente del consejo Cánovas de España.

III

Así pues, las clases dirigentes optaron por las nuevas estrategias, aunque hicieron todo tipo de esfuerzos para limitar el impacto de la opinión y del electorado de masas sobre sus intereses y sobre los del estado, así como sobre la definición y continuidad de la alta política. Su objetivo básico era el movimiento obrero y socialista, que apareció de pronto en el escenario internacional como un fenómeno de masas en torno a 1890 (véase el capítulo siguiente). En definitiva, éste sería más fácil de controlar que los movimientos nacionalistas que aparecieron en este período o que, aunque habían aparecido anteriormente, entraron en una fase de nueva militancia, autonomismo o separatismo (véase *infra*, capítulo 6). En cuanto a los católicos, salvo en los casos en que se identificaron con el nacionalismo autonomista, fue relativamente fácil integrarlos, pues eran conservadores desde el punto de vista social —este era el caso incluso entre los raros partidos socialcristianos como el de Lueger— y, por lo general, se contentaban con la salvaguarda de los intereses específicos de la Iglesia.

No fue fácil conseguir que los movimientos obreros se integraran en el juego institucionalizado de la política, por cuanto los empresarios, enfrentados con huelgas y sindicatos, tardaron mucho más tiempo que los políticos en abandonar la política de mano dura, incluso en la pacífica Escandinavia. El creciente poder de los grandes negocios se mostró especialmente recalcitrante. En la mayor parte de los países, sobre todo en los Estados Unidos y en Alemania, los empresarios no se reconciliaron como clase antes de 1914, e incluso en el Reino Unido, donde habían sido aceptados ya en teoría, y muchas veces en la práctica, el decenio de 1890 contempló una contraofensiva de los

empresarios contra los sindicatos, a pesar de que el gobierno practicó una política conciliadora y de que los líderes del Partido Liberal intentaron asegurarse y captar el voto obrero. También se plantearon difíciles problemas políticos allí donde los nuevos partidos obreros se negaron a cualquier tipo de compromiso con el estado y con el sistema burgués a escala nacional —muy pocas veces hicieron gala de la misma intransigencia en el ámbito del gobierno local—, actitud que adoptaron los partidos que se adhirieron a la Internacional marxista de 1889. (Los partidos obreros no revolucionarios o no marxistas no suscitaron ese problema.) Pero hacia 1900 existía ya un ala moderada o reformista en todos los movimientos de masas; incluso entre los marxistas encontró a su ideólogo en Eduard Bernstein, que afirmaba que «el movimiento lo era todo, mientras que el objetivo final no era nada», y cuya postura nítida de revisión de la teoría marxista suscitó escándalos, ofensas y un debate apasionado en el mundo socialista desde 1897. Entretanto, la política del electoralismo de masas, que incluso la mayor parte de los partidos marxistas defendían con entusiasmo porque permitía un rápido crecimiento de sus filas, integró gradualmente a esos partidos en el sistema.

Ciertamente era impensable todavía incluir a los socialistas en el gobierno. No se podía esperar tampoco que toleraran a los políticos y gobiernos «reaccionarios». Sin embargo podía tener buenas posibilidades de éxito la política de incluir cuando menos a los representantes moderados de los trabajadores en un frente más amplio en favor de la reforma, la unión de todos los demócratas, republicanos, anticlericales u «hombres del pueblo», especialmente contra los enemigos movilizados de esas buenas causas. Esa política se puso en práctica de forma sistemática en Francia desde 1899 con Waldeck Rousseau (1846-1904), artífice de un gobierno de unión republicana contra los enemigos que la desafiaron tan abiertamente en el caso Dreyfus; en Italia, por Zanardelli, cuyo gobierno de 1903 descansaba en el apoyo de la extrema izquierda y, posteriormente, por Giolitti, el gran negociador y conciliador. En el Reino Unido, después de superarse algunas dificultades en el decenio de 1890, los liberales establecieron un pacto electoral con el joven Labour Representation Committee en 1903, pacto que le permitió entrar en el Parlamento con cierta fuerza en 1906 con el nombre de Partido Laborista. En todos los demás países, el interés común de ampliar el derecho de voto aproximó a los socialistas y a otros demócratas, como ocurrió en Dinamarca, donde en 1901 el gobierno pudo contar, por primera vez en toda Europa, con el apoyo de un partido socialista.

Las razones que explican esta aproximación del centro parlamentario a la extrema izquierda no eran, por lo general, la necesidad de conseguir el apoyo socialista, pues incluso los partidos socialistas más numerosos eran grupos minoritarios que podían ser fácilmente excluidos del juego parlamentario, como ocurrió con los partidos comunistas, de tamaño similar, en la Europa posterior a la segunda guerra mundial. Los gobiernos alemanes mantuvieron a raya al más poderoso de esos partidos mediante la llamada *Sammlungspolitik* (política de unión amplia), es decir, aglutinando mayorías de conservadores católicos y liberales antisocialistas. Lo que impulsaba a los hombres sensatos de las clases gobernantes era, más bien, el deseo de explotar las posibilidades de domesticar a esas bestias salvajes del bosque político. La estrategia reportó resultados dispares según los casos, y la intransigencia de los capitalistas, partidarios de la coacción y que provocaban enfrentamientos de masas, no facilitó la tarea, aunque en conjunto esa política funcionó, al menos en la medida en que consiguió dividir a los movimientos obreros de masas en un ala moderada y otra radical de elementos irreconciliables —por lo general, una minoría—, aislando a esta última.

No obstante, lo cierto es que la democracia sería más fácilmente maleable cuanto menos agudos fueran los descontentos. Así pues, la nueva estrategia implicaba la disposición a poner en marcha programas de reforma y asistencia social, que socavó la posición liberal clásica de mediados de siglo de apoyar gobiernos que se mantenían al margen del campo reservado a la empresa privada y a la iniciativa individual. El jurista británico A. V. Dicey (1835-1922) consideraba que la apisonadora del colectivismo se había puesto en marcha en 1870, allanando el paisaje de la libertad individual, dejando paso a la tiranía centralizadora y uniforme de las comidas escolares, la seguridad social y las pensiones de vejez. En cierto sentido tenía razón. Bismarck, con una mente siempre lógica, ya había decidido en el decenio de 1880 enfrentarse a la agitación socialista por medio de un ambicioso plan de seguridad social y en ese camino le seguirían Austria y los gobiernos liberales británicos de 1906-1914 (pensiones de vejez, bolsas de trabajo, seguros de enfermedad y de desempleo) e incluso, después de algunas dudas, Francia (pensiones de vejez en 1911). Curiosamente, los países escandinavos, que en la actualidad constituyen los «estados providencia» por excelencia, avanzaron lentamente en esa dirección, mientras que algunos países sólo hicieron algunos gestos nominales y los Estados Unidos de Carnegie, Rockefeller y Morgan ninguno en absoluto. En ese paraíso de la libre empresa, incluso el trabajo infantil escapaba al control de la legislación federal, aunque en 1914 existían ya una serie de leyes que lo prohibían, en teoría, incluso en Italia, Grecia y Bulgaria. Las leyes sobre el pago de indemnizaciones a los trabajadores en caso de accidente, vigentes en todas partes en 1905, fueron desdeñadas por el Congreso y rechazadas por inconstitucionales por los tribunales. Con excepción de Alemania, esos planes de asistencia social fueron modestos hasta poco antes de 1914, e incluso en Alemania no consiguieron detener el avance del Partido Socialista. De cualquier forma, se había asentado ya una tendencia, mucho más rápida en los países de Europa y Australasia que en los demás.

Dicey estaba también en lo cierto cuando hacía hincapié en el incremento inevitable de la importancia y el peso del aparato del estado, una vez que se abandonó el concepto del estado ideal no intervencionista. De acuerdo con los parámetros actuales, la burocracia todavía era modesta, aunque creció con gran rapidez, especialmente en el Reino Unido, donde el número de trabajadores al servicio del gobierno se triplicó entre 1891 y 1911. En Europa, ha-

cia 1914, variaba entre el 3 por 100 de la mano de obra en Francia —hecho un tanto sorprendente— y un elevado 5,5-6 por 100 en Alemania y —hecho igualmente sorprendente— en Suiza.[14] Digamos, a título comparativo, que en los países de la Europa comunitaria del decenio de 1970, la burocracia suponía entre el 10 y el 12 por 100 de la población activa.

Pero ¿acaso no era posible conseguir la lealtad de las masas sin embarcarse en una política social de grandes gastos que podía reducir los beneficios de los hombres de negocios de los que dependía la economía? Como hemos visto, se tenía la convicción no sólo de que el imperialismo podía financiar la reforma social, sino también de que era popular. La guerra, o al menos la perspectiva de una guerra victoriosa, tenía incluso un potencial demagógico mayor. El gobierno conservador inglés utilizó la guerra de Suráfrica (1899-1902) para derrotar espectacularmente a sus enemigos liberales en la elección «caqui» de 1900, y el imperialismo norteamericano consiguió movilizar con éxito la popularidad de las armas para la guerra contra España en 1898. Claro que las elites gobernantes de los Estados Unidos, con Theodore Roosevelt (1858-1919, presidente en 1901-1909) a la cabeza, acababan de descubrir al *cowboy* armado de revólver como símbolo del auténtico americanismo, la libertad y la tradición nativa blanca contra las hordas invasoras de inmigrantes de baja estofa y frente a la gran ciudad incontrolable. Ese símbolo ha sido intensamente explotado desde entonces.

Sin embargo, el problema era más amplio. ¿Era posible dar una nueva legitimidad a los regímenes de los estados y a las clases dirigentes a los ojos de las masas movilizadas democráticamente? En gran parte, la historia del período que estudiamos consiste en una serie de intentos de responder a ese interrogante. La tarea era urgente porque en muchos casos los viejos mecanismos de subordinación social se estaban derrumbando. Así, los conservadores alemanes —en esencia el partido de los electores leales a los grandes terratenientes y a la aristocracia— perdieron la mitad de sus votos entre 1881 y 1912, por la sola razón de que el 71 por 100 de esos votos procedían de pueblos de menos de 2.000 habitantes, que albergaban un porcentaje cada vez más reducido de la población, y sólo el 5 por 100 de las grandes ciudades de más de 100.000 habitantes, a las que se trasladaba en masa la población alemana. Las viejas lealtades funcionaban todavía en los feudos de los *Junkers* de Pomerania,* donde los conservadores aglutinaban aún la mitad de los votos, pero incluso en el conjunto de Prusia sólo movilizaban al 11 o 12 por 100 de los electores.[15] Más dramática era aún la situación de esa otra clase privilegiada, la burguesía liberal. Había triunfado quebrantando la cohesión social de las jerarquías y comunidades antiguas, eligiendo el mercado frente a las relaciones humanas, la *Gesellschaft* frente a la *Gemeinschaft*, y cuando las masas hicieron su aparición en la escena política persiguiendo sus propios intereses, se mostraron hostiles hacia todo lo que representaba el liberalismo

* Pomerania, una zona a lo largo del noreste báltico de Berlín, forma ahora parte de Polonia.

burgués. En ningún sitio fue esto más evidente que en Austria, donde a finales de siglo los liberales habían quedado reducidos a una pequeña minoría de acomodados alemanes y judíos alemanes de clase media residentes en las ciudades. El municipio de Viena, su bastión en el decenio de 1860, se perdió en favor de los demócratas radicales, los antisemitas, el nuevo partido cristiano-social y, finalmente, los socialdemócratas. Incluso en Praga, donde ese núcleo burgués podía afirmar que representaba los intereses de la cada vez más reducida minoría de habla alemana de todas las clases (unos 30.000 habitantes y en 1910 únicamente el 7 por 100 de la población), no consiguieron la lealtad de los estudiantes y de la pequeña burguesía alemana nacionalista (*völkisch*) ni de los socialdemócratas y los trabajadores alemanes, políticamente poco activos, ni tan sólo de una parte de la población judía.[16]

¿Y qué decir acerca del estado, representado todavía habitualmente por monarcas? Podía ser de nueva planta, sin ningún precedente histórico destacable, como en Italia y en el nuevo imperio alemán por no mencionar a Rumanía y Bulgaria. Sus regímenes podían ser el producto de una derrota reciente, de la revolución y la guerra civil como en Francia, España y los Estados Unidos de después de la guerra civil, por no hablar de los siempre cambiantes regímenes de las repúblicas latinoamericanas. En las monarquías de larga tradición —incluso en el Reino Unido de la década de 1870— las agitaciones no eran, o no parecían serlo, desdeñables. La agitación nacional era cada vez más fuerte. ¿Podía darse por sentada la lealtad de todos los súbditos o ciudadanos con respecto al estado?

En consecuencia, este fue el momento en que los gobiernos, los intelectuales y los hombres de negocios descubrieron el significado político de la irracionalidad. Los intelectuales escribían, pero los gobiernos actuaban. «Aquel que pretenda basar su pensamiento político en una reevaluación del funcionamiento de la naturaleza humana ha de comenzar por intentar superar la tendencia a exagerar la intelectualidad de la humanidad»; así escribía el científico político inglés Graham Wallas en 1908, consciente de que estaba escribiendo el epitafio del liberalismo decimonónico.[17] La vida política se ritualizó, pues, cada vez más y se llenó de símbolos y de reclamos publicitarios, tanto abiertos como subliminales. Conforme se vieron socavados los antiguos métodos —fundamentalmente religiosos— para asegurar la subordinación, la obediencia y la lealtad, la necesidad de encontrar otros medios que los sustituyeran se cubría por medio de la *invención* de la tradición, utilizando elementos antiguos y experimentados capaces de provocar la emoción, como la corona y la gloria militar y, como hemos visto (véase el capítulo anterior), otros sistemas nuevos como el imperio y la conquista colonial.

Al igual que la horticultura, ese sistema era una mezcla de plantación desde arriba y crecimiento —o en cualquier caso, disposición para plantar— desde abajo. Los gobiernos y las elites gobernantes sabían perfectamente lo que hacían cuando crearon nuevas fiestas nacionales, como el 14 de Julio en Francia (en 1880), o impulsaron la ritualización de la monarquía británica, que se ha hecho cada vez más hierática y bizantina desde que se impuso en

el decenio de 1880.[18] En efecto, el comentador clásico de la Constitución británica, tras la ampliación del sufragio de 1867, distinguía lúcidamente entre las partes «eficaces» de la Constitución, de acuerdo con las cuales actuaba de hecho el gobierno, y las partes «dignificadas» de ella, cuya función era mantener satisfechas a las masas mientras eran gobernadas.[19] Las imponentes masas de mármol y de piedra con que los estados ansiosos por confirmar su legitimidad (muy en especial, el nuevo imperio alemán) llenaban sus espacios abiertos habían de ser planeadas por la autoridad y se construían pensando más en el beneficio económico que artístico de numerosos arquitectos y escultores. Las coronaciones británicas se organizaban, de forma plenamente consciente, como operaciones político-ideológicas para ocupar la atención de las masas.

Sin embargo, no crearon la necesidad de un ritual y un simbolismo satisfactorios desde el punto de vista emocional. Antes bien, descubrieron y llenaron un vacío que había dejado el racionalismo político de la era liberal, la nueva necesidad de dirigirse a las masas y la transformación de las propias masas. En este sentido, la invención de tradiciones fue un fenómeno paralelo al descubrimiento comercial del mercado de masas y de los espectáculos y entretenimientos de masas, que corresponde a los mismos decenios. La industria de la publicidad, aunque iniciada en los Estados Unidos después de la guerra civil, fue entonces cuando alcanzó su mayoría de edad. El cartel moderno nació en las décadas de 1880 y 1890. Cabe situar en el mismo marco de psicología social (la psicología de «la multitud» se convirtió en un tema floreciente tanto entre los profesores franceses como entre los gurus norteamericanos de la publicidad), el Royal Tournament anual (iniciado en 1880), exhibición pública de la gloria y el drama de las fuerzas armadas británicas, y las iluminaciones de la playa de Blackpool, lugar de recreo de los nuevos veraneantes proletarios; a la reina Victoria y a la muchacha Kodak (producto de la década de 1900), los monumentos del emperador Guillermo a los Hohenzollern y los carteles de Toulouse-Lautrec para artistas famosos de variedades.

Naturalmente, las iniciativas oficiales alcanzaban un éxito mayor cuando explotaban y manipulaban las emociones populares espontáneas e indefinidas o cuando integraban temas de la política de masas no oficial. El 14 de Julio francés se impuso como auténtica fiesta nacional porque recogía tanto el apego del pueblo a la gran revolución como los deseos de contar con una fiesta institucionalizada.[20] El gobierno alemán, pese a las innumerables toneladas de mármol y de piedra, no consiguió consagrar al emperador Guillermo I como padre de la nación, pero aprovechó el entusiasmo nacionalista no oficial que erigió «columnas Bismarck» a centenares tras la muerte del gran estadista, a quien el emperador Guillermo II (reinó entre 1888 y 1918) había cesado. En cambio, el nacionalismo no oficial estuvo vinculado a la «pequeña Alemania», a la que durante tanto tiempo se había opuesto, mediante el poderío militar y la ambición global; de ello son testimonio el triunfo del *Deutschland Über Alles* sobre otros himnos nacionales más modestos y el de la nueva bandera negra, blanca y roja prusoalemana sobre la antigua bandera negra, roja y oro de 1848, triunfos ambos que se produjeron en la década de 1890.[21]

Así pues, los regímenes políticos llevaron a cabo, dentro de sus fronteras, una guerra silenciosa por el control de los símbolos y ritos de la pertenencia a la especie humana, muy en especial mediante el control de la escuela pública (sobre todo la escuela primaria, base fundamental en las democracias para «educar a nuestros maestros»* en el espíritu «correcto») y, por lo general cuando las Iglesias eran poco fiables políticamente, mediante el intento de controlar las grandes ceremonias del nacimiento, el matrimonio y la muerte. De todos estos símbolos, tal vez el más poderoso era la música, en sus formas políticas, el himno nacional y la marcha militar —interpretados con todo entusiasmo en esta época de los compositores J. P. Sousa (1854-1932) y Edward Elgar (1857-1934)—** y, sobre todo, la bandera nacional. En los países donde no existía régimen monárquico, la bandera podía convertirse en la representación virtual del estado, la nación y la sociedad, como en los Estados Unidos, donde en los últimos años del decenio de 1880 se inició la costumbre de honrar a la bandera como un ritual diario en las escuelas de todo el país, hasta que se convirtió en una práctica general.[24]

Podía considerarse afortunado el régimen capaz de movilizar símbolos aceptados universalmente, como el monarca inglés, que comenzó incluso a asistir todos los años a la gran fiesta del proletariado, la final de copa de fútbol, subrayando la convergencia entre el ritual público de masas y el espectáculo de masas. En este período comenzaron a multiplicarse los espacios ceremoniales públicos y políticos, por ejemplo en torno a los nuevos monumentos nacionales alemanes, y estadios deportivos, susceptibles de convertirse también en escenarios políticos. Los lectores de mayor edad recordarán tal vez los discursos pronunciados por Hitler en el Sportspalast (palacio de deportes) de Berlín. Afortunado el régimen que, cuando menos, podía identificarse con una gran causa con apoyo popular, como la revolución y la república en Francia y en los Estados Unidos.

Los estados y los gobiernos competían por los símbolos de unidad y de lealtad emocional con los movimientos de masas no oficiales, que muchas veces creaban sus propios contrasímbolos, como la «Internacional» socialista, cuando el estado se apropió del anterior himno de la revolución, la *Marsellesa*.[25] Aunque muchas veces se cita a los partidos socialistas alemán y austríaco como ejemplos extremos de comunidades independientes y separadas, de contrasociedades y de contracultura (véase el capítulo siguiente), de hecho sólo eran parcialmente separatistas por cuanto siguieron vinculadas a la cultura oficial por su fe en la educación (en el sistema de escuela pública), en la razón y en la ciencia y en los valores de las artes (burguesas): los «clásicos». Después de todo, eran los herederos de la Ilustración. Eran movi-

* La frase es de Robert Lowe en 1867.[22]

** Entre 1890 y 1910 hubo más interpretaciones musicales del himno nacional británico de lo que ha habido nunca antes o después.[23]

mientos religiosos y nacionalistas los que rivalizaban con el estado, creando nuevos sistemas de enseñanza rivales sobre bases lingüísticas o confesionales. Con todo, todos los movimientos de masas tendieron, como hemos visto en el caso de Irlanda, a formar un complejo de asociaciones y contracomunidades en torno a centros de lealtad que rivalizaban con el estado.

IV

¿Consiguieron las sociedades políticas y las clases dirigentes de la Europa occidental controlar esas movilizaciones de masas, potencial o realmente subversivas? Así ocurrió en general en el período anterior a 1914, con la excepción de Austria, ese conglomerado de nacionalidades que buscaban en otra parte sus perspectivas de futuro y que sólo se mantenían unidas gracias a la longevidad de su anciano emperador Francisco José (reinó entre 1848 y 1916), a la administración de una burocracia escéptica y racionalista y al hecho de que para una serie de grupos nacionales, esa realidad era menos deseable que cualquier destino alternativo. En la mayor parte de los estados del Occidente burgués y capitalista —como veremos, la situación era muy diferente en otras partes del mundo (véase *infra*, capítulo 12)—, el período transcurrido entre 1875 y 1914 y, desde luego, el que se extiende entre 1900 y 1914, fue de estabilidad política, a pesar de las alarmas y los problemas.

Los movimientos que rechazaban el sistema, como el socialismo, eran engullidos por éste o —cuando eran lo suficientemente débiles— podían ser utilizados incluso como catalizadores de un consenso mayoritario. Esta era, probablemente, la función de la «reacción» en la República francesa, del antisocialismo en la Alemania imperial: nada unía tanto como un enemigo común. En ocasiones, incluso el nacionalismo podía ser manejado. El nacionalismo galés sirvió para fortalecer el liberalismo, cuando su líder Lloyd George se convirtió en ministro del gobierno y en el principal freno y conciliador demagógico del radicalismo y el laborismo democráticos. Por su parte, el nacionalismo irlandés, tras los episodios dramáticos de 1879-1891, pareció remansarse gracias a la reforma agraria y a la dependencia política del liberalismo británico. El extremismo pangermano se reconcilió con la «Pequeña Alemania» por el militarismo y el imperialismo del imperio de Guillermo. Incluso en Bélgica, los flamencos se mantuvieron en el seno del partido católico, que no desafiaba la existencia del estado unitario y nacional. Podían ser aislados los elementos irreconciliables de la ultraderecha y de la ultraizquierda. Los grandes movimientos socialistas anunciaban la inevitable revolución, pero por el momento tenían otras cosas en que ocuparse. Cuando estalló la guerra en 1914, la mayor parte de ellos se vincularon, en patriótica unión, con sus gobiernos y sus clases dirigentes. La única excepción importante de la Europa occidental confirma la regla. En efecto, el Partido Laborista Independiente británico, que continuó oponiéndose a la guerra, lo hacía porque compartía la larga tradición pacífica del inconformismo y del

liberalismo burgués del Reino Unido, que de hecho convirtió a éste en el *único* país en cuyo gobierno dimitieron por tales motivos varios ministros liberales, en agosto de 1914.*

Los partidos socialistas que aceptaron la guerra lo hicieron, en muchos casos, sin entusiasmo y, fundamentalmente, porque temían ser abandonados por sus seguidores, que se apuntaron a filas en masa con celo espontáneo. En el Reino Unido, donde no existía reclutamiento militar obligatorio, dos millones de jóvenes se alistaron voluntariamente entre agosto de 1914 y junio de 1915, triste demostración del éxito de la política de la democracia integradora. Sólo en los países donde no se había desarrollado aún un esfuerzo real para conseguir que el ciudadano pobre se identificara con la nación y el estado, como en Italia, o donde ese esfuerzo no podía conocer el éxito, como entre los checos, la gran masa de la población se mostró indiferente u hostil a la guerra en 1914. El movimiento antibelicista de masas no se inició realmente hasta mucho más tarde.

Dado el éxito de la integración política, los diversos regímenes políticos sólo tenían que hacer frente al desafío inmediato de la acción directa. Es cierto que este tipo de conflictos ocurrieron sobre todo en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra, pero se trataba de un desafío del orden público más que del orden social, dada la ausencia de situaciones revolucionarias e incluso prerrevolucionarias en los países más representativos de la sociedad burguesa. Los tumultos protagonizados por los viticultores del sur de Francia, el motín del Regimiento 17 enviado contra ellos (1907), las huelgas prácticamente generales de Belfast (1907), Liverpool (1911) y Dublín (1913), la huelga general de Suecia (1908) e incluso la «Semana Trágica» de Barcelona (1909) no tenían la fuerza suficiente como para quebrantar los cimientos de los regímenes políticos. Sin embargo, eran acontecimientos graves, en especial en la medida en que eran síntoma de la vulnerabilidad de unos sistemas económicos complejos. En 1912, el primer ministro inglés, Asquith, a pesar de la proverbial impasibilidad del caballero inglés, lloró al anunciar la derrota del gobierno ante la huelga general de los mineros del carbón.

No debemos subestimar la importancia de estos fenómenos. Aunque los contemporáneos ignoraban qué sucedería después, con frecuencia tenían la sensación de que la sociedad se sacudía como si se tratara de los movimientos sísmicos que preceden a los terremotos más fuertes. En esos años flotaba en el ambiente un hálito de violencia sobre los hoteles Ritz y las casas de campo, lo cual subrayaba la inestabilidad y la fragilidad del orden político en la *belle époque*.

Pero tampoco hay que exagerar su trascendencia. Por lo que respecta a los países más importantes de la sociedad burguesa, lo que destruyó la estabilidad de la *belle époque*, incluyendo la paz de ese período, fue la situación en Rusia, el imperio de los Habsburgo y los Balcanes, y no la que reinaba en

* John Morley, biógrafo de Gladstone y John Burns, antiguo líder laborista.

la Europa occidental y en Alemania. Lo que hizo peligrosa la situación política del Reino Unido en los años anteriores a la guerra no fue la rebelión de los trabajadores, sino la división que surgió en las filas de la clase dirigente, una crisis constitucional provocada por la resistencia que la ultraconservadora Cámara de los Lores opuso a la de los Comunes, el rechazo colectivo de los oficiales a obedecer las órdenes de un gobierno liberal que defendía el *Home Rule* en Irlanda. Sin duda, esas crisis provocaron, en parte, la movilización de los trabajadores, pues a lo que los lores se resistían ciegamente, y en vano, era a la demagogia inteligente de Lloyd George, dirigida a mantener «al pueblo» en el marco del sistema de sus gobernantes. Sin embargo, la última y más grave de esas crisis fue provocada por el compromiso político de los liberales con la autonomía irlandesa (católica) y el de los conservadores con la negativa de los protestantes del Ulster (que apoyaban en las armas) a aceptarla. La democracia parlamentaria, el juego estilizado de la política, era —como bien sabemos todavía en el decenio de 1980— incapaz de controlar esa situación.

De cualquier forma, en el período que transcurre entre 1880 y 1914, las clases dirigentes descubrieron que la democracia parlamentaria, a pesar de sus temores, fue perfectamente compatible con la estabilidad política y económica de los regímenes capitalistas. Ese descubrimiento, así como el propio sistema, era nuevo, al menos en Europa. Este sistema era decepcionante para los revolucionarios sociales. Para Marx y Engels, la república democrática, aunque totalmente «burguesa», había sido siempre como la antesala del socialismo, por cuanto permitía, e incluso impulsaba, la movilización política del proletariado como clase y de las masas oprimidas, bajo el liderazgo del proletariado. De esta forma, favorecería ineluctablemente la victoria final del proletariado en su enfrentamiento con los explotadores. Sin embargo, al finalizar el período que estamos estudiando, sus discípulos se expresaban en términos muy distintos. «Una república democrática —afirmaba Lenin en 1917— es la mejor concha política para el capitalismo y, en consecuencia, una vez que el capitalismo ha conseguido el control de esa concha ... asienta su poder de forma tan segura y tan firme que *ningún* cambio, ni de personas ni de instituciones, ni de partidos en la república democrático-burguesa puede quebrantarla.»[36] Como siempre, a Lenin no le interesaba el análisis político general, sino más bien encontrar argumentos eficaces para una situación política concreta, en este caso, contra el gobierno provisional de la Rusia revolucionaria y en pro del poder de los soviets. En cualquier caso, no discutiremos aquí la validez de su argumentación, muy discutible, sobre todo porque no establece una distinción entre las circunstancias económicas y sociales que han permitido a los estados soslayar las revueltas sociales, y las instituciones que les han ayudado a conseguirlo. Lo que nos interesa es su plausibilidad. Con anterioridad a 1880, los argumentos de Lenin habrían parecido igualmente poco plausibles a los partidarios y a los enemigos del capitalismo, inmersos en la acción política. Incluso en las filas de la izquierda política, un juicio tan negativo sobre la «república democrática» habría resultado casi inconcebible.

Las afirmaciones de Lenin en 1917 hay que considerarlas desde la perspectiva de la experiencia de una generación de democratización occidental, y, especialmente, de la de los últimos quince años anteriores a la guerra.

Pero ¿acaso no era una ilusión pasajera la estabilidad de esa unión entre la democracia política y un floreciente capitalismo? Cuando dirigimos sobre él una mirada retrospectiva, lo que llama nuestra atención sobre el período transcurrido entre 1880 y 1914 es la fragilidad y el alcance limitado de esa vinculación. Quedó reducida al ámbito de una minoría de economías prósperas y florecientes de Occidente, generalmente en aquellos estados que tenían una larga historia de gobierno constitucional. El optimismo democrático y la fe en la inevitabilidad histórica podían hacer pensar que era imposible detener su progreso universal. Pero, después de todo, no habría de ser el modelo universal del futuro. En 1919, toda la Europa que se extendía al oeste de Rusia y Turquía fue reorganizada sistemáticamente en estados según el modelo democrático. Pero ¿cuántas democracias pervivían en la Europa de 1939? Cuando aparecieron el fascismo y otros regímenes dictatoriales, muchos expusieron ideas contrarias a las que había defendido Lenin, entre ellos sus seguidores. Inevitablemente, el capitalismo tenía que abandonar la democracia burguesa. Pero eso también era erróneo. La democracia burguesa renació de sus cenizas en 1945 y desde entonces ha sido el sistema preferido de las sociedades capitalistas, lo bastante fuertes, florecientes económicamente y libres de una polarización o división social, como para permitirse un sistema tan ventajoso desde el punto de vista político. Pero este sistema sólo está vigente en algunos de los más de 150 estados que constituyen las Naciones Unidas en estos años postreros del siglo XX. El progreso de la política democrática entre 1880 y 1914 no hacía prever su permanencia ni su triunfo universal.

5. TRABAJADORES DEL MUNDO

> Conocí a un zapatero llamado Schröder .... Luego se fue a América .... Me dio algunos periódicos para leer y leí un poco porque estaba aburrido y entonces cada vez me sentí más interesado .... Describían la miseria de los trabajadores y cómo dependían de los capitalistas y los señores de una forma muy vívida y auténtica que realmente me sorprendió. Era como si mis ojos hubieran estado cerrados antes. ¡Condenación!, lo que escribían en esos periódicos era la *verdad*. Toda mi vida hasta ese día era la prueba fehaciente.
>
> Un trabajador alemán, hacia 1911[1]

> Ellos [los trabajadores europeos] creen que los grandes cambios sociales están próximos, que las clases han bajado el telón sobre la comedia humana del gobierno, que el día de la democracia está al alcance y que las luchas de los trabajadores conseguirán preeminencia sobre las guerras entre las naciones que significan batallas sin causa entre los obreros.
>
> SAMUEL GOMPERS, 1909[2]

> Una vida proletaria, una muerte proletaria y la incineración en el espíritu del progreso cultural.
>
> Lema de «La Llama», asociación funeraria de los trabajadores austríacos[3]

I

Con la ampliación del electorado, era inevitable que la mayor parte de los electores fueran pobres, inseguros, descontentos o todas esas cosas a un tiempo. Era inevitable que estuvieran dominados por su situación económica y social y por los problemas de ella derivados; en otras palabras, por la situación de su clase. Era el proletariado la clase cuyos efectivos se estaban incrementando de forma más visible conforme la marea de la industrialización barría todo el Occidente, cuya presencia se hacía cada vez más evidente y cuya conciencia de clase parecía amenazar de forma más directa el sistema

social, económico y político de las sociedades modernas. Era el proletariado al que se refería el joven Winston Churchill (a la sazón ministro de un Gabinete liberal) cuando advirtió en el Parlamento que si se colapsaba el sistema político bipartidista liberal-conservador sería sustituido por la política clasista.

El número de los que ganaban su sustento mediante el trabajo manual, por el que recibían un salario, estaba aumentando en todos los países inundados por la marea del capitalismo occidental, desde los ranchos de la Patagonia y las minas de nitrato de Chile hasta las minas de oro heladas del noreste de Siberia, escenario de una huelga y una masacre espectaculares en vísperas de la primera guerra mundial. Existían trabajadores asalariados en todos los casos en que las ciudades modernas necesitaban trabajos de construcción o servicios municipales que habían llegado a ser indispensables en el siglo XIX —gas, agua, alcantarillado— y en todos aquellos lugares por los que atravesaba la red de puertos, ferrocarriles y telégrafos que unían todas las zonas del mundo económico. Las minas se distribuían en lugares remotos de los cinco continentes. En 1914 se explotaban incluso pozos de petróleo a escala importante en América del Norte y Central y en el este de Europa, el sureste de Asia y el Medio Oriente. Lo que es aún más importante, incluso en países fundamentalmente agrícolas los mercados urbanos se aprovisionaban de comida, bebida, estimulantes y productos textiles elementales gracias al trabajo de una mano de obra barata que trabajaba en establecimientos industriales de algún tipo, y en algunos de esos países —por ejemplo, la India— había comenzado a aparecer una importante industria textil e incluso del hierro y del acero. Pero donde el número de trabajadores asalariados se multiplicó de forma más espectacular y donde llegaron a formar una clase específica fue fundamentalmente en los países donde la industrialización había comenzado en época temprana y en aquellos otros que, como hemos visto, iniciaron el período de revolución industrial entre 1870 y 1914, es decir, esencialmente en Europa, Norteamérica, Japón y algunas zonas de ultramar de colonización predominantemente blanca.

Sus filas se engrosaron básicamente mediante la transferencia a partir de las dos grandes reservas de mano de obra preindustrial, el artesanado y el paisaje agrícola, donde se aglutinaba todavía la mayoría de los seres humanos. A finales de la centuria la urbanización había avanzado de forma más rápida y masiva de lo que lo había hecho hasta entonces en ningún momento de la historia y había importantes corrientes migratorias —por ejemplo, en el Reino Unido y entre la población judía del este de Europa— procedentes de las ciudades pequeñas. Este sector de la población pasaba de un trabajo no agrícola a otro. En cuanto a los hombres y mujeres que huían del campo (*Landflucht*, si utilizamos el término en boga en ese momento), muy pocos de ellos tenían la oportunidad de trabajar en la agricultura aunque lo desearan.

Por lo que respecta a las explotaciones modernizadas de Occidente, exigían menos mano de obra permanente que antes, aunque empleaban con frecuencia mano de obra migratoria estacional, muchas veces procedente de lugares lejanos, sobre la que los dueños de las explotaciones no tenían res-

ponsabilidad alguna cuando terminaba la estación de trabajo: los *Sachsengänger* de Polonia en Alemania, las «golondrinas» italianas en Argentina,* y en Estados Unidos los vagabundos, pasajeros furtivos en los trenes e incluso, ya en ese momento, los mexicanos. En cualquier caso, el progreso agrícola implicaba la reducción de la mano de obra. En 1910, en Nueva Zelanda, que carecía de una industria importante y cuyo sustento dependía por completo de una agricultura extraordinariamente eficaz, especializada en la ganadería y en los productos lácteos, el 54 por 100 de la población vivía en ciudades, y el 40 por 100 (porcentaje que doblaba el de Europa sin contar Rusia) trabajaba en el sector terciario.[5]

Por otra parte, la agricultura tradicional de las regiones atrasadas no podía seguir proporcionando tierra para los posibles campesinos cuyo número se multiplicaba en las aldeas. Lo que deseaban la mayor parte de ellos, cuando emigraban, no era terminar su vida como jornaleros. Deseaban «conquistar América» (o el país al que se trasladaran), en la esperanza de ganar lo suficiente después de algunos años como para comprar alguna propiedad, una casa, y conseguir el respeto de sus vecinos como hombre acomodado en alguna aldea siciliana, polaca o griega. Una minoría regresaba a sus lugares de origen, pero la mayor parte de ellos permanecía, alimentando las cuadrillas de trabajadores de la construcción, de las minas, de las acerías y de otras actividades del mundo urbano o industrial que necesitaban una mano de obra resistente y poco más. Sus hijas y esposas trabajaban en el servicio doméstico.

Al mismo tiempo, la producción mediante máquinas y en las fábricas afectó negativamente a un número importante de trabajadores que hasta finales del siglo XIX fabricaban la mayor parte de los bienes de consumo familiar en las ciudades —vestido, calzado, muebles, etc.— por métodos artesanales, que iban desde los del orgulloso maestro artesano hasta los del modesto taller o las costureras que cosían en el desván. Aunque su número no parece haber disminuido de forma muy considerable, sí lo hizo su participación en la fuerza de trabajo, a pesar del espectacular incremento que conoció la producción de los bienes que ellos fabricaban. Así, en Alemania, el número de trabajadores de la industria del calzado sólo disminuyó ligeramente entre 1882 y 1907, de unos 400.000 a unos 370.000, mientras que el consumo de cuero se duplicó entre 1890 y 1910. Sin duda alguna, la mayor parte de esa producción adicional se lograba en las aproximadamente 1.500 fábricas de mayor tamaño (cuyo número se había triplicado desde 1882 y que empleaban ahora seis veces más trabajadores que en aquella fecha) y no en los pequeños talleres que no contrataban ningún trabajador, o en todo caso menos de diez, cuyo número había descendido en un 20 por 100 y que ahora utilizaban únicamente el 63 por 100 de los trabajadores del calzado, frente al 93 por 100 en 1882.[6] En los países de rápida industrialización, el

* Se dice que se negaban a aceptar ofertas para trabajar en la cosecha en Alemania porque el viaje desde Italia a Suramérica era más barato y fácil y los salarios más altos.[4]

sector manufacturero preindustrial también constituía una pequeña, aunque no desdeñable, reserva para la contratación de nuevos trabajadores.

Por otra parte, el número de proletarios en las economías en proceso de industrialización se incrementó también de manera fulminante como consecuencia de la demanda casi ilimitada de mano de obra en ese período de expansión económica, demanda que se centraba en gran medida en la mano de obra preindustrial preparada ahora para afluir a los sectores en expansión. En aquellos sectores en los que la industria se desarrollaba mediante una especie de maridaje entre la destreza manual y la tecnología del vapor, o en los que, como en la construcción, sus métodos no habían cambiado sustancialmente, la demanda se centraba en los viejos artesanos especializados, o en aquellos oficios especializados como herreros o cerrajeros que se habían adaptado a las nuevas industrias de fabricación de maquinaria. Esto no carecía de importancia, por cuanto los artesanos especializados, sector de asalariados existente ya en la época preindustrial, constituían muchas veces el núcleo más activo, culto y seguro de sí mismo de la nueva clase proletaria: el líder del partido socialdemócrata alemán era un tornero de piezas de madera (August Bebel), y el del partido socialista español, un tipógrafo (Pablo Iglesias).

En aquellos sectores en que el trabajo industrial no estaba mecanizado y no exigía ninguna destreza específica, no sólo estaba al alcance de los trabajadores no cualificados, sino que al emplear gran cantidad de mano de obra, multiplicaba el número de tales trabajadores conforme aumentaba la producción. Consideremos dos ejemplos evidentes: tanto la construcción, que proveía la infraestructura de la producción, del transporte y de las grandes urbes en rápida expansión, como la minería, que producía la forma básica de energía de este período —el vapor—, empleaban auténticos ejércitos de trabajadores. En Alemania, la industria de la construcción pasó de aproximadamente medio millón en 1875 hasta casi 1,7 millones en 1907, o desde un 10 por 100 hasta casi el 16 por 100 de la mano de obra. En 1913 no menos de 1.250.000 hombres extraían en el Reino Unido (800.000 en Alemania en 1907) el carbón que permitía el funcionamiento de las economías del mundo. (En 1895, el número de trabajadores del carbón en esos países era de 197.000 y 137.500.) Por otra parte, la mecanización, que pretendía sustituir la destreza y la experiencia manuales por secuencias de máquinas o procesos especializados, y era realizada por una mano de obra más o menos sin especializar, acogió de buen grado la desesperanza y los bajos salarios de los trabajadores sin experiencia, muy en especial en los Estados Unidos, donde no abundaban los trabajadores especializados del período preindustrial, que no eran tampoco muy buscados. («El deseo de ser trabajador especializado no es general», afirmó Henry Ford.)[7]

Cuando el siglo XIX estaba tocando a su fin, ningún país industrial en proceso de industrialización o de urbanización podía dejar de ser consciente de esas masas de trabajadores sin precedentes históricos, aparentemente anónimas y sin raíces, que constituían una proporción creciente y, según parecía, inevitablemente en aumento de la población y que, probablemente, a no tar-

dar constituirían la mayor parte de ésta. La diversificación de las economías industriales, sobre todo por el incremento de las ocupaciones del sector terciario —oficinas, tiendas y servicios—, no hacía sino comenzar, excepto en los Estados Unidos, donde los trabajadores del sector terciario eran ya más numerosos que los obreros. En los demás países parecía predominar la situación inversa. Las ciudades, que en el período preindustrial estaban habitadas fundamentalmente por personas empleadas en el sector terciario, pues incluso los artesanos solían ser también tenderos, se convirtieron en centros de manufactura. En las postrimerías del siglo XIX, aproximadamente los dos tercios de la población ocupada en las grandes ciudades (es decir, en ciudades de más de 100.000 habitantes) estaban empleados en la industria.[8]

A quienes dirigieran su mirada atrás desde los años finales de la centuria, les sorprendería fundamentalmente el avance de los ejércitos de la industria y en cada ciudad o región el progreso de la especialización industrial. La típica ciudad industrial, por lo general de entre 50.000 y 300.000 habitantes —por supuesto en los comienzos del siglo cualquier ciudad de más de 100.000 habitantes habría sido considerada como muy grande—, tendía a evocar una imagen monocroma o a lo sumo de dos o tres colores asociados: textiles en Roubaix o Lodz, Dundee o Lowell; carbón, hierro y acero solos o en combinación en Essen o Middlesbrough; armamento y construcción de barcos en Jarrow y Barrow; productos químicos en Ludwigshafen o Widnes. En este sentido, difería del tamaño y variedad de la megalópolis con varios millones de habitantes, fuera o no ésta la capital de un país. Aunque algunas de las grandes capitales también eran centros industriales importantes (Berlín, San Petersburgo, Budapest), por lo general las capitales no ocupaban una posición central en el tejido industrial del país.

Aunque esas masas eran heterogéneas y nada uniformes, la tendencia de cada vez mayor número de ellas a funcionar como partes de empresas grandes y complejas, en fábricas que albergaban desde varios centenares a muchos miles de trabajadores, parecía ser universal, especialmente en los nuevos centros de la industria pesada. Krupp en Essen, Vickers en Barrow, Armstrong en Newcastle, contaban por decenas de millares los trabajadores de sus diversas factorías. Los que trabajaban en esas fábricas gigantes eran una minoría. Incluso en Alemania la media de individuos empleados en unidades con más de diez trabajadores era de sólo 23-24 en 1913,[9] pero constituían una minoría cada vez más visible y potencialmente formidable. Y con independencia de lo que pueda concluir el historiador de forma retrospectiva, para los contemporáneos la masa de trabajadores era grande, sin duda se estaba incrementando y lanzaba una sombra oscura sobre el orden establecido de la sociedad y la política. ¿Qué ocurriría si se organizaban políticamente como una clase?

Esto fue precisamente lo que ocurrió, a escala europea, súbitamente y con extraordinaria rapidez. En todos los sitios donde lo permitía la política democrática y electoral comenzaron a aparecer y crecieron con enorme rapidez partidos de masas basados en la clase trabajadora, inspirados en su mayor

parte por la ideología del socialismo revolucionario (pues por definición todo socialismo era considerado como revolucionario) y dirigidos por hombres —e incluso a veces por mujeres— que creían en esa ideología. En 1880 apenas existían, con la importante excepción del Partido Socialdemócrata alemán, unificado recientemente (1875) y que era ya una fuerza electoral con la que había que contar. En 1906 su existencia era un hecho tan normal que un autor alemán pudo publicar un libro sobre el tema «¿Por qué no existe socialismo en los Estados Unidos?»[10] La existencia de partidos de masas obreros y socialistas se había convertido en norma; era su ausencia lo que parecía sorprendente.

De hecho, en 1914 existían partidos socialistas de masas incluso en los Estados Unidos, donde el candidato de ese partido obtuvo casi un millón de votos, y también en Argentina, donde el partido consiguió el 10 por 100 de los votos en 1914, en tanto que en Australia un partido laborista, ciertamente no socialista, formó ya el gobierno federal en 1912. Por lo que respecta a Europa, los partidos socialistas y obreros eran fuerzas electorales de peso casi en todas partes donde las condiciones lo permitían. Ciertamente, eran minoritarios, pero en algunos estados, sobre todo en Alemania y Escandinavia, constituían ya los partidos nacionales más amplios, aglutinando hasta el 25-40 por 100 de los sufragios, y cada ampliación del derecho de voto revelaba a las masas industriales dispuestas a elegir el socialismo. No sólo votaban, sino que se organizaban en ejércitos gigantescos: el partido obrero belga, en su pequeño país, contaba con 276.000 miembros en 1911, el gran SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, «Partido Socialdemócrata Alemán») poseía más de un millón de afiliados, y las organizaciones de trabajadores, no tan directamente políticas —los sindicatos y sociedades cooperativas—, vinculadas con esos partidos y fundadas a menudo por ellos, eran todavía más masivas.

Pero no todos los ejércitos de los trabajadores eran tan amplios, sólidos y disciplinados como en el norte y centro de Europa. No obstante, incluso allí donde los partidos de los trabajadores consistían en grupos de activistas irregulares, o de militantes locales, dispuestos a dirigir las movilizaciones cuando estallaban, los nuevos partidos obreros y socialistas tenían que ser tomados en consideración. Eran un factor significativo de la política nacional. Así, el partido francés, cuyos miembros en 1914 —76.000— no estaban unidos ni eran muy numerosos, consiguieron 103 diputados, gracias a que acumularon 1,4 millones de votos. El partido italiano, con una afiliación todavía más modesta —50.000 en 1914—, obtuvo casi un millón de sufragios.[11] En resumen, los partidos obreros y socialistas veían cómo engrosaban sus filas a un ritmo que, según el punto de vista de quien lo considerara, resultaba extraordinariamente alarmante o maravilloso. Sus líderes exultaban realizando triunfantes extrapolaciones de la curva del crecimiento pasado. El proletariado estaba destinado —bastaba con dirigir la mirada al industrial Reino Unido y al registro de los censos nacionales a lo largo de los años— a convertirse en la gran mayoría de la población. El proletariado estaba afi-

liándose a sus partidos. Según los socialistas alemanes, tan sistemáticos y amantes de la estadística, sólo era cuestión de tiempo que esos partidos superaran la cifra mágica del 51 por 100 de los votos, lo cual, en los estados democráticos, debía constituir, sin duda, un punto de inflexión decisivo. O como rezaba el nuevo himno socialista: «La Internacional será la especie humana».

No debemos compartir este optimismo, que resultó infundado. Con todo, en los años anteriores a 1914 era evidente que incluso los partidos que estaban alcanzando los éxitos más milagrosos tenían todavía enormes reservas de apoyo potencial que podían movilizar, y que estaban movilizando. Es natural que el extraordinario desarrollo de los partidos socialistas obreros desde el decenio de 1880 creara en sus miembros y seguidores, así como en sus líderes, un sentimiento de emoción, de maravillosa esperanza respecto a la inevitabilidad histórica de su triunfo. Nunca hasta entonces se había vivido una era de esperanza similar para aquellos que trabajaban con sus manos en la fábrica, el taller y la mina. En palabras de una canción socialista rusa: «Del oscuro pasado surge brillante la luz del futuro».

II

A primera vista, ese notable desarrollo de los partidos obreros era bastante sorprendente. Su poder radicaba fundamentalmente en la sencillez de sus planteamientos políticos. Eran los partidos de todos los trabajadores manuales que trabajaban a cambio de un salario. Representaban a esa clase en sus luchas contra los capitalistas y sus estados, y su objetivo era crear una nueva sociedad que comenzaría con la liberación de los trabajadores gracias a su propia actuación y que liberaría a toda la especie humana, con la excepción de la cada vez más reducida minoría de los explotadores. La doctrina del marxismo, formulada como tal entre el momento de la muerte de Marx y los últimos años de la centuria, dominó cada vez más la mayoría de los nuevos partidos, porque la claridad con que enunciaba esos objetivos le prestaba un enorme poder de penetración política. Bastaba saber que todos los trabajadores tenían que integrarse en esos partidos o apoyarlos, pues la historia garantizaba su futura victoria.

Eso suponía la existencia de una clase de los trabajadores suficientemente numerosa y homogénea como para reconocerse en la imagen marxista del «proletariado» y lo bastante convencida de la validez del análisis socialista de su situación y sus tareas, la primera de las cuales era formar partidos socialistas y, con independencia de cualquier otra actividad, comprometerse en la acción política. (No todos los revolucionarios se mostraban de acuerdo con esa primacía de la política, pero por el momento podemos dejar al margen a esa minoría antipolítica, inspirada por ideas asociadas con el anarquismo.)

Pero prácticamente todos los observadores del panorama obrero se mostraban de acuerdo en que «el proletariado» no era ni mucho menos una masa homogénea, ni siquiera en el seno de las diferentes naciones. De hecho, antes de la aparición de los nuevos partidos se hablaba generalmente de «las clases trabajadoras», en plural más que en singular.

Lo cierto es que las divisiones existentes en las masas a las que los socialistas clasificaban bajo el epígrafe de «proletariado» eran tan importantes que tenían que impedir cualquier afirmación práctica de una conciencia de clase unificada.

El proletariado clásico de la fábrica industrial moderna, con frecuencia una minoría reducida pero en rápido incremento, era muy diferente del grueso de los trabajadores manuales que trabajaban en pequeños talleres, en las casas rurales, en las habitaciones interiores de las casas de las ciudades o al aire libre, así como también de la jungla laberíntica de los trabajadores asalariados que llenaban las ciudades y —aun dejando aparte la agricultura— el campo. Los trabajadores de las industrias, los artesanos y otras ocupaciones, con frecuencia muy localizados y con unos horizontes muy limitados geográficamente, no creían que sus problemas y su situación fueran idénticas. ¿Qué tenían en común, por ejemplo, los caldereros, profesión desempeñada exclusivamente por hombres, y las tejedoras, que en el Reino Unido eran fundamentalmente mujeres, y en las mismas ciudades portuarias, los trabajadores especializados de los astilleros, los estibadores, los trabajadores de la confección y los de la construcción? Estas divisiones no eran sólo verticales, sino también horizontales: entre artesanos y trabajadores, entre gentes y ocupaciones «respetables» (que se respetaban a sí mismos y eran respetados) y el resto, entre la aristocracia del trabajo, el lumpenproletariado y los que quedaban en medio de ambas clases, y, asimismo, entre estratos diferentes de los oficios especializados, donde el tipógrafo miraba por encima del hombro al albañil y éste al pintor de brocha gorda. Además, no había sólo divisiones, sino también rivalidades entre grupos equivalentes, cada uno de los cuales intentaba monopolizar un tipo de trabajo: rivalidades exasperadas por las innovaciones tecnológicas que transformaban viejos procesos, creaban otros nuevos, dejaban obsoletas viejas profesiones y disolvían las nítidas definiciones tradicionales de lo que era competencia, por ejemplo, del cerrajero y del herrero. Cuando los empresarios eran fuertes y los trabajadores débiles, la dirección, a través de las máquinas y las órdenes, imponía su propia división del trabajo, pero en los restantes casos los trabajadores especializados podían enzarzarse en duras «disputas de demarcación» que afectaron a los astilleros británicos, sobre todo en el decenio de 1890, abocando con frecuencia a trabajadores no implicados en esas luchas interocupacionales a una ociosidad incontrolable e inmerecida.

Aparte de todas esas diferencias existían otras, más obvias incluso, de origen social, geográfico, de nacionalidad, lengua, cultura y religión, que necesariamente tenían que aparecer porque la industria reclutaba sus ejércitos cada vez más numerosos en todos los rincones del país y, asimismo, en esa era de emigración internacional y transoceánica masiva, en el extranjero. Lo que desde un punto de vista parecía una concentración de hombres y mujeres en una sola «clase obrera», podía ser considerado desde otro punto de

vista como una gigantesca dispersión de los fragmentos de las sociedades, una diáspora de viejas y nuevas comunidades. En tanto en cuanto esas decisiones mantenían distanciados a los trabajadores entre sí, eran útiles para los empresarios que, desde luego, las impulsaron, sobre todo en los Estados Unidos, donde el proletariado estaba formado en gran medida por una variedad de inmigrantes extranjeros. Incluso una organización tan militante como la Federación Occidental de los Mineros de las Montañas Rocosas corrió el peligro de verse disgregada por los enfrentamientos entre los mineros de Cornualles cualificados y metodistas, especialistas en las rocas duras, que aparecían en cualquier lugar del planeta donde el metal se extraía comercialmente, y los menos cualificados católicos irlandeses, que aparecían allí donde se necesitaba fuerza y trabajo duro, en las fronteras del mundo de habla inglesa.

Con independencia de lo que pudiera ocurrir respecto a las restantes diferencias que existían en el seno de la clase obrera, no cabe duda de que las diferencias de nacionalidad, religión y lengua la dividieron. El caso de Irlanda resulta trágicamente familiar. Pero incluso en Alemania los trabajadores católicos se resistían con mucha mayor fuerza que los protestantes a acercarse a la socialdemocracia, y en Bohemia los trabajadores checos se oponían a la integración en un movimiento panaustríaco dominado por trabajadores de habla alemana. El apasionado internacionalismo de los socialistas —los trabajadores, decía Marx, no tienen país, sino solamente una clase— atraía a los movimientos obreros, no sólo por su ideal, sino también porque muchas veces era el requisito fundamental de su operatividad. ¿Cómo, si no, se podía movilizar a los trabajadores en una ciudad como Viena, donde un tercio de ellos eran inmigrantes checos, o en Budapest, donde los trabajadores cualificados eran alemanes y el resto eslovacos o magiares? El gran centro industrial de Belfast mostraba, y muestra todavía, lo que podía ocurrir cuando los trabajadores se identificaban fundamentalmente como católicos y protestantes y no como trabajadores o como irlandeses.

Por fortuna, los llamamientos al internacionalismo o, lo que era lo mismo en los países grandes, al interregionalismo, no fueron totalmente ineficaces. Las diferencias de lengua, nacionalidad y religión no hicieron imposible la formación de una conciencia de clase unificada, especialmente cuando los grupos nacionales de trabajadores no competían entre sí, por cuanto cada uno tenía su lugar en el mercado de trabajo. Sólo plantearon grandes dificultades cuando esas diferencias expresaban, o simbolizaban, profundos conflictos de grupo que hacen desaparecer las líneas de clase, o diferencias en el seno de la clase obrera que parecían incompatibles con la unidad de todos los trabajadores. Los trabajadores checos se mostraban suspicaces ante los trabajadores alemanes no en tanto que trabajadores, sino como miembros de una nación que trataba a los checos como seres inferiores. Los trabajadores católicos del Ulster no podían sentirse impresionados por los llamamientos a la unidad de clase cuando veían cómo entre 1870 y 1914 los católicos quedaban cada vez más excluidos de los trabajos cualificados en la industria que, en consecuencia, se convirtieron en virtual monopolio de los trabajadores protestantes con la aprobación de sus sindicatos. A pesar de todo, la fuerza de la experiencia de clase era tal, que la identificación alternativa del trabajador con algún otro grupo en clases trabajadoras plurales —como polaco, católico o cualquier otra— estrechaba antes que sustituía la identificación de clase. Una persona se sentía trabajador, pero trabajador específicamente checo, polaco o católico. La Iglesia católica, pese a su profunda hostilidad hacia la división y conflicto de clases, se vio obligada a formar, o cuando menos a tolerar, sindicatos obreros, incluso sindicatos católicos —por lo general en este período no muy amplios—, aunque habría preferido organizaciones conjuntas de empresarios y trabajadores. Lo que realmente excluían las identificaciones alternativas no era la conciencia de clase como tal, sino la conciencia política de clase. Así, existía un movimiento sindical y las tendencias habituales a constituir un partido obrero, incluso en el campo de batalla sectario del Ulster. Pero la unidad de los trabajadores sólo era posible cuando quedaban excluidas de la discusión las dos cuestiones que dominaban la existencia y el debate político: la religión y la autonomía (*Home Rule*) para Irlanda, sobre la cual no podían estar de acuerdo los trabajadores católicos y protestantes, los *green* y los *orange*. En tales circunstancias era posible que existiera un movimiento sindical y una lucha industrial de algún tipo, pero no —excepto en el seno de cada comunidad y sólo de forma débil e intermitente— un partido basado en la identificación de clase.

A estos factores que dificultaban la organización y la formación de la conciencia de clase de los trabajadores hay que añadir la estructura heterogénea de la economía industrial en su proceso de desarrollo. En este punto el Reino Unido constituía la excepción, pues existía ya un fuerte sentimiento de clase, no político, y una organización de la clase obrera. La antigüedad —y el arcaísmo— de la industrialización pionera de este país había permitido que un sindicalismo bastante primitivo, fundamentalmente descentralizado y formado en esencia por sindicatos de oficios, echara raíces en las industrias básicas del país que, por una serie de razones, se desarrolló no tanto mediante la sustitución de la mano de obra por la maquinaria como por la combinación de las operaciones manuales y el vapor como fuente de energía. En todas las grandes industrias del que fuera en otro tiempo «taller del mundo» —en las industrias del algodón, la minería y la metalurgia, la construcción de máquinas y barcos (la última industria dominada por el Reino Unido)— existía un núcleo de organización de la clase obrera, por oficios o actividades, capaz de transformarse en un sindicalismo de masas. Entre 1867 y 1875, los sindicatos consiguieron un estatus legal y unos privilegios tan importantes que los empresarios militantes, los gobiernos conservadores y los magistrados no consiguieron reducirlos o abolirlos hasta el decenio de 1980. La organización de la clase obrera no era tan sólo aceptada, sino muy poderosa, especialmente en el lugar de trabajo. Ese poder excepcional, realmente único, de la clase obrera crearía cada vez mayores problemas para la economía industrial británica en el futuro, e incluso en el período que estamos estudiando, graves dificultades para los industriales que deseaban mecanizarla o administrarla.

Antes de 1914 fracasaron en casi todos los momentos cruciales, pero para nuestros propósitos basta señalar la anomalía del Reino Unido en este sentido. La presión política podía ayudar a reforzar la resistencia del taller, pero no tenía que ocupar su lugar.

La situación era muy diferente en los demás países. En general sólo existían sindicatos eficaces en los márgenes de la industria moderna y, especialmente, a gran escala: en los talleres y en las empresas de tamaño pequeño y medio. En teoría, la organización podía ser nacional, pero en la práctica se hallaba extraordinariamente localizada y descentralizada. En países como Francia e Italia, los grupos efectivos eran alianzas de pequeños sindicatos locales agrupados en torno a las casas gremiales locales. La federación nacional francesa de sindicatos (CGT: Confédération Générale du Travail, «Confederación General del Trabajo») exigía únicamente un mínimo de *tres* sindicatos locales para constituir un sindicato nacional.[12] En las grandes fábricas de las industrias modernas los sindicatos no tenían una presencia importante. En Alemania, la fuerza de la socialdemocracia y de sus «sindicatos libres» no se manifestaba en las industrias pesadas de Renania y el Ruhr. En cuanto a los Estados Unidos, el sindicalismo fue prácticamente eliminado en las grandes industrias durante el decenio de 1890 —no volvería a surgir hasta la década de 1930—, pero sobrevivió en la pequeña industria y en los sindicatos de la construcción, protegidos por el localismo del mercado en las grandes ciudades, donde la rápida urbanización, por no mencionar la política de corrupción y de contratos municipales, les concedió mayor protagonismo. La única alternativa real al sindicato local de pequeños grupos de trabajadores organizados, al sindicato de oficios (fundamentalmente de trabajadores cualificados), era la movilización ocasional, y raras veces permanente, de masas de trabajadores en huelgas intermitentes, pero también esta era una acción básicamente local.

Había tan sólo algunas notables excepciones, entre las que destacan la de los mineros, por sus diferencias respecto a los carpinteros y trabajadores de la industria del tabaco, los mecánicos cerrajeros, los tipógrafos y los demás artesanos cualificados que constituían los elementos normales de los nuevos movimientos proletarios. De alguna forma, esas masas de hombres musculosos, que trabajaban en la oscuridad, que a menudo vivían con sus familias en comunidades separadas, tan lúgubres y duras como sus pozos, mostraban una marcada tendencia a participar en la lucha colectiva: incluso en Francia y los Estados Unidos los mineros constituyeron sindicatos poderosos, cuando menos de forma intermitente.* Dada la importancia del proletariado minero y

* Como lo indican las coplas de los mineros alemanes, que podríamos traducir aproximadamente así:

> Los panaderos pueden hornear su pan solos
> los carpinteros pueden hacer su trabajo en casa:
> pero dondequiera que estén los mineros,
> ha de haber cerca compañeros valientes y auténticos.[13]

sus marcadas concentraciones regionales, su papel potencial —y en el Reino Unido real— en los movimientos obreros podía ser de importancia extraordinaria.

Hay que mencionar otros dos sectores, en parte coincidentes, del sindicalismo no vinculado con los oficios: el transporte y los funcionarios públicos. Los empleados al servicio del estado estaban todavía —incluso en Francia, que luego sería un bastión de los sindicatos de funcionarios— excluidos de la organización obrera, lo cual retrasó notablemente la sindicalización de los ferrocarriles, que en muchos casos eran propiedad del estado. Pero incluso los ferrocarriles privados resultaron difíciles de organizar, salvo en los territorios amplios y poco poblados, donde su ineludible necesidad daba a los que trabajaban en ellos un poder estratégico, en especial a los conductores de las locomotoras y a los empleados que trabajaban en los trenes. Las compañías ferroviarias eran, con mucho, las empresas más grandes de la economía capitalista y era prácticamente imposible organizarlas a no ser en el conjunto de lo que podía ser casi una red nacional: por ejemplo, en el decenio de 1890 la London and Northwestern Railway Company controlaba 65.000 trabajadores en un sistema de 7.000 km de línea férrea y 800 estaciones.

Por contraste, el otro sector clave del transporte, el sector marítimo, estaba fuertemente localizado en los puertos marítimos y en torno a ellos, sobre los que pivotaba toda la economía. En consecuencia, una huelga en los muelles tendía a convertirse en una huelga general del transporte con posibilidades de desembocar en una huelga general. Las huelgas generales económicas que se multiplicaron en los primeros años del nuevo siglo* —y que desatarían apasionados debates ideológicos en el seno del movimiento socialista— fueron pues, básicamente, huelgas portuarias: Trieste, Marsella, Génova, Barcelona y Amsterdam. Eran batallas gigantescas, pero poco proclives a conducir a una organización sindical de masas permanente, dada la heterogeneidad de una fuerza laboral casi siempre no cualificada. Pero aunque el transporte ferroviario y el marítimo eran tan diferentes, compartían su importancia estratégica crucial para las economías nacionales, que podían verse paralizadas si se interrumpían esos servicios. Conforme crecía en importancia el movimiento obrero, los gobiernos comenzaron a ser cada vez más conscientes de ese potencial estrangulamiento y previeron posibles contramedidas: el ejemplo más drástico en este sentido es la decisión del gobierno francés de romper una huelga general del sector ferroviario en 1910, militarizando a 150.000 trabajadores.[14]

No obstante, también los empresarios privados comprendían el papel estratégico del sector del transporte. La contraofensiva contra la oleada de sindicalización británica en 1889-1890 (que había sido iniciada por las huelgas de marinos y estibadores) comenzó con una batalla contra los ferroviarios escoceses y con una serie de luchas contra la sindicalización masiva, pero ines-

* Otra cosa eran las breves huelgas generales en pro de la democratización del derecho de voto.

table, de los grandes puertos marítimos. Por su parte, la ofensiva obrera en vísperas de la guerra mundial planificó su propia fuerza estratégica, la Triple Alianza, de la que formaban parte los mineros del carbón, los ferroviarios y la federación de los trabajadores del transporte (es decir, los trabajadores portuarios). Sin duda alguna, el transporte era considerado como un elemento fundamental en la lucha de clases.

No existía la misma claridad de ideas respecto a otro ámbito de enfrentamiento que a no tardar demostraría ser incluso más crucial: las grandes y cada vez más numerosas empresas del metal. En este sector, la fuerza tradicional de la organización obrera, los trabajadores especializados con tenaces sindicatos de oficios, se enfrentaron con la gran factoría moderna, decidida a reducirlos (a la mayoría de ellos) a operarios semicualificados a cargo de máquinas herramientas y maquinaria cada vez más especializada y sofisticada. Aquí, en la rápidamente cambiante frontera del avance tecnológico, el conflicto de intereses era claro. Mientras se mantuviera la paz, la situación favorecía al empresario, pero a partir de 1914 no es sorprendente que en todas las grandes fábricas de armamento se produjera la radicalización del movimiento obrero. Detrás del giro revolucionario de los trabajadores del metal durante y después de la primera guerra mundial descubrimos las tensiones preparatorias de los decenios de 1890 y 1900.

En definitiva, las clases obreras no eran homogéneas ni fáciles de unir en un solo grupo social coherente, incluso si dejamos al margen al proletariado agrícola al que los movimientos obreros también intentaron organizar y movilizar, en general con escaso éxito.* Ahora bien, lo cierto es que las clases obreras fueron unificadas. Pero, ¿cómo?

III

Un poderoso método de unificación era a través de la ideología transmitida por la organización. Los socialistas y los anarquistas llevaron su nuevo evangelio a unas masas olvidadas hasta entonces prácticamente por todos excepto por sus explotadores y por quienes les decían que permanecieran calladas y obedientes; incluso las escuelas primarias se contentaban con inculcar los deberes cívicos de la religión, mientras que las Iglesias organizadas, al margen de algunas sectas plebeyas, sólo muy lentamente penetraron en el terreno proletario o estaban poco preparadas para tratar con una población tan diferente de las comunidades estructuradas de las antiguas parroquias rurales o urbanas. Los trabajadores eran gentes desconocidas y olvidadas en la medida en que eran un nuevo grupo social. Hasta qué punto eran desconocidos pueden atestiguarlo los escritos de diversos analistas sociales u observadores de clase media; leyendo las cartas del pintor Van Gogh, que actuó como apóstol evangélico en las minas de carbón de Bélgica, es fácil hacerse una idea de hasta qué punto eran olvidados. Los socialistas fueron los primeros en acercarse a ellos. Cuando las condiciones eran adecuadas, estamparon en los grupos más variados de trabajadores —desde los especializados o vanguardias de militantes hasta comunidades enteras de mineros— una sola identidad, la del «proletario». En 1886, los lugareños de los valles belgas en torno a Lieja, que se ocupaban tradicionalmente de la fabricación de armas de fuego, carecían por completo de una conciencia política. Vivían de un pobre salario, amenizada su vida en el caso de los hombres únicamente por la colombofilia, la pesca y las peleas de gallos. Desde el momento en que apareció en el escenario el «partido de los trabajadores» se volcaron en él de forma masiva: a partir de entonces entre el 80 y el 90 por 100 de la población del Val de Vesdre votaba socialista y fueron socavados incluso los últimos muros del catolicismo local. Los habitantes del Liègois se vieron compartiendo una identidad y una fe con los tejedores de Gante, cuya lengua (flamenco) no podían entender, y también con todos aquellos que compartían el ideal de una clase obrera única y universal. Los agitadores y propagandistas llevaron ese mensaje de unidad de todos los que trabajaban y eran pobres a los extremos más remotos de sus países. Pero también llevaron consigo una *organización*, la acción colectiva estructurada sin la cual la clase obrera no podía existir como clase, y a través de la organización consiguieron un cuadro de portavoces que pudiera articular los sentimientos y esperanzas de unos hombres y mujeres que no podían hacerlo por sí solos. Aquéllos poseían o encontraron las palabras para expresar las verdades que sentían. Sin esa colectividad organizada sólo eran pobres gentes trabajadoras. Ya no bastaba el antiguo cuerpo de sabiduría —proverbios, dichos, canciones— que formulaban el *Weltanschauung* de las clases trabajadoras pobres del mundo preindustrial. Eran una *nueva* realidad social que exigía una nueva reflexión. Ésta comenzó en el momento en que comprendieron el mensaje de sus nuevos portavoces: sois una clase, debéis mostrar que lo sois. Así, en casos extremos, los nuevos partidos sólo tenían que pronunciar su nombre: «el partido de los trabajadores». Nadie, excepto los militantes del nuevo movimiento, llevó a los trabajadores ese mensaje de conciencia de clase. Sirvió para unir a todos aquellos que estaban dispuestos a reconocer esa gran verdad por encima de todas las diferencias que los separaban.

Y la gente estaba dispuesta a reconocer esa verdad, porque cada vez era mayor el abismo que separaba a quienes eran o se estaban convirtiendo en trabajadores de los demás, incluyendo otras ramas del «pueblo menudo», modesto desde el punto de vista social, porque el mundo de la clase trabajadora estaba cada vez más aislado y, en gran medida, porque el conflicto entre quienes pagaban los salarios y quienes vivían de ellos era una realidad existencial cada vez más apremiante. Esto ocurría claramente en aquellos lugares creados prácticamente por y para la industria como Bochum (4.200 ha-

* Excepto en Italia, donde la Federación de los Trabajadores de la Tierra era, con mucho, el sindicato más grande y el que sentó las bases para la posterior influencia comunista en la Italia central y en algunas zonas del sur. Posiblemente, en España el anarquismo ejerció en algunos momentos una influencia comparable entre los trabajadores sin tierra.

bitantes en 1842, 120.000 en 1907, de los cuales el 78 por 100 eran trabajadores y el 0,3 por 100 «capitalistas») o Middlesbrough (6.000 habitantes en 1841, 105.000 en 1911). En esos centros, dedicados fundamentalmente a la minería y a la industria pesada, que florecieron en la segunda mitad de la centuria, los hombres y mujeres podían vivir, tal vez más aún incluso que en las aldeas dedicadas a la producción textil que habían sido anteriormente los centros típicos de la industria, sin ver habitualmente a ningún miembro de las clases no asalariadas bajo cuya jurisdicción no estuvieran de alguna manera (propietario, encargado, funcionario, profesor, sacerdote), con la excepción de los pequeños artesanos, tenderos y taberneros que proveían las modestas necesidades de los pobres y que, dado que dependían de su clientela, se adaptaban al medio ambiente proletario.* En Bochum, el sector dedicado a la producción para el consumo incluía, aparte de los habituales panaderos, carniceros y cerveceros, unos centenares de costureras, 48 sombrereras, pero sólo 11 lavanderas, 6 fabricantes de sombreros y gorras, 8 peleteros y, lo que es significativo, ni una sola persona dedicada a fabricar guantes, ese símbolo característico del estatus de las clases medias y altas.[15]

Pero incluso en la gran ciudad, con sus servicios variopintos y cada vez más diversificados y con su variedad social, la especialización funcional, complementada en este período por el urbanismo y el fomento de la propiedad, separaba a las diferentes clases, excepto en los lugares neutrales como parques, estaciones de ferrocarril y lugares de entretenimiento. El viejo «barrio popular» declinó con la nueva segregación social: en Lyon, La Croix-Rousse, antiguo bastión de los inquietos tejedores de la seda que descendían hacia el centro de la ciudad, fue descrito en 1913 como un barrio de «pequeños empleados»: «el enjambre de trabajadores ha abandonado la meseta y sus laderas de acceso».[16] Los trabajadores se trasladaron desde la parte antigua de la ciudad hasta la otra orilla del Ródano con sus fábricas. Gradualmente comenzó a predominar la gris uniformidad de los nuevos barrios obreros, apartados de las zonas céntricas de la ciudad: Wedding y Neukölln en Berlín, Favoriten y Ottakring en Viena, Poplar y West Ham en Londres, así como también aparecieron rápidamente barrios y distritos separados de las clases media y media baja. Y si la tan debatida crisis del sector artesanal tradicional llevó a algunos grupos de los maestros artesanos hacia la derecha radical anticapitalista y antiproletaria, como ocurrió en Alemania, en otros lugares, como en Francia, también intensificó su jacobinismo anticapitalista o su radicalismo republicano. En cuanto a los trabajadores especializados y los aprendices, no era difícil que se convencieran de que no eran ahora otra cosa que proletarios. ¿Y no era natural que las acosadas industrias domésticas de la época protoindustrial, muchas veces como los tejedores manuales asociadas con las primeras etapas del sistema de fábricas, se identificaran con la situación proletaria? Hubo una serie de comunidades de ese tipo en dife-

* El papel de las tabernas como lugares de reunión para los sindicatos y ramas de los partidos socialistas y el de los taberneros como militantes socialistas es conocido en varios países.

rentes regiones montañosas de la Alemania central, de Bohemia y de otros lugares, que se convirtieron en bastiones naturales del movimiento.

Todos los trabajadores tenían buenas razones para sustentar la convicción de la injusticia del orden social, pero la parte fundamental de su experiencia era su relación con los empresarios. El nuevo movimiento obrero socialista era inseparable de los descontentos del lugar de trabajo, se expresaran o no en forma de huelgas y más raramente en sindicatos organizados. Una y otra vez, la aparición de un partido socialista local es inseparable de un grupo concreto de obreros que desempeñaban un papel central a nivel local, cuya movilización desencadenaba o reflejaba. En Roanne (Francia) los tejedores constituían el núcleo básico del Parti Ouvrier; cuando la actividad de los tejedores se organizó en la región en 1889-1891, los cantones rurales variaron súbitamente su actitud política, pasando de la «reacción» al «socialismo», y el conflicto industrial adquirió una dimensión en la organización política y en la actividad electoral. Pero, como pone de relieve el ejemplo del movimiento obrero en el Reino Unido en los decenios centrales de la centuria, no existía una conexión necesaria entre la inclinación a la huelga y a la organización y la identificación de la clase de los patronos (los «capitalistas») como principal adversario político. Es cierto que tradicionalmente se habían unido en un frente común aquellos que trabajaban y producían, los obreros, artesanos, tenderos, burgueses, contra los ociosos y contra los «privilegios», en suma, quienes creían en el progreso (en una coalición que rebasaba los límites de clase) contra la «reacción». Pero esa alianza, componente básico de la fuerza histórica y política del liberalismo en un momento anterior (véase *La era del capital*, capítulo 6, I), se rompió, no sólo porque la democracia electoral sacó a la luz la divergencia de intereses de los elementos que la formaban (véanse pp. 97-98, *supra*), sino porque la clase de los patronos, tipificada cada vez más por el tamaño y la concentración —como hemos visto, aparece con mayor frecuencia la palabra clave «grande», como en *big business, grande industrie, grand patronat, Grossindustrie*—,[17] se integró de forma más visible en la zona indiferenciada de la riqueza, del poder del estado y del privilegio. Se unió a la «plutocracia», a la que tan duramente atacaban los demagogos de la Inglaterra de Eduardo VII, una «plutocracia» que, cuando el período de depresión dejó paso a la expansión económica, comenzó a pavonearse y figurar, de forma visible y a través de los nuevos medios de comunicación de masas. El principal experto del gobierno británico en el tema obrero afirmaba que los periódicos y el automóvil, que en Europa eran un monopolio de los ricos, hacían insuperable el contraste entre ricos y pobres.[18]

Pero a medida que la lucha política contra «los privilegios» se identificó con la lucha, hasta entonces separada, en el lugar de trabajo y en torno a él, el mundo del trabajador manual quedó cada vez más distanciado de los que estaban por encima de él, debido al crecimiento, rápido y muy notable en algunos países, del sector terciario de la economía, que generó un estrato de hombres y mujeres que trabajaban sin ensuciarse las manos. A diferencia de la pequeña burguesía que formaban anteriormente los pequeños artesanos

y tenderos, que podía ser considerada como una zona de transición o tierra de nadie entre el obrero y la burguesía, estas nuevas clases medias bajas separaban a esos dos estratos sociales, aunque sólo fuera porque la misma modestia de su situación económica, muchas veces no mucho mejor que la de los trabajadores bien pagados, les llevaba a hacer hincapié precisamente en lo que les separaba del obrero manual y en lo que esperaban que tenían —o pensaban que debían tener— en común con los que ocupaban el lugar superior en la escala social (véase el capítulo 7). Constituían un estrato que aislaba a los trabajadores situados por debajo de ellos.

En definitiva, si la evolución económica y social favoreció la formación de una conciencia de clase de todos los trabajadores manuales, hubo un tercer factor que les obligó prácticamente a la unificación: la economía nacional y el estado-nación, elementos ambos cada vez más interconectados. El estado-nación no sólo formaba el cuadro de la vida de los ciudadanos, establecía sus parámetros y determinaba las condiciones concretas y los límites geográficos de las luchas de los trabajadores, sino que sus iniciativas políticas, legales y administrativas eran cada vez de mayor importancia para la existencia de la clase obrera. La economía funcionaba cada vez más decididamente como un sistema integrado, como un sistema en el que un sindicato no podía seguir siendo un agregado de unidades locales con un vínculo débil entre ellas, cuya preocupación fundamental eran las condiciones locales. Así, se vieron obligados a adoptar una perspectiva nacional, al menos dentro de cada rama industrial. En el Reino Unido, el fenómeno nuevo de los conflictos obreros organizados a nivel *nacional* se produjo por primera vez en la década de 1890, mientras que el espectro de las huelgas nacionales del transporte y el carbón se hizo realidad en la década de 1900. Paralelamente, las industrias comenzaron a negociar convenios colectivos de carácter nacional, práctica totalmente desconocida antes de 1889. En 1910 era ya un sistema habitual.

La tendencia de los sindicatos, sobre todo los sindicatos socialistas, a articular a los trabajadores en organizaciones globales, cada una de las cuales cubría una sola rama de la industria nacional («sindicalismo industrial»), reflejaba esa visión de la economía como un todo integrado. El «sindicalismo industrial» reconocía que «la industria» ya no era una categoría teórica para estadísticos y economistas y que se estaba convirtiendo en un concepto operativo o estratégico de carácter nacional, el marco económico de la lucha sindical, aunque fuera un marco localizado. Por esa razón, los mineros británicos del carbón, aunque eran enérgicos defensores de la autonomía de su cuenca minera, e incluso de su pozo, conscientes de la especificidad de sus problemas y costumbres, en el sur de Gales y Northumberland, en Fife y Staffordshire, se vieron inevitablemente obligados a unirse en una organización nacional entre 1888 y 1908.

En cuanto al estado, su democratización electoral impuso la unidad de clase que sus gobernantes esperaban poder evitar. Necesariamente, la lucha por la ampliación de los derechos ciudadanos adquirió una dimensión clasista para la clase obrera, pues la cuestión fundamental (al menos en el caso de los hombres) era el derecho de voto del ciudadano *sin propiedades*. La exigencia de ser propietario, aunque modesto, excluía de entrada a una gran parte de los trabajadores. En aquellos lugares donde aún no se había alcanzado, al menos en teoría, el derecho de voto con carácter general, los nuevos movimientos socialistas se convirtieron en los grandes adalides del sufragio universal, organizando —o planteando como amenaza— gigantescas huelgas generales para conseguir ese objetivo —en Bélgica en 1893 y dos veces más en años sucesivos, en Suecia en 1902, en Finlandia en 1905—, que pusieron de manifiesto y reforzaron su poder de movilización sobre las nuevas masas conversas. Incluso las reformas electorales deliberadamente antidemocráticas podían servir para reforzar la conciencia de clase nacional si, como ocurriera en Rusia después de 1905, situaban a los electores de las clases obreras en un compartimento electoral o *curia* separado (y subrepresentado). Pero la actividad electoral, en la que participaron con toda decisión los partidos socialistas, para escándalo de los anarquistas que consideraban que apartaban al movimiento de la revolución, necesariamente tenía que servir para dar a la clase obrera una dimensión nacional única, por dividida que estuviera en otros aspectos.

Pero más aún: el estado daba unidad a la clase, pues cada vez más los grupos sociales tenían que tratar de conseguir sus objetivos políticos presionando sobre el gobierno *nacional*, en favor o en contra de la legislación y administración de las leyes *nacionales*. Ninguna otra clase necesitaba de forma más permanente la acción positiva del estado en asuntos económicos y sociales para compensar las deficiencias de su solitaria acción colectiva; y cuanto más numeroso era el proletariado nacional, más sensibles se mostraban (aunque no sin renuencia) los políticos a las exigencias de un cuerpo de votantes tan amplio y peligroso. En el Reino Unido, los viejos sindicatos victorianos y el nuevo movimiento obrero se dividieron, en el decenio de 1880, fundamentalmente a propósito de la exigencia de que la jornada de ocho horas quedara establecida *por ley* y no por una negociación colectiva. Es decir, por una ley aplicable de forma universal a *todos* los trabajadores, una ley *nacional* por definición e incluso, como pensaba la Segunda Internacional, plenamente consciente del significado de esa exigencia, una ley internacional. La agitación originó la que es tal vez la institución más visceral y emotiva de afirmación de internacionalismo de la clase obrera, las manifestaciones anuales del Primero de Mayo, que comenzaron en 1890. (En 1917 los trabajadores rusos, finalmente libres para celebrar esa festividad, modificaron incluso el calendario para poder manifestarse el mismo día que el resto del mundo.)*[19] Sin embargo, la fuerza de la unificación de la clase obrera en cada nación restituyó inevitablemente las esperanzas y las reivindicaciones teóricas del internacionalismo obrero, con la excepción de una minoría

* Como sabemos, en 1917 el calendario ruso (juliano) estaba todavía trece días retrasado con respecto a nuestro calendario (gregoriano): de aquí la conocida confusión con respecto a la Revolución de Octubre, que tuvo lugar el 7 de noviembre.

de militantes y activistas de gran altura de miras. Como demostró el comportamiento de la clase obrera en agosto de 1914, en la mayoría de los países, el soporte real de su conciencia de clase era, salvo en breves intervalos revolucionarios, el estado y la nación definida políticamente.

IV

No es posible ni necesario analizar aquí todo el conjunto de peculiaridades —reales o potenciales— geográficas, ideológicas, nacionales, sectoriales o de otro tipo existentes en el tema global de la formación de las clases obreras como grupos sociales conscientes y organizados entre 1870 y 1914. Con toda seguridad, ese proceso no se producía todavía a escala significativa en el sector de la humanidad cuya piel era de un color diferente, aun cuando (cómo ocurría en la India y, desde luego, en Japón) el desarrollo industrial fuera ya innegable. Ese progreso de la organización de clase fue desigual desde el punto de vista cronológico. Se aceleró rápidamente en el curso de dos breves períodos. El primer gran salto hacia adelante tuvo lugar en los últimos años del decenio de 1880 y los primeros del de 1890, años señalados por la reaparición de una internacional obrera (la «Segunda», para distinguirla de la Internacional fundada por Marx y que se prolongó desde 1864 a 1872) y por el restablecimiento de la celebración del Primero de Mayo, símbolo de la esperanza y la confianza de la clase obrera. Fue en esos años cuando empezaron a hacer acto de presencia grupos importantes de socialistas en los parlamentos de varios países, y en Alemania, donde el partido ya era fuerte, el porcentaje de votos del SPD aumentó más del doble entre 1887 y 1893 (desde el 10,1 al 23,3 por 100). El segundo período de progreso importante se produjo en los años transcurridos entre la Revolución rusa de 1905, que fue un factor de primera importancia, especialmente en Centroeuropa, y 1914. El extraordinario avance electoral de los partidos obreros y socialistas se completó con la ampliación del derecho de voto, que permitió que ese avance quedara registrado de forma efectiva. Al mismo tiempo, los brotes de agitación obrera fortalecieron el sindicalismo organizado. Esos dos momentos de rápido progreso del movimiento obrero aparecen prácticamente en todas partes, en una u otra forma, aunque los detalles del proceso pudieran variar de forma importante de acuerdo con las circunstancias nacionales.

Ahora bien, la formación de una conciencia obrera no puede identificarse plenamente con el desarrollo de movimientos obreros organizados, aunque es cierto que en determinados casos, sobre todo en la Europa central y en algunas regiones concretas industrializadas, la identificación de los trabajadores con su partido y su movimiento fue casi total. Así, en 1913, un analista de las elecciones de un distrito de la Alemania central (Naumburg-Merseburg) expresó su sorpresa por el hecho de que sólo el 88 por 100 de los trabajadores hubieran votado por el SPD: sin duda, se creía que lo normal era: «obrero = socialdemócrata.»[20] Pero no sólo no era eso la norma, sino que tampoco

ocurría de forma habitual. Lo que se producía con mayor frecuencia, estuvieran o no los trabajadores identificados con su «partido», era la identificación de clase sin contenido político, la conciencia de pertenecer a un mundo distinto, el mundo de los trabajadores, que incluía el «partido de clase», pero que iba mucho más allá. En efecto, la base de ese mundo era una experiencia vital distinta, una forma y un estilo de vida diferentes que se manifestaba, por encima de las diferencias regionales de lengua y de costumbre, en formas comunes de actividad social (por ejemplo, la identificación de un deporte concreto con el proletariado como clase, tal como ocurrió con el fútbol en Inglaterra a partir de 1880) e incluso en el uso de prendas de vestir específicas, como la típica gorra de visera con que se tocaban los trabajadores.

Sin embargo, sin la aparición simultánea del «movimiento», ni siquiera las expresiones no políticas de la conciencia de clase habrían sido completas ni factibles, pues a través del movimiento las «clases obreras» se fusionaron hasta formar una única «clase obrera». Pero esos movimientos, cuando se convirtieron en movimientos de masas, se vieron dominados por la desconfianza, no política sino instintiva, de los trabajadores respecto a todos aquellos que no se ensuciaban las manos realizando su trabajo. Ese omnipresente *ouvrierisme* (como lo llamaban los franceses) reflejaba la realidad en partidos de masas, pues éstos, a diferencia de las organizaciones pequeñas o ilegales, estaban formados en su abrumadora mayoría por trabajadores manuales. De los 61.000 miembros con los que contaba el Partido Socialdemócrata en Hamburgo en 1911-1912, sólo 36 eran «autores y periodistas» y *dos* pertenecían a otras profesiones más elevadas. Sólo el 5 por 100 no pertenecían al proletariado, y de ellos la mitad eran taberneros.[21] Pero la desconfianza respecto a las clases no obreras no impedía la admiración hacia grandes maestros de otra clase, como el propio Marx, ni hacia un puñado de socialistas de origen burgués, padres fundadores, líderes y oradores nacionales (dos funciones que con frecuencia era difícil separar) o «teóricos». Ciertamente, en la primera generación, los partidarios socialistas atrajeron a sus filas a admirables figuras de la clase media dotadas de grandes cualidades y que merecían esa admiración: Viktor Adler en Austria (1852-1918), Jaurès en Francia (1859-1914), Turati en Italia (1857-1932) y Branting en Suecia (1860-1925).

¿Qué era, pues, «el movimiento» que, en algunos casos extremos, podía coincidir prácticamente con la clase? En todas partes incluía la organización básica y universal de los trabajadores, el sindicato, aunque en formas diferentes y con una fuerza distinta. Muchas veces incluía también cooperativas, fundamentalmente en forma de tiendas para los trabajadores, que en ocasiones (como en Bélgica) eran la institución fundamental del movimiento.* En

* Mientras que la cooperación de los trabajadores estaba estrechamente vinculada con los movimientos obreros y, de hecho, con frecuencia constituía un puente entre los ideales «utópicos» y el socialismo anterior a 1848 y el nuevo socialismo, este no era el caso en la vertiente más floreciente de la cooperación, la de los campesinos y granjeros, excepto en algunas partes de Italia.

los países en que los partidos socialistas eran partidos de masas, podían incluir prácticamente a toda asociación en la que participaran los obreros, desde la cuna hasta la tumba, o más bien, dado su anticlericalismo, hasta el crematorio, que, según los «progresistas», era mucho más adecuado en esa era de ciencia y de progreso.[22] Entre esas asociaciones cabe mencionar la Federación Alemana de Coros Obreros en 1914, con sus 200.000 miembros; el Club Ciclista de los Trabajadores «Solidaridad» (1910), con sus 130.000 miembros, o los Trabajadores Coleccionistas de Sellos y los Criadores Obreros de Conejos, cuyas huellas aparecen todavía ocasionalmente en las tabernas de los suburbios de Viena. Pero, de hecho, todas esas asociaciones estaban subordinadas al partido político o formaban parte de él (o al menos estaban estrechamente vinculadas con él); partido que era su expresión fundamental y que prácticamente siempre recibía el nombre de Partido Socialista (Socialdemócrata) y/o simplemente Partido «de los Trabajadores» o Partido «Obrero». Los movimientos obreros que no contaban con partidos de clase organizados o que se oponían a la política, aunque representaban una vieja corriente de ideología utópica o anarquista, eran casi siempre débiles. Se trataba de conjuntos cambiantes de militantes individuales, evangelizadores, agitadores y líderes huelguistas potenciales más que de estructuras de masas. Excepto en la península ibérica, siempre desfasada con respecto a los acontecimientos europeos, el anarquismo no llegó a ser en ninguna parte de Europa la ideología predominante ni siquiera de movimientos obreros débiles. Con la excepción de los países latinos y —como reveló la revolución de 1917— de Rusia, el anarquismo carecía de significación política.

La gran mayoría de esos partidos obreros de clase, con la importante excepción de Australasia, perseguían un cambio fundamental en la sociedad y en consecuencia se autodenominaban «socialistas», o se pensaba que iban a adoptar ese nombre, como el Partido Laborista británico. Hasta 1914, intentaron participar lo menos posible en la política de la clase gobernante, y menos aún en el gobierno, a la espera del día en que el movimiento obrero constituyera su propio gobierno y, presumiblemente, iniciara la gran transformación. Los líderes obreros que sucumbían a la tentación de establecer compromisos con los partidos y los gobiernos de clase media eran fuertemente denostados, a menos que mantuvieran sus iniciativas en el más absoluto de los silencios, como hizo J. R. MacDonald respecto al compromiso electoral con los liberales, que permitió al Partido Laborista británico obtener por primera vez una importante representación parlamentaria en 1906. (Por razones comprensibles, la actitud de los partidos ante el gobierno local era mucho más positiva.) Tal vez la razón fundamental por la que tantos partidos socialistas adoptaron la bandera roja de Karl Marx fue que él, más que ningún otro teórico de la izquierda, hacía tres afirmaciones que parecían plausibles y alentadoras: que ninguna mejora predecible dentro del sistema existente cambiaría la situación básica de los trabajadores en cuanto tales (su «explotación»); que la naturaleza del desarrollo capitalista, que Marx analizó en profundidad, hacía que fuera muy problemático el derrocamiento de la sociedad existente y su sustitución por otra sociedad nueva y mejor; y que la clase trabajadora, organizada en partidos de clase, sería la que crearía y heredaría ese futuro glorioso. Así pues, Marx dio a los trabajadores la seguridad, similar a la que en otro tiempo aportara la religión, de que la ciencia demostraba la inevitabilidad histórica de su triunfo definitivo. En este sentido, el marxismo fue tan eficaz que incluso los adversarios de Marx en el seno del movimiento adoptaron su análisis del capitalismo.

Así, tanto los oradores e ideólogos de estos partidos como sus adversarios daban por sentado que aquéllos deseaban una revolución social, o que sus actividades implicaban el estallido de una revolución social. Pero ¿qué significaba exactamente la expresión *revolución social*, aparte de que el cambio del capitalismo al socialismo, de una sociedad basada en la propiedad y en la empresa privada a otra cuyos fundamentos habrían de ser «la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio»,[23] revolucionaría la vida? De hecho, la naturaleza y el contenido exacto del futuro socialista apenas se discutió y no se aclaró, salvo en el sentido de afirmar que lo que en ese momento era malo sería bueno en el futuro. La naturaleza de la revolución fue el tema que dominó los debates sobre la política proletaria en ese período.

Lo que se debatía no era la fe en la transformación total de la sociedad, aunque es cierto que muchos líderes y militantes estaban demasiado inmersos en las luchas inmediatas para preocuparse por el futuro más remoto. El punto en cuestión era que, según la tradición izquierdista que se remontaba más allá de Marx y Bakunin hasta 1789 e incluso 1776, las revoluciones pretendían alcanzar un cambio social fundamental mediante una transferencia del poder súbita, violenta e insurreccional. O, en un sentido más general y milenario, que el gran cambio cuya inevitabilidad había quedado establecida tenía que ser más inminente de lo que parecía serlo en el mundo industrial, de lo que había parecido en los años deprimidos e infelices del decenio de 1880 o en los esperanzados años agitados de comienzos de 1890. Incluso entonces el curtido y veterano Engels, que evocaba la era de la revolución, cuando cada veinte años se erigían barricadas, y que había participado en diversas campañas revolucionarias, fusil en mano, advirtió que los días de 1848 habían desaparecido para siempre. Y como hemos visto, desde mediados del decenio de 1890 la idea de un colapso inminente del capitalismo parecía absolutamente inverosímil. ¿Qué podían hacer, pues, los ejércitos del proletariado, movilizados por millones bajo la bandera roja?

Determinadas figuras del ala derecha del movimiento recomendaban concentrarse en las mejoras y reformas inmediatas que la clase obrera pudiera conseguir de los gobiernos y empresarios, olvidando el futuro más lejano. No se contemplaba la revuelta y la insurrección. Con todo, eran pocos los líderes obreros nacidos después de 1860 que abandonaron la idea de la Nueva Jerusalén. Eduard Bernstein (1850-1932), intelectual socialista autodidacta que afirmó imprudentemente no sólo que las teorías de Karl Marx debían ser revisadas a la luz de un capitalismo floreciente («revisionismo»), sino también que la supuesta meta socialista era más importante que las reformas que

se podían conseguir en el camino, fue unánimemente condenado por los políticos de los partidos obreros cuyo interés en derrocar realmente al capitalismo era, a veces, muy escaso. La convicción de que la sociedad tal como era en ese momento resultaba intolerable tenía sentido para la clase obrera incluso cuando, como señaló un observador de un congreso socialista alemán en el decenio de 1900, sus militantes «se mantenían una o dos barras de pan por delante del capitalismo».[34] Era el ideal de una nueva sociedad lo que infundía esperanza a la clase obrera.

Pero ¿cómo sería posible alcanzar esa nueva sociedad cuando el hundimiento del viejo sistema no parecía ni mucho menos inminente? La desconcertante definición del gran Partido Socialdemócrata alemán que hizo Kautsky como «un partido que, aunque es revolucionario, no hace la revolución»[35] resume el problema. ¿Era suficiente —como hacía el SPD— postular teóricamente la revolución social, una posición de permanente oposición, calibrar periódicamente en las elecciones la fuerza creciente del movimiento y confiar en que las fuerzas objetivas del desarrollo histórico producirían su triunfo inevitable? No si ello significaba, como tantas veces ocurría en la práctica, que el movimiento se amoldaba a actuar en el marco del sistema que no podía derrocar. Lo que el sector intransigente ocultaba tras el pobre pretexto de la disciplina organizativa era —así lo pensaban muchos radicales o militantes— el compromiso, la pasividad, la negativa a ordenar que pasaran a la acción los ejércitos movilizados de los trabajadores y la supresión de las luchas que surgían de forma espontánea entre las masas.

Lo que rechazaba la escuálida izquierda radical —más numerosa, sin embargo, a partir de 1905— formada por rebeldes, sindicalistas de raíz popular, disidentes intelectuales y revolucionarios eran los partidos proletarios de masas a los que veían reformistas y burocratizados como consecuencia de su participación en determinadas actividades políticas. Los argumentos utilizados contra ellos eran muy similares tanto si la ortodoxia vigente era marxista, como sucedía por lo general en el continente, como si era antimarxista de corte fabiano, como en el Reino Unido. La izquierda radical prefería apoyarse en la acción proletaria directa que pasaba por encima de la peligrosa ciénaga de la política, culminando idealmente en una especie de huelga revolucionaria general. «El sindicalismo revolucionario», que floreció en los diez últimos años anteriores a 1914, sugiere en su mismo nombre esa vinculación entre los revolucionarios sociales acérrimos y la militancia sindicalista descentralizada, asociada, en grado diverso, con las ideas anarquistas. Floreció, fuera de España, como la ideología de unos centenares o millares de militantes sindicalistas proletarios y de un puñado de intelectuales durante la segunda fase del desarrollo y radicalización del movimiento, que coincidió con unos años de profunda agitación obrera a escala internacional y con una notable incertidumbre en los partidos socialistas respecto a su línea concreta de actuación.

Entre 1905 y 1914 el revolucionario occidental típico era un sindicalista revolucionario que, paradójicamente, rechazaba el marxismo como ideología de los partidos que se servían de él como excusa por no intentar llevar a cabo

la revolución. Esto era un tanto injusto con respecto a Marx, pues lo sorprendente en los partidos proletarios de masas de Occidente que situaban su estandarte en las astas de sus banderas era el modesto papel que jugaba en ellos la figura de Marx. Muchas veces era imposible distinguir las creencias básicas de sus líderes y militantes de las de la izquierda no marxista de la clase obrera, radical o jacobina. Todos creían en la lucha de la razón contra la ignorancia y la superstición (es decir, el clericalismo), en la lucha del progreso contra el oscuro pasado; en la ciencia, en la educación, en la democracia y en la trinidad secular de la libertad, igualdad y fraternidad. Incluso en Alemania, donde casi una tercera parte de los ciudadanos votaban por un Partido Socialdemócrata que en 1891 se declaró formalmente marxista, el *Manifiesto comunista* se publicaba antes de 1905 en ediciones de tan sólo 2.000-3.000 ejemplares y el tratado ideológico más popular en las bibliotecas de los trabajadores tiene un título suficientemente explícito: *Darwin contra Moisés*.[36] De hecho, incluso los intelectuales marxistas nativos eran escasos. Los principales «teóricos» de Alemania procedían del imperio de los Habsburgo, como Kautsky y Hilferding, o del imperio zarista, como Parvus y Rosa Luxemburg. En efecto, en los países que quedaban al este de Viena y de Praga, el marxismo y los intelectuales marxistas ocupaban un lugar preponderante. El marxismo conservaba allí intacto su impulso revolucionario y el vínculo entre marxismo y revolución era evidente, tal vez porque las perspectivas de revolución eran inmediatas y reales.

Ahí reside la clave del modelo de los movimientos obreros y socialistas, así como de muchos otros aspectos de la historia de los cincuenta años anteriores a 1914. Esos movimientos aparecieron en los países de la revolución dual y en la zona de la Europa occidental y central donde cualquier persona con inquietudes políticas dirigía su mirada atrás hacia la más grande de todas las revoluciones, la Revolución francesa de 1789, y donde cualquier ciudadano que hubiera nacido en el año de la batalla de Waterloo tenía muchas probabilidades de haber vivido, a lo largo de una vida de sesenta años, cuando menos dos o incluso tres revoluciones, ya fuera de forma directa o indirecta. El movimiento obrero y socialista se consideraba a sí mismo como una continuación lineal de esa tradición. Los socialdemócratas austríacos celebraban el aniversario de las víctimas de la revolución de Viena de 1848 antes de que comenzaran a celebrar el nuevo Primero de Mayo. Ahora bien, la revolución social estaba en rápido retroceso en su zona original de aparición. En cierto sentido, ese retroceso se vio acelerado por el mismo surgimiento de partidos de clase masivos organizados y, sobre todo, disciplinados. Los mítines de masas organizados, las manifestaciones de masas cuidadosamente planificadas y las campañas electorales sustituyeron, más que prepararon, al levantamiento y la insurrección. La súbita aparición de partidos «rojos» en los países avanzados de la sociedad burguesa era un fenómeno preocupante para sus gobernantes, pero muy pocos de ellos esperaban realmente que se instalara la guillotina en sus capitales. Podían reconocer a esos partidos como órganos de oposición radical dentro de un sistema que, sin embargo, tenía

cabida para la mejora y la conciliación. En esas sociedades no se derramaba —o todavía no, o ya no más— mucha sangre, a pesar de la retórica en sentido contrario.

Lo que hacía que los nuevos partidos siguieran siendo fieles, al menos en teoría, a la idea de la revolución total de la sociedad, y que las masas de trabajadores se mantuvieran vinculadas a esos partidos, no era la incapacidad del capitalismo para introducir ciertas mejoras en su situación. Era el hecho de que —así aparecía a los ojos de la mayor parte de los trabajadores que confiaban en progresar— cualquier mejora significativa se debía fundamentalmente a su actuación y organización como clase. En determinados casos, la decisión de adoptar el camino del progreso colectivo significaba rechazar otras opciones. En las regiones de Italia donde los trabajadores agrícolas sin tierra se organizaron en sindicatos y cooperativas, no eligieron la alternativa de la emigración masiva. Cuanto más fuerte era el sentimiento de comunidad y solidaridad obreras de clase más fuertes eran las presiones sociales para mantenerse en ella, aunque eso no excluía —especialmente en grupos tales como los mineros— la ambición de poder proporcionar a los hijos la educación que les permitiera mantenerse alejados de los pozos. La base de las convicciones socialistas de los militantes obreros y de la actitud aprobatoria de las masas que los seguían era, más que ninguna otra cosa, la marginación en un mundo aparte que se había impuesto al nuevo proletariado. Si tenían esperanza —y, desde luego, sus miembros organizados se mostraban orgullosos y esperanzados— era porque tenían fe en el movimiento. Si «el sueño americano» era individualista, el de la clase obrera europea era plenamente colectivo.

¿Era eso revolucionario? Sin duda no lo era en el sentido insurreccional, a juzgar por el comportamiento de la gran masa del más sólido de todos los partidos socialistas revolucionarios, el SPD alemán. Pero en Europa existía una amplia franja semicircular de pobreza y agitación, en la que se contemplaba la perspectiva de la revolución, que —al menos en una parte de esa franja— llegó a hacerse realidad. Era una zona que se extendía desde España, y a través de amplias regiones de Italia y la península balcánica, hasta el imperio ruso. La revolución se propagó desde el oeste hacia el este de Europa en el período que estudiamos. Más adelante analizaremos la suerte de la zona revolucionaria del continente y del planeta. Por el momento, diremos tan sólo que en el Este el marxismo conservó sus connotaciones explosivas originales. Después de la Revolución rusa retornó hacia Occidente y se expandió también hacia Oriente como ideología fundamental de la revolución social, lugar que ocuparía durante una gran parte del siglo XX. Mientras tanto, el abismo de comunicación existente entre socialistas que hablaban el mismo lenguaje teórico se amplió casi sin que fueran conscientes de ello, hasta que su importancia se manifestó súbitamente con el estallido de la guerra de 1914, cuando Lenin, admirador durante mucho tiempo de la ortodoxia socialdemócrata alemana, descubrió que su teórico más destacado era un traidor.

V

Aunque en la mayor parte de los países, y a pesar de las divisiones nacionales y confesionales, los partidos socialistas parecían en camino de movilizar a la gran mayoría de la clase trabajadora, era innegable que, con la excepción del Reino Unido, el proletariado no constituía —los socialistas apostillaban confiadamente «todavía no»— la mayoría de la población. Desde el momento en que los partidos socialistas consiguieron una base de masas, dejando de ser sectas de propaganda y agitación, órganos de cuadros dirigentes y bastiones locales dispersos de conversos, se hizo evidente que no podían limitar su atención a la clase obrera. El intenso debate sobre la «cuestión agraria», que comenzó a desarrollarse entre los marxistas a mediados del decenio de 1890, refleja precisamente ese descubrimiento. Si bien «el campesinado» estaba destinado a desaparecer (como afirmaban los marxistas correctamente, pues eso es lo que ha ocurrido en las décadas postreras del siglo XX), ¿qué podía o debía ofrecer el socialismo a ese 36 por 100 de la población alemana y al 43 por 100 de la de Francia que vivía de la agricultura en 1900, por no mencionar los países europeos cuya estructura económica era absolutamente agraria? La necesidad de ampliar el marco de acción de los partidos socialistas, desbordando el ámbito puramente proletario, podía ser formulada y defendida de diversas formas, desde los simples cálculos electorales o consideraciones revolucionarias hasta la elaboración de una teoría general («la socialdemocracia es el partido del proletariado ... pero ... al mismo tiempo es un partido de progreso social, que persigue el paso de todo el cuerpo social de la actual fase capitalista a una forma más elevada»).[23] No se podía rechazar ese planteamiento, pues prácticamente en todas partes el proletariado podía ser superado en votos aislado e incluso reprimido mediante la fuerza unida de otras clases.

Pero la identificación entre partido y proletariado dificultó la posibilidad de atraerse a otros estratos sociales. Se interpuso en el camino de los pragmatistas políticos, los reformistas, los «revisionistas» marxistas que habrían preferido ampliar el socialismo para que dejara de ser un partido de clase y se convirtiera en un «partido del pueblo», pues incluso los políticos pragmáticos, dispuestos a dejar los asuntos doctrinales en manos de algunos camaradas calificados de «teóricos», comprendían que era la apelación casi existencial a los trabajadores como tales lo que daba a los partidos su fuerza real. Aún más, las exigencias y consignas políticas planteadas a la medida de la clase proletaria —como la jornada de ocho horas y la socialización— dejaban indiferentes a otros estratos sociales e incluso podían despertar su antagonismo por la amenaza implícita de expropiación. Lo cierto es que los partidos socialistas obreros pocas veces consiguieron desbordar el universo, amplio pero aislado, de la clase obrera, en el que sus militantes y, las más de las veces también, sus masas de votantes se sentían muy confortables.

Sin embargo, algunas veces la influencia de esos partidos se extendía so-

bre sectores muy alejados de la clase obrera: incluso los partidos de masas más claramente identificados con una clase conseguían obtener apoyo de otros estratos sociales. Así, por ejemplo, en algunos países el socialismo, a pesar de su ausencia de relación ideológica con el mundo rural, consiguió implantarse en amplias zonas agrícolas, obteniendo el apoyo de aquellos que podrían ser calificados como «proletarios rurales», pero también de otros sectores. Así ocurrió en algunas zonas del sur de Francia, de la Italia central y de los Estados Unidos, país este en el que el más sólido bastión del partido socialista se hallaba, sorprendentemente, entre los granjeros blancos, pobres e intensamente religiosos de Oklahoma. En las elecciones de 1912, el candidato socialista a la presidencia obtuvo más del 25 por 100 de los votos en los 23 condados más rurales de ese estado. Igualmente notable es el hecho de que los pequeños artesanos y tenderos estaban claramente suprarrepresentados en el Partido Socialista Italiano, de acuerdo con su número en el total de la población.

Sin duda, hay razones históricas que explican esos hechos. Allí donde la tradición política de la izquierda (secular) —republicana, democrática, jacobina, etc.— era antigua y fuerte, el socialismo podía ser considerado como su prolongación natural, la versión actualizada, por así decirlo, de la declaración de fe en las grandes causas eternas de la izquierda. En Francia, donde era una fuerza importante, los maestros de primera enseñanza, esos intelectuales populares de las zonas rurales y defensores de los valores republicanos, se sintieron fuertemente atraídos por el socialismo, y el principal grupo político de la Tercera República pagó tributo a los ideales de su electorado autodenominándose Partido Radical y Partido Socialista Radical en 1901. (Sin duda, no era ni radical ni socialista.) Pero los partidos socialistas obtenían fuerza, y también ambigüedad política, de esas tradiciones, porque, como hemos visto, las compartían, incluso cuando consideraban que ya no eran suficientes. Así, en aquellos estados donde el derecho de voto todavía era restringido, su lucha militante y eficaz por el derecho democrático de sufragio consiguió el apoyo de otros demócratas. Como partidos de los menos privilegiados, era lógico que fueran considerados como adalides de la lucha contra la desigualdad y el «privilegio», que había sido el eje central del radicalismo político desde las revoluciones norteamericana y francesa; tanto más cuanto que muchos de sus anteriores adalides —por ejemplo, la clase media liberal— se habían integrado en las filas de los privilegiados.

Pero los partidos socialistas se beneficiaron aún más de su condición de oposición incondicional a los ricos. Representaban a una clase que era pobre sin excepciones, aunque no muy pobre de acuerdo con los parámetros contemporáneos. Denunciaban con pasión encendida la explotación, la riqueza y su progresiva concentración. Aquellos que eran pobres y se sentían explotados, aunque no pertenecieran al proletariado, podían encontrar atractivo ese partido.

En tercer lugar, los partidos socialistas eran, prácticamente por definición, partidos dedicados a ese concepto clave del siglo XIX, el «progreso». Apoyaban, especialmente en su forma marxista, la inevitable marcha hacia adelante de la historia, hacia un futuro mejor, cuyo contenido exacto tal vez no estaba claro, pero que desde luego preveía el triunfo continuado y acelerado de la razón y la educación, de la ciencia y de la tecnología. Cuando los anarquistas españoles especulaban sobre su utopía lo hacían en términos de electricidad y de máquinas automáticas de eliminación de desechos. El progreso, aunque sólo fuera como sinónimo de esperanza, era la aspiración de quienes poseían muy poco o nada y las nuevas sombras de duda sobre su realidad o su conveniencia en el mundo de la cultura burguesa y patricia (véase más adelante) incrementaron sus asociaciones plebeyas y radicales desde el punto de vista político, al menos en Europa. Sin ninguna duda, los socialistas se beneficiaron del prestigio del progreso entre todos aquellos que creían en él, muy en especial entre los que habían sido educados en la tradición del liberalismo y la Ilustración.

Finalmente —y paradójicamente—, el hecho de estar al margen de los círculos del poder y de hallarse en permanente oposición (al menos hasta que se produjera la revolución) les reportaba una ventaja. El primero de esos factores les permitía obtener un apoyo mucho mayor del que cabía esperar estadísticamente en aquellas minorías cuya posición en la sociedad era en cierta forma anómala, como ocurría en la mayor parte de los países europeos con los judíos, aunque gozaban de una confortable posición burguesa, y en Francia con la minoría protestante. El segundo factor, que garantizaba que quedaban libres de la contaminación de la clase gobernante, les permitía conseguir el apoyo, en los imperios multinacionales, de las nacionalidades oprimidas, que por esa razón se aglutinaban en torno a la bandera roja, a la que prestaban un claro colorido nacionalista. Como veremos en el próximo capítulo, eso ocurría especialmente en el imperio zarista, siendo el caso más dramático el de los finlandeses. Por esa razón, el Partido Socialista Finlandés, que consiguió el 37 por 100 de los votos en cuanto la ley les permitió acudir a las urnas, ascendiendo hasta el 47 por 100 en 1916, se convirtió *de facto* en el partido nacional de su país.

En consecuencia, los partidos nominalmente proletarios encontraban seguidores en ámbitos muy alejados del proletariado. Cuando tal cosa ocurría, no era raro que esos partidos formaran gobierno, si las circunstancias eran favorables. Eso ocurriría a partir de 1918. Pero integrarse en el sistema de los gobiernos «burgueses» suponía abandonar la condición de revolucionarios o de oposición radical. Antes de 1914 eso no era impensable, pero desde luego era inadmisible por parte de la opinión pública. El primer socialista que se integró en un gobierno «burgués», incluso con la excusa de la unidad en defensa de la República contra la amenaza inminente de la reacción, Alexandre Millerand (1899) —posteriormente llegaría a ser presidente de Francia—, fue solemnemente expulsado del movimiento nacional e internacional. Hasta 1914, ningún político socialista serio fue lo bastante imprudente como para cometer ese mismo error. (De hecho, en Francia el Partido Socialista no

participó en el gobierno hasta 1936.) En esa tesitura, los partidos mantuvieron una actitud purista e intransigente hasta la primera guerra mundial.

Sin embargo, hay que plantear un último interrogante. ¿Es la historia de la clase obrera en este período simplemente la historia de las organizaciones de clase (no necesariamente socialistas) o la de la conciencia de clase genérica, expresada en el sistema de vida y el modelo de comportamiento del mundo aparte del proletariado? Eso es así únicamente en la medida en que las clases obreras se sentían y se comportaban, de alguna forma, como miembros de esa clase. Esa conciencia podía llegar muy lejos, hasta ámbitos completamente inesperados, como los ultrapiadosos tejedores chasídicos que fabricaban chales de oración rituales judíos en un remoto lugar de Galitzia (Kolomea), que se declararon en huelga contra sus patronos con la ayuda de los socialistas judíos locales. Sin embargo, eran muchos los pobres, especialmente los muy pobres, que no se consideraban ni se comportaban como «proletarios» y que no creían adecuadas para ellos las organizaciones y formas de acción del movimiento. Se veían como miembros de la categoría eterna de los pobres, los proscritos, los desafortunados o marginales. Si eran inmigrantes en la gran ciudad, procedentes del campo o de un país extranjero, podían vivir en un gueto, que coincidía con el suburbio obrero, aunque más frecuentemente estaba dominado por la calle, el mercado, por todo tipo de argucias legales e ilegales, donde sobrevivían a duras penas las familias pobres, sólo algunas de las cuales eran verdaderamente asalariadas. Lo que realmente importaba para ellos no era el sindicato ni el partido de clase, sino los vecinos, la familia, los protectores o patrones que podían hacerles favores y conseguirles trabajo, evitar más que presionar a las autoridades públicas, los sacerdotes, las gentes del mismo lugar en su país de origen, cualquiera y cualquier cosa que hiciera posible la vida en un mundo nuevo y desconocido. Si pertenecían a la vieja clase plebeya de la ciudad, la admiración hacia los anarquistas por su inframundo o su submundo no les hacía más proletarios o políticos. El mundo de *A Child of the Jago* (1896) de Arthur Morrison o el de la canción *Belleville-Ménilmontant* de Aristide Bruant no es el de la conciencia de clase, salvo en el sentido de que el resentimiento contra los ricos aparece en ambos. El mundo irónico, escéptico, totalmente apolítico de las canciones inglesas de *music-hall** que conocieron su edad dorada en este período, está más próximo al de la clase obrera consciente, pero sus temas —la suegra, la esposa, la carencia de dinero para el pago del alquiler— eran los de cualquier comunidad de seres desvalidos del siglo XIX.

No debemos olvidar esos mundos. De hecho, no están olvidados porque, paradójicamente, atraían a los artistas de la época más que el mundo respetable, monocromo y, sobre todo, provincial, del proletariado clásico. Pero tampoco debemos contraponerlo al mundo proletario. La cultura de los pobres plebeyos, incluso el mundo de los proscritos tradicionales, se difuminaba poco a poco hasta convertirse en el de la conciencia de clase donde ambos coexistían. Uno y otro se reconocían mutuamente, y donde la conciencia de clase y su movimiento eran fuertes, como por ejemplo en Berlín o en la gran ciudad portuaria de Hamburgo, el mundo misceláneo e industrial de la pobreza encajaba allí e incluso los chulos y los ladrones lo respetaban. No tenía nada que aportarle, aunque los anarquistas pensaban de forma distinta. Ciertamente, les faltaba la militancia permanente y, por supuesto, también el compromiso del activista, pero, como bien sabían todos los activistas, lo mismo le ocurría a la gran masa de la clase obrera. Eran inacabables las quejas de los militantes sobre ese peso muerto de la pasividad y el escepticismo. En la medida en que comenzó a surgir en este período una clase obrera consciente que encontraba expresión en su movimiento y su partido, la plebe preindustrial se integró en su esfera de influencia. Y aquellos que no se integraron han de quedar fuera de la historia, porque no fueron sus protagonistas, sino sus víctimas.

* Tal como cantara Gus Elen:

> Con una escalera y unas gafas
> se podrían ver los Hackney Marshes
> si no fuera por las casas de entremedio.

6. BANDERAS AL VIENTO: LAS NACIONES Y EL NACIONALISMO

> *«Scappa, che arriva la patria»* (Huye, que viene la patria.)
>
> Una campesina italiana a su hijo[1]

> *Su lenguaje se ha hecho complejo, porque ahora leen. Leen libros o de cualquier forma aprenden a leer en los libros ... La palabra y el idioma del lenguaje literario sirven y la pronunciación que sugiere su ortografía tiende a prevalecer sobre el uso local.*
>
> H. G. WELLS, 1901[2]

> *El nacionalismo ... ataca la democracia, destruye el anticlericalismo, combate el socialismo y mina el pacifismo, el humanitarismo y el internacionalismo ... Declara abolido el programa del liberalismo.*
>
> ALFREDO ROCCO, 1914[3]

I

Si el surgimiento de los partidos obreros fue una consecuencia importante de la política de democratización, también lo fue la aparición del nacionalismo en la política. No era en sí mismo un fenómeno nuevo (véase *La era de la revolución* y *La era del capital*). Sin embargo, en el período 1880-1914, el nacionalismo protagonizó un extraordinario salto hacia adelante, transformándose su contenido ideológico y político. El mismo léxico revela la importancia de esos años. En efecto, el término *nacionalismo* se utilizó por primera vez en las postrimerías del siglo XIX para definir grupos de ideólogos de derecha, en Francia e Italia, a quienes gustaba agitar la bandera nacional contra los extranjeros, los liberales y los socialistas y que se mostraban partidarios de la expansión agresiva de su propio estado, rasgo que había de ser característico de esos movimientos. Fue también en este período cuando la canción *Deutschland Über Alles* (Alemania sobre todos los de-

más) sustituyó a las composiciones rivales para convertirse en el himno nacional alemán. El término *nacionalismo*, aunque originalmente designaba tan sólo una versión reaccionaria del fenómeno, demostró ser más adecuado que la torpe expresión *principio de nacionalidad*, que había formado parte del vocabulario de la política europea desde 1830, y, por tanto, se aplicó a todos los movimientos para los cuales la «causa nacional» era primordial en la política: es decir, para todos aquellos que exigían el derecho de autodeterminación, en último extremo, el derecho de formar un estado independiente. Tanto el número de esos movimientos —o cuando menos el de los líderes que afirmaban hablar en su nombre— como su significado político se incrementaron enormemente en el período que estudiamos.

La base del «nacionalismo» de todo tipo era la misma: la voluntad de la gente de identificarse emocionalmente con «su» nación y de movilizarse políticamente como checos, alemanes, italianos o cualquier otra cosa, voluntad que podía ser explotada políticamente. La democratización de la política, y en especial las elecciones, ofrecieron amplias oportunidades para movilizarlos. Cuando los estados actuaban así hablaban de «patriotismo» y la esencia del nacionalismo original «de derechas» que apareció en los estados-nación ya existentes, era reclamar el monopolio del patriotismo para la extrema derecha política y, en consecuencia, calificar a todos los demás grupos de traidores. Ese fenómeno era nuevo, ya que durante la mayor parte del siglo XIX el nacionalismo se había identificado con los movimientos liberales y radicales y con la tradición de la Revolución francesa. Pero, por lo demás, el nacionalismo no se identificaba necesariamente con ninguna formación del espectro político. Entre los movimientos nacionales que no tenían todavía su propio estado había unos que se identificaban con la derecha o con la izquierda, mientras que otros eran indiferentes a ambas. Por otra parte, como ya hemos indicado, había movimientos, y no eran de los menos importantes, que movilizaban a hombres y mujeres sobre una base nacional, pero, por así decirlo, de forma accidental porque su primera preocupación era la liberación social. Si es cierto que en este período la identificación nacional era, o llegó a ser, un factor importante en la política de los estados, es totalmente erróneo considerar que la causa nacional era incompatible con cualquier otra. Naturalmente, los políticos nacionalistas y sus adversarios afirmaban que la causa nacional excluía a todas las demás, de la misma forma que cuando uno lleva un sombrero excluye la posibilidad de llevar otro al mismo tiempo. Pero como lo demuestra la experiencia histórica, eso no era así. En el período que estamos estudiando, era perfectamente posible ser, al mismo tiempo, un revolucionario marxista con conciencia de clase y un patriota irlandés, como James Connolly, que sería ejecutado en 1916 por encabezar la Insurrección de Pascua en Dublín.

Ahora bien, dado que, en los países donde se había impuesto la política de masas, los partidos tenían que competir por el mismo conjunto de seguidores y partidarios, éstos se veían obligados a realizar elecciones excluyentes entre sí.

Los nuevos movimientos obreros, que apelaban a sus seguidores potenciales sobre la base de la identificación de clase, no tardaron en comprender ese hecho, dado que se vieron compitiendo, como ocurrió muchas veces en territorios multinacionales, contra otros partidos que pedían al proletariado y a los socialistas potenciales que les apoyaran en tanto que checos, polacos o eslovenos. De ahí su preocupación por la «cuestión nacional» desde el momento en que se convirtieron en movimientos de masas. El hecho de que prácticamente todos los teóricos marxistas importantes, desde Kautsky y Rosa Luxemburg, pasando por los austromarxistas, hasta Lenin y el joven Stalin, participaran en los apasionados debates que se desarrollaron sobre este tema en el período que estudiamos, indica la urgencia y la importancia del problema.[4]

Allí donde la identificación nacional se convirtió en una fuerza política, constituyó, por tanto, una especie de sustrato general de la política. Esto hace extraordinariamente difícil definir sus múltiples expresiones, incluso cuando afirmaban ser específicamente nacionalistas o patrióticas. Como veremos, en el período que estudiamos, la identificación nacional alcanzó una difusión mucho mayor y se intensificó la importancia de la cuestión nacional en la política. Sin embargo más trascendencia tuvieron los importantes cambios que experimentó el nacionalismo político, preñados de profundas consecuencias para la marcha del siglo XX.

Hay que mencionar cuatro aspectos de ese cambio. Como ya hemos visto, el primero fue la aparición del nacionalismo y el patriotismo como una ideología de la que se adueñó la derecha política. Ese proceso alcanzaría su máxima expresión en el período de entreguerras, en el fascismo, cuyos antepasados ideológicos hay que encontrar aquí. El segundo de esos aspectos es el principio, totalmente ajeno a la fase liberal de los movimientos nacionales, de que la autodeterminación nacional, incluyendo la formación de estados soberanos independientes, podía ser una aspiración no sólo de algunas naciones susceptibles de demostrar una viabilidad económica, política y cultural, sino de todos los grupos que afirmaran ser una «nación». La diferencia entre los viejos y los nuevos supuestos queda ilustrada por la que existe entre las doce amplias entidades que constituían «la Europa de las naciones», según Giuseppe Mazzini, el gran profeta del nacionalismo decimonónico, en 1857 (véase *La era del capital*, capítulo 5, I), y los 26 estados —27 si incluimos a Irlanda— que surgieron como consecuencia del principio de autodeterminación nacional enunciado por el presidente Wilson al finalizar la primera guerra mundial. El tercer aspecto era la tendencia creciente a considerar que «la autodeterminación nacional» no podía ser satisfecha por ninguna forma de autonomía que no fuera la independencia total. Durante casi todo el siglo XIX, la mayor parte de las peticiones de autonomía no tenían esa dimensión. Finalmente, hay que mencionar la novedosa tendencia a definir la nación en términos étnicos y, especialmente, lingüísticos.

Antes de mediados del decenio de 1870 había estados, sobre todo en la porción occidental de Europa, que se consideraban representantes de «naciones» (por ejemplo, Francia, el Reino Unido o los nuevos estados de Alemania e Italia) y otros que, aunque basados en algún otro principio político, se consideraba que representaban al cuerpo central de sus habitantes sobre unas bases que podían considerarse de algún modo como nacionales (este era el caso de los zares, que gozaban de la lealtad del gran pueblo ruso en tanto que gobernantes rusos y ortodoxos). Con la excepción del imperio de los Habsburgo y, tal vez, del imperio otomano, las numerosas nacionalidades existentes en los estados constituidos no planteaban un grave problema político, sobre todo una vez que se produjo la creación de un estado, tanto en Alemania como en Italia. Ciertamente, no hay que olvidar a los polacos, divididos entre Rusia, Alemania y Austria, pero que nunca perdían de vista el restablecimiento de una Polonia independiente. No hay que olvidar tampoco, en el Reino Unido, a los irlandeses. Había también diversos núcleos de nacionalidades que, por una u otra razón, se encontraban fuera de las fronteras del estado-nación a la que habían preferido pertenecer, aunque sólo algunas de ellas planteaban problemas políticos; por ejemplo los habitantes de Alsacia-Lorena, anexionada por Alemania en 1871. (Niza y Saboya, entregadas a Francia en 1860 por lo que iba a ser el estado italiano, no mostraban signos importantes de descontento.)

Sin duda alguna, el número de movimientos nacionalistas se incrementó considerablemente en Europa a partir de 1870, aunque lo cierto es que en Europa se crearon muchos menos estados nacionales nuevos durante los cuarenta años anteriores al estallido de la primera guerra mundial que en los cuarenta años que precedieron a la formación del imperio alemán, y aquellos que se crearon no tenían gran importancia: Bulgaria (1878), Noruega (1907), Albania (1913).* Había ahora «movimientos nacionales» no sólo entre aquellos pueblos considerados hasta entonces como «no históricos» (es decir, que nunca habían tenido un estado, una clase dirigente y una elite cultural independientes), como fineses y eslovacos, sino también entre pueblos en los que nadie había pensado hasta entonces, con excepción de los entusiastas del folclore, como los estonios y macedonios. También en el seno de otros estados-nación establecidos mucho tiempo antes, las poblaciones regionales comenzaron a movilizarse políticamente como «naciones», esto ocurrió en Gales, donde en la década de 1890 se organizó un movimiento de la Joven Gales bajo el liderazgo de un abogado local, David Lloyd George, que daría mucho que hablar en el futuro, y de España, donde se formó un Partido Nacionalista Vasco en 1894. Aproximadamente en esos mismos años Theodor Herzl inició el movimiento sionista entre los judíos, para los que hasta entonces había sido desconocido y carente de sentido el tipo de nacionalismo que ese movimiento representaba.

* Los estados establecidos o reconocidos internacionalmente en 1830-1871 incluían a Alemania, Italia, Bélgica, Grecia, Serbia y Rumanía. El llamado «compromiso» de 1867 significaba también la concesión de una amplia autonomía a Hungría por parte del imperio de los Habsburgo.

Muchos de esos movimientos no tenían todavía gran apoyo entre aquellos en cuyo nombre decían hablar, aunque la emigración masiva aportaba a muchos de los miembros de las comunidades atrasadas el poderoso incentivo de la nostalgia para identificarse con lo que habían dejado atrás y abría sus mentes a las nuevas ideas políticas. De todas maneras, adquirió mayor fuerza la identificación de las masas con la «nación» y el problema político del nacionalismo comenzó a ser más difícil de afrontar tanto para los estados como para sus adversarios no nacionalistas. Probablemente, la mayor parte de los observadores del escenario europeo desde comienzos de la década de 1870 pensaban que, tras el período de la unificación de Italia y Alemania y el compromiso austrohúngaro, el «principio de nacionalidad» sería menos explosivo que antes. Incluso las autoridades austríacas, cuando se les pidió que incluyeran en el censo una pregunta sobre la lengua (medida recomendada por el Congreso Internacional de Estadística de 1873), no se negaron a hacerlo, aunque no mostraron gran entusiasmo al respecto. No obstante, pensaban que había que dejar pasar el tiempo necesario para que se enfriaran los ánimos nacionalistas de los diez años anteriores. Consideraban que eso ya habría ocurrido para el momento de realizar el nuevo censo de 1880. Difícilmente podrían haberse equivocado de forma más espectacular.[5]

Ahora bien, lo que resultó importante a largo plazo no fue tanto el grado de apoyo que concitó la causa nacional entre este o aquel pueblo como la transformación de la definición y el programa del nacionalismo. En la actualidad estamos tan acostumbrados a una definición étnico-lingüística de las naciones, que olvidamos que, en esencia, esa definición se inventó a finales del siglo XIX. Sin entrar a analizar en profundidad esta cuestión, baste recordar que los ideólogos del movimiento irlandés no comenzaron a vincular la causa de la nación irlandesa con la defensa del gaélico hasta poco tiempo después de la fundación de la Liga Gaélica en 1893; que fue en ese mismo período cuando los vascos situaron su lengua en la base de sus reivindicaciones nacionales (como un factor distinto y que nada tenía que ver con sus fueros —privilegios institucionales— históricos); que los apasionados debates sobre si el macedonio es más parecido al búlgaro que al serbocroata fueron los últimos argumentos utilizados para decidir a cuál de esos dos pueblos debían unirse. En cuanto a los judíos sionistas, fueron aún más lejos al identificar a la nación judía con el hebreo, una lengua que los judíos no habían utilizado para la vida cotidiana desde los días del cautiverio de Babilonia, si es que la habían utilizado alguna vez. Acababa de ser inventada (en 1880) como una lengua de uso cotidiano —diferente de la lengua sagrada o ritual, o de una *lingua franca* culta— por un hombre que comenzó el proceso de dotarla de un vocabulario adecuado, inventando un término hebreo para «nacionalismo», y esa lengua se aprendía más como un signo de compromiso sionista que como medio de comunicación.

No significa esto que hasta entonces la lengua no hubiera sido un aspecto importante en la cuestión nacional. Era un criterio de nacionalidad entre muchos otros; y, en general, cuanto menos destacado ese criterio, más fuerte la identificación de las masas de un pueblo con su colectividad. La lengua no era un campo de batalla ideológico para aquellos que simplemente la hablaban, aunque sólo fuera porque era prácticamente imposible ejercer el control sobre la lengua que las madres utilizaban para hablar con sus hijos, los maridos con sus esposas y los vecinos entre sí. La lengua que hablaban la mayor parte de los judíos, el yiddish, no tenía ninguna dimensión ideológica hasta que la adoptó la izquierda no sionista y a la mayoría de los judíos que hablaban esa lengua no les importaba que muchas autoridades (incluyendo a las del imperio de los Habsburgo) se negaran incluso a aceptarla como una lengua distinta. Fueron muchos millones los que decidieron convertirse en miembros de la nación norteamericana, que, sin duda, no tenía una base étnica única, y aprendieron inglés impulsados por la necesidad y la conveniencia, sin que en sus esfuerzos por hablar la lengua intervinieran las ideas del alma nacional o la continuidad nacional. El nacionalismo linguístico fue una creación de aquellos que escribían y leían la lengua y no de quienes la hablaban. Las «lenguas nacionales», en las que descubrían el carácter fundamental de sus naciones, eran, muy frecuentemente, una creación artificial, pues habían de ser compiladas, estandarizadas, homogeneizadas y modernizadas para su utilización contemporánea y literaria, a partir del rompecabezas de los dialectos locales o regionales que constituían las lenguas no literarias tal como eran hablabas. Las grandes lenguas nacionales escritas de los estados-nación o de las culturas cultivadas habían pasado esa fase de compilación y «corrección» mucho antes: el alemán y el ruso en el siglo XVIII, el francés y el inglés en el siglo XVII, el castellano y el italiano incluso antes. Para la mayor parte de las lenguas de los grupos lingüísticos reducidos, el siglo XIX fue el período de las grandes «autoridades», que fijaron el vocabulario y el uso «correcto» de su idioma. En el caso de algunas otras lenguas —el catalán, el vasco, las lenguas de los países bálticos—, ese proceso se produjo en torno al cambio de siglo.

Las lenguas escritas están estrechamente —aunque no necesariamente— vinculadas con los territorios e instituciones. El nacionalismo, que se convirtió en la versión habitual de la ideología y el programa nacionales, era fundamentalmentte territorial, pues su modelo básico era el estado territorial de la Revolución francesa. Una vez más, el sionismo constituye el ejemplo extremo, porque era un proyecto que no tenía precedente en —ni conexión orgánica con— la tradición que había dado al pueblo judío su permanencia, cohesión e indestructible identidad durante varios milenios. El sionismo exigía la adquisición de un territorio (habitado por otro pueblo) —para Herzl ni siquiera era necesario que ese territorio tuviera conexión histórica alguna con los judíos—, así como una lengua que no habían hablado desde hacía varios milenios.

La identificación de las naciones con un territorio exclusivo provocó tales problemas en amplias zonas del mundo afectadas por la emigración masiva e incluso en aquellas otras que no conocieron el fenómeno migratorio, que se elaboró una definición alternativa de nacionalidad, muy en especial en

el imperio de los Habsburgo y entre los judíos de la diáspora. El nacionalismo era considerado aquí como un fenómeno inherente no a un fragmento concreto del mapa en el que se asentaba un núcleo determinado de población, sino a los miembros de aquellos colectivos de hombres y mujeres que se consideraban como pertenecientes a una nacionalidad, con independencia del lugar donde vivían. En su calidad de tales, gozarían de «autonomía cultural». Los defensores de las teorías geográfica y humana de «la nación» se enzarzaron en agrias disputas, sobre todo en el seno del movimiento socialista internacional y, también, en el caso de los judíos, entre sionistas y bundistas. Ninguna de las dos teorías era totalmente satisfactoria, si bien la humana era más inofensiva. Desde luego, esa teoría no llevó a sus defensores a crear primero un territorio para luego obligar a sus habitantes a adoptar la forma nacional adecuada; es decir, como afirmaba Pilsudski, líder de la nueva Polonia independiente después de 1918: «Es el estado el que hace la nación y no la nación al estado».[6]

Desde el punto de vista sociológico, tenía razón, sin duda. No es que los hombres y mujeres —con la excepción de algunos pueblos nómadas o de la diáspora— no estuvieran profundamente enraizados en un lugar al que llamaban «patria», sobre todo teniendo en cuenta que durante la mayor parte de la historia la gran mayoría de la población pertenecía al sector con raíces más profundas de toda la humanidad, aquellos que vivían de la agricultura. Pero ese «territorio patrio» en nada se parecía al territorio de la nación moderna. La «patria» era el centro de una comunidad «real» de seres humanos con relaciones sociales reales entre sí, no la comunidad imaginaria que crea un cierto tipo de vínculo entre miembros de una población de decenas —en la actualidad incluso de centenares— de millones. El mismo vocabulario demuestra este hecho. En español, el término *patria* no fue sinónimo de *España* hasta finales del siglo XIX. En el siglo XVIII sólo significaba el lugar o aldea donde nacía una persona.[7] *Paese* en italiano («país») y *pueblo* en español significan tanto aldea como el territorio nacional de sus habitantes.* El nacionalismo y el estado aplicaron los conceptos asociados de familia, vecino y suelo patrio a unos territorios y poblaciones de un tamaño y escala tales que convirtieron a esos conceptos en simples metáforas.

Pero naturalmente, con el declive de las comunidades reales a las que estaba acostumbrada la gente —aldea y familia, parroquia y barrio, gremio, confraternidad y muchas otras—, declive que se produjo porque ya no abarcaban, como en otro tiempo, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la gente, sus miembros sintieron la necesidad de algo que ocupara su lugar. La comunidad imaginaria de «la nación» podía llenar ese vacío.

Se vio vinculada, inevitablemnte, a ese fenómeno característico del siglo XIX que es el «estado-nación». En efecto, en el terreno de la política, Pilsudski tenía razón. El estado no sólo creaba la nación, sino que *necesitaba* crear la nación. Los gobiernos llegaban ahora directamente a cada ciudadano de sus territorios en la vida cotidiana, a través de agentes modestos pero omnipresentes, desde los carteros y policías hasta los maestros y, en muchos países, los empleados del ferrocarril. Podían exigir el compromiso personal activo de los ciudadanos varones, más tarde también de las mujeres, con el estado: de hecho, su «patriotismo». En ese período cada vez más democrático, la autoridad no podía confiar ya en que los distintos órdenes sociales se sometieran espontáneamente a sus superiores en la escala social en la forma tradicional, ni tampoco en la religión tradicional como garantía eficaz de obediencia social, y necesitaba unir a los súbditos del estado contra la subversión y la disidencia. «La nación» era la nueva religión cívica de los estados. Constituía un nexo que unía a todos los ciudadanos con el estado, una forma de conseguir que el estado-nación llegara directamente a cada ciudadano, y era al mismo tiempo un contrapeso frente a todos aquellos que apelaban a otras lealtades por encima de la lealtad del estado: a la religión, a la nacionalidad o a un elemento étnico no identificado con el estado, tal vez sobre todo a la clase. En los estados constitucionales, cuanto más intensa fue la participación de las masas en la política a través de las elecciones, más posibilidades existían de que esas voces fueran escuchadas.

Además, incluso los estados no constitucionales comenzaron a comprender la fuerza política que residía en la posibilidad de apelar a sus súbditos sobre la base de la nacionalidad (una especie de llamamiento democrático sin los peligros de la democracia), así como sobre la base de su obligación de obedecer a las autoridades sancionadas por Dios. En la década de 1880 el zar de Rusia, enfrentado con las agitaciones revolucionarias, comenzó a aplicar la política que le había sido sugerida en vano a su abuelo en el decenio de 1830, de basar su gobierno no sólo en los principios de la autocracia y la ortodoxia, sino también en la nacionalidad: es decir, en apelar a los rusos en tanto que rusos.[8] Desde luego, en cierto sentido, prácticamente todos los monarcas del siglo XIX se vieron obligados a utilizar un disfraz nacional, pues casi ninguno de ellos era nativo del país que gobernaba. Los príncipes y princesas, alemanes en su mayoría, que se convirtieron en monarcas o en monarcas consortes de Inglaterra, Grecia, Rumanía, Rusia, Bulgaria o cualquier otro país, pagaron tributo al principio de nacionalidad convirtiéndose en británicos (como la reina Victoria) o griegos (como Otto de Baviera) o aprendiendo otra lengua que hablaban con acento extranjero, y ello aunque tenían mucho más en común con los otros miembros del sindicato internacional de príncipes —o más bien diríamos familia, ya que todos ellos estaban emparentados— que con sus propios súbditos.

Lo que hacía que el nacionalismo de estado fuera aún más fundamental era que la economía de una era tecnológica y la naturaleza de su administración pública y privada exigía una educación elemental de masas, o cuando menos que estuvieran alfabetizadas. El siglo XIX fue el período en que se eclipsó la comunicación oral cuando se amplió la distancia existente entre la

* La fuerza del serial alemán de televisión *Heimat* reside precisamente en que une la experiencia de los personajes de la «pequeña patria» —la montaña Hunsrück— con su experiencia de la «gran patria», Alemania.

autoridad y los súbditos y cuando la emigración masiva separó incluso a las madres y a los hijos, a los novios y a las novias a varios días de viaje de distancia. Desde el punto de vista del estado, la escuela presentaba otra ventaja fundamental: podía enseñar a los niños a ser buenos súbditos y ciudadanos. Hasta el triunfo de la televisión, ningún medio de propaganda podía compararse en eficacia con las aulas.

Podemos afirmar, pues, que desde el punto de vista de la educación, el período 1870-1914 fue por encima de todo la era de la escuela primaria en la mayor parte de los países europeos. El número de maestros se incrementó notablemente incluso en aquellos países que ya estaban bien escolarizados. Se triplicó en Suecia y aumentó casi otro tanto en Noruega. Al mismo tiempo, otros países relativamente atrasados avanzaron. El número de alumnos de escuelas primarias se duplicó en los Países Bajos; en el Reino Unido (que no tenía sistema educativo público antes de 1870) se triplicó y en Finlandia aumentó en trece veces. Incluso en los Balcanes, con un alto índice de analfabetismo, el número de niños de las escuelas elementales se cuadruplicó, mientras que el de maestros se triplicaba. Pero un sistema educativo nacional, es decir, organizado y supervisado por el estado, exigía una lengua nacional de instrucción. Así, la educación se unió a los tribunales de justicia y a la burocracia (véase *La era del capital*, capítulo 5) como fuerza que hizo de la lengua el requisito principal de nacionalidad.

Así pues, los estados crearon, con celo y rapidez extraordinarios, «naciones», es decir, patriotismo nacional y, al menos, para determinados objetivos, ciudadanos homogeneizados desde el punto de vista lingüístico y administrativo. La República francesa convirtió a los campesinos en franceses. El reino de Italia, siguiendo el lema de D'Azeglio (véase *La era del capital*, capítulo 5, II) desplegó todos sus esfuerzos, que se saldaron con éxito relativo, para «hacer italianos» a través de la escuela y el servicio militar, después de «haber hecho Italia». En los Estados Unidos, el conocimiento del inglés se convirtió en requisito para obtener la ciudadanía norteamericana y, desde finales del decenio de 1880, se comenzó a introducir un auténtico culto en la nueva religión cívica —la única permitida en una Constitución agnóstica— en forma de un ritual diario de homenaje a la bandera en todas las escuelas norteamericanas. Por su parte, el estado húngaro intentó por todos los medios convertir en magiares a sus habitantes multinacionales y el estado ruso trató de conseguir la rusificación de sus nacionalidades menores, es decir, intentó otorgar al ruso el monopolio de la educación. Allí donde el factor multinacional estaba suficientemente reconocido como para permitir que la educación elemental, e incluso secundaria, se realizara en otra lengua vernácula (como en el imperio de los Habsburgo), la lengua estatal gozaba de una ventaja decisiva en los niveles más elevados del sistema. De ahí la importancia, para aquellas nacionalidades que no estaban encarnadas en un estado, de la lucha por conseguir su propia universidad, como en Bohemia, Gales o Flandes.

En cuanto al nacionalismo de estado, real o (como en el caso de los monarcas) inventado por cuestión de conveniencia, era un arma estratégica de

dos filos. Si es verdad que movilizaba a una parte de la población, alienaba a otra, a aquellos que no pertenecían, o no querían pertenecer, a la nación identificada con el estado. En resumen, contribuyó a definir las nacionalidades excluidas de la nacionalidad oficial separando a aquellas comunidades que, por la razón que fuera, oponían resistencia a la lengua y la ideología oficiales.

II

Pero ¿por qué se resistían algunos, cuando muchos otros no lo hacían? Después de todo, los campesinos —y todavía más sus hijos— podían obtener importantes ventajas si se convertían en franceses, y lo mismo se puede decir de todos aquellos que adquirían una lengua importante de cultura y progreso profesional además de su propio dialecto o su lengua vernácula. En 1910, el 70 por 100 de los inmigrantes alemanes en Estados Unidos, que desde 1900 llegaron allí con un promedio de 41 dólares en el bolsillo,[9] eran ya ciudadanos norteamericanos que hablaban inglés, aunque desde luego no tenían intención alguna de dejar de hablar el alemán y de sentirse alemanes.[10] (En realidad, muy pocos estados intentaron realmente interrumpir la vida privada de las lenguas y culturas minoritarias, siempre que éstas no desafiaran la supremacía pública del estado-nación oficial.) Muchas veces, se daba el caso de que la lengua no oficial no podía competir eficazmente con la lengua oficial, excepto en temas de religión, poesía y sentimiento comunitario o familiar. Por muy extraño que nos pueda resultar en la actualidad, había apasionados nacionalistas galeses que aceptaban que su lengua celta ocupara un papel secundario en la centuria del progreso y algunos que incluso aceptaban la eutanasia natural de su lengua.* Eran muchos los que decidían emigrar no de un territorio a otro, sino de una a otra clase, trayecto que podía implicar muy bien un cambio de nación o, como mínimo, un cambio de lengua. La Europa central se llenó de nacionalistas alemanes con nombres eslavos y de magiares cuyos nombres eran traducción literal del alemán o adaptaciones de nombres eslovacos. La nación estadounidense y la lengua inglesa no fueron las únicas que, en la era del liberalismo y la movilidad, hicieron una invitación más o menos pública de adhesión. Eran muchos los que se sentían felices de aceptar esas invitaciones, tanto más cuanto que no se les exigía que rechazaran su origen. Durante la mayor parte del siglo XIX, la «asimilación» no fue ni mucho menos un término negativo, era lo que muchos esperaban conseguir, sobre todo aquellos que aspiraban a integrarse en las clases medias.

Una razón inequívoca que indujo a determinados miembros de algunas nacionalidades a negarse a «asimilarse» era que no se les permitía convertir-

* De hecho, el término lo utilizó un testigo galés ante el comité parlamentario de 1847 sobre la educación en Gales.

se en miembros de pleno derecho de la nación oficial. El caso extremo es el de las elites nativas en las colonias europeas, educadas en la lengua y la cultura de los países colonialistas para que pudieran administrar las colonias en beneficio de los europeos, pero que desde luego no eran tratadas como iguales. Antes o después tenía que estallar un conflicto en esos lugares, sobre todo si tenemos en cuenta que la educación occidental les proveía de una lengua específica para articular sus reivindicaciones. ¿Por qué tendrían que celebrar los indonesios el centenario de la liberación de los Países Bajos de las manos de Napoleón?, escribía un intelectual indonesio en 1913 (en holandés). Si él hubiera sido neerlandés, «no realizaría una celebración de independencia en un país en el que se ha arrebatado a su pueblo la independencia».[11]

Los pueblos coloniales eran un caso extremo, pues desde el principio estaba claro que, dado el racismo de la sociedad burguesa, la asimilación no habría de convertir a las gentes de piel oscura en ingleses, belgas u holandeses «reales», por mucho que tuvieran tanto dinero, sangre noble y tantas cualidades para los deportes como la nobleza europea, como ocurría en el caso de muchos rajás indios educados en Inglaterra. Pero incluso en los territorios habitados por blancos, se daba una flagrante contradicción entre la oferta de asimilación sin límites para todo aquel que demostrara su disposición y capacidad para integrarse en el estado-nación y el rechazo de algunos grupos en la práctica. Esto resultaba especialmente dramático para aquellos que habían supuesto hasta entonces, con argumentos plausibles, que no existían límites a lo que podía conseguir la asimilación: los judíos de clase media occidentalizados y cultivados. Esta es la razón por la que el caso Dreyfus en Francia, que no fue otra cosa sino el sacrificio de un oficial francés por ser judío, produjo una reacción de horror tan intensa, no sólo entre los judíos, sino también entre todos los liberales, y desembocó directamente en la aparición del sionismo, nacionalismo judío basado en un estado territorial.

Los cincuenta años anteriores a 1914 fueron un período típico de xenofobia y, por tanto, de reacción nacionalista ante ella porque —incluso dejando al margen el colonialismo global— fue una era de movilidad y migración masivas y, sobre todo durante los decenios de la depresión, de tensiones sociales abiertas u ocultas. Por poner un solo ejemplo, en 1914 unos 3,6 millones (o casi el 15 por 100 de la población) había abandonado para siempre el territorio de Polonia, sin contar otro medio millón de emigrantes estacionales *anuales*.[12] La consecuente xenofobia no procedió únicamente desde abajo. Sus manifestaciones más inesperadas, que reflejaban la crisis del liberalismo burgués, procedieron de las clases medias instaladas, que, de hecho, no era probable que llegaran nunca a conocer el tipo de personas que se asentaron en el Lower East Side de Nueva York o que vivían en las barracas de los recolectores de Sajonia. Max Weber, gloria de la intelectualidad burguesa alemana sin prejuicios, engendró un sentimiento tan intenso en contra de los polacos (de cuya importación masiva de mano de obra barata acusaba correctamente a los terratenientes alemanes), que en el decenio de 1890 entró a formar parte de la ultranacionalista Liga Pangermana.[13] El prejuicio racial

sistematizado contra «los eslavos, mediterráneos y semitas» en los Estados Unidos se dio entre los nativos blancos, en especial entre las clases media y alta protestantes y anglófonas, que inventaron incluso en este período su propio mito heroico nativista del *cowboy* anglosajón (y afortunadamente no agremiado) de los grandes espacios abiertos, tan diferentes de los peligrosos hormigueros de las grandes ciudades cada vez más pobladas.*

De hecho, para esta burguesía el aflujo de extranjeros pobres dramatizaba y simbolizaba los problemas planteados por el proletariado urbano en expansión, y en ellos se conjugaban las características de los «bárbaros» internos y externos, que amenazaban con acabar con la civilización tal como la conocían las gentes respetables (véase *supra*, p. 43). También dramatizaban, en ningún sitio como en los Estados Unidos, la aparente incapacidad de la sociedad para hacer frente a los problemas de un cambio precipitado y el imperdonable pecado de las nuevas masas de no aceptar la posición superior de las viejas elites. Fue en Boston, centro de la burguesía tradicional blanca, anglosajona y protestante, educada y rica, donde se fundó la Liga para la restricción de la emigración en 1893. Desde el punto de vista político, la xenofobia de las clases medias fue, casi con toda seguridad, más eficaz que la xenofobia de la clase obrera, que era un reflejo de las fricciones culturales existentes entre sectores próximos y del temor a la competencia por el puesto de trabajo por parte de una mano de obra que cobraba bajos salarios. Eso fue así excepto en un sentido. Fue la presión de la clase obrera la que, de hecho, excluyó a los extranjeros de los mercados de trabajo, pues en el caso de los empresarios el incentivo para importar mano de obra barata era casi irresistible. En los casos en que el elemento extranjero quedó totalmente excluido, como ocurrió con las prohibiciones planteadas a los inmigrantes que no fueran de raza blanca en California y Australia, y que se impusieron en los decenios de 1880 y 1890, esas medidas no provocaron enfrentamientos nacionales ni locales, lo cual, naturalmente, sí podía acontecer cuando se discriminaba a un grupo ya asentado, caso de los africanos en la Suráfrica blanca o de los católicos en el norte de Irlanda. Sin embargo, la xenofobia de la clase obrera raramente fue muy eficaz antes de 1914. Considerando el fenómeno en conjunto, lo cierto es que la mayor oleada migratoria que se ha producido en la historia provocó escasas agitaciones contra la inmigración de mano de obra extranjera incluso en los Estados Unidos, y en mucho casos, como en Argentina y Brasil, no se produjo agitación alguna.

De todas formas, quienes inmigraban a países extranjeros sentían que se despertaban en ellos sentimientos nacionalistas, tuvieran que sufrir o no la xenofobia local. Los polacos y eslovacos tomaron conciencia de su condición de tales no sólo porque una vez que abandonaban sus aldeas natales no po-

* Los tres miembros de la elite nororiental responsables fundamentalmente de este mito (que, por cierto, creó el pueblo fundamentalmente responsable de la cultura y vocabulario de los vaqueros, los mexicanos) fueron Owen Wister (autor de *El virginiano*, 1902), el pintor Frederick Remington (1861-1909) y el que luego sería presidente, Theodore Roosevelt.[14]

dían considerarse ya como pueblos que no necesitaban ninguna definición, y no sólo porque los estados a los que se incorporaban les imponían una nueva definición, clasificando a aquellos que hasta entonces se habían considerado sicilianos o napolitanos, o incluso nativos de Luca o Salerno, como «italianos» a su llegada a los Estados Unidos. Necesitaban su comunidad para encontrar ayuda. ¿De quién podían esperar ayuda aquellos inmigrantes que comenzaban a vivir una vida nueva, extraña y desconocida, excepto de los parientes y amigos, de gentes del viejo país? (Incluso aquellos que emigraban de una región a otra dentro del mismo país solían mantenerse unidos.) ¿Quién podía incluso comprender su lengua, sobre todo en el caso de la mujer, cuya actividad doméstica le hacía más difícil superar el monolingüismo? ¿Quién podía conseguir que dejaran de ser simplemente un contingente de extranjeros para convertirse en una comunidad excepto alguna institución como su Iglesia, que, aunque en teoría universal, en la práctica era nacional, porque sus sacerdotes procedían del mismo entorno que las congregaciones de fieles y los sacerdotes eslovacos tenían que hablarles en eslovaco, no importa cuál fuera la lengua en que celebraban la misa? Así, «la nacionalidad» se convirtió en un tejido real de relaciones personales más que en una comunidad simplemente imaginaria, por el solo hecho de que al encontrarse alejados de la patria, cada esloveno tenía una conexión personal potencial con los demás eslovenos cuando se encontraban.

Además, si había que organizar de alguna forma a esas poblaciones en las nuevas sociedades en que se encontraban, había que hacerlo de manera que permitiese la comunicación. Como hemos visto, los movimientos obreros y socialistas eran internacionalistas y soñaban incluso, como en otro tiempo los liberales (véase *La era del capital*, capítulo 3, I, IV), en un futuro en que todos hablarían una sola lengua, sueño que todavía sobrevive en algunos grupos reducidos de esperantistas. Como Kautsky mantenía todavía en 1908, llegaría finalmente un día en que todo el conjunto de la humanidad culta se fusionaría en una sola lengua y nacionalidad.[15] Pero, entretanto, tenían que afrontar el problema de la torre de Babel: los sindicatos de las fábricas de Hungría podrían verse obligados a realizar los llamamientos de huelga en cuatro lenguas distintas.[16] No tardaron en descubrir que las organizaciones formadas por nacionalidades mixtas no funcionaban bien a menos que sus miembros ya fueran bilingües. Los movimientos internacionales de las gentes trabajadoras *tenían que ser* combinaciones de unidades nacionales o lingüísticas. En los Estados Unidos el partido que se convirtió, de hecho, en partido de masas de los trabajadores, el de los demócratas, se desarrolló necesariamente como una coalición «étnica».

Cuanto más intensos eran los movimientos migratorios y más rápido el desarrollo de las ciudades y la industria que enfrentaba a unas masas de desarraigados con otras, mayor era la base para que surgiera una conciencia nacional entre esos desarraigados. Por eso, en muchos casos el exilio fue el lugar fundamental de incubación de los nuevos movimientos nacionales. Cuando el futuro presidente Masaryk firmó el acuerdo para la creación de un estado que uniera a checos y eslovacos (Checoslovaquia), lo hizo en Pittsburgh, porque era en Pensilvania y no en Eslovaquia donde había que buscar la base de masas de un nacionalismo eslovaco organizado. En cuanto a los atrasados pueblos de las montañas de los Cárpatos, conocidos en Austria como rutenos, que también se integrarían en Checoslovaquia entre 1918 y 1945, su nacionalismo sólo encontraba expresión organizada entre los emigrantes de los Estados Unidos.

Es posible que la ayuda y la protección de los emigrantes contribuyera al desarrollo del nacionalismo en sus naciones, pero no basta para explicarlo. Ahora bien, en la medida en que descansaba en una nostalgia ambigua de los viejos hábitos que los emigrantes habían dejado tras de sí, tenía algo en común con una fuerza que, sin duda, estimulaba el nacionalismo, sobre todo en las naciones más pequeñas. Esa fuerza era el neotradicionalismo, una reacción defensiva o conservadora frente a la perturbación del viejo orden social por la epidemia en aumento de la modernidad, el capitalismo, las ciudades y la industria, sin olvidar el socialismo proletario, que era su consecuencia lógica.

El elemento tradicionalista es evidente en el apoyo que la Iglesia católica prestó a movimientos tales como el nacionalismo vasco y flamenco y a otros muchos nacionalismos de pueblos pequeños que eran rechazados, casi por definición, por el nacionalismo liberal como incapaces de constituir estados-nación viables. Los ideólogos de derecha, cuyo número se incrementó, tendieron también a promocionar el regionalismo cultural de raíces tradicionales, como el félibrige provenzal. De hecho, los antepasados ideológicos de la mayor parte de los movimientos separatistas-regionalistas de la Europa occidental de finales del siglo XX (bretones, galeses, occitanos, etc.) se hallan en la derecha intelectual de los años anteriores a 1914. Por otra parte, entre esos pueblos pequeños, por lo general ni la burguesía ni el nuevo proletariado se interesaban por el mininacionalismo. En Gales, el desarrollo del movimiento obrero socavó el nacionalismo de la Joven Gales, que había amenazado con apoderarse del Partido Liberal. En cuanto a la nueva burguesía industrial, lo lógico era que prefiriera el mercado de una gran nación o del mundo a la limitación de un pequeño país o región. Ni en la Polonia rusa ni en el País Vasco, dos regiones con un exagerado desarrollo industrial dentro de estados más amplios, mostraron interés los capitalistas nativos por la causa nacional, y la burguesía de Gante, claramente francófila, era una provocación permanente para los nacionalistas flamencos. Aunque esa falta de interés no era universal, era lo bastante fuerte como para llevar a Rosa Luxemburg a suponer erróneamente que no existía una base burguesa en el nacionalismo polaco.

Pero, lo que aún era más frustrante para los nacionalistas tradicionalistas, la más tradicional de todas las clases, el campesinado, mostró también escaso interés por el nacionalismo. Los campesinos de lengua vasca manifestaron muy poco entusiasmo por el Partido Nacionalista Vasco, fundado en 1894 para defender todo lo ancestral frente a la incursión de los españoles y de los

trabajadores ateos. Como casi todos los movimientos de esas características, era una institución fundamentalmente urbana e integrada por miembros de la clase media y media baja.[17]

De hecho, el progreso del nacionalismo en el período que analizamos fue en gran medida un fenómeno protagonizado por esas capas medias de la sociedad. Así pues, está perfectamente justificado que los socialistas contemporáneos adjudicaran a ese fenómeno el calificativo de «pequeñoburgués». La relación con esas capas sociales contribuye a explicar las tres características nuevas que ya hemos señalado: la militancia lingüística, la exigencia de estados independientes en lugar de otras formas de autonomía más restringida y su identificación con la derecha y la ultraderecha políticas.

Para las clases medias bajas que trataban de elevarse desde un entorno popular, la carrera y la lengua vernácula estaban inseparablemente unidas. Desde el momento en que la sociedad descansaba en la alfabetización masiva, era indispensable que una lengua hablada llegara a ser oficial —un medio para la burocracia y la enseñanza— si se quería evitar que esa sociedad se hundiera en el submundo de una comunicación puramente oral dignificada ocasionalmente con el estatus de una exposición en un museo de folclore. La educación de masas, es decir, primaria, era el eje fundamental, pues sólo era posible realizarla en una lengua que pudiera entender el grueso de la población.* La educación en una lengua totalmente extranjera, viva o muerta, sólo es posible para una minoría selecta y muchas veces exigua que posee el tiempo, el dinero y el esfuerzo necesarios para adquirir un dominio suficiente de esa lengua. Una vez más, la burocracia era un elemento crucial, porque decidía el estatus oficial de una lengua, y porque en la mayor parte de los países ofrecía el mayor número de puestos de trabajo que exigían un nivel cultural. De aquí las innumerables luchas mezquinas que perturbaban la política del imperio de los Habsburgo desde 1890 en relación con la lengua que se debía utilizar para los rótulos de las calles en las zonas de nacionalidad mixta y sobre cuestiones tales como la nacionalidad de los jefes de correos o los jefes de estaciones.

Pero sólo el poder político podía transformar el estatus de las lenguas o dialectos menores (que, como todo el mundo sabe, son lenguas que no poseen un ejército ni una fuerza de policía). Esto explica las presiones y contrapresiones en la elaboración de los complejos censos del período (por ejemplo, los de Bélgica y Austria en 1910), de los que dependía el estatus político de una u otra lengua. Esto explica también, al menos en parte, la movilización política de los nacionalistas a causa de la lengua en el momento en que, como en Bélgica, el número de flamencos bilingües creció muy nota-

* La prohibición de utilizar el galés o alguna lengua o dialecto local en la clase, que dejó huellas tan traumáticas en los recuerdos de los eruditos e intelectuales locales, se debió no a una especie de pretensión totalitaria del estado-nación dominante, sino casi con toda seguridad a la convicción sincera de que sólo era posible una educación adecuada en la lengua del estado y de que la persona que fuera monolingüe inevitablemente se vería en inferioridad de condiciones como ciudadano en sus perspectivas profesionales.

blemente o, como en el País Vasco, en que el uso de la lengua vasca estaba desapareciendo prácticamente en las ciudades de más rápido crecimiento.[18] Sólo la presión política podía conseguir para esas lenguas «no competitivas» un lugar como medio de educación o de comunicación pública no escrita. Sólo eso y nada más que eso convirtió a Bélgica en un país oficialmente bilingüe (1870) y al flamenco en una asignatura abligatoria en las escuelas secundarias de Flandes (sólo en 1883). Pero una vez que la lengua no oficial había alcanzado esa posición oficial, automáticamente consiguió una importante circunscripción política formada por personas cultas de lengua vernácula. Entre los 4,8 millones de alumnos de las escuelas primaria y secundaria de Austria en 1912 existían muchos más nacionalistas potenciales y reales que entre los 2,2 millones de 1874, sin mencionar los aproximadamente 100.000 nuevos profesores dedicados ahora a instruirles en las diferentes lenguas enfrentadas.

Con todo, en las sociedades multilingües, aquellos que eran educados en la lengua vernácula y que podían utilizar esa educación para realizar un progreso profesional se sentían, sin embargo, inferiores y desheredados. En efecto, si en la práctica se encontraban en una posición ventajosa para competir por los puestos de trabajo de menos importancia, porque tenían muchas más probabilidades de ser bilingües que los *snobs* de la lengua de elite, podían considerarse, no sin razón, en desventaja a la hora de optar a los puestos más importantes. Esto explica la presión para extender la enseñanza vernácula de la educación primaria a la secundaria y, finalmente, a la cima del sistema educativo, la universidad vernácula. Tanto en Gales como en Flandes la demanda de una universidad vernácula fue exclusivamente política (y muy intensa) por esa razón. De hecho, en Gales la universidad nacional, creada en 1893, fue durante un tiempo la primera y *única* institución nacional de un pueblo cuyo pequeño país no tenía existencia administrativa o de otro tipo separada de Inglaterra. Aquellos cuya primera lengua era una lengua vernácula no oficial habían de verse apartados, casi con toda seguridad, de las parcelas más elevadas de la cultura y de los asuntos privados y públicos, a no ser en tanto que hablantes de la lengua oficial y superior en que tales asuntos eran conducidos. En resumen, el mismo hecho de que nuevos sectores de las clases medias bajas e incluso de la clase media hubieran sido educados en esloveno o en flamenco hacía destacar el hecho de que los puestos más elevados quedaban en manos de los que hablaban todavía francés o alemán, aunque no se preocuparan de aprender la lengua secundaria.

Se hacía necesaria una mayor presión política para superar esa dificultad. De hecho, lo que se necesitaba era *poder* político. Para expresarlo con toda claridad, había que obligar a la gente a utilizar la lengua vernácula para todas aquellas actividades en las que normalmente habrían preferido utilizar otra lengua. Hungría insistía en el uso del magiar en la escuela, aunque cualquier húngaro educado, entonces como ahora, sabía perfectamente que el conocimiento de al menos una de las lenguas utilizadas internacionalmente era fundamental para ocupar cualquier puesto, excepto los más bajos, en la so-

ciedad húngara. La imposición, o la presión del gobierno, equivalente a una imposición, fue el procedimiento para convertir al magiar en una lengua literaria que pudiera ser utilizada para todos los aspectos necesarios de una sociedad moderna en su propio territorio, aunque nadie pudiera entender una palabra de ella fuera de ese territorio. El poder político por sí sólo —en último extremo el poder del estado— podía ser suficiente para alcanzar ese resultado. Los nacionalistas, en especial aquellos cuyas perspectivas de vida y de carrera estaban vinculadas a su lengua, no iban a plantear si existían otras formas para conseguir que las lenguas se desarrollaran y florecieran.

En este contexto, el nacionalismo lingüístico tenía una tendencia intrínseca a la secesión. Y, a la inversa, la reivindicación de un territorio estatal independiente parecía cada vez más inseparable de la lengua; vemos, así, que en el decenio de 1890 la defensa oficial del gaélico penetra en el nacionalismo irlandés, aunque —o tal vez por ello— la mayor parte de los irlandeses se sentían plenamente satisfechos hablando sólo inglés. Por su parte, el sionismo inventó el hebreo como lengua cotidiana, porque ninguna otra lengua de los judíos les comprometía en la construcción de un estado territorial. Hay cabida para una serie de reflexiones interesantes sobre el diferente destino que conocieron los esfuerzos políticos de ingeniería lingüística, pues algunos de ellos se saldarían con el fracaso (como la reconversión de los irlandeses al gaélico) o con un fracaso a medias (como la construcción de un noruego más noruego: nynorsk), mientras que otros intentos acabarían triunfando. Sin embargo, hasta 1914 por lo general faltó el necesario poder del estado. En 1916 no eran más de 16.000 los hablantes habituales del hebreo.

Pero el nacionalismo estaba unido de otra forma a las capas medias de la población, lo que impulsó a ambos hacia la derecha política. La xenofobia se daba fácilmente entre los comerciantes, los artesanos independientes y algunos campesinos amenazados por el progreso de la economía industrial, sobre todo, una vez más, durante los difíciles años de la depresión. El extranjero simbolizaba la perturbación de los viejos hábitos y el sistema capitalista que los perturbaba. Así, el virulento antisemitismo político que hemos visto que se difundió por el mundo occidental a partir de 1880 poco tenía que ver con el número real de judíos contra quienes iba dirigido: era tan eficaz en Francia, donde había 60.000 judíos en una población de 40 millones, como en Alemania, donde su número ascendía a medio millón en una población de 65 millones, o en Viena, donde constituían el 15 por 100 de la población total. (No era un factor político en Budapest, donde formaban la cuarta parte de la población.) Ese antisemitismo iba dirigido hacia los banqueros, empresarios y otros a quienes se identificaba con la destrucción que el capitalismo causaba en los «hombres pequeños». La caricatura típica del capitalista durante la *belle époque* no era únicamente la de un hombre gordo con sombrero de copa y fumando un puro, sino que además tenía una nariz judía, porque los sectores económicos en los que destacaban los judíos competían con los pequeños tenderos y porque otorgaban o negaban créditos a los granjeros y a los pequeños artesanos.

Para el líder socialista alemán Bebel, el antisemitismo era «el socialismo de los idiotas». Pero lo que sorprende en el desarrollo del antisemitismo político a finales de la centuria no es tanto la ecuación «judío = capitalista», que no era inverosímil en extensas zonas de la Europa centrooriental, sino su asociación con el nacionalismo de *derechas*. Esto era consecuencia no sólo de la aparición de movimientos socialistas que combatían sistemáticamente la xenofobia latente o abierta de sus seguidores, de forma que en esos sectores el rechazo de los extranjeros y de los judíos tendía a ser mucho más vergonzoso que en el pasado. Esto significó una clara orientación de la ideología nacionalista hacia la derecha en los estados más importantes, especialmente en el decenio de 1890, cuando vemos, por ejemplo, cómo las antiguas organizaciones de masa del nacionalismo alemán, las *Turner* (asociaciones gimnásticas), derivaron del liberalismo heredado de la revolución de 1848 hacia una postura agresiva, militarista y antisemítica. Fue a raíz de que los estandartes del patriotismo pasaran a ser propiedad de la derecha política cuando la izquierda encontró problemas para adaptarlos, incluso allí donde el patriotismo estaba tan firmemente identificado con la revolución y la causa del pueblo como en el caso de la bandera tricolor francesa. Agitar el nombre y la bandera nacionales les parecía un riesgo de contaminación de la ultraderecha. Tendría que llegar la era hitleriana para que la izquierda francesa recuperara por completo el patriotismo jacobino.

El patriotismo se decantó hacia la derecha política, no sólo porque su anterior sostén ideológico, el liberalismo burgués, se batía en retirada, sino también porque la situación internacional que aparentemente había permitido que el liberalismo y el nacionalismo fueran compatibles ya no era la misma. Hasta la década de 1870 —tal vez incluso hasta el Congreso de Berlín de 1878— podía afirmarse que la victoria de un estado-nación no significaba necesariamente la derrota de otro. De hecho, el mapa de Europa se había transformado mediante la creación de dos grandes estados-nación (Alemania e Italia) y la formación de otros más reducidos en los Balcanes, sin que se produjera ninguna guerra ni se dislocase el sistema internacional de estados. Hasta la gran depresión, el librecambio, que tal vez beneficiaba al Reino Unido más que a otros países, interesaba a todos. Pero la situación varió a partir de 1870, y cuando el estallido de un conflicto global comenzó a ser considerado de nuevo como una posibilidad real, aunque no inevitable, comenzó a ganar terreno el nacionalismo que veía a las otras naciones como una amenaza.

Ese nacionalismo engendró los movimientos de la derecha política que surgieron de la crisis del liberalismo y, al mismo tiempo, fue reforzado por esos movimientos. Ciertamente, aquellos hombres que fueron los primeros en autotitularse «nacionalistas» se vieron muchas veces impulsados a la acción por la experiencia de la derrota de sus estados en la guerra. Tal es el caso de Maurice Barrès (1862-1923) y Paul Deroulède (1846-1914) tras la victoria alemana sobre Francia en 1870-1871, y de Enrico Corradini (1865-1931) tras la derrota de Italia, aún más estrepitosa, a manos de Etiopía en 1896. Y los movimientos que fundaron, que hicieron que el término *nacionalismo* se in-

corporara a los diccionarios de carácter general, fueron creados deliberadamente «como reacción contra la democracia entonces en el gobierno», es decir, contra la política parlamentaria.[19] Los movimientos franceses de este tipo siguieron siendo marginales, caso de la Action Française (fundada en 1898) que se perdió en un monarquismo irrelevante desde el punto de vista político y en una prosa injuriosa. Por su parte, los movimientos nacionalistas italianos se fusionaron con el fascismo después de la primera guerra mundial. Eran exponentes característicos de un nuevo tipo de movimientos políticos basados en el chovinismo, la xenofobia y, cada vez más, en la idealización de la expansión nacional, la conquista y la guerra.

Un nacionalismo de esas características era el vehículo perfecto para expresar los resentimientos colectivos de aquella gente que no podía explicar con precisión su descontento. Los culpables de ese descontento eran los extranjeros. El caso Dreyfus dio al antisemitismo francés unos ribetes especiales, no sólo porque el acusado era judío (¿qué se le había perdido a un extranjero en el generalato francés?), sino también porque su supuesto crimen era el de espionaje en favor de Alemania. Por otra parte, a los «buenos» alemanes se les helaba la sangre ante la idea de que su país estaba siendo «rodeado» sistemáticamente por la alianza de sus enemigos, como sus líderes les recordaban con frecuencia. Mientras tanto, los ingleses se disponían a celebrar el estallido de la guerra mundial (como otros pueblos beligerantes) mediante una explosión de histeria antiextranjera que aconsejó sustituir el nombre alemán de la dinastía real por el apellido anglosajón de «Windsor». Sin duda, todo ciudadano nativo, con la excepción de una minoría de socialistas internacionalistas, de algunos intelectuales, hombres de negocios cosmopolitas y de los miembros del club internacional de aristócratas, sintieron hasta cierto punto el atractivo del chovinismo. Sin duda, casi todo el mundo, incluso muchos socialistas e intelectuales, estaban tan profundamente imbuidos del racismo esencial de la civilización decimonónica (véase *La era del capital*, capítulo 14, II, e *infra*, pp. 262-263), que eran también vulnerables, de forma indirecta, a las tentaciones que derivan del hecho de considerar que la clase o el pueblo al que uno pertenece tiene una superioridad natural intrínseca sobre los demás. El imperialismo no podía sino reforzar esas tentaciones entre los miembros de los estados imperialistas. Pero, desde luego, los que respondieron con mayor fuerza a los sonidos de las trompetas nacionalistas pertenecían al espectro que iba desde las clases altas de la sociedad a los campesinos y proletarios en el escalón más bajo.

Para ese conjunto de capas medias, el nacionalismo tenía también un atractivo más amplio y menos instrumental. Les proporcionaba una identidad colectiva como «defensores auténticos» de la nación que les eludía como clase, o como aspirantes a alcanzar el estatus burgués que tanto codiciaban. El patriotismo compensaba la inferioridad social. Así, en el Reino Unido, donde no existía el servicio militar obligatorio, la curva de reclutamiento voluntario de los soldados de clase trabajadora en la guerra imperialista surafricana (1899-1902) refleja simplemente la situación económica. Crecía

o disminuía de acuerdo con la marcha del desempleo. Pero la curva de reclutamiento entre los jóvenes de clase media baja y entre los administrativos reflejaba claramente el atractivo de la propaganda patriótica. En cierto sentido, el patriotismo de uniforme podía aportar una recompensa social. En Alemania permitía conseguir la condición potencial de oficial de la reserva para aquellos muchachos que habían seguido la educación secundaria hasta los 16 años, incluso aunque no continuaran sus estudios. En el Reino Unido, como la guerra iba a poner de relieve, incluso los empleados y vendedores al servicio de la nación podían llegar a ser oficiales y —en la terminología brutalmente sincera de las clases altas británicas— «caballeros temporales».

III

Pero el nacionalismo del período 1870-1914 no puede ser reducido a la condición de una ideología que atraía a las frustradas clases medias o a los antepasados antiliberales (y antisocialistas) del fascismo. En efecto, es indudable que en este período los gobiernos, partidos o movimientos que estaban en condiciones de hacer un llamamiento nacional gozaban de una posición ventajosa, mientras que los que no gozaban de esa posibilidad estaban en situación de desventaja. Es innegable que el estallido de la guerra en 1914 produjo accesos genuinos, aunque a veces efímeros, de patriotismo de masas en los principales países beligerantes. Y en los estados multinacionales, los movimientos obreros organizados sobre una base estatal lucharon y perdieron la batalla contra la disgregación en movimientos separados basados en cada una de las nacionalidades de los trabajadores. El movimiento obrero y socialista del imperio de los Habsburgo se escindió, pues, antes de que lo hiciera el mismo imperio.

De todas formas, existe una diferencia fundamental entre el nacionalismo como ideología de movimientos nacionalistas y de unos gobiernos deseosos de agitar la bandera nacional, y el llamamiento más amplio de la nacionalidad. Los primeros sólo tenían en cuenta la creación o el engrandecimiento de «la nación». Su programa era resistir, expulsar, derrotar, conquistar, someter o eliminar «al extranjero». Todo lo demás carecía de importancia. Era suficiente con afirmar el carácter irlandés, alemán o croata de los irlandeses, alemanes o croatas en su propio estado independiente, que les perteneciera únicamente a ellos, anunciar su futuro glorioso y hacer todo tipo de sacrificios para conseguirlo.

En la práctica, fue esto lo que limitó su influencia a un conjunto de ideólogos y militantes apasionados, a una informe clase media que buscaba cohesión y autojustificación, a unos grupos (una vez más, fundamentalmente entre los «hombres pequeños») que pudieran descargar todos su descontento sobre los malhadados extranjeros... y, por supuesto, a unos gobiernos que recibieron de buen grado una ideología que decía a los ciudadanos que el patriotismo era suficiente.

Pero para la mayor parte de la gente, el nacionalismo por sí solo no bastaba. Paradójicamente, esto se aprecia con toda claridad en los movimientos de nacionalidades que no habían alcanzado todavía la autodeterminación. En el período que estudiamos, los movimientos nacionales que consiguieron un auténtico apoyo de masas —y, desde luego, no todos los movimientos que lo buscaron lo consiguieron— fueron prácticamente siempre los que conjugaron la apelación a la nacionalidad y la lengua con algún otro interés poderoso o fuerza movilizadora, antigua o moderna. Una de esas fuerzas movilizadoras era la religión. Sin la Iglesia católica, los movimientos flamenco y vasco habrían carecido de significación política, y nadie pone en duda que el catolicismo dio consistencia e implantación entre las masas al nacionalismo de irlandeses y polacos, gobernados por unas autoridades cuya confesión religiosa era distinta. De hecho, durante este período el nacionalismo de los fenianos irlandeses que originalmente era un movimiento secular y anticlerical dirigido a los irlandeses sin atender a su condición religiosa, llegó a ser una fuerza política importante precisamente cuando permitió que el nacionalismo irlandés se identificara con el irlandés católico.

Como ya hemos sugerido —y esto es aún más sorprendente—, hubo partidos cuyo objetivo original y fundamental era la liberación internacional social y clasista, que se convirtió también en vehículo de la liberación nacional. El restablecimiento de la independencia de Polonia se consiguió no bajo el liderazgo de ninguno de los numerosos partidos cuyo único objetivo era la independencia, sino bajo la dirección del Partido Socialista Polaco de la Segunda Internacional. El mismo modelo aparece en el nacionalismo armenio y, sin duda, también en el nacionalismo territorial judío. No hay que atribuir la aparición de Israel a Herzl ni a Weizmann, sino al sionismo obrero de inspiración rusa. Si algunos de esos partidos fueron justamente criticados en el seno del socialismo internacional por situar el nacionalismo muy por delante de la liberación social, no puede decirse lo mismo de otros partidos socialistas, o incluso marxistas, que para su sorpresa se vieron representando a naciones concretas: el Partido Socialista Finlandés, los mencheviques en Georgia, el Bund judío en amplias zonas del este de Europa y, de hecho, incluso los bolcheviques en Letonia, que eran declaradamente antinacionalistas. A la inversa, también los movimientos nacionalistas comprendieron que era necesario, si no elaborar un programa social específico, cuando menos interesarse por las cuestiones económicas y sociales. No ha de sorprender que fuera en la industrializada Bohemia, desgarrada entre checos y alemanes, atraídos ambos por los movimientos obreros,* donde surgieron movimientos que se autodenominaban «socialistas nacionales». Los socialistas nacionales checos llegaron a ser el partido más representativo de la Checoslovaquia independiente y de sus filas procedió su último presidente (Benes). Los nacionalsocialistas alemanes inspiraron a un joven austríaco que adoptó su nombre y su

* Los socialdemócratas obtuvieron el 38 por 100 de los votos checos en la primera elección democrática (1907) y se convirtieron en el partido mayoritario.

mezcla de ultranacionalismo antisemítico y de vaga demagogia social populista en la Alemania posterior a la primera guerra mundial: Adolf Hitler.

De todas formas, el nacionalismo se hizo popular fundamentalmente cuando se ingirió como un cóctel. Su atractivo no consistía en su propio sabor, sino en su combinación con otro u otros ingredientes, que, se esperaba, calmaría la sed material y espiritual de sus consumidores. Pero este nacionalismo, a pesar de ser bastante auténtico, no era tan militante ni tan sólido, y ciertamente no era tan reaccionario, como la derecha patriotera hubiera querido que fuera.

El imperio de los Habsburgo, que a no tardar se desintegraría como consecuencia de las diferentes presiones nacionales, ilustra, paradójicamente, las limitaciones del nacionalismo. En efecto, aunque en los primeros años del decenio de 1900 la mayor parte de la población era perfectamente consciente de pertenecer a una nacionalidad concreta, eran pocos los que comprendían que eso era incompatible con el apoyo a la monarquía de los Habsburgo. Ni siquiera tras el estallido de la guerra pasó a ser la independencia nacional un tema de primera importancia, y una hostilidad abierta frente al estado sólo se apreciaba en cuatro de las naciones de los Habsburgo, tres de las cuales podían identificarse con estados nacionales situados más allá de sus fronteras (italianos, serbios, rumanos y checos). La mayor parte de las nacionalidades no mostraban deseos visibles de salir de lo que los fanáticos de las clases medias y medias bajas llamaban «la presión de los pueblos». Y cuando, en el curso de la guerra, se intensificaron realmente el descontento y los sentimientos revolucionarios, se manifestaron fundamentalmente no en movimientos de independencia nacional, sino de revolución social.[30]

En cuanto a los beligerantes occidentales, en el curso de la guerra el sentimiento antibelicista y el descontento social se impusieron cada vez más sobre el patriotismo de los ejércitos, aunque sin llegar a destruirlo. El extraordinario impacto internacional de las revoluciones rusas de 1917 sólo puede comprenderse si tenemos en cuenta que quienes en 1914 habían ido a la guerra de buen grado, incluso con entusiasmo, lo habían hecho llevados de la idea de patriotismo que no podía quedar limitado a consignas nacionalistas, pues incluía una idea de lo que les era debido a los ciudadanos. Esos ejércitos no habían ido a la guerra llevados del gusto de la lucha, de la violencia y del heroísmo, ni para llevar adelante el egoísmo nacional y el expansionismo del nacionalismo de la derecha. Y menos aún puede afirmarse que les impulsara la hostilidad hacia el liberalismo y la democracia.

Bien al contrario. La propaganda interna de todos los beligerantes pone de relieve, en 1914, que el punto en el que había que hacer hincapié no era la gloria y la conquista, sino el de que «nosotros» éramos las víctimas de una agresión o de una política de agresión, y que «ellos» representaban una amenaza mortal para los valores de la libertad y la civilización que «nosotros» encarnábamos. Más aún, era imposible movilizar a los hombres y mujeres para la guerra a menos que sintieran que la guerra era algo más que un simple combate armado; que en cierto sentido el mundo sería mejor porque

«nuestra» victoria y «nuestro» país sería —en palabras de Lloyd George— «una tierra adecuada para que en ella pudieran vivir los héroes». Los gobiernos británico y francés afirmaban, pues, defender la democracia y la libertad frente al poder monárquico, el militarismo y la barbarie («los hunos»), mientras que el gobierno alemán decía defender los valores del orden, la ley y la cultura frente a la autocracia y la barbarie rusa. Las perspectivas de conquista y de engrandecimiento imperialista podían proclamarse en las guerras coloniales, pero no en los grandes conflictos, aunque de hecho esos temas ocuparan entre bambalinas a los ministros de Asuntos Exteriores.

Las masas de soldados alemanes, franceses y británicos que acudieron a la guerra en 1914 lo hicieron no como guerreros o aventureros, sino en su calidad de ciudadanos y civiles. Pero ese mismo hecho demuestra la necesidad de patriotismo para los gobiernos que actúan en las sociedades democráticas, y también su fuerza. En efecto, sólo el sentimiento de que la causa del estado era también la suya propia pudo movilizar a las masas; y en 1914, los británicos, franceses y alemanes tenían ese sentimiento. De esta forma se movilizaron, hasta que tres años de masacres sin precedentes y el ejemplo de la revolución en Rusia sirvieron para que comprendieran que se habían equivocado.

7. QUIÉN ES QUIÉN O LAS INCERTIDUMBRES DE LA BURGUESÍA

En el sentido más amplio posible ... el yo del hombre es la suma total de lo que puede llamar suyo, no sólo su cuerpo y sus poderes físicos, sino sus ropas y su casa, su esposa y sus hijos, sus antepasados y amigos, su reputación y sus obras, sus tierras y caballos y sus yates y sus cuentas bancarias.

WILLIAM JAMES[1]

Con entusiasmo extraordinario ... comienzan a comprar ... Se lanzan a ello como uno se lanza a una carrera; como clase hablan, sueñan y piensan en sus posesiones.

H. G. WELLS, 1909[2]

El College ha sido fundado por el consejo de la mujer del fundador ... para permitir la mejor educación de la mujer de las clases alta y media alta.

De la Foundation Deed of Holloway College, 1883

I

Centraremos ahora nuestra atención en aquellos para quienes la democratización parecía ser una amenaza. En el siglo de la burguesía triunfante, los miembros de las exitosas clases medias se sentían seguros de su civilización, confiados y sin dificultades económicas, aunque sólo muy al final de la centuria se sintieron *confortables* desde el punto de vista físico. Hasta entonces habían vivido bien, rodeados de una profusión de objetos sólidos decorados, revestidos con grandes cantidades de tejidos, capacitados para conseguir lo que consideraban adecuado para personas de su condición e inadecuado para los de posición inferior, y consumiendo comida y bebida en cantidades importantes, e incluso excesivas. La comida y la bebida, al menos en algunos

países, eran excelentes: la *cuisine bourgeoise*, cuando menos en Francia, era un término de alabanza gastronómica. En los demás lugares, eran abundantes. Un amplio conjunto de sirvientes compensaba las incomodidades de sus casas. Pero eso no servía para ocultarlas. Sólo muy a finales de la centuria la sociedad burguesa desarrolló un estilo de vida y consiguió el equipamiento material adecuado, dirigido a satisfacer las necesidades de la clase que se suponía que constituía su espina dorsal: los hombres de negocios, las profesiones liberales y los niveles más elevados del funcionariado, que no aspiraban necesariamente a conseguir el estatus de la aristocracia ni las recompensas materiales de los más ricos, pero cuya posición les situaba muy por encima de aquellos para quienes comprar una cosa significaba tener que olvidarse de otras.

La paradoja de la más burguesa de las centurias fue que su forma de vida sólo llegó muy tarde a ser «burguesa», que esa transformación se inició en su periferia más que en su centro y que, como una forma y un estilo de vida específicamente burgués, sólo triunfó momentáneamente. Esta es tal vez la razón por la que los supervivientes miraban hacia atrás al período anterior a 1914, tantas veces y tan nostálgicamente, como a una *belle époque*. Comencemos el estudio de las clases medias en este período analizando esa paradoja.

Ese nuevo estilo de vida se centraba en la casa y el jardín en un barrio residencial, que hace mucho tiempo han dejado de ser específicamente «burgueses», excepto como un índice de aspiración. Como muchas otras cosas de la sociedad burguesa, esto procedía del país clásico del capitalismo, Gran Bretaña. Lo detectamos por primera vez en los barrios ajardinados construidos por arquitectos como Norman Shaw en el decenio de 1870, para las casas de la clase media, confortables pero no especialmente acomodadas (Bedford Park). Esos barrios, pensados por lo general para estratos de población mucho más acomodados que sus equivalentes británicos, aparecieron en las afueras de las ciudades centroeuropeas —el Cottage-Viertel en Viena, Dahlem y el Grünewald-Viertel en Berlín— y finalmente descendieron en la escala social hasta los suburbios de clase media baja o el laberinto de «pabellones» no planificados en los límites de las grandes ciudades y, por último, a través de constructores especuladores y de arquitectos idealistas desde el punto de vista social, a las calles y colonias semiseparadas que intentaban reproducir el espíritu de la aldea y la pequeña ciudad (*Siedlungen* o «asentamientos» fue el significativo término que se les aplicó en alemán) de algunas casas municipales para los trabajadores mejor situados a finales del siglo XX. La casa ideal de la clase media no se situaba ya en las calles de la ciudad, no era una «casa de ciudad» o su sustituto, un apartamento en un gran edificio que daba a una calle de la ciudad y que pretendía ser un palacio, sino más bien una casa de campo urbanizada o suburbanizada (la «villa» o incluso el *cottage*) en un parque o jardín en miniatura y rodeado de espacio verde. Resultaría ser un poderoso ideal de vida, aunque no aplicable todavía en la mayor parte de las ciudades no anglosajonas.

La «villa» difería de su modelo original, la casa de campo de la nobleza, en un aspecto importante, aparte de su escala más modesta (y reducible).

Estaba diseñada para la vida privada y no para el brillo social y la lucha por el estatus. El hecho de que esas colonias fueran comunidades formadas por miembros de una misma clase, aisladas topográficamente del resto de la sociedad, hacía más fácil concentrarse en las comodidades de la vida. Ese aislamiento se producía incluso cuando no se intentaba: las «ciudades jardín» y los «barrios jardín» diseñados por planificadores anglosajones socialmente idealistas se realizaban de la misma forma que los barrios construidos específicamente para apartar a las clases medias de las demás clases inferiores. En sí mismo, ese hecho indicaba cierta abdicación de la burguesía de su papel como clase dirigente. «Boston —decían los hombres ricos a sus hijos en 1900— no tiene nada para ti, excepto fuertes impuestos y el desgobierno político. Cuando te cases, elige un barrio para construir una casa, hazte miembro del Country Club y organiza tu vida en torno a tu club, tu casa y tus hijos.»[5]

Esta era la función opuesta de la casa de campo o el castillo tradicionales, o incluso de su rival o imitador burgués, la gran mansión capitalista: la villa Hügel de los Krupp o la Bankfield House y Belle Vue de los Akroyd y los Crossley, que dominaban las vidas humeantes de la ciudad lanera de Halifax. Esos edificios eran los revestimientos del poder. Habían sido diseñados para poner de relieve los recursos y el prestigio de un miembro de la elite dirigente ante los demás miembros y ante las clases inferiores y para organizar los negocios de influencia y dirección. Si se construían salas de reunión en la casa de campo del duque de Omnium, John Crossley, de Crossley's Carpets, invitó al menos a 49 de sus colegas del Halifax Borough Council a pasar tres días en su casa del Lake District con ocasión de su cincuenta cumpleaños y alojó al príncipe de Gales a raíz de la inauguración del ayuntamiento de Halifax. En esas casas la vida privada era inseparable de la vida pública con funciones públicas y, por así decirlo, diplomáticas y políticas reconocidas. Las exigencias de esas funciones tenían prioridad sobre las comodidades del hogar. Uno no puede imaginarse que los Akroyd hubieran construido una gran escalera decorada con escenas de la mitología clásica, una sala de banquetes decorada con pinturas, un comedor, una biblioteca y una serie de nueve salas de recepción, y asimismo un ala de sirvientes diseñada para 25 personas de servicio, para uso de la familia.[6] El caballero de la casa de campo no podía evitar ejercer su poder e influencia en su condado, como tampoco el magnate de negocios local podía evitar hacerlo en Bury o Zwickau. De hecho, cuando vivía en la ciudad, imagen por definición de la jerarquía social urbana, ni siquiera el burgués medio podía evitar señalar —mejor dicho, subrayar— su lugar en ella mediante la elección del lugar de residencia, o al menos por el tamaño de su apartamento y el piso que ocupaba en el edificio, por el número de criados que podía tener, las formalidades de su ropa y por sus relaciones sociales. La familia del agente de bolsa del reinado de Eduardo II, que un hijo disidente recordaba más tarde, era inferior a los Forsyte, porque su casa no daba a Kensington Gardens, aunque no estaba lo bastante alejada como para perder estatus. La London Season quedaba más allá, pero la madre estaba formalmente en «casa» por las tardes y

organizaba recepciones con una «orquesta húngara» que alquilaba en Whiteleys Universal Store, y prácticamente todos los días asistía invitada a cenas o las organizaba ella durante los meses de mayo y junio.[5] La vida privada y la presentación pública de estatus no podían ser cosas diferentes.

Los miembros de las clases medias del período preindustrial, que veían mejorar su condición modestamente, estaban excluidos de esas tentaciones por su estatus social inferior, si bien respetable, o por sus convicciones puritanas y pietistas, por no mencionar los imperativos de la acumulación de capital. Fue la bonanza del crecimiento económico de mediados de siglo lo que les situó cerca de los triunfadores, pero imponiendo al mismo tiempo un estilo público de vida modelado sobre el de las elites más antiguas. Pero en ese momento de triunfo cuatro factores impulsaron la aparición de un estilo de vida menos formal y más privado.

Como hemos visto, el primero de esos factores fue la democratización de la política, que socavó la influencia pública y política de todos los burgueses, excepto los más importantes. En algunos casos la burguesía (básicamente liberal) se vio obligada *de facto* a retirarse por completo de una política dominada por los movimientos de masas o por unas masas de votantes que se negaban a reconocer su «influencia». Se ha dicho que la cultura de la Viena de fin de siglo era en gran medida la cultura de una clase y de un pueblo —los judíos de clase media— a quienes ya no se les permitía ser lo que deseaban, es decir, liberales alemanes, y que no hubieran encontrado muchos seguidores ni siquiera como una burguesía liberal no judía.[6] La cultura de los Buddenbrooks y de su autor Thomas Mann, hijo de un patricio en una antigua y orgullosa ciudad de comerciantes hanseáticos, es la de una burguesía que se ha apartado de la política. Los Cabot y Lowell de Boston no fueron expulsados de la política nacional, pero perdieron el control de la política de Boston a manos de los irlandeses. A partir de la década de 1890 desapareció la «cultura de fábrica» paternalista del norte de Inglaterra, una cultura en la que los trabajadores eran sindicalistas, pero celebraban los cumpleaños de sus empresarios y hacían suyas sus tendencias políticas. Una de las razones por las que surgió un partido laborista a partir de 1900 es que los hombres de influencia de los distritos obreros, la burguesía local, se había negado a perder el derecho de nombrar a los «notables» locales, es decir, gente de su clase, para el Parlamento y el gobierno local en el decenio de 1890. Cuando la burguesía conservó su poder político fue, pues, porque utilizó su influencia y no porque pudiera conseguir adeptos.

El segundo factor fue cierto debilitamiento de los lazos entre la burguesía triunfante y los valores puritanos que tan útiles habían sido para la acumulación de capital en el pasado y a través de los cuales la clase se había identificado tan frecuentemente y había marcado sus distancias respecto al aristócrata holgazán y disoluto y respecto a los trabajadores perezosos y borrachos. En la burguesía instalada el dinero ya había sido conseguido. Podía proceder, no directamente de su fuente, sino como un pago regular que reportaban unos fragmentos de papel que representaban «inversiones» cuya naturaleza podía ser oscura, aun cuando no procedieran de alguna remota región del globo, muy lejos de los condados patrios que circundaban Londres. Con frecuencia, ese dinero era heredado o distribuido entre hijos y parientes femeninos que no trabajaban. En gran medida, la burguesía de finales del siglo XIX era una «clase ociosa» cuyo nombre fue inventado en esa época por un sociólogo independiente norteamericano de considerable originalidad, Thorstein Veblen, que escribió una «teoría» al respecto.[7] Pero incluso algunos que sí ganaban dinero no tenían que dedicar mucho tiempo para conseguirlo, especialmente si lo obtenían a través de las actividades bancarias, financieras y especulativas (en Europa). Ciertamente, en el Reino Unido, esas actividades dejaban mucho tiempo libre para otros propósitos. En definitiva, gastar dinero pasó a ser una actividad cuando menos tan importante como ganarlo. El gasto no tenía que ser tan lujoso como el de los superricos, clase bien representada en la *belle époque*. Incluso los que eran relativamente menos ricos aprendieron a gastar para conseguir comodidad y diversión.

El tercer factor fue cierto relajamiento de las estructuras de la familia burguesa, que se reflejó en cierta emancipación de la mujer dentro de ella (aspecto que trataremos en el próximo capítulo) y en la aparición de grupos de edad entre la adolescencia y el matrimonio como una categoría separada y más independiente de «jóvenes» que, a su vez, ejercieron un poderoso influjo en el arte y la literatura (véase *infra*, capítulo 9). Las palabras *juventud* y *modernidad* llegaron a ser casi intercambiables en algunos casos, y si el término *modernidad* quería decir algo, significaba un cambio de gusto, de decoración y de estilo. Ambos fenómenos comenzaron a apreciarse entre las clases medias acomodadas en la segunda mitad del siglo y se hicieron evidentes en las dos últimas décadas. No sólo adoptaron esa forma de ocio propia del turismo y las vacaciones —como muestra claramente la película *Muerte en Venecia* de Visconti, el gran hotel junto a la playa o la montaña, que conoció ahora su período de gloria, estaba dominado por la imagen de los huéspedes femeninos—, sino que intensificaron enormemente la importancia del hogar burgués como lugar de las mujeres de esa clase.

El cuarto factor fue el importante incremento del número de aquellos que pertenecían, afirmaban pertenecer o aspiraban apasionadamente a pertenecer a la burguesía: en definitiva, de la «clase media» como un todo. Una de las cosas que vinculaban a los miembros de esa clase era cierta idea de un estilo de vida fundamentalmente doméstico.

II

La democratización, la aparición de una clase obrera con conciencia de sí misma y la movilidad social plantearon un nuevo problema de identidad social para aquellos que pertenecían o deseaban pertenecer a uno u otro estrato de esas «clases medias». Resulta muy difícil realizar la definición de la

«burguesía» (véase *La era del capital*, capítulo 13, III, IV) y esa tarea se vio dificultada aún más cuando la democracia y la aparición del movimiento obrero condujeron a los que pertenecían a la burguesía (término que adquirió cada vez más connotaciones negativas) a negar su existencia como clase en público, cuando no a negar la existencia de todas las clases. En Francia se afirmaba que la revolución había abolido las clases; en el Reino Unido que las clases, si no eran castas cerradas, no existían, y en el dominio de la sociología se afirmaba que la estructura y la estratificación social eran demasiado complejos para que fuera posible hacer tales simplificaciones. En los Estados Unidos el peligro parecía radicar no tanto en el hecho de que las masas pudieran movilizarse como una clase e identificar a sus explotadores como otra clase, sino en el hecho de que, en el intento de alcanzar su derecho constitucional a la igualdad, pudieran afirmar pertenecer a la clase media, minimizando así las ventajas (al margen de los incontestables hechos de la riqueza) de pertenecer a una elite. La sociología, que como disciplina académica es producto del período 1870-1914, se ve inmersa todavía en interminables debates sobre la clase y el estatus social, debido a la inclinación de quienes la practican a reclasificar a la población de la forma más adecuada a sus convicciones ideológicas.

Además, con la movilidad social y el declive de las jerarquías tradicionales que determinaban quién pertenecía y quién no a un «estamento» o «capa media» de la sociedad, los límites de esa zona social intermedia (y el área en su seno) se hicieron borrosos. En países acostumbrados a la clasificación antigua, como Alemania, se establecieron complejas distinciones entre un *Bürgertum* de burguesía, dividido a su vez en un *Besitzbürgertum*, basado en la posesión de propiedad, y un *Bildungsbürgertum*, basado en el acceso al estatus burgués a través de la educación superior, y un *Mittelstand* («estamento medio») por debajo, que a su vez se hallaba por encima de la *Kleinbürgertum* o pequeña burguesía. Otras lenguas de la Europa occidental simplemente manipularon las categorías cambiantes e indecisas de una clase media/burguesía «grande» o «alta», «pequeña» o «baja», con un espacio más impreciso aún entre todas ellas. Pero ¿cómo determinar quién podía pretender pertenecer a cualquiera de ellas?

La dificultad fundamental residía en el número creciente de quienes reclamaban el estatus burgués en una sociedad en la que, después de todo, la burguesía constituía el estrato social más elevado. Incluso cuando la vieja nobleza territorial no había sido eliminada (como en los Estados Unidos) o privada de sus privilegios *de jure* (como en la Francia republicana), su perfil en los países capitalistas desarrollados era ahora claramente más bajo que antes. Perdía fuerza incluso en el Reino Unido, donde había mantenido una presencia política destacada y el nivel más importante de riqueza en los decenios centrales de la centuria. De los millonarios británicos que murieron en los años 1858-1879, cuatro quintas partes (117) eran todavía terratenientes; en 1880-1899 ese porcentaje había descendido a poco más de un tercio, y en 1900-1914 todavía era más bajo.[8] Los aristócratas eran la presencia

mayoritaria en casi todos los Gabinetes británicos hasta 1895. Eso no volvió a ocurrir a partir de esa fecha. Los títulos de nobleza no eran ni mucho menos desdeñados, ni siquiera en los países en que oficialmente no tenían cabida: los norteamericanos ricos, que no podían adquirirlos para ellos, se apresuraron a comprarlos en Europa mediante el matrimonio subvencionado de sus hijas. Singer, de las máquinas de coser, se convirtió en la princesa de Polignac. De cualquier forma, incluso las monarquías antiguas y bien arraigadas admitían que el dinero era ahora un criterio de nobleza tan útil como la sangre azul. El emperador Guillermo II «consideraba como una de sus obligaciones de gobernante atender los deseos de los millonarios de conseguir condecoraciones y patentes de nobleza, pero condicionó su concesión a la entrega de donaciones caritativas en interés público. Tal vez estaba influido por el modelo inglés».[9] No es extraño que los observadores así lo creyeran. De los 159 títulos de par creados en el Reino Unido entre 1901 y 1920 (sin contar los que se otorgaron a miembros de las fuerzas armadas), 66 se concedieron a hombres de negocios —aproximadamente la mitad de ellos a industriales—, 34 a miembros de las profesiones liberales, en su gran mayoría abogados, y sólo 20 a miembros de familias terratenientes.[10]

Pero si la línea que separaba a la burguesía de la aristocracia era borrosa, no estaban más claras las fronteras entre la burguesía y las clases que quedaban por debajo de ésta. Este hecho no afectaba en gran medida a la «vieja» clase media baja o pequeña burguesía de artesanos independientes, pequeños tenderos, etc. La escala de sus operaciones les situaba claramente en un nivel inferior y les enfrentaba con la burguesía. El programa de los radicales franceses no era otra cosa que una serie de variaciones sobre el tema «lo pequeño es hermoso»: «la palabra *pequeño* aparece constantemente en los congresos del partido radical».[11] Sus enemigos eran *les gros*: el gran capital, la gran industria, las grandes finanzas, los grandes comerciantes. Idéntica actitud, aunque en este caso con un sesgo nacionalista de derechas y antisemítico en lugar de una inclinación republicana y de izquierdas, se manifestaba entre sus homónimos alemanes, más presionados por una industrialización irresistible y rápida a partir de 1870. Considerando la cuestión desde arriba, no era sólo su pequeñez, sino también sus ocupaciones las que les apartaban del estatus superior, a menos que, en casos excepcionales, la magnitud de su riqueza permitiera borrar el recuerdo de su origen. De cualquier forma, la profunda transformación que experimentó el sistema distributivo, especialmente a partir de 1880, hizo necesario llevar a cabo algunas revisiones. El término *tendero* contiene todavía una nota de desdén para las clases medias altas, pero en el Reino Unido del período que estudiamos un sir Thomas Lipton (que obtuvo su dinero vendiendo paquetes de té), un lord Leverhulme (que lo consiguió con el jabón) o un lord Vestey (que amasó su fortuna con la carne congelada) consiguieron títulos y yates de vapor. Sin embargo, la dificultad real apareció con la extraordinaria expansión del sector terciario —del empleo en oficinas públicas y privadas—, es decir, de un trabajo que era subalterno y remunerado mediante un salario, pero que al mismo tiempo

no era manual, exigía una cualificación educativa formal, aunque fuera modesta, y sobre todo era realizado por hombres —e incluso por algunas mujeres— que en su gran mayoría se negaban a considerarse parte de la clase obrera y aspiraban, muchas veces a costa de un gran sacrificio material, al estilo de vida de la respetable clase media. La línea de demarcación entre esta nueva «clase media baja» de «empleados» (*Angestellte, employés*) y el nivel más elevado de las profesiones liberales, e incluso de las grandes empresas que empleaban cada vez más a ejecutivos y administradores asalariados, planteó nuevos problemas.

Pero dejando al margen a estas nuevas clases medias bajas, es claro que estaba en rápido progreso el número de los que aspiraban a alcanzar el estatus de la clase media, lo cual planteaba problemas prácticos de demarcación y definición, problemas agravados por la incertidumbre de los criterios teóricos para realizar esa definición. Siempre era más difícil determinar qué era la «burguesía» que, en teoría, definir la nobleza (por ejemplo, por el nacimiento, los títulos hereditarios, la propiedad de la tierra) o la clase obrera (por ejemplo, por la relación salarial y el trabajo manual). Con todo (véase *La era del capital*, capítulo 13), los criterios de mediados del siglo XIX eran muy explícitos. Con la excepción de los funcionarios públicos asalariados de categoría superior, se esperaba de los miembros de la burguesía que poseyeran capital o un ingreso procedente de inversiones y que actuaran como empresarios independientes con mano de obra a su servicio o como miembros de una profesión «libre», que era una forma de empresa privada. Es significativo el hecho de que los «beneficios» y los «honorarios» se incluyeran en el mismo capítulo a efectos del pago de los impuestos en Gran Bretaña. Pero ante los cambios que hemos mencionado más arriba, esos criterios perdieron gran parte de su utilidad para distinguir a miembros de la burguesía «real» —tanto desde el punto de vista económico como, sobre todo, social— en medio de la masa considerable «de las clases medias», sin mencionar el conjunto, aún más numeroso, de quienes aspiraban a alcanzar ese estatus. No todos ellos poseían capital, pero, al menos en un principio, tampoco lo tenían muchos individuos de indudable posición burguesa que sustituían esa carencia con la educación superior como recurso inicial (*Bildungsbürgertum*), y su número se incrementaba de forma sustancial. En Francia, el número de médicos, más o menos estable en torno a los 12.000 entre 1866 y 1886, se había elevado a 20.000 en 1911; en el Reino Unido, entre 1881 y 1901 el número de médicos se elevó de 15.000 a 22.000, y el de arquitectos, de 7.000 a 11.000. En ambos países, el incremento fue mucho más rápido que el de la población adulta. No todos eran empresarios y patrones (excepto de sirvientes).[12] Pero ¿quién podía negar el estatus de burgués a los cargos directivos asalariados de alto nivel, que eran un elemento cada vez más importante de la gran empresa en un período en que, como apuntaba un experto alemán en 1892, «el carácter íntimo, puramente privado de los pequeños negocios de antes» no era ya aplicable a tan grandes empresas?[13]

La gran mayoría de los miembros de esas clases medias, al menos en la medida en que casi todos ellos eran producto del período transcurrido desde la doble revolución (véase *La era de la revolución*, Introducción), tenían una cosa en común: la movilidad social, en el pasado o en el presente. Como afirmó un observador francés en el Reino Unido, desde el punto de vista sociológico las «clases medias» estaban «constituidas fundamentalmente por familias que se hallaban en proceso de elevar su nivel social» y la burguesía por aquellos que «habían llegado», ya fuera a la cima o a un punto intermedio definido convencionalmente.[14] Pero esos *flashes* difícilmente pueden dar una imagen adecuada de un proceso que sólo podía ser captado, por así decirlo, por el equivalente sociológico de ese invento reciente que era el cine. Los «nuevos estratos sociales» cuya aparición era, desde el punto de vista de Gambetta, el factor fundamental del régimen de la Tercera República francesa —sin duda pensaba en hombres como él, que, sin poseer negocios ni propiedades, se abrían camino hacia la influencia y las ganancias a través de la política democrática—, no cesaban en su movilidad ni siquiera cuando reconocían que habían «llegado».[15] A la inversa, ¿no cambiaba la «llegada» el carácter de la burguesía? ¿Podía negarse la pertenencia a esa clase a los miembros de la segunda y tercera generaciones que vivían una vida de ocio gracias a la fortuna familiar y que a veces reaccionaban contra los valores y actividades que constituían todavía la esencia de su clase?

En el período que estudiamos, esos problemas no conciernen al economista. Una economía basada en la empresa privada para la obtención de beneficios, como la que sin duda dominaba en los países desarrollados de Occidente, no exige a sus analistas que especulen respecto a qué individuos constituyen exactamente una «burguesía». Desde el punto de vista del economista, el príncipe Henckel von Donnersmarck, el segundo hombre más rico de la Alemania imperial (después de Krupp), era funcionalmente un capitalista, pues las nueve décimas partes de sus ingresos procedían de la propiedad de minas de carbón, de sus acciones industriales y bancarias, de la participación en proyectos inmobiliarios, sin mencionar los 12-15 millones de marcos que obtenía en concepto de intereses. Por otra parte, para el sociólogo y el historiador no deja de ser importante su estatus como aristócrata hereditario. El problema de definir a la burguesía *como un grupo de hombres y mujeres* y la línea entre éstos y las «clases medias bajas» no influye, pues, directamente sobre el análisis del desarrollo capitalista en ese período (excepto para quienes consideran que el sistema depende de las motivaciones personales de individuos como empresarios privados),* aunque, por supuesto, refleja los cambios estructurales producidos en la economía capitalista y puede arrojar cierta luz sobre sus formas de organización.

* Había pensadores que argumentaban que la creciente burocratización, la cada vez más grande impopularidad de los valores empresariales y otros factores similares socavarían el papel del empresario privado y, por tanto, del capitalismo. Max Weber y Joseph Schumpeter sostenían estas opiniones entre los contemporáneos.

III

Era urgente, pues, establecer criterios reconocibles para los miembros reales o potenciales de la burguesía o de la clase media y, en especial, para aquellos cuyo dinero no bastaba para conseguir un estatus de respeto y privilegio para sí mismos y para sus descendientes. En el período que analizamos fueron cobrando cada vez mayor importancia tres criterios fundamentales para determinar la pertenencia a la burguesía, cuando menos en aquellos países en que existía una incertidumbre sobre «quién es quién».* Todos tenían que cumplir dos condiciones: tenían que distinguir claramente los miembros de las clases medias de los de las clases trabajadoras, campesinos u otros dedicados al trabajo manual, y tenían que proveer una jerarquía de exclusividad, sin cerrar la posibilidad de ascender los peldaños de esa escala social. Uno de esos criterios era una forma de vida y una cultura de clase media, mientras que otro criterio era la actividad del tiempo de ocio y especialmente la nueva práctica del deporte; pero el principal indicador de pertenencia social comenzó a ser, y todavía lo es, la educación formal.

Su principal función no era utilitaria, a pesar de los beneficios económicos potenciales que podían derivarse de la preparación de la inteligencia y del conocimiento especializado en un período basado cada vez más decididamente en la tecnología científica, y a pesar de que ello ampliaba las perspectivas para la inteligencia, especialmente en la industria en expansión de la educación. Lo que importaba era la demostración de que los adolescentes podían posponer el momento de ganar su sustento. El contenido de la educación era secundario y, desde luego, el valor vocacional del griego y del latín, en cuyo estudio invertían tanto tiempo los muchachos de las «escuelas privadas» británicas, así como el de la filosofía, las letras, la historia y la geografía, que ocupaba el 77 por 100 del tiempo en los *lycées* franceses (1890), era desdeñable. Incluso en Prusia, donde predominaba una mentalidad pragmática, en 1885 el clásico *Gymnasien* tenía casi tres veces más alumnos que el *Realgymnasien* y el *Ober-Realschulen*, más «modernos» y de orientación más técnica. Además, el coste de ese tipo de educación era ya un indicador social. Un oficial prusiano, que lo calculó con exactitud alemana, gastó el 31 por 100 de sus ingresos en la educación de sus tres hijos durante un período de treinta y un años.[16]

La educación formal, a ser posible culminada con algún título, había carecido hasta entonces de importancia en el desarrollo de la burguesía, excepto en el caso de las profesiones cultas dentro y fuera de la burocracia y que se formaban en las universidades, cuya principal función era esa, además de

* La publicación de obras de referencia sobre personas de posición importante en la nación —distintas de las guías de los miembros de las familias reales y aristocráticas como el *Almanach de Gotha*— comenzó en este período. *El Who's Who* británico (1897) fue, tal vez, la primera.

constituir un medio agradable donde pudieran beber, mantener relaciones promiscuas y practicar deporte los caballeros jóvenes, para quienes los exámenes carecían realmente de importancia. En el siglo XIX, pocos hombres de negocios tenían un título universitario de algún tipo. En este período, el *polytechnique* francés no atraía especialmente a la elite burguesa. En 1884, un banquero alemán que daba consejos a un futuro empresario industrial despreciaba la educación teórica y universitaria, que le parecía simplemente «una forma de diversión para los momentos de descanso, como un cigarro puro después de la comida». Su consejo era el de iniciarse en la práctica de los negocios lo más pronto posible, buscar a alguien que pudiera prestar apoyo económico, observar los Estados Unidos y adquirir experiencia, dejando la educación superior para el «técnico científicamente preparado», que podría resultar útil para el empresario. Desde el punto de vista de los negocios, el consejo era totalmente sensato, aunque no satisfacía a los cuadros técnicos. Los ingenieros alemanes se quejaban amargamente y exigían «una posición social que corresponda a la importancia que tiene el ingeniero en la vida».[17]

La educación servía sobre todo para franquear la entrada en las zonas media y alta de la sociedad y era el medio de preparar a los que ingresaban en ellas en las costumbres que les habían de distinguir de los estamentos inferiores. En algunos países con servicio militar obligatorio, incluso la edad mínima de escolarización —en torno a los 16 años— garantizaba a los muchachos el ser clasificados como oficiales potenciales. La educación secundaria hasta la edad de 18 años se generalizó entre las clases medias, seguida normalmente por una enseñanza universitaria o una preparación profesional elevada. El número de escolarizados siguió siendo pequeño, aunque se incrementó un tanto en la educación secundaria y de forma mucho más importante en la educación superior. Entre 1875 y 1912 el número de estudiantes alemanes aumentó más del triple; el de estudiantes franceses (1875-1910), en más del cuádruple. Sin embargo, en Francia menos del 3 por 100 de los grupos de edad entre trece y diecinueve años acudían a las escuelas secundarias (77.500 en total), y sólo el 2 por 100 continuaban hasta el examen final, que aprobaban la mitad de ellos.[18] Alemania, con una población de 65 millones de habitantes, inició la primera guerra mundial con un cuerpo de 120.000 oficiales de reserva, lo que suponía el 1 por 100 de los hombres cuya edad oscilaba entre los 20 y los 45 años.[19]

Aunque se trataba de cifras modestas, eran muy superiores a las de las clases dirigentes anteriores: por ejemplo, las 7.000 personas que en el decenio de 1870 poseían el 80 por 100 de la tierra de propiedad privada en el Reino Unido y las 700 familias que ostentaban la dignidad de pares. Ciertamente, eran cifras demasiado elevadas para que fuera posible la formación de esas redes informales y personales mediante las cuales la burguesía se había estructurado en otras fases anteriores del siglo XIX, en parte porque la economía estaba muy localizada y, también, porque los grupos religiosos y étnicos minoritarios en los que se suscitó una afinidad particular con el capitalismo (protestantes franceses, cuáqueros, unitarios, griegos, judíos, armenios)

producían redes de confianza, parentesco y transacciones de negocios que se extendían a lo largo de países enteros, y también de continentes y océanos.* Esas redes informales podían actuar incluso en la misma cima de la economía nacional e internacional, porque el número de individuos implicados era reducido y algunos sectores económicos, especialmente la banca y las finanzas, estaban cada vez más concentrados en un puñado de centros financieros (por lo general las capitales de los estados-nación más importantes). Hacia 1900, la comunidad bancaria británica, que controlaba *de facto* el negocio financiero mundial, estaba formada por unas pocas familias que vivían en una zona reducida de Londres, que se conocían entre sí, frecuentaban los mismos clubs y círculos sociales y que se casaban entre sí.[30] El sindicato del acero de Renania-Westfalia, que aglutinaba a la mayor parte de la industria alemana del acero, estaba formado por 28 empresas. El más importante de todos los trusts, la United States Steel, se constituyó en una serie de conversaciones informales entre un grupo de hombres y finalmente tomó forma en las conversaciones de sobremesa y durante los partidos de golf.

En consecuencia, la gran burguesía, antigua o nueva, no tenía muchas dificultades para organizarse como una elite, pues podía utilizar métodos similares a los que utilizaba la aristocracia, e incluso —como ocurría en Gran Bretaña— los mismos mecanismos de la aristocracia. Desde luego allí donde era posible, su objetivo, cada vez más frecuentemente, era coronar el éxito en los negocios integrándose en la clase de la nobleza, al menos a través de sus hijos e hijas y, si no, adoptando el estilo de vida aristocrático. Es un error ver en esto simplemente la abdicación del burgués ante los viejos valores aristocráticos. Entre otras cosas, la socialización a través de escuelas de elite (o de cualquier tipo) no había sido más importante para las aristocracias tradicionales que para las burguesías. Cuando eso ocurrió así, como en las «escuelas públicas» británicas, asimiló valores aristocráticos a un sistema moral pensado para una sociedad burguesa y para su burocracia. Por otra parte, la piedra de toque de los valores aristocráticos pasó a ser cada vez más un estilo de vida disoluto y lujoso que exigía por encima de todo dinero, no importa de dónde procediera. Por tanto, el dinero se convirtió en su principio básico. El terrateniente noble genuinamente tradicional, cuando no podía mantener ese estilo de vida y las actividades asociadas con él, se vio exiliado en un mundo provincial, leal, orgulloso pero socialmente marginal, como los personajes de *Der Stechlin* de Theodore Fontane (1895), esa intensa elegía de los valores *junker* de Brandemburgo. La gran burguesía utilizaba el mecanismo de la aristocracia, y los de cualquier otro grupo de elite, para sus propios objetivos.

* Se han analizado muchas veces las razones de esta afinidad, sobre todo en el período que estudiamos, por parte de los eruditos alemanes (por ejemplo, Max Weber y Werner Sombart). Sea cual fuere la explicación —y todo lo que estos grupos tienen en común es el estatus de minoría—, el hecho es que los pequeños grupos de este tipo, como los cuáqueros británicos, se habían convertido casi totalmente en grupos de banqueros, comerciantes y empresarios.

Las escuelas y universidades realizaban su auténtico papel socializador entre aquellos que ascendían por la escala social y no para quienes ya habían llegado a su cima. De esta forma, el hijo de un jardinero inconformista de Salisbury se convirtió en profesor de Cambridge y *su* hijo, a través de Eton y del King's College, en el economista John Maynard Keynes, miembro tan típico de una elite distinguida y segura de sí misma, que nos sorprende todavía pensar en la niñez de su madre entre los tabernáculos baptistas de provincias, y sin embargo, hasta el final, un miembro orgulloso de su clase, de lo que más tarde llamó «burguesía educada».[31]

Es cierto que el tipo de educación que ofrecía la probabilidad e incluso la seguridad de alcanzar el estatus burgués se extendió para atender la demanda de un número cada vez mayor de quienes habían conseguido riqueza pero no estatus (como el abuelo de Keynes), aquellos cuya propia posición burguesa dependía tradicionalmente de la educación, como los hijos del indigente clero protestante y los de las profesiones liberales, mejor remuneradas, y las masas de padres «respetables» de menos categoría social que se sentían ambiciosos respecto a sus hijos. La educación secundaria, principal puerta de entrada, se expandió. Su número de alumnos se multiplicó por dos en Bélgica, Francia, Noruega y Holanda, y por cinco en Italia. El número de alumnos de las universidades, que ofrecían una garantía de ingreso en la clase media, se triplicó en la mayor parte de los países europeos entre los últimos años del decenio de 1870 y 1913. (En las décadas anteriores había permanecido más o menos estable.) De hecho, en el decenio de 1880 una serie de observadores alemanes se mostraban preocupados acerca de la conveniencia de admitir más estudiantes universitarios de los que podía acomodar el sector económico de la clase media.

El problema de la auténtica «clase media alta» —es decir, «los sesenta y ocho grandes industriales» que entre 1895 y 1907 se unieron a los cinco que ocupaban ya los lugares más altos de los contribuyentes de Bochum (Alemania)—[32] era que esa expansión general de la educación no proporcionaba distintivos de estatus lo bastante exclusivos. Ahora bien, al mismo tiempo la gran burguesía no podía separarse formalmente de las clases inferiores, porque su estructura debía mantenerse abierta a nuevos contingentes —esa era su naturaleza— y porque necesitaba movilizar, o al menos conciliar, a las clases media y media baja contra la clase obrera, cada vez más activa. De ahí la insistencia de los observadores no socialistas en el sentido de que «la clase media» no sólo estaba creciendo, sino que había alcanzado una dimensión enorme. El temible Gustav von Schmoller, el más destacado de los economistas alemanes, consideraba que constituía la cuarta parte de la población,[33] pero incluía en ella no sólo a los nuevos «funcionarios, cargos directivos y técnicos que cobraban salarios buenos, aunque moderados», sino también a los capataces y obreros cualificados. De igual forma, Sombart calculaba que la clase media estaba formada por 12,5 millones de personas, frente a los 35 millones de obreros.[34] Estos cálculos correspondían a votantes potencialmente socialistas. Una estimación generosa no podría ir mucho más allá de

los 300.000 que se calcula que habrían constituido el «público inversor» en el Reino Unido de los últimos años del reinado de la reina Victoria, así como el de Eduardo II.[25] En todo caso, los miembros de las clases medias acomodadas no abrían, ni mucho menos, sus brazos de par en par a los estamentos inferiores aunque éstos llevaran camisa y corbata. Un observador inglés desdeñaba a la clase media baja afirmando que, junto con los obreros, pertenecía «al mundo de los internados».[26]

Así pues, en unos sistemas cuyo ingreso estaba abierto, había que establecer círculos informales, pero definidos, de exclusividad. Esto era fácil en un país como el Reino Unido, donde hasta 1870 no existió una educación primaria de carácter público (la asistencia a la escuela no sería obligatoria hasta veinte años después), la educación secundaria pública, hasta 1902, y donde, además, no existía prácticamente educación universitaria fuera de las dos antiguas universidades de Oxford y Cambridge.* A partir de 1840 se crearon para las clases medias muchas escuelas erróneamente llamadas «escuelas públicas» (*public schools*), según el modelo de las nueve fundaciones antiguas reconocidas como tales en 1870 y que ya albergaban (especialmente Eton) a la nobleza y a la *gentry*. En los primeros años del decenio de 1900 la lista se había ampliado para incluir —según el grado de exclusividad y esnobismo— entre 64 y 160 escuelas más o menos caras que reclamaban ese estatus y que educaban deliberadamente a sus alumnos como miembros de la clase dirigente.[27] Una serie de escuelas secundarias similares, sobre todo en el noreste de los Estados Unidos, preparaban también a los hijos de las buenas —o cuando menos ricas— familias para recibir el lustre definitivo de las universidades privadas de elite.

En ellas, así como en el seno del amplio grupo de estudiantes universitarios alemanes, se reclutaban grupos todavía más exclusivos por parte de asociaciones privadas como los *Korps* estudiantiles o las más prestigiosas fraternidades que adoptaban nombres del alfabeto griego, y cuyo lugar en las viejas universidades inglesas fue ocupado por los *colleges* residenciales. Así pues, la burguesía de finales del siglo XIX era una curiosa combinación de sociedades educativamente abiertas y cerradas: abiertas, puesto que el ingreso era posible por medio del dinero, o incluso (gracias a la existencia de becas u otros mecanismos para los estudiantes pobres) los méritos, pero cerradas porque se entendía claramente que algunos círculos eran mucho más iguales que otros. La exclusividad era puramente social. Los estudiantes de los *Korps* alemanes, aficionados a la cerveza y llenos de cicatrices, se batían en duelo porque eso demostraba que, a diferencia de los estamentos inferiores, eran *satisfaktionsfähig*, es decir, caballeros y no plebeyos. Las sutiles gradaciones de estatus entre las escuelas privadas británicas se determinaban según las escuelas que estaban dispuestas a participar en competiciones deportivas

* El sistema escocés era algo más global, pero los graduados escoceses que deseaban labrarse su camino en el mundo consideraban aconsejable obtener otro título en Oxbridge, como lo hizo el padre de Keynes después de haberse graduado en Londres.

(o sea, cuyas hermanas eran adecuadas para el matrimonio). El conjunto de universidades norteamericanas de elite, al menos en el este, estaba definido, de hecho, por la exclusividad social de los deportes: jugaban unas contra otras en la «Ivy League» (Liga de la Hiedra).

Para aquellos que trataban de ascender hacia la gran burguesía, esos mecanismos de socialización garantizaban la pertenencia segura de sus hijos a esa clase. La educación académica de las hijas era opcional y no estaba garantizada fuera de los círculos liberales y progresistas. Pero también tenía algunas ventajas prácticas innegables. La institución de los «antiguos alumnos» (*Alte Herren, alumni*), que se desarrolló con gran rapidez a partir de 1870, puso de manifiesto que los productos de un *establishment* educativo constituían una red que podía ser nacional e incluso internacional, pero también vinculaba las generaciones jóvenes a las anteriores. En resumen, daba cohesión social a unos elementos de procedencia heterogénea. También en este caso el deporte constituía en gran medida el cemento formal. A través de ese sistema, una escuela, un *college*, un *Korps* o una fraternidad —de los que volvían a formar parte sus antiguos alumnos, que con frecuencia los financiaban— constituían una especie de mafia potencial («amigos de amigos») para la ayuda mutua, sobre todo en el mundo de los negocios, y, a su vez, la red de esas «familias ampliadas» de personas cuyo estatus económico y social equivalente podía asumirse, proporcionaba una serie de contactos potenciales más allá del ámbito de relaciones y negocios locales o regionales. Como se afirmaba en la guía de las fraternidades de los *colleges* norteamericanos, reflexionando sobre el gran crecimiento de las asociaciones de los antiguos alumnos —Beta Theta Pi tenía asociaciones de antiguos alumnos en 16 ciudades en 1889 y 110 en 1912—, formaban «círculos de hombres cultivados que de otra forma no podrían conocerse».[28]

El potencial práctico de esas redes en un mundo de negocios nacionales e internacionales viene indicado por el hecho de que una de esas fraternidades norteamericanas (Delta Kappa Épsilon) podía jactarse en 1889 de contar con seis senadores, 40 miembros del Congreso, un Cabot Lodge y con Theodore Roosevelt, mientras que en 1912 incluía también a 18 banqueros de Nueva York (entre ellos a J. P. Morgan), nueve personajes importantes de Boston, tres directores de la Standard Oil y personas de importancia similar en el oeste medio. Sin duda alguna, no debía de ser perjudicial para el futuro empresario de, por ejemplo, Peoria sufrir los rigores de la iniciación en la fraternidad Delta Kappa Épsilon en un *college* adecuado de la Ivy League.

Todo esto adquirió importancia económica y social conforme se fue intensificando la concentración capitalista y se atrofió la industria puramente local o regional sin un lazo con otras redes más amplias, caso de los «bancos rurales» de Gran Bretaña, en rápido declive. Pero si el sistema escolar formal e informal era adecuado para la elite económica y social instalada, era fundamental sobre todo para quienes pretendían integrarse en ella o conseguir que se sancionara su «llegada» mediante la asimilación de sus hijos. La escuela era la escala que permitía seguir ascendiendo a los hijos de los miembros

más modestos de las capas medias. En cambio, muy pocos hijos de campesinos, y menos todavía de trabajadores, pudieron sobrepasar los peldaños más bajos, incluso en los sistemas educativos más meritocráticos.

IV

La facilidad relativa con que los «diez mil de arriba» (como se les conocía) pudieron establecer la exclusividad no solucionó el problema de los «centenares de miles de arriba» que ocupaban el espacio mal definido que existía entre las gentes de más alto rango y el pueblo llano, y, menos todavía, el problema de la mucho más numerosa «clase media baja», que las más de las veces gozaba sólo de una situación económica ligeramente mejor que los obreros especializados mejor pagados. Ciertamente, pertenecían a lo que los observadores sociales británicos llamaban la «clase que tiene sirvientes»: el 29 por 100 de la población de una ciudad de provincias como York. Pese al hecho de que el número de sirvientes domésticos se estancó e incluso disminuyó a partir de 1880 y, por tanto, no se mantuvo a tono con el crecimiento de las capas medias, lo cierto es que era casi inconcebible, excepto en los Estados Unidos, aspirar a ingresar en la clase media o media baja sin poseer servicio doméstico. Desde ese punto de vista, la clase media era todavía una clase de señores (véase *La era del capital*) o más bien de señoras que tenían a su cargo a alguna muchacha trabajadora. Ciertamente, daban a sus hijos, y cada vez más a sus hijas, una educación secundaria. En tanto en cuanto esto cualificaba a los hombres para el estatus de oficiales de la reserva (u oficiales «caballeros temporales» en los ejércitos de masas británicos de 1914), también les situaba como señores potenciales de otros hombres. Sin embargo, un número de ellos cada vez mayor ya no eran «independientes» desde un punto de vista formal, sino que a su vez recibían salarios de sus empleadores, aunque a éstos se les llamase eufemísticamente de otra forma. Junto a la vieja burguesía de hombres de negocios o profesionales independientes, y aquellos que sólo reconocían las órdenes de Dios o del estado, apareció ahora la nueva clase media de directivos, ejecutivos y técnicos asalariados en el capitalismo de las corporaciones y la alta tecnología: la burocracia pública y privada, cuya aparición señaló Max Weber. Al lado de la pequeña burguesía de artesanos independientes y de pequeños tenderos, y eclipsándola, surgió la nueva clase pequeñoburguesa de las oficinas, los comercios y la administración subalterna. Desde el punto de vista numérico, era un sector muy amplio, y el reforzamiento gradual del sector económico terciario a costa del primario y secundario anunciaba una todavía mayor expansión. En 1900, en los Estados Unidos ese estrato social era ya más numeroso que la clase obrera, aunque es cierto que este era un caso excepcional.

Esta nueva clase media y media baja era excesivamente numerosa y, con frecuencia, en tanto que individuos, sus miembros eran insignificantes, su ambiente social demasiado desestructurado y anónimo (sobre todo en las grandes ciudades) y la escala de la economía y la política demasiado amplia para que pudieran tener influencia como personas y familias, en la misma forma que podían tenerla la «clase media alta» o la «alta burguesía». Sin duda, eso siempre había sido así en la gran ciudad, pero en 1871 menos del 5 por 100 de los alemanes vivían en ciudades de 100.000 habitantes o más, porcentaje que en 1910 se había ampliado hasta el 21 por 100. Cada vez más, las clases medias eran identificables no tanto como individuos que importaran como tales, cuanto por signos de reconocimiento colectivo: por la educación que habían recibido, los lugares donde vivían, su estilo de vida y sus hábitos, que indicaban su situación ante otros que tampoco eran identificables como individuos. Normalmente, esos signos de reconocimiento eran los ingresos y la educación y una distancia visible de un origen popular, como lo indicaba, por ejemplo, el uso habitual de la lengua nacional estándar de cultura y el acento que indicaba la clase, en la relación social con otros que no fueran de una clase inferior. La clase media baja, antigua y nueva, era claramente distinta e inferior por sus «ingresos insuficientes, cultura mediocre y cercanía a los orígenes populares».[29] El principal objetivo de la «nueva» pequeña burguesía era el de distinguirse lo más posible de la clase obrera, objetivo que, por lo general, les inclinaba hacia la derecha radical en su posición política. La reacción era su forma de esnobismo.

El núcleo central de la «sólida» clase media no era muy numeroso. En los años iniciales del decenio de 1900 menos del 4 por 100 de la población dejaba al fallecer, en el Reino Unido, propiedades por valor de más de trescientas libras (incluyendo casas, muebles, etc.). Pero aunque unos ingresos más que aceptables de la clase media —por ejemplo, 700-1.000 libras anuales— eran diez veces superiores a unos buenos ingresos de la clase obrera, no podía compararse con el sector de la población realmente rico, y mucho menos aún con el sector de los multimillonarios. Existía un enorme abismo entre las clases medias altas acomodadas, reconocibles y prósperas y lo que se dio en llamar la «plutocracia», que representaba lo que un observador victoriano llamó «la eliminación visible de la distinción convencional entre las aristocracias de nacimiento y de dinero».[30]

La segregación residencial —casi siempre en un barrio adecuado— era una forma de estructurar a esas masas de vida confortable en un grupo social. Como hemos visto, la educación era otro procedimiento. Ambos aspectos estaban vinculados por una práctica que se institucionalizó en el último cuarto del siglo XIX: el deporte. Formalizado en ese período en el Reino Unido, que aportó el modelo y el léxico, se extendió como la pólvora a otros países. En un principio, su forma moderna estaba asociada con la clase media y no necesariamente con la clase alta. En ocasiones, los jóvenes aristócratas, caso del Reino Unido, podían intentar algún tipo de hazaña física, pero su especialidad era el ejercicio relacionado con la monta, la muerte o, al menos, el ataque de animales y personas: la caza, el tiro al blanco, la pesca, las carreras de caballos, la esgrima, etc. De hecho, en el Reino Unido, la palabra *deporte* se reservaba originalmente para ese tipo de actividades, mientras

que los juegos y las pruebas físicas que ahora llamamos *deporte* eran calificados como «pasatiempos». Como de costumbre, la burguesía no sólo adoptó sino que transformó formas de vida aristocráticas. Por su parte, los aristócratas también se dedicaban a actividades sumamente costosas, caso del automóvil, recientemente inventado, que fue correctamente descrito en la Europa de 1905 como «el juguete de los millonarios y el medio de transporte de la clase adinerada».[31]

Los nuevos deportes llegaron también a la clase obrera; ya antes de 1914 algunos de ellos eran practicados con entusiasmo por los trabajadores —en el Reino Unido eran aproximadamente medio millón los que practicaban el fútbol— y eran contemplados y seguidos con pasión por grandes multitudes. Este hecho otorgó al deporte un criterio intrínseco de clase, el amateurismo, o más bien la prohibición o segregación estricta de casta de los «profesionales». Ningún amateur podía sobresalir auténticamente en el deporte a menos que pudiera dedicarle mucho más tiempo de lo que era factible para las clases trabajadoras, salvo que recibieran un dinero para practicarlo. Los deportes que llegaron a ser más característicos de la clase media, como el tenis, el rugby, el fútbol norteamericano, todavía un deporte de estudiantes universitarios a pesar del gran esfuerzo que exigía, o los todavía poco desarrollados deportes de invierno, rechazaban tenazmente el profesionalismo. El ideal amateur, que tenía la ventaja adicional de unir a la clase media y a la nobleza, se encarnó en la nueva institución de los Juegos Olímpicos (1896), creación de un admirador francés del sistema británico de escuelas privadas, que surgió en torno a sus campos de deporte.

Que el deporte era considerado como un elemento importante para la formación de una nueva clase dirigente según el modelo del «caballero» burgués británico de escuela privada resulta evidente por el papel que correspondió a las escuelas en su introducción en el continente. (Frecuentemente, los futuros clubs profesionales de fútbol estaban formados por equipos de trabajadores y del personal directivo de empresas británicas asentadas en el extranjero.) Es indudable también que el deporte tenía una vena patriótica e incluso militarista. Pero también sirvió para crear nuevos modelos de vida y cohesión en la clase media. El tenis, que comenzó a practicarse en 1873, no tardó en convertirse en el juego por excelencia de los distritos de clase media, en gran medida porque podían practicarlo miembros de ambos sexos y, por lo tanto, constituía un medio para que «los hijos e hijas de la gran clase media» hicieran amigos que no habían sido presentados por la familia, pero que con toda seguridad eran de la misma posición social. En resumen, ampliaban el reducido círculo familiar y social de la clase media y, a través de la red de «clubs de tenis», fue posible crear un universo social al margen de los núcleos familiares autónomos. «El salón del hogar no tardó en quedar reducido a un lugar insignificante.»[32] El triunfo del tenis resulta inconcebible sin la creación de barrios típicos de clase media y sin tener en cuenta la creciente emancipación de la mujer de clase media. El alpinismo, el nuevo deporte del ciclismo (que se convirtió en el primer deporte de masas, entre las clases trabajadoras en el continente) y los más tardíos deportes de invierno, precedidos por el patinaje, también se beneficiaron de forma importante de la atracción de los sexos y, por esa razón, desempeñaron un papel importante en la emancipación de la mujer (véase *infra*, pp. 216 y 217).

También los clubs de golf desempeñarían un papel importante en el mundo masculino anglosajón entre las profesiones liberales y hombres de negocios de clase media. Ya hemos visto antes un ejemplo temprano de un acuerdo de negocios sellado en un campo de golf. El potencial de este deporte, que se practicaba en amplios campos al aire libre, caros de construir y de mantener por los socios de los clubs de golf, cuya existencia iba dirigida a excluir social y económicamente a todo tipo de extraños considerados inaceptables, impactó en la nueva clase media como una súbita revelación. Antes de 1889 sólo existían dos campos de golf en todo Yorkshire (West Riding). Entre 1890 y 1895 se inauguraron un total de 29.[33] De hecho, la extraordinaria rapidez con que todas las formas de deporte organizado conquistaron la sociedad burguesa entre 1870 y los primeros años del siglo XX parece indicar que el deporte venía a satisfacer una necesidad mucho más amplia que la del ejercicio al aire libre. Paradójicamente, al menos en el Reino Unido, en la misma época surgieron un proletariado industrial y una nueva burguesía o clase media conscientes de su identidad, y que se definían, frente a las demás clases, mediante formas y estilos colectivos de vida y de actuación. El deporte, creación de la clase media transformada en dos vertientes claramente identificadas por la clase, fue una de las formas más importantes de conseguir ese objetivo.

V

Tres rasgos fundamentales son de destacar, por tanto, desde el punto de vista social por lo que respecta a las clases medias en los decenios anteriores a 1914. En el extremo inferior aumentó el número de quienes aspiraban a pertenecer a la clase media. Eran éstos los trabajadores no manuales, que sólo se distinguían de los obreros, cuyo salario podía ser tan elevado como el suyo, por la supuesta formalidad de su vestimenta de trabajo (el proletariado de «abrigo negro» o, como decían los alemanes, de «cuello duro») y por un estilo de vida supuestamente de clase media. En el extremo superior se hizo más borrosa la línea de demarcación entre los empresarios, los profesionales de alto rango, los ejecutivos asalariados y los funcionarios más elevados. Todos ellos fueron correctamente agrupados como «clase 1» cuando el censo británico de 1911 intentó por primera vez registrar la población por clases. Al mismo tiempo se incrementó notablemente la clase de los burgueses ociosos, formada por hombres y mujeres que vivían de beneficios obtenidos de forma indirecta (la tradición puritana se hace eco de la existencia de este grupo en el epígrafe de «ingresos no ganados directamente» del British Inland Revenue). Eran menos los burgueses implicados en activi-

dades lucrativas, y la acumulación de beneficios para distribuir entre sus parientes era mucho más elevada. En el lugar más alto de la escala social se hallaban los superricos, los plutócratas. Después de todo, a comienzos del decenio de 1890 había ya en los Estados Unidos más de cuatro mil millonarios (en dólares).

Para la mayor parte de los pertenecientes a estos grupos sociales, las décadas anteriores a la guerra fueron positivas, y para los más favorecidos por la fortuna resultaron extraordinariamente generosas. La nueva clase media baja no alcanzó grandes ventajas materiales, pues sus ingresos no eran muy superiores a los de los artesanos especializados, aunque se computaban por años y no por semanas o por días y, además, los obreros no tenían que gastar tanto para «mantener las apariencias». Con todo, su estatus les situaba, sin duda alguna, por encima de las clases trabajadoras. En el Reino Unido, los elementos masculinos de esa clase podían considerarse incluso como «caballeros», término que se aplicaba originalmente a la pequeña nobleza terrateniente, pero que en la era de la burguesía perdió su contenido social específico y quedó abierto para todo aquel que no realizara un trabajo manual. (Nunca se utilizó para designar a los obreros.) La mayor parte de ellos consideraban haber tenido mejor fortuna que sus progenitores y contemplaban perspectivas aún mejores para sus hijos. Con toda probabilidad, ello no servía para aplacar su resentimiento contra las clases superiores e inferiores, tan característico de esa clase.

Los pertenecientes al mundo de la burguesía tenían pocas quejas que expresar, porque una vida extraordinariamente agradable estaba al alcance de todo aquel que dispusiera de unos cientos de libras al año, cantidad que quedaba muy por debajo del umbral de la riqueza. El gran economista Marshall afirmaba (en sus *Principios de economía*) que un profesor universitario podía vivir una vida adecuada con 500 libras al año,[34] opinión que corroboraba uno de sus colegas, el padre de John Maynard Keynes, quien conseguía ahorrar 400 libras al año de unos ingresos (constituidos por el salario más el capital heredado) de 1.000 libras, lo que les permitía mantener una casa con tres sirvientes domésticas y una institutriz, tomar dos períodos vacacionales al año —un mes en Suiza le costaba a la pareja 68 libras en 1891— y satisfacer sus pasiones de coleccionar sellos, cazar mariposas, el estudio de la lógica y, por supuesto, la práctica del golf.[35] No era difícil encontrar la manera de gastar cien veces más cada año y los superricos de la *belle époque* —los multimillonarios norteamericanos, los grandes duques rusos, los magnates del oro surafricano y toda una serie de financieros internacionales— competían por gastar con la mayor prodigalidad posible. Pero no había que ser un magnate para disfrutar algunos goces de la vida, pues, por ejemplo, en 1896 una vajilla de 101 piezas decorada con el monograma personal se podía comprar en cualquier comercio de Londres por menos de cinco libras. El gran hotel internacional, surgido a partir de la extensión del ferrocarril a mediados de siglo, alcanzó su apogeo en los últimos veinte años anteriores a 1914. Muchos de ellos todavía llevan el nombre del más famoso de los chefs contemporáneos, César Ritz. Aunque esos palacios podían ser frecuentados por los supermillonarios, no habían sido construidos para ellos, que todavía construían o alquilaban sus propios palacios. Estaban pensados para todo tipo de gentes acomodadas. Lord Rosebery cenaba en el nuevo Hotel Cecil, pero no la comida que constituía el menú estándar. Las actividades pensadas para los más ricos se movían en una escala de precios diferente. En 1909 un conjunto de palos y bolsa de golf costaba libra y media en Londres, y el precio básico del nuevo coche Mercedes era de 900 libras. (Lady Wimborne y su hijo tenían dos de ellos, además de dos Daimlers, tres Darracqs y dos Napiers.)[36]

No es sorprendente que los años que precedieron a 1914 hayan perdurado en el folclore de la burguesía como un período dorado. Tampoco ha de sorprender que la clase ociosa que más llamaba la atención pública fuese aquella que se dedicaba al «consumo lujoso» para determinar el estatus y la riqueza, no tanto frente a las clases inferiores, demasiado sumergidas en las profundidades como para que ni siquiera se advirtiera su existencia, sino en competencia con otros magnates. La respuesta de J. P. Morgan a la pregunta de cuánto costaba mantener un yate («Si necesitas preguntarlo, no puedes permitírtelo») y la observación de John D. Rockefeller cuando le dijeron que J. P. Morgan había dejado 80 millones de dólares a su muerte («y todos pensábamos que era rico») indican la naturaleza del fenómeno, muy extendido en esos decenios dorados en que marchantes de arte como Joseph Duveen convencían a los millonarios de que sólo una colección de cuadros de los antiguos maestros podía sancionar su estatus, en que ningún comerciante de éxito podía considerarse satisfecho sin poseer un gran yate, ningún especulador minero podía carecer de unos cuantos caballos de carreras, un palacio de campo y un coto de caza (preferiblemente británicos), y en que la misma cantidad y variedad de comida que se despilfarraba —e incluso la que se consumía— durante un fin de semana desbordan por completo la imaginación.

No obstante, como ya hemos indicado, tal vez el conjunto más importante de actividades de ocio financiadas por las fortunas privadas eran las actividades no lucrativas de las esposas, hijos e hijas y, a veces, de otros parientes de las familias acomodadas. Como veremos, este fue un importante elemento en la emancipación de la mujer (véase *infra*, capítulo 8): Virginia Woolf consideraba que «poseer su propia habitación», es decir, unos ingresos de 500 libras anuales, era fundamental para conseguir ese objetivo, y la gran asociación fabiana de Beatrice y Sidney Webb descansaba en una renta de 1.000 libras anuales que le habían sido entregadas en su matrimonio. Las buenas causas de todo tipo, que iban desde las campañas en pro de la paz y la abstinencia alcohólica y el servicio social en pro de los pobres —este fue el período de la «colonización» de los barrios obreros por activistas de clase media—, hasta el apoyo de las actividades artísticas no comerciales, se beneficiaron de ayudas desinteresadas y de subsidios económicos. La historia de las letras de los primeros años del siglo XX ofrece numerosos ejemplos de

ese tipo de subsidios: la actividad poética de Rilke fue posible gracias a la generosidad de un tío suyo y de una serie de nobles aristócratas, mientras que la poesía de Stefan George, la obra de crítica social de Karl Kraus y la filosofía de György Lukács fueron posibles gracias a los negocios familiares, que también le permitieron a Thomas Mann centrarse en la vida literaria antes de que ésta fuera lucrativa. En palabras de E. M. Forster, que también se benefició de unos ingresos privados: «Mientras entraban los dividendos, podían elevarse los pensamientos sublimes». Surgían en las villas y apartamentos proporcionados por el movimiento de «las artes y oficios», que adaptaba los métodos del artesano medieval para aquellos que podían pagar, y entre las familias «cultivadas», para las cuales, con el acento y el ingreso adecuados, incluso unas ocupaciones consideradas hasta entonces poco respetables llegaron a ser lo que los alemanes llamaban *salonfähig* (aceptables en los salones familiares). Uno de los cambios más curiosos experimentados por la clase media ex puritana es su disposición a permitir a sus hijos e hijas, a finales de la centuria, que se dedicaran al campo de la interpretación profesional, que adquirió todos los símbolos del reconocimiento público. Después de todo, sir Thomas Beecham, heredero de Beecham Pills, decidió convertirse en director profesional de las obras de Delius (nacido en la ciudad lanera de Bradford) y de Mozart (que no había contado con ese tipo de ventajas).

VI

Pero ¿podía florecer la época de la burguesía conquistadora en un momento en que amplios sectores de la burguesía apenas participaban en la generación de riqueza y se apartaban a gran distancia y con gran rapidez de la ética puritana, de los valores del trabajo y el esfuerzo, la acumulación por medio de la sobriedad, el sentido del deber y la seriedad moral que le había dado su identidad, orgullo y extraordinaria energía? Como hemos visto en el capítulo 3, el temor —o, mejor, la vergüenza— a un futuro de parásitos les obsesionaba. Nada podía decirse en contra del ocio, la cultura y el confort. (La ostentación pública de la riqueza mediante el despilfarro era acogida todavía con muchas reservas por una generación que leía la Biblia y que recordaba el culto del becerro de oro.) Pero ¿no era la clase que había hecho suyo el siglo XIX, apartándose de su destino histórico? ¿Cómo, después de todo, podía conjugar los valores de su pasado y su presente?

El problema no era todavía acuciante en los Estados Unidos, donde el hombre de negocios dinámico no advertía signos de incertidumbre, aunque a algunos les preocupaban las relaciones públicas. Era entre las viejas familias de Nueva Inglaterra dedicadas a tareas profesionales públicas y privadas, de nivel universitario, como los James y los Adams, donde podían encontrarse esos hombres y mujeres que se sentían incómodos en su sociedad. Todo lo que puede decirse de los capitalistas norteamericanos es que algunos de ellos

ganaban dinero tan rápidamente y en cantidades tan astronómicas que necesariamente habían de rechazar el hecho de que la mera acumulación de capital no es en sí misma un objetivo adecuado para los seres humanos, incluso los burgueses.* Sin embargo, la mayor parte de los hombres de negocios norteamericanos no estaban en la línea del nada habitual Carnegie, que gastó más de 350 millones de dólares en una serie de buenas causas y buenas gentes de todo el mundo, sin que eso afectara de manera evidente su forma de vida en Skibo Castle, ni tampoco en la línea de Rockefeller, que imitó la costumbre iniciada por Carnegie de las fundaciones filantrópicas y que a su muerte, en 1937, había donado más dinero aún que aquél. La filantropía en esta escala, como el coleccionismo de obras de arte, tenía la ventaja de que suavizaba de forma retrospectiva el perfil público de unos hombres cuyos trabajadores y competidores en los negocios recordaban como predadores despiadados. Para la mayor parte de la clase media norteamericana en proceso de enriquecimiento, era todavía un objetivo suficiente en la vida y una justificación adecuada de su clase y civilización.

Tampoco aparecen signos importantes de confianza burguesa en los pequeños países occidentales que iniciaban el período de transformación económica, como los «pilares de la sociedad» en la ciudad de provincias noruega donde estaban instalados los astilleros y sobre la que Henrik Ibsen escribió una obra epónima y celebrada (1877). A diferencia de los capitalistas de Rusia, no tenían motivos para sentir que todo el peso y la moralidad de una sociedad tradicional, desde los grandes duques a los *muzhiks*, estaban a su contra, sin mencionar a sus obreros explotados. Bien al contrario. Sin embargo, incluso en Rusia, donde encontramos fenómenos sorprendentes en la literatura y en la vida, como el brillante hombre de negocios que se siente avergonzado de sus triunfos (Lopakhin en *El jardín de los cerezos* de Chéjov) y el gran magnate de la industria textil y mecenas artístico que financia a los bolcheviques de Lenin (Savva Morozov), el rápido progreso industrial permitió fortalecer el sentimiento de confianza. Paradójicamente, lo que iba a convertir la Revolución de febrero de 1917 en la Revolución de Octubre, o al menos así se ha afirmado, fue la convicción, que habían adquirido los capitalistas rusos en los veinte años anteriores, de que «no puede haber en Rusia otro orden económico que no sea el capitalismo» y de que los capitalistas rusos eran lo bastante fuertes como para hacer volver al orden a sus obreros.**

Sin duda, eran muchos los hombres de negocios y los profesionales con

* «La acumulación de riqueza es una de las peores clases de idolatría: ningún ídolo es más degradante que el culto del dinero ... Continuar mucho más tiempo abrumado por la atención de los negocios y con la mayor parte de mis pensamientos centrados en la forma de hacer dinero en el tiempo más corto posible, ha de degradarme más allá de la posibilidad de recuperación permanente», Andrew Carnegie.[37]

** Como afirmó el 3 de agosto de 1917 un líder industrial moderado: «Debemos insistir ... que la revolución actual es una revolución burguesa, que un orden burgués es inevitable en este momento y, por cuanto es inevitable, debe llevar a una conclusión totalmente lógica: las personas que gobiernan el país deben pensar y actuar a la manera burguesa».[38]

éxito de las zonas desarrolladas de Europa que todavía sentían el viento de la historia en sus velas, aunque era cada vez más difícil ignorar lo que ocurría con dos de los mástiles que tradicionalmente habían soportado esas velas: la empresa administrada por su propietario y la familia de éste centrada en torno al varón. La dirección de las grandes empresas por individuos asalariados o la pérdida de independencia de los hombres de negocios antes independientes que ingresaban en los cárteles estaban todavía «muy lejos del socialismo», como observaba con alivio un historiador alemán de la economía de la época.[39] Pero el mero hecho de que fuera posible vincular de esa forma la empresa privada y el socialismo pone de relieve hasta qué punto parecían alejadas las nuevas estructuras económicas del período que estudiamos de la idea aceptada de empresa privada. En cuanto a la erosión de la familia burguesa, producida en gran medida por la emancipación de sus componentes femeninos, no podía dejar de socavar la autodefinición de una clase que descansaba en tan gran medida en el mantenimiento de la familia (véase *La era del capital*, capítulo 13, II), una clase en la que la respetabilidad era equivalente de «moralidad» y que tan fundamentalmente dependía de la conducta de sus mujeres.

Lo que hizo que el problema resultara especialmente agudo, en todo caso en Europa, y debilitó los firmes contornos de la burguesía decimonónica fue una crisis de lo que, excepto en el caso de algunos grupos pietistas católicos, había sido su ideología identificadora. La burguesía no sólo había expresado su fe en el individualismo, la respetabilidad y la propiedad, sino también en el progreso, la reforma y un liberalismo moderado. En la eterna lucha política entre los estratos superiores de las sociedades del siglo XIX, entre los «partidos de movimiento» o «progreso» y los «partidos de orden», las clases medias habían apoyado, en su gran mayoría, el movimiento, aunque ciertamente no se habían mostrado insensibles al orden, pero, como veremos más adelante, el progreso, la reforma y el liberalismo estaban en crisis. Por supuesto, nadie cuestionaba el progreso científico y técnico. El progreso económico parecía todavía firme, en cualquier caso después de las dudas e incertidumbres de la depresión, aunque generara movimientos obreros organizados dirigidos, por lo general, por peligrosos elementos subversivos. Como hemos visto, el progreso político era un concepto mucho más problemático a la luz de la democracia. En cuanto a la situación de la cultura y la moralidad, parecía cada vez más enigmática. ¿Qué cabía esperar de Friedrich Nietzsche (1844-1900) o Maurice Barrès (1862-1923), que en el decenio de 1900 eran los gurus de los hijos de quienes habían recorrido su camino intelectual a la luz de Herbert Spencer (1820-1903) o Ernest Renan (1820-1892)?

La situación se hizo aún más enigmática con el ascenso al poder y al primer plano del mundo burgués de Alemania, país en el que la cultura de clase media nunca se había sentido atraída por la lúcida sencillez de la Ilustración racionalista del siglo XVIII, que penetró en el liberalismo de los países originales de la revolución dual, Francia y Gran Bretaña. Sin duda alguna, Alemania era un gigante en el campo de la ciencia y la cultura, en la tecnología y el desarrollo económico, en la civilidad y el arte y, en no menor medida, en cuanto al poder. Probablemente era en conjunto el éxito nacional más impresionante del siglo XIX. Su historia ejemplificaba el progreso. Pero ¿era realmente liberal? Y aun en la medida en que lo era, ¿dónde encajaba lo que los alemanes de *fin de siècle* llamaban liberalismo con las verdades aceptadas de mediados del siglo XIX? Las universidades alemanas se negaban incluso a enseñar economía tal como esa materia era entendida universalmente en todas partes (véase *infra*, pp. 279 y 280). El gran sociólogo alemán Max Weber procedía de una impecable tradición liberal, se consideró durante toda su vida un burgués liberal y, en verdad, era un liberal de izquierdas en el contexto alemán. Sin embargo, siempre fue un apasionado admirador del militarismo y del imperialismo y —al menos durante cierto tiempo— se sintió fuertemente tentado por el nacionalismo de derechas, lo que le llevó a unirse a la Liga Pangermana. Pero pensemos también en los enfrentamientos literarios domésticos de los hermanos Mann: Heinrich,* racionalista clásico, francófilo de izquierdas; Thomas, un crítico apasionado de la «civilización» y del liberalismo occidentales, a los que oponía (en una forma teutónica familiar) una «cultura» esencialmente alemana. No obstante, toda la carrera de Thomas Mann y sus reacciones ante el ascenso y el triunfo de Hitler demuestran que sus raíces y su corazón pertenecían a la tradición liberal decimonónica. ¿Cuál de los dos hermanos era el auténtico «liberal»? ¿Qué posición ocupaba el *Bürger* o burgués alemán?

Además, como hemos visto, la política burguesa se hizo más complicada y los políticos se dividieron cuando la supremacía de los partidos liberales se eclipsó durante la gran depresión. Algunos políticos liberales ingresaron en las filas del conservadurismo, como ocurrió en el Reino Unido; el liberalismo se dividió y declinó, como en Alemania, o perdió a una parte de sus seguidores que derivaron hacia la izquierda o la derecha, como en Bélgica y Austria. ¿Qué significaba exactamente ser liberal en esas circunstancias? ¿Era necesario ser liberal desde el punto de vista ideológico o político? Después de todo, en 1900 eran muchos los países donde el representante típico de las clases empresariales y profesionales se hallaba situado claramente a la derecha del centro político. Y por debajo de ellos estaban los grupos cada vez más numerosos que formaban la nueva clase media y media baja, con su actitud resentida y su afinidad intrínseca con la derecha antiliberal.

Dos elementos cada vez más urgentes subrayaban esa erosión de las viejas identidades colectivas: el nacionalismo/imperialismo (véase *supra*, capítulos 3 y 6) y la guerra. La burguesía liberal no se había mostrado entusiasta de la conquista imperial, aunque, paradójicamente, sus intelectuales eran responsables de la administración de la más extensa posesión imperial, la India (véase *La era de la revolución*, capítulo 8, IV). Era posible conciliar la expansión imperialista con el liberalismo burgués, pero no siempre con

* Probablemente, e injustamente, conocido fuera de Alemania en especial por haber escrito el libro en el que se basaba la película de Marlene Dietrich *El ángel azul*.

facilidad. Generalmente, quienes celebraban la conquista con más entusiasmo se situaban más a la derecha. Por otra parte, la burguesía liberal no se oponía por principio ni al nacionalismo ni a la guerra. Sin embargo, veía «la nación» (incluida la nación propia) como una fase temporal en la evolución hacia una sociedad y civilización verdaderamente globales y mostraba una actitud escéptica hacia las aspiraciones de independencia nacionales de lo que se consideraban pueblos inviables o pequeños. En cuanto a la guerra, aunque a veces necesaria, era algo que debía ser evitado, que sólo despertaba el entusiasmo de la nobleza militarista y de los incivilizados. La observación de Bismarck (realista, por otra parte) de que los problemas de Alemania sólo se solucionarían a «sangre y hierro» pretendía impresionar a la burguesía liberal de mediados del siglo XIX, lo cual había conseguido en el decenio de 1860.

Es evidente que en la era del imperialismo, del nacionalismo en expansión y de la guerra que se aproximaba, esos sentimientos ya no estaban en sintonía con las realidades políticas del mundo. Aquel que en 1900 dijera lo que en las décadas de 1860 o 1880 habría sido considerado como una cuestión de mero sentido común en el contexto de la experiencia burguesa, en 1910 se habría encontrado en gran medida en disonancia con su propia época. (En las obras de Bernard Shaw posteriores a 1900, los efectos cómicos derivan en gran parte de esos enfrentamientos.)[40] Dadas las circunstancias, cabría haber esperado de los liberales realistas de clase media que desarrollaran las habituales racionalizaciones tortuosas de unas posiciones ligeramente diferentes o que permanecieran en silencio. Eso es lo que hicieron los ministros del gobierno liberal británico cuando comprometieron al país en la guerra mientras pretendían, tal vez incluso ante sí mismos, no estar haciéndolo. Pero también encontramos algo más.

A medida que la Europa burguesa avanzaba hacia su catástrofe en medio de una situación material cada vez más confortable, observamos el curioso fenómeno de una burguesía, o al menos de una parte importante de su juventud y de sus intelectuales, que se lanzaba hacia el abismo de buena gana e incluso con entusiasmo. Son conocidas las reacciones de los jóvenes —las evidencias de belicosidad entre las mujeres antes de 1914 son mucho menores—, que saludaron el estallido de la primera guerra mundial como quien se siente enamorado. «Demos gracias a Dios, que nos ha proporcionado este momento», escribía el poeta Rupert Brooke, socialista fabiano habitualmente racional y apóstol de Cambridge. «Sólo la guerra —escribía el futurista italiano Marinetti— sabe cómo rejuvenecer, acelerar y agudizar la inteligencia humana, cómo aumentar nuestra alegría y liberarnos del exceso de las cargas cotidianas, cómo dar sabor a la vida y talento a los imbéciles.» «En la vida de los campamentos y bajo el fuego —escribía un estudiante francés— experimentaremos la suprema expansión de la fuerza francesa que yace en nuestro interior.»[41] Pero también muchos intelectuales de más edad acogieron la guerra con manifestaciones de placer y de orgullo que algunos vivirían para lamentar. Algunos autores han señalado la tendencia, predominante en los

años anteriores a 1914, a rechazar un ideal de paz, razón y progreso por otro de violencia, instinto y explosión. Un importante libro que estudia la historia británica durante esos años se ha referido a este fenómeno como «la extraña muerte de la Inglaterra liberal».

Podríamos ampliar el título a toda la Europa occidental. Las clases medias europeas se sentían incómodas entre las comodidades físicas de su nueva existencia civilizada (aunque no cabe decir lo mismo de los hombres de negocios del Nuevo Mundo). Habían perdido su misión histórica. Las más sentidas e incondicionales alabanzas de los beneficios de la razón, la ciencia, la educación, la ilustración, la libertad, la democracia y el progreso de la humanidad que en otro tiempo había encarnado con orgullo la burguesía, procedían ahora (como veremos más adelante) de aquellos cuya formación intelectual correspondía a un período anterior y que no habían evolucionado al ritmo de los tiempos. Fue a las clases trabajadoras y no a la burguesía a las que Georges Sorel, brillante y rebelde intelectual excéntrico, advirtió contra «las ilusiones del progreso» en un libro publicado con ese título en 1908. Mirando hacia atrás y hacia adelante, los intelectuales, los jóvenes, los políticos de las clases burguesas no sentían de ningún modo la convicción de que todo sería para mejor. Sin embargo, una parte importante de las clases altas y medias europeas conservaba una firme confianza en el progreso futuro, porque descansaba en una espectacular mejora de su situación que habían conocido recientemente. Nos referimos a las mujeres, en especial a las mujeres nacidas a partir de 1860.

8. LA NUEVA MUJER

En opinión de Freud, es cierto que la mujer nada consigue estudiando y que en conjunto la suerte de la mujer no mejorará de esa forma. Además, la mujer no puede igualar los logros del hombre en la sublimación de la sexualidad.

Actas de la Vienna Psychoanalytical Society, 1907[1]

Mi madre salió de la escuela cuando tenía catorce años. Inmediatamente tuvo que entrar a servir en una granja ... Luego marchó a Hamburgo como sirvienta. Pero su hermano pudo aprender algo, llegó a ser cerrajero. Cuando perdió su trabajo le permitieron incluso iniciar un segundo aprendizaje con un pintor.

GRETE APPEN sobre su madre, nacida en 1888[2]

El restablecimiento del autorrespeto de la mujer es la esencia del movimiento feminista. El valor supremo de sus victorias políticas es que enseñan a la mujer a no despreciar su propio sexo.

KATHERINE ANTHONY, 1915[3]

I

Puede parecer absurdo, a primera vista, considerar la historia de la mitad de la especie humana en el período que estudiamos en el contexto de la clase media occidental, grupo relativamente reducido incluso en los países de capitalismo «desarrollado» y en desarrollo. Sin embargo, nos parece legítimo, en tanto en cuanto los historiadores centran su atención en los cambios y transformaciones en la condición de la mujer, pues el más sorprendente de ellos, «la emancipación de la mujer», fue iniciado y desarrollado de forma casi exclusiva en este período por la clase media y —de forma diferente— por los estratos más elevados de la sociedad, menos importantes desde el punto de vista estadístico. Fue un fenómeno modesto, aunque este período dio a luz un número de mujeres reducido pero sin precedentes que eran activas y que se distinguieron de forma extraordinaria en determinados campos reservados hasta entonces a los hombres: figuras como Rosa Luxemburg, ma-

dame Curie, Beatrice Webb. Con todo, fue un número lo bastante elevado como para producir no sólo un puñado de pioneras, sino —en el contexto de la burguesía— una nueva especie, la «mujer nueva» sobre la cual especularon y discutieron los observadores masculinos a partir de 1880 y que fue la protagonista de las obras de autores «progresistas»: Nora y Rebecca West de Henrik Ibsen y las heroínas, o más bien antiheroínas, de Bernard Shaw.

No se produjo todavía cambio alguno en la condición de la gran mayoría de las mujeres del mundo, aquellas que vivían en Asia, África, América Latina y las sociedades campesinas del sur y el este de Europa o, para el caso, en la mayor parte de las sociedades agrarias. Por otra parte, los cambios fueron escasos en la situación de la mayor parte de las mujeres de las clases trabajadoras, excepto en un aspecto fundamental. A partir de 1875, las mujeres del mundo «desarrollado» comenzaron a tener muchos menos hijos.

En resumen, esta parte del mundo estaba experimentando la llamada «transición demográfica» de una variante del viejo modelo —caracterizado de forma muy general por unas tasas muy elevadas de natalidad equilibradas por unas tasas de mortalidad también muy elevadas— al modelo familiar moderno de una tasa de natalidad baja compensada por una mortalidad también reducida. Cómo y por qué se produjo esa transición es uno de los mayores enigmas que han de afrontar los historiadores de la demografía. Desde el punto de vista histórico, el importante declive de la fecundidad que se produjo en los países «desarrollados» es un fenómeno totalmente novedoso. Hay que decir, por cierto, que el hecho de que la fecundidad y la mortalidad no declinaran conjuntamente en la mayor parte del mundo explica la espectacular explosión de la población global desde las dos guerras mundiales, pues mientras la mortalidad ha descendido de forma vertiginosa, en parte debido a la mejora del nivel de vida y en parte a la revolución que ha experimentado la medicina, en la mayor parte del tercer mundo la tasa de natalidad sigue siendo alta o comienza ahora a descender, con el retraso de una generación.

En los países occidentales, el descenso de las tasas de natalidad y mortalidad estuvo mejor coordinado. Obviamente, ambas afectaron a las vidas y los sentimientos de la mujer, pues el factor que más influyó en la mortalidad fue el importante descenso de la mortalidad de los niños menores de un año, rasgo que se hizo patente en los decenios inmediatamente anteriores a 1914. Por ejemplo, en Dinamarca, la mortalidad infantil era del 140 por 1.000 en el decenio de 1870, descendiendo al 96 por 1.000 en los cinco años anteriores a 1914; en los Países Bajos, las cifras eran de casi 200 y poco más de 100, respectivamente. (En comparación, en Rusia la mortalidad infantil seguía siendo del 250 por 1.000 en los primeros años del decenio de 1900, mientras que en 1870 era del 260 por 1.000.) Sin embargo, es razonable pensar que el hecho de procrear menos hijos constituyó un cambio más importante en la vida de la mujer que el incremento de la supervivencia infantil.

El descenso de la tasa de natalidad puede conseguirse si se eleva la edad de la mujer al contraer matrimonio, si se incrementa el número de las que permanecen solteras (siempre sobre el supuesto de que no se produzca un

aumento del índice de nacimientos ilegítimos) o mediante alguna forma de control de natalidad que, en el siglo XIX, suponía en la práctica totalidad de los casos la abstinencia sexual o la práctica del *coitus interruptus*. (En Europa podemos descartar el infanticidio masivo.) De hecho, el peculiar sistema matrimonial de la Europa occidental, que había prevalecido durante varios siglos, había recurrido a todos esos procedimientos, pero especialmente a los dos primeros. En efecto, a diferencia de lo que ocurría en los países no occidentales, en los que las muchachas contraían nupcias muy jóvenes y muy pocas de ellas permanecían solteras, en el período preindustrial las mujeres occidentales tendían a casarse tarde —a veces al final de la veintena— y el porcentaje de solteros y solteras era elevado. En consecuencia, incluso durante el período de rápido incremento demográfico de los siglos XVIII y XIX, la tasa de natalidad de los países «desarrollados» o en vías de desarrollo de la Europa occidental era más baja que la de los países del tercer mundo en el siglo XX, y la tasa de crecimiento demográfico, aunque sorprendente según los parámetros del pasado, era más modesta. Con todo, y a pesar de una tendencia general, aunque no universal, al incremento del número de mujeres que contraía matrimonio y a edad más temprana, la tasa de natalidad disminuyó, lo cual indica que se extendió el control de natalidad deliberado. Los apasionados debates sobre este tema, explosivo desde el punto de vista emocional, que se discutió con más libertad en unos países que en otros, tienen menos importancia que las decisiones que de forma generalizada y silenciosa tomaron una abrumadora mayoría de las parejas de limitar el tamaño de sus familias.

En el pasado, ese tipo de decisiones se incluían en la estrategia del mantenimiento y ampliación de los recursos de la familia, que, en la medida en que la mayor parte de la población europea era de carácter rural, significaban salvaguardar la transmisión de la tierra de una generación a la siguiente. Los dos ejemplos más destacados del control de la descendencia familiar en el siglo XIX, la Francia posrevolucionaria y la Irlanda posterior a la gran hambruna, fueron consecuencia de la decisión de campesinos o granjeros de impedir la dispersión de las propiedades familiares reduciendo el número de herederos con derecho a compartirlas; en el caso francés reduciendo el número de hijos, y en el de los irlandeses, más religiosos, limitando el número de hombres y mujeres en situación de tener hijos que pudieran reclamar esos derechos, elevando la edad del matrimonio hasta alcanzar un límite nunca superado en Europa, multiplicando el número de solteros, preferiblemente en la forma prestigiosa del celibato religioso y, naturalmente, exportando en masa hacia ultramar a la descendencia sobrante en calidad de emigrantes. Todo ello explica estos raros ejemplos, en una centuria de crecimiento demográfico, de un país (Francia) cuya población permaneció estable y de otro (Irlanda) cuya población descendió.

Las nuevas formas de controlar el tamaño de la familia no respondían, sin duda, a idénticos motivos. En las ciudades recibían el estímulo del deseo de alcanzar un nivel de vida más elevado, sobre todo en el seno de la clase media baja, cada vez más numerosa, cuyos miembros no podían afrontar al

mismo tiempo los gastos derivados de una prole numerosa y los que implicaba la posibilidad de acceder a un abanico más amplio de bienes y servicios de consumo. En efecto, en el siglo XIX nadie, aparte de los ancianos indigentes, era más pobre que una pareja con bajos ingresos y una casa llena de niños pequeños. Otro estímulo para el control de natalidad fue el hecho de que en esa época los niños comenzaron a constituir una carga más pesada para los padres, por cuanto el período de formación o escolarización era más prolongado y durante ese tiempo se hallaban en dependencia económica. La prohibición del trabajo infantil y la urbanización del trabajo redujo o eliminó el modesto valor económico que los niños tenían para los padres, por ejemplo en las granjas, donde podían ser de utilidad.

Al mismo tiempo, el control de natalidad es un índice de cambios culturales importantes, tanto respecto a los hijos como acerca de lo que los hombres y mujeres esperaban de la vida. Si se pretendía que los hijos tuvieran mejor suerte que sus padres —y para la mayor parte de la gente en el período preindustrial eso no había sido posible ni deseable—, tenían que gozar de mejores oportunidades y la reducción del tamaño de la familia posibilitaba dedicar más tiempo, cuidado y recursos a cada uno de los hijos. Por otra parte, así como un aspecto de un mundo de cambio y progreso iba abrir la oportunidad de una mejora social y profesional de una generación a la siguiente, también podía permitir que los hombres y mujeres llegaran a la conclusión de que sus vidas no tenían por qué ser una réplica exacta de la de sus padres. Es posible que los moralistas reprobaran a los franceses cuyas familias estaban formadas por uno o dos hijos, pero, sin duda, en las conversaciones mantenidas en la intimidad esa práctica tenía que sugerir nuevas posibilidades a los maridos y esposas.*

El incremento del control de natalidad indica, pues, cierta penetración de nuevas estructuras, valores y expectativas en la esfera de las mujeres de las clases trabajadoras de Occidente. De todas formas, la mayor parte de ellas sólo se vieron afectadas de forma marginal. En efecto, se hallaban en gran parte fuera de «la economía» que, de forma convencional, se afirmaba que estaba formada por quienes declaraban poseer un empleo u «ocupación» (diferente del trabajo doméstico en el seno de la familia). En la década de 1890, aproximadamente los dos tercios de los varones estaban clasificados como «ocupados» en los países «desarrollados» de Europa y los Estados Unidos, mientras que las tres cuartas partes de las mujeres —en los Estados Unidos el 87 por 100 de ellas— no estaban incluidas en esa categoría.** Más exactamente, el

* El ejemplo francés era citado todavía por los sicilianos que decidieron iniciar un plan de limitación familiar en las décadas de 1950 y 1960. Eso es lo que me han dicho dos antropólogos que están investigando el tema, P. y J. Schneider.

** Una clasificación diferente podía haber producido cifras muy distintas. Así, la mitad austriaca de la monarquía de los Habsburgo contabilizaba un 47,3 por 100 de mujeres empleadas, mientras que la mitad húngara, no muy diferente desde el punto de vista económico, contabilizaba algo menos del 25 por 100. Esos porcentajes se basan en la población total, incluyendo los niños y ancianos.[4]

95 por 100 de todos los hombres casados cuya edad oscilaba entre los 18 y los 60 años estaban «ocupados» en este sentido (por ejemplo, en Alemania), mientras que en 1890 sólo lo estaban el 12 por 100 de todas las mujeres casadas, pero la mitad de las solteras y el 40 por 100 de las viudas.

Las sociedades preindustriales no son totalmente repetitivas, ni siquiera en las zonas rurales. Las condiciones de vida varían y el modelo de vida de la mujer no permanece invariable a través de las generaciones, aunque no cabe esperar un conjunto de transformaciones esenciales a lo largo de un período de 50 años, excepto como resultado de una catástrofe climática o política o del impacto del mundo industrial. Para la mayor parte de las mujeres del ámbito rural situado fuera de la zona «desarrollada» del mundo, ese impacto era todavía muy reducido. Lo que caracterizaba sus vidas era la naturaleza inseparable de las funciones familiares y del trabajo. Se llevaban a cabo en el mismo escenario en el que la mayor parte de los hombres y mujeres desarrollaban sus tareas diferenciadas desde el punto de vista sexual, ya fuera en lo que todavía hoy llamamos el «hogar» o en la «producción». Los agricultores necesitaban a sus esposas para cultivar la tierra, pero también para cocinar y procrear; los maestros artesanos y los pequeños tenderos las necesitaban para la buena marcha de sus negocios. Si había algunas ocupaciones que reunían exclusivamente a hombres durante largos períodos —por ejemplo, las profesiones de soldados o marineros—, no existían ocupaciones puramente femeninas (salvo tal vez la prostitución y las formas de diversión pública asociadas con ella) que no se desarrollaran normalmente en una casa, pues incluso los hombres y mujeres solteros contratados como sirvientes o trabajadores agrícolas vivían en la casa de quienes les contrataban. Dado que la mayor parte de las mujeres del mundo vivían de esta forma, obligadas a realizar un doble trabajo y en situación de inferioridad frente a los hombres, es poco lo que puede decirse sobre ellas que no pudiera haberse afirmado en la época de Confucio, Mahoma o el Antiguo Testamento. La mujer no estaba fuera de la historia, pero ciertamente estaba fuera de la historia de la sociedad del siglo XIX.

Pero existía un número importante, y cada vez mayor, de mujeres trabajadoras cuyo sistema de vida había sido transformado o estaba en proceso de transformación —no necesariamente para mejor— como consecuencia de la revolución económica. El primer aspecto de esa revolución que transformó su existencia fue lo que llamamos ahora «protoindustrialización», el extraordinario crecimiento de las industrias domésticas para la venta de productos en mercados más amplios. En la medida en que esa actividad siguió desarrollándose en un escenario que combinaba el hogar y la producción externa, no modificó la posición de la mujer, aunque algunas formas de manufactura doméstica eran específicamente femeninas (por ejemplo, la fabricación de cordones o el trenzado de la paja) y, por tanto, otorgaba a la mujer rural la ventaja, relativamente rara, de poseer un medio para ganar algo de dinero con independencia del hombre. No obstante, lo que provocó, por encima de todo, el desarrollo de la industria doméstica fue cierta erosión de las diferencias convencionales entre el trabajo del hombre y la mujer y, sobre todo, la transformación de la estructura y la estrategia familiar. Un hogar podía crearse tan pronto como dos individuos alcanzaban la edad de trabajar; los hijos, una valiosa adición a la fuerza del trabajo familiar, podían ser engendrados sin considerar qué ocurriría luego con la parcela de tierra de la que dependía su futuro como campesinos. Los mecanismos complejos y tradicionales para mantener un equilibrio durante la siguiente generación entre la población y los medios de producción de los que dependían, controlando la edad y la elección de los cónyuges, el tamaño de la familia y la herencia, desaparecieron. Mucho se ha discutido sobre las consecuencias que tuvo ese hecho para el crecimiento demográfico, pero lo que nos importa aquí son las consecuencias más inmediatas para el sistema de vida de la mujer.

De cualquier modo, lo cierto es que en las postrimerías del siglo XIX las protoindustrias, ya fueran masculinas, femeninas o mixtas, estaban en retroceso frente a la manufactura de escala más amplia como ocurría con la producción artesanal en los países industrializados (véase *supra*, pp. 124-125). Desde un punto de vista global, la «industria doméstica», cuyos problemas preocupaban cada vez más a los investigadores sociales y a los gobiernos, era todavía importante. En el decenio de 1890 absorbía el 7 por 100 de toda la mano de obra industrial en Alemania, el 19 por 100 en Suiza y el 34 por 100 en Austria.[5] Estas industrias se expandieron incluso, en determinadas circunstancias, con la ayuda de la mecanización a pequeña escala, que era nueva (hay que destacar sobre todo la máquina de coser), y de una mano de obra muy mal pagada y explotada. Ahora bien, fue perdiendo paulatinamente su carácter de «manufactura familiar» a medida que la mano de obra estaba constituida, cada vez más, por mujeres y que la escolarización obligatoria eliminó la mano de obra infantil, que generalmente constituía una parte fundamental de ese tipo de industrias. Al desaparecer las ocupaciones tradicionales «protoindustriales» —el tejido a mano, las labores de punto, etc.—, la mayor parte de la industria doméstica dejó de ser una empresa familiar para convertirse simplemente en un trabajo mal pagado que la mujer podía realizar en una casa de campo, en un desván o en un patio trasero.

La industria doméstica les permitió, al menos, combinar el trabajo pagado con la supervisión del hogar y de los hijos. Esa es la razón por la que tantas mujeres casadas que necesitaban ganar dinero, pero que seguían encadenadas a la cocina y a los niños, se dedicaron a esos trabajos. En efecto, la segunda y gran consecuencia de la industrialización sobre la situación de la mujer fue mucho más drástica: separó el hogar del puesto de trabajo. Con ello excluyó en gran medida a la mujer de la economía reconocida públicamente —aquella en la que los individuos recibían un salario— y complicó su tradicional inferioridad respecto al hombre mediante una nueva dependencia económica. Por ejemplo, los campesinos difícilmente podían sobrevivir sin sus mujeres. El trabajo agrícola necesitaba de la mujer tanto como del hombre. Era absurdo considerar que los ingresos familiares eran conseguidos por un sexo y no por ambos, aunque uno de los dos sexos fuera considerado

dominante. Pero en la nueva economía los ingresos los obtenía, cada vez en mayor medida, aquel que salía de la casa para trabajar y que regresaba de la fábrica o la oficina con dinero a intervalos regulares, dinero que era distribuido entre otros miembros de la familia que, naturalmente, *no* lo ganaban directamente, aunque su contribución en el hogar fuera fundamental en otros sentidos. Los que conseguían el dinero no eran necesariamente los hombres, aunque, ciertamente, el que habitualmente «ganaba el pan» era el varón. Pero a quien le resultaba difícil ganar dinero fuera de la casa era a la mujer casada.

Lógicamente, esa separación del hogar y del lugar de trabajo implicó un modelo de división sexual-económico. Por lo que respecta a la mujer, significó que su papel de administradora del hogar se convirtió en su función primordial, especialmente cuando los ingresos familiares eran irregulares o escasos. Esto puede explicar las quejas constantes de la clase media respecto a las deficiencias de la mujer trabajadora en este sentido; esas quejas no parecen haber sido habituales en la era preindustrial. Naturalmente, excepto entre las clases adineradas, eso produjo una nueva clase de complementariedad entre maridos y esposas. De todas formas, la mujer no siguió llevando los ingresos al hogar.

El objetivo básico del sustentador principal de la familia debía ser conseguir los ingresos suficientes como para mantener a cuantos de él dependían. Sus ingresos debían situarse, pues, a un nivel que idealmente permitiera que no fuese necesaria ninguna otra contribución para mantener a todos los miembros de la familia. Los ingresos de los otros miembros de la familia eran considerados como suplementarios y ello reforzaba la convicción tradicional de que el trabajo de la mujer (y por supuesto el de los hijos) era inferior y mal pagado. Después de todo, a la mujer había que pagarle menos por cuanto no tenía que ganar el sustento familiar. Dado que los hombres, mejor pagados, podían ver reducidos sus salarios por la competencia de las mujeres peor pagadas, la estrategia lógica era excluir toda competencia en la medida de lo posible, reforzando así la dependencia económica de la mujer o el desempeño permanente de puestos de trabajo mal pagados. Al mismo tiempo, desde el punto de vista de la mujer, la dependencia se convirtió en la estrategia económica más adecuada. En efecto, para ella la mejor oportunidad de conseguir buenos ingresos radicaba en vincularse a un hombre que fuera capaz de conseguirlos, dado que sus posibilidades de obtenerlos eran mínimas. Al margen de los niveles más elevados de la prostitución, tan difíciles de alcanzar como el estrellato de Hollywood en épocas posteriores, su carrera más prometedora era el matrimonio. Pero el matrimonio hacía que le resultara extraordinariamente difícil obtener ingresos fuera del hogar incluso aunque lo deseara, en parte porque el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos y el marido le ataba a la casa, y en parte porque la convicción de que el buen marido era por definición aquel que era capaz de ingresar un buen salario fortalecía la resistencia convencional, tanto del hombre como de la mujer, a que la esposa trabajara fuera del hogar. El hecho de que se considerara que ella no tenía necesidad de trabajar era la prueba evidente, ante la sociedad, de que la familia no se hallaba en una situación económica mísera. Todo contribuía a mantener a la mujer casada en situación de dependencia. Por lo general, la mujer trabajaba hasta que contraía matrimonio. A menudo se veía obligada a trabajar cuando quedaba viuda o era abandonada por su marido. Pero no lo hacía generalmente cuando estaba casada. En la década de 1890 sólo el 12,8 por 100 de las mujeres alemanas casadas tenían una ocupación reconocida. En el Reino Unido, en 1911, ese porcentaje era del 10 por 100.[6]

Como eran muchos los varones adultos que no podían llevar al hogar los ingresos adecuados, el trabajo remunerado de la mujer y los hijos era, de hecho, fundamental para el presupuesto familiar en no pocos casos. Además, dado que las mujeres y los hijos eran una mano de obra barata y fácil de intimidar, especialmente porque la mayor parte de las mujeres trabajadoras eran jóvenes, la economía del capitalismo estimuló su contratación siempre que era posible, es decir, cuando no lo impedía la resistencia de los hombres, las disposiciones legales, las convenciones o la naturaleza de determinados trabajos muy exigentes desde el punto de vista físico. Había, pues, un importante trabajo femenino incluso según los criterios restringidos de los censos, que de todas formas subestimaban notoriamente el número de mujeres casadas «empleadas», dado que gran parte del trabajo remunerado que realizaban no era considerado como tal o no se mencionaba como un trabajo diferente de las tareas domésticas con las que en parte coincidía: el cuidado de huéspedes en la casa, el trabajo por horas limpiando la casa, lavando la ropa, etc. En el Reino Unido, el 34 por 100 de las mujeres de más de diez años estaban «empleadas» en los decenios de 1880 y 1890, frente al 83 por 100 de los hombres, y en la «industria» el porcentaje de mujeres variaba desde el 18 por 100 en Alemania al 31 por 100 en Francia.[7] En los inicios del período que estudiamos, el trabajo de la mujer en la industria se centraba casi por completo en algunos sectores típicamente «femeninos», como el textil y el del vestido, pero cada vez más también en la manufactura de alimentos. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres que cobraban un salario lo obtenían como sirvientas. El número y porcentaje de sirvientes domésticos variaba notablemente según los países. Probablemente era mayor en el Reino Unido que en ningún otro país —el número de sirvientes domésticos en el Reino Unido era tal vez el doble que en Francia y en Alemania—, pero desde finales de la centuria comenzó a descender de forma importante. En el caso extremo del Reino Unido, donde el número de sirvientes domésticos se había duplicado entre 1851 y 1891 (desde 1,1 a 2 millones), permaneció estable durante el resto del período.

En conjunto, podemos considerar que la industrialización del siglo XIX —dando al término su sentido más amplio— fue un proceso que tendió a excluir a la mujer, y sobre todo a la mujer casada, de la economía oficialmente definida como tal, es decir, aquella en la que sólo se consideraban «empleados» quienes recibían un salario individual: la economía que incluía los ingresos de las prostitutas en la «renta nacional», al menos en teoría, pero

no las actividades conyugales o extraconyugales, equivalentes pero no pagadas, de otras mujeres, o que catalogaba a las sirvientas que obtenían un salario como «empleadas», mientras que definía como «no empleadas» a las que realizaban un trabajo doméstico no pagado. Ello produjo cierta masculinización de lo que la economía reconocía como «mano de obra», así como entre la burguesía, donde los prejuicios contra la mujer trabajadora eran más fuertes (véase *La era del capital*, capítulo 13, II), produjo una masculinización del mundo de los negocios. En la época preindustrial había mujeres que estaban al frente de explotaciones campesinas o de empresas, aunque no era este un caso muy frecuente. En el siglo XIX eran consideradas como prodigio de la naturaleza excepto en los niveles sociales inferiores, donde la pobreza y la mala situación general de las capas más bajas de la población hacían imposible considerar como un fenómeno «antinatural» a las mujeres tenderas y vendedoras del mercado, a las taberneras y a las encargadas de las casas de huéspedes, a las pequeñas comerciantes y a las prestamistas.

Pero si la economía estaba masculinizada, lo mismo cabe decir de la política. Cuando la democratización progresó y el derecho de voto se amplió —tanto en el plano local como en el nacional— a partir de 1870 (véase *supra*, pp. 95-96), la mujer fue excluida sistemáticamente. La política pasó a ser, así, un asunto de hombres, algo que se discutía en las tabernas y cafés donde los hombres se reunían o en los mítines a los que asistían, mientras las mujeres quedaban reducidas a esa parte de la vida que era privada y personal, única (así se argumentaba) para la que la naturaleza las había capacitado. Eso era también una innovación relativa. En la política popular de la sociedad preindustrial, cuyas manifestaciones iban desde las presiones de la opinión pública de los pueblos hasta los tumultos en favor de la vieja «economía moral» y las revoluciones y barricadas, al menos las mujeres de las clases más pobres desempeñaban un papel reconocido. Durante la Revolución francesa, fueron las mujeres de París las que marcharon sobre Versalles para exponer al rey las exigencias del pueblo de que se controlaran los precios de los alimentos. En la era de los partidos y las elecciones generales se vieron relegadas a un segundo plano. Su influencia sólo se dejaba sentir a través de sus maridos.

Lógicamente, esos procesos afectaron, sobre todo, a las mujeres de las nuevas clases más típicas del siglo XIX: la clase media y la clase obrera. Las mujeres campesinas, las hijas y esposas de los pequeños artesanos, tenderos, etc., no experimentaron grandes cambios en su situación, excepto en la medida en que ellas y sus hombres se vieron introducidos en la nueva economía. En la práctica, no existía gran diferencia entre las mujeres en la nueva situación de dependencia económica y en la situación tradicional de inferioridad. En ambos casos, el hombre era el sexo dominante, mientras que las mujeres eran seres humanos de segunda clase. Dado que no tenían derechos ciudadanos, no cabe siquiera denominarlas ciudadanas de segunda clase. En ambos casos, la mayor parte de ellas trabajaban, tanto si recibían un salario como si no.

En estos decenios, tanto las mujeres trabajadoras como las de clase media vieron cómo su situación variaba considerablemente por razones económicas. En primer lugar, tanto las transformaciones estructurales como la tecnología incrementaron notablemente las posibilidades de empleo de la mujer como asalariada. El cambio más notorio, aparte de la disminución del servicio doméstico, fue el incremento de ocupaciones que ahora son fundamentalmente femeninas: el número de puestos de trabajo en tiendas y oficinas. En Alemania, el número de dependientas de las tiendas se incrementó de 32.000 en 1882 (menos de una quinta parte del total) a 174.000 en 1907 (aproximadamente el 40 por 100 del total). En el Reino Unido, el gobierno central y local empleaba 7.000 mujeres en 1881 y 76.000 en 1911; el número de «dependientes de los comercios y negocios» había aumentado de 6.000 a 146.000 (en lo que fue un tributo a la máquina de escribir).[8] La expansión de la educación elemental amplió el campo de la enseñanza, una profesión subalterna en la que en una serie de países —Estados Unidos y cada vez más el Reino Unido— predominó abrumadoramente el elemento femenino. Incluso en Francia, en 1891, por primera vez fue mayor el número de mujeres que de hombres que formaban parte de ese ejército —mal pagado y que demostraba una gran devoción— de los «húsares negros de la República».[9] Las mujeres podían enseñar a los niños, pero era impensable que los hombres pudieran sucumbir a las tentaciones de enseñar al número creciente de estudiantes femeninas. En algunos casos, esas nuevas posibilidades beneficiaron a las hijas de los trabajadores o incluso de los campesinos, aunque con más frecuencia beneficiaron a las hijas de las familias de clase media y de clase media baja, a quienes atraían unos puestos de trabajo que tenían cierta respetabilidad social o que (al precio de reducir su nivel salarial) podían ser considerados como un trabajo que se realizaba para conseguir «dinero de bolsillo».*

En las últimas décadas del siglo XIX se hizo evidente un cambio en la posición social y en las expectativas de la mujer, aunque los aspectos más visibles de la emancipación de la mujer sólo afectaban todavía a las mujeres de clase media. No es necesario que centremos nuestra atención en el más espectacular de esos aspectos, la campaña activa y, en algunos países como el Reino Unido, dramática de las «sufragistas» organizadas en pro de la consecución del derecho de voto para la mujer. Como movimiento femenino independiente no tuvo gran importancia salvo en algunos países (sobre todo en los Estados Unidos y el Reino Unido) en los que, por otra parte, no comenzó a conseguir sus objetivos hasta finalizada la primera guerra mundial. En países como el Reino Unido, donde el sufragismo fue un fenómeno importante, constituyó un índice de la fuerza del feminismo organizado, pero

* «Las muchachas que trabajan en los almacenes y los dependientes proceden de familias de clase más elevada y, por tanto, con más frecuencia reciben ayuda económica de sus padres ... En algunos oficios, como de mecanografía, oficinas o ventas ... encontramos el fenómeno moderno de una muchacha que trabaja por dinero de bolsillo.»[10]

también reveló su mayor limitación, a saber, que su radio de acción era básicamente la clase media. El voto femenino, al igual que otros aspectos de la emancipación de la mujer, contaba con el fuerte apoyo de principio de los nuevos partidos obreros y socialistas, que, de hecho, constituían el entorno más favorable para la participación de las mujeres emancipadas en la vida pública, al menos en Europa. No obstante, si bien esta nueva izquierda socialista (a diferencia de algunos sectores de la vieja izquierda, decididamente masculina, democrático-radical y anticlerical) coincidía en parte con el feminismo sufragista y se sentía atraída por este movimiento, no podía dejar de señalar que la mayor parte de las mujeres de la clase obrera trabajaban en unas dificilísimas condiciones que era más urgente mejorar que el problema de la falta de derechos políticos —problema que no se solucionaría de forma automática con la consecución del derecho de voto— y que no figuraban entre las preocupaciones prioritarias de las sufragistas de clase media.

II

Considerado de forma restrospectiva, el movimiento de emancipación parece totalmente natural, e incluso su aceleración en el decenio de 1880 no parece sorprendente a primera vista. Al igual que la democratización de la política, el principio de una mayor igualdad de derechos y oportunidades para la mujer estaba implícito en la ideología de la burguesía liberal, por inconveniente e inoportuno que pudiera parecerles a los patriarcas en su vida privada. Inevitablemente, las transformaciones que experimentó la burguesía a partir de 1870 ampliaron las posibilidades de la mujer burguesa, especialmente en el caso de las hijas, pues, como hemos visto, provocaron la aparición de una importante clase ociosa de mujeres que gozaban de una posición económica independiente y, en consecuencia, una demanda de actividades no domésticas. Además, ahora que un número creciente de hombres de la burguesía no necesitaban dedicarse al trabajo productivo y que muchos de ellos se dedicaban a actividades culturales, que los hombres de negocios habían dejado antes en manos de las mujeres de la familia, las diferencias de sexo tenían que atenuarse necesariamente.

Por otra parte, cierto grado de emancipación de la mujer era, probablemente, *necesario* para los padres de familia de clase media, porque no todas las familias de clase media —y prácticamente ninguna de clase media baja— tenían una posición económica lo suficientemente buena como para mantener a sus hijas en una situación confortable si no contraían matrimonio y no trabajaban. Esto puede explicar el entusiasmo de muchos hombres de clase media, que desde luego no habrían admitido mujeres en sus clubs y asociaciones profesionales, por educar a sus hijas a fin de que alcanzaran cierta independencia. De todas formas, no hay razón para dudar de la sinceridad de las convicciones de los padres liberales en estas cuestiones.

Sin ninguna duda, el desarrollo de los movimientos obreros y socialistas

como grandes movimientos por la emancipación de los desheredados impulsó a la mujer a buscar su propia libertad: no es una simple casualidad que constituyeran una cuarta parte de los miembros de la Sociedad Fabiana (grupo reducido y de clase media) fundada en 1883. Y, como hemos visto, la aparición de una economía de servicios y de otras ocupaciones terciarias amplió la variedad de puestos de trabajo para la mujer, mientras que el desarrollo de una economía de consumo hizo de ella el objetivo central del mercado capitalista.

Por tanto, no es necesario que dediquemos mucho tiempo a descubrir las razones de la aparición de la «nueva mujer», aunque tal vez sea conveniente recordar que las razones quizá no fueron tan simples como parecen a primera vista. Por ejemplo, no hay argumentos convincentes de que en el período que estudiamos la posición de la mujer se viera profundamente alterada como consecuencia de su papel económico, cada vez más fundamental, de responsable de la cesta de la compra, que la industria de la publicidad, que conocía ahora su primera época dorada, reconocía con su habitual realismo implacable. Tenía que centrarse en la mujer en una economía que descubría el consumo masivo incluso entre los menos favorecidos, porque el dinero había que obtenerlo de la persona que decidía la mayor parte de las compras del hogar. La mujer debía ser tratada con mayor respeto, al menos por ese mecanismo de la sociedad capitalista. La transformación del sistema de distribución —las cadenas de establecimientos y los grandes almacenes se imponían sobre las tiendas de barrio y sobre el mercado, y las ventas por correo sobre los vendedores ambulantes— institucionalizó ese respeto, a través de la deferencia, la adulación, la exhibición y la publicidad.

No obstante, hacía ya mucho tiempo que las mujeres burguesas eran consideradas como valiosas consumidoras, mientras que la mayor parte de los gastos de las mujeres de condición menos favorecida o pobre iban destinados a cubrir las necesidades básicas o eran fijados por la costumbre. Se amplió el conjunto de lo que se consideraban necesidades del hogar, pero los productos de lujo personal para la mujer, como los productos de belleza y los vestidos a la moda, sólo podían comprarlos todavía las clases medias. El poder de compra de la mujer no contribuyó todavía a cambiar su condición, sobre todo en el seno de la clase media, donde ese poder no era nuevo. Se podría decir, incluso, que las técnicas que las empresas de publicidad y los periodistas consideraban más eficaces tendieron, en todo caso, a perpetuar los estereotipos tradicionales del comportamiento de la mujer. Por otra parte, el mercado de la mujer generó un número importante de nuevos puestos de trabajo para mujeres profesionales, muchas de las cuales estaban también muy interesadas, por razones obvias, en el feminismo.

Sea cual fuere la complejidad del proceso, no hay duda sobre el cambio importante que experimentó la posición y aspiración de la mujer, cuando menos en la clase media, durante los decenios anteriores a 1914. El síntoma más evidente de ese hecho fue la notable expansión de la educación secundaria entre las jóvenes. En Francia, el número de *lycées* masculinos per-

maneció estable, en 330-340, durante todo el período, mientras que el número de instituciones femeninas del mismo tipo pasó de 0 en 1880 a 138 en 1913, y el número de muchachas que a ellas asistían (unas 33.000) era ya un tercio del de los chicos. En el Reino Unido, donde no existió un sistema de educación secundaria nacional antes de 1902, el número de escuelas masculinas pasó de 292 en 1904-1905 a 397 en 1913-1914, pero el número de escuelas femeninas pasó de 99 a una cifra comparable (349).* En 1907-1908, el número de chicas que asistían a las escuelas de enseñanza secundaria de Yorkshire era aproximadamente igual al de chicos, pero lo que es quizá más interesante todavía es que en 1913-1914 el número de muchachas que acudían a las escuelas secundarias estatales una vez superada la edad de 16 años era *mucho mayor* que el de muchachos.[11]

No todos los países mostraron el mismo celo por la educación formal de las muchachas de clase media y media baja. El proceso avanzó mucho más lentamente en Suecia que en otros países escandinavos, apenas lo hizo en los Países Bajos, muy poco en Bélgica y Suiza, y en Italia, con 7.500 alumnas, el progreso fue casi inexistente. En cambio, en 1910, aproximadamente 25.000 muchachas recibían educación secundaria en Alemania (muchas más que en Austria) y, lo que es un tanto sorprendente, en Rusia se había alcanzado ya esa cifra en 1900. El número de muchachas que acudían a la escuela secundaria creció mucho más modestamente en Escocia que en Inglaterra y Gales. Por lo que respecta a la educación universitaria, las cifras son mucho menos desiguales, si exceptuamos la notable expansión de la Rusia zarista, donde el número de muchachas universitarias pasó de menos de 2.000 en 1905 a 9.300 en 1911 y, desde luego, también en los Estados Unidos, donde las cifras totales (56.000 en 1910), que casi se habían duplicado desde 1890, no eran comparables con las de otros sistemas universitarios. En 1914 el número de estudiantes universitarias en Alemania, Francia e Italia rondaba las 4.500 y 5.000, y en Austria, las 2.700. Hay que señalar que en Rusia, Estados Unidos y Suiza fue a partir del decenio de 1860 cuando la mujer comenzó a ser admitida en la universidad, mientras que en Austria hubo que esperar hasta 1897, y en Alemania, hasta 1900-1908 (Berlín). Al margen de la medicina, sólo 103 mujeres habían obtenido títulos universitarios en las universidades alemanas en 1908, año en que fue nombrada por primera vez una mujer como profesora universitaria (en la Academia Comercial de Mannheim). Las diferencias nacionales en el progreso de la educación de la mujer no han despertado todavía un gran interés entre los historiadores.[12]

Aunque todas esas muchachas (con la excepción de las pocas que consiguieron penetrar en las instituciones masculinas de la universidad) no recibían la misma educación —o tan buena— como los muchachos de la misma edad, el simple hecho de que la educación secundaria formal

* El número de escuelas mixtas, casi con toda seguridad de estatus inferior, creció más modestamente, de 184 a 281.

de las mujeres de clase media llegara a ser un proceso familiar y, en algunos países, una actividad casi normal en determinados círculos, no tenía precedentes.

El segundo síntoma, menos cuantificable, de un cambio significativo en la situación de las mujeres jóvenes es la mayor libertad de movimientos en la sociedad, tanto en su calidad de individuos como en sus relaciones con los hombres. Esto revestía una especial importancia en el caso de las jóvenes de familias «respetables», sometidas a las más estrictas limitaciones convencionales. La práctica de acudir a bailes sociales informales en lugares públicos destinados a ese propósito (es decir, ni en el hogar ni en bailes formales organizados para ocasiones especiales) refleja esa relajación de los convencionalismos. En 1914, los jóvenes más liberados de las grandes ciudades occidentales ya estaban familiarizados con las danzas rítmicas, provocativas desde el punto de vista sexual, de origen dudoso pero exótico (el tango argentino, los pasos sincopados de los negros norteamericanos), que se practicaban en los *night clubs* o, lo que resulta todavía más sorprendente, en hoteles a la hora del té o mientras se consumían los diversos platos de la cena.

Esto implicaba libertad de movimientos no sólo en el ámbito social, sino en un sentido literal. Aunque la moda femenina no expresó claramente la emancipación de la mujer hasta después de la primera guerra mundial, la desaparición de las armaduras de tejido y ballenas, que encerraban la figura femenina en público, fue anticipada ya por los vestidos más sueltos que popularizaron al final del período las modas del esteticismo intelectual en el decenio de 1880 y el *art nouveau* y la alta costura en los años anteriores a 1914. Es importante también que las mujeres de clase media salieran de los interiores apenas iluminados para mostrarse al aire libre porque ello implicaba, al menos en algunas ocasiones, escapar a la limitación de movimientos que imponían vestidos y corsés (y también su sustitución a partir de 1910 por el nuevo sostén, más flexible). No es casualidad que Ibsen simbolizara la liberación de su heroína por una bocanada de aire fresco que penetraba en los hogares noruegos. El deporte no sólo hizo posible que los jóvenes de ambos sexos se encontraran como compañeros fuera de los límites del hogar. Aunque en números reducidos, las mujeres pertenecían a los nuevos clubs turísticos y de montaña y ese gran motor de libertad que fue la bicicleta emancipó proporcionalmente más a la mujer que al varón, por cuanto tenía más necesidad de movimiento en libertad. La bicicleta proporcionaba más libertad incluso de la que disfrutaban las amazonas de la aristocracia, que se veían obligadas todavía, por modestia femenina y a precio de un alto riesgo físico, a sentarse a la mujeriega. ¿Hasta qué punto incremento la libertad de las mujeres de clase media la práctica, cada vez más frecuente y no desprovista de una connotación sexual, de tomar vacaciones en los centros de veraneo —los deportes de invierno estaban todavía muy poco desarrollados, con excepción del patinaje, practicado por ambos sexos— donde sólo ocasionalmente se les unían sus maridos, que permanecían la mayor parte del tiempo

en la ciudad?* Por otra parte, la costumbre de los baños mixtos llevaba inevitablemente, y a pesar de todos los esfuerzos por evitarlo, a mostrar una parte más amplia del cuerpo de lo que hubiera considerado tolerable la respetabilidad victoriana.

Es difícil determinar hasta qué punto esa mayor libertad de movimientos significó una mayor libertad sexual para las mujeres de clase media. Ciertamente, las relaciones sexuales fuera del matrimonio eran todavía patrimonio de una minoría de muchachas conscientemente emancipadas de esa clase, que casi con toda seguridad buscaban también otras expresiones de liberación, ya fuera política o de otro tipo. Como afirmaba una mujer rusa, en el período posterior a 1905 «comenzó a ser muy difícil para una muchacha "progresista" rechazar los requerimientos amorosos sin dar largas explicaciones. Los muchachos de las provincias no eran muy exigentes, se contentaban simplemente con los besos, pero en cuanto a los estudiantes universitarios de la capital ..., no era fácil disuadirlos. "¿Eres anticuada, *Fraülein*?" ¿Y quién quería ser una anticuada?».[13] Ignoramos hasta qué punto eran amplios esos grupos de mujeres emancipadas, aunque casi con toda seguridad eran numerosos en la Rusia zarista, casi inexistentes en los países mediterráneos,** y probablemente muy importantes en el noroeste de Europa (incluyendo el Reino Unido) y en las ciudades del imperio de los Habsburgo. El adulterio, que era con toda seguridad la forma más extendida de relación sexual extramatrimonial entre las mujeres de clase media, es posible que se hiciera más frecuente a raíz de la autoafirmación de la mujer. Es muy diferente el adulterio como forma de sueño utópico de liberación de una vida constreñida, como en la versión típica de madame Bovary de las novelas del siglo XIX, y la libertad relativa de los maridos y esposas franceses de clase media, siempre que se respetaran las convenciones, para tener amantes, tal como aparecen en las comedias francesas de bulevar del siglo XIX. (Por cierto, los autores de ambos tipos de obras eran hombres.) Sin embargo, resulta difícil cuantificar la práctica del adulterio en el siglo XIX, como ocurre con todas las actividades sexuales en ese siglo. Todo lo que podemos decir con alguna seguridad es que esa forma de comportamiento era más común en los círculos aristocráticos y más de moda, así como en las grandes ciudades, donde era más fácil mantener las apariencias con la ayuda de instituciones discretas e impersonales como los hoteles.***

No obstante, si desde el punto de vista cuantitativo existen deficiencias, desde el cualitativo al historiador no puede dejar de impresionarle el creciente reconocimiento de la sensualidad femenina en las estridentes

* Los lectores interesados en el psicoanálisis habrán advertido el papel desempeñado por las vacaciones en el progreso de los pacientes en el diario de Sigmund Freud.

** Esto puede explicar la importancia desmesurada de las mujeres emigradas rusas en los movimientos progresistas y obreros de un país como Italia.

*** Estas observaciones se refieren únicamente a las clases medias y altas. No hacen referencia al comportamiento sexual pre y posmarital de las mujeres del campesinado y de las clases urbanas trabajadoras que, ciertamente, constituían la mayoría de las mujeres.

afirmaciones masculinas sobre las mujeres en este período. Muchas de ellas son intentos de reafirmar, en términos literarios y científicos, la superioridad del hombre en la esfera intelectual y la función pasiva y, por así decirlo, complementaria de la mujer en la relación entre los sexos. Nos parece secundario si ello expresa el temor al ascenso de la mujer, como ocurre tal vez en el dramaturgo sueco Strindberg y en la desequilibrada obra *Sexo y carácter* (1903) del joven austríaco Otto Weininger, que conoció 25 ediciones en veintidós años. De hecho, la recomendación del filósofo Nietzsche de que los hombres no tenían que olvidar el látigo al tratar con las mujeres (*Así habló Zarathustra*, 1883)[14] no era más «sexista» que el elogio de la mujer que hacía el contemporáneo y admirador de Weininger, Karl Kraus. Insistir, como lo hacía Kraus, en que «lo que no se le da a la mujer es justamente lo que asegura que el hombre utilice sus dones»,[15] o, como el psiquiatra Möbius (1907), en que «el hombre cultural alienado de la naturaleza» necesitaba como compañera a la mujer natural, podía pretender sugerir (como en el caso de Möbius) que todas las instituciones de educación superior para la mujer debían ser destruidas o (como en el caso de Kraus) otra cosa distinta. Pero la actitud básica era similar. Sin embargo, había una insistencia indudable y nueva en el hecho de que la mujer como tal tenía poderosos intereses eróticos: para Kraus «la *sensualidad* [la cursiva es mía] de la mujer es la fuente a la que acude la intelectualidad [*Geistigkeit*] del hombre para renovarse». La Viena de fin de siglo, ese notable laboratorio de psicología moderna, aporta el reconocimiento más sofisticado e ilimitado de la sexualidad femenina. Los retratos de Klimt de mujeres vienesas, por no mencionar los de las mujeres en general, son imágenes de personas con poderosos intereses eróticos propios más que simplemente imágenes de los sueños sexuales de los hombres. Sería muy extraño que no reflejaran una parte de la realidad sexual de las clases media y alta del imperio de los Habsburgo.

El tercer síntoma de cambio fue el hecho de que se prestara mucha más atención pública a las mujeres como un grupo con intereses y aspiraciones especiales como individuos. Sin duda, el olfato de los hombres de negocios fue el que primero captó el aroma de un mercado específico de la mujer —por ejemplo, las páginas dedicadas a la mujer de clase media baja en los nuevos periódicos de masas y las revistas dedicadas a las muchachas jóvenes y a las mujeres de mayor edad—, pero incluso el mercado supo apreciar el valor publicitario de tratar a la mujer no sólo como consumidora, sino también como persona de éxito. La gran exposición internacional anglofrancesa de 1908 supo captar el espíritu de la época, no sólo conjugando el esfuerzo vendedor de los organizadores con celebraciones imperiales y con el primer estadio olímpico, sino con un palacio dedicado a las realizaciones de la mujer y situado en un lugar céntrico, en el que se incluía una muestra histórica dedicada a una serie de mujeres distinguidas de «origen real, aristocrático y sencillo» que habían muerto antes de 1900 (bocetos de la joven reina Victoria, el manuscrito de *Jane Eyre* y el carruaje que Florence Nightingale utilizó en Crimea, etc.) y muestras de bordados, trabajos de artesanía,

ilustraciones de libros, fotografía, etc.* Tampoco hay que pasar por alto la aparición de la mujer como triunfadora individual en actividades competitivas, en las que una vez más el deporte constituye un ejemplo notable. La organización del campeonato femenino individual en Wimbledon seis años después de que se iniciara el campeonato masculino y, asimismo, con un lapso de tiempo similar, en los campeonatos de tenis de Francia y los Estados Unidos fue, en el decenio de 1880, una innovación más revolucionaria de lo que podemos pensar en la actualidad. En efecto, incluso dos decenios antes habría sido inconcebible pensar que unas mujeres respetables, e incluso casadas, pudieran desempeñar ese tipo de papel público desvinculadas de sus familias y del hombre.

III

Por razones obvias, es más fácil documentar el movimiento consciente y activo en pro de la emancipación de la mujer y, asimismo, la existencia de las mujeres que consiguieron penetrar en parcelas de vida reservadas hasta entonces para los hombres. En ambos casos se trataba de minorías articuladas y, por su misma rareza, registradas, de mujeres occidentales de clase media y alta, tanto mejor documentadas por cuanto sus esfuerzos, y en algunos casos su misma existencia, suscitaban resistencias y debates. El mismo hecho de que estas minorías fueran tan visibles aleja nuestra atención del mar de fondo del cambio histórico en la posición social de la mujer, que los historiadores sólo pueden captar de forma indirecta. De hecho, si centramos nuestra atención en sus portavoces militantes ni siquiera captamos completamente el desarrollo consciente del movimiento de emancipación. En efecto, un importante sector de ese movimiento, y casi con toda seguridad la mayoría de los que participaron en él fuera del Reino Unido, los Estados Unidos y posiblemente Escandinavia y los Países Bajos, no lo hacían identificándose con movimientos específicamente femeninos, sino con la liberación de la mujer como una parte de otros movimientos más amplios de emancipación general, como los movimientos obreros y socialistas. Con todo, no podemos dejar de analizar brevemente esas minorías.

Como ya hemos indicado, los movimientos específicamente feministas eran reducidos: en muchos países del continente sus organizaciones consistían en algunos centenares y a lo sumo algunos millares de individuos. Procedían casi por completo de la clase media y su identificación con la burguesía, y en especial con el liberalismo burgués, que pretendían ver ampliado al segundo sexo, constituía su fuerza y determinaba sus limitaciones. Era

* Sin embargo, en este período era típico que «las mujeres artistas prefirieran en su mayor parte exhibir su obra en el Palacio de Bellas Artes». Y, asimismo, que el Women Industrial Council se quejara a *The Times* de las condiciones intolerables en que trabajaban el millar de mujeres empleadas en la Exposición.[16]

difícil que en las capas sociales situadas por debajo de la próspera y educada burguesía, temas tales como el voto de la mujer, el acceso a la educación superior, el derecho a trabajar fuera del hogar y a formar parte de las profesiones liberales y la lucha por alcanzar el estatus y los derechos del hombre (especialmente los derechos de propiedad) suscitaran tanto fervor como otros temas. Tampoco hay que olvidar que la relativa libertad de que gozaba la mujer de clase media para luchar por esas exigencias se apoyaba, al menos en Europa, en la posibilidad de hacer recaer las cargas del trabajo doméstico sobre un grupo mucho más amplio de mujeres, sus sirvientas.

Las limitaciones del feminismo occidental de clase media no eran sólo sociales y económicas, sino también culturales. La forma de emancipación a la que aspiraban esos movimientos, a saber, el mismo trato que el hombre desde el punto de vista legal y político y participar como individuos, sin consideración de sexo, en la vida de la sociedad, asumía un modelo transformado de vida social que estaba ya muy alejado del tradicional «lugar de la mujer». Consideremos un caso extremo: los hombres bengalíes emancipados, que deseaban poner de relieve su occidentalización sacando a sus mujeres de su reclusión y haciéndolas entrar «en el salón», provocaron, con su decisión, tensiones inesperadas con y entre sus mujeres, que no veían muy claramente qué era lo que ganaban a cambio de la pérdida de su autonomía, subordinada pero totalmente real, en esa sección de la casa que era absolutamente *suya*.[17] Una «esfera de la mujer» claramente definida —ya fuera de la mujer individualmente en sus relaciones en el hogar o de las mujeres colectivamente como parte de una comunidad— podía parecer a los progresistas como una simple excusa para mantener subyugada a la mujer, como lo era entre otras cosas. Y por supuesto, fue así, cada vez más, con el debilitamiento de las estructuras sociales tradicionales.

Sin embargo, y dentro de sus límites, ello había dado a la mujer los recursos individuales y colectivos que poseía, que no carecían totalmente de valor. Por ejemplo, la mujer era la perpetuadora y formadora del lenguaje, la cultura y los valores sociales, el artífice fundamental de la «opinión pública», la iniciadora reconocida de determinados tipos de acción pública (por ejemplo, la defensa de la «economía moral») y, lo que no era menos importante, la persona que no sólo había aprendido a manipular al hombre, sino aquella en quien *se esperaba* que los hombres delegaran en algunos temas y en determinadas situaciones. El dominio del hombre sobre la mujer, aunque absoluto en teoría, en la práctica colectiva era ilimitado y arbitrario en la misma medida en que el gobierno de los monarcas absolutos de derecho divino era un despotismo ilimitado. Esta afirmación no justifica una forma de dominio más que otra, pero puede ayudar a explicar por qué muchas mujeres que, al no tener nada mejor, habían aprendido a lo largo de muchas generaciones a «manejar el sistema», se mostraban relativamente indiferentes ante las exigencias de las clases medias liberales que no parecían ofrecer esas ventajas prácticas. Después de todo, incluso en el seno de la sociedad burguesa liberal, las mujeres francesas de clase media y pequeñoburguesas, nada

estúpidas y que no eran dadas a la pasividad, no apoyaron masivamente la causa del sufragio de la mujer.

Dado que los tiempos estaban cambiando y que la subordinación de la mujer era universal, abierta y orgullosamente anunciada por el hombre, quedaba mucho espacio para que surgieran movimientos de emancipación femenina. Pero si estos movimientos podían conseguir el apoyo masivo de las mujeres en este período, paradójicamente podían conseguirlo *no* como movimientos feministas específicos, sino como componentes femeninos de otros movimientos de emancipación humana universal. De aquí el atractivo de los nuevos movimientos socialrevolucionarios y socialistas. Defendían específicamente la emancipación de la mujer (es significativo que la exposición más popular del socialismo a cargo del líder del Partido Socialdemócrata alemán, August Bebel, llevara por título *La mujer y el socialismo*). De hecho, los movimientos socialistas ofrecían el medio más favorable para que las mujeres, al margen de las actrices y algunas hijas muy favorecidas de la elite, desarrollaran su personalidad y su talento. Pero lo que es más importante, prometían una transformación total de la sociedad que, como sabían las mujeres realistas, sería necesaria para cambiar el viejo modelo de la relación entre los sexos.*

En este sentido, la auténtica elección política que tenía que hacer la masa de mujeres europeas no debían realizarla entre el feminismo y los movimientos políticos mixtos, sino entre las Iglesias (especialmente la Iglesia católica) y el socialismo. Las diferentes Iglesias, que libraban una fuerte batalla contra el «progreso» decimonónico (véase *La era del capital*, capítulo 6, I), defendían los derechos que poseía la mujer en el orden tradicional de la sociedad con todo celo, por cuanto el elemento femenino era cada vez más numeroso tanto en la masa de los fieles como entre el personal eclesiástico: a finales de la centuria los profesionales religiosos femeninos eran casi con toda seguridad más numerosos que a lo largo de toda la historia occidental desde la Edad Media. No es simple casualidad el hecho de que los santos católicos más conocidos de este período fueran mujeres —santa Bernardette de Lourdes y santa Teresa de Lisieux, ambas canonizadas a comienzos del siglo XX—, y que la Iglesia estimulara poderosamente el culto de la Virgen María. En los países católicos la Iglesia proveía a las esposas de armas poderosas — y que despertaban resentimiento— contra sus maridos. Por tanto, el anticlericalismo tenía un marcado tinte de hostilidad antifemenina, como ocurría en Francia e Italia. Por otra parte, las Iglesias apoyaban a la mujer al precio de comprometer también a sus piadosas seguidoras a aceptar su subordinación tradicional y a condenar la emancipación femenina que ofrecían los socialistas.

Desde el punto de vista estadístico, el número de mujeres que optaba por la defensa de su sexo a través de la piedad era mucho mayor que el de las que optaban por la liberación. Mientras que el movimiento socialista atrajo a una *vanguardia* de mujeres extraordinariamente capaces desde el principio —pertenecientes mayoritariamente, como es lógico esperar, a las clases media y alta—, lo cierto es que hasta 1905 no hubo una participación femenina importante en los partidos obreros y socialistas. En el decenio de 1890, en ningún momento hubo más de cincuenta mujeres, es decir, el 2-3 por 100 en el ciertamente reducido Parti Ouvrier Français.[18] Cuando fueron reclutadas en mayor número, como ocurrió en Alemania a partir de 1905, en su mayor parte eran esposas, hijas o (como en la famosa novela de Gorki) madres de hombres socialistas. Hasta 1914 no existe equivalente, por ejemplo, del Partido Socialdemócrata austríaco de mediados de 1920, en el que prácticamente el 30 por 100 de sus afiliados eran mujeres, ni del Partido Laborista británico del decenio de 1930, con una afiliación femenina de casi el 40 por 100, si bien en Alemania el porcentaje de mujeres ya era importante.[19] El porcentaje de mujeres en los sindicatos obreros organizados fue siempre pequeño: insignificante en la década de 1890 (excepto en el Reino Unido), y normalmente nunca superior al 10 por 100 en el decenio de 1900.* Sin embargo, como en la mayor parte de los países la mujer no tenía derecho de voto, no podemos contar con el dato que más fielmente reflejaría su simpatía política y, en consecuencia, sobra cualquier otra especulación.

La mayoría de las mujeres permanecieron, pues, al margen de cualquier movimiento de emancipación. A mayor abundamiento, incluso muchas de aquellas cuyas vidas, carreras y opiniones ponían de manifiesto que les preocupaba profundamente la posibilidad de abandonar la jaula tradicional de la «esfera de la mujer», mostraron escaso entusiasmo por las campañas más ortodoxas de las feministas. El primer período de emancipación de la mujer produjo una pléyade de mujeres eminentes, pero algunas de las más destacadas de entre ellas (por ejemplo, Rosa Luxemburg o Beatrice Webb) no encontraban argumentos para limitar su talento a la causa de un único sexo. Es cierto que el reconocimiento público era ahora más fácil: en 1891 el libro de referencia británico *Hombres de la época* cambió el título por el de *Hombres y mujeres de la época*; y los actos públicos en pro de la causa de la mujer o de aquellas que se consideraban de especial interés para la mujer (por ejemplo, el bienestar de los niños) alcanzaban cierta notoriedad pública. Sin embargo, el camino de la mujer en un mundo de hombres seguía siendo duro; el éxito implicaba enormes esfuerzos y cualidades y eran pocas las que conseguían triunfar.

* No hay que concluir que esa transformación tomara la forma únicamente de la revolución social anticipada por los movimientos socialista y anarquista.

* Porcentaje de mujeres entre los sindicalistas organizados en 1913:[20]

País	Porcentaje
Reino Unido	10,5
Alemania	9
Bélgica (1923)	8,4
Suecia	5
Suiza	11
Finlandia	12,3

La mayor parte de las mujeres realizaban actividades reconocidas compatibles con la feminidad tradicional, como las actividades artísticas y (entre las mujeres de clase media, sobre todo las casadas) la literatura. El mayor número de «mujeres de la época» británica cuyo nombre fue registrado en 1895 eran escritoras (48) y figuras destacadas de la escena (42).[21] La francesa Colette (1873-1954) era ambas cosas. Antes de 1914 ya había ganado una mujer el premio Nobel de Literatura (la sueca Selma Lagerlöf en 1909). También se presentó la posibilidad de realizar carreras profesionales, por ejemplo en el campo de la educación gracias a la gran expansión de la educación secundaria y superior entre las jóvenes, y —desde luego, en el Reino Unido— en el nuevo periodismo. La política y la propaganda de izquierdas era otra opción interesante. En Gran Bretaña, en 1895, el mayor porcentaje de mujeres destacadas correspondía a la categoría de «reformadores, filántropos, etc.». De hecho, la política socialista y revolucionaria ofrecía una serie de posibilidades únicas, como lo demuestran los casos de una serie de mujeres de la Rusia zarista que actuaban en diferentes países (Rosa Luxemburg, Vera Zasulich, Alexandra Kollontai, Anna Kuliscioff, Angelica Balabanoff y Emma Goldman) y algunas otras de otros países (Beatrice Webb en el Reino Unido y Henrietta Roland-Holst en los Países Bajos).

No puede decirse lo mismo en el caso de la política conservadora, que en el Reino Unido —aunque no en otros lugares— suscitaba la lealtad de muchas feministas aristocráticas,* pero que no ofrecía esas posibilidades, ni en el caso de los partidos liberales, en los cuales los políticos eran prácticamente todos de sexo masculino. Ahora bien, la relativa facilidad de la mujer para dejar su impronta en la vida pública lo simboliza la concesión del premio Nobel de la Paz a una mujer, Bertha von Suttner, en 1905. Sin duda, la tarea más difícil era la de la mujer que desafiaba la resistencia, tanto institucional como informal, de los hombres en las profesiones organizadas, a pesar de la penetración —modesta pero en rápida progresión— que habían realizado en el campo de la medicina: 20 médicas en Inglaterra y Gales en 1881, 212 en 1901 y 447 en 1911. La exigüidad de estas cifras permite calibrar la extraordinaria importancia de los logros de Marie Sklodkowska-Curie (otro producto del imperio zarista), que consiguió dos premios Nobel en el campo de la ciencia (en 1903 y 1911). Estas grandes figuras no permiten medir la participación de la mujer en un mundo masculino, que podía ser ciertamente impresionante dado el reducido número de aquéllas. Pensamos en el importante papel que desempeñaron un puñado de mujeres británicas emancipadas en el renacimiento del movimiento obrero a partir de 1888: Annie Besant y Eleanor Marx y las propagandistas itinerantes que tanto contribuyeron a la formación del joven Partido Laborista Independiente (Enid Stacy, Katherine Conway y Caroline Martyn). Ahora bien, aunque casi todas esas mujeres

* El directorio de la publicación feminista *Englishwoman's Year-Book* (1905) incluía 158 mujeres con título nobiliario, entre ellas 30 duquesas, marquesas, vizcondesas y condesas. Ello comprendía una cuarta parte de las duquesas británicas.[22]

defendían los derechos de la mujer y, sobre todo en el Reino Unido y los Estados Unidos, apoyaban también con energía el movimiento feminista político, no le dedicaban sino muy escasa atención.

Por lo general, las mujeres que sí se centraban en ese movimiento eran partidarias de la agitación política, ya que exigían una serie de derechos, como el derecho de voto, que conllevaban cambios jurídicos y políticos. Poco podían esperar de los partidos conservadores y confesionales y, por otra parte, su relación con los partidos liberales y radicales, con los que el feminismo de clase media tenía afinidades ideológicas, eran difíciles algunas veces, muy en especial en el Reino Unido, donde los gobiernos liberales lucharon contra el fuerte movimiento sufragista entre 1906 y 1914. Ocasionalmente (como ocurrió en el caso de los checos y finlandeses) el movimiento feminista se asociaba con movimientos de oposición de liberación nacional. En el seno de los movimientos socialistas y obreros se impulsaba a la mujer a centrarse en su propio sexo, y así actuaban muchas feministas, no sólo porque la explotación de la mujer trabajadora exigía algún tipo de acción, sino también porque descubrieron la necesidad de luchar por los derechos e intereses de la mujer dentro mismo del movimiento, a pesar del compromiso ideológico de éste con la igualdad. La diferencia entre una pequeña vanguardia de militantes progresistas o revolucionarios y un movimiento obrero de masas radicaba en que este último estaba formado fundamentalmente no sólo por hombres (aunque sólo fuera porque el grueso de los asalariados y, más aún, de la clase obrera organizada la formaban los hombres), sino por hombres que mostraban una actitud tradicional frente a la mujer y cuyos intereses como sindicalistas les llevaban a excluir a los competidores mal pagados. Ahora bien, lo cierto es que la mujer era el perfecto exponente de la mano de obra barata. No obstante, en los movimientos obreros estos problemas se vieron paliados como consecuencia de la creación de numerosos comités y organizaciones femeninas en su seno, sobre todo a partir de 1905.

De los aspectos políticos del feminismo, el derecho a votar en las elecciones parlamentarias era el más destacado. Con anterioridad a 1914 sólo se había conseguido en Australasia, Finlandia y Noruega, aunque existía en una serie de estados de los Estados Unidos y, de forma limitada, en el gobierno local. El sufragio no movilizó importantes movimientos de mujeres ni desempeñó un papel importante en la política nacional excepto en los Estados Unidos y el Reino Unido, donde lo apoyaban con fuerza las mujeres de clase alta y media, y entre los líderes y activistas políticos del movimiento socialista. En el período 1906-1914 las agitaciones adquirieron una dimensión dramática como consecuencia de las tácticas de acción directa de la Unión Social y Política de las Mujeres (las sufragistas). Pero el sufragismo no ha de llevarnos a olvidar la amplia organización política de las mujeres como grupos de presión para otras causas, ya fueran de interés especial para su sexo —como las campañas contra el «tráfico de esclavos blancos» (que llevó a la aprobación de las Mann Act de 1910 en los Estados Unidos)— o sobre cuestiones tales como la paz y la oposición al consumo de alcohol. Si bien fra-

casaron en el primero de esos empeños, su contribución al triunfo del segundo, la enmienda 18 de la Constitución norteamericana (la Prohibición) fue fundamental. De todas formas, lo cierto es que las actividades políticas independientes de las mujeres (salvo como miembros del movimiento obrero) carecieron de importancia excepto en los Estados Unidos, el Reino Unido, los Países Bajos y Escandinavia.

IV

Había otra vertiente del feminismo que se abría paso a través de debates políticos y no políticos sobre la mujer: la liberación sexual. Este era un tema vidrioso, como lo atestigua la persecución de mujeres que defendieron públicamente una causa tan respetable como el control de natalidad: Annie Besant, a quien por esa razón se le arrebató a sus hijos en 1877, y Margaret Sanger y Marie Stopes más tarde. Era una cuestión que no encajaba perfectamente en ningún movimiento. El mundo de las clases altas de la gran novela de Proust o el París de las lesbianas independientes y muchas veces acomodadas, como Natalie Barney, aceptaba la libertad sexual, ortodoxa o heterodoxa, con naturalidad, en la medida en que se guardaran las apariencias. Pero, como lo atestigua Proust, no asociaba la liberación sexual con la felicidad social ni privada ni con la transformación social, y tampoco veía con buenos ojos la perspectiva de esa transformación, con la excepción de una *bohème* de artistas y escritores de más baja extracción social, que se sentían atraídos por el anarquismo. En cambio, los revolucionarios sociales defendían la libertad de elección sexual para la mujer —la utopía sexual de Fourier, hacia la que Engels y Bebel expresaron su admiración, no había sido totalmente olvidada—, y esos movimientos atrajeron a todo tipo de individuos anticonvencionales, utópicos, bohemios y propagandistas contraculturales, incluyendo a todos los deseosos de afirmar el derecho a acostarse con quien uno quisiera y en la forma que lo deseara. Homosexuales como Edward Carpenter y Oscar Wilde, defensores de la tolerancia sexual como Havelock Ellis, mujeres liberadas de gustos distintos como Annie Besant y Olive Schreiner, gravitaban en la órbita del reducido movimiento socialista británico del decenio de 1880. No sólo se aceptaban las uniones libres sin certificado matrimonial, sino que eran casi obligadas allí donde el anticlericalismo era especialmente intenso. No obstante, como evidencian los enfrentamientos que más tarde tendría Lenin con algunas camaradas demasiado preocupadas por la cuestión sexual, las opiniones se dividían respecto a lo que significaba el «amor libre» y respecto hasta qué punto esa debía ser una cuestión central en el movimiento socialista. Un defensor de la liberación ilimitada de los instintos, como el psiquiatra Otto Grosz (1877-1920), criminal, drogadicto y discípulo temprano de Freud, que se dio a conocer en el ambiente intelectual y artístico de Heidelberg (en gran medida por medio de sus amantes, las hermanas Richthofen, amantes o esposas de Max Weber, D. H. Lawrence y otros), así como en Munich, Ascona, Berlín y Praga, era un seguidor de Nietzsche que sentía muy poca simpatía por Marx. Aunque fue acogido con entusiasmo por alguno de los anarquistas bohemios de los años anteriores a 1914 —pero rechazado por otros como enemigo de la moral— y favorecía cualquier cosa que destruyera el orden existente, era un elitista a quien es difícil adjudicar una etiqueta política. En definitiva, la liberación sexual como programa planteaba más problemas que soluciones. Su fuerza programática era escasa fuera de los círculos de la vanguardia bohemia.

Uno de los problemas fundamentales que suscitó fue la naturaleza exacta del futuro de la mujer en una sociedad en la que ésta hubiera conseguido los mismos derechos y oportunidades y recibiera el mismo trato que el hombre. Lo fundamental era el futuro de la familia que dependía de la mujer como madre. Era fácil pensar en la emancipación de la mujer de las cargas del hogar, que las clases media y alta (especialmente en el Reino Unido) habían solucionado mediante el servicio doméstico y enviando a los hijos varones a internados desde muy temprana edad. Las mujeres norteamericanas, en cuyo país había escasez de servicio doméstico, defendían desde hacía tiempo —y ahora comenzaron a conseguir— la transformación tecnológica del hogar que permitiera reducir el trabajo personal. Christine Frederick aplicó incluso al hogar la «gestión científica» en el *Ladies Home Journal* de 1912 (véase *supra*, pp. 52-53). En la década de 1880 aparecieron las primeras cocinas de gas, y las cocinas eléctricas se difundieron con mayor rapidez a partir de los últimos años anteriores a la guerra. La palabra *aspiradora* se utilizó por primera vez en 1903, y la plancha eléctrica fue presentada a un público escéptico en 1909, aunque su uso generalizado no se impondría hasta el período de entreguerras. El lavado de la ropa se mecanizó, aunque no todavía en el hogar: en los Estados Unidos la producción de lavadoras se quintuplicó entre 1880 y 1910.[21] Los socialistas y anarquistas, entusiastas de la utopía tecnológica, apoyaban soluciones de carácter más colectivo y centraban también sus esfuerzos en las escuelas de niños, las guarderías, y en la distribución pública de alimentos cocinados (de la que es ejemplo temprano la comida en la escuela) que permitiera a la mujer conjugar su condición de madre con el trabajo y otras actividades. Sin embargo, eso no solucionó totalmente el problema.

¿No implicaría la emancipación de la mujer la sustitución de la familia nuclear existente por otro tipo de agrupación humana? La etnografía, que conoció un florecimiento sin precedentes, demostraba que ese no era el único tipo familiar conocido en la historia —la obra del antropólogo finlandés Westermarck, *Historia del matrimonio humano* (1891), había llegado a la quinta edición en 1921 y fue traducida al francés, alemán, sueco, italiano, español y japonés—, y Engels sacó las necesarias conclusiones revolucionarias en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884). Sin embargo, aunque la izquierda utópico-revolucionaria experimentó nuevas formas de unidades comunitarias, la más duradera de las cuales sería el *kibbutz* de los colonizadores judíos de Palestina, podemos afirmar que la mayor

parte de los líderes socialistas e incluso una mayoría más abrumadora de sus seguidores, por no mencionar a otros grupos menos «avanzados», concebían el futuro en función de la familia nuclear, aunque transformada. Pero había opiniones distintas sobre la mujer que hacían del matrimonio, el cuidado de la casa y su condición de madre su carrera fundamental. Como señalaba Bernard Shaw a una mujer emancipada con la que mantenía correspondencia, la emancipación de la mujer se centraba básicamente en *ella*.[24] Por lo general, los teóricos de izquierda, aunque los socialistas moderados defendían la casa y el hogar (por ejemplo, los «revisionistas» alemanes), creían que la emancipación de la mujer se produciría cuando ésta saliera del hogar para trabajar o dedicarse a otros intereses, que, en consecuencia, trataban por todos los medios de estimular. Sin embargo, el problema de conjugar la emancipación y la condición de madre no sería resuelto fácilmente.

La mayor parte de las mujeres emancipadas de la clase media que se decidían a hacer carrera en un mundo dominado por el hombre solucionaban el problema renunciando a los hijos, al matrimonio y frecuentemente (como en el Reino Unido) mediante un virtual celibato. Esto no reflejaba tan sólo la hostilidad hacia el hombre, disfrazada a veces como un sentido de superioridad femenina respecto al otro sexo, como podemos encontrar en el movimiento sufragista anglosajón. Tampoco era simplemente una consecuencia del hecho demográfico de que el exceso de mujeres —13 millones en el Reino Unido en 1911— impedía el matrimonio de muchas de ellas. El matrimonio era todavía una carrera a la que aspiraban muchas mujeres, aunque desempeñaran un trabajo no manual, y abandonaban su puesto de profesora o su trabajo en la oficina el día de su boda aunque no necesitaran hacerlo. Reflejaba la dificultad real de conjugar dos ocupaciones muy exigentes, en un momento en que sólo cuando se contaba con recursos excepcionales y con ayuda era posible hacerlo. Al no poder contar con todo ello, una trabajadora feminista como Amalie Ryba-Seidl (1876-1952) tuvo que abandonar su larga militancia en el Partido Socialista Austríaco durante cinco años (1895-1900) para dar tres hijos a su marido,[25] y —lo que resulta aún más lamentable desde los parámetros actuales— Berta Philpotts Newall (1877-1932), destacada y olvidada historiadora, se vio obligada a dimitir de su puesto de directora del Girton College de Cambridge en 1925 porque «su padre la necesita y piensa que tiene que ir con él».[26] Pero el coste de la abnegación era alto y las mujeres que optaban por una carrera, como Rosa Luxemburg, sabían que tenían que pagarlo y eran conscientes de estar haciéndolo.[27]

Así pues, ¿hasta qué punto había variado la condición de la mujer en los cincuenta años anteriores a 1914? El problema no es el de cómo calibrar, sino el de cómo juzgar los cambios que, según todos los parámetros, fueron importantes para una gran mayoría, tal vez para la mayor parte de las mujeres en el Occidente urbano e industrial y verdaderamente trascendentales para una minoría de mujeres de clase media. (De todas formas, hay que insistir en que todas esas mujeres sólo eran un pequeño porcentaje del elemento femenino en su conjunto, que constituía la mitad de la especie humana.) Según los esquemas simples y elementales de Mary Wollstonecraft, que pedía los mismos derechos para ambos sexos, se había producido un cambio esencial por lo que respecta al acceso de la mujer a puestos y profesiones que eran hasta entonces monopolio del hombre, duramente defendido en muchos casos, en nombre del sentido común e incluso de los convencionalismos burgueses, como cuando los ginecólogos afirmaban la incapacidad de la mujer para tratar las enfermedades específicamente femeninas. En 1914 pocas mujeres habían penetrado todavía por la brecha, pero el camino estaba abierto en principio. A pesar de las apariencias en contrario, la mujer estaba a punto de alcanzar una gran victoria en la larga lucha por conseguir la igualdad de derechos en su calidad de ciudadana, simbolizada en el voto. A pesar de haber sido duramente rechazadas antes de 1914, lo cierto es que no habían transcurrido todavía diez años cuando las mujeres pudieron comenzar a votar en las elecciones nacionales por primera vez en Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Alemania, Irlanda, los Países Bajos, Noruega, Polonia, Rusia, Suecia, el Reino Unido y los Estados Unidos.* Sin duda, este notable cambio fue la culminación de las luchas de los años anteriores a 1914. En cuanto a la igualdad de derechos ante la ley (civil), el balance era menos positivo, a pesar de que habían desaparecido algunas de las desigualdades más flagrantes. El progreso en lo referente a la desigualdad de salarios era asimismo poco significativo. Con muy pocas excepciones, la mujer ganaba todavía mucho menos que el hombre a igualdad de trabajo y, también, por desempeñar trabajos que eran considerados como «trabajos de mujeres» y, por esa razón, muy mal pagados.

Se puede decir que un siglo después de Napoleón, los Derechos del Hombre de la Revolución francesa se habían extendido a la mujer. Ésta estaba a punto de alcanzar los mismos derechos de ciudadanía, y, aunque a regañadientes, las carreras profesionales estaban abiertas a su talento al igual que al talento del hombre. De forma retrospectiva es fácil reconocer las limitaciones de esos progresos, como lo es reconocer las de los derechos originales del hombre. Eran un hecho positivo pero no eran suficientes, sobre todo para la inmensa mayoría de las mujeres cuya pobreza y cuya situación en el matrimonio las mantenían en situación de dependencia.

Pero incluso en el caso de aquellas mujeres para las que el progreso de emancipación era incuestionable —las mujeres de las clases medias consolidadas (aunque probablemente no las mujeres de la pequeña burguesía y de la clase media baja), así como las mujeres jóvenes en edad de trabajar antes de contraer matrimonio—, ese progreso planteaba un gran problema. Si la emancipación significaba salir de la esfera, privada y con frecuencia separada, de la familia, el hogar y las relaciones personales a las que la mujer se había visto reducida durante tanto tiempo, ¿cómo podrían conservar esas

* De hecho, en Europa las mujeres sólo fueron excluidas del derecho al voto en los países latinos, incluyendo Francia, en Hungría, las partes más atrasadas del este y sureste de Europa y en Suiza.

partes de su feminidad que no eran simplemente un papel que les había impuesto el hombre en un mundo pensado por el hombre? En otras palabras, ¿cómo podría la mujer competir en tanto que mujer en una esfera pública constituida por un sexo diferente y en unos términos adecuados para éste?

Probablemente, no hay una respuesta definitiva a ese interrogante, que enfrenta de forma distinta cada generación que se plantea con seriedad la posición de la mujer en la sociedad. Cada respuesta, o cada conjunto de respuestas, puede ser satisfactoria únicamente en su coyuntura histórica propia. ¿Cuál fue la respuesta de las primeras generaciones de mujeres del Occidente urbano que vivían la era de la emancipación? Poseemos bastante información sobre la vanguardia de las pioneras destacadas, activas desde el punto de vista político y articuladas en el plano cultural, pero es poco lo que sabemos sobre aquellas otras que eran inactivas y no estaban articuladas. Todo lo que sabemos es que las modas femeninas que dominaron los sectores emancipados de Occidente después de la primera guerra mundial, y que tomaron temas que ya habían sido anticipados en los medios «progresistas» antes de 1914, sobre todo entre los núcleos artísticos bohemios de las grandes ciudades, conjugaban dos elementos muy distintos. Por una parte, la «generación del *jazz*» de la posguerra adoptó el uso de los cosméticos en público, que anteriormente eran característicos de aquellas mujeres cuya única función era agradar al hombre: prostitutas, etc. Ahora mostraban partes del cuerpo, comenzando por las piernas, que las convenciones decimonónicas de la modestia sexual femenina habían mantenido apartadas de los ojos concupiscentes de los hombres. Por otra parte, las modas de la posguerra intentaron por todos los medios minimizar las características sexuales secundarias que distinguían más claramente a la mujer del hombre, cortando el cabello tradicionalmente largo y haciendo que su pecho pareciera lo más liso posible. Al igual que la falda corta, el abandono del corsé y la nueva facilidad de movimientos, todos ellos eran signos —y gritos— de libertad. No habrían sido tolerados por la generación anterior de padres, maridos y otros detentadores de la autoridad patriarcal tradicional. Pero ¿qué más indicaban? Tal vez, como en el triunfo del «reducido vestido negro» inventado por Coco Chanel (1883-1971), pionera de la mujer de negocios profesional, reflejaban también las exigencias de las mujeres que necesitaban conjugar el trabajo y la informalidad pública con la elegancia. Pero todo lo que podemos hacer es especular. Sin embargo, es difícil negar que los signos de la moda emancipada apuntaban en direcciones opuestas y no siempre compatibles.

Como tantas otras cosas en el mundo de entreguerras, las modas de liberación femenina de los años posteriores a 1918 habían sido ya apuntadas por la vanguardia de preguerra. Más exactamente, florecieron en los sectores bohemios de las grandes ciudades. Greenwich Village, Montmartre y Montparnasse, Chelsea, Schwabing. En efecto, las ideas de la sociedad burguesa, incluyendo sus crisis y contradicciones ideológicas, encontraban su expresión característica, aunque sorprendente y sorprendida, en el arte.

9. LA TRANSFORMACIÓN DE LAS ARTES

> Ellos [los políticos franceses de izquierda] eran profundamente ignorantes respecto al arte ... pero todos afirmaban poseer algún conocimiento y muchas veces realmente lo amaban ... Uno era dramaturgo, otro tocaba el violín, un tercero podía ser un gran amante de la música de Wagner. Y todos ellos coleccionaban cuadros impresionistas, leían libros decadentes y se enorgullecían de su aprecio por el arte ultraaristocrático.
>
> ROMAIN ROLLAND, 1915[1]

> Entre esos hombres, con intelectos cultivados, nervios sensibles y que sufren de malas digestiones encontramos a los profetas y discípulos del evangelio del pesimismo ... Por consiguiente, el pesimismo no es un credo que pueda ejercer una gran influencia sobre la raza anglosajona, fuerte y práctica, y sólo observamos unas débiles notas de pesimismo en la tendencia de algunos en algunas camarillas muy limitadas del llamado escepticismo a admirar ideales mórbidos y cohibidos, tanto en la poesía como en la pintura.
>
> S. LAING, 1885[2]

> El pasado es necesariamente inferior al futuro. Así es como queremos que sea. ¿Cómo podemos atribuir mérito alguno a nuestro enemigo más peligroso? ... Así negamos el esplendor excesivo de las centurias ya pasadas y cooperamos con la victoriosa mecánica que mantiene el mundo firme en su vertiginosidad.
>
> F. T. MARINETTI, futurista, 1913[3]

I

Tal vez nada ilustra mejor que la historia del arte entre 1870 y 1914 la crisis de identidad que experimentó la sociedad burguesa en ese período. En esta época, tanto las artes creativas como su público se desorientaron. El arte reaccionó ante esta situación mediante un salto adelante, hacia la innovación y la experimentación, cada vez más vinculados con la utopía o la seudoteo-

ría. Por su parte, el público, cuando no era influido por la moda y el esnobismo, murmuraba en tono defensivo que «no sabía de arte, pero sabía lo que le gustaba», o se retiraba hacia la esfera de las obras «clásicas», cuya excelencia estaba garantizada por el consenso de muchas generaciones. Pero el mismo concepto de ese consenso estaba siendo atacado. Desde el siglo XVI hasta finales del XIX un centenar de esculturas antiguas representaban lo que, según todo el mundo, eran los logros más excelsos del arte plástico, siendo sus nombres y reproducciones familiares para toda persona occidental educada: el *Laocoonte*, el *Apolo de Belvedere*, el *Galo moribundo*, el *Espinario*, la *Níobe llorosa* y otros. Prácticamente todas esas obras quedaron olvidadas en las dos generaciones posteriores a 1900, excepto tal vez la *Venus de Milo*, distinguida tras su descubrimiento a comienzos del siglo XIX por el conservadurismo de las autoridades del Museo del Louvre de París, y que ha conservado su popularidad hasta la actualidad.

Además, desde finales del siglo XIX el dominio tradicional de la alta cultura se vio socavado por un enemigo todavía más formidable: el interés mostrado por el pueblo común hacia el arte y (con la excepción parcial de la literatura) la revolución del arte por la combinación de la tecnología y el descubrimiento del mercado de masas. El cine, la innovación más extraordinaria en este campo, junto con el *jazz* y las distintas manifestaciones de él derivadas, no había triunfado todavía, pero en 1914 su presencia era ya importante y estaba a punto de conquistar el globo.

Evidentemente, no hay que exagerar la divergencia entre el público y los artistas creativos en la cultura alta o burguesa en este período. En muchos aspectos, se mantuvo el consenso entre ellos, y las obras de individuos que se consideraban innovadores y que encontraron resistencia como tales, se vieron absorbidas en el corpus de lo que era «bueno» y «popular» entre el público culto, pero también, en forma diluida o seleccionada, entre estratos mucho más amplios de la población. El repertorio aceptado de las salas de conciertos de finales del siglo XX incluye la obra de compositores de este período, así como de los «clásicos» de los siglos XVIII y XIX que constituyen su núcleo fundamental: Mahler, Richard Strauss, Debussy y varias figuras de renombre fundamentalmente nacional (Elgar, Vaughan Williams, Reger, Sibelius). El repertorio operístico internacional se ampliaba todavía (Puccini, Strauss, Mascagni, Leoncavallo, Janácek, por no mencionar a Wagner, cuyo triunfo se produjo treinta años antes de 1914). De hecho, la gran ópera floreció de manera extraordinaria e incluso absorbió la vanguardia en beneficio del público, en forma del ballet ruso. Los grandes nombres del período todavía son legendarios: Caruso, Chaliapin, Melba, Nijinsky. Los «clásicos ligeros» o las operetas, canciones y composiciones cortas populares florecieron de forma importante, como en la opereta *Habsburgo* (Lehar, 1870-1948), y en la «comedia musical». El repertorio de las orquestas de Palm Court, de los quioscos de música e incluso del Muzak actual da fe de su atractivo.

La literatura en prosa «seria» de la época ha encontrado y mantenido su lugar, aunque no siempre su popularidad contemporánea. Si ha aumentado la

reputación de Thomas Hardy, Thomas Mann o Marcel Proust (justamente) —la mayor parte de su obra fue publicada después de 1914, aunque casi todas las novelas de Hardy aparecieron entre 1871 y 1897—, la suerte de Arnold Bennet y H. G. Wells, de Romain Rolland y Roger Martin du Gard, de Theodore Dreiser y Selma Lagerlöf ha conocido más altibajos. Ibsen y Shaw, Chéjov y Hauptmann (este último en su propio país) han conseguido superar el escándalo inicial para pasar a formar parte del teatro clásico. De la misma forma, los revolucionarios de las artes visuales de finales del siglo XIX, los impresionistas y posimpresionistas, han sido aceptados en el siglo XX como «grandes maestros» y no como índice de la modernidad de sus admiradores.

La gran línea divisoria hay que establecerla en el mismo período. Es la vanguardia experimental de los últimos años anteriores a la guerra la que —fuera de un reducido círculo de «avanzados» intelectuales, artistas y críticos y los amantes de la moda— no encontraría nunca una acogida sincera y espontánea entre el gran público. Podían consolarse con la idea de que el futuro era suyo, pero para Schönberg el futuro no llegaría a ser realidad como ocurrió con Wagner (aunque puede argumentarse que sí ocurrió en el caso de Stravinsky); para los cubistas el futuro no sería el mismo que para Van Gogh. Poner de manifiesto este hecho no significa juzgar las obras y menos aún infravalorar el talento de sus creadores, en algunos casos realmente extraordinarios. Es difícil negar que Pablo Picasso (1881-1973), hombre de genio extraordinario y de gran productividad, es admirado fundamentalmente como un fenómeno más que (excepto un reducido número de obras, fundamentalmente del período precubista) por la profundidad de su impacto, o incluso por el simple goce que nos producen sus obras. Tal vez es el primer artista con estos dones desde el Renacimiento de quien puede afirmarse esto.

Por tanto, de nada sirve analizar el arte de este período, tal como el historiador tiene la tentación de hacer respecto a los decenios anteriores al siglo XIX, en términos de sus logros. Sin embargo, hay que resaltar el gran florecimiento de la creación artística. El simple incremento del tamaño y la riqueza de la clase media urbana con posibilidad de dedicar más atención a la cultura, así como el gran incremento de individuos cultos y sedientos de cultura entre la clase media baja y algunos sectores de la clase obrera, habría sido suficiente para asegurar ese hecho. En Alemania, el número de teatros se triplicó entre 1870 y 1896, pasando de 200 a 600.[4] En este período comenzaron en el Reino Unido los *promenade concerts* (1895) y la nueva Medici Society (1908) comenzó a editar reproducciones baratas en masa de las obras de los grandes maestros de la pintura, cuando Havelock Ellis, mejor conocida en su condición de sexóloga, editó una Mermaid Series barata de las obras de los dramaturgos de la época de Isabel I y Jacobo II, y series tales como la World's Classics y la Everyman's Library pusieron la literatura internacional al alcance de los lectores a precio reducido. En la cima de la escala de riqueza, los precios de las obras de los viejos maestros y otros símbolos de las grandes fortunas, dominados por la compra competitiva de los multimillonarios norteamericanos aconsejados por marchantes y por expertos

como Bernard Berenson, que conseguían extraordinarios beneficios de ese tráfico, alcanzaron niveles elevadísimos. Los sectores cultos de las clases acomodadas, y a veces también los supermillonarios y los museos de sólida posición económica, sobre todo los alemanes, compraban no sólo las obras de los viejos maestros, sino también las de los nuevos, incluyendo las de los más vanguardistas, que sobrevivían económicamente gracias al mecenazgo de un puñado de tales coleccionistas, como los hombres de negocios moscovitas Morozov y Shchukin. Los menos cultos se hacían retratar —ellos o a sus esposas— por artistas como John Singer Sargent o Boldini y encargaban a los arquitectos de moda el diseño de sus casas.

Sin duda alguna, el público del arte, más rico, más culto y más democratizado, se mostraba entusiasta y receptivo. Después de todo, en este período las actividades culturales, indicador de estatus durante mucho tiempo entre las clases medias más ricas, encontraron símbolos concretos para expresar las aspiraciones y los modestos logros materiales de estratos más amplios de la población, como ocurrió con el piano, que, accesible desde el punto de vista económico gracias a las compras a plazos, penetró en los salones de las casas de los empleados, de los trabajadores mejor pagados (al menos en los países anglosajones) y de los campesinos acomodados ansiosos de demostrar su modernidad. Además, la cultura representaba no sólo aspiraciones individuales, sino también colectivas, muy en especial en los nuevos movimientos obreros de masas. El arte simbolizaba asimismo objetivos y logros políticos en una era democrática, para beneficio material de los arquitectos que diseñaban los monumentos gigantescos al orgullo y a la propaganda imperial, que llenaban el nuevo imperio alemán y la Inglaterra de Eduardo VII, así como la India, con enormes masas de piedra, y para beneficio también de escultores que proveían a esta época dorada de lo que ha dado en llamarse *estatuomanía*[5] con objetos que iban desde lo titánico (como en Alemania y los Estados Unidos) hasta los bustos modestos de Marianne y la conmemoración de valores locales en las comunidades rurales francesas.

El arte no ha de medirse simplemente por la cantidad, y sus logros no están simplemente en función del gasto y de la demanda del mercado. Sin embargo, no se puede negar que en ese período aumentó el número de los que intentaban ganar su sustento como artistas creativos (ni que aumentó su porcentaje en el conjunto de la fuerza de trabajo). Se ha dicho incluso que la aparición de grupos de disidentes que se apartaron de las instituciones artísticas oficiales que controlaban las exposiciones públicas oficiales (el New English Arts Club, las llamadas —ilustrativamente— «Secesiones» de Viena y Berlín, etc., sucesores de la exposición impresionista francesa de comienzos del decenio de 1870) fue consecuencia en gran medida del congestionamiento de la profesión y de sus instituciones oficiales, que naturalmente tendían a estar dominadas por los artistas de mayor edad y más sólidamente establecidos.[6] Se podría afirmar incluso que ahora era más fácil que antes ganarse el sustento como creador profesional gracias al extraordinario desarrollo de la prensa diaria y periódica (incluyendo la prensa ilustrada) y a la

aparición de la industria de la publicidad, así como de bienes de consumo diseñados por los artistas artesanos u otros expertos de condición profesional. La publicidad creó al menos una nueva forma de arte visual que conoció una época dorada en el decenio de 1890: el cartel. Sin duda, esta proliferación de creadores profesionales produjo una gran dosis de trabajo rutinario, o como tal era considerado por sus practicantes literarios y musicales, que soñaban con sinfonías mientras escribían operetas o canciones de éxito, o como George Gissing, con grandes novelas y poemas mientras escribían críticas y «ensayos» o folletines. Pero era un trabajo pagado y podía estar bien pagado: las mujeres periodistas, probablemente el conjunto más numeroso de nuevas profesionales, sabían que podían ganar 150 libras al año solamente con sus colaboraciones en la prensa australiana.[7]

Por otra parte, no puede negarse que durante este período la creación artística floreció de forma muy notable y sobre un área más extensa de la civilización occidental. En efecto, se internacionalizó como nunca hasta entonces, si exceptuamos el caso de la música, que ya tenía un repertorio básicamente internacional, esencialmente de origen austroalemán. La fertilización del arte occidental por influencias exóticas —de Japón a partir de 1860, de África en los primeros años del decenio de 1900— ya ha sido comentada al hablar del imperialismo (véase *supra*, pp. 89-91). En el arte popular, las influencias de España, Rusia, Argentina, Brasil y, sobre todo, Norteamérica se extendieron por todo el mundo occidental. Pero también la cultura en el sentido aceptado de elite se internacionalizó notablemente gracias a la mayor posibilidad de movimiento dentro de una amplia zona cultural. Pensamos no tanto en la «naturalización» de extranjeros atraídos por el prestigio de determinadas culturas nacionales, que llevó a algunos griegos (Moreas), norteamericanos (Stuart Merill, Francis Vielé-Griffin) e ingleses (Oscar Wilde) a escribir composiciones simbolistas en francés; que impulsó a algunos polacos (Joseph Conrad) y norteamericanos (Henry James, Ezra Pound) a asentarse en el Reino Unido y que hizo que en la École de Paris (escuela pictórica) hubiera más españoles (Picasso, Gris), italianos (Modigliani), rusos (Chagall, Lipchitz, Soutine), rumanos (Brancusi), búlgaros (Pascin) y holandeses (Van Dongen) que franceses. En cierto sentido, esto era simplemente un aspecto de esa pléyade de intelectuales que en este período poblaron las ciudades del mundo como emigrantes, visitantes ociosos, colonizadores y refugiados políticos o a través de las universidades y laboratorios, para fertilizar la política y la cultura internacionales.*

Pensamos más bien en los lectores occidentales que descubrieron la literatura rusa y escandinava (por medio de las traducciones) en el decenio de 1880, en los centroeuropeos que se inspiraron en el movimiento de arte-

* Es conocido el papel que desempeñaron esos emigrantes rusos en la política de otros países: Luxemburg, Helphand-Parvus y Radek en Alemania, Kuliscioff y Balabanoff en Italia, Rappoport en Francia, Dobrogeanu-Gherea en Rumanía, Emma Goldman en los Estados Unidos.

sanía británico, en el ballet ruso que conquistó Europa antes de 1914. Desde 1880, la gran cultura era una combinación de producción nacional y de importación.

No obstante, lo cierto es que las culturas nacionales, al menos en sus manifestaciones menos conservadoras y convencionales, gozaban de un estado saludable, si es que este es un calificativo adecuado para algunas artes y talentos creativos que en los decenios de 1880 y 1890 gustaban de ser considerados «decadentes». Los juicios de valor son muy difíciles en este vago dominio, por cuanto el sentimiento nacional tiende a exagerar los méritos de los logros culturales en su propia lengua. Además, como hemos visto, ahora había producciones literarias escritas que florecían en unas lenguas que sólo comprendían algunos extranjeros. Para la mayor parte de nosotros la grandeza de la prosa y, sobre todo, la poesía en gaélico, húngaro o finlandés ha de ser una cuestión de fe, como lo es la grandeza de la poesía de Goethe o Pushkin para quienes no saben alemán o ruso, respectivamente. La música es más afortunada en este sentido. En cualquier caso, no existían criterios válidos de juicio, excepto tal vez la inclusión en una vanguardia reconocida, para destacar alguna figura nacional de entre sus contemporáneos, para el reconocimiento internacional. ¿Era Rubén Darío (1867-1916) mejor poeta que cualquiera de sus contemporáneos latinoamericanos? Tal vez lo era, pero lo único de lo que estamos seguros es de que este nicaragüense alcanzó el reconocimiento internacional en el mundo hispánico como influyente innovador poético. Esta dificultad para establecer criterios de juicio literario ha hecho que sea siempre una cuestión problemática la elección del premio Nobel de Literatura (creado en 1897).

La intensidad de la actividad cultural tal vez fue menos destacable en aquellos países de prestigio reconocido y de logros continuados en el arte, aunque es evidente la vivacidad del escenario cultural en la Tercera República francesa y en el imperio alemán a partir del año 1880 (por comparación con lo que ocurría en las décadas centrales del siglo) y el desarrollo de algunos aspectos del arte creativo, hasta entonces poco evolucionados: el drama y la composición musical en el Reino Unido, la literatura y la pintura en Austria. Pero lo que impresiona realmente es el indudable florecimiento del arte en una serie de países o regiones pequeños o marginales, nada o poco activos en este terreno durante mucho tiempo: España, Escandinavia o Bohemia. Esto es especialmente evidente en el *art nouveau*, conocido con nombres distintos (*Jugendstil, stile liberty*), de finales de la centuria. Sus epicentros se hallaban en algunas grandes capitales culturales (París, Viena), pero también, y sobre todo, en otras más periféricas: Bruselas y Barcelona, Glasgow y Helsingfors (Helsinki). Bélgica, Cataluña e Irlanda constituyen ejemplos sobresalientes.

Probablemente, en ningún momento desde el siglo XVII tuvo que prestar atención el resto del mundo a los Países Bajos meridionales por sus realizaciones culturales como en los decenios finales del siglo XIX. En efecto, fue entonces cuando Maeterlinck y Verhaeren se convirtieron durante un breve tiempo en nombres ilustres de la literatura europea (uno de ellos todavía es familiar como escritor del *Pelléas et Mélisande* de Debussy), cuando James Ensor se convirtió en un nombre familiar de la pintura, mientras que el arquitecto Horta comenzaba el *art nouveau*, Van de Velde llevó a la arquitectura alemana un «modernismo» de origen británico y Constantin Meunier inventaba el estereotipo internacional de las esculturas proletarias. En cuanto a Cataluña, o más bien la Barcelona del *modernisme*, entre cuyos arquitectos y pintores Gaudí y Picasso son sólo los de mayor fama mundial, podemos afirmar que sólo los catalanes más seguros de sus posibilidades podrían haber previsto esa gloria cultural en 1860. Tampoco los observadores del escenario irlandés en ese año habrían previsto que en la generación posterior a 1880 iba a surgir una pléyade de extraordinarios escritores (fundamentalmente protestantes) en esa isla: George Bernard Shaw, Oscar Wilde, el gran poeta W. B. Yeats, John M. Synge, el joven James Joyce y otros de fama menos internacional.

Sin embargo, no puede afirmarse que la historia del arte en este período sea simplemente una historia de éxito, aunque ciertamente lo fue desde el punto de vista económico y de la democratización de la cultura y, a un nivel más modesto que el shakespeariano o beethoveniano, en cuanto a los logros creativos, con una importante difusión. En efecto, incluso en el ámbito de la «alta cultura» (que comenzaba ya a ser obsoleta desde el punto de vista tecnológico) ni los creadores artísticos ni el público de lo que se calificaba «buena» literatura, música, pintura, etc., lo veían en esos términos. Había todavía, sobre todo en la zona fronteriza en la que coincidían la creación artística y la tecnología, expresiones de confianza y triunfo. Los palacios públicos del siglo XIX, las grandes estaciones de ferrocarril, se construían todavía como monumentos masivos a las bellas artes: en Nueva York, Saint Louis, Amberes, Moscú (la extraordinaria estación Kazán), Bombay y Helsinki. Los logros tecnológicos, de los que daban fe, por ejemplo, la torre Eiffel y los nuevos rascacielos norteamericanos, sorprendían incluso a aquellos que negaban su atractivo estético. Para las masas, cada vez más cultas, la mera posibilidad de acceder a la alta cultura, considerada todavía como un continuo del pasado y el presente, lo «clásico» y lo «moderno» eran en sí mismos un triunfo. La Everyman's Library británica publicó sus logros en volúmenes, de cuyo diseño se hizo eco William Morris, que iban desde Homero a Ibsen, desde Platón a Darwin.[8] Por supuesto, la estatuaria pública y la celebración de la historia y la cultura en los muros de los edificios públicos —como en la Sorbona de París y en el Burgtheater, la Universidad y el Museo de Historia del Arte de Viena— florecieron como nunca lo habían hecho hasta entonces. La incipiente lucha entre el nacionalismo italiano y alemán en el Tirol cristalizó en la erección de monumentos a Dante y a Walther von der Vogelweide (un lírico alemán), respectivamente.

II

De todas maneras, los años postreros del siglo XIX no sugieren una imagen de triunfalismo y seguridad, y las implicaciones familiares del término *fin de siècle* son, de forma bastante engañosa, las de la «decadencia» en que tantos artistas, consagrados unos, deseosos de llegar a serlo otros —viene a nuestra mente el nombre de Thomas Mann—, se complacían en los decenios de 1880 y 1890. De forma más general, el arte no se sentía cómodo en la sociedad. De alguna manera, tanto en el campo de la cultura como en otros, los resultados de la sociedad burguesa y del progreso histórico, concebidos durante mucho tiempo como una marcha coordinada hacia adelante del espíritu humano, eran diferentes de lo que se había esperado. El primer gran historiador liberal de la literatura alemana, Gervinus, afirmaba antes de 1848 que la ordenación (liberal y nacional) de los asuntos políticos alemanes era el requisito indispensable para que volviera a florecer la literatura alemana.[9] Después de que surgiera la nueva Alemania, los libros de texto de historia literaria predecían confiadamente la inminencia de esa época dorada, pero a finales de siglo esos pronósticos optimistas se convirtieron en glorificación de la herencia clásica frente a la literatura contemporánea, que se consideraba decepcionante o (en el caso de los modernistas) indeseable. Para las mentes más preclaras que las de los pedagogos parecía claro, ya que «el espíritu alemán de 1888 supone una regresión respecto al espíritu alemán de 1788» (Nietzsche). La cultura parecía una lucha de mediocridad, consolidándose contra «el dominio de la multitud y los excéntricos (ambos en alianza)».[10] En la batalla europea entre los antiguos y los modernos, iniciada a finales del siglo XVII y que conoció el triunfo estentóreo de los modernos en la era de la revolución, los antiguos —no anclados ya en la Antigüedad clásica— estaban triunfando de nuevo.

La democratización de la cultura a través de la educación de masas —incluso mediante el crecimiento numérico de la clase media y media baja, ávidas de cultura— era suficiente para hacer que las elites buscaran símbolos de estatus culturales más exclusivos. Pero el aspecto fundamental de la crisis del arte radicaba en la divergencia creciente entre lo que era contemporáneo y lo que era «moderno».

En un principio, esa divergencia no era evidente. En efecto, a partir de 1880, cuando la «modernidad» pasó a ser un eslogan y el término *vanguardia* en su sentido moderno comenzó a ser utilizado por los pintores y escritores franceses, la distancia entre el público y el arte parecía estar disminuyendo. Eso se debía, en parte, al hecho de que, especialmente en los decenios de depresión económica y tensión social, las opiniones «avanzadas» sobre la sociedad y la cultura parecían conjugarse de forma natural y, en parte, porque —tal vez a través del reconocimiento público de las mujeres y los jóvenes emancipados de clase media como un grupo y a través de la fase de la sociedad burguesa más orientada hacia el ocio (véase *supra*, capítulo 7)— algunos

sectores importantes de clase media se hicieron más flexibles en sus gustos. El bastión del público burgués establecido, la gran ópera, que se había visto conmocionado por el populismo de *Carmen* de Bizet en 1875, en 1900 no sólo aceptaba a Wagner, sino también la curiosa combinación de arias y realismo social (*verismo*) sobre los estratos sociales inferiores (*Cavalleria rusticana*, de Mascagni, 1890; *Louise* de Charpentier, 1900). Esa situación iba a permitir que triunfara un compositor como Richard Strauss, cuya obra *Salomé* (1905) contenía todo aquello que podía conmocionar a la burguesía de 1880: un libreto simbolista basado en una obra de un esteta militante y escandaloso (Oscar Wilde) y un lenguaje musical decididamente poswagneriano. En otro plano, más significativo desde el punto de vista comercial, el gusto minoritario anticonvencional comenzó a triunfar económicamente, como lo demuestra la fortuna de las empresas londinenses de Heals (fabricantes de muebles) y de Liberty (textil). En el Reino Unido, el epicentro de este terremoto estilístico, ya en 1881 portavoz de la convención, la opereta *Patience* de Gilbert y Sullivan, satirizaba una figura como la de Oscar Wilde y atacaba la preferencia que habían comenzado a mostrar las jóvenes (favoreciendo las ropas «estéticas» inspiradas por las galerías de arte) por los poetas simbolistas que llevaban lirios, que sustituían a los vigorosos oficiales de dragones. Poco después, William Morris proveyó el modelo para las villas, las casas rurales y los interiores de la burguesía confortable y educada («mi clase», como más tarde la llamaría el economista J. M. Keynes).

El hecho de que se utilizaran los mismos términos para describir la innovación social, cultural y estética subraya la convergencia. El New English Arts Club (1886), el *art nouveau* y el *Neue Zeit*, importante publicación del marxismo internacional, utilizaban el mismo adjetivo que se aplicaba a la «nueva mujer». La juventud y el crecimiento primaveral eran las metáforas que describían la versión alemana del *art nouveau (Jugendstil)*, los rebeldes artísticos de Jung-Wien (1890) y los creadores de imágenes de primavera y crecimiento para las manifestaciones obreras del Primero de Mayo. El futuro pertenecía al socialismo, pero la «música del futuro» *(Zukunftsmusik)* de Wagner tenía una dimensión sociopolítica consciente, en la que incluso los revolucionarios políticos de la izquierda (Bernard Shaw; Viktor Adler, el líder socialista austríaco; Plejánov, pionero marxista ruso) pensaban que advertían elementos socialistas que se nos escapan hoy en día a la mayor parte de nosotros. En efecto, la izquierda anarquista (aunque tal vez menos la socialista) descubría incluso méritos ideológicos en el genio extraordinario, pero en absoluto «progresista», de Nietzsche que, cualesquiera que fueran sus otras características, era incuestionablemente «moderno».[11]

Ciertamente, era natural que las ideas «avanzadas» desarrollaran una afinidad con los estilos artísticos inspirados por el «pueblo» o que, impulsando el realismo (véase *La era del capital*) hacia el «naturalismo», tomaran como tema a los oprimidos y explotados e incluso la lucha de los trabajadores. Y a la inversa. En el período de la depresión, en el que existía una fuerte conciencia social, hubo una importante producción de estas obras, muchas de

ellas —por ejemplo, en la pintura— realizadas por artistas que no suscribieron ningún manifiesto de rebelión artística. Era natural que los «avanzados» admiraran a los escritores que atacaban las convenciones burguesas respecto a aquello de lo que era «adecuado» escribir. Les gustaban los grandes novelistas rusos, descubiertos y popularizados en Occidente por los «progresistas», así como Ibsen (y en Alemania otros escandinavos como el joven Hamsun y —una elección menos esperada— Strindberg), y sobre todo los escritores «naturalistas», acusados por las personas respetables de concentrarse en el lado sucio de la sociedad y que muchas veces —en ocasiones de forma temporal— se sentían atraídos por la izquierda democrática, como Émile Zola y el dramaturgo alemán Hauptmann.

No era extraño tampoco que los artistas expresaran su apasionado compromiso para con la humanidad sufriente de diversas formas que iban más allá del «realismo» cuyo modelo era un registro científico desapasionado: Van Gogh, todavía desconocido; el noruego Munch, socialista; el belga James Ensor, cuya *Entrada de Jesucristo en Bruselas en 1889* incluía un estandarte para la revolución social, o el protoexpresionista alemán Käthe Kollwitz, que conmemoró la revuelta de los tejedores manuales. Pero también una serie de estetas militantes y de individuos convencidos de la importancia del arte por el arte, campeones de la «decadencia» y algunas escuelas como el «simbolismo», de difícil acceso para las masas, declararon su simpatía por el socialismo, como Oscar Wilde y Maeterlinck, o cuando menos cierto interés por el anarquismo. Huysmans, Leconte de Lisle y Mallarmé se contaban entre los suscriptores de *La Révolte* (1894).[13] En resumen, hasta el comienzo de la nueva centuria no se produjo una separación clara entre la «modernidad» política y la artística.

La revolución en la arquitectura y las artes aplicadas, iniciada en el Reino Unido, ilustra la conexión entre ambas, así como su posterior incompatibilidad. Las raíces británicas del «modernismo» que llevó a la Bauhaus eran, paradójicamente, góticas. En el taller del mundo cubierto de humo, una sociedad de egoísmo y vándalos estéticos, donde los pequeños artesanos, perfectamente visibles en otros lugares de Europa, no podían ser vistos en medio de la niebla generada por las fábricas, la Edad Media de los campesinos y artesanos había sido considerada durante mucho tiempo como un modelo de sociedad más satisfactorio tanto desde el punto de vista social como artístico. Después de la irreversible revolución industrial, la Edad Media tendió inevitablemente a convertirse en un modelo inspirador de una visión futura más que en algo que podía ser preservado y, menos aún, restaurado. William Morris (1834-1896) ilustra la trayectoria del medievalista romántico a una especie de socialrevolucionario marxista. Lo que hizo que Morris y el movimiento Arts and Crafts (artes y oficios) con él asociado fueran tan influyentes fue la ideología, más que sus numerosas y sorprendentes dotes como diseñador, decorador y artesano. Ese movimiento de renovación artística intentó restablecer los vínculos rotos entre el arte y el trabajador en la producción y transformar el medio ambiente de la vida cotidiana —desde la decoración interior a la

casa, la aldea, la ciudad y el paisaje— más que la esfera limitada de las «bellas artes» para los ricos y ociosos. El movimiento Arts and Crafts ejerció una influencia desorbitada porque su impacto desbordó automáticamente los pequeños círculos de artistas y críticos y porque inspiró a quienes deseaban cambiar la vida humana, y también a aquellos individuos pragmáticos interesados en producir estructuras y objetos de uso, así como aquellos interesados en los aspectos pertinentes de la educación. Muy importante fue la atracción que ejerció sobre un núcleo de arquitectos progresistas, interesados por las tareas nuevas y urgentes de «planificación» (el término se familiarizó a partir de 1900) como consecuencia de la visión utópica asociada con su profesión y sus propagandistas asociados: la «ciudad jardín» de Ebenezer Howard (1898) o, cuando menos, el «barrio jardín».

Así pues, con el movimiento Arts and Crafts una ideología artística pasó a ser más que una moda entre los creadores y expertos, porque su compromiso con el cambio social lo vinculaba con el mundo de las instituciones públicas y de las autoridades públicas reformadoras que podían traducirlo a la realidad pública de las escuelas artísticas y de las ciudades y comunidades rediseñadas o ampliadas. Asimismo, vinculó a los hombres y —en gran medida también— a las mujeres activas del movimiento con la producción, porque su objetivo era fundamentalmente producir «artes aplicadas», es decir, que se utilizaban en la vida real. El monumento más duradero a la memoria de William Morris es un conjunto de maravillosos diseños de papel pintado y de tejidos que todavía pueden comprarse en la década de 1980.

La culminación de este matrimonio socioestético entre la artesanía, la arquitectura y la reforma fue el estilo que —impulsado en gran medida, aunque no totalmente, por el ejemplo británico y sus propagandistas— se difundió por toda Europa en los últimos años de la década de 1890 con nombres distintos, el más familiar de los cuales es el de *art nouveau*. Era deliberadamente revolucionario, antibelicista, antiacadémico y, como no se cansaban de repetir sus máximos representantes, «contemporáneo». Conjugaba la indispensable tecnología moderna —sus monumentos más destacados fueron las estaciones de los sistemas municipales de transporte de París y Viena— con el sentido decorativo y el pragmatismo del artesano, de forma que incluso en la actualidad sugiere sobre todo una profusión de decoración curvilínea entrelazada basada en estilizados motivos biológicos, botánicos o femeninos. Eran las metáforas de la naturaleza, la juventud, el crecimiento y el movimiento tan característico de la época. E incluso fuera del Reino Unido, los artistas y arquitectos de este movimiento se asociaron con el socialismo y el movimiento obrero, como Berlage, que construyó la sede de un sindicato en Amsterdam, y Horta, que edificó la «Maison du Peuple» en Bruselas. El *art nouveau* se impuso fundamentalmente a través de los muebles, motivos de decoración interior y una serie innumerable de pequeños objetos domésticos que iban desde los objetos de lujo de gran precio de Tiffany, Lalique y el Wiener Werkstätte hasta las lámparas de mesa y juegos de cubiertos que gracias

a los métodos de imitación mecánica llegaron hasta los hogares más modestos. Fue el primer estilo «moderno» que se impuso de manera total.*

Sin embargo había algunas grietas en el núcleo del *art nouveau* que pueden explicar en parte su rápida desaparición, cuando menos del escenario de la alta cultura. Fueron las contradicciones que llevaron al aislamiento a la vanguardia. De cualquier forma, las tensiones entre el elitismo y las aspiraciones populistas de la cultura «avanzada», es decir, las tensiones entre los deseos de una renovación general y el pesimismo de la clase media educada ante la «sociedad de masas» sólo habían quedado amortiguadas temporalmente. Desde mediados del decenio de 1890, cuando se vio con claridad que el gran impulso del socialismo no conducía a la revolución sino a la aparición de movimientos de masas organizados, comprometidos en tareas positivas pero rutinarias, los artistas y estetas comenzaron a encontrarlos menos sugerentes e inspiradores. En Viena, Karl Kraus, que se sintió atraído en un principio por la democracia social, se apartó de ella con el comienzo del nuevo siglo. Las campañas electorales no provocaban su entusiasmo y la política cultural del movimiento tenía que tener en cuenta los gustos convencionales de sus militantes proletarios, y tropezaban con enormes problemas para luchar contra la influencia de las novelas de misterio, las novelas rosa y otras manifestaciones de la *Schundliteratur*, contra las que los socialistas lanzaban furibundas campañas, sobre todo en Escandinavia.[13] El sueño de un arte para el pueblo se veía enfrentado con la realidad de un público fundamentalmente de clase media y alta que aspiraba a un arte «avanzado», con algunas figuras cuya temática hacía que fueran aceptables desde el punto de vista político para los militantes obreros. A diferencia de las vanguardias de 1880-1895, las que aparecieron con el nuevo siglo, aparte de los supervivientes de la generación antigua, no se sentían atraídas por la política radical. Sus miembros eran apolíticos o incluso, en algunas escuelas como la de los futuristas italianos, se inclinaban hacia la derecha. Sólo la guerra, la Revolución de Octubre y la carga apocalíptica que contenían unirían una vez más la revolución y el arte en la sociedad, lo cual arroja, retrospectivamente, una tonalidad roja sobre el cubismo y el «constructivismo», que no tenían esas connotaciones antes de 1914. «En la actualidad, la mayor parte de los artistas —se lamentaba el viejo marxista Plejánov en 1912-1913— se atienen a los puntos de vista burgueses y rechazan los grandes ideales de libertad en nuestra época.»[14] En Francia se observaba que los pintores de vanguardia estaban totalmente absorbidos en sus discusiones técnicas y se mantenían al margen de otros movimientos intelectuales y sociales.[15] ¿Quién habría esperado tal cosa en 1890?

* Mientras esto se escribe, el escritor remueve su té con una cucharilla fabricada en Corea, cuyos motivos decorativos derivan claramente del *art nouveau*.

III

Pero había contradicciones más fundamentales en el seno de la vanguardia artística. Se referían a la naturaleza de las dos cosas a las que hacía referencia la consigna de la Secesión de Viena («Der Zeit ihre Kunst, der Kunst ihre Freiheit»: «a nuestra era su arte, al arte su libertad»), o la «modernidad» y «realidad». La «naturaleza» seguía siendo el tema del arte creativo. Incluso en 1911 el pintor que luego sería considerado como el heraldo de la abstracción pura, Vassily Kandinsky (1866-1944), se negó a romper toda conexión con ella, pues ello produciría modelos «como una corbata o una alfombra (para decirlo claramente)».[16] Pero, como veremos, el arte simplemente se hacía eco de una incertidumbre nueva y fundamental sobre lo que era la naturaleza (véase *infra*, capítulo 10). Se enfrentaban a un triple problema. Dado su objetivo y realidad describible —un árbol, un rostro, un acontecimiento—, ¿cómo podía la descripción captar la realidad? Las dificultades de hacer «real» la realidad en un sentido «científico» u objetivo habían llevado ya, por ejemplo, a los pintores expresionistas mucho más allá del lenguaje visual de la convención de la representación (véase *La era del capital*, capítulo 15, IV), aunque, como se demostró, no más allá de la comprensión del hombre. Sus seguidores fueron mucho más allá, hasta llegar al puntillismo de Seurat (1859-1891) y la búsqueda de la estructura básica frente a la apariencia de la realidad visual, que los cubistas, reclamando la autoridad de Cézanne (1839-1906), creían poder discernir en algunas formas de geometría tridimensionales.

En segundo lugar, estaba la dualidad entre la «naturaleza» y la «imaginación», o el arte como la comunicación de descripciones e ideas, emociones y valores. La dificultad no residía en elegir entre ellas, pues eran muy pocos, incluso entre los «realistas» o «naturalistas» ultrapositivistas, los que se veían a sí mismos como cámaras fotográficas humanas desapasionadas. La dificultad estribaba en la crisis de los valores decimonónicos diagnosticada por la poderosa visión de Nietzsche y, en consecuencia, del lenguaje convencional, representativo o simbólico, para traducir las ideas y los valores en el arte creativo. La gran masa de estatuas y construcciones oficiales realizadas en el lenguaje tradicional, que inundó el mundo occidental entre 1880 y 1914, desde la estatua de la Libertad (1886) hasta el monumento a Víctor Manuel (1912), representaba un pasado en trance de desaparecer y, a partir de 1918, un pasado totalmente muerto. Sin embargo, la búsqueda de otros lenguajes, a menudo exóticos, que se intentó desde los antiguos egipcios y los japoneses hasta las islas de Oceanía y las esculturas de África, no sólo reflejaba la insatisfacción respecto a lo antiguo, sino la incertidumbre sobre lo nuevo. En cierto sentido, el *art nouveau* era, por esta razón, la invención de una nueva tradición que no funcionó.

En tercer lugar, existía el problema de combinar realidad y subjetividad. En efecto, en parte la crisis del «positivismo», que analizaremos con más de-

tenimiento en el próximo capítulo, consistía en la insistencia de que la «realidad» no sólo estaba *ahí* para ser descubierta, sino que era algo para ser percibido, modelado e incluso construido a través y por la mente del observador. En la versión «débil» de esta teoría, la realidad estaba objetivamente ahí, pero aprehendida exclusivamente a través del estado de ánimo del individuo que la captaba y la reconstruía, como en la visión de Proust de la sociedad francesa, como producto de la larga expedición del hombre en la exploración de su propia memoria. En la versión «fuerte», no quedaba nada de ella sino el ego del creador y sus emanaciones en palabras, sonido o pintura. Inevitablemente, ese arte tenía enormes dificultades de comunicación. Se prestaba al subjetivismo puro —y como tal lo rechazaban los críticos—, lindando con el solipsismo.

Pero, por supuesto, el arte de vanguardia deseaba comunicar algo aparte del estado de ánimo del artista y de sus ejercicios técnicos. No obstante, la «modernidad» que intentaba expresar contenía una contradicción que demostró ser fatal para Morris y el *art nouveau*. La renovación social del arte en la línea Ruskin-Morris no daba cabida real a la máquina, el núcleo de ese capitalismo que era, parafraseando a Walter Benjamin, la era en que la tecnología aprendió a reproducir obras de arte. Las vanguardias de finales del siglo XIX intentaron crear el arte de la nueva era prolongando los métodos antiguos, cuyas formas de discurso todavía compartían. El «naturalismo» amplió el campo de la literatura como representación de la «realidad», enriqueciendo su temática, sobre todo para incluir las vidas de los pobres y la sexualidad. El lenguaje establecido del simbolismo y la alegoría se modificó o adaptó para expresar nuevas ideas y aspiraciones, como en la nueva iconografía morrisiana de los movimientos socialistas y en la otra gran escuela de vanguardia, el «simbolismo». El *art nouveau* fue la culminación de ese intento de expresar lo nuevo en una versión del lenguaje de lo antiguo.

¿Pero cómo podía expresar precisamente aquello que rechazaba la tradición de las artes y oficios, es decir, la sociedad de la máquina y la ciencia moderna? ¿Acaso no era la misma producción masiva de ramas, flores y formas femeninas, motivos de decoración de idealismo artesanales que implicaba la comercialización del *art nouveau*, una *reductio ad absurdum* del sueño de Morris del renacimiento de la artesanía? Como pensaba Van de Velde —en un principio se había mostrado partidario de las ideas de Morris y de las tendencias del *art nouveau*—, ¿no tenían que ser el sentimentalismo, el lirismo y el romanticismo incompatibles con el hombre moderno que vivía en la nueva racionalidad de la era de la máquina? ¿No debía expresar el arte una nueva racionalidad humana que reflejara la de la economía tecnológica? ¿No existía una contradicción entre el funcionalismo simple y utilitario inspirado por los antiguos oficios y el placer del artesano en la decoración, a partir del cual desarrolló el *art nouveau* su jungla ornamental? «La decoración es un crimen», afirmó el arquitecto Adolf Loos (1870-1933), inspirado también por Morris y su movimiento. Significativamente, los arquitectos, incluyendo personas asociadas originalmente con Morris o incluso con el *art nouveau*, como el neerlandés Berlage, el norteamericano Sullivan, el austríaco Wagner, el escocés Mackintosh, el francés Auguste Perret, el alemán Beherens e incluso el belga Horta, avanzaban ahora hacia la nueva utopía del funcionalismo, el retorno a la pureza de la línea, la forma y el material indisimulados por los adornos y adaptados a una tecnología que ya no se identificaba con los albañiles y carpinteros. Como afirmaba en 1902 uno de ellos (Muthesius) —que también era un entusiasta del «estilo vernacular» británico—: «el resultado de la máquina sólo puede ser una forma sin adorno, desnuda».[17] Estamos ya en el mundo de la Bauhaus y Le Corbusier.

Para los arquitectos, que ahora construían edificios para cuya estructura era irrelevante la tradición artesanal y en los que la decoración era un embellecimiento aplicado, el atractivo de esa pureza racional era comprensible, aunque sacrificaba la espléndida aspiración de una unión total de la estructura y la decoración, de la escultura, la pintura y las artes aplicadas que Morris ideó a partir de su admiración de las catedrales góticas, una especie de equivalente visual de la «obra de arte total» o *Gesamtkunstwerk* de Wagner. El arte, que culminó en el *art nouveau*, intentó alcanzar todavía esa unidad. Pero si se puede entender el atractivo de la austeridad de los nuevos arquitectos, hay que observar también que no hay ninguna razón convincente por la que la utilización de una tecnología revolucionaria en la construcción *deba* implicar un «funcionalismo» carente por completo de elementos decorativos (especialmente cuando, como ocurría tan frecuentemente, se convertía en una estética antifuncional) ni por la que nada, excepto las máquinas, pudiera aspirar a parecer máquinas.

Así, habría sido perfectamente posible, y más lógico, saludar el triunfo de la tecnología revolucionaria con todas las salvas de la arquitectura convencional, a la manera de las grandes estaciones de ferrocarril decimonónicas. No existía una lógica convincente en el movimiento del «modernismo» arquitectónico. Lo que expresaba era fundamentalmente la convicción emocional de que el lenguaje convencional de las artes visuales, basado en la tradición histórica, era en cierta medida inapropiado o inadecuado para el mundo moderno. Para ser más exactos, pensaban que ese lenguaje no podía expresar, sino únicamente difuminar, el nuevo mundo que había dado a luz el siglo XIX. Por así decirlo, la máquina, que había alcanzado un tamaño gigantesco, fracturó la fachada del arte tras la cual se ocultaba. Pensaban que el viejo lenguaje tampoco podía expresar la crisis de comprensión y valores humanos que este siglo de revolución había producido y se veía obligado ahora a afrontar.

En cierto sentido, los artistas de vanguardia acusaban tanto a los tradicionalistas como a los modernistas *fin de siècle* de lo mismo que Marx había acusado a los revolucionarios de 1789-1848, es decir, de «conjurar los espíritus del pasado a su servicio y tomar sus nombres, sus consignas de guerra y sus ropas para presentar el nuevo escenario de la historia del mundo con ese disfraz y con ese lenguaje prestado».[18] Lo único que no poseían era un nuevo lenguaje, o no sabían cuál podía ser. En efecto, ¿cuál era el lenguaje

en el que expresar el nuevo mundo, especialmente dado que (al margen de la tecnología) su único aspecto reconocible era la desintegración de lo antiguo? Ese era el dilema del «modernismo» al inicio del nuevo siglo.

Lo que llevó a los artistas de vanguardia hacia adelante fue, pues, no una visión del futuro, sino una visión invertida del pasado. Con frecuencia, como en la arquitectura y en la música, utilizaban los estilos derivados de la tradición que abandonaban sólo porque, como el ultrawagneriano Schönberg, ya no podían sufrir nuevas modificaciones. Los arquitectos abandonaban la decoración, mientras que el *art nouveau* la llevaba hasta sus extremos, y los compositores la tonalidad, en tanto que la música se ahogaba en el cromatismo poswagneriano. Desde hacía mucho tiempo los pintores eran conscientes de las deficiencias de las viejas convenciones para representar la realidad externa y sus propios sentimientos, pero —salvo unos pocos que se convirtieron en pioneros de la «abstracción» total en vísperas de la guerra (muy en especial la vanguardia rusa)— les resultó difícil dejar de pintar *algo*. Los vanguardistas intentaron varios caminos, pero, en términos generales, optaron ya sea por lo que a algunos observadores como Max Raphael les pareció la supremacía del color y la forma sobre el contenido, o por el contenido no representativo en forma de emoción («expresionismo») o por diferentes formas de dislocar los elementos convencionales de la realidad representacional, para reordenarlos en diferentes formas de orden o desorden (cubismo).[19] Sólo los escritores, que tenían la traba de la dependencia de las palabras con significados y sonidos conocidos, encontraron difícil realizar una revolución formal equivalente, aunque algunos empezaron a intentarla. Los experimentos en el abandono de las formas convencionales de composición literaria (por ejemplo, el verso rimado y la métrica) no eran nuevos ni ambiciosos. Los escritores estiraban, retorcían y manipulaban el contenido, es decir, lo que se podía decir en palabras comunes. Afortunadamente, la poesía de comienzos del siglo XX fue un desarrollo lineal del simbolismo de finales del siglo XIX más que una rebelión contra él: así surgieron nombres como Rilke (1875-1926), Apollinaire (1880-1918), George (1868-1933), Yeats (1865-1939), Blok (1880-1921) y los grandes poetas españoles.

A partir de Nietzsche, los contemporáneos estaban convencidos de que la crisis del arte reflejaba la crisis de una sociedad —la sociedad burguesa liberal del siglo XIX— que, de una u otra forma, había entrado en el proceso de destrucción de las bases de su existencia, los sistemas de valores, convenciones y comprensión intelectual que la estructuraban y la ordenaban. Los historiadores han analizado esta crisis del arte en general y en casos particulares, como el de la «Viena de *fin de siècle*». Nos limitaremos a señalar dos cosas al respecto. En primer lugar, la ruptura visible entre las vanguardias de fin de siglo y del siglo XX ocurrió en algún momento entre 1900 y 1910. Los amantes de las fechas pueden elegir entre varias de ellas, pero el nacimiento del cubismo en 1907 es tan adecuada como cualquier otra. En los últimos años anteriores a 1914 está presente ya prácticamente todo lo que es característico de las diferentes variantes del «modernismo» posterior a 1918. En

segundo lugar, la vanguardia se vio avanzando en una serie de direcciones que la mayor parte del público no quería ni podía seguir. Richard Strauss, que se había apartado de la tonalidad como artista, decidió, tras el fracaso de *Elektra* (1909) y en su condición de proveedor de óperas para el circuito comercial, que el público no le seguiría más por ese camino y retornó (con extraordinario éxito) al lenguaje más accesible de *Rosenkavalier* (1911).

Así pues, se generó un importante abismo entre el cuerpo central del gusto «culto» y las diferentes minorías que afirmaban su condición de rebeldes disidentes antiburgueses demostrando su admiración hacia determinados estilos de creación artística inaccesibles y escandalosos para la mayoría. Sólo tres puentes atravesaban ese abismo. El primero era el mecenazgo de un puñado de individuos ilustrados y bien situados económicamente, como el industrial alemán Walter Rathenau, y de marchantes de arte como Kahnweiler, que comprendía el potencial económico de ese mercado reducido pero fructífero desde el punto de vista económico. El segundo era un sector de la alta sociedad, más entusiasta que nunca respecto a los estilos no burgueses, siempre cambiantes, preferiblemente exóticos y chocantes. Paradójicamente, el tercero era el mundo de los negocios. La industria, que carecía de prejuicios estéticos, podía reconocer la tecnología revolucionaria de la construcción y la economía de un estilo funcional —siempre lo había hecho—, y el mundo de los negocios veía que las técnicas de vanguardia eran eficaces en la publicidad. Los criterios «modernistas» tenían un valor práctico para el diseño industrial y la producción en masa mecanizada. A partir de 1918 el mecenazgo de los hombres de negocios y el diseño industrial se convertirían en los factores fundamentales para la asimilación de unos estilos asociados originalmente con la vanguardia de la cultura. Sin embargo, hasta 1914 ese proceso quedó reducido a una serie de enclaves aislados.

Es erróneo, por tanto, dedicar una atención excesiva a la vanguardia «modernista» antes de 1914, a no ser como predecesores. Probablemente, casi nadie, ni siquiera entre los más cultos, había oído hablar de Picasso o de Schönberg, mientras que los innovadores del último cuarto del siglo XIX había pasado ya a formar parte del bagaje cultural de las clases medias educadas. Los nuevos revolucionarios se pertenecían unos a otros, pertenecían a grupos de jóvenes disidentes que discutían en los cafés de los barrios adecuados de las ciudades, a los críticos y redactores de manifiestos de los nuevos «ismos» (cubismo, futurismo, vorticismo), a pequeñas revistas y a algunos empresarios y coleccionistas con olfato y gusto por las nuevas obras y sus creadores: un Diaghilev, un Alma Schindler, que, antes incluso de 1914, habían progresado de Gustav Mahler a Kokoschka, Gropius y (una inversión cultural menos brillante) al expresionista Franz Werfel. Fueron aceptados por un sector de la sociedad, pero eso era todo.

De todas formas, los movimientos de vanguardia de los años inmediatamente anteriores a 1914 constituyen una ruptura fundamental en la historia del arte desde el Renacimiento. Pero lo que *no* consiguieron fue la revolución cultural del siglo XX a la que aspiraban, que se estaba produciendo simultá-

neamente como consecuencia de la democratización de la sociedad, y en la que colaboraban los empresarios, cuyos ojos estaban puestos en un mercado totalmente no burgués. El arte plebeyo estaba a punto de conquistar el mundo, tanto en su propia versión de Arts and Crafts como mediante la alta tecnología. Esta conquista constituye el acontecimiento más importante en la cultura del siglo XX.

IV

No siempre es fácil seguir los primeros pasos de ese proceso. En algún momento a finales del siglo XIX la emigración masiva hacia las grandes ciudades en rápido crecimiento dio lugar a la aparición de un mercado lucrativo de espectáculo y entretenimiento popular, así como a la de una serie de barrios especializados dedicados a tales actividades y que los bohemios y artistas también encontraban atractivos: Montmartre, Schwabing. En consecuencia, se modificaron, transformaron y profesionalizaron las formas tradicionales de entretenimiento popular, produciendo versiones originales de creación artística popular.

El mundo de la alta cultura, o más bien su sector bohemio, era, naturalmente, consciente del mundo del entretenimiento teatral popular que se desarrolló en las grandes ciudades. Los jóvenes aventureros, la vanguardia o la *bohème* artística, nada convencionales desde el punto de vista sexual, los elementos disolutos de la clase alta que siempre habían financiado los gustos de los boxeadores, yóqueis y bailarines, se encontraban a gusto en ese medio nada respetable. De hecho, en París estos elementos del pueblo tomaron forma en los cabarets de Montmartre, fundamentalmente para un público formado por gentes mundanas, turistas e intelectuales, y fueron inmortalizados en los carteles y litografías de la más grande de sus figuras, el pintor aristocrático Toulouse-Lautrec. También en la Europa central hubo indicios del desarrollo de una cultura de vanguardia burguesa, pero en el Reino Unido, el *music hall*, que atrajo a los estetas intelectuales a partir de 1880, estaba dirigido a una audiencia más popular. La admiración estaba justificada. A no tardar, el cine habría de convertir a una figura del mundo del espectáculo de las clases pobres británicas en el artista más universalmente admirado de la primera mitad del siglo XX: Charlie Chaplin (1889-1977).

En un nivel mucho más modesto de entretenimiento popular, o entretenimiento para los pobres —la taberna, la sala de baile, el café cantante y el burdel— apareció a finales de la centuria un conjunto internacional de innovaciones musicales que se difundieron a través de las fronteras y los océanos, en parte mediante el turismo y los escenarios musicales y, sobre todo, por medio de la nueva actividad del baile social en público. Algunas de esas creaciones musicales, como la *canzone* napolitana, que conocía entonces su época dorada, no desbordaron los confines locales. Otras mostraron un mayor poder de expansión, como el flamenco andaluz, aceptado con entusiasmo por los intelectuales españoles populistas a partir de 1880, o el tango, un producto del barrio de los burdeles de Buenos Aires, que había alcanzado el *beau monde* europeo antes de 1914. Ninguna de esas creaciones exóticas y del pueblo conocería un futuro más brillante que el lenguaje musical de los negros norteamericanos que —una vez más a través del escenario, de la música popular comercializada y del baile social— ya había atravesado el océano en 1914. Todas ellas se fusionaron con el arte del *demi-monde* plebeyo de las grandes ciudades, reforzado ocasionalmente por bohemios desclasados y aceptado por los aficionados de la clase alta. Eran un equivalente urbano del arte popular, que ahora constituía la base de la industria del entretenimiento comercializada, aunque su forma de creación nada debía a su forma de explotación. Pero, sobre todo, se trataba fundamentalmente de creaciones artísticas que no tenían deuda alguna importante con la cultura burguesa, ni en la forma de arte «elevado» ni en la de entretenimiento de clase media. Al contrario, estaban a punto de transformar la cultura burguesa desde abajo.

Mientras tanto, el arte real de la revolución tecnológica, basado en el mercado de masas, se estaba desarrollando con una rapidez que no tenía parangón en el pasado. Dos de esos medios de comunicación tecnológico-económicos tenían todavía escasa importancia: la reproducción mecánica del sonido y la prensa. El impacto del fonógrafo era limitado debido al coste de los instrumentos necesarios, que hacía que sólo pudieran poseerlo todavía las clases relativamente acomodadas. El impacto de la prensa se veía limitado porque su base era la anticuada palabra impresa. Su contenido se dividía en una serie de núcleos pequeños e independientes para beneficio de una clase de lectores con menos educación y deseo de concentrarse que las elites de clase media que leían *The Times*, el *Journal des Débats* y el *Neue Freie Presse*, pero eso era todo. Las innovaciones puramente visuales —gruesos titulares, la composición de las páginas, la mezcla del texto y la imagen y, sobre todo, los grandes anuncios— eran realmente revolucionarias, como lo reconocían los cubistas al incluir fragmentos de periódico en sus cuadros, pero tal vez las únicas formas innovadoras de comunicación que revivió la prensa fueron las tiras cómicas que tomaron de los panfletos y octavillas populares, en formas simplificadas por razones técnicas.[30] La prensa de masas, que comenzó a alcanzar una circulación de un millón de ejemplares o más en el decenio de 1890, transformó el medio de la imprenta, pero no su contenido ni los elementos asociados, tal vez porque aquellos que fundaban periódicos eran educados y desde luego ricos y, en consecuencia, sensibles a los valores de la cultura burguesa. Además, no había nada nuevo en principio respecto a los periódicos y revistas.

Por otra parte, el cine, que (posteriormente también a través de la televisión y el vídeo) iba a dominar y transformar todo el arte del siglo XX, era completamente nuevo, en su tecnología, su forma de producción y su manera de presentar la realidad. Era esta la primera forma artística que no podría haber existido excepto en la sociedad industrial del siglo XX y que no tenía paralelo ni precedente en el arte anterior, ni siquiera en la fotografía, que po-

dría ser considerada únicamente como una alternativa al dibujo o a la pintura (véase *La era del capital*, capítulo 15, IV). Por primera vez en la historia, la presentación visual del movimiento se independizó de su realización inmediata y real. Y por primera vez en la historia los relatos, los dramas y los espectáculos se vieron libres de las constricciones impuestas por el tiempo, el espacio y la naturaleza física del observador, por no hablar de los límites anteriores sobre la ilusión del escenario. El movimiento de la cámara, la variación de su foco, las posibilidades ilimitadas de los trucajes fotográficos y, sobre todo, la posibilidad de cortar la película que lo registraba todo en piezas adecuadas y de ensamblarlas a voluntad fueron evidentes de forma inmediata y explotadas inmediatamente por los hombres del cine, que raramente tenían ningún interés ni simpatía por el arte de vanguardia. Sin embargo, ningún arte como el cine representa las exigencias, el triunfo involuntario de un modernismo artístico totalmente alejado de la tradición.

El triunfo del cine fue extraordinario y sin parangón por su rapidez y su envergadura. La fotografía en movimiento no fue posible técnicamente hasta 1890. Aunque los franceses fueron los principales pioneros en cuanto a las imágenes en movimiento, las primeras películas cortas se exhibieron como novedades en las ferias y en los vodeviles en 1895-1896, casi de forma simultánea en París, Berlín, Londres, Bruselas y Nueva York.[31] Apenas doce años después había 26 millones de norteamericanos que acudían al cine *cada semana*, con toda probabilidad en 8.000-10.000 pequeños *nickelodeons*; es decir, casi el 20 por 100 de la población de los Estados Unidos.[32] En cuanto a Europa, incluso en la atrasada Italia había para entonces casi quinientos cines en las ciudades más importantes, 40 de ellos sólo en Milán.[33] En 1914, la audiencia del cine en Norteamérica había aumentado hasta casi cincuenta millones.[34] El cine era ahora un gran negocio. El *film star system* había sido inventado (en 1912, por Carl Laemmle para Mary Pickford). Y la industria del cine había comenzado a asentarse en lo que estaba en camino de convertirse en su gran capital, en una colina de Los Ángeles.

Este éxito extraordinario se debió, en primer lugar, a la falta total de interés de los pioneros del cine en cualquier cosa que no fuera un entretenimiento para un público de masas que produjera buenos beneficios. Entraron en la industria como empresarios de espectáculos, en ocasiones de pequeña monta, como el primer gran magnate del cine, el francés Charles Pathé (1863-1957), aunque ciertamente no era un representante típico de los empresarios europeos. Más frecuentemente se trataba, como en los Estados Unidos, de inmigrantes judíos pobres pero de gran energía, que tanto podían haberse dedicado a vender ropas, guantes, pieles, objetos de ferretería o carne si esas actividades hubieran ofrecido las mismas perspectivas de lucro. Se dedicaron a la actividad de la producción para llenar de contenido sus espectáculos. Se dirigían, sin dudarlo, al público menos educado, al menos intelectual, al menos sofisticado que llenaba los cines en los que Carl Laemmle (Universal Films), Louis B. Mayer (Metro-Goldwyn-Mayer), los hermanos Warner (Warner Brothers) y William Fox (Fox Films) se iniciaron hacia 1905. En

The Nation (1913), la democracia populista norteamericana dio la bienvenida a ese triunfo de los estamentos inferiores conseguido mediante el pago de entradas de cinco centavos, mientras la socialdemocracia europea, preocupada por proporcionar a los trabajadores las cosas más elevadas de la vida, rechazaba el cine como diversión del lumpenproletariado, que intentaba encontrar algún tipo de evasión.[35] Así pues, el cine se desarrolló según las fórmulas del aplauso seguro buscado y probado desde los antiguos romanos.

Más aún, el cine gozó de una ventaja inesperada pero realmente fundamental. Dado que hasta finales de la década de 1920 sólo podía reproducir imágenes, sin palabras, se vio obligado al silencio, roto únicamente por los sonidos del acompañamiento musical, que multiplicaron las posibilidades de empleo para los instrumentistas de segunda fila. Liberado de las constricciones de la torre de Babel, el cine desarrolló un lenguaje universal que, en efecto, le permitió explotar un mercado global sin preocuparse de la lengua.

No hay duda de que las innovaciones revolucionarias del cine como arte, todas las cuales se habían desarrollado prácticamente en los Estados Unidos hacia 1914, fueron consecuencia de la necesidad de dirigirse a un público potencialmente universal exclusivamente a través del ojo —técnicamente manipulable—, pero también es cierto que las innovaciones, que superaron notablemente el atrevimiento de la vanguardia cultural, fueron inmediatamente aceptadas por las masas, porque se trataba de un arte que lo transformaba todo excepto su contenido. Lo que el público veía y amaba en el cine era precisamente lo que sorprendía, emocionaba, divertía e impresionaba a la audiencia, siempre y cuando hubiera un entretenimiento profesional. Paradójicamente, este es el único terreno en el que la gran cultura realizó su único impacto significativo en la industria del cine norteamericana, que hacia 1914 estaba en camino de conquistar y dominar por completo el mercado mundial.

En efecto, mientras los empresarios del espectáculo norteamericanos estaban a punto de convertirse en millonarios con el dinero de los emigrantes y los trabajadores, otros empresarios teatrales soñaban con obtener sus ganancias del público familiar respetable, de mayor poder económico, y especialmente el de la «nueva mujer» norteamericana y sus hijos. (En efecto, el 75 por 100 del público estaba formado por varones adultos.) Exigían relatos muy costosos y prestigio («clásicos de la pantalla»), que la anarquía de la producción cinematográfica norteamericana de bajo costo no estaba dispuesta a arriesgar. Pero eso se podía importar de la industria francesa pionera, que dominaba todavía una tercera parte de la producción mundial, o de otros países europeos. En Europa, el teatro ortodoxo, con su mercado constituido por la clase media, había sido la fuente natural de una producción cinematográfica más ambiciosa, y si las adaptaciones dramáticas de historias bíblicas y clásicos seculares (Zola, Dumas, Daudet, Hugo) habían tenido éxito, ¿por qué no habrían de tenerlo las adaptaciones cinematográficas? Las importaciones de producciones con actrices famosas con vestuarios opulentos como Sara Bernhardt, y de otras producciones que exigían un costoso material épico, en las que se especializaron los italianos, resultaron muy provechosas

económicamente en los años inmediatamente anteriores a la guerra. El paso, muy importante, de la realización de películas documentales a la filmación de relatos y comedias, que al parecer se produjo entre 1905 y 1909, impulsó a los productores norteamericanos a realizar sus propias novelas y epopeyas cinematográficas. A su vez, éstas dieron la posibilidad a una serie de talentos literarios secundarios, como D. W. Griffith, de transformar el cine en una forma artística importante y original.

Hollywood se basaba en la combinación del populismo *nickelodeon* y el drama y el sentimiento —cultural y moralmente valiosos— que esperaba la masa de norteamericanos medios igualmente numerosa. Su fuerza y su debilidad residían precisamente en su concentración total en el mercado de masas. La fuerza era ante todo económica. Por su parte, el cine europeo optó, no sin cierta resistencia por parte de los empresarios populistas,* por el público educado a expensas del menos culto. De no haber sido así, ¿quién habría hecho los famosos filmes de la UFA de la década de 1920? Mientras tanto, la industria norteamericana podía explotar al máximo un mercado de masas con una población que, sobre el papel, no era más de un tercio superior a la masa de espectadores de la población alemana. Esto permitía cubrir los costes y conseguir importantes beneficios en el interior del país y, por tanto, conquistar el resto del mundo rebajando los precios. La primera guerra mundial iba a reforzar esa ventaja decisiva haciendo inexpugnable la posición norteamericana. La posibilidad de disponer de recursos ilimitados permitiría también a Hollywood conseguir los mejores talentos de todo el mundo, sobre todo de la Europa central, al acabar la guerra. Pero no siempre hizo el mejor uso de esos talentos.

Las debilidades de Hollywood también eran obvias. Creó un medio extraordinario con un potencial extraordinario, pero con un mensaje artístico carente de valor, al menos hasta el decenio de 1930. El número de películas norteamericanas mudas que forman parte del repertorio actual o que incluso las personas cultas pueden recordar es escaso, excepto en el caso de las comedias. Considerando el frenético ritmo de producción cinematográfica, constituyen un porcentaje insignificante de la producción total. Desde el punto de vista ideológico, el mensaje no era ineficaz ni carente de importancia. Si apenas nadie recuerda la gran masa de películas de serie B, lo cierto es que sus valores serían absorbidos por la alta política norteamericana a finales del siglo XX.

Sin embargo, lo cierto es que el espectáculo de masas industrializado revolucionó el arte del siglo XX, y lo hizo de forma separada e independiente de la vanguardia. Hasta 1914, el arte de vanguardia no participaba en el cine y no parece haberse interesado por él, aparte de un cubista de París, nacido en Rusia, de quien se afirma que en 1913 pensó en una secuencia de un filme

* «Nuestra industria, que ha progresado gracias a su atractivo popular, necesita el apoyo de todas las clases populares. No debe convertirse en la diversión preferida de las clases acomodadas únicamente, que pueden permitirse pagar casi tanto por las entradas de cine como por las de teatro», *Vita cinematografica* (1914).[28]

abstracto.[27] No sería hasta una vez empezada la guerra cuando el arte vanguardista se tomó en serio ese medio, cuando ya estaba prácticamente maduro. En los años anteriores a 1914 el espectáculo típico de vanguardia era el ballet ruso, para el que el gran empresario Serge Diaghilev movilizó a los más exóticos y revolucionarios compositores y pintores. Pero el ballet ruso estaba dirigido a una elite de esnobs acomodados o de alta cuna, de la misma forma que los productores cinematográficos norteamericanos ponían su mirada en el público menos exigente.

De esta forma, el arte «moderno», el auténtico arte «contemporáneo» de este siglo se desarrolló de forma inesperada, ignorado por los custodios de los valores culturales y con la rapidez que corresponde a una auténtica revolución cultural. Pero ya no era, no podía serlo, el arte del mundo burgués y de la centuria burguesa, excepto en un aspecto esencial: era profundamente capitalista. ¿Era acaso «cultura» en el sentido burgués? No hay duda de que la mayor parte de las personas cultas habrían dicho en 1914 que no lo era. Y, sin embargo, ese medio de masas nuevo y revolucionario era mucho más fuerte que la cultura de elite, cuya búsqueda de una nueva forma de expresar el mundo ocupa muchas páginas del arte del siglo XX.

Pocas figuras representan la vieja tradición, en sus versiones convencionales y revolucionarias, de forma más evidente que dos compositores de la Viena anterior a 1914: Erich Wolfgang Korngold, un niño prodigio del escenario musical de la clase media que componía sinfonías, óperas, etc., y Arnold Schönberg. El primero terminó su vida como un compositor de éxito de bandas musicales para las películas de Hollywood y como director musical de la Warner Brothers. El segundo, después de revolucionar la música clásica del siglo XX, terminó su vida en la misma ciudad, todavía sin un público, pero admirado y apoyado económicamente por otros músicos más adaptables y mucho más prósperos, que ganaban dinero en la industria del cine al precio de no aplicar las lecciones que habían aprendido de él.

Así, el arte del siglo XX había sido revolucionado, pero no por aquellos que se dedicaron a la tarea de conseguirlo. En este sentido, la situación era muy diferente que en el campo de la ciencia.

10. CERTIDUMBRES SOCAVADAS: LA CIENCIA

¿Cuáles son los componentes del universo material? El éter, la materia y la energía.

S. LAING, 1885[1]

Existe un consenso general sobre el hecho de que durante los quince años pasados se ha producido un gran avance en nuestro conocimiento de las leyes fundamentales de la herencia. Ciertamente, puede afirmarse que durante este período se han producido más avances que en toda la historia anterior de este dominio del conocimiento.

RAYMOND PEARL, 1913[2]

En la física de la relatividad, el espacio y el tiempo ya no son parte de los huesos desnudos del mundo y se admiten ahora como construcciones.

BERTRAND RUSSELL, 1914[3]

Hay ocasiones en que se transforma, en un breve período de tiempo, la forma en que el hombre aprehende y estructura el universo. Los decenios que precedieron a la primera guerra mundial conforman uno de esos momentos. Eran relativamente pocos los hombres y mujeres de unos cuantos países los que comprendían, o incluso observaban esa realidad, y en algunos casos se trataba solamente de una minoría incluso en los campos de la actividad intelectual y creativa que se estaban transformando. Y, desde luego, no todos los dominios de la ciencia sufrieron una transformación ni se transformaron de la misma forma. Un estudio más completo debería distinguir entre aquellos campos en los que el hombre era consciente de un progreso lineal más que de una transformación (como en las ciencias médicas) y aquellos que estaban experimentando una auténtica revolución (como la física); entre las antiguas ciencias que habían sido revolucionadas y aquellas otras que en sí mismas constituían una innovación, pues nacieron en el período que estamos estudiando (como la genética); entre las teorías científicas destinadas a ser la base de un nuevo consenso o una nueva ortodoxia y otras que habían de permanecer en

los límites de sus disciplinas, como el psicoanálisis. Asimismo, sería necesario distinguir entre teorías aceptadas que se pusieron en cuestión para ser luego reafirmadas de forma más o menos modificada, como el darwinismo y otros aspectos de la herencia intelectual de mediados del siglo XIX, que desaparecieron excepto de los libros de texto menos avanzados, como la física de lord Kelvin. Y, ciertamente, tendría que distinguir entre las ciencias naturales y las ciencias sociales que, como los dominios tradicionales de la erudición en las humanidades, divergieron cada vez más de aquéllas, creando un abismo cada vez mayor en el que parecía desaparecer el gran corpus de lo que en el siglo XIX se había considerado como «filosofía». Sin embargo, no importa cómo podamos matizarlo, el juicio global sigue siendo válido. El paisaje intelectual en el que comenzaban a destacarse cimas del saber como Planck, Einstein y Freud, así como Schönberg y Picasso, era clara y esencialmente diferente del que los observadores inteligentes percibían, por ejemplo, en 1870.

La transformación era de dos tipos. Desde el punto de vista intelectual implicaba el fin de una interpretación del universo a la manera del arquitecto o ingeniero: un edificio todavía inacabado, pero cuya finalización no podía retrasarse por mucho tiempo; un edificio basado en «los hechos», sostenido por el firme marco de las causas determinantes de efectos y por «las leyes de la naturaleza» y construido con las sólidas herramientas de la razón y el método científico; una construcción del intelecto, pero una construcción que expresaba también, en una aproximación cada vez más precisa, las realidades objetivas del cosmos. Para las mentes del mundo burgués triunfante, el gigantesco mecanismo estático del universo heredado del siglo XVII, pero ampliado desde entonces por la extensión a nuevos campos, producía no sólo permanencia y predecibilidad, sino también transformación. Producía evolución (que podía identificarse fácilmente con el «progreso» secular, cuando menos en los asuntos humanos). Fue este modelo de universo y la forma en la que lo captaba la mente humana lo que se derrumbó.

Pero esa ruptura tenía un aspecto psicológico fundamental. La estructuración intelectual del mundo burgués eliminó las antiguas fuerzas de la religión del análisis de un universo en el que lo sobrenatural y lo milagroso no tenían cabida y dejó una escasa importancia analítica para las emociones, excepto como producto de las leyes de la naturaleza. Sin embargo, con excepciones de escasa monta, el universo intelectual parecía encajar tanto con la comprensión humana intuitiva del mundo material (con la «experiencia de los sentidos») como con los conceptos intuitivos, o al menos seculares, del funcionamiento de la razón humana. Así pues, todavía era posible pensar en la física y la química según modelos mecánicos (el «átomo bola de billar»).* Pero la nueva estructuración del universo tuvo que rechazar cada vez más

* Lo cierto es que el átomo, que pronto sería dividido en partículas más pequeñas, fue considerado de nuevo en este período como la unidad básica de construcción de las ciencias físicas, después de cierto tiempo de haber perdido relativamente ese papel.

la «intuición y el sentido común». En cierto sentido, la «naturaleza» se hizo menos «natural» y más incomprensible. De hecho, aunque todos nosotros vivimos en la actualidad por y con una tecnología fruto de la nueva revolución científica, en un mundo cuya apariencia visual se ha visto transformada por ella y en el que el discurso educado se hace eco de sus conceptos y vocabulario, no podemos decir con seguridad hasta qué punto esa revolución se ha incorporado a los procesos comunes de pensamiento de la mayor parte de la gente, incluso en la actualidad. Podríamos afirmar que se ha incorporado existencial más que intelectualmente.

Para ilustrar el proceso de separación de la ciencia y la intuición podemos recurrir tal vez al ejemplo extremo de las matemáticas. En algún momento a mediados del siglo XIX el progreso del pensamiento matemático empezó a generar no sólo (como había ocurrido anteriormente; véase *La era de la revolución*) unos resultados que entraban en conflicto con el mundo real tal como era captado por los sentidos, como en la geometría no euclidiana, sino unos resultados que sorprendían incluso a los matemáticos, cuyos sentimientos pueden quedar expresados en estas palabras del gran Georg Cantor: «je vois mais je ne le crois pas».[4] Comenzó entonces lo que Bourbaki ha llamado «la patología de las matemáticas».[5] En geometría, una de las dos fronteras dinámicas de las matemáticas decimonónicas, aparecen todo tipo de fenómenos, por así decirlo, impensables, como curvas sin tangentes. Pero tal vez el proceso más espectacular e «imposible» fue la exploración de magnitudes infinitas a cargo de Cantor, que dio como resultado un mundo en el que los conceptos intuitivos de «más grande» y «más pequeño» ya no tenían sentido y en el que las reglas de la aritmética no producían los resultados esperados. Fue un avance extraordinario, un nuevo «paraíso» matemático, en palabras de Hilbert, del que se negaba a ser expulsada la vanguardia de los matemáticos.

Una solución —que posteriormente adoptaron la mayoría de los matemáticos— fue emancipar las matemáticas de cualquier correspondencia con el mundo real y convertirlas en una elaboración de postulados, *cualquier* tipo de postulados, que sólo exigían ser definidos con precisión y a los que les unía la necesidad de no ser contradictorios. A partir de entonces, las matemáticas se basaron en un rechazo total de la creencia en cualquier cosa que no fueran las reglas de un juego. En palabras de Bertrand Russell —que contribuyó de forma decisiva en el replanteamiento de los fundamentos de las matemáticas, que pasaban a ocupar ahora el centro de la escena, tal vez por primera vez en su historia—, las matemáticas eran la disciplina en la que nadie sabía de qué estaba hablando o si lo que decía era cierto.[6] Sus fundamentos fueron reformulados excluyendo rigurosamente cualquier recurso a la intuición.

Ello impuso grandes dificultades psicológicas, así como algunas de tipo intelectual. La relación de las matemáticas con el mundo real era innegable, aunque, desde el punto de vista de los formalistas matemáticos, carecía de importancia. En el siglo XX, la matemática «más pura» ha encontrado, de vez en cuando, cierta correspondencia en el mundo real y, desde luego, ha servido para explicar este mundo o para dominarlo por medio de la tecnología. Incluso G. H. Hardy, un matemático puro, especializado en la teoría de los números —y, por cierto, autor de una brillante introspección autobiográfica—, un hombre que afirmaba con orgullo que nada de lo que había hecho tenía valor práctico, contribuyó con un teorema, que se halla en la base de la moderna genética de poblaciones (la llamada ley Hardy-Weinberg). ¿Cuál era la naturaleza de la relación entre el juego matemático y la estructura del mundo real que se correspondía con él? Tal vez esto no importaba a los matemáticos en su capacidad matemática, pero de hecho incluso muchos formalistas, como el gran Hilbert (1862-1943), creían al parecer en una verdad matemática objetiva, es decir, que no dejaba de ser importante lo que pensaban los matemáticos sobre la «naturaleza» de las entidades matemáticas que manipulaban o sobre la «verdad» de sus teoremas. Toda una escuela de «intuicionistas», cuyo precursor fue Henri Poincaré (1854-1912) y que desde 1907 estuvo encabezada por el holandés L. E. J. Brouwer (1882-1966), rechazaba enérgicamente el formalismo, si era necesario al coste de abandonar incluso aquellos triunfos del razonamiento matemático cuyos resultados, literalmente increíbles, habían llevado a la reconsideración de las bases de la matemática y, notablemente, la obra de Cantor en la teoría de conjuntos, que presentó, frente a la más dura oposición de algunos, en la década de 1870. Las pasiones que evocó esta batalla en la estratosfera del pensamiento puro indican la profundidad de la crisis intelectual y psicológica que provocó la ruptura de los viejos lazos entre las matemáticas y la comprensión del mundo.

Además, el replanteamiento de los fundamentos de las matemáticas no dejaba de ser problemático, pues el intento de basarlas en definiciones rigurosas y en la no contradicción (que estimuló también el desarrollo de la lógica matemática) se vio en dificultades que convertirían el período transcurrido entre 1900 y 1930 en «la gran crisis de los fundamentos» (Bourbaki).[7] La exclusión total de la intuición sólo fue posible gracias a cierta limitación del horizonte del matemático. Más allá de ese horizonte existían las paradojas que descubrieron ahora los matemáticos y los lógicos matemáticos —Bertrand Russell formuló varias de ellas en los primeros años del decenio de 1900— y que plantearon las más espinosas dificultades.* Finalmente (en 1931), el matemático austríaco Kurt Gödel demostró que no era posible eliminar la contradicción en determinados objetivos fundamentales: no se puede demostrar que los axiomas de la aritmética son consistentes con un número finito de pasos que

* Un ejemplo (Berry y Russell) es la afirmación de que «la clase de números enteros cuya definición puede ser expresada en menos de 16 palabras es finita». Es imposible, sin incurrir en contradicción, definir un número entero como «el número entero más pequeño no definible en menos de 16 palabras», pues la segunda definición sólo contiene diez palabras. La más fundamental de estas paradojas es la «Paradoja de Russell», que plantea si el conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos es un miembro de sí mismo. Esto es análogo a la paradoja del filósofo griego Zenón sobre si podemos creer al cretense que afirma «todos los cretenses son mentirosos».

no conducen a contradicciones. Sin embargo, para entonces los matemáticos se habían acostumbrado a vivir con las incertidumbres de su disciplina. Las generaciones de las décadas de 1890 y 1900 estaban lejos de haberlo conseguido.

La crisis de las matemáticas podía pasar por alto a todo el mundo excepto un reducido número de personas. Un grupo mucho más amplio de científicos, así como posteriormente la gran mayoría de las personas cultas, se encontraron implicados en la crisis del universo galileano o newtoniano de la física, cuyo comienzo podemos datar con exactitud en 1895 y que iba a ser sustituido por el universo einsteiniano de la relatividad. Encontró menos resistencia en el mundo de los físicos que la revolución matemática, probablemente porque no estaba claro todavía que implicaba el desafío de las creencias tradicionales en la certidumbre y en las leyes de la naturaleza. Eso no ocurriría hasta el decenio de 1920. Sin embargo, encontró una enorme resistencia en la población no científica. Ciertamente, todavía en 1913 un autor alemán, culto y nada estúpido, autor de una historia de la ciencia en cuatro volúmenes (que no mencionaba a Planck —excepto como epistemologista—, a Einstein, a J. J. Thomson ni a algunos otros que ahora, desde luego, no serían omitidos), negaba que estuviera ocurriendo algo extraordinariamente revolucionario en el campo de la ciencia: «Resulta tendencioso presentar la ciencia como si sus fundamentos hubieran pasado a ser inestables, y nuestra era debe llevar a cabo su reconstrucción».[8] Como sabemos, la física moderna resulta todavía tan remota para la mayor parte de los profanos, incluso para aquellos que tratan de comprender los intentos, tantas veces brillantes, de explicársela que se han multiplicado desde la primera guerra mundial, como lo eran los ámbitos más elevados de la teología escolástica para la mayor parte de los fieles cristianos en la Europa del siglo XIV. Los ideólogos de la izquierda rechazaron la relatividad por ser incompatible con su idea de la ciencia, y los de la derecha la condenaron calificándola de judía. En resumen, la ciencia se convirtió no sólo en algo que pocos podían entender, sino en algo que muchos desaprobaban, al tiempo que reconocían depender de ella.

Tal vez, lo que mejor ilustra la conmoción que sufrió la experiencia, el sentido común y las concepciones aceptadas del universo es el problema del «éter luminóforo», ahora casi tan olvidado como el del flogisto mediante el cual se había explicado el fenómeno de la combustión en el siglo XVIII, antes de que se produjera la revolución en la química. No existían pruebas de la existencia del éter, un algo elástico, rígido, incompresible y sin fricción que se creía que llenaba el universo, pero tenía que existir, en una visión del mundo esencialmente mecánica y que excluía cualquier «acción a distancia», fundamentalmente porque en la física decimonónica todo eran ondas, comenzando con las de la luz (cuya velocidad real se determinó por primera vez) y multiplicadas por el progreso de las investigaciones en el campo del electromagnetismo, que, a partir de Maxwell, parecía incluir las ondas lumínicas. Pero en un universo concebido mecánicamente las ondas tenían que ser ondas en *algo*, al igual que las ondas marinas eran ondas en el agua. Del mismo modo que el movimiento de las ondas pasó a ser un elemento fundamental en la visión del

mundo de la física (por citar a un contemporáneo nada ingenuo), «el éter fue descubierto en este siglo, en el sentido de que todas las pruebas conocidas de su existencia se obtuvieron en este período».[9] En resumen, fue inventado porque, como mantenían todas las «autoridades de la física» (con algunos raros discrepantes como Heinrich Hertz (1857-1894), descubridor de las ondas radioeléctricas, y Ernst Mach (1836-1916), conocido especialmente como filósofo de la ciencia), «nada sabemos sobre la luz, el calor radiante, la electricidad y el magnetismo; sin ello probablemente no existiría la gravitación»,[10] pues una visión mecánica del mundo exigía también que ejerciera su fuerza a través de un medio material.

Pero, si existía, debía tener propiedades mecánicas, fueran o no elaboradas mediante los nuevos conceptos electromagnéticos. Éstos plantearon notables dificultades, por cuanto la física operaba, desde Faraday y Maxwell, con dos esquemas conceptuales que no se conjugaban y que, de hecho, tendían a apartarse uno de otro: la física de las partículas discretas (de «materia») y los medios continuos de «campos». Lo más fácil era asumir —la teoría fue elaborada por H. A. Lorentz (1853-1928), uno de los destacados científicos holandeses que convirtió este período en una época dorada de la ciencia holandesa, comparable al siglo XVII— que el éter estaba estático con respecto a la materia en movimiento. Pero esto no se podía comprobar, y dos norteamericanos, A. A. Michelson (1852-1931) y E. W. Morley (1838-1923), intentaron hacerlo en un celebrado e imaginativo experimento en 1887, que produjo un resultado que parecía totalmente inexplicable. Tan inexplicable y tan incompatible con una serie de convicciones profundamente ancladas, que fue repetido periódicamente con todas las precauciones posibles hasta el decenio de 1920, aunque siempre con el mismo resultado.

¿Cuál era la velocidad del movimiento de la Tierra a través del éter estático? Un rayo de luz se dividiría en dos partes, que se trasladaban siguiendo dos caminos iguales que formaban un ángulo recto entre sí y luego se reunían de nuevo. Si la Tierra se trasladaba a través del éter en dirección a uno de los rayos, el movimiento del aparato durante el paso de la luz tenía que causar que los caminos que seguían los rayos fueran diferentes. Eso podía detectarse. Pero no fue posible hacerlo. Parecía que el éter, fuera lo que fuese, se movía con la tierra o presumiblemente con cualquier otra cosa que pudiera ser medida. El éter parecía no tener características físicas o estar más allá de cualquier forma de aprehensión material. La alternativa era abandonar la imagen científica establecida del universo.

No ha de sorprender al lector familiarizado con la historia de la ciencia que Lorentz prefiriera las teorías a los hechos y que intentara explicar el experimento Michelson-Morley salvando así la existencia del éter, que era considerado como «el fulcro de la física moderna»,[11] mediante una extraordinaria acrobacia teórica que le iba a convertir en «el Juan Bautista de la relatividad».[12] Suponiendo que el tiempo y el espacio pudieran ser separados de tal forma que un cuerpo resultara ser más corto cuando estuviera en la dirección de su movimiento de lo que lo sería cuando estuviera en reposo o situado al

través; entonces, la contracción del aparato Michelson-Morley podría haber ocultado la inmovilidad del éter. Esta suposición, se afirma, estaba muy próxima a la teoría de la relatividad especial de Einstein (1905), pero lo que hay que destacar respecto a Lorentz y sus contemporáneos es que quebrantaron la física tradicional en su desesperado intento de mantenerla intacta, mientras que Einstein, que era todavía un niño cuando Michelson y Morley llegaron a sus sorprendentes conclusiones, estaba plenamente dispuesto a abandonar las convicciones tradicionales. No existía el movimiento absoluto. No existía el éter o si existía carecía de interés para los físicos. Sea como fuere, lo cierto es que los viejos principios de la física se habían derrumbado.

Dos conclusiones pueden sacarse de ese instructivo episodio. En primer lugar, y esto concuerda con el ideal racionalista que la ciencia y la historia han heredado del siglo XIX, la de que los hechos son más sólidos que las teorías. Ante las nuevas vías abiertas en el campo del electromagnetismo y dado el descubrimiento de nuevas formas de radiación —ondas radioeléctricas (Hertz, 1883), rayos X (Röntgen, 1895), radiactividad (Becquerel, 1896)—, ante la necesidad de forzar cada vez más la teoría ortodoxa, ante el experimento Michelson-Morley, antes o después sería inevitable modificar esencialmente la teoría para adecuarla a los hechos. No ha de sorprendernos que eso no ocurriera de forma inmediata, pero no tardó mucho en producirse: la transformación puede datarse con cierta precisión en el decenio 1895-1905.

La segunda conclusión es de signo totalmente opuesto. La visión del universo físico que se derrumbó en 1895-1905 se basaba no en «los hechos», sino en supuestos apriorísticos sobre el universo, basados en parte en el modelo mecánico del siglo XVII y en parte en intuiciones, aún más antiguas, de la experiencia de los sentidos y la lógica. No era mayor la dificultad intrínseca de aplicar la relatividad a la electrodinámica o a cualquier otra cosa que a la mecánica clásica, campo en el que se aceptaba desde Galileo. Todo lo que puede decir la física respecto a dos sistemas dentro de cada uno de los cuales tienen vigencia las leyes newtonianas (por ejemplo, dos trenes) es que se mueven uno en relación con el otro, pero no que uno está «en reposo» absoluto. El éter había sido inventado porque el modelo mecánico aceptado del universo exigía algo de ese tipo y porque parecía inconcebible intuitivamente que no existiera distinción alguna entre el movimiento absoluto y el reposo absoluto en *alguna parte*. Después de ser inventado, impidió la extensión de la relatividad a la electrodinámica y a las leyes de la física en general. En resumen, lo que hizo que la revolución en el campo de la física fuera tan revolucionaria no fue el descubrimiento de nuevos hechos, aunque esto ciertamente ocurrió, sino la renuencia de los físicos a reconsiderar sus paradigmas. Como siempre, no fueron las inteligencias más sofisticadas las que se mostraron dispuestas a reconocer que el emperador iba desnudo: utilizaron su tiempo en investigar teorías que permitieran explicar por qué esas ropas eran espléndidas e invisibles a un tiempo.

Hay que decir que las dos conclusiones son correctas, pero que la segunda es mucho más útil que la primera para el historiador. En efecto, la primera no

explica realmente cómo se produjo la revolución en la física. Por lo general —tampoco ocurrió entonces—, los viejos paradigmas no impiden el progreso de la investigación ni la formación de teorías que parecen coherentes con los hechos y fértiles desde el punto de vista intelectual. Simplemente dan lugar a lo que puede ser considerado, en forma retrospectiva (como en el caso del éter), como teorías innecesariamente complicadas. A la inversa, los revolucionarios en la física —pertenecientes en su mayor parte a la «física teórica» que todavía no era reconocida como una disciplina independiente situada en un lugar intermedio entre la matemática y el aparato de laboratorio— no actuaron movidos por el deseo de resolver las incoherencias entre la observación y la teoría. Seguían su propio camino, a veces impulsados por preocupaciones puramente filosóficas o incluso metafísicas, como el caso de Max Planck en su búsqueda del «Absoluto», que les llevaron a la física contra el consejo de unos profesores convencidos de que en esa disciplina científica sólo era necesario dar pequeños retoques, y a dedicarse a una parte de la física que otros consideraban carente de interés.[13] Nada es más sorprendente en el breve esbozo autobiográfico escrito por Max Planck, cuya teoría cuántica (anunciada en 1900) constituyó el primer jalón de la nueva física, que el sentimiento de aislamiento, de ser incomprendido, casi de fracaso, que nunca le abandonó. Después de todo, pocos físicos han sido más honrados, tanto en su propio país como en la esfera internacional, de lo que lo fue él en vida. En gran parte eso fue el resultado de un proceso de 25 años, que comenzó con su disertación en 1875, durante la cual el joven Planck intentó en vano conseguir que sus admirados maestros —entre los que se incluían hombres a los que finalmente ganaría para su causa— comprendieran, comentaran e incluso leyeran la obra que se sometía a su criterio. Obra en la que la claridad de las conclusiones no dejaba lugar para la duda. Cuando miramos atrás vemos a unos científicos que reconocían la existencia de problemas fundamentales no resueltos en su campo y que trataban de resolverlos, algunos avanzando por el camino correcto, la mayor parte de ellos por el camino equivocado. Pero de hecho, como han afirmado siempre los historiadores de la ciencia, al menos desde Thomas Kuhn (1962), esa no es la forma en que se producen las revoluciones científicas.

¿Cómo explicar, pues, las transformaciones de las matemáticas y la física en este período? Esta es la cuestión fundamental para el historiador. Además, para el historiador que no se centra exclusivamente en los debates especializados de los teóricos, lo importante no es sólo el cambio en la imagen científica del universo, sino también la relación de ese cambio con los demás acontecimientos del período. Los procesos del intelecto no son autónomos. Sea cual fuere la naturaleza de las relaciones entre la ciencia y la sociedad en la que aquélla se desarrolla y la coyuntura histórica específica en que se desarrolla, siempre existe esa relación. Los problemas que los científicos constatan, los métodos que utilizan, las teorías que consideran satisfactorias en general o adecuadas en casos concretos, las ideas y modelos de que se sirven para resolverlos, corresponden a unos hombres y mujeres cuya vida,

incluso en la actualidad, sólo en parte se desarrolla en el laboratorio o la biblioteca.

Algunas de estas relaciones son sumamente simples. El impulso para el desarrollo de la bacteriología e inmunología procedió fundamentalmente del imperialismo, que constituyó un fuerte incentivo para la superación de enfermedades tropicales como la malaria y la fiebre amarilla, que impedían las actividades de los blancos en las zonas coloniales.[14] Una relación directa se establece, pues, entre Joseph Chamberlain y (sir) Ronald Ross, premio Nobel de Medicina, en 1902. También el nacionalismo tuvo un papel importante. Wassermann cuyo test de la sífilis aportó el incentivo para el desarrollo de la serología, fue instado en 1906 por las autoridades alemanas, deseosas de ponerse al día en lo que consideraban un avance exagerado de la investigación francesa en el campo de la sífilis.[15] Aunque sería erróneo pasar por alto esa vinculación directa entre la ciencia y la sociedad, ya sea en forma de mecenazgo o presión por parte del gobierno y el mundo de los negocios, o en forma de trabajo científico estimulado —o producido— por el progreso práctico de la industria o por sus exigencias técnicas, lo cierto es que esas relaciones no pueden ser analizadas satisfactoriamente en esos términos, sobre todo en el período 1873-1914. Por una parte, las relaciones entre la ciencia y sus aplicaciones prácticas no eran estrechas, si exceptuamos la química y la medicina. Así, en la Alemania de los años entre 1880 y 1890 —pocos países consideraron con más seriedad las implicaciones prácticas de la ciencia—, las academias técnicas (*Technische Hochschulen*) se quejaban de que sus matemáticos no se limitaban a la enseñanza de las matemáticas que requerían los ingenieros, y los profesores de ingeniería se enfrentaron abiertamente con los de matemáticas en 1897. En efecto, la mayor parte de los ingenieros alemanes, aunque inspirados por el progreso norteamericano para establecer laboratorios tecnológicos en el decenio de 1890, no estaban en estrecho contacto con la ciencia del momento. En cambio, la industria se quejaba de que las universidades no se interesaban por los problemas que la afectaban y de que realizaban su propia investigación, y además con un ritmo muy lento. Krupp (que no permitió a su hijo que asistiera a una academia técnica hasta 1882) no se interesó por la física, como disciplina distinta de la química, hasta mediados del decenio de 1890.[16] En definitiva, las universidades, las academias técnicas, la industria y el gobierno no coordinaban en absoluto sus intereses y sus esfuerzos. Es cierto que comenzaban a aparecer instituciones de investigación patrocinadas por el gobierno, pero estaban aún poco avanzadas: la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft (en la actualidad Max-Planck-Gesellschaft), que financiaba y coordinaba la investigación básica, no fue fundada hasta 1911, aunque había financiado a una serie de predecesores en forma privada. Además, si bien es cierto que los gobiernos comenzaban a encargar, e incluso instar, investigaciones que consideraban importantes, no es posible hablar todavía del gobierno como fuerza impulsora de investigaciones fundamentales, y lo mismo cabe decir de la industria, con la posible excepción de los laboratorios Bell. Por otra parte, la única ciencia, aparte de la medicina, en la que se integraban adecuadamente, en ese período, la investigación pura y sus aplicaciones prácticas era la química, que durante esos años no conoció ninguna transformación fundamental ni revolucionaria.

Las transformaciones científicas no hubieran sido posibles sin los avances técnicos producidos en la economía industrial, como los que permitieron la producción de la electricidad, o poseer bombas de vacío adecuadas e instrumentos de medida precisos. Ahora bien, un elemento necesario en cualquier explicación no constituye por sí mismo una explicación suficiente. Debemos buscar más en profundidad. ¿Podemos comprender la crisis de la ciencia tradicional analizando las preocupaciones políticas y sociales de los científicos?

Desde luego, ese aspecto era dominante en las ciencias sociales, pero muchas veces el elemento social y político también era fundamental en aquellas ciencias naturales que parecían tener un interés directo para la sociedad y sus preocupaciones. Éste era el caso, en el período que analizamos, en aquellos dominios de la biología que afectaban directamente al hombre social y todos aquellos que podían ser vinculados con el concepto de «evolución» y el nombre, cada vez más politizado, de Charles Darwin. Ambos tenían una importante carga ideológica. En el racismo, cuya importancia en el siglo XIX es difícil exagerar, la biología fue fundamental para la ideología burguesa teóricamente igualitaria, ya que pasó de la sociedad a la «naturaleza» la responsabilidad de las evidentes desigualdades humanas (véase *La era del capital*, capítulo 14, II). Los pobres eran pobres porque habían nacido inferiores. Así, la biología no sólo era potencialmente la ciencia de la derecha política, sino la ciencia de aquellos que mostraban una actitud de desconfianza con respecto a la ciencia, la razón y el progreso. Pocos pensadores se mostraron más escépticos respecto a las verdades vigentes a mediados del siglo XIX, incluida la ciencia, que el filósofo Nietzsche. Pero sus escritos, y sobre todo su obra más ambiciosa, *La voluntad de dominio*,[17] pueden interpretarse como una variante de darwinismo social, un discurso desarrollado en el lenguaje de la «selección natural», en este caso una selección destinada a producir una nueva raza de «superhombres», que dominarían a los seres humanos inferiores al igual que el hombre domina y explota a los animales en la naturaleza. Los vínculos entre la biología y la ideología son especialmente evidentes en la relación entre la «eugenesia» y la nueva ciencia de la «genética», que prácticamente nació en torno a 1900, recibiendo su nombre de William Bateson poco después (1905).

La eugenesia, que era un programa para aplicar al género humano las técnicas de reproducción selectiva familiares en la agricultura y la ganadería, precedió de forma notable a la genética. El término data de 1883. Fue fundamentalmente un movimiento político, protagonizado casi de forma exclusiva por miembros de la burguesía o de la clase media, que urgían a los gobiernos a iniciar un programa de acciones positivas o negativas para mejorar la condición genética de la especie humana. Los eugenetistas extremos creían que la condición del hombre y la sociedad *sólo* podría ser mejorada mediante el

perfeccionamiento genético de la especie humana, concentrando o estimulando las variantes humanas valiosas (identificadas por lo general con la burguesía o con razas adecuadamente matizadas como la «nórdica») y eliminando las variantes indeseables (identificadas por lo general con los pobres, los pueblos colonizados o los extranjeros). Los eugenetistas menos extremos concedían importancia relativa a las reformas sociales, la educación y los cambios ambientales en general. Si bien la eugenesia podía convertirse en una seudociencia fascista y racista que puso en práctica el genocidio deliberado con Hitler, antes de 1914 no se identificaba exclusivamente con ningún grupo político de la clase media, como ocurría con las populares teorías sobre la raza en las que estaba implícita. Temas eugenésicos aparecen en la música ideológica de liberales, reformadores sociales, socialistas fabianos y algunos otros sectores de la izquierda, en aquellos países en los que el movimiento estaba de moda,* aunque en la batalla entre «naturaleza» y «educación», la izquierda no podía optar *de forma exclusiva* por la herencia. De aquí deriva, por cierto, la notable falta de entusiasmo por la genética que demostró la profesión médica en este período. En efecto, los grandes triunfos de la medicina en este período fueron ambientales, tanto a través del nuevo tratamiento de las enfermedades microbianas (que desde Pasteur y Koch habían dado lugar a la aparición de la nueva ciencia de la bacteriología) como a través de la higiene pública. Los médicos se mostraban tan renuentes como los reformadores sociales a creer, con Pearson, que «la inversión de 1.500.000 libras en estimular un linaje sano sería más útil que la creación de un sanatorio en cada ciudad» para eliminar la tuberculosis.[18] Desde luego, estaban en lo cierto.

Lo que dio a la eugenesia el carácter «científico» fue precisamente la aparición, después de 1900, de la ciencia de la genética, que parecía sugerir que las diferencias ambientales sobre la herencia podían ser excluidas de forma absoluta y que la mayor parte de los rasgos eran determinados por un solo gen, es decir, que era posible la reproducción selectiva de seres humanos según los principios mendelianos. Sería incorrecto afirmar que la genética surgió como consecuencia de las preocupaciones eugenésicas, aunque es cierto que algunos científicos se interesaron por la investigación de la herencia «como *consecuencia* de su interés anterior por el tema de la raza», en especial sir Francis Galton y Karl Pearson.[19] Por otra parte, los vínculos entre la genética y la eugenesia fueron estrechos entre 1900 y 1914, y tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos hubo destacadas personalidades de la ciencia que formaron parte de ese movimiento, aunque incluso antes de 1914, al menos en Alemania y en los Estados Unidos, era difícil trazar la línea divisoria entre la ciencia y la seudociencia racista.[20] En el período de entreguerras esto indujo a los genetistas serios a apartarse de las organizaciones de los eugenetistas comprometidos. De cualquier forma, es evidente el elemento «político» en la genética. El futuro premio Nobel H. J. Muller afirmaría en 1918: «Nunca me ha interesado la genética como una pura abstracción, sino siempre por su relación fundamental con el hombre, sus características y medios de autoperfeccionamiento».[21]

* El movimiento de control de natalidad estaba estrechamente unido a los argumentos eugenésicos.

Si el desarrollo de la genética ha de ser visto en el contexto de la preocupación urgente por los problemas sociales para los cuales la eugenesia afirmaba aportar soluciones biológicas (en ocasiones como alternativa a las soluciones socialistas), también el desarrollo de la teoría evolucionista en la cual encajaba tenía una dimensión política. El desarrollo de la «sociobiología» en años recientes ha llamado de nuevo la atención sobre ello. Esto fue evidente desde el momento en que se enunció la teoría de la «selección natural», cuyo elemento clave, la «lucha por la existencia», derivaba de las ciencias sociales (Malthus). Los observadores de comienzos del nuevo siglo observaron el estallido de una «crisis en el darwinismo» que dio lugar a diferentes especulaciones alternativas: el llamado «vitalismo», el «neolamarckismo» (como se le llamó en 1901) y otras. Ello se debió no sólo a las dudas científicas sobre las formulaciones del darwinismo, que se habían convertido en una especie de ortodoxia biológica en 1880, sino también a las dudas surgidas sobre sus más amplias implicaciones. El marcado entusiasmo de los socialdemócratas por el darwinismo era suficiente para asegurar que el análisis de este tema no se realizara en términos puramente científicos. Por otra parte, mientras que la tendencia político-darwinista dominante en Europa consideraba que el hecho de que los procesos evolucionistas se produjeran en la naturaleza y la sociedad con independencia de la voluntad y la conciencia del hombre —y cualquier socialista sabía adonde conducirían inevitablemente— reforzaba las teorías marxistas, en América el «darwinismo social» ponía el énfasis en la libre competencia como ley fundamental de la naturaleza y el triunfo de los más aptos (es decir, los hombres de negocios triunfadores) sobre los menos aptos (es decir, los pobres). La supervivencia de los más aptos también podía verse —y podía asegurarse— en la conquista de las razas y pueblos inferiores o en la guerra contra los estados rivales (como sugirió el general alemán Bernhardi en 1913, en su libro *Alemania y la próxima guerra*).[22]

Esos temas sociales estuvieron presentes en los debates científicos. Así, durante los primeros años de desarrollo de la genética se produjo en su seno un enfrentamiento persistente y violento entre los mendelianos (muy influyentes en los Estados Unidos y entre los experimentalistas) y los llamados biométricos (relativamente más fuertes en el Reino Unido y entre los estadísticos, avanzados desde el punto de vista matemático). En 1900, las investigaciones de Mendel sobre las leyes de la herencia olvidadas durante tanto tiempo, fueron redescubiertas de forma simultánea y separada en tres países y constituirían —contra la oposición de los biométricos— el fundamento de la genética moderna, aunque se ha afirmado que los biólogos de 1900 veían en los viejos informes sobre el crecimiento de los guisantes de olor una teoría de los determinantes genéticos que no estaba en la mente de Mendel en su jardín del monasterio en 1865. Los historiadores de la ciencia han apun-

tado una serie de motivos para ese debate, algunos de los cuales tienen una clara dimensión política.

La gran innovación que, junto con la genética mendeliana, hizo que el «darwinismo», aunque notablemente modificado, recuperara su posición de teoría científica ortodoxa de la evolución biológica fue la introducción en esa doctrina de los «saltos», mutaciones o fenómenos de la naturaleza impredecibles y discontinuos, la mayor parte inviables pero ocasionalmente de potencial evolucionista positivo, sobre los que actuaría la selección natural. Recibieron el nombre de *mutaciones* por parte de Hugo De Vries, uno de los varios redescubridores contemporáneos de las investigaciones olvidadas de Mendel. De Vries había sufrido la influencia del principal mendeliano británico, inventor de la palabra *genética*, William Bateson, cuyos estudios sobre las variaciones (1894) habían sido desarrollados «con una atención especial a la discontinuidad en el origen de las especies». Sin embargo, la continuidad y la discontinuidad no eran aspectos que pudieran aplicarse únicamente a la reproducción de las plantas. El biométrico más importante, Karl Pearson, rechazó la discontinuidad antes incluso de que se interesara por la biología, porque «ninguna gran reconstrucción social, que beneficie de forma permanente a cualquier clase de la comunidad, se ha producido nunca como consecuencia de una revolución ... El progreso humano, como la naturaleza, nunca avanza a saltos».[23]

Bateson, su gran antagonista, estaba lejos de ser revolucionario. Pero una cosa estaba clara sobre las teorías de este curioso personaje, su rechazo de la sociedad existente (aparte de la Universidad de Cambridge, que deseaba preservar de cualquier reforma excepto de la admisión de mujeres), su odio hacia el capitalismo industrial y hacia el «sórdido utilitarismo de tendero» y su nostalgia de un pasado feudal orgánico. En resumen, tanto para Pearson como para Bateson la variabilidad de las especies era no sólo una cuestión científica sino también ideológica. Carece de sentido, y por lo general es imposible, establecer una correspondencia entre teorías científicas específicas y actitudes políticas específicas, menos aún en dominios tales como la «evolución», que se prestan a una variedad de metáforas ideológicas diferentes. Es igualmente inútil analizarlas en términos de la clase social de quienes las sustentan, todos los cuales prácticamente, en este período, pertenecían casi por definición a las clases medias profesionales. No obstante, en campos tales como la biología, la política, la ideología y la ciencia no pueden mantenerse separadas, pues sus vinculaciones son evidentes.

Pese al hecho de que los físicos teóricos e incluso los matemáticos también son seres humanos, esas vinculaciones no son evidentes en su caso. En los debates que surgen entre ellos es posible ver influencias políticas conscientes o inconscientes, aunque sin una importancia determinante. Es posible que el imperialismo y el desarrollo de los movimientos obreros de masas contribuyan a explicar la evolución de la biología, pero difícilmente servirán para comprender la de la lógica simbólica o la teoría cuántica. Los acontecimientos que ocurrieron en el mundo durante los años 1875-1914 no fueron

tan catastróficos como para influir directamente en su trabajo, cosa que sí ocurriría después de 1914 y que tal vez sucedió a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Las revoluciones ocurridas en el mundo del intelecto durante este período no pueden explicarse por analogía con las revoluciones del mundo ajeno a la ciencia. Sin embargo, todos los historiadores han observado el hecho de que la transformación revolucionaria de la visión del mundo científico que se produjo en esos años forma parte de un rechazo, más general y dramático, de valores, verdades y formas de considerar el mundo y estructurarlo conceptualmente, bien establecidos y asentados desde hacía mucho tiempo. Puede ser fruto de la casualidad o de una selección arbitraria que la teoría cuántica de Planck, el descubrimiento de Mendel, la *Logische Untersuchungen* de Husserl, *La interpretación de los sueños* de Freud y la *Naturaleza muerta con cebollas* de Cézanne sean acontecimientos que puedan datarse todos ellos en 1900 —sería posible comenzar también la nueva centuria con la *Química inorgánica* de Ostwald, *Tosca* de Puccini, la primera novela de Claudine de Colette y *L'Aiglon* de Rostand— , pero la coincidencia de una serie de innovaciones trascendentales en diferentes dominios no deja de ser notable.

Ya hemos apuntado una de las claves de la transformación. Fue negativa más que positiva, en tanto en cuanto sustituyó lo que había sido considerado, correcta o incorrectamente, como una visión científica del mundo coherente y potencialmente global en la que la razón no estaba reñida con la intuición, sin una alternativa equivalente. Como hemos visto, incluso los teóricos se sentían sorprendidos y desorientados. Ni Planck ni Einstein estaban preparados para abandonar el universo racional, causal y determinista que con su obra tanto contribuyeron a destruir. Planck era tan hostil como Lenin al neopositivismo de Ernst Mach. Mach, a su vez, aunque era uno de los pocos que demostraban escepticismo respecto al universo físico de los científicos de finales del siglo XIX, también era escéptico sobre la teoría de la relatividad.[24] Como hemos visto, el reducido mundo de las matemáticas se vio desgarrado por una serie de enfrentamientos acerca de si la verdad matemática podía ser algo más que una verdad formal. Cuando menos, los números materiales y el tiempo eran «reales», pensaba Brouwer. Lo cierto es que los teóricos tuvieron que hacer frente a una serie de contradicciones que no pudieron resolver, pues incluso las «paradojas» (un eufemismo para referirse a las contradicciones) que los lógicos simbólicos intentaron con tanto esfuerzo superar no pudieron ser eliminadas satisfactoriamente, ni siquiera, como Russell tendría que admitir, por el extraordinario esfuerzo que supuso su obra, escrita en colaboración con Whitehead, *Principia Mathematica* (1910-1913). La solución menos traumática era la de refugiarse en un neopositivismo que iba a convertirse en lo más próximo a una filosofía aceptada de la ciencia en el siglo XX. La corriente neopositivista que apareció a finales del siglo XIX, con autores como Duhem, Mach, Pearson y el químico Ostwald, no ha de ser confundida con el positivismo que dominó las ciencias naturales y sociales antes de la nueva revolución científica. Ese positivismo creía que podía encontrar la visión coherente del mundo que estaba a punto de ser rechazada en teorías ver-

daderas basadas en la experiencia probada y sistematizada de las ciencias (experimentadas idealmente), es decir, en «los hechos» de la naturaleza tal como eran descubiertos por el método científico. A su vez, esas ciencias «positivas», distintas de la especulación indisciplinada de la teología y la metafísica, aportarían un fundamento firme para el derecho, la política, la moralidad y la religión; en definitiva, para la forma en que los seres humanos vivían juntos en sociedad y articulaban sus esperanzas de futuro.

Una serie de críticos no científicos como Husserl afirmaron que «la exclusividad con que la visión total del mundo moderno se dejó determinar en la segunda mitad del siglo XIX por las ciencias positivas, y la forma en que se cegó por la "prosperidad"» que producían, significó un alejamiento indiferente de todas aquellas cuestiones que eran decisivas para una auténtica humanidad».[24] Los neopositivistas se centraron en las deficiencias conceptuales de las ciencias positivas. Enfrentados con unas teorías científicas que se consideraban inadecuadas y que podía pensarse también que constituían un «violentamiento del lenguaje y de las definiciones»,[25] y con unos modelos pictóricos (como el «átomo bola de billar») que eran insatisfactorios, eligieron dos vías relacionadas para superar la dificultad. Por una parte propusieron una reconstrucción de la ciencia sobre una base radicalmente empirista e incluso fenomenológica y, por otra, una formalización y axiomatización rigurosa de las bases de la ciencia. Eso eliminó las especulaciones sobre las relaciones entre el «mundo real» y nuestras interpretaciones de ese mundo, es decir, sobre la «verdad» como algo distinto de la coherencia y la utilidad internas de las proposiciones, sin interferir con la práctica de la ciencia. Como decía con toda sencillez Henri Poincaré, las teorías científicas «no eran verdaderas ni falsas», sino simplemente útiles.

Se ha dicho que la aparición del neopositivismo a finales de la centuria posibilitó la revolución científica al permitir que las ideas físicas se transformaran sin preocuparse de las ideas preconcebidas anteriores respecto al universo, la causalidad y las leyes naturales. Esto supone, a pesar de la admiración que Einstein sentía por Mach, prestar demasiado crédito a los filósofos de la ciencia —incluso a aquellos que les dicen a los científicos que no se preocupen de la filosofía— y subestimar la crisis general de las ideas decimonónicas aceptadas que se produjo en este período, en la que el agnosticismo neopositivista y el replanteamiento de las matemáticas y la física eran sólo algunos aspectos. En efecto, si pretendemos contemplar esta transformación en su contexto histórico, hemos de verla como una parte de esa crisis general. Y para encontrar un denominador común de los múltiples aspectos de esa crisis, que afectó prácticamente a todas las manifestaciones de la actividad intelectual en grado diverso, ese denominador común es el hecho de que todas ellas se vieron enfrentadas, a partir de 1870, con los resultados inesperados, imprevistos y, con frecuencia, incomprensibles del progreso. O, para ser más exactos, con las contradicciones que generaba.

Utilizando una metáfora adecuada a la optimista era del capital, las líneas de ferrocarril construidas por la humanidad debían conducir a unos destinos

que los viajeros tal vez no conocían, porque no habían llegado a ellos todavía, pero de cuya existencia y naturaleza general no tenían auténticas dudas. De igual forma, los viajeros de Julio Verne hacia la Luna no tenían duda sobre la existencia de ese satélite ni sobre lo que, una vez llegados allí, ya conocerían y sobre lo que quedaría por descubrir mediante una inspección más atenta del terreno. Era posible predecir lo que sería el siglo XX, mediante una extrapolación, como una versión más perfecta y espléndida de los años centrales del siglo XIX.* Pero en tanto que los viajeros miraban por la ventana del tren de la humanidad mientras avanzaba sin cesar hacia el futuro, ¿acaso realmente el paisaje que veían, desconocido, enigmático y problemático, era el camino hacia el destino que indicaban sus billetes? ¿No habrían tomado un tren equivocado? Peor aún: ¿habían tomado el tren correcto que de alguna forma les llevaba en una dirección que no deseaban y que no les agradaba? Si era así, ¿cómo se había producido esa pesadilla?

En la historia intelectual de las décadas posteriores a 1875 predomina un sentimiento de expectativas defraudadas —«cuán hermosa era la república cuando todavía teníamos al emperador», afirmaba bromeando un francés desencantado— y de que los acontecimientos estaban ocurriendo de forma totalmente opuesta a lo esperado. Hemos visto ese sentimiento perturbador tanto entre los ideólogos como entre los políticos del período (véase *supra*, capítulo 4). Ya lo hemos observado en el campo de la cultura, donde produjo un reducido pero floreciente género de literatura burguesa sobre el declive y la caída de la civilización moderna, a partir de 1880. La obra *Degeneration*, del futuro sionista Max Nordau (1893), constituye un buen ejemplo del sentimiento de histeria que reinaba. Nietzsche, profeta elocuente y amenazador de una catástrofe inminente, cuya naturaleza exacta no acabó de definir, expresó mejor que nadie esa crisis de expectativas. Su misma forma de exposición literaria, mediante una sucesión de aforismos poéticos y proféticos con intuiciones visionarias y verdades no argumentadas, parecía contradecir el sistema racionalista de construcción del discurso filosófico que afirmaba practicar. Sus entusiastas admiradores se multiplicaron entre los jóvenes varones de clase media a partir de 1890.

Para Nietzsche, la decadencia, el pesimismo y el nihilismo de la vanguardia de la década de 1880 era algo más que una moda. Eran «la consecuencia lógica de nuestros grandes valores e ideales».[27] La ciencia natural, afirmaba, producía su propia desintegración interna, sus propios enemigos, una anticiencia. La consecuencia de las formas de pensamiento aceptadas por los políticos y economistas del siglo XIX era el nihilismo.[28] La cultura de la época se veía amenazada por sus propios productos culturales. La democracia había producido el socialismo, el trágico dominio del genio por la mediocridad, de la fortaleza por la debilidad, idea expresada también de una forma más positivista y prosaica por los partidarios de la eugenesia. En esa situa-

* Excepto en la medida en que la segunda ley de la termodinámica predecía una muerte congelada del universo, proporcionando así la base victoriana adecuada para el pesimismo.

ción, ¿no era fundamental reconsiderar todos esos valores e ideales y el sistema de ideas del que formaban parte, pues de cualquier forma se estaba produciendo la «reevaluación de todos los valores»? Ese tipo de reflexiones se hizo más frecuente conforme la vieja centuria tocaba a su fin. La única ideología de cierta entidad que seguía sustentando con firmeza la fe decimonónica en la ciencia, la razón y el progreso era el marxismo, que no sentía desilusión por el presente porque miraba hacia el triunfo futuro de esas «masas» cuya aparición había provocado tan gran disgusto entre los pensadores de clase media.

Los progresos ocurridos en el campo de la ciencia, que desafiaban las explicaciones aceptadas, formaban parte de ese proceso general de expectativas transformadas e invertidas que encontramos en esta época allí donde los hombres y mujeres, en sus actividades públicas o privadas, se enfrentaban con el presente y lo comparaban con las expectativas de sus padres. ¿Cabe pensar que en medio de esa atmósfera los pensadores podían mostrarse más dispuestos que en otras épocas a cuestionar las formas establecidas del intelecto, a pensar, o al menos a considerar, lo hasta entonces impensable? A diferencia de lo que había ocurrido en los inicios del siglo XIX, las revoluciones que se hacían eco, en algún sentido, en los productos de la mente no estaban ocurriendo realmente, sino que habían de ser esperadas. Estaban implícitas en la crisis de un mundo burgués que no podía seguir siendo entendido en sus términos antiguos. Considerar el mundo de una forma distinta, cambiar la perspectiva, no era simplemente más fácil. Era lo que, de una u otra forma, tenía que hacer la mayor parte de la gente a lo largo de su vida.

Sin embargo, ese sentimiento de crisis intelectual era un fenómeno minoritario. Entre los que poseían educación científica, sólo lo experimentaban aquellos pocos directamente implicados en el derrumbamiento de la visión decimonónica del mundo y no en todos los casos era un sentimiento agudo. Eran pocos los individuos afectados, pues incluso allí donde la educación científica había conocido un desarrollo importante —como en Alemania, donde el número de estudiantes de las disciplinas científicas se multiplicó por ocho entre 1880 y 1910— podían contarse por millares y no por decenas de millares.[29] La mayor parte de ellos recalaban en la industria o en la actividad rutinaria de la enseñanza, donde no era probable que se preocuparan mucho acerca del derrumbamiento de la imagen establecida del universo. (Una tercera parte de los graduados en ciencias en el Reino Unido de 1907-1910 eran profesores de primera enseñanza.)[30] Los químicos, que constituían el núcleo más importante de científicos profesionales en ese período, se hallaban todavía en las fronteras de la nueva revolución científica. Los que sintieron directamente el terremoto intelectual fueron los matemáticos y los físicos, cuyo número todavía no se incrementaba de forma importante. En 1910, las sociedades de Ciencias Físicas alemana y británica contaban entre las dos con 700 miembros, número que era diez veces mayor en el caso de las sociedades de Química.[31]

Además, la ciencia moderna, incluso en su definición más amplia, seguía siendo una comunidad concentrada desde el punto de vista geográfico. La distribución de los nuevos premios Nobel muestra que sus logros más importantes se realizaban todavía en el área tradicional de los progresos científicos, el centro y noroeste de Europa. De los primeros 76 premios Nobel[32] todos excepto 10 procedían de Alemania, Inglaterra, Francia, Escandinavia, los Países Bajos, Austria-Hungría y Suiza. Sólo tres procedían del Mediterráneo, dos de Rusia y tres de la comunidad científica de los Estados Unidos, en rápido desarrollo, pero todavía de importancia secundaria. El resto de los científicos y matemáticos no europeos iban alcanzando sus metas —en ocasiones unas metas extraordinariamente altas, como en el caso del físico neozelandés Ernest Rutherford— básicamente mediante su trabajo en el Reino Unido. De hecho, la comunidad científica estaba más concentrada de lo que indican los datos antes citados. Más del 60 por 100 de todos los premios Nobel procedían de los centros científicos alemanes, británicos y franceses.

Los intelectuales occidentales que intentaban presentar alternativas al liberalismo del siglo XIX, la juventud burguesa culta que acogió con entusiasmo a Nietzsche y el irracionalismo, eran minorías muy reducidas. Sus portavoces eran algunas decenas de individuos y su público pertenecía básicamente a las nuevas generaciones educadas en la universidad que, salvo en los Estados Unidos, constituían una exigua elite. En 1913 había 14.000 estudiantes en Bélgica y los Países Bajos, de una población total de 13-14 millones; 11.400 en Escandinavia (exceptuando Finlandia), con una población de casi 11 millones, e incluso en Alemania, donde la educación gozaba de tan gran predicamento, sólo había 77.000 estudiantes de un total de 65 millones de habitantes.[33] Cuando los periodistas hablaban de la «generación de 1914» se referían fundamentalmente a una mesa de café llena de jóvenes que hablaban para el conjunto de amigos que habían hecho al ingresar en la École Normale Supérieure de París o de algunos líderes autoencumbrados de las universidades de Cambridge o Heidelberg, que formaban parte de la moda intelectual.

Esto no debe inducirnos a subestimar el impacto de las nuevas ideas, pues las cifras no son indicativas de la influencia intelectual. El número total de hombres elegidos entre 1890 y el estallido de la guerra para la reducida sociedad de debates de Cambridge, a los que se conocía generalmente como los «Apóstoles», fue de sólo 37, pero entre ellos se incluían los filósofos Bertrand Russell, G. E. Moore y Ludwig Wittgenstein, el futuro economista J. M. Keynes, el matemático G. H. Hardy y una serie de personajes bastante célebres en la literatura inglesa.[34] En los círculos intelectuales rusos el impacto de la revolución en la física y en la filosofía era ya tan importante en 1908, que Lenin consideró necesario escribir un extenso libro (*Materialismo y empiriocriticismo*) contra Ernst Mach, que, desde su punto de vista, ejercía un impacto político de peso y nefasto sobre los bolcheviques. Cualquiera que sea nuestra opinión acerca de las concepciones científicas de Lenin, es indudable que su evaluación de las realidades políticas era extraordinariamente realista. Además, en un mundo que ya estaba formado (como afirmaba Karl Kraus, satírico y enemigo de la prensa) por los modernos medios de comunicación, no tardaría mucho en llegar hasta el gran público una versión distorsionada

y vulgarizada de los grandes cambios intelectuales. En 1914, el nombre de Einstein apenas era conocido fuera de los círculos de los físicos, pero al finalizar la guerra mundial la «relatividad» era ya objeto de chistes en los cabarets centroeuropeos. Tan sólo unos pocos años después de la primera guerra mundial, Einstein, a pesar de la imposibilidad total de comprender su teoría para la mayor parte de los profanos, se había convertido tal vez en el único científico después de Darwin cuyo nombre e imagen eran reconocidos por la opinión pública culta de todo el mundo.

11. LA RAZÓN Y LA SOCIEDAD

Creían en la razón como los católicos creían en la Virgen.

ROMAIN ROLLAND, 1915[1]

En los neuróticos vemos inhibido el instinto de agresión, mientras que la conciencia de clase lo libera; Marx muestra cómo puede ser satisfecho en armonía con el significado de la civilización, comprendiendo cuáles son las auténticas causas de la opresión mediante una organización adecuada.

ALFRED ADLER, 1909[2]

No compartimos la convicción trasnochada de que todos los fenómenos culturales pueden ser *considerados* como producto o función de constelaciones de intereses «materiales». Sin embargo, creemos que fue creativo y fecundo desde el punto de vista científico analizar los fenómenos sociales y los acontecimientos culturales a la luz especial de su condicionamiento económico. Así seguirá ocurriendo en el próximo futuro, en tanto en cuanto este principio se aplique con cuidado y no esté cargado de parcialidad dogmática.

MAX WEBER, 1904[3]

Tal vez deberíamos mencionar aquí otra forma de afrontar la crisis intelectual. En efecto, una forma diferente de pensar lo entonces impensable era rechazar de plano la razón y la ciencia. Es difícil calibrar la fuerza de esta reacción contra el intelecto en los últimos años del siglo XIX. Muchos de sus más destacados adalides pertenecían al submundo o *demi-monde* de la inteligencia y sus nombres han sido olvidados. Tenemos tendencia a olvidar la moda del ocultismo, la nigromancia, la magia, la parapsicología (que interesaba a algunos brillantes intelectuales británicos) y las diferentes versiones del misticismo y la religiosidad oriental, que surgieron en las zonas marginales de la cultura occidental. Lo desconocido e incomprensible volvió a adquirir la popularidad de que gozaba en los inicios del período romántico (véase *La era de la revolución*, capítulo 14, II). Podemos señalar, además, que el gusto por esos temas, que en otro tiempo se había localizado básica-

mente en la izquierda autodidacta, tendió a desplazarse claramente hacia la derecha política. En efecto, las disciplinas heterodoxas ya no eran, como en otro tiempo, supuestas ciencias como la frenología, homeopatía, espiritismo y otras formas de parapsicología, a las que se adherían aquellos que se sentían escépticos respecto al saber convencional del *establishment*, sino un *rechazo* de la ciencia y de todos sus métodos. No obstante, si bien esas formas de oscurantismo hicieron algunas contribuciones importantes al arte de vanguardia (por ejemplo, a través del pintor Kandinsky y el poeta W. B. Yeats), su impacto en las ciencias naturales fue muy poco importante.

Pero tampoco fue notable su impacto en el público en general. La gran masa del sector culto, y sobre todo aquellos que se habían incorporado a él recientemente, no ponían en cuestión las viejas verdades intelectuales. Al contrario, éstas se vieron reafirmadas triunfalmente por unos hombres y mujeres para los que el «progreso» no había ni mucho menos agotado sus promesas. El gran acontecimiento intelectual de los años 1875-1914 fue el extraordinario progreso de la educación popular y del autodidactismo, así como el incremento del número de lectores. De hecho, el autodidactismo y el autoperfeccionamiento fueron una de las funciones más importantes de los nuevos movimientos obreros y uno de los mayores atractivos para sus militantes. Y lo que absorbían las masas de nuevos sectores educados, y que recibían de buena gana si sus convicciones políticas les situaban en la izquierda democrática o socialista, eran las certidumbres racionales de la ciencia decimonónica, enemiga de la superstición y el privilegio, espíritu que presidía la educación y la ilustración, prueba y garantía de progreso y de la emancipación de los sectores más bajos de la sociedad. Uno de los atractivos fundamentales del marxismo por sobre las otras ramas del socialismo era precisamente que se trataba de un «socialismo científico». Darwin y Gutenberg, inventor de la imprenta, eran honrados entre los radicales y socialdemócratas en la misma medida que Tom Paine y Marx. Las palabras de Galileo «y sin embargo se mueve» eran citadas constantemente en la retórica socialista para indicar el triunfo inevitable de la causa de los trabajadores.

Las masas se habían puesto en movimiento y estaban siendo educadas. Entre mediados del decenio de 1870 y el estallido de la guerra el número de profesores de enseñanza primaria aumentó entre un tercio en los países bien escolarizados como Francia, y siete e incluso trece veces, respecto a la cifra de 1875, en aquellos países con una pobre escolarización, como Inglaterra y Finlandia; el número de profesores de escuela secundaria se multiplicó tal vez cuatro o cinco veces (Noruega, Italia). El mismo hecho de que las masas no estuvieran pasivas y se hubieran educado, impulsó hacia adelante a la vanguardia de la vieja ciencia, incluso al mismo tiempo que su base en la retaguardia se preparaba para la reorganización. Para los profesores, al menos en los países latinos, enseñar la ciencia significaba inculcar el espíritu de los enciclopedistas, del progreso y el racionalismo, de lo que un libro de texto francés llamaba en 1898 «la liberación del espíritu»,[4] identificada con el «pensamiento libre» o la liberación de la Iglesia y de Dios. Desde el punto de vista de esos hombres y mujeres, si existía alguna crisis no era la de la ciencia ni la filosofía, sino la del mundo de quienes vivían gracias a los privilegios, la explotación y la superstición. Y en el mundo que quedaba fuera de la democracia occidental y el socialismo, la ciencia significaba poder y progreso en un sentido todavía menos metafórico. Significaba la ideología de la modernización, impuesta a unas masas rurales atrasadas y supersticiosas por los científicos, unas elites políticas ilustradas de oligarcas inspirados por el positivismo, como en el Brasil de la vieja república y el México de Porfirio Díaz. Significaba el secreto de la tecnología occidental. Significaba el darwinismo social que legitimaba a los multimillonarios norteamericanos.

La prueba más notable de ese progreso del evangelio sencillo de la ciencia y la razón fue el dramático retroceso de la religión tradicional, al menos en los bastiones europeos de la sociedad burguesa. No significa eso que al menos una mayoría de la especie humana estuviera a punto de convertirse en «librepensadores» (por utilizar la expresión contemporánea). La gran mayoría de los seres humanos, incluyendo la práctica totalidad de sus miembros de sexo femenino, siguieron creyendo en las divinidades y espíritus de lo que constituía la religión de su localidad y comunidad, y siguieron practicando sus ritos. Como hemos visto (véase *supra*, p. 220), en las iglesias cristianas adquirió gran predicamento el elemento femenino. Teniendo en cuenta que todas las grandes religiones desconfiaban de la mujer e insistían firmemente en su inferioridad y que algunas, como la de los judíos, las excluían prácticamente del culto religioso formal, la lealtad femenina a los dioses parecía incomprensible y sorprendente para los hombres racionalistas y a menudo era considerada como otra prueba más de la inferioridad de su sexo. Así, los dioses y antidioses conspiraban contra ellas, aunque los defensores de la libertad de pensamiento, que apoyaban teóricamente la igualdad de los sexos, lo hacían no sin cierta vergüenza.

Una vez más hay que decir que en la mayor parte del mundo ocupado por las razas no blancas la religión era todavía el único lenguaje para hablar sobre el cosmos, la naturaleza, la sociedad y la política, y sancionaba y formulaba todo aquello que la gente pensaba o hacía. Era la religión lo que movilizaba a los hombres y mujeres para una serie de objetivos que los occidentales expresaban en términos seculares, pero que de hecho no podían ser totalmente trasladados al idioma secular. Los políticos británicos pretendían reducir a Mahatma Gandhi a la condición de un mero agitador antiimperialista que utilizaba la religión para agitar a las masas supersticiosas, pero para el Mahatma una vida santa y espiritual era algo más que un instrumento político para conseguir la independencia. Fuera cual fuere su significado, la religión estaba omnipresente desde el punto de vista ideológico. Los jóvenes terroristas bengalíes de la década de 1900, semillero de lo que más tarde sería el marxismo indio, se inspiraron inicialmente en un asceta bengalí y su sucesor Swami Vivekananda, cuya doctrina Vedanta es mejor conocida a través de una versión californiana más anodina, y que ellos interpretaban, de forma perfectamente plausible, como una doctrina que llamaba al levanta-

miento del país sometido a un poder extranjero, pero destinado a aportar una fe universal a la humanidad.* Se ha dicho que «el sector educado de la población india inició el hábito de pensar y organizarse en una escala nacional no mediante la política secular sino a través de las sociedades semirreligiosas».[6] Tanto la absorción de los valores occidentales (a través de grupos como el Brahmo Samaj; véase *La era de la revolución*, capítulo 12, II) y el rechazo de Occidente por las clases medias nativas (a través del Arya Samaj, fundado en 1875) adoptaron esa forma, por no mencionar la Sociedad Teosófica, a cuyas conexiones con el movimiento nacional indio nos referiremos más adelante.

Ahora bien, si en países como la India los estratos emancipados y educados que aceptaban la modernidad consideraban que su ideología era inseparable de la religión (y si consideraban que eran separables tenían que ocultar ese hecho con todo cuidado), es obvio que el lenguaje ideológico puramente secular no atraía en absoluto a las masas, para las que una ideología puramente secular era del todo incomprensible. Cuando se rebelaban, lo hacían portando como estandartes a sus dioses, como lo hicieron después de la primera guerra mundial contra los británicos debido a la caída del sultán turco, que había sido califa, o jefe de la comunidad de fieles musulmanes, *ex officio*, o contra la revolución mexicana en nombre de Cristo Rey. En resumen, sería absurdo pensar que en 1914 la religión había retrocedido significativamente con respecto a 1870 o 1780.

Sin embargo, en los países burgueses, aunque tal vez no en los Estados Unidos, la religión tradicional estaba retrocediendo con una rapidez sin precedentes, tanto entre las masas como en su condición de fuerza intelectual. Hasta cierto punto, esto fue una consecuencia automática de la urbanización, pues era indudable que la vida en la ciudad estimulaba la piedad con menos fuerza que la vida del campo, siendo ese fenómeno más acusado en las grandes ciudades que en las pequeñas. Pero además, las ciudades perdieron religiosidad cuando los inmigrantes de las zonas rurales, donde la piedad era más acusada, asimilaron la atmósfera escéptica y religiosa del medio urbano. En Marsella, la mitad de la población acudía todavía a la misa dominical en 1840, pero en 1901 sólo practicaba ese ritual el 16 por 100 de la población.[7] Además, en los países católicos, que comprendían el 45 por 100 de la población europea, la fe protagonizó una regresión espectacularmente rápida en el período que estudiamos, antes de que se produjera la ofensiva conjunta del racionalismo de la clase media y el socialismo de los maestros (según el lamento del estamento clerical francés),[8] y, sobre todo, la ofensiva de los ideales de emancipación y de los cálculos políticos que convirtieron la lucha contra la Iglesia en el factor clave de la política. El término *anticlerical* apareció en Francia en el decenio de 1850 y el anticlericalismo se convirtió en

* «Oh India ... ¿alcanzarás, por medio de tu elegante cobardía, la libertad que sólo merecen los valientes y heroicos? ... Oh madre de la fuerza, libérame de mi debilidad, libérame de mi falta de virilidad y hazme un hombre». Vivekananda.[5]

un elemento fundamental de la política del centro y la izquierda de Francia a partir de mediados de la centuria, cuando la masonería comenzó a estar bajo el control de los sectores anticlericales.[9]

El anticlericalismo pasó a ser un factor esencial en la política de los países católicos por dos razones fundamentales: porque la Iglesia católica había optado por el rechazo total de la ideología de la razón y el progreso y, en consecuencia, se identificaba necesariamente con la derecha política, y en segundo lugar porque la lucha contra la superstición y el oscurantismo unió a la burguesía liberal y a la clase obrera, en lugar de dividir al capitalista y al proletario. Los políticos sagaces supieron tener en cuenta este hecho cuando llamaban a la unidad de todos los hombres: Francia superó el caso Dreyfus gracias a la creación de un frente unido de esas características e inmediatamente provocó la separación de la Iglesia y el estado.

Una de las consecuencias de esa lucha, que desembocó en la separación de la Iglesia y el estado en Francia en 1905, fue la rápida aceleración de la descristianización. En 1899, en la diócesis de Limoges sólo el 2,5 por 100 de los niños quedaban sin bautizar, mientras que en 1904 —año más intenso del proceso— el porcentaje era del 34 por 100. Pero incluso en aquellos lugares en que la lucha entre la Iglesia y el estado no ocupaba un lugar central en la política, la organización de los movimientos obreros de masas y la aparición del hombre común (pues la mujer mostraba una lealtad mucho mayor hacia la fe) en la vida política tuvieron ese mismo efecto. En el valle del Po, en el norte de Italia, zona de acendrada piedad, en los años finales de la centuria se multiplicaron las quejas sobre el retroceso de la religión. (En la ciudad de Mantua dos tercios de la población se abstenían de comulgar por Pascua en 1885.) Los obreros italianos que emigraban a las acerías de Lorena antes de 1914 eran ya ateos.[10] En las diócesis españolas (o más bien catalanas) de Barcelona y Vic la proporción de niños bautizados en la primera semana de vida se redujo a la mitad entre 1900 y 1910.[11] En definitiva, en la mayor parte de Europa el progreso y la secularización caminaron de la mano, y ambos avanzaron tanto más rápidamente cuanto que las Iglesias fueron perdiendo el estatus oficial que les otorgaba las ventajas del monopolio. Las universidades de Oxford y Cambridge, que hasta 1871 practicaban la exclusión o discriminación contra los no anglicanos, no tardaron en dejar de ser refugios del clero anglicano. Si en Oxford en 1891 la mayor parte de los directores de los colegios eran todavía clérigos, no lo era ya ninguno de los profesores.[12]

El movimiento en la dirección contraria era realmente poco intenso: algunos anglicanos de clase alta que se convertían a la fe más vigorosa del catolicismo, estetas *fin de siècle* que se sentían atraídos por el ritual lleno de colorido y, tal vez, sobre todo aquellos individuos defensores de la irracionalidad para quienes el mismo absurdo intelectual de la fe tradicional demostraba su superioridad frente a la simple razón, y algunos reaccionarios que apoyaban el gran baluarte de la tradición antigua y de la jerarquía aunque no creyeran en él, caso por ejemplo de Charles Maurras en Francia,

líder intelectual de la monárquica y ultracatólica Action Française. Ciertamente, eran muchos los que practicaban su religión e incluso había algunos creyentes fervientes entre los eruditos, científicos y filósofos, pero en muy pocos de ellos podría haberse deducido su fe religiosa a partir de sus escritos.

En resumen, desde el punto de vista intelectual, la religión occidental nunca sufrió más fuertes presiones que en los primeros años de la década de 1900, y desde el punto de vista político se hallaba en pleno retroceso, al menos hacia los reductos confesionales protegidos contra los ataques del exterior.

El beneficiario natural de esa combinación de democratización y secularización fue la izquierda política e ideológica, y fue en su seno donde florecieron las viejas creencias burguesas en la ciencia, la razón y el progreso.

El heredero más impresionante de las antiguas certezas (transformadas política e ideológicamente) fue el marxismo, el corpus de ideología y doctrina elaborado tras la muerte de Karl Marx a partir de sus escritos y los de Friedrich Engels, fundamentalmente en el seno del Partido Socialdemócrata Alemán. En muchos sentidos, el marxismo, en la versión de Karl Kautsky (1854-1938), que definió su ortodoxia, fue el último triunfo de la confianza científica positivista decimonónica. Era materialista, determinista, inevitabilista, evolucionista e identificaba firmemente las «leyes de la historia» con las «leyes de la ciencia». El propio Kautsky comenzó considerando la teoría marxista de la historia como «no otra cosa sino la aplicación del darwinismo al desarrollo social», y en 1880 afirmó que en el ámbito de la ciencia social el darwinismo enseñaba que «la transición de una concepción antigua a otra nueva del mundo se produce de forma inevitable».[13] Paradójicamente, para ser una teoría tan firmemente asociada a la ciencia, el marxismo mostraba, por lo general, una actitud de desconfianza hacia las trascendentales innovaciones contemporáneas en el campo de la ciencia y la filosofía, tal vez porque parecían entrañar el debilitamiento de las seguridades materiales (es decir, librepensadoras y deterministas) que resultaban tan atractivas. Sólo en los círculos austromarxistas de la Viena intelectual, donde se produjeron tantas innovaciones, el marxismo se mantuvo en contacto con esos adelantos, aunque eso podría haber ocurrido más fácilmente entre los intelectuales revolucionarios rusos, de no haber sido por su adhesión más militante al materialismo de sus gurus marxistas.* Por tanto, los científicos de la naturaleza de este período tenían escasas razones profesionales para interesarse por Marx y Engels y, aunque algunos de ellos eran de izquierdas, como en la Francia del caso Dreyfus, pocos se interesaron por ellos. Kautsky ni siquiera publicó la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels por consejo del único físico profesional del partido, pensando en el cual el imperio alemán aprobó la llamada

* Por ejemplo, Sigmund Freud ocupó el apartamento del líder socialdemócrata austríaco Viktor Adler en el Berggasse, donde Alfred Adler (no era pariente del anterior), un devoto socialdemócrata entre los psicoanalistas, presentó un artículo en 1909 sobre «la psicología del marxismo». Entretanto, el hijo de Viktor Adler, Friedrich, era un científico y admirador de Ernst Mach.[14]

Lex Arons (1898), que impedía que los intelectuales socialdemócratas recibieran un nombramiento de profesores universitarios.[15] Sin embargo, Karl Marx, fuera cual fuere su interés personal en el progreso de las ciencias naturales de mediados del siglo XIX, había dedicado su tiempo y su energía intelectual a las ciencias sociales. En ellas, así como en la historia, el impacto de las ideas marxistas fue extraordinario.

Su influencia fue tanto directa como indirecta.[16] En Italia, en la Europa centrooriental y, sobre todo, en el imperio zarista, una serie de regiones que parecían en el límite de la revolución social o de la desintegración, Marx atrajo inmediatamente a un núcleo importante de intelectuales, extraordinariamente brillantes, aunque en ocasiones sólo de forma temporal. En esos países o en esas regiones había ocasiones, por ejemplo durante el decenio de 1890, en que prácticamente todos los intelectuales jóvenes eran revolucionarios o socialistas y la mayor parte de ellos se consideraban marxistas, como ha ocurrido con tanta frecuencia desde entonces en la historia del tercer mundo. En la Europa occidental pocos intelectuales eran abiertamente marxistas, a pesar de la importancia de los movimientos obreros de masas, que defendían una socialdemocracia marxista, excepto —y no deja de ser extraño— los Países Bajos, que iniciaban entonces su primera revolución industrial. El Partido Socialdemócrata Alemán importó sus teóricos marxistas del imperio de los Habsburgo (Kautsky, Hilferding) y del imperio zarista (Rosa Luxemburg, Parvus). Aquí, el marxismo ejercía su influencia fundamentalmente a través de aquellos individuos lo suficientemente impresionados por su desafío intelectual y político como para criticar su teoría o buscar respuestas alternativas no socialistas a las cuestiones intelectuales que planteaba. En el caso de sus adalides y sus críticos, por no mencionar a los ex marxistas o posmarxistas que comenzaron a aparecer a partir de finales de la década de 1890, como el destacado filósofo italiano Benedetto Croce (1866-1952), el elemento político era claramente dominante. En países como el Reino Unido, donde no existía un movimiento obrero marxista de gran fuerza, nadie se preocupaba mucho por Marx. En aquellos países en los que el movimiento obrero era fuerte, eminentes profesores, como Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914) en Austria, se preocupaban de robar algún tiempo a sus obligaciones de profesores y ministros del Gabinete para refutar la teoría marxista.[17] Pero, por supuesto, el marxismo no habría suscitado una bibliografía tan copiosa y de tanto peso —a favor y en contra— si sus ideas no hubieran tenido un considerable interés intelectual.

El impacto de Marx en las ciencias sociales ilustra la dificultad de comparar su desarrollo con el de las ciencias naturales en este período. En efecto, aquéllas se centraban fundamentalmente en el comportamiento y en los problemas de los seres humanos, que distan mucho de ser observadores neutrales y desapasionados de sus propios acontecimientos. Como hemos visto, incluso en las ciencias naturales, la ideología adquiere mayor importancia cuando pasamos del mundo inanimado a la vida y, especialmente, a los problemas de la biología que afectan y conciernen directamente a los seres humanos. Las

ciencias sociales y humanas actúan por completo, y por definición, en la zona explosiva en la que todas las teorías tienen implicaciones políticas directas y en la que el impacto de la ideología, la política y la situación en que se encuentran los pensadores es de importancia primordial. En el período que estudiamos (de hecho en cualquier período) era totalmente posible ser un destacado astrónomo y un marxista revolucionario, como apuntó A. Pannekoek (1873-1960), para cuyos colegas profesionales sus ideas políticas carecían por completo de interés por lo que hacía a sus ideas sobre astronomía, tan indiferentes como pensaban que eran sus ideas astronómicas para la lucha de clases. De haber sido un sociólogo nadie habría considerado que sus ideas políticas carecían de importancia para sus teorías. Por esa razón, las ciencias sociales han zigzagueado, cruzado y recruzado el mismo territorio o incluso han dado vueltas en círculo en multitud de ocasiones. A diferencia de las ciencias naturales, carecían de un corpus central de conocimiento y teorías acumulativas aceptados de forma general, un campo estructurado de investigación en el que podía afirmarse que el progreso derivaba de la adecuación de la teoría a los nuevos descubrimientos. Y en el curso del período que estudiamos la divergencia entre las dos ramas de la «ciencia» no hizo sino acentuarse.

En cierta forma, esto era un proceso nuevo. En los momentos de mayor fuerza de la convicción liberal en el progreso, parecía que la mayor parte de las ciencias sociales —la etnografía/antropología, la filología/lingüística, la sociología y varias escuelas importantes de economía— compartían con las ciencias naturales un marco básico —el evolucionismo— de investigación y teoría (véase *La era del capital*, capítulo 14, II). El elemento fundamental de la ciencia social era el estudio del proceso de elevación del hombre desde el estado primitivo hasta el momento presente y la comprensión racional de ese presente. Generalmente, ese proceso se concebía como un progreso de la humanidad a través de varias «etapas», aunque dejando en sus márgenes supervivencias de etapas anteriores, una especie de fósiles vivientes. El estudio de la sociedad humana era una ciencia positiva como cualquier otra disciplina evolucionista, desde la geología a la biología. Parecía completamente natural que un autor escribiera un estudio sobre las condiciones del progreso bajo el título de *Physics and Politics, Or thoughts on the application of the principles of «natural selection» and «inheritance» to political society* (Física y política, o pensamientos sobre la aplicación de los principios de la «selección natural» y la «herencia» a la sociedad política) y que ese libro fuera publicado en el decenio de 1880 en una International Scientific Series de un editor londinense, junto a otros libros sobre *The Conservation of Energy, Studies in Spectrum Analysis, The Study of Sociology, General Physiology of Muscles and Nerves* y *Money and the Mechanism of Exchange*.[18]

Sin embargo, este evolucionismo no era aceptado por las nuevas tendencias en la filosofía y el neopositivismo, ni tampoco por aquellos que comenzaban a tener dudas respecto al progreso, que parecía avanzar en una dirección equivocada, y por tanto sobre las «leyes históricas» que lo hacían aparentemente inevitable. La historia y la ciencia, tan triunfalmente conjugadas en la teoría de la evolución, empezaban ahora a separarse. Los historiadores académicos alemanes rechazaban las «leyes históricas» como parte de una ciencia generalizadora, que no tenía cabida en las disciplinas humanas dedicadas específicamente a lo único e irrepetible, incluso a la «forma subjetiva-psicológica de considerar las cosas» que estaba separada por «un enorme abismo del crudo objetivismo de los marxistas».[19] Pronto se pudo comprobar que la artillería pesada de la teoría, movilizada en la más importante publicación histórica de Europa en el decenio de 1890, la *Historische Zeitschrift* —aunque dirigida originalmente contra otros historiadores demasiado inclinados hacia la ciencia social o hacia cualquier otra—, apuntaba fundamentalmente contra los socialdemócratas.[20]

Por otra parte, aquellas ciencias sociales y humanas que podían aspirar a un razonamiento riguroso o matemático, o a los métodos experimentales de las ciencias naturales, también abandonaron la teoría de la evolución histórica, a veces con alivio. Incluso algunas ciencias que no podían aspirar a ninguna de las dos cosas también lo hicieron, caso del psicoanálisis, que un sagaz historiador ha descrito como «una teoría a-histórica del hombre y la sociedad que pudo hacer soportable (para los amigos liberales de Freud en Viena) un mundo político salido de órbita y fuera de control».[21] Ciertamente, en el campo de la economía una dura «batalla de métodos», surgida en el decenio de 1880, se volvió contra la historia. La fracción vencedora (encabezada por Carl Menger, otro liberal vienés) representaba no sólo una visión del método científico —el razonamiento deductivo frente al inductivo—, sino una reducción deliberada de las hasta entonces amplias perspectivas de la ciencia económica. A los economistas que realizaban sus análisis desde una perspectiva económica se les desterró, como a Marx, al limbo de los chiflados y agitadores o, caso de la «escuela histórica», dominante en ese momento en el panorama de las ciencias económicas en Alemania, se les pidió que se reclasificaran, por ejemplo, como historiadores económicos o como sociólogos, dejando la teoría real a los analistas de los equilibrios neoclásicos. Eso significaba que una serie de cuestiones de dinámica histórica, de desarrollo económico y de fluctuaciones y crisis económicas quedaban fuera del campo de la nueva ortodoxia académica. Así, la economía llegó a ser, en el período que estudiamos, la única ciencia social que no se vio perturbada por el problema del comportamiento no racional, pues había sido definida de tal forma que excluía todo aquello que no pudiera ser considerado racional en algún sentido.

De igual forma, la lingüística, que, junto con la economía, había sido la primera y más sólida de las ciencias sociales, parecía perder interés en el modelo de la evolución lingüística que había constituido su mayor logro. Ferdinand de Saussure (1857-1913), que inspiró de forma póstuma todas las modas estructuralistas después de la segunda guerra mundial, se concentró, en cambio, en la estructura abstracta y estática de la comunicación, en la que las palabras eran un posible medio. Cuando ello fue posible, los que trabajaban

en los campos de las ciencias sociales o humanas se asociaron a los científicos experimentales, caso de una parte de la psicología, que recurrió al laboratorio para proseguir sus estudios sobre la percepción, el aprendizaje y la modificación experimental del comportamiento. Esto dio como resultado una teoría ruso-norteamericana de «conductismo» (I. Pavlov, 1849-1936; J. B. Watson, 1878-1958), que difícilmente puede decirse que sea una guía adecuada para la mente humana. En efecto, las complejidades de las sociedades humanas, e incluso de las vidas y relaciones humanas comunes, no se prestaban al reduccionismo de los positivistas de laboratorio, por eminentes que pudieran ser, y el estudio de las transformaciones a lo largo del tiempo tampoco podía realizarse experimentalmente. La consecuencia práctica más importante de la psicología experimental, la medida de la inteligencia (iniciada por Binet en Francia a partir de 1905), encontró más fácil, por esa razón, determinar los límites del desarrollo intelectual de una persona mediante un, al parecer, permanente «CI», que la naturaleza de ese desarrollo, cómo se producía o adónde podía llevar.

Esas ciencias sociales positivistas o «rigurosas» se desarrollaron, dando lugar a la aparición de departamentos universitarios y de diversas profesiones, pero sin que pueda establecerse una comparación respecto a la capacidad de sorpresa y de impacto que encontramos en las ciencias naturales revolucionarias del período. En efecto, en aquellos aspectos en que estaban sufriendo una transformación, los pioneros de esa transformación ya habían realizado su trabajo en un período anterior. La nueva economía de la utilidad marginal y el equilibrio se remonta a W. S. Jevons (1835-1882), Léon Walras (1834-1910) y Carl Menger (1840-1921), que realizó sus primeros trabajos en las décadas de 1860 y 1870; los psicólogos experimentales, aunque su primera publicación con ese título fue la del ruso Bechterev en 1904, se basaban en la escuela alemana de Wilhelm Wundt, creada en el decenio de 1860. Entre los lingüistas, el revolucionario Saussure apenas era conocido todavía, fuera de Lausana, pues su reputación se basa en las notas de sus clases publicadas después de su muerte.

Los acontecimientos más notables y controvertidos ocurridos en los campos de las ciencias sociales y humanas estuvieron en estrecha relación con la crisis intelectual del mundo burgués ocurrida en las postrimerías de la centuria. Como hemos visto, esa crisis adoptó dos formas diferentes. La sociedad y la política parecían exigir un replanteamiento en la era de las masas y, en especial, los problemas de la estructura y cohesión social, así como, en términos políticos, los de la lealtad de los ciudadanos y la legitimidad de los gobiernos. Tal vez fue el hecho de que la economía capitalista occidental no sufriera problemas igualmente graves —o, al menos, problemas sólo temporales— lo que permitió que en el campo de la economía no se produjeran convulsiones intelectuales de mayor alcance. Con carácter más general hay que señalar las nuevas incertidumbres sobre los principios decimonónicos respecto a la racionalidad humana y al orden natural de las cosas.

La crisis de la razón es especialmente evidente en la psicología, al menos en la medida en que no trataba sólo ya de afrontar situaciones experimentales, sino que su campo de acción era la mente humana como un todo. ¿Qué quedaba de ese vigoroso ciudadano que trataba de conseguir objetivos racionales incrementando sus beneficios personales, si para la consecución de ese objetivo se apoyaba en los «instintos» como los animales (MacDougall),[22] si la mente racional sólo era un barco zarandeado por las olas y las corrientes del inconsciente (Freud) y si la conciencia racional no era más que una forma especial de conciencia «mientras que en su torno, separadas de ella por una pantalla sumamente tenue, se disponían formas potenciales de conciencia completamente diferentes» (William James, 1902)?[23] Por supuesto, esas observaciones eran familiares para cualquier lector de literatura seria, para cualquier amante del arte y para la mayor parte de los adultos maduros que practicaran la introspección. Sin embargo, fue entonces y no antes cuando pasaron a formar parte de lo que pretendía ser el estudio científico de la psique humana. No encajaban en la psicología del laboratorio y de los tests, y las dos ramas de la investigación de la psique humana coexistieron con dificultades. Lo cierto es que el innovador más revolucionario en este campo, Sigmund Freud, creó una disciplina, el psicoanálisis, que se apartó del resto de la psicología y cuya pretensión de que se le reconociera un estatus científico y un valor terapéutico se ha considerado siempre con cierta suspicacia en los círculos científicos convencionales. Por otra parte, su impacto en una minoría de hombres y mujeres intelectuales emancipados fue rápido e importante, llegando incluso hasta las humanidades y las ciencias sociales (Weber, Sombart). La terminología freudiana se integraría vagamente en el discurso común de las personas cultas a partir de 1918, al menos en las áreas de cultura alemana y anglosajona. Junto con Einstein, Freud es el único científico del período (así se consideraba él) cuyo nombre resulta familiar para el hombre de la calle. Sin duda, eso era así porque se trataba de una teoría que permitía que las personas responsabilizaran de sus acciones a algo que no podían evitar como el inconsciente, pero sobre todo porque Freud podía ser considerado —correctamente— como alguien que había roto los tabúes sexuales y, asimismo —aunque incorrectamente—, como un adalid de la liberación de la represión sexual. Ciertamente, la sexualidad, tema que en el período que estudiamos fue objeto de debate e investigación pública y tratado de forma abierta y franca en la literatura (sólo hay que pensar en Proust en Francia, Arthur Schnitzler en Austria y Frank Wedekind en Alemania),* era un elemento fundamental en la teoría de Freud. Desde luego, Freud no fue el único ni el primero en investigar la sexualidad en profundidad. No se le puede integrar realmente en las filas —cada vez más nutridas— de los sexólogos, que aparecieron tras la publicación de *Psychopathia Sexualis* (1886) de Richard von Krafft-Ebing, que inventó el término *masoquismo*. A diferencia

* Proust, por lo que se refiere a la homosexualidad masculina y femenina; Schnitzler —que era médico—, para un tratamiento abierto de la promiscuidad ocasional (*Reigen*, 1903, escrito originalmente en 1896-1897); Wedekind (*Frühlings Erwachen*, 1891), para la sexualidad adolescente.

de Krafft-Ebing, la mayor parte de ellos eran reformadores que trataban de obtener la tolerancia pública para las diferentes formas de inclinaciones sexuales no convencionales («anormales»), ofrecer información y desculpabilizar a quienes pertenecían a esas minorías sexuales (Havelock Ellis, 1859-1939; Magnus Hirschfeld, 1868-1935).* A diferencia de los nuevos sexólogos, Freud no se dirigía tanto a un público preocupado específicamente por los problemas sexuales cuanto a todos los hombres y mujeres suficientemente emancipados de los tabúes tradicionales judeocristianos como para aceptar lo que desde hacía mucho tiempo habían sospechado, es decir, el extraordinari poder, ubicuidad y multiformidad del impulso sexual.

Lo que preocupaba a la psicología, ya fuera freudiana o no freudiana, individual o social, no era la forma en que reaccionaban los seres humanos, sino cuán poco su capacidad de razonamiento influía en su comportamiento. Al actuar así podía reflejar la era de la política y la economía de las masas en dos formas, ambas críticas, mediante la «psicología de la multitud» conscientemente antidemocrática, de Le Bon (1841-1931), Tarde (1843-1904) y Trotter (1872-1939), que sostenían que todos los hombres cuando forman parte de una masa abandonan su comportamiento racional, y a través de la industria de la publicidad, cuyo entusiasmo por la psicología era notable y que hacía tiempo había descubierto que el jabón no se vende mediante la argumentación. Ya antes de 1909 comenzaron a aparecer trabajos de psicología de la publicidad. Sin embargo, la psicología, que se ocupaba fundamentalmente del individuo, no tenía que ocuparse de los problemas de una sociedad en proceso de cambio. Esa tarea era cosa de la sociología, disciplina que había sufrido una transformación.

Probablemente, la sociología fue el producto más original de las ciencias sociales en el período que estudiamos o, más exactamente, el intento más significativo de comprender intelectualmente las transformaciones históricas que constituyen el tema central de este libro. Los problemas fundamentales que preocupaban a sus figuras más destacadas eran de tipo político. ¿Cómo mantenían la cohesión las sociedades cuando desaparecían en ellas los elementos integradores que eran la costumbre y la aceptación tradicional del orden cósmico, sancionado por alguna religión, que justificaba la subordinación social y la existencia de los gobiernos? ¿Cómo funcionaban las sociedades como sistemas políticos en tales condiciones? En resumen, ¿cómo podía afrontar una sociedad las consecuencias imprevistas y perturbadoras de la democratización y la cultura de masas o, más en general, de una evolución de la sociedad burguesa que parecía desembocar en otro tipo de sociedad? Este conjunto de problemas es lo que distingue a los hombres que son considerados en la actualidad como los padres fundadores de la sociología de los evolucionistas positivistas ya olvidados, que se inspiraban en Comte y Spencer

* Ellis comenzó a publicar sus *Studies in the Psychology of Sex* en 1897, el doctor Magnus Hirschfeld comenzó a publicar su *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen* (Anuario de casos sexuales dudosos) en ese mismo año.

(véase *La era del capital*, capítulo 14, II) que habían dominado hasta entonces esa disciplina.

La nueva sociología no era una disciplina académica establecida, ni siquiera bien definida, y desde entonces no ha conseguido un consenso internacional respecto a su contenido exacto. A lo sumo, en este período apareció algo así como una especialidad académica en algunos países europeos, en torno a algunos hombres, publicaciones, sociedades e incluso una o dos cátedras universitarias, muy en especial en Francia, en torno a Émile Durkheim (1858-1917), y en Alemania con Max Weber (1864-1920). Sólo en América, sobre todo en los Estados Unidos, existía un número importante de sociólogos. De hecho, una buena parte de lo que en la actualidad se clasificaría como sociología era obra de unos hombres que seguían considerándose como algo más: Thorstein Veblen (1857-1929), economista; Ernst Troeltsch (1865-1923), teólogo; Vilfredo Pareto (1848-1923), economista; Gaetano Mosca (1858-1941), científico político, e incluso Benedetto Croce, filósofo. Lo que daba a esta especialidad cierta unidad era el intento de comprender una sociedad que las teorías del liberalismo político y económico no podían —o no podían ya— abarcar. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurriría en el campo de la sociología posteriormente, su mayor preocupación en este período era cómo mantener el cambio bajo control más que cómo transformar la sociedad y, menos aún, cómo revolucionarla. De ahí su ambigua relación con Karl Marx, a quien se cita a menudo junto a Durkheim y Weber como padre fundador de la sociología del siglo XX, pero cuyos discípulos no siempre aceptaban de buen grado esa etiqueta. Como afirmó un erudito alemán contemporáneo: «Aparte de las consecuencias prácticas de sus doctrinas y de las organizaciones de sus seguidores, comprometidas con ellas, Marx, incluso desde un punto de vista científico, ha atado los nudos que debe esforzarse por desatar».[34]

Algunos de los representantes de la nueva sociología se centraron en el estudio del funcionamiento real de las sociedades, que se comportaban de manera distinta de como suponía la teoría liberal. De ahí surgió una gran profusión de publicaciones en lo que hoy llamaríamos «sociología política», basadas en gran medida en la experiencia de la nueva política electoral-democrática, de los movimientos de masas o de ambos (Mosca, Pareto, Michels, S. y B. Webb). Algunos dedicaron su atención a lo que creían que constituía el factor de cohesión de las sociedades frente a las fuerzas de desintegración por el conflicto de clases y grupos en su seno, y a la tendencia de la sociedad liberal a reducir a la humanidad a una serie de individuos dispersos, desorientados y sin raíces («anomia»). De ahí la preocupación de una serie de pensadores, en casi todos los casos agnósticos o ateos, como Weber y Durkheim, por el fenómeno de la religión y, asimismo, las convicciones de que todas las sociedades necesitaban la religión o su equivalente funcional para mantener su estructura y de que los elementos de toda religión se encontrarían en los ritos de los aborígenes australianos, considerados entonces como supervivientes de la infancia de la especie humana (véase *La era del*

capital, capítulo 14, II). Por otra parte, las tribus bárbaras y primitivas que el imperialismo pedía, y a veces exigía, a los antropólogos que estudiaran con toda atención —el «trabajo de campo» se convirtió en una actividad habitual de la antropología social en los inicios del siglo XX— no eran consideradas ahora como muestras de etapas evolutivas anteriores, sino como sistemas sociales que funcionaban de forma eficaz.

Pero fuera cual fuere la naturaleza de la estructura y cohesión de las sociedades, la nueva sociología no podía evitar el problema de la evolución histórica de la humanidad. La evolución social seguía siendo el núcleo central de la antropología, y para hombres como Max Weber el problema del origen de la sociedad burguesa y de si estaba evolucionando era tan fundamental como lo había sido para los marxistas y por las mismas razones. En efecto, Weber, Durkheim y Pareto —todos ellos liberales con un grado distinto de escepticismo— se interesaban por el nuevo movimiento socialista y se aprestaron a la tarea de refutar a Marx, o más bien su «concepción materialista de la historia», elaborando una perspectiva más general de evolución social. Por así decirlo, se embarcaron en la tarea de dar respuestas no marxistas a cuestiones marxistas. Esto es menos claro en Durkheim, pues Marx no tenía gran peso específico en Francia, excepto como una figura que daba un tinte ligeramente rojo al viejo impulso revolucionario jacobino. En Italia, Pareto (cuya celebridad deriva sobre todo de su condición de economista matemático) aceptaba la realidad de la lucha de clases, pero argumentaba que no conduciría a desterrar a todas las clases gobernantes, sino a la sustitución de una elite gobernante por otra. En Alemania, Weber ha sido calificado como «el Marx burgués» porque aceptaba muchas de las interrogantes de Marx, mientras que rechazaba su método de responderlas («materialismo histórico»).

Lo que motivó y determinó el desarrollo de la sociología en el período que estudiamos fue, pues, el sentimiento de crisis en la sociedad burguesa, la conciencia de la necesidad de hacer algo para impedir su desintegración o transformación en otras formas de sociedad diferentes y, desde luego, menos deseables. ¿Revolucionó las ciencias sociales, creó un fundamento adecuado para la ciencia general de la sociedad que sus pioneros pretendieron construir? Hay opiniones diversas al respecto, pero la postura más general es de escepticismo. Sin embargo, es más fácil responder a otra interrogante sobre esos pioneros. ¿Aportaron un medio de evitar la revolución y la desintegración que esperaban impedir o detener?

No lo hicieron, y cada año estaba más próximo el binomio revolución-guerra. Centraremos ahora nuestra atención en este tema.

12. HACIA LA REVOLUCIÓN

¿Has oído hablar del Sinn Féin irlandés? ... Es un movimiento sumamente interesante y se parece muy estrechamente al llamado movimiento extremista en la India. Su política consiste en no pedir favores, sino en exigirlos.

JAWAHARLAL NEHRU (de dieciocho años) a su padre, 12 de septiembre de 1907[1]

En Rusia, el soberano y el pueblo son de raza eslava, pero simplemente porque el pueblo no puede soportar el veneno de la autocracia, está dispuesto a sacrificar millones de vidas para comprar la libertad ... Pero cuando dirijo la mirada hacia mi país no puedo controlar mis sentimientos. En efecto, no sólo existe en él la misma autocracia que en Rusia, sino que durante doscientos años nos hemos visto pisoteados por los bárbaros extranjeros.

Un revolucionario chino, *c.* 1903-1904[2]

¡No estáis solos, obreros y campesinos de Rusia! Si conseguís derrocar, aplastar y destruir a los tiranos de la Rusia zarista y feudal, dominada por la policía de los señores, vuestra victoria servirá como señal para una lucha mundial contra la tiranía del capital.

V. I. LENIN, 1905[3]

I

Hemos analizado hasta ahora el veranillo de san Martín del capitalismo decimonónico como un período de estabilidad social y política: de unos regímenes que no sólo habían sobrevivido, sino que estaban floreciendo. Ciertamente, esto es así si nos centramos únicamente en los países de capitalismo «desarrollado». Desde el punto de vista económico, desaparecieron las sombras de los años de la gran depresión para dejar paso a la brillante expansión y prosperidad del decenio de 1900. Unos sistemas políticos que no sabían muy bien cómo hacer frente a las agitaciones sociales de la década de 1880, con la súbita aparición de partidos obreros de masas volcados

hacia la revolución y con las movilizaciones masivas de ciudadanos contra el estado por otros motivos, parecieron descubrir la forma de controlar e integrar a unos y aislar a otros. Los quince años transcurridos entre 1899 y 1914 fueron una *belle époque*, no sólo porque fueron prósperos y la vida era extraordinariamente atractiva para quienes tenían dinero y maravillosa para quienes eran ricos, sino también porque los gobernantes de la mayor parte de los países occidentales se preocupaban por el futuro pero no les aterraba el presente. Sus sociedades y sus regímenes parecían fácilmente controlables.

Pero había extensas zonas del mundo donde la situación era muy diferente. En esas zonas, los años transcurridos entre 1880 y 1914 fueron un período de revolución siempre posible, inminente o incluso real. Aunque algunos de esos países se verían inmersos en una guerra mundial, incluso en ellos 1914 no constituye la súbita ruptura que separa un período de tranquilidad, estabilidad y orden de una era de perturbación. En algunos de esos países —por ejemplo, el imperio otomano— la guerra mundial fue simplemente un episodio en una serie de conflictos militares que ya habían comenzado unos años antes. En otros —posiblemente Rusia, y, sin duda alguna, el imperio de los Habsburgo— la guerra mundial fue en gran medida consecuencia de la imposibilidad de resolver los problemas de política interna. En un tercer grupo de países —China, Irán y México— la guerra de 1914 no tuvo importancia alguna. En la extensa zona del mundo que constituye lo que Lenin llamó agudamente en 1908 «material combustible en la política mundial»,[4] la idea de que de alguna forma la estabilidad, la prosperidad y el progreso liberal habrían continuado de no haber sido por la catástrofe, imprevista y evitable, de 1914, no tiene la menor plausibilidad. Bien al contrario. A partir de 1917 quedó claro que los países estables y prósperos de la sociedad burguesa occidental se verían inmersos, de alguna forma, en los levantamientos revolucionarios globales que comenzaron en la periferia de ese mundo único e interdependiente que esa sociedad había creado.

La centuria burguesa desestabilizó su periferia de dos formas distintas: minando las viejas estructuras de sus economías y el equilibrio de sus sociedades y destruyendo la viabilidad de sus regímenes e instituciones políticos establecidos. La primera de esas consecuencias fue la más profunda y explosiva. Sirve para explicar el diferente impacto histórico que tuvieron las revoluciones rusa y china y la persa y turca. Pero el segundo aspecto mencionado era más claramente visible. En efecto, con la excepción de México, la zona sísmica global, desde el punto de vista político, de 1900-1914 estaba formada fundamentalmente por el gran espacio geográfico que ocupaban los imperios antiguos, algunos de los cuales se remontaban hasta las profundidades de la Antigüedad, que se extendía desde China en el este hasta los Habsburgo y, tal vez, Marruecos en el oeste.

Según el parámetro de los estados-nación e imperios burgueses occidentales, esas estructuras políticas arcaicas eran obsoletas y, como habían argumentado muchos partidarios contemporáneos del darwinismo social, estaban condenadas a desaparecer. Fue su derrumbamiento el que desencadenó las revoluciones de 1910-1914 y, en Europa, la causa inmediata de la inminente guerra mundial y de la Revolución rusa. Los imperios que desaparecieron en esos años se contaban entre las fuerzas políticas más antiguas de la historia. China, aunque en ocasiones había sufrido perturbaciones y ocasionalmente había sido conquistada, era un gran imperio y un centro de civilización desde hacía por lo menos dos milenios. Los importantes exámenes para ingresar en el funcionariado imperial, que seleccionaban a la nobleza letrada que lo gobernaba, se habían celebrado anualmente, con interrupciones ocasionales, durante más de dos milenios. Cuando se suprimieron en 1905, el fin del imperio no podía estar ya lejano. (De hecho, se produjo seis años después.) Persia había sido un gran imperio y un centro cultural durante un período de tiempo similar, aunque su destino había sufrido mayores fluctuaciones. Había sobrevivido a sus grandes antagonistas, los imperios romano y bizantino; había conseguido resurgir tras las conquistas de Alejandro Magno, el islam, los mongoles y los turcos. El imperio otomano, aunque mucho más joven, era el último de una sucesión de conquistadores nómadas que habían surgido del Asia central desde los días de Atila para conquistar y ocupar a los pueblos orientales y occidentales: ávaros, mongoles y varias ramas de turcos. Con su capital en Constantinopla, la antigua Bizancio, la ciudad de los césares (Zarigrado), era el heredero del imperio romano, cuya mitad occidental se había derrumbado en el siglo V d.C., pero cuya porción oriental había sobrevivido, hasta ser conquistada por los turcos, durante otro milenio. Aunque el imperio otomano había retrocedido desde el siglo XVII, todavía seguía siendo formidable, con territorios en tres continentes. Además, el sultán, su monarca absoluto, era considerado por la mayor parte de los musulmanes como su califa, la cabeza de su religión y, como tal, el sucesor del profeta Mahoma y de sus discípulos del siglo VII. Los seis años que contemplaron la transformación de estos tres imperios en monarquías constitucionales o repúblicas según el modelo occidental marcan el final de una fase importante de la historia del mundo.

Rusia y los Habsburgo, los dos grandes imperios europeos multinacionales, e inestables, que estaban también a punto de derrumbarse, no eran comparables excepto en el sentido de que ambos representaban un tipo de estructura política —países gobernados, por así decirlo, como si se tratara de un patrimonio familiar— que cada vez los asemejaba más a una supervivencia prehistórica en medio del siglo XIX. Además, ambos se reclamaban el título de césar (zar, káiser), el primero a través de sus antepasados bárbaros medievales hasta remontarse al imperio romano de Oriente, el segundo con antepasados similares reviviendo los recuerdos del imperio romano de Occidente. De hecho, tanto en su condición de imperios como en el de potencias europeas eran relativamente recientes. A mayor abundamiento, a diferencia de los imperios antiguos, se hallaban situados en Europa, en la zona fronteriza que separaba las áreas atrasadas de aquellas que habían alcanzado un desarrollo económico y, por tanto, desde un principio se integraron parcial-

mente en el mundo económicamente «avanzado» y como «grandes potencias» pasaron a formar parte, en este caso de forma plena, del sistema político de Europa, un continente cuya definición siempre ha sido política.* Ello explica las extraordinarias repercusiones de la Revolución rusa y —de una forma diferente— del hundimiento del imperio de los Habsburgo en el escenario político global europeo, por comparación con las repercusiones relativamente modestas o puramente regionales de las revoluciones china, mexicana o persa.

El problema de los imperios obsoletos europeos era que presentaban una dualidad: eran avanzados y atrasados, fuertes y débiles, lobos y ovejas. Los imperios antiguos se situaban entre las víctimas. Parecían destinados al colapso, la conquista o la dependencia, a menos que de alguna forma pudieran conseguir de las potencias imperialistas occidentales lo que a éstas les hacía tan formidables. En las postrimerías del siglo XIX, eso estaba perfectamente claro y la mayor parte de los estados y gobernantes del antiguo mundo imperial intentaron, en grado diverso, aprender aquello que podían comprender de las lecciones de Occidente, aunque sólo Japón conoció el éxito en tan difícil tarea, de forma que en 1900 era ya un lobo entre los lobos.

II

No es probable que sin la presión de la expansión imperialista hubiera estallado la revolución en el antiguo imperio persa, bastante decrépito en el siglo XIX, ni tampoco en el más occidental de los reinos islámicos, Marruecos, donde el gobierno del sultán (el Maghzen) intentó, no con gran éxito, ampliar su territorio y establecer una especie de control efectivo sobre el mundo anárquico y formidable de los clanes beréberes. (Cabe dudar de que los acontecimientos ocurridos en Marruecos de 1907 a 1908 hayan de ser calificados como una revolución.) Persia sufría la doble presión de Rusia y el Reino Unido, de la que trataba desesperadamente de escapar recibiendo consejeros y ayudantes de otros estados occidentales —Bélgica (que serviría de modelo para la constitución persa), los Estados Unidos y, después de 1914, Alemania— que, de hecho, no podían realizar un contrapeso efectivo. En la política iraní estaban ya presentes las tres fuerzas cuya conjunción resultaría en un estallido revolucionario aún más importante en 1979: los intelectuales occidentalizados y emancipados, profundamente conscientes de la debilidad y de las injusticias sociales que reinaban en el país; los comerciantes, muy conscientes de la competencia económica extranjera, y la colectividad del clero musulmán, que representaba a la rama shií del islam que actuaba como una especie de religión nacional persa, capaz de movilizar a las masas tradicionales. A su vez, eran perfectamente conscientes de la incompatibilidad de la

* Dado que no existe un rasgo geográfico que delimite claramente la prolongación occidental de la masa continental asiática que llamamos Europa del resto de Asia.

influencia occidental y del Corán. La alianza entre los radicales, los *bazaris* (comerciantes) y el clero ya había demostrado su fuerza en 1890-1892, cuando una concesión imperial del monopolio del tabaco a los hombres de negocios británicos había tenido que ser suspendida después de un levantamiento, una insurrección y un eficaz boicot nacional sobre la venta y consumo del tabaco, en el que participaron incluso las mujeres del sha. La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y la primera Revolución rusa eliminaron temporalmente uno de los problemas de Persia y dieron a los revolucionarios persas impulso y un programa. El poder que había derrotado a un emperador europeo no sólo era asiático, sino también una monarquía constitucional. De esta forma, la constitución podía ser considerada no sólo (por los radicales emancipados) como la demanda obvia de una revolución occidental, sino también (por unos sectores más amplios de la opinión pública) como una especie de «secreto de la fuerza». De hecho, una marcha masiva de *ayatollahs* a la ciudad santa de Qom y la huida masiva de los comerciantes a la legación británica, que produjo la paralización de la economía de Teherán, permitió conseguir una asamblea elegida y una constitución en 1906. En la práctica, el acuerdo de 1907 entre el Reino Unido y Rusia para repartirse Persia pacíficamente dejaba pocas posibilidades a la política persa. El primer período revolucionario terminó *de facto* en 1911, aunque Persia siguió contando, nominalmente, con la constitución de 1906-1907 hasta la revolución de 1979.[5] Por otra parte, el hecho de que ninguna otra potencia imperialista pudiera desafiar al Reino Unido y Rusia salvaguardó posiblemente la existencia de Persia como estado y de su monarquía, que tenía escaso poder propio, excepto una brigada de cosacos, cuyo comandante pasó a ser, después de la primera guerra mundial, el fundador de la última dinastía imperial, los Pahlavi (1921-1979).

Marruecos tuvo menos suerte en este sentido. Situado en un lugar especialmente estratégico del mapa mundial, el extremo noroccidental de África, parecía una presa codiciada para Francia, el Reino Unido, Alemania, España y cualquier otro país que pudiera amenazarlo con su flota. La debilidad interna de la monarquía la hacía especialmente vulnerable a las ambiciones extranjeras, y las crisis internacionales que surgieron como consecuencia de los enfrentamientos entre los diferentes predadores —sobre todo en 1906 y 1911— tuvieron una importancia considerable en el estallido de la primera guerra mundial. Francia y España se repartieron Marruecos y los intereses internacionales (británicos) fueron tenidos en cuenta mediante el establecimiento de un puerto franco en Tánger. Por otra parte, al tiempo que Marruecos perdía su independencia, la desaparición del control del sultán sobre los clanes beréberes enfrentados haría que la conquista militar francesa —y más todavía la española— del territorio fuera difícil y prolongada.

III

Las crisis internas de los grandes imperios chino y otomano eran más antiguas y más profundas. El imperio chino se había visto sacudido por dos grandes crisis sociales desde mediados del siglo XIX (véase *La era del capital*). Sólo había conseguido superar la amenaza revolucionaria de los Taiping al precio de liquidar prácticamente el poder administrativo central del imperio y de dejar éste a merced de los extranjeros, que habían creado enclaves extraterritoriales y ocupado la principal fuente de las finanzas imperiales, la administración aduanera china. El debilitado imperio, gobernado por la emperatriz viuda, Tzu-hsi (1835-1908), más temida dentro del imperio que fuera de él, parecía destinado a desaparecer bajo los ataques combinados del imperialismo. Rusia penetró en Manchuria, de donde sería expulsada por su enemigo, Japón, que arrancó Taiwan y Corea a China tras una guerra victoriosa en 1894-1895 y se preparó para realizar nuevas conquistas. Mientras tanto, los británicos habían ampliado su colonia de Hong Kong y prácticamente habían ocupado el Tíbet, que consideraban una dependencia de su imperio indio; por su parte, Alemania estableció una serie de bases en el norte de China, los franceses ejercían cierta influencia en las proximidades de su imperio indochino (arrebatado a China) y ampliaban sus posiciones en el sur, e incluso los débiles portugueses obtuvieron la cesión de Macao (1887). Aunque los lobos se preparaban para atacar a la presa, como lo hicieron cuando el Reino Unido, Francia, Rusia, Alemania, los Estados Unidos y Japón ocuparon y saquearon conjuntamente Pekín en 1900 so pretexto de reducir la llamada «revuelta de los bóxers», era imposible que se pusieran de acuerdo para el reparto del inmenso cadáver. Y ello tanto más cuanto que una de las más recientes potencias imperialistas, los Estados Unidos, que figuraban de forma cada vez más destacada en el Pacífico occidental, que durante mucho tiempo había sido una zona de interés para ellos, insistían en «la puerta abierta» hacia China, es decir, afirmaban tener el mismo derecho al botín que otras potencias imperialistas más antiguas. Como en Marruecos, esas rivalidades en el Pacífico sobre el cuerpo decadente del imperio chino contribuyeron al estallido de la primera guerra mundial. De forma más inmediata, salvaguardaron la independencia nominal de China y provocaron el hundimiento definitivo de la más antigua entidad política superviviente del mundo.

Tres grandes fuerzas de resistencia existían en China. La primera, el *establishment* imperial de la corte y los funcionarios confucianos, reconocían que sólo la modernización según el modelo occidental (o, más exactamente, según el modelo japonés inspirado en Occidente) podía salvar a China. Pero eso hubiera significado la destrucción del sistema moral y político que representaban. La reforma de los conservadores estaba condenada al fracaso, aunque no se hubiera visto dificultada por las intrigas y las divisiones de la corte, debilitada por la ignorancia técnica y arruinada, cada pocos años, por

una nueva agresión extranjera. La segunda, la antigua y poderosa tradición de rebelión popular y sociedades secretas imbuidas de la ideología de oposición, seguía tan fuerte como siempre. De hecho, a pesar de la derrota de los Taiping, todo se concitó para reforzarla cuando entre nueve y trece millones de personas murieron de hambre en el norte de China en los últimos años del decenio de 1870 y los diques del río Amarillo se rompieron, simbolizando el fracaso de un imperio cuya obligación era protegerlos. La llamada revuelta de los bóxers de 1900 fue un movimiento de masas, cuya vanguardia estaba formada por la agrupación Puños para la Justicia y la Concordia que derivaba de la antigua e importante sociedad secreta budista conocida como el Loto Blanco. Sin embargo, por razones obvias, el carácter de estas revueltas era xenófobo y antimoderno. Estaban dirigidas contra los extranjeros, el cristianismo y la máquina. Si bien aportaba cierta fuerza para una revolución china, no podía ofrecer ni un programa ni una perspectiva clara.

Sólo en el sur de China, donde los negocios y el comercio siempre habían sido importantes y donde el imperialismo extranjero había sentado las bases para el desarrollo de cierta burguesía indígena, existía un fundamento todavía estrecho e inestable para esa transformación. Los grupos locales dirigentes estaban ya apartándose de la dinastía Manchú y sólo allí las antiguas sociedades secretas de oposición mostraron algún interés en un programa moderno y concreto para la renovación de China. Las relaciones entre las sociedades secretas y el joven movimiento de los revolucionarios republicanos del sur, de entre los cuales surgiría Sun Yat-sen (1866-1925) como inspirador de la primera fase de la revolución, han sido objeto de muchas controversias y alguna incertidumbre, pero no hay duda de que se trataba de unas relaciones estrechas e íntimas (los republicanos chinos en Japón, que constituía una base para sus actividades de agitación, formaron incluso una logia especial de las Tríadas en Yokohama para su propio uso).[a] Ambos compartían una enérgica oposición a la dinastía Manchú —las Tríadas pretendían restablecer todavía la vieja dinastía Ming (1368-1644)—, el odio al imperialismo, que podía ser formulado en la fraseología de la xenofobia tradicional y del nacionalismo moderno tomado de la ideología revolucionaria occidental y, asimismo, un concepto de revolución social, que los republicanos trasladaron de la clave del levantamiento antidinástico al de la revolución occidental moderna. Los célebres «tres principios» de Sun, el nacionalismo, el republicanismo y el socialismo (o, más exactamente, la reforma agraria), fueron formulados en términos derivados de Occidente, sobre todo de John Stuart Mill, pero incluso los chinos que no tenían una formación occidental (como persona educada en una misión y médico que había viajado intensamente) podían verlas como extensiones lógicas de las habituales reflexiones antimanchúes. Para el puñado de intelectuales republicanos asentados en las ciudades, las sociedades secretas eran fundamentales para llegar a las masas urbanas y, sobre todo, rurales. Probablemente, también contribuían a organizar el apoyo entre las comunidades de emigrantes chinos de ultramar, que el

movimiento de Sun Yat-sen fue el primero en movilizar políticamente para alcanzar objetivos nacionales.

Sin embargo, las sociedades secretas (como descubrirían también más tarde los comunistas) no eran la base más adecuada para la creación de una nueva China, y los intelectuales radicales occidentalizados o semioccidentalizados de las zonas litorales meridionales no eran todavía lo bastante numerosos, influyentes y organizados para tomar el poder. Por otra parte, los modelos liberales occidentales que los inspiraban tampoco servían para gobernar el imperio. El imperio cayó en 1911 como consecuencia de una revuelta que estalló en el sur y el centro del país y en la que se mezclaban elementos de rebelión militar, insurrección republicana, la pérdida de la lealtad de la nobleza y la rebelión de las clases populares y de las sociedades secretas. Sin embargo, en la práctica no fue sustituido por un nuevo régimen, sino por una serie de inestables y cambiantes estructuras regionales de poder, bajo control militar («señores de la guerra»). No resurgiría un nuevo régimen nacional estable en China hasta transcurridos cuarenta años, hasta el triunfo del Partido Comunista en 1949.

IV

El imperio otomano había comenzado a desintegrarse hacía tiempo, pero, a diferencia de otros imperios antiguos, seguía siendo una fuerza militar lo bastante poderosa como para causar dificultades incluso a los ejércitos de las grandes potencias. Desde finales del siglo XVII sus fronteras septentrionales habían retrocedido a la península balcánica y Transcaucasia como consecuencia del avance de los imperios ruso y de los Habsburgo. Los pueblos cristianos sometidos de los Balcanes se mostraban cada vez más inquietos y, gracias al aliento y la ayuda de las grandes potencias rivales, ya habían transformado una gran parte de los Balcanes en un conjunto de estados más o menos independientes que trataban de incorporarse lo que quedaba del territorio otomano. La mayor parte de las regiones más remotas del imperio, en el norte de África y el Oriente Medio, no habían estado durante mucho tiempo bajo control efectivo otomano. Ahora comenzaron a pasar —aunque no de forma oficial— a manos de los imperialistas británicos y franceses. En 1900 estaba claro que todo el territorio comprendido entre las fronteras occidentales de Egipto y Sudán hasta el golfo Pérsico iba a quedar bajo el gobierno o la influencia británica, con excepción de Siria, desde el Líbano hacia el norte, donde los franceses mantenían aspiraciones, y la mayor parte de la península arábiga que, dado que en ella no se había descubierto petróleo ni ninguna otra cosa de valor económico, se dejó para que se lo disputaran los jefes tribales locales y los movimientos islámicos de los predicadores beduinos. De hecho, en 1914 Turquía había desaparecido casi por completo de Europa, había sido eliminada totalmente en África y sólo conservaba un débil imperio en el Oriente Medio, donde su presencia no duró más allá de

la guerra mundial. Pero, a diferencia de Persia y China, Turquía contaba con una alternativa potencial inmediata al imperio que se derrumbaba: un núcleo importante de población turca musulmana, desde el punto de vista étnico y lingüístico, en el Asia Menor, que podía constituir la base de un «estado-nación» según el modelo occidental decimonónico.

Inicialmente, esta idea no estaba en la mente de los oficiales y funcionarios occidentalizados que, junto con una serie de representantes de las nuevas profesiones seculares como el derecho y el periodismo,* intentaron revivir el imperio por medio de la revolución, pues los tibios intentos del imperio por modernizarse —los más recientes en el decenio de 1870— habían acabado en el fracaso. El Comité para la Unión y el Progreso, más conocido como los Jóvenes Turcos (organización fundada en el decenio de 1890), que ocupó el poder en 1908 a raíz de la Revolución rusa, aspiraba a establecer un patriotismo otomano que se situara por encima de las divisiones étnicas, lingüísticas y religiosas, sobre la base de las verdades seculares de la Ilustración francesa del siglo XVIII. La versión de la Ilustración que perseguían se inspiraba en el positivismo de Auguste Comte, que conjugaba una fe apasionada en la ciencia y en la modernización inevitable con el equivalente secular de una religión, el progreso no democrático («el orden y el progreso», por citar el lema positivista) y la planificación social entendida desde arriba. Por razones obvias, esta ideología resultaba atractiva para las reducidas elites modernizadoras que ocupaban el poder en países atrasados y tradicionales, los cuales intentaban integrarse por la fuerza en el siglo XX. Probablemente, nunca tuvo más influencia que en los últimos años del siglo XIX en los países no europeos.

En este aspecto, como en otros, la Revolución turca de 1908 fracasó. Desde luego aceleró el colapso de lo que quedaba del imperio turco, al tiempo que dotaba al estado de la clásica Constitución liberal, el sistema parlamentario multipartidista y todos los demás elementos pensados para los países burgueses en los que no se exigía a los gobiernos una gran labor de gobierno, por cuanto los asuntos de la sociedad estaban en las manos ocultas de una economía capitalista dinámica y autorreguladora. El hecho de que el régimen de los Jóvenes Turcos continuara también la alianza económica y militar del imperio con Alemania, lo cual situó a Turquía en el bando de los perdedores en la primera guerra mundial, iba a resultar fatal.

Así pues, la modernización turca pasó de un marco liberal-parlamentario a otro militar-dictatorial y de la esperanza en una lealtad política secular-imperial a la realidad de un nacionalismo turco. Ante la imposibilidad de ignorar las lealtades de grupo y de dominar a las comunidades no turcas, a partir de 1915 Turquía optaría por una nación étnicamente homogénea, que implicaba la asimilación forzosa de los grupos de griegos, armenios, kurdos y otros que no fueron expulsados en masa o masacrados. Un nacionalismo turco

* La ley islámica no requería una profesión legal especial. El índice de alfabetización se triplicó en los años 1875-1900, creándose así un mercado para un mayor número de publicaciones periódicas.

etnolingüístico permitió incluso una serie de sueños imperialistas sobre una base nacionalista secular, pues amplias zonas del Asia occidental y central, sobre todo en Rusia, estaban habitadas por pueblos que hablaban distintas variantes de las lenguas turcas, y el destino de Turquía era, sin duda, asimilarlos en una gran unión «Pan-Turania». Así pues, en el seno de los Jóvenes Turcos, los modernizadores occidentalizadores y transnacionales perdieron influencia en favor de los modernizadores con fuertes convicciones étnicas o raciales, como el poeta e ideólogo nacional Zia Gökalp (1876-1924). La auténtica revolución turca, que comenzó con la abolición del imperio, se realizó bajo tales auspicios a partir de 1918. Pero su contenido estaba implícito en los objetivos de los Jóvenes Turcos.

A diferencia de Persia y China, Turquía no sólo liquidó, pues, un viejo régimen, sino que se apresuró a construir uno nuevo. La Revolución turca dio inicio, tal vez, al primero de los regímenes modernizadores del tercer mundo: apasionado defensor del progreso y la Ilustración frente a la tradición, del «desarrollo» y de una especie de populismo no perturbado por el debate liberal. En ausencia de una clase media revolucionaria —de hecho, de cualquier clase revolucionaria—, el protagonismo correspondería a los intelectuales y, muy en especial, después de la guerra, a los militares. Su líder, Kemal Atatürk, general duro y brillante, llevaría adelante de forma implacable el programa modernizador de los Jóvenes Turcos: se proclamó una república, se abolió el islam como religión del estado, se sustituyó el alfabeto arábigo por el romano, se abolió la obligación de que las mujeres fueran cubiertas con el velo y se permitió su escolarización y, por otra parte, se obligó a los hombres, si era necesario utilizando la fuerza militar, a que cambiaran el turbante por el sombrero de tipo occidental. La debilidad de la Revolución turca, muy notable en sus logros económicos, residía en su incapacidad para imponerse sobre la gran masa de la población rural y para cambiar la estructura de la sociedad agraria. Sin embargo, las implicaciones históricas de esta revolución fueron de gran trascendencia, aunque no han sido suficientemente reconocidas por los historiadores, que en los años anteriores a 1914, tienden a centrar su atención en las consecuencias internacionales inmediatas de la Revolución turca —el hundimiento del imperio y su contribución al estallido de la primera guerra mundial— y, después de 1917, en la Revolución rusa, que adquirió proporciones mucho mayores. Por razones obvias, estos acontecimientos eclipsaron los que ocurrían simultáneamente en Turquía.

V

En 1910 estalló en México una revolución aún más olvidada. No suscitó gran interés fuera de los Estados Unidos, en parte porque desde el punto de vista diplomático América Central era un reducto de Washington («Pobre México —exclamaba su derrocado dictador—, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos») y porque en un principio las implicaciones de la

revolución eran sumamente confusas. No parecía fácil establecer una clara diferencia entre ese y los otros 114 cambios violentos de gobierno ocurridos en América Latina durante el siglo XIX y que todavía constituyen el conjunto más numeroso de acontecimientos que se conocen habitualmente como «revoluciones».[3] Además, cuando se vio con claridad que la Revolución mexicana era un gran levantamiento social, el primero de su clase en un país agrario del tercer mundo, el proceso mexicano se vería también eclipsado por los acontecimientos ocurridos en Rusia.

Sin embargo, lo cierto es que la Revolución mexicana reviste una gran trascendencia, porque surgió de forma directa de las contradicciones existentes en el seno del mundo imperialista y porque fue la primera de las grandes revoluciones ocurridas en el mundo colonial y dependiente en la que la masa de los trabajadores desempeñó un papel protagonista. En efecto, aunque en los antiguos y nuevos imperios coloniales de las metrópolis se estaban desarrollando movimientos antiimperialistas y —como más tarde se llamarían— de liberación colonial, todavía no parecían amenazar seriamente a los gobiernos imperialistas.

Los imperios coloniales se controlaban todavía tan fácilmente como habían sido adquiridos, con la excepción de algunos territorios montañosos como Afganistán, Marruecos y Etiopía, que todavía rechazaban la conquista extranjera. Las «insurrecciones nativas» se reprimían sin grandes problemas, aunque en ocasiones —como en el caso de los herero en el África Suroccidental Alemana (la actual Namibia)— con gran brutalidad. Los movimientos anticoloniales o autonomistas estaban comenzando a aparecer en los países colonizados más complejos desde el punto de vista social y político, pero por lo general aún no estaba produciéndose la coincidencia entre la minoría educada y occidentalizadora y los defensores xenófobos de la tradición antigua que (como en Persia) los convertía en una fuerza política importante. Entre ambos grupos existía una desconfianza por razones obvias, lo cual redundaba en beneficio de las potencias coloniales. La resistencia en la Argelia francesa se centraba en el clero musulmán *(oulema)*, que estaba ya organizándose, mientras que los *évolués* laicos intentaban convertirse en ciudadanos franceses de la izquierda republicana. En el protectorado de Túnez la resistencia la protagonizaba el sector culto occidentalizador, que se estaba organizando ya en un partido que exigía una Constitución (el Destur) y que era el antepasado directo del partido Neo-Destur, cuyo líder, Habib Burguiba, se convirtió en 1954 en el jefe de estado del Túnez independiente.

De las grandes potencias coloniales sólo en la más antigua e importante, el Reino Unido, habían surgido signos claros de inestabilidad (véase *supra*, pp. 91-92). El Reino Unido tuvo que aceptar la independencia virtual de las colonias de población blanca (llamadas *dominions* desde 1907). Dado que no se iba a oponer resistencia a ese movimiento, no se esperaba que surgieran problemas por ese lado, ni siquiera en Suráfrica, donde los bóers, anexionados recientemente tras su derrota en una difícil guerra, parecían satisfechos después de que se les hubiera otorgado una generosa Constitución liberal y

por el hecho de haberse creado un frente común de blancos británicos y bóers contra la mayoría de color. De hecho, Suráfrica no planteó problemas graves en ninguna de las dos guerras mundiales, tras de las cuales los bóers se hicieron nuevamente con el control de ese subcontinente. La otra colonia «blanca» del Reino Unido, Irlanda, era —y sigue siéndolo— una fuente permanente de problemas, aunque a partir de 1890 la situación explosiva de los años de Parnell y la Land League pareció mitigarse un tanto como consecuencia de las disputas internas entre los diferentes partidos políticos irlandeses y por el poderoso binomio que formaban la represión y la reforma agraria en profundidad. Los problemas de la política parlamentaria británica recrudecieron la cuestión irlandesa a partir de 1910, pero la base de los insurrectos irlandeses era tan limitada y débil que su estrategia para ampliarla consistía fundamentalmente en crear mártires mediante una rebelión condenada al fracaso de antemano, cuya represión permitiera ganar adeptos para la causa. Esto fue lo que ocurrió, en efecto, tras la Insurrección de Pascua de 1916, que fue un golpe de mano de escasa entidad a cargo de un puñado de militantes armados totalmente aislados. Como tantas veces, la guerra reflejó la fragilidad de unas estructuras políticas que parecían estables.

No parecía existir una amenaza inmediata al dominio británico en ningún otro lugar. No obstante, un auténtico movimiento de liberación colonial estaba surgiendo tanto en la más antigua como en una de las más recientes dependencias coloniales del Reino Unido. Egipto, incluso tras la represión de la insurrección de los jóvenes soldados de Arabi Bajá en 1882, nunca había aceptado la ocupación británica. Su máximo dirigente, el jedive, y la clase dirigente local formada por los grandes terratenientes, cuya economía se había integrado hacía tiempo en el mercado mundial, aceptaban la administración del «procónsul» británico, lord Cromer, con una notable falta de entusiasmo. El movimiento/organización/partido autonomista, conocido más tarde con el nombre de Wafd, ya estaba tomando forma definida. El control británico seguía siendo firme —de hecho, se mantendría hasta 1952—, pero la impopularidad del control colonial directo era tal, que tuvo que ser abandonado después de la guerra (1922), siendo sustituido por una forma menos directa de administración, que supuso cierta egipcianización de la administración. La semiindependencia irlandesa y la semiautonomía egipcia, conseguidas ambas en 1921-1922, constituyeron el primer retroceso parcial del imperialismo.

Más entidad tuvo el movimiento de liberación en la India. En este subcontinente de casi trescientos millones de habitantes, la influyente burguesía —comercial, financiera, industrial y profesional— y un importante cuadro de funcionarios cultos que lo administraban para el Reino Unido rechazaban cada vez con mayor fuerza la explotación económica, la impotencia política y la inferioridad social. Basta con leer la novela de E. M. Forster *Pasaje a la India* para comprender por qué. Había tomado forma ya un movimiento autonomista cuya principal organización, el Congreso Nacional Indio, fundado en 1885, que se convertiría en el partido de liberación nacional, reflejaba inicialmente el descontento de la clase media y el intento de unos administradores británicos inteligentes, como Allan Octavian Hume (que, de hecho, fundó la organización), de desarmar la agitación escuchando las protestas moderadas. Sin embargo, en los inicios del siglo XX, el Congreso comenzó a liberarse de la tutela británica, en parte gracias a la influencia de la teosofía, carente aparentemente de dimensión política. Como admiradores del misticismo oriental, los adeptos occidentales de esta filosofía simpatizaban con la India y algunos de ellos, como la ex secularista y ex socialista militante Annie Besant, se convirtieron incluso en adalides del nacionalismo indio. A los indios cultos y, naturalmente, también a los cingaleses les agradó el reconocimiento occidental de sus valores culturales. Sin embargo, el Congreso, aunque tenía cada vez mayor fuerza —y era totalmente laico y occidental en su mentalidad—, seguía siendo una organización elitista. Con todo, en la zona occidental de la India había comenzado una agitación que pretendía movilizar a las masas incultas apelando a la religión tradicional. Bal Ganghadar Tilak (1856-1920) defendió a las vacas sagradas del hinduismo frente a la amenaza extranjera con cierto éxito popular.

A mayor abundamiento, en los inicios del siglo XX existían otros dos semilleros, aún más formidables, de agitación popular india. Los emigrantes indios en Suráfrica habían comenzado a organizarse colectivamente contra el racismo imperante en esa región y el principal portavoz de su exitoso movimiento de resistencia pasiva o no violenta era, como hemos visto, el joven abogado gujerati que, a su regreso a la India en 1915, sería el elemento clave en la movilización de la masa de la población india por la causa de la independencia nacional: Gandhi (véase *supra*, pp. 87-88). Gandhi creó, en la política del tercer mundo, la figura, extraordinariamente poderosa, del político moderno como un santo. Al mismo tiempo, una versión más radical de la política de liberación comenzaba a aparecer en Bengala con su sofisticada cultura vernácula, su importante clase media, su numerosa clase media baja formada por empleados cultos y modestos y sus intelectuales. El proyecto británico de crear en esa extensa provincia una zona de predominio musulmán hizo que la agitación antibritánica adquiriera grandes proporciones en 1906-1909. (El proyecto hubo de ser abandonado.) El movimiento nacionalista bengalí, que desde un principio se situó a la izquierda del Congreso y que nunca se integró plenamente en él, conjugaba, en ese momento, la exaltación religioso-ideológica del hinduismo con una imitación deliberada de otros movimientos revolucionarios occidentales próximos, como el irlandés y el de los narodniks rusos. Produjo el primer movimiento terrorista serio en la India —inmediatamente antes de la guerra surgirían otros en el norte de la India, cuya base estaría formada por los emigrantes punjabíes regresados de América (el «Partido Ghadr»)— y en 1905 planteaba ya graves problemas a la policía. Además, los primeros comunistas indios (por ejemplo, M. N. Roy, 1887-1954) surgirían durante la guerra en el seno del movimiento terrorista bengalí.[1] Mientras que el control británico sobre la India seguía siendo firme, los administradores inteligentes consideraban que era inevitable realizar una serie de concesiones que desembocaran, si bien lentamente, en la autonomía,

preferiblemente moderada. En efecto, la primera propuesta en ese sentido se realizó en Londres durante la guerra.

Donde el imperialismo resultaba más vulnerable era allí donde imperaba el imperialismo informal más que formal, o lo que después de la segunda guerra mundial recibiría el nombre de «neocolonialismo». México era, ciertamente, un país dependiente, económica y políticamente, de su gran vecino, pero técnicamente era un país independiente y soberano con sus instituciones y que tomaba sus propias decisiones políticas. Era un estado como Persia más que una colonia como la India. Por otra parte, el imperialismo económico no era inaceptable para las clases dirigentes nativas, en la medida en que se trataba de una fuerza modernizadora potencial. En efecto, en toda América Latina, los terratenientes, comerciantes, empresarios e intelectuales que formaban las clases y elites dirigentes locales sólo soñaban con alcanzar el progreso que otorgara a sus países, que sabían que eran atrasados, débiles y no respetados, situados en los márgenes de la civilización occidental de la que se veían como una parte integral, la oportunidad de realizar su destino histórico. El progreso significaba el Reino Unido, Francia y, cada vez con mayor claridad, los Estados Unidos. Las clases dirigentes de México, sobre todo en el norte, donde la influencia de la economía del vecino estadounidense era muy fuerte, no tenían inconveniente en integrarse en el mercado mundial y, por tanto, en el mundo del progreso y de la ciencia, aunque despreciaran la rudeza y grosería de los hombres de negocios y de los políticos gringos. De hecho, después de la revolución, los miembros de la «banda de Sonora», jefes de la clase media agraria —la más avanzada económicamente— de ese estado, el más septentrional de los estados mexicanos, se convirtió en el grupo político decisivo del país. El gran obstáculo para la modernización era la gran masa de la población rural, inmóvil e inamovible, total o parcialmente negra o india, sumergida en la ignorancia, la tradición y la superstición. Había momentos en que los gobernantes y los intelectuales de América Latina, como los de Japón, desesperaban de poder conseguir algo de sus pueblos. Bajo la influencia del racismo universal del mundo burgués (véase *La era del capital*, capítulo 14, II), soñaban en una transformación biológica de la población que la hiciera apta para el progreso: mediante la inmigración masiva de población europea en Brasil y en el cono sur de Suramérica y a través de la mezcla a gran escala con la población blanca en el Japón.

Los dirigentes mexicanos no veían con buenos ojos la inmigración masiva de población blanca, que con toda probabilidad sería norteamericana, y durante su lucha por la independencia contra España ya habían buscado la legitimación en un pasado prehispánico independiente y en gran medida ficticio, identificado con los aztecas. Así pues, la modernización mexicana dejó a otros los sueños biológicos y se concentró en el beneficio, la ciencia y el progreso, a través de las inversiones extranjeras y la filosofía de Auguste Comte. El llamado grupo de «científicos» dedicó todas sus energías a esos objetivos. El jefe indiscutido y el dominador político del país desde la década de 1870, es decir, durante todo el período desde el gran salto adelante de la economía imperialista mundial, fue el presidente Porfirio Díaz (1830-1915). No puede negarse que el desarrollo económico de México durante el tiempo que ocupó la presidencia fue extraordinario, así como la riqueza que algunos mexicanos consiguieron gracias a ese desarrollo, sobre todo los que estaban en posición de poder enfrentar a los grupos rivales de hombres de negocios europeos (como el magnate británico del petróleo y de la construcción Weetman Pearson) entre sí y con los grupos norteamericanos, cada vez más dominantes.

Entonces, como ahora, la estabilidad de los regímenes situados entre el río Grande y Panamá se vio dificultada por la falta de buena voluntad de Washington, que había adoptado una actitud imperialista militante y que sostenía la idea de que «México ya no es otra cosa que una dependencia de la economía norteamericana».* Los intentos de Díaz por mantener la independencia de su país enfrentando a los europeos con el capital norteamericano le acarrearon una gran impopularidad al norte de la frontera. El país era demasiado extenso como para realizar una intervención militar, que los Estados Unidos protagonizaron con entusiasmo en esa época en otros estados más reducidos de América Central, pero en 1910 Washington no estaba dispuesta ya a dificultar la actuación de aquellos que (como la Standard Oil, irritada por la influencia británica en lo que se había convertido ya en uno de los principales productores de petróleo) deseaban contribuir a la caída de Díaz. No hay duda de que a los revolucionarios mexicanos les había beneficiado enormemente poder contar con la amistad de su vecino del norte y, además, Díaz era más vulnerable porque tras conquistar el poder como jefe militar había permitido que el ejército se atrofiara, ya que consideraba que los golpes militares eran un peligro mayor que las insurrecciones populares. Realmente tuvo mala fortuna al haber de enfrentarse con una gran revolución popular armada que su ejército, a diferencia de lo que ocurría en la mayor parte de los países latinoamericanos, no pudo sofocar.

La causa de que tuviera que afrontar ese problema fueron precisamente los notables acontecimientos económicos que con tanto éxito había presidido. El régimen había favorecido a los terratenientes, los hacendados, muy en especial porque el desarrollo económico general y el importante incremento del tendido férreo convirtieron unas zonas antes inaccesibles en auténticos tesoros potenciales. Las aldeas libres del centro y el sur del país, que habían mantenido su identidad bajo el dominio español y que reforzaron su posición en las primeras generaciones una vez obtenida la independencia, se vieron sistemáticamente privadas de sus tierras durante una generación. Se iban a convertir en el núcleo central de la revolución agraria que encontró su líder y portavoz en Emiliano Zapata (1879-1919). Dos de las zonas donde la inquietud agraria era más intensa y que se mostraban más dispuestas a movilizarse, los estados de Morelos y Guerrero, se hallaban a escasa distancia a caballo de la capital y, por tanto, podían influir en los asuntos nacionales.

La segunda zona rebelde se hallaba en el norte, transformado rápidamen-

te (sobre todo tras la derrota de los indios apaches en 1885) en una región fronteriza muy dinámica desde el punto de vista económico y que vivía en una especie de simbiosis dependiente con las zonas próximas de los Estados Unidos. En esa zona eran muchos los descontentos potenciales, desde las antiguas comunidades de indios fronterizos, privados ahora de sus tierras, pasando por los indios yaqui, resentidos por su derrota, la nueva y cada vez más numerosa clase media, hasta los numerosos grupos de hombres errabundos, con frecuencia dueños de sus pistolas y caballos, que poblaban las zonas rancheras y mineras vacías. Pancho Villa, bandido, cuatrero y, finalmente, general revolucionario, era un exponente típico de ese tipo de hombre. Había también grupos de hacendados, poderosos y ricos como los Madero —tal vez la familia más rica de México—, que luchaban por el control de sus estados con el gobierno central o con sus aliados entre los hacendados locales.

Muchos de esos grupos potencialmente disidentes se beneficiaron, de hecho, de las masivas inversiones extranjeras y del desarrollo económico que se produjo durante el gobierno de Porfirio Díaz. Lo que les convirtió en disidentes, o más bien lo que transformó un enfrentamiento político a propósito de la reelección o la posible retirada del presidente Díaz en una auténtica revolución fue probablemente la cada vez mayor integración de la economía mexicana en la economía mundial (mejor dicho, en la de los Estados Unidos). Lo cierto es que la crisis de la economía norteamericana de 1907-1908 tuvo efectos desastrosos en México: de forma directa en el hundimiento del mercado mexicano y en las dificultades financieras de sus empresas; de forma indirecta en el regreso masivo de un ejército de trabajadores mexicanos pobres tras haber perdido sus empleos en los Estados Unidos. Coincidían así una crisis moderna y otra antigua: la depresión económica cíclica y la pérdida de las cosechas con la elevación de los precios de los alimentos por encima de las posibilidades de los pobres.

En estas circunstancias, la campaña electoral se transformó en un auténtico terremoto. Díaz, tras cometer el error de permitir a la oposición que hiciera campaña pública, «ganó» fácilmente las elecciones a su principal adversario, Francisco Madero, pero la habitual insurrección del candidato derrotado se convirtió, para sorpresa de todos, en una rebelión política social en las regiones fronterizas del norte y en la zona campesina del centro del país, que no pudo ser controlada. Díaz cayó y ocupó el poder Madero, que, sin embargo, no tardó en ser asesinado. Los Estados Unidos buscaron, sin encontrarlo, entre los generales y políticos rivales a alguien que fuera lo bastante manipulable y corrupto y que, al mismo tiempo, fuese capaz de instaurar un régimen estable. Zapata distribuyó la tierra entre los campesinos que le apoyaban en el sur, Villa expropió haciendas en el norte cuando lo necesitó para pagar a su ejército revolucionario y, como hombre surgido de las filas de los pobres, afirmaba defender a los suyos. En 1914 nadie tenía la menor idea sobre lo que podría ocurrir en México, pero no había ninguna duda de que el

país estaba convulsionado por una revolución social. Hasta los últimos años de la década de 1930 no se apreciaría con claridad el modelo que seguiría el México posrevolucionario.

VI

Algunos historiadores afirman que Rusia, que tal vez fue la economía que experimentaba un desarrollo más rápido en los últimos años del siglo XIX, habría continuado progresando hasta convertirse en una floreciente sociedad liberal si ese progreso no se hubiera visto interrumpido por una revolución que podía haberse evitado de no haber estallado la primera guerra mundial. Ningún pronóstico habría sorprendido más que este a los contemporáneos. Si había un estado en el que se creía que la revolución era no sólo deseable sino inevitable, ese era el imperio de los zares. Gigantesco, torpe e ineficaz, atrasado económica y tecnológicamente, y habitado por 126 millones de almas (en 1897), de las que el 80 por 100 eran campesinos y el 1 por 100 nobles hereditarios, estaba organizado como una autocracia burocratizada, sistema que a todos los europeos cultos les parecía auténticamente prehistórico según los esquemas preponderantes a finales del siglo XIX. Ese hecho hacía que la revolución fuera el *único* método para cambiar la política del estado, al margen del expediente de poner en funcionamiento desde arriba la maquinaria del estado: el primer sistema no estaba al alcance de muchos y no implicaba necesariamente el segundo. Dado que universalmente se sentía la necesidad de que se produjera un cambio de algún tipo, prácticamente todo el mundo, desde los que en Occidente habrían sido considerados como conservadores moderados hasta la extrema izquierda, estaba obligado a ser revolucionario. La única cuestión era decidir qué tipo de revolucionario.

Desde la guerra de Crimea (1854-1856), los gobiernos del zar eran conscientes de que la condición de Rusia como gran potencia no podía descansar únicamente en el tamaño del país, en su población masiva y, en consecuencia, en sus ingentes aunque primitivas fuerzas armadas. Se imponía la modernización. La abolición de la servidumbre en 1861 —Rusia era, junto con Rumanía, el último bastión de la servidumbre campesina en Europa— se había decretado con la pretensión de introducir la agricultura rusa en el siglo XIX, pero no dio como resultado la aparición de un campesinado satisfecho (véase *La era del capital*, capítulo 10, II) ni la modernización de la agricultura. La producción media de cereales en la Rusia europea (1898-1902) se situaba por debajo de los 8 hectolitros por hectárea frente a los 12,5 de los Estados Unidos y 31,8 del Reino Unido.[10] No obstante, la roturación de importantes zonas del país para la producción cerealista destinada a la exportación convirtió a Rusia en uno de los más importantes productores de cereales del mundo. La cosecha neta se incrementó en un 160 por 100 entre los primeros años de la década de 1860 y los inicios de la década de 1900, y las exportaciones se multiplicaron por 5 o por 6, pero a costa de incrementar la depen-

dencia de los campesinos rusos del mercado mundial de los precios, precios que, en el caso del trigo, descendieron casi en un 50 por 100 durante la depresión agrícola mundial.[11]

Dado que los campesinos no eran vistos ni escuchados como una colectividad fuera de sus aldeas, no era difícil ignorar el descontento de casi cien millones de ellos, aunque la crisis de hambre de 1891 suscitó cierta preocupación por ese problema. Ese descontento, agudizado por la pobreza, el hambre de tierra, los elevados impuestos y los bajos precios de los cereales, contaba con formas importantes de organización potencial a través de las comunidades aldeanas colectivas, cuya posición como instituciones reconocidas oficialmente se había visto reforzada, paradójicamente, por la liberación de los siervos y se había fortalecido aún más en el decenio de 1880 cuando algunos burócratas consideraron que era un bastión de la lealtad tradicional, de inapreciable valor contra los revolucionarios sociales. Otros, desde la posición opuesta del liberalismo económico, instaban a su rápida desaparición para convertir sus tierras en propiedad privada. Un debate similar dividía a los revolucionarios. Los narodniks (véase *La era del capital*, capítulo 9) o populistas —que contaban con un apoyo tibio y dubitativo por parte del propio Marx— consideraban que una comuna campesina revolucionaria podía ser la base de la transformación directa de Rusia, sin necesidad de conocer los horrores del desarrollo capitalista: los marxistas rusos creían que eso ya no era posible, porque la comuna estaba escindiéndose ya en una burguesía y un proletariado rurales, hostiles entre sí. Lo preferían así, ya que habían depositado su fe en la clase obrera. Ambas facciones, en los dos debates, atestiguan la importancia de las comunas campesinas, que poseían el 80 por 100 de la tierra en 50 provincias de la Rusia europea como propiedad comunitaria, tierra que se redistribuía periódicamente por decisión comunitaria. Ciertamente, la comuna se estaba desintegrando en las regiones más comercializadas del sur, pero más lentamente de lo que creían los marxistas: en el norte y en el centro conservaba toda su fuerza. Allí donde conservaba su poder, era una institución que articulaba el consenso de la aldea respecto a la revolución, así como, en otras circunstancias, respecto al zar y la Santa Rusia. En los lugares en los que su fuerza estaba siendo socavada, la mayor parte de sus componentes se unieron en su defensa militante. De hecho, y por fortuna para la revolución, la lucha de clases en la aldea pronosticada por los marxistas no había avanzado lo suficiente como para impedir la aparición de un movimiento masivo de *todos* los campesinos, ricos y pobres, contra la nobleza y el estado.

Con independencia de su posición ideológica, prácticamente todos los rusos estaban de acuerdo en que el gobierno del zar no había sabido realizar la reforma agraria y había descuidado a los campesinos. De hecho, agravó su descontento en un momento en que éste ya era agudo, cuando en el decenio de 1890 utilizó los recursos de la población agraria para apoyar una industrialización masiva patrocinada por el estado. En efecto, el mundo rural aportaba los ingresos más importantes de Rusia en concepto de impuestos, y los

impuestos elevados, junto con un alto arancel y la importación masiva de capitales eran fundamentales para realizar el proyecto de incrementar el poder de la Rusia zarista mediante la modernización económica. Los resultados, conseguidos mediante una mezcla de capitalismo privado y estatal, fueron espectaculares. Entre 1890 y 1904 la línea férrea duplicó su extensión (en parte por la construcción del ferrocarril transiberiano), mientras que la producción de carbón, hierro y acero se duplicó en los últimos cinco años de la centuria.[12] Pero la otra cara de la moneda fue que la Rusia zarista se encontró con un proletariado industrial en rápido crecimiento, concentrado en unas fábricas desusadamente grandes reunidas en unos pocos centros, y en consecuencia con el inicio de un movimiento obrero que, naturalmente, estaba comprometido con la revolución social.

Una tercera consecuencia de la rápida industrialización fue su desarrollo desproporcionado en una serie de regiones de las márgenes occidental y meridional del imperio, como en Polonia, Ucrania y Azerbaiján (industria del petróleo). Las tensiones nacionales y sociales se agudizaron, especialmente desde el momento en que el gobierno zarista intentó reforzar su control político mediante una política sistemática de rusificación educativa, a partir de 1880. Como hemos visto, la combinación de los descontentos sociales y nacionales se ilustra por el hecho de que entre varios, tal vez la mayor parte, de los pueblos minoritarios movilizados políticamente en el imperio zarista, las distintas variantes del nuevo movimiento socialdemócrata (marxista) se convirtieron en el partido «nacional» *de facto* (véase *supra*, p. 172). El hecho de que un individuo nativo de Georgia (Stalin) llegara a ser dirigente de la Rusia revolucionaria fue menos casualidad histórica que el hecho de que un corso (Napoleón) llegara a ser el dirigente de la Francia revolucionaria.

Desde 1830 todos los europeos liberales estaban familiarizados con el movimiento nacional de liberación —y lo apoyaban— de base nobiliaria, de Polonia contra el gobierno zarista, que ocupaba la zona más extensa de ese país dividido, aunque desde la derrota de la insurrección en 1863, el nacionalismo revolucionario ya no era visible en ese país.* Asimismo, desde 1870 se acostumbraron a la idea —y la apoyaron— de una revolución inminente en el mismo corazón del imperio gobernado por el «autócrata de todas las Rusias», tanto porque el zarismo mostraba signos de debilidad interna y externa como por la aparición de un importante movimiento revolucionario, alimentado casi por completo en un principio por la llamada *intelligentsia*: hijos e hijas —estas últimas en número importante, sin precedente— de la nobleza, de la clase media y de otras capas educadas de la población, incluyendo, por primera vez, un sector importante de judíos. Los miembros de la primera

* Las partes anexionadas por Rusia constituían el núcleo central de Polonia. Los nacionalistas polacos también resistieron, desde la posición más débil de una minoría, en la parte anexionada por Alemania, pero alcanzaron un compromiso adecuado en el sector austríaco con la monarquía de los Habsburgo, que necesitaba el apoyo polaco para restablecer un equilibrio político entre las nacionalidades contendientes.

generación de revolucionarios eran fundamentalmente narodniks (populistas) (véase *La era del capital*, capítulo 9) que trataban de atraerse al campesinado, que sin embargo no les prestaba la menor atención. Más éxito tuvieron en sus actividades terroristas, cuya manifestación más dramática tuvo lugar en 1881 cuando consiguieron asesinar al zar Alejandro II. Aunque el terrorismo no consiguió debilitar seriamente el zarismo, sirvió para dar al movimiento revolucionario ruso su nítido perfil internacional y ayudó a que cristalizara un consenso prácticamente universal, excepto en la extrema derecha, de que la revolución rusa era necesaria e inevitable.

Los narodniks fueron destruidos y dispersados después de 1881, aunque revivieron en forma del partido «Social Revolucionario» en los primeros años del decenio de 1900, pero esta vez los habitantes de las aldeas estaban dispuestos a escucharles. Se iban a convertir en el principal partido rural de la izquierda, aunque también revivieron su fracción terrorista, que para entonces estaba infiltrada por la policía secreta.* Como todos aquellos que aspiraban a una revolución rusa de algún tipo, habían estudiado atentamente todas las teorías al respecto procedentes de Occidente y, naturalmente, las ideas del más destacado y, gracias a la Primera Internacional, prominente teórico de la revolución social, Karl Marx. En Rusia, incluso aquellos que en otras circunstancias habrían sido liberales, eran marxistas antes de 1900, ante la imposibilidad social y política de aplicar las soluciones liberales occidentales, pues el marxismo, al menos, preveía una fase de desarrollo capitalista en el camino hacia su derrocamiento por el proletariado.

Los movimientos revolucionarios que se desarrollaron sobre las ruinas del populismo del decenio de 1870 eran marxistas, lo cual no ha de sorprender, aunque hasta los últimos años de la década de 1890 no se organizaron en un partido socialdemócrata ruso, o más bien, en un complejo de organizaciones socialdemócratas rivales, si bien ocasionalmente actuaban unidas, bajo los auspicios de la Internacional. Para entonces la idea de un partido basado en el proletariado industrial tenía cierta base real, aunque en ese período la socialdemocracia encontraba todavía su mayor apoyo entre los artesanos y obreros pobres y proletarizados de la parte septentrional del Pale, bastión del Bund judío (1897). Nos hemos acostumbrado a seguir el progreso del grupo específico de revolucionarios marxistas que finalmente prevaleció, es decir, el que dirigía Lenin (V. I. Ulianov, 1870-1924), cuyo hermano había sido ejecutado por su participación en el asesinato del zar. Aunque esto es realmente importante, sobre todo por el extraordinario genio de Lenin para conjugar la teoría y la práctica revolucionaria, hay que recordar tres hechos. Los bolcheviques** no eran más que una de las varias tendencias de la so-

* Su jefe, el agente de policía Azev (1869-1918), afrontó la compleja tarea de asesinar un número suficiente de personas destacadas para satisfacer a sus camaradas y de entregar un número suficiente de ellos como para satisfacer a la policía, sin perder la confianza de ninguno.

** Llamados así por el nombre de una mayoría provisional en el primer congreso efectivo del RSDLP (1903). En ruso, *bolshe* = más; *menshe* = menos.

cialdemocracia rusa (que a su vez era distinta de otros partidos socialistas del imperio de base nacional). De hecho, no se transformaron en un partido independiente hasta 1912, cuando casi con toda seguridad se convirtieron en la fuerza mayoritaria entre la clase obrera organizada. En tercer lugar, desde el punto de vista de los extranjeros, y también probablemente de los trabajadores rusos, las distinciones entre las diferentes clases de socialistas eran incomprensibles o parecían secundarias, pues todos ellos eran merecedores de apoyo y simpatía como enemigos del zarismo. La principal diferencia entre los bolcheviques y los demás grupos era que los camaradas de Lenin estaban mejor organizados y eran más eficaces y más fiables.[13]

Los gobiernos zaristas comprendieron claramente que la inquietud social y política era cada vez mayor y más peligrosa, aunque la inquietud campesina remitió durante algunas décadas después de la emancipación. El zarismo no sólo no desalentó, sino que a veces estimuló el antisemitismo masivo, que gozaba de extraordinario apoyo popular, como lo revelan los pogromos ocurridos después de 1881, aunque el entusiasmo antisemita era mayor en Ucrania y en las regiones del Báltico, donde se concentraba el grueso de la población judía. Los judíos, cada vez peor tratados y más discriminados, se integraron progresivamente en los movimientos revolucionarios. Por otra parte, el régimen, consciente del peligro potencial que representaba el socialismo, trató de utilizar como arma la legislación laboral e incluso durante un breve período, organizó, en los primeros años del decenio de 1900, sindicatos bajo los auspicios de la policía, que se convirtieron en auténticos sindicatos. Fue la masacre de una manifestación, dirigida desde esos ambientes, el hecho que desencadenó la revolución de 1905. No obstante, a partir de 1900 era evidente la fuerza creciente de la inquietud social. Las rebeliones campesinas, casi inexistentes durante mucho tiempo, comenzaron a revivir a partir de 1902, al tiempo que los obreros organizaban lo que equivalía a huelgas generales en Rostov del Don, Odesa y Bakú (1902-1903).

Se afirma que los regímenes débiles deben evitar las aventuras de política exterior. La Rusia zarista no se resistió a lanzarse a ese tipo de aventuras como una gran potencia (aunque de pies de barro) que insistía en jugar el papel que creía que le correspondía en la conquista imperialista. La zona elegida para su intervención era el Lejano Oriente (la construcción del ferrocarril transiberiano se realizó, en gran medida, para poder penetrar en ese territorio). Allí la expansión rusa se enfrentó con la expansión japonesa, ambas realizadas a expensas de China. Como suele ocurrir en estos episodios imperialistas, una serie de acuerdos oscuros y que se esperaba que fueran lucrativos a cargo de turbios hombres de negocios complicaron el panorama. Dado que sólo la desventurada China había luchado contra Japón, el imperio ruso fue la primera potencia que subestimó a ese formidable estado en el siglo XX. La guerra ruso-japonesa de 1904-1905, aunque causó a los japoneses 84.000 muertos y 143.000 heridos,[14] constituyó un desastre rápido y humillante para Rusia, que subrayó la debilidad del zarismo. Incluso los liberales de clase media, que en 1900 comenzaron a organizar una oposición política, se aven-

turaron a realizar manifestaciones públicas. El zar, consciente de que subía la marea revolucionaria, aceleró las negociaciones de paz. La revolución estalló en enero de 1905 antes de que hubieran concluido.

Como dijo Lenin, la revolución de 1905 fue una «revolución burguesa realizada con medios proletarios». La expresión «medios proletarios» constituye, tal vez, una simplificación, aunque de hecho fueron las huelgas masivas de la capital y las que se declararon luego en solidaridad en la mayor parte de las ciudades industriales del imperio las que forzaron al gobierno a iniciar la retirada y, más tarde, ejercieron la presión que condujo a la concesión de una especie de Constitución el 17 de octubre. Además, fueron los obreros quienes, sin duda con la experiencia acumulada en las comunidades aldeanas, se constituyeron espontáneamente en «consejos» (*soviets* en ruso), entre los cuales el soviet de los diputados de los trabajadores de San Petersburgo, establecido el 13 de octubre, actuó no sólo como una especie de parlamento de los trabajadores, sino también, durante un breve período, como la autoridad más eficaz en la capital nacional. Los partidos socialistas se apresuraron a reconocer la importancia de esas asambleas y algunos desempeñaron un papel prominente en ellas, como el joven L. B. Trotski (1879-1940) en el de San Petersburgo.* Pero aunque la intervención de los obreros, concentrados en la capital y en otros centros políticos sensibles, fue crucial, lo cierto es que, al igual que en 1917, fueron el estallido de las revueltas campesinas a escala masiva en la región de las Tierras Negras, en el valle del Volga y en algunas partes de Ucrania, y el derrumbamiento de las fuerzas armadas, dramatizado por el motín del acorazado *Potemkin*, los factores que terminaron con la resistencia zarista. También fue de gran importancia la movilización simultánea de la resistencia revolucionaria de las minorías nacionales.

Nadie puso en duda el carácter «burgués» de la revolución. No sólo las clases medias apoyaron abrumadoramente la revolución y los estudiantes (a diferencia de lo que ocurriría en octubre de 1917) se movilizaron masivamente para luchar por ella, sino que tanto los liberales como los marxistas aceptaban, de forma casi unánime, que la revolución, si triunfaba, *sólo* podía desembocar en el establecimiento de un sistema parlamentario burgués de corte occidental, con sus características libertades civiles y políticas, en el seno del cual había que luchar por desarrollar las etapas siguientes de la lucha de clases marxista. En resumen, existía el consenso de que la construcción del socialismo no figuraba en la agenda revolucionaria de proyectos inmediatos, aunque sólo fuera porque Rusia estaba demasiado atrasada. No estaba ni económica ni socialmente preparada para el socialismo.

Todo el mundo se mostraba de acuerdo en este punto, con la excepción de los socialrevolucionarios, que soñaban todavía con la perspectiva, cada vez menos plausible, de que las comunas campesinas fueran transformadas en unidades socialistas, perspectiva que, paradójicamente, sólo se hizo realidad entre los *kibbutzim* palestinos, producto de los *muzhiks* menos típicos del mundo, judíos urbanos socialistas-nacionalistas que emigraron a los Santos Lugares desde Rusia tras el fracaso de la revolución de 1905.

* La mayor parte de los restantes socialistas conocidos se hallaban en el exilio e imposibilitados para regresar a Rusia a tiempo para actuar de forma efectiva.

Sin embargo, Lenin veía tan claramente como las autoridades zaristas que la burguesía —liberal o no— de Rusia era demasiado débil, numérica y políticamente, como para arrebatar el poder al zarismo, de la misma forma que la empresa capitalista privada era demasiado débil para poder modernizar el país sin la intervención extranjera y la iniciativa del estado. Incluso cuando la revolución estaba en su punto álgido las autoridades sólo hicieron concesiones políticas modestas que no equivalían ni mucho menos a una Constitución burguesa-liberal: apenas algo más que un Parlamento elegido de forma indirecta (Duma) con poderes limitados sobre los aspectos económicos y sin poder alguno sobre el gobierno y las «leyes fundamentales»; y en 1907, cuando la insurrección revolucionaria había cedido y como se consideraba que el sufragio manipulado que se había concedido no permitía obtener una Duma suficientemente inocua, la mayor parte de la Constitución fue derogada. No se produjo el retorno a la autocracia, pero en la práctica se restableció el zarismo.

Pero, como había quedado demostrado en 1905, el zarismo podía ser derrocado. La novedad de la posición de Lenin con respecto a sus principales rivales, los mencheviques, era que él reconocía que, dada la debilidad o la ausencia de una burguesía, la revolución burguesa tenía que realizarse, por así decirlo, sin la burguesía. Sería protagonizada por la clase obrera, organizada y dirigida por el disciplinado partido vanguardista de revolucionarios profesionales, que fue la extraordinaria contribución de Lenin a la política del siglo XX y se basaría en el apoyo del campesinado hambriento de tierra, cuyo peso político en Rusia era decisivo y cuyo potencial revolucionario ya había sido demostrado. Básicamente, esta fue la posición de Lenin hasta 1917. La idea de que, en ausencia de una burguesía, los trabajadores podían tomar el poder y proceder directamente a la etapa siguiente de la revolución social (la «revolución permanente») se había previsto brevemente durante la revolución, aunque sólo fuera para estimular una revolución proletaria en Occidente, sin la cual se pensaba que las oportunidades de establecer un régimen socialista ruso a largo plazo eran prácticamente inexistentes. Lenin consideraba esa perspectiva, pero la rechazaba todavía como imposible.

El proyecto de Lenin descansaba en el desarrollo de la clase obrera, en la posibilidad de que el campesinado siguiera siendo una fuerza revolucionaria y, naturalmente, también en la movilización, adhesión, o cuando menos neutralización de las fuerzas de liberación nacional, que eran fuerzas revolucionarias en la medida en que eran enemigas del zarismo. (De ahí la insistencia de Lenin en el derecho de la autodeterminación, incluso de la secesión de Rusia, aunque los bolcheviques tenían una única organización para toda Rusia y formaban, por así decirlo, un partido nacional.) El proletariado se estaba desarrollando, dado que Rusia inició un nuevo proceso de industrialización masiva en los últimos años anteriores a 1914 y los jóvenes inmigrantes

rurales que afluían a las factorías de Moscú y San Petersburgo se mostraban más dispuestos a apoyar a los radicales bolcheviques que a los moderados mencheviques. Otro tanto cabe decir de los míseros centros provinciales, llenos de humo, carbón, hierro, textiles y barro —los Donets, los Urales, Ivanovo—, que siempre se habían inclinado hacia el bolchevismo. Tras unos años de desmoralización a raíz de la derrota de la revolución de 1905, a partir de 1912 se dejó sentir de nuevo una fortísima marea de insurrección proletaria, movimiento que adquirió tintes dramáticos por la masacre de doscientos trabajadores en huelga en las remotas minas de oro siberianas, de propiedad británica, en el río Lena.

Pero ¿mantendrían los campesinos su talante revolucionario? La reacción del gobierno del zar ante los sucesos de 1905, bajo la dirección del ministro Stolypin, capaz y decidido, fue crear un campesinado conservador, al tiempo que incrementaba la productividad agrícola iniciando decididamente una política similar a la de los *enclosures* («cercamientos») británicos. La comuna campesina sería dividida sistemáticamente en parcelas privadas para beneficio de una clase de grandes campesinos de mentalidad comercial, los *kulaks*. Si Stolypin ganaba su apuesta a «los fuertes y sobrios», la polarización social entre los ricos y los pobres, se produciría la diferenciación rural de clases anunciada por Lenin, pero, enfrentado con la perspectiva real, reconoció, con su habitual visión implacable de la realidad política, que eso no ayudaría a la revolución. No sabemos si la legislación de Stolypin podría haber alcanzado el resultado político deseado a largo plazo. Se implantó de forma generalizada en las provincias meridionales más comercializadas, sobre todo en Ucrania, y mucho menos en los demás lugares.[15] Sin embargo, dado que Stolypin fue cesado del gobierno zarista en 1911 y asesinado poco después y dado que en 1906 el imperio sólo tendría ante sí ocho años más de paz, esta cuestión es puramente académica.

Lo indudable es que la derrota de la revolución de 1905 no había tenido como resultado la aparición de una potencial alternativa «burguesa» al zarismo, y que no dio al zarismo más de media docena de años de respiro. En 1912-1914 el país era víctima de nuevo de la agitación social. Lenin estaba convencido de que se aproximaba de nuevo una situación revolucionaria. En el verano de 1914 lo único que se interponía en el camino de la revolución era la fuerza y la sólida lealtad de la burocracia, la policía y las fuerzas armadas del zar que —a diferencia de lo que ocurrió en 1904-1905— no se sentían desmoralizadas,[16] y tal vez la pasividad de los intelectuales rusos de clase media que, desmoralizados por la derrota de 1905, habían abandonado el radicalismo político por el irracionalismo y el vanguardismo cultural.

Como en tantos otros estados europeos, el estallido de la guerra sirvió para aglutinar el fervor político y social. Cuando éste pasó, fue cada vez más evidente que el zarismo estaba condenado. Así, el régimen zarista cayó en 1917.

En 1914, la revolución ya había sacudido a todos los antiguos imperios del globo, desde las fronteras de Alemania hasta el mar de la China. Como ponía de relieve la Revolución mexicana, las agitaciones en Egipto y el movimiento nacional indio, estaba comenzando también a erosionar las nuevas posesiones coloniales, fueran éstas formales o informales. No obstante, su resultado no estaba claro todavía en parte alguna y era fácil subestimar la importancia del fuego que quemaba el «material inflamable en la política mundial» de que hablaba Lenin. No estaba claro todavía que la Revolución rusa originaría un régimen comunista —el primero en la historia— y se convertiría en el acontecimiento fundamental de la política mundial del siglo XX, de la misma forma que la Revolución francesa había sido el suceso más importante en la política del siglo XIX.

Sin embargo, era obvio que, de todas las erupciones producidas en la zona sísmica social del globo, la Revolución rusa sería la que tendría una repercusión internacional más importante, pues incluso la convulsión incompleta y temporal de 1905-1906 tuvo resultados dramáticos e inmediatos. Podemos afirmar casi con toda seguridad que precipitó las revoluciones persa y turca, aceleró la Revolución china e, impulsando al emperador austríaco a introducir el sufragio universal, transformó e inestabilizó aún más el difícil panorama político del imperio de los Habsburgo. En efecto, Rusia era «una gran potencia», una de las cinco piedras angulares del sistema internacional cuyo centro era Europa y, desde luego, era el país más extenso, más poblado y el que poseía mayores recursos. Una revolución social en ese estado necesariamente había de producir importantes consecuencias a escala global, por la misma razón que de entre las numerosas revoluciones ocurridas a finales del siglo XVIII, fue la Revolución francesa la que tuvo mayores consecuencias en el escenario internacional.

Pero las repercusiones potenciales de una Revolución rusa serían incluso más amplias que las de 1789. La misma extensión física y el carácter internacional de un imperio que se extendía desde el Pacífico hasta las fronteras de Alemania hacían que su hundimiento afectara a un número mucho mayor de países en dos continentes, que en el caso de un estado aislado de Europa o Asia. Y el hecho crucial de que Rusia formara parte de los mundos de los conquistadores y de las víctimas, de los avanzados y de los atrasados, dio a su revolución una enorme resonancia potencial en ambos. Rusia era, al mismo tiempo, un gran país industrial y una economía agraria con una tecnología medieval; una potencia imperial y una semicolonia; una sociedad cuyos logros intelectuales y culturales podían compararse con los de las culturas más avanzadas del mundo occidental y un país cuyos soldados campesinos se admiraron en 1904-1905 ante la modernidad de sus captores japoneses. En resumen, una revolución rusa podía parecer importante tanto a los dirigentes obreros occidentales como a los revolucionarios orientales, en Alemania o en China.

La Rusia zarista ejemplificaba todas las contradicciones del mundo en la era imperialista. Todo lo que hacía falta para que esas contradicciones estallaran de forma simultánea era esa guerra mundial que Europa esperaba cada vez más y que se veía impotente para impedir.

13. DE LA PAZ A LA GUERRA

En el curso del debate [del 27 de marzo de 1900] expliqué ... que entendía por política mundial simplemente el apoyo y progreso de las tareas que se derivan de la expansión de nuestra industria, nuestro comercio, de la fuerza de trabajo, actividad e inteligencia de nuestro pueblo. Nuestra intención no era la de llevar adelante una política agresiva de expansión. Sólo queríamos proteger los intereses vitales que habíamos adquirido, en el curso natural de los acontecimientos, en todo el mundo.

El canciller alemán VON BÜLOW, 1900[1]

No existe seguridad de que una mujer pierda a su hijo si éste acude al frente, de hecho, la mina de carbón y la estación de maniobras son lugares más peligrosos que el campo de batalla.

BERNARD SHAW, 1902[2]

Glorificaremos la guerra —la única higiene posible para el mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructivo de los portadores de libertad, las ideas hermosas por las que merece la pena morir y el desprecio de la mujer.

F. T. MARINETTI, 1909[3]

I

Desde agosto de 1914 las vidas de los europeos han estado rodeadas, impregnadas y atormentadas por la guerra mundial. En este momento, la gran mayoría de la población de este continente que tiene más de setenta años ha vivido al menos dos guerras. Todos los que superan los cincuenta años de edad, a excepción de suecos, suizos, irlandeses del sur y portugueses, han conocido al menos una. Incluso aquellos que nacieron después de 1945, cuando las armas de fuego ya habían dejado de disparar a lo largo de las fronteras de Europa, apenas han vivido un año en que no hubiera una guerra en alguna parte del mundo y han permanecido toda su vida a la negra sombra de un tercer conflicto mundial, un conflicto nuclear, que, según afirmaban todos

los gobiernos, sólo era posible evitar mediante la carrera interminable para asegurarse la destrucción mutua. ¿Cómo es posible afirmar que un período de esas características es una época de paz, aunque se haya podido evitar una catástrofe global durante tanto tiempo como se pudo evitar un gran conflicto entre las potencias europeas (entre 1871 y 1914)? Como decía el gran filósofo Thomas Hobbes:

> La guerra consiste no sólo en la batalla ni en el acto de luchar, sino en un espacio de tiempo en el que la voluntad de enfrentarse por medio de la batalla es suficientemente conocida.[4]

¿Quién puede negar que esta ha sido la situación del mundo desde 1945?

No ocurría lo mismo en los años anteriores a 1914: la paz era entonces el marco normal y esperado de la vida europea. Desde 1815 no había habido una guerra en la que estuvieran implicadas todas las potencias europeas. Desde 1871, ninguna potencia europea había ordenado a sus ejércitos que atacaran a los de otra potencia. Las grandes potencias elegían a sus víctimas entre los débiles y en el mundo no europeo, aunque a veces incurrían en errores de cálculo respecto a la resistencia de sus enemigos: los bóers causaron a los británicos muchos más problemas de lo esperado y los japoneses consiguieron su posición de gran potencia derrotando a Rusia en 1904-1905 con sorprendente facilidad. En el territorio de las víctimas potenciales más próximas y de mayor extensión, el imperio otomano, en proceso de desintegración desde hacía tiempo, la guerra era una posibilidad permanente porque los pueblos sometidos intentaban convertirse en estados independientes y posteriormente lucharon entre sí arrastrando a las grandes potencias a esos conflictos. Los Balcanes eran calificados como el polvorín de Europa y, ciertamente, fue allí donde estalló la explosión global de 1914. Pero la «cuestión oriental» era un tema familiar en la agenda de la diplomacia internacional, y si bien es cierto que había dado lugar a una constante sucesión de crisis internacionales durante un siglo e incluso una guerra internacional importante (la guerra de Crimea), nunca había llegado a descontrolarse por completo. A diferencia de lo que ocurre con el Oriente Medio desde 1945, para la mayoría de los europeos que no vivían allí, los Balcanes pertenecían al dominio de las historias de aventuras, como las del autor alemán de novelas juveniles Karl May, o incluso al dominio de la opereta. La imagen de las guerras balcánicas a finales del siglo XIX era la que refleja Bernard Shaw en *Arms and the Man*, que se convirtió en un musical (*El soldado de chocolate*, obra de un compositor vienés en 1908).

Desde luego, se admite la posibilidad de una guerra europea general, que preocupaba no sólo a los gobiernos y sus estados mayores, sino a la opinión pública en general. A partir de los primeros años de la década de 1870, la ficción y la futurología, sobre todo en el Reino Unido y Francia, produjeron parodias, normalmente poco realistas, de una guerra futura. En la década de 1880 Friedrich Engels analizó las posibilidades de una guerra mundial, mientras

que el filósofo Nietzsche saludó (con una actitud insana pero de forma profética) la creciente militarización de Europa y predijo el estallido de una guerra que «diría sí al bárbaro, incluso al animal salvaje que hay dentro de nosotros».[5] En la década de 1890 la preocupación sobre la guerra era lo bastante fuerte como para inducir a la celebración de una serie de congresos mundiales de paz —el 21 congreso debía celebrarse en Viena en septiembre de 1914—, la concesión de premios Nobel de la Paz (1897) y la primera de las conferencias de paz de La Haya (1899), así como reuniones internacionales de escépticos representantes de los gobiernos y el primero de muchos encuentros, desde entonces, en los que los gobiernos han declarado su inquebrantable, aunque teórico, compromiso con el ideal de la paz. A partir de 1900 la guerra se acercó notablemente y hacia 1910 todo el mundo era consciente de su inminencia.

Sin embargo, su estallido *no se esperaba* realmente. Incluso durante los últimos días de la crisis internacional de julio de 1914, cuando la situación ya era desesperada, los estadistas, que estaban dando los pasos fatales, no creían realmente que estaban iniciando una guerra mundial. Con toda seguridad, se podría encontrar alguna fórmula, como tantas veces había ocurrido en el pasado. Los enemigos de la guerra tampoco podían creer que la catástrofe que durante tanto tiempo habían pronosticado se cernía ya sobre ellos. En los últimos días de julio, *después* de que Austria hubiera declarado ya la guerra a Serbia, los líderes del socialismo internacional se reunieron, profundamente perturbados pero convencidos todavía de que una guerra general era imposible, de que se encontraría una solución pacífica a la crisis. «Personalmente no creo que estalle una guerra general», afirmó Viktor Adler, jefe de la socialdemocracia austrohúngara, el 29 de julio.[6] Incluso aquellos que apretaron los botones de la destrucción lo hicieron no porque lo desearan, sino porque no podían evitarlo, como el emperador Guillermo que preguntó a sus generales en el último momento si, después de todo, no era posible localizar la guerra en el este de Europa, suspendiendo el ataque contra Francia y Rusia, a lo que le contestaron que desgraciadamente eso era totalmente imposible. Aquellos que habían construido los molinos de la guerra y apretaron los interruptores se vieron contemplando, en una especie de asombrada incredulidad, cómo sus ruedas comenzaban el trabajo de moler. Es difícil, para cuantos hayan nacido después de 1914, imaginar hasta qué punto era profunda la convicción que existía antes del diluvio de que la guerra mundial no estallaría «realmente».

Así pues, para la mayor parte de los países occidentales y durante la mayor parte del período transcurrido entre 1871 y 1914, la guerra europea era un recuerdo histórico o un ejercicio teórico para un futuro indeterminado. La función fundamental de los ejércitos en sus sociedades era de carácter civil. El servicio militar obligatorio —el reclutamiento— era la regla en todas las potencias con la excepción del Reino Unido y los Estados Unidos, aunque de hecho no todos los jóvenes eran reclutados; y con el desarrollo de los movimientos socialistas de masas los generales y los políticos se sentían reticentes —equivocadamente, como luego se demostró— ante el hecho de poner las armas en manos de unos proletarios potencialmente revolucionarios. Para los reclutas ordinarios, más familiarizados con la servidumbre que con las glorias de la vida militar, enrolarse en el ejército se convirtió en un rito que indicaba que un muchacho se había convertido en hombre, rito al que seguían dos o tres años de ejercicios y duro trabajo, que sólo la atracción que el uniforme ejercía sobre las muchachas hacía tolerable. Para los soldados profesionales el ejército era un trabajo. Para los oficiales era un juego de niños que protagonizaban los adultos, símbolo de su superioridad sobre la población civil, de esplendor viril y de estatus social. Como siempre, para los generales era el campo de batalla donde se desarrollaban las intrigas políticas y los celos profesionales, ampliamente documentados en las memorias de jefes militares.

En cuanto a los gobiernos y las clases dirigentes, los ejércitos no sólo eran fuerzas que se utilizaban contra los enemigos internos y externos, sino también un medio de asegurarse la lealtad, incluso el entusiasmo activo, de los ciudadanos que sentían peligrosas simpatías por los movimientos de masas que minaban el orden social y político. Junto con la escuela primaria, el servicio militar era, tal vez, el mecanismo más poderoso de que disponía el estado para inculcar un comportamiento cívico adecuado y, sobre todo, para convertir al habitante de una aldea en un ciudadano patriota de una nación. La escuela y el servicio militar enseñaron a los italianos a comprender, si no a hablar, la lengua «nacional» oficial, y el ejército convirtió los espaguetis, que hasta entonces eran un plato de las regiones pobres del sur, en una institución italiana. En cuanto a la ciudadanía, el teatro callejero de las exhibiciones militares multiplicó sus manifestaciones para su gozo, inspiración e identificación patriótica: desfiles, ceremonias, banderas y música. Para los habitantes no militares de Europa, entre 1871 y 1914 el aspecto más familiar de los ejércitos fue, probablemente, la omnipresente banda militar, sin la cual los parques públicos y las celebraciones eran difíciles de imaginar.

Naturalmente, los soldados y, más raramente, los marineros también realizaban en ocasiones su trabajo específico. Podían ser movilizados para reprimir el desorden y la protesta en momentos de crisis social. Los gobiernos, especialmente los que debían preocuparse de la opinión pública y sus electores, tenían cuidado en no poner a las tropas ante el riesgo de disparar a sus conciudadanos: las consecuencias políticas del hecho de que los soldados dispararan contra los civiles podían ser muy negativas, pero su negativa a hacerlo podía tener consecuencias aún peores, como quedó demostrado en Petrogrado en 1917. Sin embargo, las tropas se movilizaban con bastante frecuencia y el número de víctimas domésticas de la represión militar fue bastante numeroso en este período, incluso en los estados de la Europa central y occidental que no se consideraba que estuviesen a las puertas de la revolución, como Bélgica y los Países Bajos. En países como Italia el número de víctimas fue muy elevado.

Para las tropas, la represión doméstica era una tarea nada peligrosa, pero

las guerras ocasionales, sobre todo en las colonias, entrañaban mayor riesgo. Ciertamente, el riesgo era más de tipo médico que militar. De los 274.000 soldados estadounidenses movilizados en la guerra hispano-norteamericana de 1898, sólo 379 resultaron muertos y 1.600 heridos, pero más de 5.000 murieron a causa de las enfermedades tropicales. No es sorprendente que los gobiernos respaldaran la investigación médica que, en el período que estudiamos, permitió alcanzar cierto control sobre la fiebre amarilla, la malaria y otras plagas de los territorios que todavía se conocen como la «tumba del hombre blanco». Entre 1871 y 1908 Francia perdió, en sus acciones militares en las colonias, un promedio de ocho oficiales por año, incluyendo la única zona en que las bajas eran importantes, Tonkín, donde cayeron casi la mitad de los 300 oficiales muertos en esos treinta y siete años.[7] No hay que subestimar la importancia de esas campañas, sobre todo porque las bajas que se producían entre las víctimas eran extraordinariamente altas. Incluso para los países agresores, esas guerras eran cualquier cosa menos expediciones deportivas. El Reino Unido envió 450.000 hombres a Suráfrica en 1899-1902, perdiendo 29.000, que resultaron muertos en batalla y a causa de sus heridas y 16.000 como consecuencia de las enfermedades, con un coste total de 220 millones de libras. Los costes de los ejércitos no dejaban de ser importantes. Sin embargo, el trabajo del soldado en los países occidentales era mucho menos peligroso que el de algunos grupos de trabajadores civiles, como los de los transportes (especialmente marítimos) y los de las minas. En los tres últimos años de las largas décadas de paz, morían cada año un promedio de 1.430 mineros británicos, y 165.000 (más del 10 por 100 de la mano de obra) resultaban heridos. El índice de bajas en las minas de carbón británicas, aunque más alto que el de Bélgica o Austria, era algo más bajo que el de las minas francesas, un 30 por 100 inferior al de las alemanas y algo más de un tercio menor que en las minas de los Estados Unidos.[8] Los mayores riesgos para la vida y la integridad física no los corrían los hombres de uniforme.

Así pues, si exceptuamos la guerra que el Reino Unido libró en Suráfrica, la vida del soldado y el marinero de una gran potencia era bastante pacífica, aunque no puede decirse lo mismo de los ejércitos de la Rusia zarista, que protagonizaron serios enfrentamientos contra los turcos en el decenio de 1870 y una guerra desastrosa contra los japoneses en 1904-1905; idéntica situación vivían los japoneses, que lucharon contra China y Rusia con gran éxito. Esa vida pacífica a la que hacíamos referencia queda reflejada en las memorias y aventuras de ese ex miembro inmortal del famoso regimiento 91 del ejército imperial y real austríaco, el buen soldado Schwejk (inventado por su autor en 1911). Naturalmente, los estados mayores generales se preparaban para la guerra, como era su obligación. Como siempre, la mayor parte de ellos se preparaban para una versión más perfecta del último gran conflicto que figuraba en la experiencia o el recuerdo de los comandantes de las academias militares. Los británicos, como era lógico en la potencia naval más importante, sólo estaban preparados para una participación modesta en la lucha

en tierra, aunque cada vez se hizo más evidente para los generales que acordaron la cooperación con los aliados franceses en los años anteriores a 1914 que las exigencias iban a ser mucho mayores. Pero en conjunto fueron los civiles los que predijeron las terribles transformaciones del arte de la guerra, gracias a los progresos de la tecnología militar que los generales —e incluso en algunos casos los almirantes, mejor preparados técnicamente— tardaban en comprender. Friedrich Engels, ese viejo militar aficionado, llamaba frecuentemente la atención sobre su estupidez, pero fue un financiero judío, Ivan Bloch, quien en 1898 publicó en San Petersburgo los seis volúmenes de su obra *Aspectos técnicos, económicos y políticos de la próxima guerra*, obra profética que predijo la técnica militar de la guerra de trincheras que conduciría a un prolongado conflicto cuyo intolerable coste económico y humano agotaría a los beligerantes o los conduciría a la revolución social. El libro fue rápidamente traducido a numerosos idiomas, sin que tuviera influencia alguna en la planificación militar.

Mientras que sólo algunos civiles comprendían el carácter catastrófico de la guerra futura, los gobiernos, ajenos a ello, se lanzaron con todo entusiasmo a la carrera de equiparse con el armamento cuya novedad tecnológica les permitiera situarse a la cabeza. La tecnología para matar, ya en proceso de industrialización a mediados de la centuria (véase *La era del capital*, capítulo 4, II), progresó de forma extraordinaria en el decenio de 1880, no sólo por la revolución virtual en la rapidez y potencia de fuego de las armas pequeñas y de la artillería, sino también por la transformación de los barcos de guerra al dotarlos de motores de turbina más eficaces, de un blindaje protector más eficaz y de la capacidad de llevar un número mucho mayor de cañones. Por cierto, incluso la tecnología para matar civiles se transformó debido a la invención de la «silla eléctrica» (1890), aunque fuera de los Estados Unidos los verdugos se mantenían fieles a los métodos antiguos y experimentados, como la horca y la guillotina.

Una consecuencia evidente de cuanto hemos dicho fue que la preparación para la guerra resultó mucho más costosa, sobre todo porque todos los estados competían para mantenerse en cabeza, o al menos para no verse relegados con respecto a los demás. Esta carrera de armamentos comenzó de forma modesta a finales del decenio de 1880 y se aceleró con el comienzo del nuevo siglo, particularmente en los últimos años anteriores a la guerra. Los gastos militares británicos permanecieron estables en las décadas de 1870 y 1880, tanto en cuanto al porcentaje del presupuesto total como en el gasto per cápita. Sin embargo, pasaron de 32 millones de libras en 1887 a 44,1 millones de libras en 1898-1899, y a más de 77 millones de libras en 1913-1914. No ha de sorprender que fuera a la armada, el sector de la alta tecnología, que equivalía al sector de los misiles del gasto moderno en armamentos, a la que correspondió el crecimiento más espectacular. En 1885 costó al estado 11 millones de libras, aproximadamente la misma cantidad que en 1860. Sin embargo, ese coste se había multiplicado por cuatro en 1913-1914. Mientras tanto, el coste de la armada alemana se elevó de forma más espectacular aún:

pasó de 90 millones de marcos anuales a mediados del decenio de 1890 hasta casi 400 millones.[9]

Una consecuencia de tan importantes gastos fue la necesidad de recurrir a impuestos más elevados, a unos préstamos inflacionarios o a ambos procedimientos para financiarlos. Pero una consecuencia igualmente evidente, aunque con frecuencia ignorada, fue que convirtió, cada vez más, a la muerte por las diferentes patrias en una consecuencia de la industria a gran escala. Alfred Nobel y Andrew Carnegie, dos capitalistas que sabían qué era lo que les había convertido en millonarios en la industria de los explosivos y el acero, intentaron compensar esa situación dedicando parte de su riqueza a la causa de la paz. Al actuar así se comportaban de forma atípica. La simbiosis de la guerra y la producción para la guerra transformó inevitablemente las relaciones entre el gobierno y la industria, pues, como apuntó Friedrich Engels en 1892, «cuando la guerra se convirtió en una rama de la *grande industrie* ... la *grande industrie* pasó a ser una necesidad política».[10] Al mismo tiempo, el estado se convirtió en un elemento esencial para determinadas ramas de la industria, pues ¿quién, si no el gobierno, aprovisionaba de armamento a los clientes? No era el mercado el que decidía qué productos tenía que fabricar la industria, sino la competencia interminable de los gobiernos para conseguir el aprovisionamiento adecuado de las armas más avanzadas, y por tanto más eficaces. Más aún, los gobiernos no necesitaban tanto la fabricación real de armas, sino la capacidad para producirlas para satisfacer las necesidades de tiempo de guerra, si la ocasión se presentaba; es decir, tenían que garantizar que la industria tuviera una capacidad de producción muy superior a las necesidades de tiempo de paz.

Los estados se veían obligados, pues, a garantizar de alguna forma la existencia de poderosas industrias nacionales de armamento, a hacerse cargo de una gran parte de sus costes de desarrollo técnico y a preocuparse de que produjeran pingües beneficios. En otras palabras tenían que proteger a esas industrias de los vientos huracanados que amenazaban a los barcos de la empresa capitalista que navegaban por los mares imprevisibles del libre mercado y la libre competencia. Ciertamente, podrían haberse hecho cargo directamente de las manufacturas de armamento, como lo habían hecho durante mucho tiempo. Pero en ese tiempo los diferentes estados —o al menos el estado británico liberal— preferían establecer acuerdos con las empresas privadas. En la década de 1880, los fabricantes privados de armamento conseguían más de una tercera parte de sus pedidos en las fuerzas armadas, en 1890 el 46 por 100 y en 1900 el 60 por 100. El gobierno estaba dispuesto a garantizarles las dos terceras partes de su producción.[11] No es sorprendente que las empresas de armamento se contaran entre los gigantes de la industria o se unieran a ellos: la guerra y la concentración capitalista iban de la mano. En Alemania, Krupp, el rey de los cañones, tenía 16.000 empleados en 1873, 24.000 en 1890, 45.000 en 1900, y casi 70.000 en 1912, cuando salió de sus fábricas el cañón número 50.000. En la Britain Armstrong, Whitworth tenía 12.000 empleados en sus principales factorías en Newcastle, número que se incrementó a 20.000 empleados —más del 40 por 100 de todos los trabajadores del metal del Tyneside— en 1914, sin contar los hombres que trabajaban en las 1.500 pequeñas fábricas que vivían de los subcontratos de Armstrong. Obtenían extraordinarios beneficios. Al igual que el «complejo militar-industrial» moderno de los Estados Unidos, estas gigantescas concentraciones industriales habrían quedado en nada sin la carrera de armamentos emprendida por los gobiernos. Por esa razón resulta tentador hacer a esos «mercaderes de la muerte» (esta expresión se hizo popular entre los que luchaban por la paz) responsables de la «guerra del acero y el oro», como la llamaría un periodista británico. ¿Acaso no era lógico que la industria de armamento tratara de acelerar la carrera de armamentos, si era necesario inventando inferioridades nacionales o «escaparates de vulnerabilidad», que se podían hacer desaparecer con contratos lucrativos? Una empresa alemana, especializada en la fabricación de ametralladoras, consiguió hacer publicar en *Le Figaro* que el gobierno francés estaba dispuesto a duplicar el número de ametralladoras que poseía. Inmediatamente, el gobierno alemán ordenó un pedido de esas armas en 1908-1910 por valor de 40 millones de marcos, elevando así los dividendos de la empresa del 20 al 30 por 100.[12] Una firma británica, argumentando que su gobierno había subestimado gravemente el programa de rearme naval alemán, se benefició con 250.000 libras por cada nuevo «acorazado» que construyó el gobierno británico, que duplicó su construcción naval. Una serie de individuos elegantes y turbios, como el griego Basil Zaharoff, que actuaba en nombre de la empresa Vickers (y más tarde recibió el título de sir por sus servicios a los aliados en la primera guerra mundial), se ocupaban de que las industrias de armamento de las grandes potencias vendieran sus productos menos vitales u obsoletos a los estados del Oriente Próximo y de América Latina, siempre dispuestos a comprar ese tipo de mercancía. En resumen, el comercio internacional moderno de la muerte andaba por buen camino.

Sin embargo, no se puede explicar el estallido de la guerra mundial como una conspiración de los fabricantes de armamento, aunque desde luego los técnicos hacían cuanto estaba en sus manos para convencer a los generales y almirantes, más familiarizados con los desfiles militares que con la ciencia, de que todo se perdería si no encargaban la última arma de fuego o el barco de guerra más reciente. Es cierto que la acumulación de armamento, que alcanzó proporciones temibles en los cinco años inmediatamente anteriores a 1914, hizo que la situación fuera más explosiva. No hay duda de que llegó un momento, al menos en el verano de 1914, en que la máquina inflexible de movilización de las fuerzas de la muerte no podía ser colocada ya en la reserva. Pero lo que impulsó a Europa hacia la guerra no fue la carrera de armamentos en sí misma, sino la situación internacional que lanzó a las potencias a iniciarla.

II

El debate sobre los orígenes de la primera guerra mundial no ha cesado desde agosto de 1914. Probablemente se ha gastado más tinta, se ha utilizado mayor número de árboles para fabricar papel, se han empleado más máquinas de escribir para responder a esta cuestión que a cualquier otra en la historia, tal vez más incluso que en el debate sobre la Revolución francesa. El debate ha revivido una y otra vez con el paso de las generaciones y conforme la política nacional e internacional se ha transformado. No había hecho Europa sino sumergirse en la catástrofe cuando los beligerantes comenzaron a preguntarse por qué la diplomacia internacional no había conseguido impedirla y a acusarse unos a otros de ser responsables de la guerra. Los enemigos de la guerra comenzaron inmediatamente a realizar sus propios análisis. La Revolución rusa de 1917, que publicó los documentos secretos del zarismo, acusó al imperialismo en su conjunto. Los aliados victoriosos hicieron de la tesis de la culpabilidad exclusiva de Alemania la piedra angular del tratado de paz de Versalles de 1919 y precipitaron una marea de documentación y de escritos históricos propagandistas a favor, y fundamentalmente en contra, de esta tesis. Naturalmente, la segunda guerra mundial revivió el debate, que algunos años más tarde cobró nuevos impulsos cuando la historiografía de la izquierda reapareció en la República Federal de Alemania, ansiosa de romper con las ortodoxias conservadoras y patrióticas de los nazis alemanes, poniendo el énfasis en su propia versión de la responsabilidad de Alemania. Las discusiones sobre los peligros para la paz mundial, que, por razones obvias, no han cesado desde los acontecimientos de Hiroshima y Nagasaki, buscan inevitablemente posibles paralelismos entre los orígenes de las guerras mundiales pasadas y las perspectivas internacionales actuales. Mientras que los propagandistas preferían la comparación con los años anteriores a la segunda guerra mundial («Munich»), los historiadores han buscado cada vez más las similitudes entre los problemas de 1980 y de 1910. De esta forma, los orígenes de la primera guerra mundial se han convertido de nuevo en una cuestión de interés inmediato. En estas circunstancias, cualquier historiador que intenta explicar, como debe hacerlo el historiador del período que estudiamos, por qué comenzó la primera guerra mundial se ve obligado a sumergirse en aguas profundas y turbulentas.

Con todo, podemos simplificar su tarea eliminando interrogantes para los que no existe respuesta. Es fundamental en este sentido la cuestión de quién fue el culpable de la guerra, que implica un juicio moral y político, pero que sólo afecta a los historiadores de forma periférica. Si lo que nos interesa es saber por qué un siglo de paz europea dejó paso a un período de guerras mundiales, la cuestión de quién era el culpable es de muy escaso interés, como lo es la cuestión de si Guillermo el Conquistador tenía derecho a invadir Inglaterra para estudiar la razón por la que una serie de pueblos guerreros procedentes de Escandinavia conquistaron extensas zonas de Europa en los siglos X y XI.

Desde luego, muchas veces se pueden delimitar las responsabilidades en las guerras. Pocos podrían negar que en el decenio de 1930 la actitud de Alemania era agresiva y expansionista, mientras que la de sus adversarios era esencialmente defensiva. Nadie negaría que las guerras de expansión imperialista del período que analizamos, como la guerra hispano-norteamericana de 1898 y la guerra surafricana de 1899-1902, fueron provocadas por los Estados Unidos y el Reino Unido y no por sus víctimas. En cualquier caso, es sabido que todos los gobiernos del siglo XIX, aunque preocupados por sus relaciones públicas, consideraban las guerras como contingencias normales de la política internacional y eran lo bastante honestos como para admitir que bien podían tomar la iniciativa militar. A los ministerios de la Guerra no se les conocía todavía, como ocurriría más tarde en todas partes, con el eufemístico nombre de ministerios de Defensa.

Ahora bien, es totalmente seguro que ningún gobierno de una gran potencia en los años anteriores a 1914 deseaba una guerra general europea y tampoco —a diferencia de lo que ocurrió en los decenios de 1850 y 1860— un conflicto militar limitado con otra gran potencia europea. Esto queda plenamente demostrado por el hecho de que allí donde las ambiciones políticas de las grandes potencias entraban en oposición directa, es decir, en las zonas de ultramar objeto de conquistas coloniales y de repartos, sus numerosas confrontaciones se solucionaban siempre con un acuerdo pacífico. Incluso las más graves de esas crisis, las de Marruecos de 1906 y 1911, se solucionaron. En vísperas del estallido de 1914, los conflictos coloniales no parecían seguir planteando problemas insolubles para las diferentes potencias competidoras, hecho que se ha utilizado, sin justificación, para afirmar que las rivalidades imperialistas no influyeron en absoluto en el estallido de la primera guerra mundial.

Ciertamente, las potencias no eran ni mucho menos pacíficas y desde luego, nada pacifistas. Se preparaban para una guerra europea —a veces erróneamente—,* aunque sus ministros de Asuntos Exteriores intentaban por todos los medios evitar lo que unánimemente se consideraba como una catástrofe. En el decenio de 1900 ningún gobierno se había planteado unos objetivos que, como ocurrió en el caso de Hitler en la década de 1930, sólo la guerra o la constante amenaza de la guerra podían alcanzar. Incluso Alemania, cuyo jefe de Estado Mayor instaba en vano a realizar un ataque preventivo contra Francia mientras su aliada Rusia estaba inmovilizada por la guerra y, más tarde, por la derrota y la revolución, en 1904-1905, sólo utilizó la oportunidad de oro que se le presentaba como consecuencia de la debilidad y el aislamiento momentáneos de Francia, para plantear sus afanes imperialistas sobre Marruecos, tema fácil de manejar y por el que nadie te-

* El almirante Raeder afirmó incluso que en 1914 los oficiales navales alemanes no tenían un plan para la guerra contra el Reino Unido.[9]

nía la intención de iniciar un conflicto importante. Ningún gobierno de una gran potencia, ni siquiera los más ambiciosos, frívolos e irresponsables, deseaban un enfrentamiento serio. El viejo emperador Francisco José, al anunciar el estallido de la guerra a sus súbditos en 1914, fue totalmente sincero cuando afirmó: «No deseaba que esto ocurriera» («Ich hab es nicht gewollt»), aunque fue su gobierno el que realmente la provocó.

Lo más que puede afirmarse es que en un momento determinado en la lenta caída hacia el abismo, la guerra pareció tan inevitable que algunos gobiernos decidieron que era necesario elegir el momento más favorable, o el menos inconveniente, para iniciar las hostilidades. Se ha dicho que Alemania buscaba ese momento desde 1912 pero no habría podido ser antes. Ciertamente, durante la crisis final de 1914, precipitada por el intrascendente asesinato de un archiduque austríaco a manos de un estudiante terrorista en una ciudad de provincias de los Balcanes, Austria sabía que se arriesgaba a que estallara un conflicto mundial al amenazar a Serbia, y Alemania, con su decisión de apoyar plenamente a su aliada, hizo que el conflicto fuera seguro. «La balanza se inclina contra nosotros», afirmó el ministro austríaco de la Guerra el 7 de julio. ¿No era mejor iniciar la lucha antes de que se inclinara más? Por su parte, Alemania actuó siguiendo el mismo tipo de argumentación. Sólo en este sentido limitado puede entenderse la cuestión de la culpabilidad de la guerra. Pero como mostraron los acontecimientos, en el verano de 1914, a diferencia de lo que había ocurrido en otras crisis anteriores, la paz fue rechazada por todas las potencias, incluso por los británicos, de quienes los alemanes esperaban que permanecieran neutrales, incrementando así sus posibilidades de derrotar a Francia y Rusia.* Ninguna de las grandes potencias hubiera dado el golpe de gracia a la paz, incluso en 1914, sin estar plenamente convencida de que sus heridas ya eran mortales.

Por tanto, el problema de descubrir los orígenes de la primera guerra mundial no es el de hallar al «agresor». El origen del conflicto se halla en el carácter de una situación nacional cada vez más deteriorada, que fue escapando progresivamente al control de los gobiernos. Gradualmente, Europa se encontró dividida en dos bloques opuestos de grandes potencias. Esos bloques eran nuevos y resultaban esencialmente de la aparición en el escenario europeo de un imperio alemán unificado, establecido mediante la diplomacia y la guerra a expensas de otros (cf. *La era del capital*, capítulo 4) entre 1864 y 1871, y que trataba de protegerse contra su principal perdedor, Francia, mediante una serie de alianzas en tiempo de paz, que a su vez desembocaron en otras contraalianzas. Las alianzas, aunque implican la posibilidad de la guerra, no la hacen inevitable ni probable. De hecho, el canciller alemán Bismarck, que durante veinte años, a partir de 1871, fue el indiscutible campeón

* La estrategia alemana (el «Plan Schlieffen» de 1905) preveía un rápido ataque contra Francia seguido por un rápido ataque contra Rusia. El primero implicó la invasión de Bélgica, dando así al Reino Unido una excusa para entrar en la guerra, causa con la que de hecho había estado comprometida desde hacía mucho tiempo.

en el juego de ajedrez diplomático multilateral, se dedicó en exclusiva y con éxito a mantener la paz entre las potencias. El sistema de bloques de potencias sólo llegó a ser un peligro para la paz cuando las alianzas enfrentadas se hicieron permanentes, pero sobre todo cuando las disputas entre los dos bloques se convirtieron en confrontaciones incontrolables. Eso fue lo que ocurrió al comenzar la nueva centuria. El interrogante fundamental es: ¿por qué?

No obstante, existía una diferencia importante entre las tensiones internacionales que desembocaron en la primera guerra mundial y las que alimentan el peligro de una tercera, que en la década de 1980 todavía esperamos evitar. Desde 1945 no existe duda alguna sobre los principales adversarios en una tercera guerra mundial: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero en 1880, el alineamiento de las potencias en 1914 era totalmente impredecible. Naturalmente, era fácil determinar una serie de aliados y enemigos potenciales: Alemania y Francia estarían en bandos opuestos, aunque sólo fuera porque Alemania se había anexionado amplias zonas de Francia (Alsacia-Lorena) tras su victoria de 1871. Tampoco era difícil predecir el mantenimiento de la alianza entre Alemania y Austria-Hungría, que Bismarck había forjado después de 1866, porque el equilibrio interno del nuevo imperio alemán exigía como elemento indispensable la pervivencia del multinacional imperio de los Habsburgo. Como bien sabía Bismarck, su desintegración en diferentes fragmentos nacionales no sólo produciría el hundimiento del sistema de estados de la Europa central y oriental, sino que destruiría también la base de una «pequeña Alemania» dominada por Prusia. De hecho, ambas cosas ocurrieron durante la primera guerra mundial. El rasgo diplomático más característico del período 1871-1914 fue la perpetuación de la «Triple Alianza» de 1882, que en realidad era una alianza germanoaustríaca, pues el tercer integrante de la alianza, Italia, no tardó en apartarse y unirse al bando antialemán en 1915.

Era obvio también que Austria, inmersa en una problemática situación en los Balcanes como consecuencia de sus problemas multinacionales y en posición más difícil que nunca desde que ocupara Bosnia-Herzegovina en 1878, estaba enfrentada con Rusia en esa región.* Aunque Bismarck intentó por todos los medios mantener estrechas relaciones con Rusia, no era difícil prever que antes o después Alemania se vería obligada a elegir entre Viena y San Petersburgo, y necesariamente habría de optar por Viena. Además, una vez que Alemania se olvidó de la opción rusa en los últimos años del decenio de 1880, era lógico que Rusia y Francia se aproximaran, como de hecho lo hicieron en 1891. Ya en la década de 1880 Friedrich Engels había previsto esa alianza, dirigida, naturalmente, contra Alemania. En los primeros años de la década de 1890, dos grupos de potencias se enfrentaban, pues, en Europa.

* Los pueblos eslavos del sur se hallaban en parte en la mitad austriaca del imperio de los Habsburgo (eslovenos, croatas, dálmatas) y en parte en la mitad húngara (croatas y algunos serbios), y parcialmente bajo una administración imperial común (Bosnia-Herzegovina), mientras que el resto ocupaban pequeños reinos independientes (Serbia, Bulgaria y el miniprincipado de Montenegro) y quedaban bajo el yugo turco (Macedonia).

Aunque ese hecho incrementó la tensión de las relaciones internacionales, no hizo inevitable una guerra general europea, porque los conflictos que separaban a Francia y Alemania (Alsacia-Lorena) carecían de interés para Austria, y los que enfrentaban a Austria y Rusia (el grado de influencia rusa en los Balcanes) no influían en absoluto en Alemania. Bismarck consideraba que los Balcanes no valían la vida de un solo granadero de Pomerania. Francia no tenía serias diferencias con Austria, ni tampoco Rusia con Alemania. Por esa razón, eran pocos los franceses que pensaban que las diferencias que existían entre Francia y Alemania, aunque permanentes, debían ser solucionadas mediante la guerra y, por otra parte, las que enfrentaban a Austria y Rusia, aunque —como quedó patente en 1914— potencialmente más graves, sólo surgían de forma intermitente. Tres acontecimientos convirtieron el sistema de alianzas en una bomba de tiempo: una situación internacional de gran fluidez, desestabilizada por nuevos problemas y ambiciones de las potencias, la lógica de la planificación militar conjunta que permitió un enfrentamiento permanente entre los bloques y la integración de la quinta gran potencia, el Reino Unido, en uno de los bloques. (Nadie se preocupaba mucho de Italia, que sólo por una cuestión de cortesía internacional era calificada de «gran potencia».) Entre 1903 y 1907, y para sorpresa de todo el mundo, incluidos los británicos, el Reino Unido ingresó en el bando antialemán. Para comprender el origen de la primera guerra mundial es importante analizar los inicios de ese antagonismo anglo-alemán.

La «Triple Entente» fue sorprendente tanto para el enemigo del Reino Unido como para sus aliados. No existía una tradición de enfrentamiento del Reino Unido con Prusia, ni tampoco razones permanentes para ello, y tampoco parecía haberlas ahora para enfrentarse con la «super-Prusia», que se conocía como imperio alemán. Por otra parte, el Reino Unido había sido un enemigo de Francia en la casi totalidad de los conflictos europeos desde 1688. Aunque ese ya no era el caso, tal vez porque Francia ya no era capaz de dominar el continente, lo cierto es que las fricciones entre ambos países se estaban intensificando, aunque sólo fuera por el hecho de que ambos competían por el mismo territorio e influencia como potencias imperialistas. Las relaciones eran tensas respecto a Egipto, que ambos países ambicionaban pero que fue ocupado por los británicos, junto con el canal de Suez, financiado por los franceses. Durante la crisis de Fashoda de 1898 parecía que podría correr la sangre, cuando las tropas coloniales británicas y francesas se enfrentaron en el traspaís del Sudán. En cuanto al reparto de Africa, con frecuencia los beneficios que obtenía una de esas dos potencias los conseguía a expensas de la otra. Por lo que respecta a Rusia, los imperios británico y zarista habían sido adversarios constantes en el ámbito balcánico y mediterráneo de la llamada «cuestión oriental» y en las zonas mal definidas pero duramente disputadas del Asia central y occidental que se extendían entre la India y los territorios del zar: Afganistán, Irán y las regiones que miraban al golfo Pérsico. La posibilidad de que los rusos ocuparan Constantinopla y de que, de esa forma, accedieran al Mediterráneo, así como las perspectivas de expansión rusa hacia la India constituían una pesadilla permanente para los ministros de Asuntos Exteriores británicos. Los dos países habían luchado en la única guerra europea del siglo XIX en la que participó el Reino Unido (en la guerra de Crimea) y todavía en el decenio de 1870 parecía muy posible una guerra ruso-británica.

Dada la estructura de la diplomacia británica, una guerra contra Alemania era una posibilidad sumamente remota. La alianza *permanente* con cualquier potencia continental parecía incompatible con el mantenimiento del equilibrio de poder que era el objetivo fundamental de la política exterior británica. Una alianza con Francia podía ser considerada como algo improbable y la alianza con Rusia resultaba casi impensable. Sin embargo, lo inverosímil se hizo realidad: el Reino Unido estableció un vínculo permanente con Francia y Rusia contra Alemania, superando todas las diferencias con Rusia hasta el punto de acceder a la ocupación rusa de Constantinopla, oferta que fue retirada tras la Revolución rusa de 1917. ¿Cómo y por qué se produjo esa sorprendente transformación?

Ocurrió porque tanto los jugadores como las reglas del juego tradicional de la diplomacia internacional habían variado. En primer lugar, el tablero sobre el que se desarrollaba el juego era mucho más amplio. La rivalidad de las potencias, que anteriormente (excepto en el caso de los británicos) se centraba en gran medida en Europa y las zonas adyacentes, era ahora global e imperialista, quedando al margen la mayor parte del continente americano, destinado a la expansión imperialista exclusiva de los Estados Unidos a raíz de la doctrina Monroe. Las disputas internacionales que tenían que ser solucionadas, si se quería que no degeneraran en guerras, podían ocurrir ahora tanto en el África occidental y el Congo en la década de 1880, como en China en los últimos años del decenio de 1890 y el Magreb (1906-1911) o en el imperio otomano, que sufría un proceso de desintegración, y por lo que respecta a Europa era muy probable que surgieran en torno a las áreas situadas fuera de los Balcanes. Además, ahora existían nuevos jugadores: Estados Unidos que, si bien evitaba todavía los conflictos europeos, desarrollaba una política expansionista en el Pacífico, y Japón. De hecho, la alianza del Reino Unido con Japón (1902) fue el primer paso hacia la Triple Alianza, pues la existencia de esa nueva potencia, que pronto demostraría que podía derrotar por las armas al imperio zarista, redujo la amenaza rusa hacia el Reino Unido y fortaleció la posición británica. Eso posibilitó la superación de una serie de antiguos enfrentamientos ruso-británicos.

La globalización del juego de poder internacional transformó automáticamente la situación del país que, hasta entonces, había sido la única gran potencia con objetivos políticos a escala global. No es exagerado afirmar que durante la mayor parte del siglo XIX la función que correspondía a Europa en el esquema diplomático británico era la de permanecer callada mientras el Reino Unido desarrollaba sus actividades, fundamentalmente económicas, en el resto del planeta. Esta era la esencia de la característica combinación de un equilibrio europeo de poder con la *Pax britannica* global garantizada por

la marina británica, que controlaba todos los océanos y líneas marítimas del mundo. En los años centrales del siglo XIX, la suma de los navíos de todas las flotas del mundo apenas superaba los de la flota británica. Esa situación había cambiado a finales de siglo.

En segundo lugar, con la aparición de una economía capitalista industrial de dimensión mundial, el juego internacional perseguía ahora objetivos totalmente distintos. No significa esto que, adaptando la famosa expresión de Clausewitz, la guerra fuera ahora únicamente la continuación de la competitividad económica por otros medios. Los deterministas históricos contemporáneos se sentían inclinados a aceptar esta interpretación, tal vez porque observaban muchos ejemplos de expansión económica realizada por medio de las ametralladoras y los barcos de guerra. Pero, desde luego, era una visión sumamente simplista. Si es cierto que el desarrollo capitalista y el imperialismo son responsables del deslizamiento incontrolado hacia un conflicto mundial, no se puede afirmar que muchos capitalistas deseaban conscientemente la guerra. Cualquier estudio imparcial de la prensa de los negocios, de la correspondencia privada y comercial de los hombres de negocios y de sus declaraciones públicas como portavoces de la banca, el comercio y la industria pone de relieve de forma rotunda que para la mayoría de los hombres de negocios la paz internacional constituía una ventaja. La guerra sólo la consideraban aceptable siempre y cuando no interfiriera con el desarrollo normal de los negocios, y la mayor objeción que ponía a la guerra el joven economista Keynes (que no era todavía un reformador radical de los temas económicos) no era sólo que causaba la muerte de sus amigos, sino que inevitablemente imposibilitaba el desarrollo normal de los negocios. Naturalmente, había expansionistas económicos belicosos, pero el periodista liberal Norman Angell expresaba, sin duda, el consenso del mundo de los negocios: la convicción de que la guerra beneficiaba al capital era «la gran ilusión», que dio título a su libro publicado en 1912.

En efecto, ¿por qué habrían deseado los capitalistas —incluso los hombres de la industria, con la posible excepción de los fabricantes de armas— perturbar la paz internacional, marco esencial de su prosperidad y expansión, ya que todo el tejido de los negocios internacionales y de las transacciones financieras dependía de ella? Evidentemente, aquellos a quienes la competencia internacional les favorecía no tenían motivo para la queja. De la misma forma que la libertad para penetrar en los mercados mundiales no supone un inconveniente para Japón en la actualidad, tampoco planteaba problemas para la industria alemana en los años anteriores a 1914. Naturalmente, los que se veían perjudicados solicitaban protección económica a sus gobiernos, pero eso no equivale a exigir la guerra. Además, el mayor perdedor potencial, el Reino Unido, rechazó incluso esas peticiones y sus intereses económicos permanecieron totalmente vinculados con la paz, a pesar de los constantes temores que despertaba la competencia alemana, expresada con toda crudeza en la década de 1890, y aunque el capital alemán y norteamericano penetró en el mercado británico. Por lo que respecta a las relaciones anglonorteamericanas, podemos ser aún más contundentes. Si se defiende la tesis de que la competencia económica explica la guerra por sí sola, la rivalidad anglonorteamericana debería haber preparado, lógicamente, el terreno para el conflicto militar, como pensaban que ocurriría algunos marxistas de entreguerras. Sin embargo, fue precisamente en el decenio de 1900 cuando el Estado Mayor imperial británico abandonó incluso los planes más remotos para una guerra anglonorteamericana. A partir de entonces esa posibilidad quedó totalmente eliminada.

Sin embargo, es cierto que el desarrollo del capitalismo condujo inevitablemente al mundo en la dirección de la rivalidad entre los estados, la expansión imperialista, el conflicto y la guerra. Tal como han señalado algunos historiadores, a partir de 1870,

> el cambio del monopolio a la competitividad fue probablemente el factor más importante que marcó el talante de las actividades industriales y comerciales europeas. El desarrollo económico significaba también la lucha económica, lucha que servía para separar a los fuertes de los débiles, para desalentar a unos y fortalecer a otros, para favorecer a las naciones nuevas a expensas de las viejas. El optimismo sobre un futuro de progreso inacabable dejó paso a la incertidumbre y a un sentimiento de agonía en el sentido clásico de la palabra. Todo este proceso enconó las rivalidades políticas y se vio agudizado por ellas, convergiendo ambas formas de competencia.[14]

En definitiva, el mundo económico ya no era, como en los años centrales de la centuria, un sistema solar que giraba en torno a una única estrella, el Reino Unido. Si bien es cierto que las transacciones financieras y comerciales del mundo pasaban todavía, y cada vez más, por Londres, el Reino Unido había dejado de ser el «taller del mundo» y su mercado de importación más importante. Al contrario, había entrado en un claro declive relativo. Una serie de economías industriales coloniales competidoras se enfrentaban entre sí. En esas circunstancias, la rivalidad económica fue un factor que intervino de forma decisiva en las acciones políticas e incluso militares. La primera consecuencia de ese hecho fue el nacimiento del proteccionismo durante el período de la gran depresión. Desde el punto de vista del capital, el apoyo político podía ser fundamental para eliminar la competencia extranjera y podía tener también una importancia vital en aquellas zonas del mundo donde competían las empresas de las economías industriales nacionales. Desde el punto de vista de los estados, la economía era, pues, la base misma del poder internacional y su criterio. Era imposible concebir una «gran potencia» que no fuera al mismo tiempo una «gran economía», transformación que se ilustra por el ascenso de los Estados Unidos y el relativo debilitamiento del imperio zarista.

Por otra parte, ¿acaso los cambios producidos en el poder económico, que transformaban automáticamente el equilibrio de la fuerza política y militar, no habían de entrañar la redistribución de los papeles en el escenario in-

ternacional? Así se pensaba en Alemania, cuyo extraordinario crecimiento industrial le otorgó un peso internacional incomparablemente mayor que el que había poseído Prusia. No es casualidad que en los círculos nacionalistas alemanes del decenio de 1890 el viejo cántico patriótico de «la guardia en el Rin», dirigido exclusivamente contra los franceses, perdiera terreno frente a las ambiciones universales del *Deutschland Über Alles*, que se convirtió en el himno nacional alemán, aunque todavía no de forma oficial.

Lo que hizo tan peligrosa esa identificación del poder económico con el poder politicomilitar fue no sólo la rivalidad nacional por conseguir los mercados mundiales y los recursos materiales y por el control de determinadas regiones como el Próximo Oriente y el Oriente Medio, donde tantas veces coincidían los intereses económicos y estratégicos. Mucho antes de 1914 la diplomacia del petróleo era ya un factor de primer orden en el Oriente Medio, en la que se llevaban la parte del león el Reino Unido y Francia, las compañías petrolíferas occidentales (todavía no norteamericanas) y un intermediario armenio, Calouste Gulbenkian, que obtenía el 5 por 100 de las transacciones. Por otra parte, la penetración económica y estratégica alemana en el imperio otomano preocupaba a los británicos y contribuyó a que Turquía se alineara junto a Alemania durante la guerra. Pero la novedad de la situación residía en el hecho de que, dada la fusión que se había operado entre la economía y la política, incluso la división pacífica de las áreas en disputa en «zonas de influencia» no servía para mantener bajo control la rivalidad internacional. La llave para que ese control fuera posible —como bien sabía Bismarck, que la manejó con incomparable maestría entre 1871 y 1889— era la restricción deliberada de los objetivos. En tanto en cuanto los estados pudieran definir con precisión sus objetivos diplomáticos —un cambio determinado en las fronteras, un matrimonio dinástico, una «compensación» definible por los progresos realizados por otros estados—, el cálculo y la negociación serían posibles. Pero naturalmente, como demostró el propio Bismarck entre 1862 y 1871, todo ello no excluía el conflicto militar controlable.

Pero el rasgo característico de la acumulación capitalista era su ausencia de límites. Las «fronteras naturales» de la Standard Oil, del Deutsche Bank, de la De Beers Diamond Corporation se hallaban en el confín más remoto del universo, o más bien en los propios límites de su capacidad para expandirse. Fue ese aspecto del nuevo esquema de la política mundial el que desestabilizó las estructuras de la política internacional tradicional. Mientras que el equilibrio y la estabilidad siguieron siendo los aspectos básicos de la relación de las potencias europeas entre sí, fuera del ámbito europeo incluso las potencias más pacíficas no dudaban en iniciar una guerra contra los más débiles. Desde luego, es cierto que, como hemos visto, procuraban que los conflictos coloniales no escaparan a su control. Nunca parecían ofrecer el *casus belli* para un conflicto importante, pero sin duda precipitaban la formación de bloques internacionales beligerantes al fin y a la postre: lo que llegó a ser el bloque anglo-franco-ruso comenzó con el «entendimiento cordial» anglofrancés (*Entente Cordiale*) de 1904, que era en esencia un acuerdo imperialista mediante el cual los franceses renunciaban a sus pretensiones en Egipto a cambio de que los británicos apoyaran sus intereses en Marruecos, víctima en la que también se había fijado Alemania. Sin embargo, todas las potencias sin excepción mostraban una actitud expansionista y conquistadora. Incluso el Reino Unido, cuya postura era fundamentalmente defensiva, pues su problema era el de proteger su dominio global indiscutido frente a los nuevos intrusos, atacó a las repúblicas surafricanas y no dudó en acariciar el proyecto de repartirse con Alemania las colonias de un estado europeo, Portugal. En el océano global todos los estados eran tiburones y eso era algo que todos los estadistas conocían.

Pero lo que hacía que el mundo fuera un lugar aún más peligroso era la ecuación crecimiento económico y poder político ilimitado, que se aceptó de forma inconsciente. Así, en la década de 1890 el emperador alemán exigió «un lugar al sol» para su estado. Es posible que Bismarck exigiera lo mismo, y desde luego consiguió para la nueva Alemania un lugar en el mundo de mucho mayor peso específico que el que nunca había tenido Prusia. Pero mientras que Bismarck podía definir las dimensiones de sus ambiciones, evitando cuidadosamente penetrar en la zona de incontrolabilidad, para Guillermo II esa frase era tan sólo un eslogan sin un contenido concreto. Formulaba simplemente un principio de proporcionalidad: cuanto más poderosa era la economía de un país, mayor había de ser su población y la posición nacional de su estado-nación. No existían límites teóricos para la posición que se pensaba que había que alcanzar. Como rezaba el pensamiento nacionalista: «Heute Deutschland, morgen die ganze Welt» (Hoy Alemania, mañana el mundo entero). Ese dinamismo ilimitado podía encontrar expresión en la retórica política, cultural o nacionalista-racista, pero el denominador común en todos los casos era la necesidad imperativa de expansión de una economía capitalista masiva, viendo cómo crecían sus curvas estadísticas. Sin ello, todo habría tenido el mismo significado que, por ejemplo, la convicción de los intelectuales polacos del siglo XIX de que su país (inexistente en ese momento) tenía que cumplir una misión mesiánica en el mundo.

Desde el punto de vista práctico, el peligro no radicaba en el hecho de que Alemania se propusiera ocupar el lugar del Reino Unido como potencia mundial, aunque ciertamente la retórica de la agitación nacionalista alemana se apresuró a adoptar un color antibritánico. El peligro estribaba en que una potencia mundial necesitaba una armada mundial y, en consecuencia, en 1897 Alemania comenzó a construir una gran armada, que tenía la ventaja de representar no a los antiguos estados alemanes, sino exclusivamente a la nueva Alemania unificada, con un cuerpo de oficiales que no representaba a los *Junkers* prusianos u otras tradiciones guerreras aristocráticas, sino a las nuevas clases medias, es decir, a la nueva nación. El propio almirante Tirpitz, adalid de la expansión naval, negó que planeara construir una flota capaz de derrotar a los británicos, afirmando que le bastaba con poseer una flota lo bastante fuerte como para obligarles a apoyar los proyectos alemanes a esca-

la mundial y, muy en especial, los coloniales. Además, ¿cabía esperar acaso que un país del fuste de Alemania no tuviera una flota acorde con su importancia?

Pero desde el punto de vista británico, la construcción de la flota alemana no suponía sólo un nuevo golpe contra la ya abrumada armada británica, cuyo número de barcos era ya muy inferior al de las flotas unidas de las potencias enemigas (aunque la unión de esas potencias era totalmente inverosímil), sino que dificultaba incluso su objetivo más modesto de ser más fuerte que las dos flotas siguientes juntas. A diferencia de las restantes flotas, las bases de la flota alemana estaban todas en el mar del Norte, frente a las costas del Reino Unido. Su objetivo no podía ser otro que el conflicto con la armada británica. El Reino Unido consideraba que Alemania era básicamente una potencia continental y, como afirmaron en 1904 una serie de influyentes geopolíticos, como sir Halford Mackinder, las grandes potencias de esas características ya gozaban de una ventaja importante sobre una isla de extensión media. Los intereses marítimos legítimos de Alemania eran claramente marginales, mientras que el imperio británico dependía por completo de sus rutas marítimas y había dejado los continentes (con excepción de la India) a los ejércitos de los estados con vocación terrestre. Aun en el caso de que los barcos de guerra alemanes no iniciaran operación alguna, inevitablemente inmovilizarían a los barcos británicos y dificultarían, o incluso imposibilitarían, el control naval británico sobre unas aguas que eran consideradas vitales, como el Mediterráneo, el océano Índico y las rutas del Atlántico. Lo que para Alemania era un símbolo de su estatus internacional y de sus ambiciones globales ilimitadas, era una cuestión de vida o muerte para el imperio británico. Las aguas americanas podían dejarse —y así se hizo en 1901— bajo el control de los Estados Unidos, país con el que existían relaciones amistosas, y las aguas del Lejano Oriente podían ser controladas por los Estados Unidos y Japón, porque esas dos potencias sólo tenían intereses regionales que, en cualquier caso, no parecían incompatibles con los del Reino Unido. La flota alemana, aunque se mantuviera como una flota regional —no eran esos los proyectos—, constituía una amenaza para las islas británicas y para la posición general del imperio británico. El Reino Unido pretendía mantener el *statu quo*, mientras que Alemania deseaba cambiarlo, inevitablemente, aunque no intencionadamente, a expensas del Reino Unido. En estas circunstancias, y dada la rivalidad económica entre las industrias de los dos países, no ha de sorprender que el Reino Unido considerara a Alemania como el más probable y peligroso de sus adversarios potenciales. Era lógico que tratara de aproximarse a Francia y también a Rusia, una vez que el peligro ruso había quedado reducido por su derrota a manos de Japón, y ello tanto más cuanto que la derrota de Rusia había destruido, por vez primera, el equilibrio de las potencias en el continente europeo que durante tanto tiempo habían dado por sentado los ministros de Asuntos Exteriores británicos. Alemania se reveló como la fuerza militar dominante en Europa, al igual que ya era con mucho la más poderosa desde el punto de vista industrial. Este

es el trasfondo de la sorprendente formación de la Triple Entente anglo-franco-rusa.

La división de Europa en dos bloques hostiles necesitó casi un cuarto de siglo, desde la formación de la Triple Alianza (1882) hasta la constitución definitiva de la Triple Entente (1907). No es necesario analizar el proceso ni los acontecimientos posteriores en todos sus detalles laberínticos. Simplemente, ponen de manifiesto que en el período del imperialismo las fricciones internacionales eran globales y endémicas, que nadie —y menos que nadie los británicos— sabía hacia dónde conducían los intereses, temores y ambiciones encontrados de las diferentes potencias, y aunque reinaba un sentimiento general de que llevaban a Europa hacia una guerra de grandes dimensiones, ningún gobierno sabía muy bien qué hacer al respecto. De vez en cuando fracasaban los intentos de romper el sistema de bloques o al menos de contrarrestarlo con el acercamiento entre los países integrantes de esos bloques: entre el Reino Unido y Alemania, Alemania y Rusia, Alemania y Francia, Rusia y Austria. Los bloques, reforzados por los proyectos inflexibles de estrategia y movilización, se hicieron más rígidos y el continente se deslizó de forma incontrolable hacia la guerra, a través de una serie de crisis internacionales que, desde 1905, se solucionaban, cada vez más, por medio de la amenaza de la guerra.

A partir de 1905 la desestabilización de la situación internacional como consecuencia de la nueva oleada de revoluciones ocurridas en las márgenes de las sociedades «burguesas» añadió nuevo material combustible a un mundo que se preparaba ya para estallar en llamas. Se produjo la Revolución rusa en 1905, que incapacitó temporalmente al imperio zarista, estimulando a Alemania a plantear sus reivindicaciones en Marruecos, intimidando a Francia. Berlín se vio obligada a retirarse de la Conferencia de Algeciras (enero de 1906) como consecuencia del apoyo británico a Francia, en parte porque un conflicto serio a propósito de una cuestión puramente colonial resultaba poco atractivo desde el punto de vista político y en parte porque la flota alemana no se sentía todavía lo bastante fuerte como para afrontar una guerra contra la armada británica. Dos años después, la Revolución turca dio al traste con todos los acuerdos trabajosamente conseguidos para garantizar el equilibrio internacional en el siempre explosivo Próximo Oriente. Austria utilizó la oportunidad para anexionarse formalmente Bosnia-Herzegovina (que hasta entonces sólo administraba), precipitando así una crisis con Rusia, que sólo se pudo resolver cuando Alemania amenazó con prestar apoyo militar a Austria. La tercera gran crisis internacional, a propósito de Marruecos en 1911, poco tenía que ver con la revolución y sí con el imperialismo y con las turbias operaciones de una serie de hombres de negocios, auténticos filibusteros, a quienes no se les escapaban las favorables oportunidades que ofrecía. Alemania envió un barco de guerra para ocupar el puerto de Agadir, situado en la zona sur de Marruecos, a fin de conseguir alguna «compensación» de los franceses por el establecimiento de su inminente «protectorado» sobre Marruecos, pero se vio obligada a retirarse ante la amenaza británica

de entrar en guerra apoyando a Francia. Poco importa si el Reino Unido estaba realmente decidido a llevar adelante esos planes.

La crisis de Agadir sirvió para poner en claro que cualquier confrontación entre dos grandes potencias las situaba al borde de la guerra. Ante la continuación del hundimiento del imperio turco, la ocupación de Libia por parte de Italia en 1911 y las operaciones de Serbia, Bulgaria y Grecia para expulsar a Turquía de la península balcánica en 1912, ninguna de las grandes potencias tomó iniciativa alguna, ya fuera por el deseo de no granjearse la enemistad de Italia, potencial aliada ya que no estaba comprometida todavía con ninguno de los dos bloques, o por el temor a verse arrastrada a una situación incontrolable por los estados balcánicos. Los acontecimientos de 1914 les dieron la razón. Contemplaron inmóviles cómo Turquía era prácticamente expulsada de Europa y cómo una segunda guerra entre los minúsculos estados balcánicos victoriosos reordenaba el mapa de los Balcanes en 1913. Todo lo que pudieron conseguir fue crear un estado independiente en Albania (1913), a cuyo frente se situó el consabido príncipe alemán, aunque los albaneses habrían preferido cualquiera de los aristócratas ingleses que más tarde inspiraron las novelas de aventuras de John Buchan. La siguiente crisis balcánica se precipitó el 28 de junio de 1914 cuando el heredero al trono de Austria, el archiduque Francisco Fernando, visitaba la capital de Bosnia, Sarajevo.

Lo que hizo que la situación resultara aún más explosiva durante esos años fue el hecho de que la política interna de las grandes potencias impulsó su política exterior hacia la zona de peligro. Como hemos visto (véase *supra*, pp. 119, 309) a partir de 1905 los mecanismos políticos que permitían el gobierno estable de los regímenes comenzaron a crujir de forma perceptible. Comenzó a ser cada vez más difícil controlar y, más aún, absorber e integrar las movilizaciones y contramovilizaciones de unos súbditos que estaban en proceso de convertirse en ciudadanos democráticos. La política democrática constituía un elemento de alto riesgo, incluso en un estado como el Reino Unido, donde se tenía buen cuidado en mantener en secreto la política exterior, no sólo ante el Parlamento, sino ante una parte del Gabinete liberal. Si la crisis de Agadir no pudo ser aprovechada para entablar negociaciones y provocó un durísimo enfrentamiento, ello se debió a un discurso pronunciado por Lloyd George, que parecía no dejar a Alemania otra opción que la guerra o la retirada. Pero aún peor era la política no democrática. ¿Acaso no podría argumentarse «que la causa fundamental del trágico hundimiento de Europa en julio de 1914 fue la incapacidad de las fuerzas democráticas de la Europa central y occidental para controlar a los elementos militaristas de su sociedad y la abdicación de los autócratas no en favor de sus súbditos democráticos leales sino de sus irresponsables consejeros militares»?[15] Y lo que era aún peor, los países que tenían que afrontar problemas domésticos insolubles, ¿no se sentirían tentados a aceptar el riesgo de resolverlos por medio de un triunfo en el exterior, sobre todo cuando sus consejeros militares les decían que, dado que la guerra era segura, ese era el mejor momento para luchar?

Esto no ocurría en el Reino Unido y Francia, a pesar de los problemas que les aquejaban. Probablemente era el caso de Italia, aunque por fortuna el afán aventurero italiano no podía desencadenar por sí solo una guerra mundial. ¿Qué decir de Alemania? Los historiadores siguen debatiendo las consecuencias de la política interna alemana sobre su política exterior. Parece claro que, como en las demás potencias, la agitación reaccionaria popular impulsó la carrera de armamentos, especialmente en el mar. Se ha dicho que la agitación de la clase obrera y el avance electoral de la socialdemocracia indujo a las clases dirigentes a superar los problemas internos mediante el éxito en el exterior. Sin duda, muchos elementos conservadores, como el duque de Ratibor, pensaban que se necesitaba una guerra para restablecer el viejo orden, como había ocurrido en 1864-1871.[16] Pero probablemente eso sólo significaba que la población civil adoptara una actitud menos escéptica respecto a los argumentos de sus belicosos generales. ¿Era ese el caso de Rusia? Ciertamente, en la medida en que el zarismo, restaurado después de los acontecimientos de 1905 con algunas concesiones modestas a la liberalización política, consideraba que la mejor estrategia para la revitalización consistía en apelar al nacionalismo ruso y a la gloria de la fuerza militar. Desde luego, de no haber sido por la lealtad entusiasta de las fuerzas armadas, la situación de 1913-1914 habría estado más próxima a un estallido revolucionario que en ningún momento entre 1905 y 1917. Pero, desde luego, en 1914 Rusia no deseaba la guerra. Sin embargo, gracias a la labor de reconstrucción militar de los años anteriores, que tanto temían los generales alemanes, en 1914 Rusia podía considerar la posibilidad de una guerra, contingencia que no habría sido posible unos años antes.

Sin embargo, había una potencia que no podía dejar de afirmar su presencia en el juego militar, porque parecía condenada sin él: Austria-Hungría, desgarrada desde mediados del decenio de 1890 como consecuencia de unos problemas nacionales cada vez más difíciles de manejar, entre los que el más recalcitrante y peligroso parecía ser el que planteaban los eslavos del sur, y ello por tres razones. En primer lugar, porque no sólo planteaban los mismos problemas que otras nacionalidades del imperio multinacional, organizadas políticamente, que se hostigaban mutuamente para conseguir ventajas, sino porque la situación se complicaba al pertenecer tanto al gobierno de Viena, flexible desde el punto de vista lingüístico, como al gobierno de Budapest, decidido a imponer la magiarización de forma implacable. La agitación de los eslavos del sur en Hungría no sólo afectó a Austria, sino que agravó las siempre difíciles relaciones de las dos mitades del imperio. En segundo lugar, porque el problema de los eslavos no podía separarse de la política en los Balcanes y, en realidad, desde 1878 no había hecho sino implicarse cada vez más en ella como consecuencia de la ocupación de Bosnia. Además, existía ya un estado independiente constituido por los eslavos meridionales, Serbia (sin mencionar a Montenegro, un pequeño país montañoso de características

homéricas, poblado por cabreros levantiscos, pistoleros y príncipes-obispos amantes de los enfrentamientos de clanes y de componer poemas épicos), que podía tentar a los eslavos disidentes en el imperio. En tercer lugar, porque el hundimiento del imperio otomano condenaba prácticamente al imperio de los Habsburgo, a menos que pudiera demostrar más allá de toda duda que era todavía una gran potencia en los Balcanes que nadie podía perturbar.

Hasta el fin de su vida, Gavrilo Princip, el asesino del archiduque Francisco Fernando, no pudo creer que su insignificante acción hubiera puesto el mundo en llamas. La crisis final de 1914 fue tan inesperada, tan traumática y, retrospectivamente, tan obsesiva porque fue fundamentalmente un incidente en la política austríaca que exigía, según Viena, «dar una lección a Serbia». La atmósfera internacional parecía tranquila. Ninguna cancillería esperaba un conflicto en junio de 1914 y desde hacía muchos decenios no era infrecuente el asesinato de un personaje público. En principio, a nadie le importaba siquiera que una gran potencia lanzara un duro ataque contra un vecino molesto y sin importancia. Desde entonces se han escrito casi cinco mil libros para explicar lo aparentemente inexplicable: cómo Europa se encontró inmersa en la guerra poco más de cinco semanas después de que ocurriera el incidente de Sarajevo.* La respuesta inmediata parece clara y trivial: Alemania decidió prestar todo su apoyo a Austria, es decir, no suavizar la situación. A partir de ahí los acontecimientos se sucedieron de forma inexorable. En efecto, en 1914 *cualquier* enfrentamiento entre los bloques, en el que se esperaba que cediera uno de los dos bandos, los situaba al borde de la guerra. Superado cierto punto era imposible detener las movilizaciones inflexibles de la fuerza militar, sin las cuales tal enfrentamiento no habría sido «creíble». La «disuasión» ya no podía disuadir, sino sólo destruir. En 1914 *cualquier* incidente —incluso la acción de un estudiante terrorista en un rincón olvidado del continente— podía provocar ese enfrentamiento, si una sola de las potencias que formaban parte del sistema de bloques y contrabloques decidía tomárselo en serio. Así estalló la guerra y en circunstancias similares podía volver a estallar.

En resumen, las crisis internacionales y las crisis internas se conjugaron en los mismos años anteriores a 1914. Rusia, amenazada de nuevo por la revolución social; Austria, con el peligro de desintegración de un imperio múltiple que ya no podía ser controlado políticamente; incluso Alemania, polarizada y tal vez amenazada por el inmovilismo como consecuencia de sus divisiones políticas; todos dirigieron la mirada a los militares y a sus soluciones. Incluso Francia, donde toda la población se mostraba renuente a pagar impuestos y, por tanto, a encontrar el dinero necesario para un rearme masivo (era más fácil ampliar de nuevo a tres años el servicio militar obligatorio), en 1913 eligió un presidente que llamó a la venganza contra Alemania y jugó con la idea de la guerra, haciéndose eco de la opinión de los ge-

* Con la excepción de España, Escandinavia, los Países Bajos y Suiza, todos los estados europeos se vieron finalmente implicados en ella, como también Japón y los Estados Unidos.

nerales que, con trágico optimismo, abandonaron la estrategia defensiva por la perspectiva de lanzar una ofensiva a través del Rin. Los británicos preferían los barcos de guerra a los soldados: la flota era siempre popular, una gloria nacional aceptable para los liberales como protectora del comercio. Los sobresaltos navales tenían un atractivo político, a diferencia de las reformas militares. Muy pocos, ni siquiera los políticos, comprendían que los planes de una guerra conjunta con Francia implicaban poseer un ejército masivo y, desde luego, el servicio militar obligatorio, y sólo se pensaba en operaciones navales y en una guerra comercial. Pero aunque el gobierno británico se mostró partidario de la paz hasta el último momento —o, más bien, se negó a tomar posición por miedo a producir una división en el gobierno liberal—, no podía plantearse la posibilidad de permanecer al margen de la guerra. Por fortuna, la invasión de Bélgica por parte de Alemania, preparada desde hacía mucho tiempo según los esquemas del plan Schlieffen, proporcionó a Londres la justificación moral a efectos diplomáticos y militares.

Pero ¿cómo reaccionaría la población europea ante una guerra que necesariamente tenía que ser una guerra de masas, pues todos los beligerantes, con excepción del Reino Unido, se preparaban para luchar con ejércitos de enorme tamaño formados por soldados forzosos? En agosto de 1914, antes incluso de que comenzaran las hostilidades, 19 millones —y potencialmente 50 millones— de hombres armados se enfrentaban a lo largo de las fronteras.[17] ¿Cuál sería la actitud de esas masas cuando se les llamara a defender su bandera y cuál el impacto de la guerra sobre la población civil, sobre todo si, como sospechaban algunos militares —aunque no reflejaban esa conclusión en sus planes—, la guerra no terminaba rápidamente? El gobierno británico se mostraba especialmente sensible a este problema porque sólo podía recurrir a los voluntarios para reforzar su modesto ejército profesional de 20 divisiones (frente a las 74 de los franceses, 94 de los alemanes y 108 de los rusos), porque las clases trabajadoras se alimentaban fundamentalmente con los productos que llegaban por barco desde ultramar, por tanto, muy vulnerables a un posible bloqueo, y porque en los años inmediatamente anteriores a la guerra el gobierno se vio enfrentado a un ambiente general de tensión y agitación social sin precedentes y ante una situación explosiva en Irlanda.[18] «La atmósfera de guerra —pensaba el ministro liberal John Morley— no puede ser impuesta amistosamente en un sistema democrático en el que reina el ambiente de [18]48.»* Pero también la situación interna de las otras potencias perturbaba a sus gobiernos. Es un error creer que en 1914 los gobiernos se lanzaron a la guerra para quitar hierro a sus crisis sociales internas. A lo sumo, consideraron que el patriotismo permitiría superar en parte la resistencia y la falta de cooperación.

* Paradójicamente, el miedo de los posibles efectos del hambre de la clase trabajadora británica sugirió a los estrategas navales la posibilidad de desestabilizar Alemania mediante un bloqueo que provocara una crisis de hambre entre su población. De hecho esta estrategia se intentó con considerable éxito durante la guerra.[19]

Sus cálculos a este respecto fueron acertados. La oposición liberal, humanitaria y religiosa a la guerra había quedado en nada en la práctica, aunque ningún gobierno, con la excepción del británico, estaba dispuesto a aceptar la negativa a realizar el servicio militar por motivos de conciencia. En conjunto, los movimientos obreros y socialistas organizados rechazaban apasionadamente el militarismo y la guerra, y la Internacional Socialista se comprometió incluso, en 1907, a organizar una huelga general internacional contra la guerra, pero los políticos no tomaron en serio estas amenazas, aunque un salvaje de la derecha asesinó al gran líder socialista y orador francés Jean Jaurès pocos días antes de que estallara la guerra, cuando intentaba desesperadamente salvar la paz. Los principales partidos socialistas estaban en contra de la huelga, pocos la consideraban factible, y, en cualquier caso, como reconocía Jaurès, «una vez que la guerra ha estallado, no podemos hacer nada más».[30] Como hemos visto, el ministro francés del Interior ni siquiera se molestó en detener a los peligrosos militantes que se oponían a la guerra, y que figuraban en una lista elaborada cuidadosamente por la policía al efecto. La disidencia nacionalista tampoco fue un factor importante de forma inmediata. En definitiva, la llamada de los gobiernos a las armas no encontró una resistencia eficaz.

Pero los gobiernos se equivocaban en un punto fundamental: fueron tomados totalmente por sorpresa, como lo fueron los enemigos de la guerra, por el extraordinario entusiasmo patriótico con que sus pueblos parecieron lanzarse a un conflicto en el que al menos 20 millones de ellos habrían de resultar muertos y heridos, sin contar los incalculables millones de niños que no llegaron a ser engendrados como consecuencia de la guerra y el incremento del número de muertes entre la población civil como consecuencia del hambre y las enfermedades. Las autoridades francesas habían calculado entre un 5 y un 13 por 100 de desertores; de hecho, sólo el 1,5 por 100 desertó en 1914. En el Reino Unido, país donde mayor fuerza tenía la oposición política a la guerra y donde esa oposición estaba profundamente anclada tanto en la tradición liberal como en la laborista y socialista, hubo 750.000 voluntarios en las ocho primeras semanas de la guerra, y un millón más en los ocho meses subsiguientes.[31] Como se esperaba, a los alemanes no se les ocurrió desobedecer las órdenes. «Cómo podrá decir nadie que no amamos a nuestra patria cuando después de la guerra tantos millares de nuestros camaradas afirman: "hemos sido condecorados por nuestra valentía".» Así escribía un militante socialdemócrata alemán tras haber ganado la Cruz de Hierro en 1914.[32] En Austria, no sólo el pueblo dominante se vio sacudido por una breve oleada de patriotismo. Como reconoció el líder socialista Viktor Adler, «incluso en la lucha de las nacionalidades la guerra aparece como una especie de liberación, una esperanza de que ocurrirá algo diferente».[33] Incluso en Rusia, donde se esperaba que hubiera un millón de desertores, sólo unos pocos de los 15 millones que fueron llamados a las armas dejaron de responder a esa llamada. Las masas avanzaron tras las banderas de sus estados respectivos y abandonaron a los líderes que se oponían a la guerra. Fueron muy pocos los que manifestaron esa oposición, al menos en público. En 1914, los pueblos de Europa, aunque fuera sólo durante un breve período, acudieron alegremente para matar y para morir. No volverían a hacerlo después de la primera guerra mundial.

Se vieron sorprendidos por el momento, pero no por el hecho de la guerra, al que Europa se había acostumbrado, como aquel que ve que se aproxima una tormenta. En cierta forma, la llegada de la guerra fue considerada como una liberación y un alivio, especialmente por los jóvenes de las clases medias —mucho más por los hombres que por las mujeres—, aunque también por los trabajadores y menos por los campesinos. Al igual que una tormenta, purificó el aire. Significó el final de las superficialidades y frivolidades de la sociedad burguesa, del aburrido gradualismo del perfeccionamiento decimonónico, de la tranquilidad y el orden pacífico que era la utopía liberal para el siglo XX y que Nietzsche había denunciado proféticamente, junto con la «pálida hipocresía administrada por los mandarines».[34] Después de una larga espera en el auditorio, significaba la apertura del telón para un drama histórico grande y emocionante en el que los miembros de las audiencias resultaron ser los actores. Significaba decisión.

¿Fue reconocida como el paso de una frontera histórica, una de esas raras fechas que señalan la periodización de la civilización humana y que son algo más que meras conveniencias pedagógicas? Probablemente sí, a pesar de que en 1914 eran muchos los que esperaban una guerra corta y un previsible retorno a la vida ordinaria y a la «normalidad» que identificaban de forma retrospectiva con 1913. Incluso las ilusiones de los jóvenes patriotas y militaristas que se sumergieron en la guerra como en un nuevo elemento, «como nadadores que saltan hacia la limpieza»,[35] implicaban un cambio total. El sentimiento de que la guerra ponía fin a una época era especialmente fuerte en el mundo de la política, aunque muy pocos eran tan conscientes como el Nietzsche de la década de 1880 de la «era de guerras monstruosas [*ungeheure*], levantamientos [*Umstürze*] y explosiones» que había comenzado,[36] incluso muy pocos hombres de la izquierda, interpretándola a su propia manera, depositaban en ella alguna esperanza, como Lenin. Para los socialistas, la guerra era una catástrofe inmediata y doble, en la medida en que un movimiento dedicado al internacionalismo y a la paz se vio sumido en la impotencia, y en cuanto que una oleada de unión nacional y de patriotismo bajo las clases dirigentes recorrió, aunque fuera momentáneamente, las filas de los partidos e incluso del proletariado con conciencia de clase en los países beligerantes. Entre los estadistas de los viejos regímenes hubo al menos uno que comprendió que todo había cambiado. «Las lámparas se apagan por toda Europa», escribió Edward Grey al ver cómo se apagaban las luces de Whitehall la tarde en que el Reino Unido y Alemania fueron a la guerra. «No volveremos a verlas brillar en el curso de nuestra vida.»

Desde agosto de 1914 vivimos en el mundo de las guerras monstruosas, los levantamientos y explosiones que anunciara Nietzsche proféticamente. Esto es lo que ha rodeado al período anterior a 1914 del hálito retrospectivo

de nostalgia, una época dorada de orden y paz, de perspectivas sin problemas. Esas proyecciones de unos buenos días imaginarios corresponden a la historia de las últimas décadas del siglo XX, no a las primeras. Los historiadores que estudian el período anterior al momento en que las luces se apagaron no se preocupan por ellas. Su preocupación fundamental, y la que alienta este libro, debe ser la de comprender y mostrar cómo la era de paz, de civilización burguesa confiada, de riqueza creciente y de formación de unos imperios occidentales llevaba en su seno inevitablemente el embrión de la era de guerra, revolución y crisis que le puso fin.

EPÍLOGO

> Wirklich, ich lebe in finsteren Zeiten!
> Das arglose Wort is töricht. Eine glatte Stirn
> Deutet auf Unempfindlichkeit hin. Der Lachende
> Hat die furchtbare Nachricht
> Nur noch nicht empfangen.
>
> BERTOLT BRECHT, 1937-1938[1]

> Por primera vez las décadas precedentes fueron consideradas como un período largo y casi de oro de avance constante e ininterrumpido. Así como según Hegel sólo comenzamos a comprender un período cuando se baja el telón («la lechuza de Minerva sólo despliega sus alas a la caída de la tarde»), aparentemente sólo podemos reconocer los rasgos positivos cuando iniciamos un período posterior, cuyos aspectos problemáticos deseamos subrayar estableciendo un fuerte contraste con lo que ocurrió antes.
>
> ALBERT O. HIRSCHMAN, 1986[2]

I

Si se hubiera mencionado la palabra *catástrofe* entre los miembros de las clases medias europeas antes de 1913, lo habría sido casi con toda seguridad en relación con uno de los pocos acontecimientos dramáticos en los que se vieron implicados los hombres y mujeres en el curso de una vida larga y en general tranquila: por ejemplo, el incendio del Karltheater en Viena en 1881 durante la representación de los *Cuentos de Hoffmann* de Offenbach en el que murieron casi 1.500 personas, o el hundimiento del *Titanic*, con un número de víctimas similar. Las catástrofes mucho más graves que afectan a las vidas de los pobres —como el terremoto de Messina de 1908, mucho más grave y al que se ha prestado menos atención que a los movimientos sísmicos de San Francisco (1905)— y los riesgos permanentes para la vida y la salud que siempre han rodeado la existencia de las clases trabajadoras todavía llaman menos la atención de la opinión pública.

Podemos afirmar con toda seguridad que después de 1914 esa palabra sugería otras calamidades más graves incluso para aquellos que menos las

sufrieron en su vida personal. La primera guerra mundial no resultó ser *Los últimos días de la humanidad*, como afirmó Karl Kraus en su cuasidrama de denuncia, pero nadie que viviera una vida adulta antes y después de 1914-1918 en cualquier lugar de Europa, y en muchas zonas del mundo no europeo, podía dejar de darse cuenta de que los tiempos habían cambiado de forma decisiva.

El cambio más evidente e inmediato era que ahora la historia del mundo parecía proceder mediante una serie de sacudidas sísmicas y cataclismos humanos. A nadie podía haberle parecido menos real la idea de progreso y de cambio continuo que a los que vivieron dos guerras mundiales; dos estallidos revolucionarios globales después de cada una de las guerras; un período de descolonización general, en cierta medida revolucionaria; dos episodios de expulsiones de pueblos que culminaron en genocidio, y como mínimo una crisis económica tan dura como para despertar serias dudas sobre el futuro de aquellos sectores del capitalismo que no habían desaparecido por efecto de la revolución. Fueron unas sacudidas que afectaron a continentes y países muy alejados de la zona de guerra y de conflicto político europeo. Una persona nacida en 1900 habría experimentado todos esos acontecimientos directamente o a través de los medios de comunicación de masas que los hacían accesibles de forma inmediata, antes de que hubiera llegado a la edad de jubilación. Y, desde luego, la historia iba a seguir desarrollándose a través de un proceso de sacudidas violentas.

Antes de 1914, prácticamente las únicas cantidades que se medían en millones, aparte de la astronomía, eran las poblaciones de los países, los datos de producción, el comercio y las finanzas. Desde 1914 nos hemos acostumbrado a utilizar esas magnitudes para referirnos al número de víctimas: las bajas producidas incluso en conflictos localizados (España, Corea, Vietnam) —en los conflictos más importantes las bajas se calculan por decenas de millones—, el número de los que se veían obligados a la emigración forzosa o al exilio (griegos, alemanes, musulmanes del subcontinente indio, kulaks), incluso el número de los que eran masacrados en un acto de genocidio (armenios, judíos), por no hablar de los que morían como consecuencia del hambre y de las epidemias. Como esas magnitudes humanas escapan a un registro preciso o eluden la comprensión de la mente humana, son objeto de un vivo debate. Pero los debates giran en torno a si son más o menos *millones*. Esas cifras astronómicas tampoco pueden explicarse por completo, y menos aún justificarse, por el rápido crecimiento de la población mundial en este siglo. La mayor parte de las veces se han dado en zonas que no experimentaban un crecimiento exagerado.

Las hecatombes de esta magnitud eran inimaginables en el siglo XIX, y las que ocurrían tenían lugar en el mundo de atraso y barbarie que quedaba fuera del progreso y de la «civilización moderna» y sin duda estaban destinadas a ceder ante el progreso universal, aunque desigual. Las atrocidades del Congo y el Amazonas, modestas por comparación con lo que ocurre en la actualidad, causaron una tremenda impresión en la era del imperio

—como lo atestigua la obra de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas*— porque parecían una regresión del hombre civilizado a la barbarie. La situación a la que nos hemos acostumbrado, en la que la tortura forma parte una vez más de los métodos policiales en unos países que se enorgullecen de su nivel cívico, no sólo habría repugnado profundamente a la opinión política, sino que habría sido considerada, con razón, como un retorno a la barbarie que iba en contra de cualquier tendencia histórica de desarrollo observable desde mediados del siglo XVIII.

Desde 1914, la catástrofe masiva y los métodos salvajes pasaron a ser un aspecto pleno y esperado del mundo civilizado, hasta el punto de que enmascararon los procesos constantes y sorprendentes de la tecnología y de la capacidad humana para producir, incluso el innegable perfeccionamiento de la organización social humana ocurridos en muchas partes del mundo, hasta que fueron imposibles de ignorar durante el gran salto hacia adelante de la economía mundial en el tercer cuarto del siglo XX. Por lo que hace a la mejora material del conjunto de la humanidad, sin mencionar la comprensión humana y el control sobre la naturaleza, los argumentos para considerar el siglo XX como un período de progreso son todavía más claros que los que existen con respecto al siglo XIX. En efecto, aunque se contaban por millones los europeos que morían y que se veían obligados a huir, lo cierto es que los supervivientes eran cada vez más numerosos, más altos, más sanos y más longevos. La mayor parte de ellos vivían en mejores condiciones. Pero son evidentes las razones que nos han impulsado a no considerar nuestra historia como una época de progreso. Aunque el progreso del siglo XX es innegable, las predicciones no apuntan hacia una evolución positiva continuada, sino a la posibilidad, e incluso la inminencia, de una catástrofe: otra guerra mundial más mortífera, un desastre ecológico, una tecnología cuyos triunfos pueden hacer que el mundo sea inhabitable por la especie humana, o cualquier otra forma que pueda adoptar la pesadilla. La experiencia de nuestro siglo nos ha enseñado a vivir en la expectativa del apocalipsis.

Pero para los miembros cultos y confortables del mundo burgués que vivieron esa era de catástrofe y convulsión social, no parecía tratarse, ante todo, de un cataclismo fortuito, una especie de huracán global que devastaba imparcialmente todo lo que encontraba en su camino. Parecía estar dirigido específicamente a su orden social, político y moral. Su consecuencia probable, que el liberalismo burgués era incapaz de impedir, era la revolución social de las masas. En Europa, la guerra no produjo sólo el colapso o la crisis de todos los estados y regímenes al este del Rin y al oeste de los Alpes, sino también el primer régimen que inició la labor, de forma deliberada y sistemática, de convertir ese colapso en el derrocamiento global del capitalismo, la destrucción de la burguesía y el establecimiento de una sociedad socialista. Fue este el régimen bolchevique, que accedió al poder en Rusia tras el hundimiento del zarismo. Como hemos visto, los movimientos de masas del proletariado que sustentaban ese objetivo teórico existían ya en la mayor parte del mundo desarrollado, aunque en los países parlamentarios los políticos

habían llegado a la conclusión de que no constituían una amenaza real para el *statu quo*. Pero la combinación de la guerra, el colapso y la Revolución rusa hicieron que ese peligro pasara a ser inmediato y casi abrumador.

El peligro del «bolchevismo» domina no sólo la historia de los años inmediatamente posteriores a la Revolución rusa de 1917, sino toda la historia del mundo desde esa fecha. Incluso durante mucho tiempo ha prestado a los conflictos internacionales la apariencia de una guerra civil ideológica. En las postrimerías del siglo XX domina todavía la retórica de la confrontación de las superpotencias, al menos unilateralmente, aunque desde luego el análisis más superficial de la situación del mundo del decenio de 1980 muestra que éste no encaja en la imagen de una gran revolución global que está a punto de terminar con lo que se llama en la jerga internacional las «economías de mercado desarrolladas», y menos aún en la de una revolución orquestada desde un solo punto con el objetivo de construir un único sistema socialista monolítico decidido a no coexistir con el capitalismo o incapaz de hacerlo. La historia del mundo desde la primera guerra mundial tomó forma a la sombra de Lenin, imaginaria o real, de la misma manera que la historia del mundo occidental del siglo XIX tomó forma a la sombra de la Revolución francesa. En ambos casos, acabó de apartarse de esa sombra, aunque no completamente. Así como todavía en 1914 los políticos especulaban sobre si la situación de los años anteriores a 1914 recreaba la de 1848, en la década de 1980 el derrocamiento de un régimen cualquiera en alguna parte de Occidente o del tercer mundo despierta esperanzas o temores del «poder marxista».

El mundo no se transformó en un universo socialista, aunque eso parecía posible en 1917-1920, e incluso inevitable a largo plazo, no sólo para Lenin, sino, al menos durante cierto tiempo, para aquellos que representaban y gobernaban los regímenes burgueses. Durante algunos meses, incluso los capitalistas europeos, o al menos sus portavoces intelectuales y sus administradores, parecían resignados a la eutanasia, al verse frente a unos movimientos obreros socialistas que se habían fortalecido extraordinariamente desde 1914 y que en algunos países como Alemania y Austria constituían las únicas fuerzas organizadas y capaces potencialmente de sustentar un estado, que habían quedado en pie tras el hundimiento de los viejos regímenes. Cualquier cosa era mejor que el bolchevismo, incluso la abdicación pacífica. Los prolongados debates que se desarrollaron, sobre todo en 1919, respecto al grado en que las economías tenían que ser socializadas, sobre la forma en que debían ser socializadas y sobre lo que había que conceder a los nuevos poderes de los proletariados no eran simplemente maniobras tácticas para ganar tiempo. Sólo resultaron haber sido eso cuando el período de peligro grave para el sistema, real o imaginario, resultó ser tan breve que después de todo no fue necesario realizar ningún cambio drástico.

Retrospectivamente podemos concluir que la alarma era exagerada. El momento de revolución mundial potencial sólo dejó tras de sí un régimen comunista en un país extraordinariamente debilitado y atrasado cuyo principal activo era su gran extensión y sus grandes recursos, que lo habrían de convertir en una superpotencia política. Dejó también tras de sí el importante potencial de una revolución antiimperialista, modernizadora y campesina, en ese momento fundamentalmente en Asia, que reconocía sus afinidades con la Revolución rusa y, asimismo, aquellas fracciones de los movimientos socialistas y obreros ahora divididos, que unieron su suerte a la de Lenin. En los países industriales, esos movimientos comunistas constituyeron una minoría de los movimientos obreros hasta la segunda guerra mundial. Como el futuro iba a demostrar, las economías y sociedades de las «economías de mercado desarrolladas» eran muy resistentes. De no haberlo sido, no habrían superado sin una revolución social los treinta años de tempestades históricas que podrían haber hecho naufragar otros navíos menos sólidos. En el siglo XX se han producido muchas revoluciones sociales y tal vez haya otras antes de que termine, pero las sociedades industriales desarrolladas se han visto más inmunes que las otras a esas revoluciones, salvo cuando la revolución se ha producido en ellas como consecuencia de la derrota o la conquista militar.

En definitiva, la revolución ha dejado en pie los principales bastiones del capitalismo mundial, aunque durante un tiempo incluso sus defensores pensaron que estaban a punto de derrumbarse. El viejo orden consiguió superar el desafío. Pero lo hizo —*tenía* que hacerlo— convirtiéndose en algo muy diferente de lo que había sido antes de 1914. En efecto, después de 1914, el liberalismo burgués, enfrentado con lo que un destacado historiador liberal llamó «la crisis mundial» (Elie Halévy), se sentía perplejo. Podía abdicar o desaparecer. Alternativamente, podía asimilarse a algo como los partidos socialdemócratas no bolcheviques, no revolucionarios y «reformistas» que surgieron en la Europa occidental después de 1917 como garantes principales de la continuidad social y política y, en consecuencia, pasaron de partidos de oposición a partidos de gobierno potencial o real. En resumen, el liberalismo burgués podía desaparecer o hacerse irreconocible. Pero de ninguna manera podía mantenerse en pie en su antigua forma.

El italiano Giovanni Giolitti (1842-1928) (véase *supra*, pp. 97, 107 y 112) constituye un ejemplo del primero de esos destinos. Como hemos visto, había conseguido «manejar» con éxito la política italiana de los primeros años del decenio de 1900: conciliando y apaciguando a la clase obrera, comprando apoyos políticos, negociando, haciendo concesiones y evitando enfrentamientos. Pero esas tácticas fracasaron por completo en la situación social revolucionaria que conoció ese país en el período de posguerra. La estabilidad de la sociedad burguesa fue restablecida por las bandas armadas de «nacionalistas» y fascistas de clase media, que libraban literalmente una guerra de clases contra el movimiento obrero, incapaz de hacer una revolución. Los políticos (liberales) les apoyaron, con la esperanza de poder integrarlos en su sistema. En 1922, los fascistas ocuparon el gobierno, tras de lo cual la democracia, el Parlamento, los partidos y los viejos políticos liberales fueron eliminados. El caso italiano no fue más que uno entre otros muchos. Entre 1920 y 1939 los sistemas democráticos parlamentarios desaparecieron prácticamente de la mayor parte de los estados europeos, tanto comunistas como

no comunistas.* Este hecho habla por sí mismo. Durante una generación, el liberalismo parecía condenado a desaparecer de la escena europea.

John Maynard Keynes, a quien también nos hemos referido anteriormente (véase *supra*, pp. 187, 194), constituye un ejemplo de la segunda alternativa, tanto más interesante cuanto que durante toda su vida apoyó al Partido Liberal británico y fue un miembro consciente de lo que llamaba su clase, «la burguesía educada». Durante su juventud, Keynes fue totalmente ortodoxo como economista. Creía, acertadamente, que la primera guerra mundial carecía de sentido y era incompatible con una economía liberal, y por supuesto también con la civilización burguesa. Como asesor profesional de los gobiernos de guerra a partir de 1914, se mostró partidario de interrumpir lo menos posible la marcha normal de los negocios. Con toda razón consideraba también que el gran líder de guerra, el liberal Lloyd George, estaba conduciendo al Reino Unido a la destrucción económica al subordinar todo lo demás a la consecución de la victoria militar.** Se sentía horrorizado, aunque no sorprendido, al ver cómo amplias zonas de Europa y lo que él consideraba como la civilización europea se hundían en la derrota y la revolución. Concluyó, también correctamente, que un tratado de paz irresponsable, impuesto por los vencedores, daría al traste con las posibilidades de restablecer la estabilidad capitalista alemana y, por tanto, europea sobre una base liberal. Sin embargo, enfrentado con la desaparición irrevocable de la *belle époque* anterior a la guerra, que tanto había disfrutado con sus amigos de Cambridge y Bloomsbury, Keynes dedicó toda su notable brillantez intelectual, así como su ingenio y sus dotes de propaganda, a encontrar la forma de salvar al capitalismo de sí mismo.

En consecuencia, se dedicó a la tarea de revolucionar la economía, que era la ciencia social más vinculada con la economía de mercado en la era del imperio y que había evitado esa sensación de crisis tan evidente en otras ciencias sociales (véase *supra*, pp. 279, 280). La crisis, primero política y luego económica, fue el fundamento del replanteamiento keynesiano de las ortodoxias liberales. Se convirtió en adalid de una economía administrada y controlada por el estado, que, a pesar de la evidente aceptación del capitalismo por parte de Keynes, habría sido considerada como la antesala del socialismo por todos los ministros de Economía de los países industriales desarrollados antes de 1914.

Es importante destacar a Keynes porque formuló la que sería la forma más influyente, desde el punto de vista intelectual y político, de afirmar que la sociedad capitalista sólo podría sobrevivir si los estados capitalistas controlaban, administraban e incluso planificaban el diseño general de sus economías, si era necesario convirtiéndose en economías mixtas públicas/privadas. Esa lección fue bien aceptada, después de 1944, por los ideólogos y los gobiernos reformistas, socialdemócratas y radicaldemocráticos, que la adoptaron con entusiasmo, en los casos en que, como ocurrió en Escandinavia, no habían defendido ya esas ideas de forma independiente. La lección de que el capitalismo según los términos liberales anteriores a 1914 estaba muerto fue aprendida casi de forma universal en el período de entreguerras y de la crisis económica mundial, incluso por aquellos que se negaron a adjudicarle nuevas etiquetas teóricas. Durante cuarenta años, a partir de los inicios de la década de 1930 los defensores intelectuales de la economía pura del libre mercado eran una minoría aislada, aparte de los hombres de negocios cuyas perspectivas siempre hacen difícil reconocer los mejores intereses de su sistema como un todo, en la medida en que centran sus mentes en los mejores intereses de su empresa o industria particular.

* En 1939, de los 27 estados europeos, los únicos que podían ser clasificados de democracias parlamentarias eran el Reino Unido, el estado libre de Irlanda, Francia, Bélgica, Suiza, los Países Bajos y los cuatro estados escandinavos (Finlandia sólo a duras penas). De entre éstos, todos excepto el Reino Unido, el estado libre de Irlanda, Suecia y Suiza pronto desaparecieron temporalmente bajo la ocupación o la alianza con la Alemania fascista.

** Su actitud ante la segunda guerra mundial, que se libró contra la Alemania fascista, fue naturalmente muy diferente.

La lección tenía que ser aprendida, porque la alternativa en el período de la gran crisis del decenio de 1930 no era una recuperación inducida por el mercado, sino el hundimiento total. No se trataba, como pensaban esperanzadoramente los revolucionarios, de la «crisis final» del capitalismo, pero probablemente era la única crisis económica hasta el momento, en la historia de un sistema económico que opera fundamentalmente a través de fluctuaciones cíclicas, que había puesto en auténtico peligro al sistema.

Así, los años transcurridos entre los inicios de la primera guerra mundial y el desenlace de la segunda constituyeron un período de crisis y convulsiones extraordinarias en la historia. Ha de ser considerada como la época en que desapareció el modelo mundial de la era del imperio bajo la fuerza de las explosiones que había ido generando calladamente durante los largos años de paz y prosperidad. Sin duda alguna, lo que se hundió era el sistema mundial liberal y la sociedad burguesa decimonónica como norma a la que, por así decirlo, aspiraba cualquier tipo de «civilización». Después de todo, fue la era del fascismo. Las líneas maestras de lo que había de ser el futuro no comenzaron a emerger con claridad hasta mediados de la centuria e incluso entonces los nuevos acontecimientos, aunque tal vez predecibles, eran tan diferentes a lo que todo el mundo se había acostumbrado en el período de convulsiones, que hubo de pasar casi una generación para que se advirtiera qué era lo que estaba ocurriendo.

II

El período que sucedió a esta era de colapso y transición y que continúa todavía es, probablemente, por lo que respecta a las transformaciones sociales que afectan al hombre y a la mujer común del mundo —cuyo número está aumentando con un ritmo sin precedentes incluso en la historia anterior del mundo industrializado—, el período más revolucionario que nunca ha vi-

vido la especie humana. Por primera vez desde la edad de piedra, la población del mundo dejó de estar formada por individuos que vivían de la agricultura y la ganadería. En todas las partes del globo, excepto (todavía) en el África subsahariana y el cuadrante meridional de Asia, los campesinos eran ahora una minoría, y en los países desarrollados, una reducida minoría. Eso ocurrió en el lapso de una sola generación. En consecuencia, el mundo —y no sólo los «viejos países desarrollados»— se urbanizó, mientras que el desarrollo económico, incluyendo una gran industrialización, se internacionalizó o redistribuyó globalmente de una forma que habría resultado inconcebible antes de 1914. La tecnología contemporánea, gracias al motor de combustión interna, al transistor, la calculadora de bolsillo, el omnipresente avión, sin mencionar la modesta bicicleta, ha penetrado en los rincones más remotos del planeta, que son accesibles al comercio de una forma que muy pocos habían imaginado incluso en 1939. Las estructuras sociales, al menos en las sociedades desarrolladas del capitalismo occidental, se han visto sacudidas de forma extraordinaria, y entre ellas también la familia y el hogar tradicionales. Podemos reconocer ahora de forma retrospectiva hasta qué punto muchos de los elementos que hacían que funcionara la sociedad burguesa del siglo XIX fueron heredados e incorporados de un pasado que los mismos procesos de subdesarrollo iban a destruir. Todo eso ha ocurrido en un período de tiempo increíblemente breve para los esquemas históricos —dentro del período que abarcan los recuerdos de los hombres y mujeres nacidos durante la segunda guerra mundial—, como producto del más extraordinario y masivo *boom* de expansión económica mundial que nunca se haya producido. Una centuria después del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, sus predicciones sobre los efectos económicos y sociales del capitalismo parecían haberse realizado, pero no, a pesar de que una tercera parte de la humanidad estaba regida por sus discípulos, la desaparición del capitalismo a manos del proletariado.

Sin duda alguna, en este período la sociedad burguesa decimonónica y todo lo que a ella corresponde pertenecen a un pasado que no determina ya el presente de forma inmediata, aunque, por supuesto, el siglo XIX y los años postreros del siglo XX forman parte del mismo largo período de transformación revolucionaria de la humanidad —y de la naturaleza— cuyo carácter revolucionario se apreció en el último cuarto del siglo XVIII. Los historiadores pueden señalar la extraña coincidencia de que el gran *boom* del siglo XX se produjo exactamente cien años después del gran *boom* de mediados del siglo XIX (1850-1873, 1950-1973), y en consecuencia, el período de perturbaciones económicas de finales del siglo XX, que se inició en 1973, comenzó exactamente cien años después de que se produjera la gran depresión con la que comenzaba este libro. Pero no existe una relación entre esos hechos, a menos que alguien pueda descubrir un mecanismo cíclico del movimiento de la economía que pudiera producir esa clara repetición cronológica, y eso resulta altamente improbable. Pero la mayor parte de nosotros no deseamos ni necesitamos remontarnos a 1880 para explicar lo que perturbaba el mundo en los decenios de 1980 o 1990.

Sin embargo, el mundo de finales del siglo XX está todavía modelado por la centuria burguesa y en especial por la era del impero, que ha sido el tema de este volumen. Modelado en el sentido literal. Por ejemplo, los mecanismos financieros mundiales que constituirían el marco internacional para el desarrollo global del tercer cuarto de este siglo se establecieron a mediados del decenio de 1940 por parte de unos hombres que eran ya adultos en 1914 y que estaban totalmente dominados por la experiencia de la desintegración de la era del imperio durante los veinticinco años anteriores. Los últimos estadistas o líderes importantes internacionales que eran adultos en 1914 murieron en la década de 1970 (por ejemplo, Mao, Tito, Franco, De Gaulle). Pero, lo que es más significativo, el mundo actual fue modelado por lo que podríamos denominar el paisaje histórico que dejaron tras de sí la era del imperio y su hundimiento.

El elemento más evidente de ese legado es la división del mundo en países socialistas (o países que afirman serlo) y el resto. La sombra de Karl Marx se extiende sobre una tercera parte de la especie humana como consecuencia de los acontecimientos que hemos tratado de esbozar en los capítulos 3, 5 y 12. Con independencia de las predicciones que pudieran haberse establecido sobre el futuro de la masa continental que se extiende desde los mares de China hasta el centro de Alemania, además de algunas zonas de África y del continente americano, es indudable que los regímenes que afirman haber cumplido los pronósticos de Karl Marx no podrían haber cumplimentado el futuro previsto para ellos hasta la aparición de los movimientos obreros socialistas de masas, cuyo ejemplo e ideología habían inspirado a su vez los movimientos revolucionarios de las regiones atrasadas y dependientes o coloniales.

Un legado igualmente evidente es la misma globalización del modelo político mundial. Si las Naciones Unidas de finales del siglo XX contienen una importante mayoría numérica de estados de lo que se ha dado en llamar «tercer mundo» (por cierto, estados alejados de las potencias «occidentales») ello se debe a que son las reliquias de la división del mundo entre las potencias imperialistas en la era del imperio. Así, la descolonización del imperio francés ha producido una veintena de nuevos estados; la del imperio británico, muchos más, y, al menos en África (que en el momento de escribir este libro está formada por más de cincuenta estados nominalmente independientes y soberanos), todos ellos reproducen las fronteras establecidas por la conquista y por la negociación interimperialista. Una vez más, de no haber sido por los acontecimientos de ese período, no cabría haber esperado que a finales de esta centuria la mayor parte de ellos utilizaran el inglés y el francés en el gobierno y en los estratos sociales más cultos.

Una herencia de la era del imperio menos evidente es que todos esos estados pueden ser calificados, y a menudo se califican a sí mismos, como «naciones». Ello se debe no sólo a que, como he intentado poner de relieve, la ideología de «nación» y «nacionalismo», producto europeo del siglo XIX, podía ser utilizada como una ideología de liberación colonial y fue importada

por algunos miembros de las elites occidentalizadas de los pueblos coloniales, sino también al hecho de que, como se ha afirmado en el capítulo 6, el concepto de «estado-nación» en este período se hizo accesible a grupos de *cualquier* tamaño que decidieran autodenominarse así y no sólo, como consideraban los pioneros del «principio de nacionalidad» de mediados del siglo XIX, a los pueblos más grandes o de tamaño medio. En efecto, la mayor parte de los estados que han aparecido en el mundo desde finales del siglo XIX (y que han recibido, desde el momento en que ejerciera el poder el presidente Wilson, el estatus de «naciones») eran de tamaño y/o población modestos y, desde el comienzo de la descolonización, muchas veces de extensión muy reducida.* La herencia de la era del imperio está todavía presente en la medida en que el nacionalismo ha ido más allá del viejo mundo «desarrollado», o en la medida en que la política no europea se ha asimilado al nacionalimo.

Esa herencia está también presente en la transformación de las relaciones familiares tradicionales occidentales y, sobre todo, en la emancipación de la mujer. Sin duda alguna, estas transformaciones se han producido a escala mucho más amplia desde mediados de siglo, pero de hecho fue durante la era del imperio cuando la «nueva mujer» apareció por vez primera como un fenómeno importante y cuando los movimientos políticos y sociales de masas, defensores, entre otras cosas, de la emancipación de la mujer, se convirtieron en fuerzas políticas, muy en especial los movimientos obreros y socialistas. Los movimientos feministas occidentales iniciaron una nueva fase mucho más dinámica en el decenio de 1960, en gran medida tal vez como resultado de la participación mucho más numerosa de la mujer, sobre todo de la mujer casada, en el empleo remunerado fuera del hogar, pero fue tan sólo una fase de un gran proceso histórico cuyos inicios se remontan al período que estudiamos.

Además, como se ha intentado dejar claro en este libro, la era del imperio conoció el nacimiento de casi todos aquellos rasgos que son todavía característicos de la sociedad urbana moderna de la cultura de masas, desde las formas más internacionales de espectáculos deportivos hasta la prensa y el cine. Incluso técnicamente los medios de comunicación modernos no constituyen innovaciones fundamentales, sino procesos que han permitido que sean accesibles universalmente las dos grandes innovaciones introducidas durante la era del imperio: la reproducción mecánica del sonido y la fotografía en movimiento. La era de Jacques Offenbach no tiene continuidad con el presente comparable a la era de los jóvenes Fox, Goldwyn, Zukor y «La voz de su amo».

* Doce de los estados africanos tenían menos de 600.000 habitantes y dos de ellos menos de 100.000 en los primeros años del decenio de 1980.

III

No es difícil descubrir otras formas en que nuestras vidas están todavía formadas por —o son continuaciones de— el siglo XIX en general y por la era del imperio en particular. Sin duda, cualquier lector podría alargar la lista. Pero ¿es esta la reflexión fundamental que sugiere la contemplación de la historia del siglo XIX? Todavía es difícil, si no imposible, contemplar desapasionadamente esa centuria que creó la historia mundial porque creó la economía capitalista mundial moderna. Para los europeos poseía una especial carga de emoción, porque, más que ninguna otra, fue la era europea de la historia del mundo y para los británicos es un período único porque el Reino Unido ocupaba el lugar central y no sólo en el aspecto económico. Para los norteamericanos fue el siglo en que los Estados Unidos dejaron de ser parte de la periferia de Europa. Para el resto de los pueblos del mundo fue la era en que toda la historia pasada, por muy larga y notable que pudiera ser, se detuvo necesariamente. Lo que les ha ocurrido, o lo que les han hecho, desde 1914 está implícito en lo que les sucedió en el período transcurrido desde la primera revolución industrial hasta 1914.

Fue la centuria que transformó el mundo, no más de lo que lo ha hecho nuestro propio siglo, aunque sí más notablemente, por cuanto esa transformación revolucionaria y continua era nueva hasta entonces. Mirando retrospectivamente, vemos aparecer súbitamente esta centuria de la burguesía y la revolución, como la armada de Nelson preparándose para la acción, como ésta incluso en lo que no vemos: la tripulación que gobernaba los barcos, pobre, azotada y borracha, alimentándose de algunos pedazos de pan consumidos por los gusanos. Mirando retrospectivamente podemos reconocer a quienes hicieron esa centuria y cada vez más a esas masas siempre en aumento que participaron en ella en el Occidente «desarrollado», que sabían que estaba destinada a conseguir logros extraordinarios, y que pensaban que había de resolver todos los grandes problemas de la humanidad y superar todos los obstáculos en el camino de su solución.

En ninguna otra centuria han tenido los hombres y mujeres tan elevadas y utópicas expectativas de vida en esta Tierra: la paz universal, la cultura universal a través de una sola lengua, una ciencia que no sólo probaría sino que respondería a las cuestiones más fundamentales del universo, la emancipación de la mujer de su historia pasada, la emancipación de toda la humanidad mediante la emancipación de los trabajadores, la liberación sexual, una sociedad de abundancia, un mundo en el que cada uno contribuiría según sus capacidades y obtendría lo que necesitara. Estos no eran sólo sueños revolucionarios. El principio de la utopía a través del progreso estaba inserto en el siglo de una forma fundamental. Oscar Wilde no bromeaba cuando dijo que no merecía la pena tener ningún mapa del mundo en el que no figurara Utopía. Hablaba tanto para el comerciante Cobden como para el socialista Fourier, para el presidente Grant como para Marx (que no rechazaba los objeti-

vos utópicos, sino únicamente los proyectos utópicos), para Saint-Simon, cuya utopía del «industrialismo» no puede atribuirse ni al capitalismo ni al socialismo, porque ambos pueden reclamarla. Pero la novedad sobre las utopías más características del siglo XIX era que en ellas la historia *no* se detendría.

El burgués confiaba en una era de permanente perfeccionamiento material, intelectual y moral a través del progreso liberador; los proletarios, o quienes consideraban que hablaban en su nombre, esperaban alcanzarla a través de la revolución. Pero ambos la esperaban. Y ambos la esperaban no a través de algún automatismo histórico, sino mediante el esfuerzo y la lucha. Los artistas que expresaban más profundamente las aspiraciones culturales de la centuria burguesa y que se convirtieron, por así decirlo, en las voces que articulaban sus ideales, eran aquellos que actuaban como Beethoven, considerado el genio que luchaba por alcanzar la victoria a través de la lucha, cuya música superaba las fuerzas oscuras del destino, cuya sinfonía coral culminaba en el triunfo del espíritu humano liberado.

Como hemos visto, en la era del imperio hubo voces —y eran ciertamente profundas e influyentes entre las clases burguesas— que preveían resultados diferentes. Pero en conjunto y para la mayor parte de la gente de Occidente, el período parecía acercarse más que ningún otro anterior a la promesa de la centuria. A su promesa liberal, mediante el perfeccionamiento material, la educación y la cultura; a su promesa revolucionaria, por la aparición, la enorme fuerza y la perspectiva del triunfo futuro inevitable de los nuevos movimientos obreros y socialistas. Como este libro ha intentado mostrar, para algunos la era del imperio fue un período de inquietudes y temores cada vez mayores. Para la mayor parte de los hombres y mujeres en el mundo transformado por la burguesía era, sin duda, una época de esperanza.

Podemos remontar nuestra mirada hacia esa esperanza. Todavía podemos compartirla, pero ya no sin escepticismo e incertidumbre. Hemos visto realizarse demasiadas promesas de utopía sin producir los resultados esperados. ¿Acaso no vivimos en una época en que en los países más avanzados, las comunicaciones, medios de transporte y fuentes de energía modernos han hecho desaparecer las diferencias entre el campo y la ciudad, resultado que en otro tiempo se pensaba que sólo podía conseguirse en una sociedad que hubiera resuelto prácticamente todos sus problemas? Pero, desde luego, la nuestra no los ha resuelto. El siglo XX ha contemplado demasiados momentos de liberación y éxtasis social como para tener mucha confianza en su permanencia. Existe lugar para la esperanza, porque los seres humanos son animales que tienen esperanza. Hay lugar incluso para grandes esperanzas, pues, pese a las apariencias y prejuicios en contrario, los logros del siglo XX por lo que respecta al progreso material e intelectual —mucho menos en los campos de la moral y la cultura— son extraordinariamente impresionantes e innegables.

¿Hay lugar todavía para la mayor de todas las esperanzas, la de crear un mundo en el que unos hombres y mujeres libres, liberados del temor y de las

necesidades materiales, vivan una buena vida juntos en una buena sociedad? ¿Por qué no? El siglo XIX nos enseñó que el deseo de una sociedad perfecta no se ve satisfecho con un designio predeterminado de vida, ya sea mormón, owenita o cualquier otro, y cabe pensar incluso que si ese nuevo designio hubiera de ser la forma del futuro, no sabríamos si podríamos determinar, en la actualidad, cómo sería. La función de la búsqueda de la sociedad perfecta no consiste en detener la historia, sino en abrir sus posibilidades desconocidas e imposibles de conocer a todos los hombres y mujeres. En este sentido, por fortuna para la especie humana, el camino hacia la utopía no está bloqueado.

Pero, como sabemos, puede ser bloqueado: por la destrucción universal, por un retorno a la barbarie, por la desaparición de las esperanzas y valores a los que aspiraba el siglo XIX. El siglo XX nos ha enseñado que todo eso es posible. La historia, la divinidad que preside ambas centurias, ya no nos da, como antes pensaban los hombres y mujeres, la firme garantía de que la humanidad avanzará hacia la tierra prometida, sea lo que fuere lo que se suponía que ésta era. Y todavía menos la garantía de que habrá de alcanzarla. Todo podría resultar de forma diferente. Sabemos que eso puede ser así porque vivimos en el mundo que creó el siglo XIX, y sabemos que, por extraordinarios que sean sus logros, no son lo que entonces se esperaba y soñaba.

Pero si ya no podemos creer que la historia garantiza el resultado adecuado, tampoco asegura que se producirá el resultado equivocado. Ofrece la opción, sin una clara estimación de la probabilidad de nuestra elección. No es despreciable la evidencia de que el mundo del siglo XXI será mejor. Si el mundo consigue no destruirse, esa probabilidad es realmente fuerte. Pero probabilidad no equivale a certidumbre. Lo único seguro sobre el futuro es que sorprenderá incluso a aquellos que más lejos han mirado en él.

CUADROS Y MAPAS

CUADRO 1

Estados y poblaciones, 1880-1914 (millones de habitantes)

		1880	1914	
I/M	* Reino Unido	35,3	45	
R	* Francia	37,6	40	
I	* Alemania	45,2	68	
I	* Rusia	97,7	161	(1910)
I/M	* Austria	37,6	51	
M	* Italia	28,5	36	
M	España	16,7	20,5	
M, 1908 R	Portugal	4,2	5,25	
M	Suecia	4,6	5,5	
M	Noruega	1,9	2,5	
M	Dinamarca	2,0	2,75	
M	Países Bajos	4,0	6,5	
R	Bélgica	5,5	7,5	
M	Suiza	2,8	3,5	
M	Grecia	1,6	4,75	
M	Rumanía	5,3	7,5	
M	Serbia	1,7	4,5	
M	Bulgaria	2,0	4,5	
M	Montenegro	–	0,2	
M	Albania	0	0,8	
I	Finlandia (en Rusia)	2,0	2,9	
R	Estados Unidos	50,2	92,0	(1910)
I	Japón	*c.* 36	53	
I	Imperio otomano	*c.* 21	*c.* 20	
I	China	*c.* 420	*c.* 450	

Otros estados, estimación de la población

Más de diez millones	Brasil, México
5-10 millones	Persia, Afganistán, Argentina
2-5 millones	Chile, Colombia, Perú, Venezuela, Siam
Menos de 2 millones	Bolivia, Costa Rica, Cuba, Rep. Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay

I = Imperio. M = Monarquía. R = República. * Las grandes potencias europeas.

CUADRO 2

Urbanización en la Europa del siglo XIX, 1800-1890

	Número de ciudades (10.000 habitantes y más)			Población urbana total (porcentaje)		
	1800	1850	1890	1800	1850	1890
Europa	364	878	1.709	10	16,7	29
Sept. y occ.[a]	105	246	543	14,9	26,1	43,4
Central[b]	135	306	629	7,1	12,5	26,8
Mediterránea[c]	113	292	404	12,9	18,6	22,2
Oriental[d]	11	34	133	4,2	7,5	18
Inglaterra/Gales	44	148	356	20,3	40,8	61,9
Bélgica	20	26	61	18,9	20,5	34,5
Francia	78	165	232	8,8	14,5	25,9
Alemania	53	133	382	5,5	10,8	28,2
Austria/Bohemia	8	17	101	5,2	6,7	18,1
Italia	74	183	215	14,6	20,3	21,2
Polonia	3	17	32	2,4	9,3	14,6

NOTAS: [a] Escandinavia, Reino Unido, Países Bajos, Bélgica; [b] Alemania, Francia, Suiza; [c] Italia, España, Portugal; [d] Austria, Bohemia, Polonia.
FUENTE: Jan de Vries, *European Urbanisation 1500-1800*, Londres, 1984, cuadro 3.8.

CUADRO 3

Emigración a territorios de colonización europea, 1871-1911 (millones de personas)

Años	Total	Reino/Unido Irlanda	España/ Portugal	Alemania/ Austria	Otros
1871-1880	3,1	1,85	0,15	0,75	0,35
1881-1890	7,0	3,25	0,75	1,8	1,2
1891-1900	6,2	2,15	1,0	1,25	1,8
1901-1911	11,3	3,15	1,4	2,6	4,15
	27,6	10,4	3,3	6,4	7,5

Inmigración a (millones de personas)

Años	Total	Estados Unidos	Canadá	Argentina/ Brasil	Australia N. Zelanda	Otros
1871-1880	4,0	2,8	0,2	0,5	0,2	0,3
1881-1890	7,5	5,2	0,4	1,4	0,3	0,2
1891-1900	6,4	3,7	0,2	1,8	0,45	0,25
1901-1911	14,9	8,8	1,1	2,45	1,6	0,95
	32,8	20,5	1,9	6,15	2,5	1,7

Basado en A. M. Carr Saunders, *World Population*, Londres, 1936. La diferencia entre las cifras totales de inmigración ha de poner en guardia al lector respecto a la escasa fiabilidad de estas estimaciones.

CUADRO 4

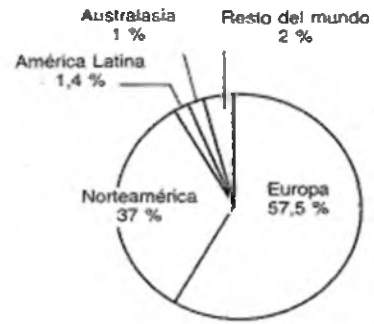
Analfabetismo

1850		
Países de bajo analfabetismo: menos del 30 % de adultos	Índice medio de analfabetismo (30-50 %)	Índice elevado de analfabetismo (más del 50 %)
Dinamarca	Austria	Hungría
Suecia	territorios checos	Italia
Noruega	Francia	Portugal
Finlandia	Reino Unido	España
Islandia	Irlanda	Rumanía
Alemania	Bélgica	todos los Balcanes y Grecia
Suiza	Australia	Polonia
Países Bajos		Rusia
Escocia		Estados Unidos (población no blanca)
Estados Unidos (población blanca)		resto del mundo

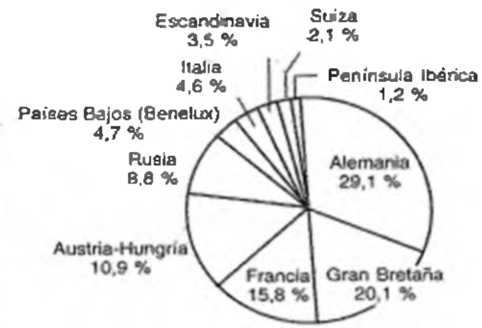
1913		
Países con bajo índice de analfabetismo: por debajo del 10 %	Medio (10-30 %)	Alto (más del 30 %)
(Como arriba)	Norte de Italia	Hungría
Francia	Noroeste de Yugoslavia (Eslovenia)	Italia central y del sur
Reino Unido		Portugal
Irlanda		España
Bélgica		Rumanía
Austria		todos los Balcanes y Grecia
Australia		Polonia
Nueva Zelanda		Rusia
		Estados Unidos (población no blanca)
		resto del mundo

MODERNIDAD

En el mundo



En Europa



Papel prensa utilizado en diferentes partes del mundo, c. 1880

FUENTE: M. G. Mulhall: *The Progress of the World Since the Beginning of the Nineteenth Century*, Londres, 1880, reimpr. 1971, p. 91.



Teléfonos en el mundo en 1912

FUENTE: *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1913, I/II, p. 143.

Total mundial (en millares)	12.453
Estados Unidos	8.362
Europa	3.239

CUADRO 5

Universidades (número de instituciones)

	1875	1913
Norteamérica	*c.* 360	*c.* 500
América Latina	*c.* 30	*c.* 40
Europa	*c.* 110	*c.* 150
Asia	*c.* 5	*c.* 20
África	0	*c.* 5
Australasia	2	*c.* 5

CUADRO 6

El progreso del teléfono: algunas ciudades (teléfonos por cada 100 habitantes)

	1895	Puesto	1911	Puesto
Estocolmo	4,1	1	19,9	2
Cristianía (Oslo)	3	2	6,9	8
Los Ángeles	2	3	24	1
Berlín	1,6	4	5,3	9
Hamburgo	1,5	5	4,7	10
Copenhague	1,2	6	7	7
Boston	1	7	9,2	4
Chicago	0,8	8	11	3
París	0,7	9	2,7	12
Nueva York	0,6	10	8,3	6
Viena	0,5	11	2,3	13
Filadelfia	0,3	12	8,6	5
Londres	0,2	13	2,8	11
San Petersburgo	0,2	14	2,2	14

FUENTE: *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1913, I/II, p. 143.

CUADRO 7

Porcentaje del total del mundo en estados independientes en 1913

Norteamérica	32 %
América Central y del Sur	92,5 %
África	3,4 %
Asia	70 % (excluyendo la Rusia asiática)
	43,2 % (incluyendo la Rusia asiática)
Oceanía	0 %
Europa	99 %

FUENTE: Calculado de *League of Nations International Statistical Yearbook*, Ginebra, 1926.

CUADRO 8

Inversiones británicas en el exterior (en porcentajes)

	1860-1870	1911-1913
Imperio británico	36	46
América Latina	10,5	22
Estados Unidos	27	19
Europa	25	6
Otros	3,5	7

FUENTE: C. Feinstein, citado en M. Barratt Brown, *After Imperialism*, Londres, 1963, p. 110.

CUADRO 9

Producción mundial de los principales productos tropicales, 1880-1910 (en miles de toneladas)

	1880	1900	1910
Plátanos	30	300	1.800
Cacao	60	102	227
Café	550	970	1.090
Caucho	11	53	87
Fibra de algodón	950	1.200	1.770
Yute	600	1.220	1.560
Semillas oleaginosas	–	–	2.700
Caña de azúcar	1.850	3.340	6.320
Té	175	290	360

FUENTE: P. Bairoch: *The Economic Development of the Third World Since 1900*, Londres, 1975, p. 15.

CUADRO 10

Producción mundial y comercio mundial, 1781-1971 (1913 = 100)

	Producción	Comercio
1781-1790	1,8	2,2 (1780)
1840	7,4	5,4
1870	19,5	23,8
1880	26,9	38 (1881-1885)
1890	41,1	48 (1891-1895)
1900	58,7	67 (1901-1905)
1913	100,0	100
1929	153,3	113 (1930)
1948	274,0	103
1971	950,0	520

FUENTE: W. W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, Londres, 1978, apéndices A y B.

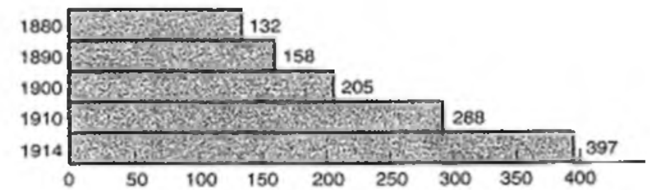
CUADRO 11

Transporte marítimo: tonelaje de barcos de más de 100 toneladas únicamente (en miles de toneladas)

	1881	1913
Total mundial	18.325	46.970
Gran Bretaña	7.010	18.696
Estados Unidos	2.370	5.429
Noruega	1.460	2.458
Alemania	1.150	5.082
Italia	1.070	1.522
Canadá	1.140	1.735[a]
Francia	840	2.201
Suecia	470	1.047
España	450	841
Países Bajos	420	1.310
Grecia	330	723
Dinamarca	230	762
Austria-Hungría	290	1.011
Rusia	740	974

NOTA: [a] *Dominions* británicos.
FUENTE: Mulhall, *Dictionary of Statistics*, Londres, 1881, y Sociedad de Naciones, *International Statistics Yearbook 1913*, cuadro 76.

LA CARRERA DE ARMAMENTOS



Gasto militar de las grandes potencias (Alemania, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Rusia, Italia y Francia), 1880-1914 (en millones de libras esterlinas).

FUENTE: *The Times Atlas of World History*, Londres, 1978, p. 250.

CUADRO 12

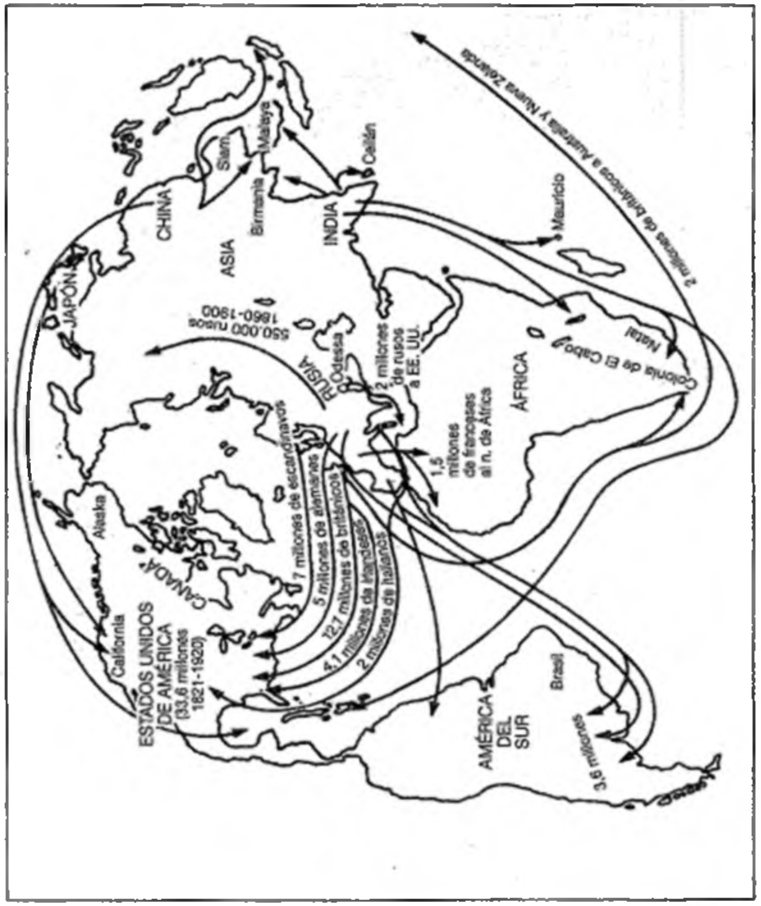
Ejércitos (en millares)

	1879		1913	
	Tiempo de paz	Movilizados	Tiempo de paz	Movilizados
Gran Bretaña	136	*c.* 600	160	700
India	*c.* 200	–	249	–
Austria-Hungría	267	772	800	3.000
Francia	503	1.000	1.200	3.500
Alemania	419	1.300	2.200	3.800
Rusia	766	1.213	1.400	4.400

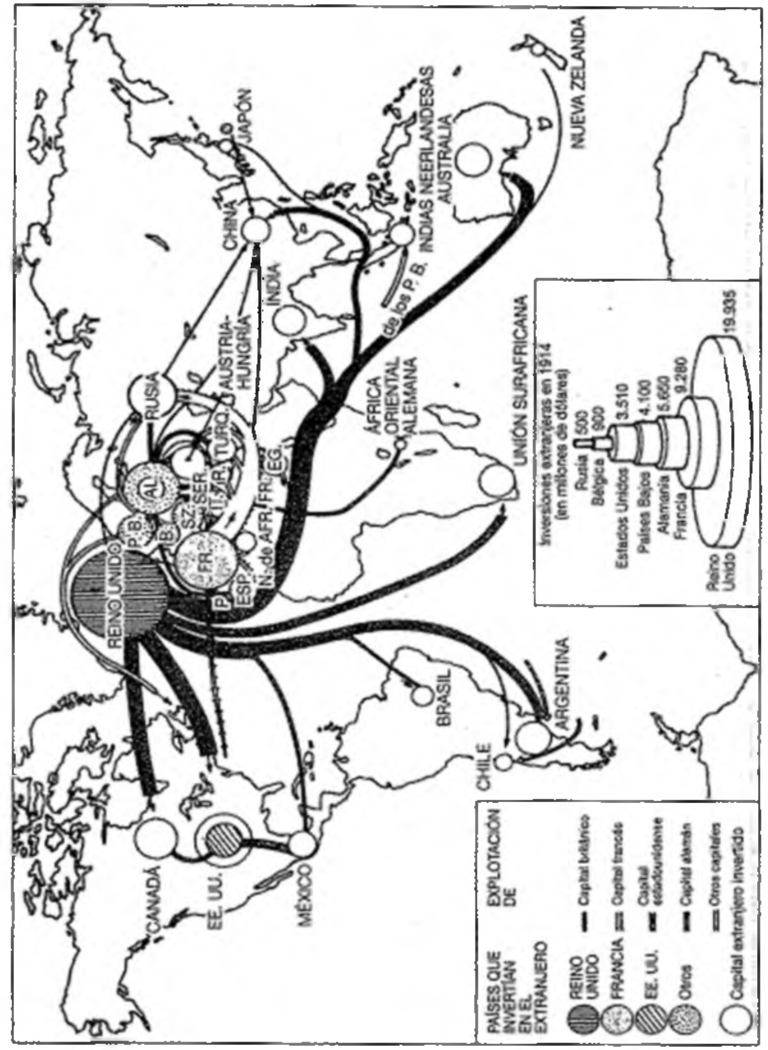
CUADRO 13

Armadas (en número de barcos de guerra)

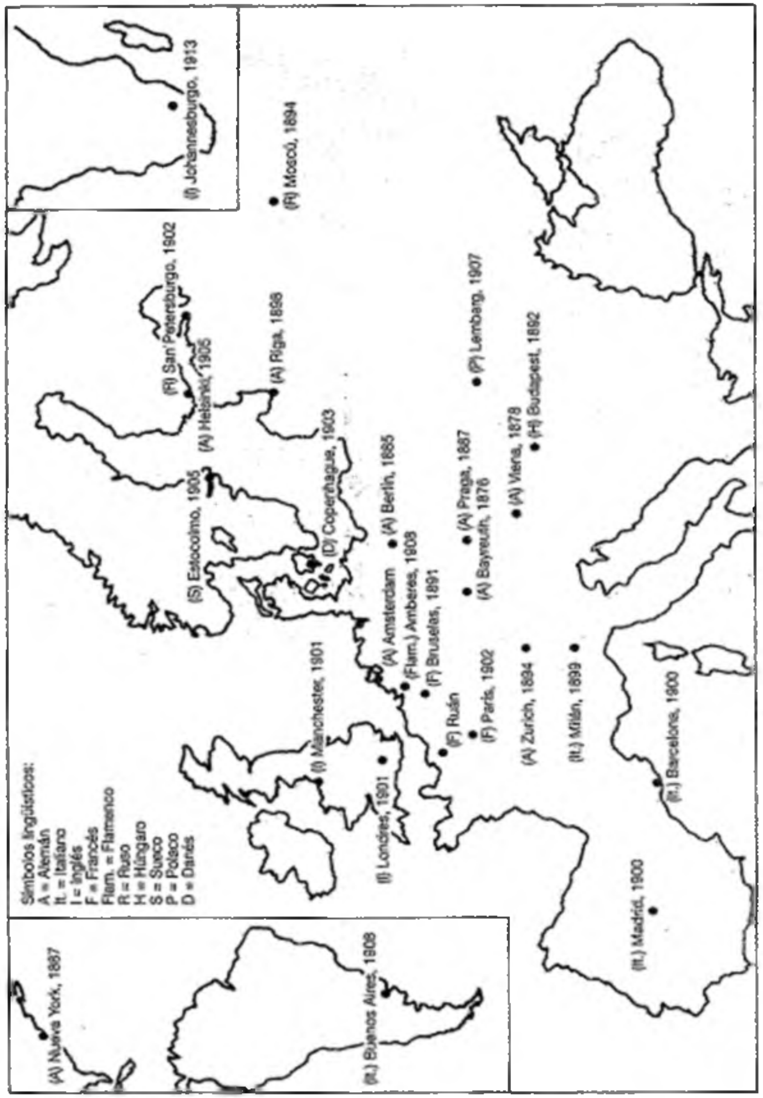
	1900	1914
Gran Bretaña	49	64
Alemania	14	40
Francia	23	28
Austria-Hungría	6	16
Rusia	16	23



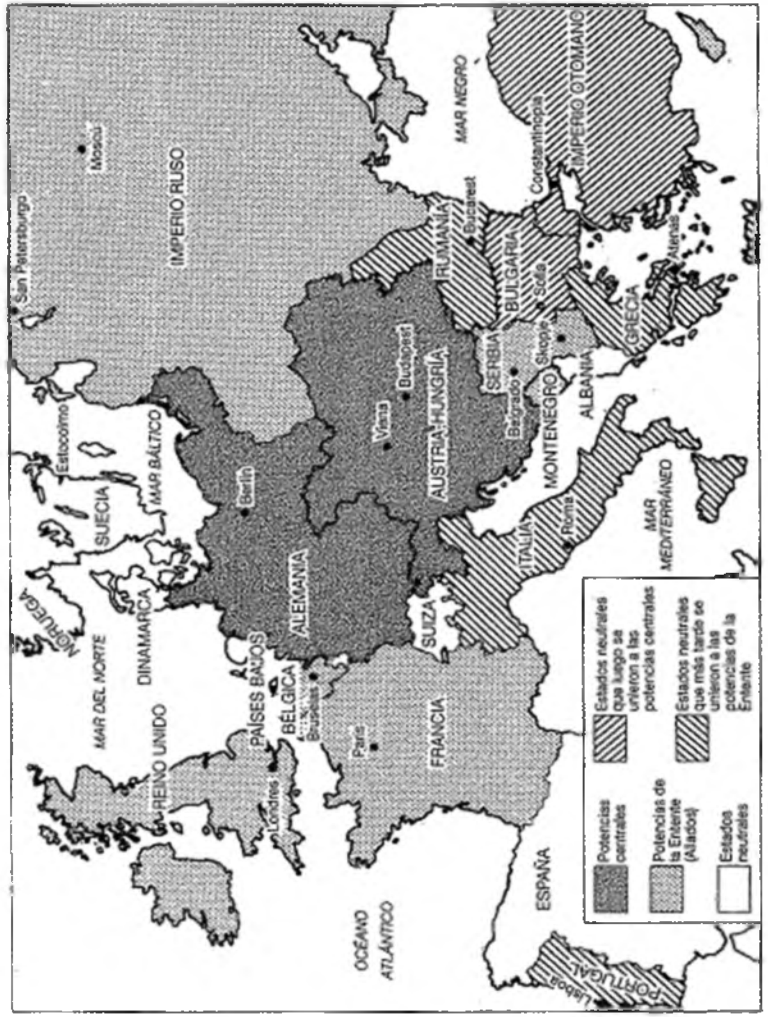
1. Migraciones internacionales, 1820-1910 (*The Times Atlas of World History*).



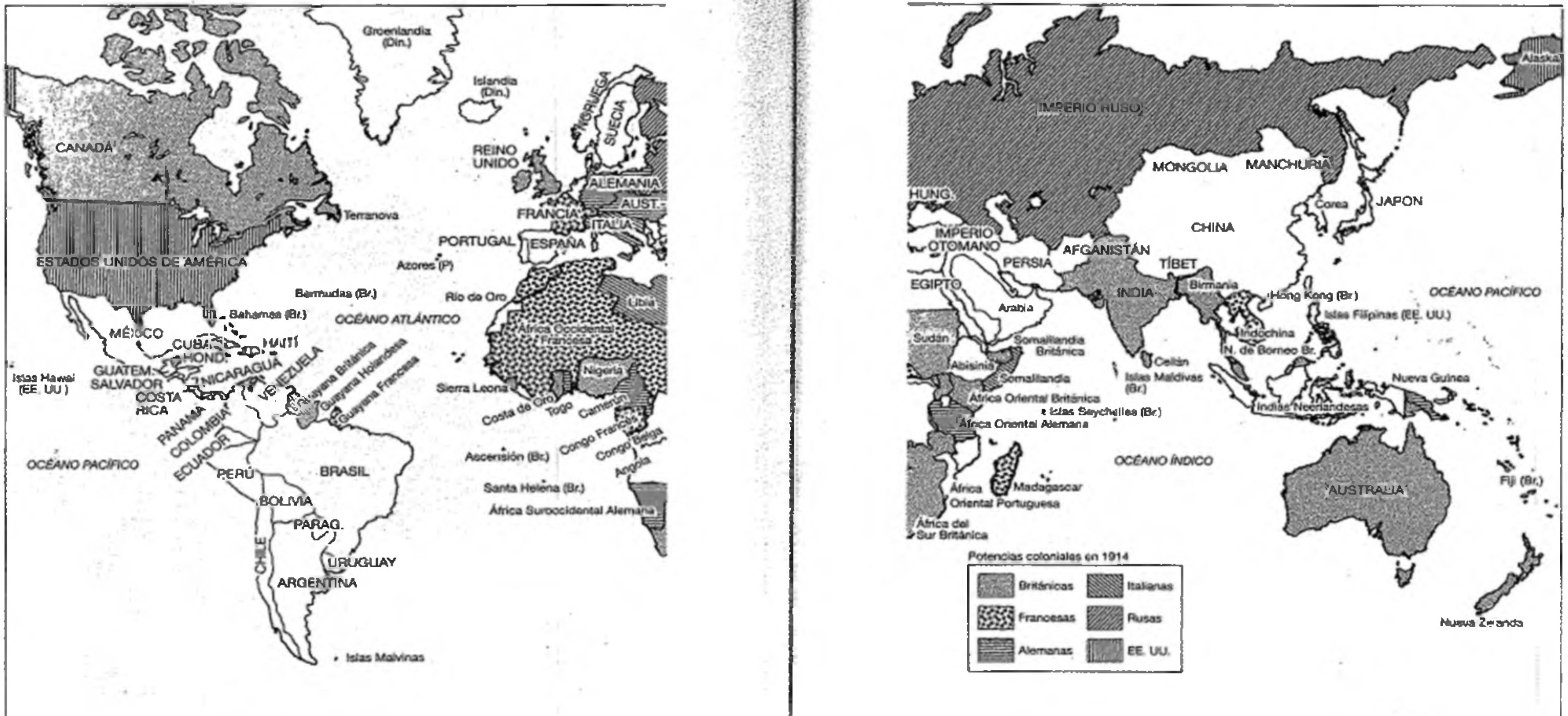
2. Movimientos de capital, 1875-1914.



3. La ópera y el nacionalismo: representaciones de *Siegfried* de Wagner, 1875-1914.



4. Europa en 1914.



5. El mundo dividido: los imperios en 1914.

NOTAS

Introducción (pp. 9-19)

1. P. Nora, en Pierre Nora, ed., *Les lieux de la mémoire*, vol. I: *La République*, París, 1984, p. XIX.
2. G. Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, Londres, 1964, p. 1.

1. *La revolución centenaria* (pp. 21-41)

1. Finlay Peter Dunne, *Mr. Dooley Says*, Nueva York, 1910, pp. 46-47.
2. M. Mulhall, *Dictionary of Statistics*, Londres, ed. 1892, p. 573.
3. P. Bairoch, «Les grandes tendances des disparités économiques nationales depuis la Révolution Industrielle», en *Seventh International Economic History Congress, Edinburgh, 1978: Four «A» Themes*, Edimburgo, 1978, pp. 175-186.
4. Véase V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse*, Londres, 1982, pp. 34-46; y D. R. Headrick, *Tools of Empire*, Nueva York, 1981, *passim*.
5. Peter Flora, *State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975: A Data Handbook*, 1, Frankfurt, Londres y Chicago, 1983, p. 78.
6. W. W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, Londres, 1978, p. 52.
7. Hilaire Belloc, *The Modern Traveller*, Londres, 1898, VI.
8. P. Bairoch *et al.*, *The Working Population and Its Structure*, Bruselas, 1968, para estos datos.
9. H. L. Webb, *The Development of the Telephone in Europe*, Londres, 1911.
10. P. Bairoch, *De Jéricho à Mexico: Villes et économie dans l'histoire*, París, 1985, parte C, *passim* para datos al respecto.
11. *Historical Statistics of the United States, From Colonial Times to 1957*, Washington, 1960, censo de 1890.
12. Carlo Cipolla, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, 1969, p. 76.
13. Mulhall, *op. cit.*, p. 245.
14. Calculado sobre la base de *ibid.*, p. 546; *ibid.*, p. 549.
15. *Ibid.*, p. 100.
16. Roderick Floud, «Wirtschaftliche und soziale Einflüsse auf die Körpergrössen von Europärn seit 1750», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, Berlín Oriental, 1985, II, pp. 93-118.
17. Georg von Mayr, *Statistik und Gesellschaftslehre*, II: *Bevölkerungsstatistik*, 2, Tubinga, 1924, p. 427.
18. Mulhall, *op. cit.*, «Correos», «Prensa», «Ciencia».
19. *Cambridge Modern History*, Cambridge, 1902, I, p. 4.
20. John Stuart Mill, *Utilitarianism, On Liberty and Representative Government*, ed. Everyman, 1910, p. 73 (hay trads. casts.: *El utilitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1994[1]; *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1994[10]; *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985).
21. John Stuart Mill, «Civilisation», en *Dissertations and Discussions*, Londres, s. a., p. 130.

2. *La economía cambia de ritmo* (pp. 42-64)

1. A. V. Dicey, *Law and Public Opinion in the Nineteenth Century*, Londres, 1905, p. 245.
2. Citado en E. Maschke, «German Cartels from 1873-1914», en F. Crouzet, W. H. Chaloner y W. M. Stern, eds., *Essays in European Economic History*, Londres, 1969, p. 243.
3. De «Die Handelskrisen und die Gewerkschaften», recogido en *Die langen Wellen der Konjunktur, Beiträge zur Marxistischen Konjunktur- und Krisentheorie von Parvus, Karl Kautsky, Leo Trotski und Ernest Mandel*, Berlín, 1972, p. 26.
4. D. A. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, pp. 1-2.
5. *Ibid.*, p. VI.
6. Alfred Marshall, *Official Papers*, Londres, 1926, pp. 98-99.
7. C. R. Fay, *Cooperation at Home and Abroad*, 1908; ed. de Londres de 1948, 1, pp. 49 y 114.
8. Sidney Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970*, Oxford, 1981, p. 259.
9. F. X. von Neumann-Spallart, *Übersichten der Weltwirtschaft. Jg. 1881-82*, Stuttgart, 1884, pp. 153 y 185, como base para estos cálculos.
10. P. Bairoch, «Città/Campagna», en *Enciclopedia Einaudi*, III, Turín, 1977, p. 89.
11. Véase D. Landes, *Revolution in Time*, Harvard, 1983, p. 289.
12. *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, Cambridge, Mass., 1980, p. 750.
13. Originalmente, el libro de Williams era una serie de artículos alarmistas publicado en la imperialista *New Review* de W. E. Henley. Participó también activamente en la agitación antiextranjera.
14. C. P. Kindleberger, «Group Behavior and International Trade», *Journal of Political Economy*, 59 (febrero de 1951), p. 37.
15. P. Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX[e] siècle*, París y La Haya, pp. 309-311.
16. (Folke Hilgerdt), *Industrialization and Foreign Trade*, Sociedad de Naciones, Ginebra, 1945, pp. 13, 132-134.
17. H. W. Macrosty, *The Trust Movement in British Industry*, Londres, 1907, p. 1.
18. William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Cleveland y Nueva York, 1959, p. 44.
19. Bairoch, *De Jéricho à Mexico*, p. 288.
20. W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations 1870-1913*, Londres, 1978, apéndice IV.
21. *Ibid.*, p. 275.
22. John R. Hanson II, *Trade in Transition: Exports from the Third World 1840-1900*, Nueva York, 1980, p. 55.
23. Sidney Pollard, «Capital Exports 1870-1914: Harmful or Beneficial?», *Economic History Review*, XXXVIII, 1985, p. 492.
24. Eran *Lloyd's Weekly* y *Le Petit Parisien*.
25. P. Mathias, *Retailing Revolution*, Londres, 1967.
26. Según las estimaciones de J. A. Lesourd y Cl. Gérard, *Nouvelle Histoire Économique I: Le XIX[e] siècle*, París, 1976, p. 247.

3. *La era del imperio* (pp. 65-93)

1. Citado en Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics 1890-1920*, Chicago, 1984, p. 77.
2. Finlay Peter Dunne, *Mr. Dooley's Philosophy*, Nueva York, 1900, pp. 93-94.
3. V. I. Lenin, «Imperialism, the Latest Stage of Capitalism», publicado originalmente a mediados de 1917. En las ediciones posteriores (póstumas) de la obra aparece el término *más elevado* en lugar de *último*.

4. J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, 1902, prólogo, ed. de 1938, p. xxvii.
5. Sir Harry Johnston, *A History of the Colonization of Africa by Alien Races*, Cambridge, 1930 (1.ª ed., 1913), p. 445.
6. Michael Barratt Brown, *The Economics of Imperialism*, Harmondsworth, 1974, p. 175; sobre el amplio —y a nuestros efectos demasiado sofisticado— debate sobre este tema, véase Pollard, «Capital Exports 1870-1914», *loc. cit.*
7. W. G. Hynes, *The Economics of Empire: Britain, Africa and the New Imperialism, 1870-1895*, Londres, 1979, *passim*.
8. Citado en D. C. M. Platt, *Finance, Trade and Politics: British Foreign Policy 1815-1914*, Oxford, 1968, pp. 365-366.
9. Max Beer, «Der neue englische Imperialismus», *Neue Zeit*, xvi, 1898, p. 304. Más en general, B. Semmel, *Imperialism and Social Reform: English Social-Imperial Thought 1895-1914*, Londres, 1960.
10. J. E. C. Bodley, *The Coronation of Edward VII: A Chapter of European and Imperial History*, Londres 1903, pp. 153 y 201.
11. Burton Benedict *et al.*, *The Anthropology of World's Fairs: San Francisco's Panama Pacific International Exposition of 1915*, Londres y Berkeley, 1983, p. 23.
12. *Encyclopedia of Missions*, Nueva York y Londres, 2.ª ed., 1904, apéndice IV, pp. 838-839.
13. *Dictionnaire de spiritualité*, París, 1979, x, «Mission», pp. 1.398-1.399.
14. Rudolf Hilferding, *Das Finanzkapital*, Viena, 1909; ed. de 1923, p. 470.
15. P. Bairoch, «Geographical Structure and Trade Balance of European Foreign Trade from 1800 to 1970», *Journal of European Economic History*, 3 (1974), pp. 557-608; *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au xixe siècle*, p. 81.
16. P. J. Cain y A. G. Hopkins, «The Political Economy of British Expansion Overseas, 1750-1914», *Economic History Review*, xxxiii (1980), pp. 463-490.
17. J. E. Flint, «Britain and the Partition of West Africa», en J. E. Flint y G. Williams, eds., *Perspectives of Empire*, Londres, 1973, p. 111.
18. C. Southworth, *The French Colonial Venture*, Londres, 1931, apéndice de cuadros núm. 7. No obstante, el dividendo promedio de las empresas que operaron en las colonias francesas durante ese año fue del 4,6 por 100.
19. M. K. Gandhi, *Collected Works*, I, 1884-1896, Nueva Delhi, 1958.
20. Sobre la incursión del budismo en los ambientes occidentales, que conoció un éxito desusado durante un tiempo, véase Jan Romein, *The Watershed of Two Eras*, Middletown, Conn., 1978, pp. 501-503, y la exportación al extranjero de hombres sagrados indios, en gran medida por medio de los adalides procedentes de las filas de los teosofistas. Entre ellos, Vivekananda (1863-1902), del clan «Vedanta», puede pretender ser el primero de los gurús comerciales del Occidente moderno.
21. R. H. Gretton, *A Modern History of the English People*, II: 1899-1910, Londres, 1913, p. 25.
22. W. L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*, ed. Nueva York, 1968, pp. 387 y 448. Más en general, H. Gollwitzer, *Die gelbe Gefahr: Geschichte eines Schlagworts: Studien zum imperialistischen Denken*, Gotinga, 1962.
23. Rudyard Kipling, «Recessional», en *R. Kipling's Verse, Inclusive Edition 1885-1918*, Londres, s. a., p. 377.
24. Hobson, *op. cit.*, ed. 1938, p. 314.
25. Véase H. G. Wells, *The Time Machine*, Londres, 1895 (hay trad. cast.: *La máquina del tiempo*, Altaya, Madrid, 1994).
26. H. G. von Shulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus und englischer Freihandel zu Beginn des 20. Jahrhunderts*, Leipzig, 1906.

4. *La política de la democracia* (pp. 94-121)

1. Gaetano Mosca, *Elementi di scienza politica*, 1895 (trad. ingl. con el título *The Ruling Class*, Nueva York, 1939, pp. 333-334).
2. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, I, Londres, 1983, p. 156.
3. Edward A. Ross, «Social Control VII: Assemblage», *American Journal of Sociology*, II (1896-1897), p. 830.
4. Entre las obras que aparecieron entonces hay que citar las de Gaetano Mosca (1858-1941): *Elementi di scienza politica*; Sidney y Beatrice Webb, *Industrial Democracy* (1897); M. Ostrogorski (1854-1919), *Democracy and the Organization of Political Parties* (1902); Robert Michels (1876-1936), *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie (Political Parties)*, 1911, y Georges Sorel (1847-1922), *Reflexions on Violence*, 1908.
5. Hilaire Belloc, *Sonnets and Verse*, Londres, 1954, p. 151: «Sobre unas elecciones generales», epigrama xx.
6. David Fitzpatrick, «The Geography of Irish Nationalism», *Past & Present*, 78 (febrero de 1978), pp. 127-129.
7. H.-J. Puhle, *Politische Agrarbewegungen in kapitalistischen Industriegesellschaften*, Gotinga, 1975, p. 64.
8. G. Hohorst, J. Kocka y G. A. Ritter, *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch: Materialen zur Statistik des Kaiserreichs 1870-1914*, Munich, 1975, p. 177.
9. Michels, *op. cit.*, ed. Stuttgart, 1970, parte VI, cap. 2.
10. R. F. Foster, *Lord Randolph Churchill, a Political Life*, Oxford, 1981, p. 395.
11. C. Benoist, *L'Organisation du suffrage universel: La crise de l'état moderne*, París, 1897.
12. C. Headlam, ed., *The Milner Papers*, Londres, 1931-1933, II, p. 291.
13. T. H. S. Escott, *Social Transformations of the Victorian Age*, Londres, 1897, p. 166.
14. Flora, *op. cit.*, cap. 5.
15. Cifras tomadas de Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 179.
16. Gary B. Cohen, *The Politics of Ethnic Survival: Germans in Prague 1861-1914*, Princeton, 1981, pp. 92-93.
17. Graham Wallas, *Human Nature in Politics*, Londres, 1908, p. 21.
18. David Cannadine, «The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the "Invention of tradition" c. 1820-1977», en E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, pp. 101-164 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, Barcelona).
19. La distinción procede de la obra de Walter Bagehot, *The English Constitution*, publicada originalmente en la *Fortnightly Review* (1865-1867) en el curso del debate sobre la Second Reform Bill, es decir, sobre la posibilidad de conceder a los obreros el derecho de voto.
20. Rosemonde Sanson, *Les 14 Juillet: fête et conscience nationale, 1789-1975*, París, 1976, p. 42, sobre los motivos de las autoridades de París para conjugar las diversiones populares y las ceremonias públicas.
21. Hans-Georg John, *Politik und Turnen: die deutsche Turnerschaft als nationale Bewegung in deutschen Kaiserreich von 1870-1914*, Ahrensberg bei Hamburg, 1976, pp. 36-39.
22. «Creo que será absolutamente necesario inducir a nuestros futuros maestros a que alcancen una buena formación» (debate en la tercera lectura de la Reform Bill, *Parliamentary Debates*, 15 de julio de 1867, p. 1 549, col. 1). Esta es la versión original de la frase que se hizo familiar en forma abreviada.
23. Cannadine, *op. cit.*, p. 130.
24. Wallace Evan Davies, *Patriotism on Parade*, Cambridge, Mass., 1955, pp. 218-222.
25. Maurice Dommanget, *Eugène Pottier, membre de la Commune et chantre de l'Internationale*, París, 1971, p. 138.
26. V. I. Lenin, *State and Revolution*, parte 1.ª, sección 3.

5. *Trabajadores del mundo* (pp. 122-151)

1. El trabajador Franz Rehbein, que expresaba sus recuerdos en 1911. Tomado de Paul Göhre, ed., *Das Leben eines Landarbeiters*, Munich, 1911, citado en W. Emmerich, ed., *Proletarische Lebensläufe*, I, Reinbek, 1974, p. 280.
2. Samuel Gompers, *Labor in Europe and America*, Nueva York y Londres, 1910, pp. 238-239.
3. *Mit uns zieht die neue Zeit: Arbeiterkultur in Österreich 1918-1934*, Viena, 1981.
4. Sartorius von Waltershausen, *Die italienischen Wanderarbeiter*, Leipzig, 1903, pp. 13, 20, 22 y 27. He tomado esta referencia de Dirk Hoerder.
5. Bairoch, *De Jéricho à Mexico*, pp. 385-386.
6. W. H. Schröder, *Arbeitergeschichte und Arbeiterbewegung: Industriearbeit und Organisationsverhalten im 19. und frühen 20. Jahrhundert*, Frankfurt y Nueva York, 1978, pp. 166-167 y 304.
7. Jonathan Hughes, *The Vital Few: American Economic Progress and its Protagonists*, Londres, Oxford y Nueva York, 1973, p. 329.
8. Bairoch, «Città/Campagna», p. 91.
9. W. Woytinski, *Die Welt in Zahlen, II: Die Arbeit*, Berlín, 1926, p. 17.
10. *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?*, Tubinga, 1906.
11. Jean Touchard, *La Gauche en France depuis 1900*, París, 1977, p. 62; Luigi Cortesi, *Il Socialismo Italiano tra riforme e rivoluzione: Dibatti congressuali del PSI 1892-1921*, Bari, 1969, p. 549.
12. Maxime Leroy, *La Coutûme ouvrière*, París, 1913, I, p. 387.
13. D. Crew, *Bochum: Sozialgeschichte einer Industriestadt*, Berlín y Viena, 1980, p. 200.
14. Guy Chaumel, *Histoire des cheminots et de leurs syndicats*, París, 1948, p. 79, n. 22.
15. Crew, *op. cit.*, pp. 19, 70 y 25.
16. Yves Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise*, I: *La Formation de la classe ouvrière régionale*, Lyon, 1977, p. 202.
17. La primera utilización registrada de la expresión *gran negocio* (suplemento *OED*, 1976) tuvo lugar en los Estados Unidos en 1912; el término *Grossindustrie* apareció antes, pero al parecer se hizo común durante el período de la gran depresión.
18. El memorándum de Askwith aparece citado en H. Pelling, *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, Londres, 1968, p. 147.
19. Maurice Dommanget, *Histoire du Premier Mai*, París, 1953, p. 252.
20. W. L. Guttsman, *The German Social-Democratic Party 1875-1933*, Londres, 1981, p. 96.
21. *Ibid.*, p. 160.
22. *Mit uns zieht die neue Zeit: Arbeiterkultur in Österreich 1918-1934: Eine Ausstellung der Österreichischen Gesellschaft für Kulturpolitik und des Meidlinger Kulturkreises*, 23 de enero-30 de agosto de 1981, Viena, p. 240.
23. Constitución del Partido Laborista británico.
24. Robert Hunter, *Socialists at Work*, Nueva York, 1908, p. 2.
25. Georges Haupt, *Programm und Wirklichkeit: Die internationale Sozialdemokratie vor 1914*, Neuwied, 1970, p. 141.
26. Y tal vez incluso más popular el anticlerical *Pfaffenspiegel* de Corvin (H.-J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie: Zur Ideologie der Partei vor dem ersten Weltkrieg*, Hannover, 1967, p. 139). En el Congreso (Parteitag) del SPD de 1902 se observó que lo único que realmente tenía aceptación eran los escritos anticlericales de partido. Así, en 1908 se realizó una edición de 3.000 ejemplares del *Manifiesto* y una edición de 10.000 ejemplares del *Christenthum und Sozialismus* de Bebel; en 1901-1904 se publicó el *Manifiesto* en una edición de 7.000 ejemplares, mientras que se hicieron 57.000 del *Christenthum* de Bebel.
27. K. Kautsky, *La Questione Agraria*, Milán, ed. 1959, p. 358. La cita figura al inicio de la parte II, I, c.

6. *Banderas al viento: las naciones y el nacionalismo* (pp. 122-180)

1. He tomado esta cita del escritor italiano F. Jovine (1904-1950) de Martha Petrusewicz de la Universidad de Princeton.
2. H. G. Wells, *Anticipations*, Londres, 1902[3], pp. 225-226.
3. Alfredo Rocco, *What is Nationalism and What Do the Nationalists Want?*, Roma, 1914.
4. Véase Georges Haupt, Michel Lowy y Claude Weill, *Les Marxistes et la question nationale 1848-1914: études et textes*, París, 1974.
5. E. Brix, *Die Umgangsprachen in Altösterreich zwischen Agitation und Assimilation: Die Sprachenstatistik in den zisleithanischen Volkszählungen 1880-1910*, Viena, Colonia y Graz, 1982, p. 97.
6. H. Roos, *A History of Modern Poland*, Londres, 1966, p. 48.
7. Lluís García i Sevilla, «Llengua, nació i estat al diccionari de la Reial Acadèmia Espanyola», *L'Avenç*, Barcelona (16 de mayo de 1979), pp. 50-55.
8. Hugh Seton-Watson, *Nation and States*, Londres, 1977, p. 85.
9. He tomado esta información de Dirk Hoerder.
10. *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, «Naturalization and Citizenship», p. 747.
11. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, 1983, pp. 107-108.
12. C. Bobmska y Andrzej Pilch, eds., *Employment-seeking Emigrations of the Poles World-Wide XIX and XX C.*, Cracovia, 1975, pp. 124-126.
13. Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics 1890-1920*, Chicago, 1984, pp. 54 ss.
14. Lonn Taylor e Ingrid Maar, *The American Cowboy*, Washington DC, 1983, pp. 96-98.
15. Hans Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1971, pp. 18-19.
16. *History of the Hungarian Labour Movement. Guide to the Permanent Exhibition of the Museum of the Hungarian Labour Movement*, Budapest, 1983, pp. 31 ss.
17. Marianne Heiberg, «Insiders/Outsiders; Basque Nationalism», *Archives Européennes de Sociologie*, XVI (1975), pp. 169-193.
18. A. Zolberg, «The Making of Flemings and Walloons: Belgium 1830-1914», *Journal of Interdisciplinary History*, V (1974), pp. 179-235; H.-J. Puhle, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext», en H. A. Winkler, ed., *Nationalismus in der Welt von Heute*, Gotinga, 1982, especialmente pp. 60-65.
19. *Enciclopedia Italiana*, «Nazionalismo».
20. Peter Hanak, «Die Volksmeinung während den letzten Kriegsjahren in Österreich-Ungarn», en R. G. Plaschka y K. H. Mack, eds., *Die Auflösung des Habsburgerreiches: Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Viena, 1970, pp. 58-67.

7. *Quién es quién o las incertidumbres de la burguesía* (pp. 175-201)

1. William James, *The Principles of Psychology*, Nueva York, 1950, p. 291. Debo esta referencia a Sanford Elwitt.
2. H. G. Wells, *Tono-Bungay*, 1909; ed. Modern Library, p. 249.
3. Lewis Mumford, *The City in History*, Nueva York, 1961, p. 495.
4. Mark Girouard, *The Victorian Country House*, New Haven y Londres, 1979, pp. 208-212.
5. W. S. Adams, *Edwardian Portraits*, Londres, 1957, pp. 3-4.
6. Este es un tema básico de Carl E. Schorske, *Fin-de-Siecle Vienna*, Londres, 1980.
7. Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class: An Economic Study of Institutions*, 1899, edición revisada, Nueva York, 1959.
8. W. D. Rubinstein, «Wealth, Elites and the Class Structure of Modern Britain», *Past & Present*, 76 (agosto de 1977), p. 102.

9. Adolf von Wilke, *Alt-Berliner Erinnerungen*, Berlín, 1930, pp. 232 ss.
10. W. L. Guttsman, *The British Political Elite*, Londres, 1963, pp. 122-127.
11. Touchard, *op. cit.*, p. 128.
12. Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, Oxford, 1973, I, p. 37; D. C. Marsh, *The Changing Social Structure of England and Wales 1871-1961*, Londres, 1958, p. 122.
13. G. A. Ritter y J. Kocka, *Deutsche Sozialgeschichte. Dokumente und Skizzen. Band II 1870-1914*, Munich, 1977, pp. 169-170.
14. Paul Descamps, *L'Éducation dans les écoles Anglaises*, París, 1911, p. 67.
15. Zeldin, *op. cit.*, I, pp. 612-613.
16. *Ibid.*, II, p. 250; H.-U. Wehler, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Gotinga, 1973, p. 126; Ritter y Kocka, *op. cit.*, pp. 341-343.
17. Ritter y Kocka, *op. cit.*, pp. 327-328 y 352; Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Nueva York, 1981, p. 264.
18. Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 161; J. J. Mayeur, *Les Débuts de la IIIe République 1871-1898*, París, 1973, p. 150; Zeldin, *op. cit.*, II, p. 330. Mayer, *op. cit.*, p. 262.
19. Ritter y Kocka, *op. cit.*, p. 224.
20. Y. Cassis, *Les Banquiers de la City à l'époque Edouardienne 1890-1914*, Ginebra, 1984.
21. Skidelsky, *op. cit.*, I, p. 84.
22. Crew, *op. cit.*, p. 26.
23. G. von Schmoller, *Was verstehen wir unter dem Mittelstande? Hat er im 19. Jahrhundert zu- oder abgenommen?*, Gotinga, 1907.
24. W. Sombart, *Die deutsche Volkswirthschaft im 19. Jahrhundert und im Anfang des 20. Jahrhunderts*, Berlín, 1903, pp. 534 y 531.
25. Pollard, «Capital Exports 1870-1914», pp. 498-499.
26. W. R. Lawson, *John Bull and His Schools: A Book for Parents, Ratepayers and Men of Business*, Edimburgo y Londres, 1908, p. 39. Calculaba que la «clase media estrictamente hablando» estaba formada por medio millón de personas.
27. John R. de S. Honey, *Tom Brown's Universe: The Development of the Victorian Public School*, Londres, 1977.
28. W. Raimond Baird, *American College Fraternities: a descriptive analysis of the Society System of the Colleges of the United States with a detailed account of each fraternity*, Nueva York, 1890, p. 20.
29. Mayeur, *op. cit.*, p. 81.
30. Escott, *op. cit.*, pp. 202-203.
31. *The Englishwoman's Year-Book*, 1905, p. 171.
32. Escott, *op. cit.*, p. 196.
33. Como puede comprobarse en la Victoria County History de ese condado.
34. *Principles of Economics*, Londres, 1920[8], p. 59.
35. Skidelsky, *op. cit.*, pp. 55-56.
36. P. Wilsher, *The Pound in Your Pocket 1870-1970*, Londres, 1970, pp. 81, 96 y 98.
37. Hughes, *op. cit.*, p. 252.
38. Citado en W. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution*, Princeton, 1974, pp. 205-212.
39. A. Sartorius von Waltershausen, *Deutsche Wirtschaftsgeschichte 1815-1914*, Jena, 1923[2], p. 521.
40. Por ejemplo, en *Man and Superman*, *Misalliance*.
41. Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Londres, 1980, pp. 89, 169 y 16.

8. *La nueva mujer* (pp. 202-228)

1. H. Nunberg y E. Federn, eds., *Minutes of the Vienna Psychoanalytical Society*, I: 1906-1908, Nueva York, 1962, pp. 199-200.
2. Citado en W. Rupert, ed., *Die Arbeiter: Lebensformen, Alltag und Kultur*, Munich, 1986, p. 69.

3. K. Anthony, *Feminism in Germany and Scandinavia*, Nueva York, 1915, p. 231.
4. *Handworterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, ed. 1902, «Beruf», p. 626, y «Frauenarbeit», p. 1.202.
5. *Ibid.*, «Hausindustrie», pp. 1.148 y 1.150.
6. Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, 1978, p. 124.
7. *Handwörterbuch*, «Frauenarbeit», pp. 1.205-1.206.
8. Para Alemania, Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 68, n. 8; para Gran Bretaña, Mark Abrams, *The Condition of the British People 1911-1945*, Londres, 1946, pp. 60-61; Marsh, *op. cit.*, p. 127.
9. Zeldin, *op. cit.*, II, p. 169.
10. E. Cadbury, M. C. Matheson y G. Shann, *Women's Work and Wages*, Londres, 1906, pp. 49 y 129. El libro describe las condiciones en Birmingham.
11. Margaret Bryant, *The Unexpected Revolution*, Londres, 1979, p. 108.
12. Edmée Charnier, *L'Évolution intellectuelle féminine*, París, 1937, pp. 140 y 189. Véase también H.-J. Puhle, «Warum gibt es so wenige Historikerinnen?», *Geschichte und Gesellschaft*, 7 Jg. (1981), especialmente p. 373.
13. Rosa Leviné-Meyer, *Leviné*, Londres, 1973, p. 2.
14. Traducido por vez primera al inglés en 1891.
15. Caroline Kohn, *Karl Kraus*, Stuttgart, 1966, p. 259, n. 40; J. Romein, *The Watershed of Two Eras*, p. 604.
16. Donald R. Knight, *Great White City, Shepherds Bush, London: 70th Anniversary, 1908-1978*, New Barnet, 1978, p. 26.
17. Debo este extremo a un alumno del doctor S. N. Mukherjee de la Universidad de Sydney.
18. Claude Willard, *Les Guedistes*, París, 1965, p. 362.
19. G. D. H. Cole, *A History of the Labour Party from 1914*, Londres, 1948, p. 480; Richard J. Evans, *The Feminists*, Londres, 1977, p. 162.
20. Woytinsky, *op. cit.*, II, aporta las bases de estos datos.
21. Calculado a partir de *Men and Women of the Time*, 1895.
22. Respecto al feminismo conservador, véase también E. Halévy, *A History of the English People in the Nineteenth Century*, ed. 1961, VI, p. 509.
23. Sobre estos aspectos, véase S. Giedion, *Mechanisation Takes Command*, Nueva York, 1948, *passim*; para la cita, pp. 520-521.
24. Rodelle Weintraub, ed., *Bernard Shaw and Women*, Universidad de Pensilvania, 1977, pp. 3-4.
25. Jean Maitron y Georges Haupt, eds., *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international: L'Autriche*, París, 1971, p. 285.
26. T. E. B. Howarth, *Cambridge Between Two Wars*, Londres, 1978, p. 45.
27. J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, Londres, 1966, I, p. 144.

9. *La transformación de las artes* (pp. 229-251)

1. Romain Rolland, *Jean Christophe in Paris*, trad. Nueva York, 1915, pp. 120-121.
2. S. Laing, *Modern Science and Modern Thought*, Londres, 1896, pp. 230-231, publicado originalmente en 1885.
3. F. T. Marinetti, *Selected Writings*, ed. R. W. Flint, Nueva York, 1971, p. 67.
4. Peter Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism: Politics, Playwriting and Performance 1890-1914*, Cambridge, Mass., 1985, p. 102.
5. El término fue acuñado por M. Agulhon, «La statuomanie et l'histoire», *Ethnologie Française*, 3-4 (1978).
6. John Willet: «Breaking Away», *New York Review of Books*, 28 de mayo de 1981, pp. 47-49.
7. *The Englishwoman's Year-Book*, 1905, «Colonial journalism for women», p. 138.

8. Entre las otras series que aprovecharon el hambre de autoeducación y cultura en el Reino Unido podemos mencionar Camelot Classics (1886-1891), los más de 300 volúmenes de la Cassell's National Library (1886-1890 y 1903-1907), Cassell's Red Library (1884-1890), Sir John Lubbock's Hundred Books, publicados por Routledge (editor también de Modern Classics desde 1897) desde 1891, Nelson's Classics (1907) —«Sixpenny Classics» sólo duró desde 1905 a 1907— y Oxford's World's Classics. En el haber de Everyman (1906) hay que mencionar que publicara un gran clásico moderno, *Nostromo* de Joseph Conrad, en sus primeros cincuenta títulos, entre la *History of England* de Macaulay y *Life of Sir Walter Scott* de Lockhart.

9. Georg Gottfried Gervinus, *Geschichte der poetischen. Nationalliteratur der Deutschen*, 5 vols., 1836-1842.

10. F. Nietzsche, *Der Wille zur Macht en Samtliche Werke*, Stuttgart, 1965, IX, pp. 65 y 587.

11. R. Hinton Thomas, *Nietzsche in German Politics and Society 1890-1918*, Manchester, 1894, pone énfasis —uno diría que demasiado énfasis— en el atractivo que ejercía sobre los libertarios. De todas formas, y a pesar de que Nietzsche rechazaba a los anarquistas (cf. *Jenseits von Gut und Böse* en *Sämtliche Werke*, VII, pp. 114, 125), en los círculos anarquistas franceses de la década de 1900 «on discute avec fougue Stirner, Nietzsche et surtout Le Dantec» (Jean Maitron, *Le Mouvement anarchiste en France*, París, 1975, I, p. 421).

12. Eugenia W. Herbert, *Artists and Social Reform: France and Belgium 1885-1898*, New Haven, 1961 p. 21.

13. Patrizia Dogliani, *La «Scuola delle Reclute»: L'Internazionale Giovanile Socialista dalla fine dell'ottocento, alla prima guerra mondiale*, Turín, 1983, p. 147.

14. G. W. Plechanow, *Kunst und Literatur*, Berlín Oriental, 1955, p. 295.

15. J. C. Holl, *La Jeune Peinture contemporaine*, París, 1912, pp. 14-15.

16. «On the spiritual in art», citado en *New York Review of Books* (16 de febrero de 1984), p. 28.

17. Citado en Romein, *Watershed of Two Eras*, p. 572.

18. Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

19. Max Raphael, *Von Monet zu Picasso. Grundzüge einer Aesthetik und Entwicklung der modernen Malerei*, Munich, 1913.

20. Hay que señalar el papel que desempeñaron los países con una fuerte prensa democrática y populista y que no contaban con un público de clase media importante en la evolución de la caricatura política moderna. Sobre la importancia de Australia en este campo en el período anterior a 1914, véase E. J. Hobsbawm, Introducción a *Communist Cartoons* de «Espoir» y otros, Londres, 1982, p. 3.

21. Peter Bächlin, *Der Film als Ware*, Basilea, 1945, p. 214, n. 14.

22. T. Balio, ed., *The American Film Industry*, Madison, Wis., 1985, p. 86.

23. G. P. Brunetta, *Storia del cinema italiano 1895-1945*, Roma, 1979, p. 44.

24. Balio, *op. cit.*, p. 98.

25. *Ibid.*, p. 87; *Mit uns zieht die Neue Zeit*, p. 185.

26. Brunetta, *op. cit.*, p. 56.

27. Luigi Chiarini, «Cinematography», en *Encyclopedia of World Art*, Nueva York, Londres y Toronto, 1960, III, p. 626.

10. *Certidumbres socavadas: la ciencia* (pp. 252-270)

1. Laing, *op. cit.*, p. 51.

2. Raymond Pearl, *Modes of Research in Genetics*, Nueva York, 1915, p. 159. Este fragmento ha sido recogido de una conferencia de 1913.

3. Bertrand Russell, *Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*, Londres, ed. 1952, p. 109.

4. Carl Boyer, *A History of Mathematics*, Nueva York, 1968, p. 82.

5. Bourbaki, *Eléments d'histoire des mathématiques*, París, 1960, p. 27. El grupo de matemáticos que publicaban bajo este nombre se interesaban por la historia de las matemáticas básicamente en relación con su propio trabajo.

6. Boyer, *op. cit.*, p. 649.

7. Bourbaki, p. 43.

8. F. Dannemann, *Die Naturwissenschaften in ihrer Entwicklung und ihrem Zusammenhange*, Leipzig y Berlín, 1913, IV, p. 433.

9. Henry Smith Williams, *The Story of Nineteenth-Century Science*, Londres y Nueva York, 1900, p. 231.

10. *Ibid.*, pp. 230-231.

11. *Ibid.*, p. 236.

12. C. C. Gillispie, *The Edge of Objectivity*, Princeton, 1960, p. 507.

13. Cf. Max Planck, *Scientific Autobiography and Other Papers*, Nueva York, 1949.

14. J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1965, p. 630.

15. Ludwig Fleck, *Genesis and Development of a Scientific Fact*, Chicago, 1979; orig. Basilea, 1935, pp. 68-69.

16. W. Treue y K. Mauel, eds., *Naturwissenschaft, Technik und Wirtschaft im 19. Jahrhundert*, 2 vols., Gotinga, 1976, I, pp. 271-274 y 348-356.

17. Nietzsche, *Der Wille zur Macht*, libro IV, por ejemplo pp. 607-609.

18. C. Webster, ed., *Biology, Medicine and Society 1840-1940*, Cambridge, 1981, p. 225.

19. *Ibid.*, p. 221.

20. Como lo sugieren los títulos de A. Ploetz y F. Lentz, *Deutsche Gesellschaft für Rassenhygiene* (1905: «Sociedad Alemana para la higiene racial») y la publicación de la sociedad *Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie* («Archivos de Biología Racial y Social»); o *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie, Erb- und Rassenbiologie* (1899: «Revista de Morfología, Antropología, Genética y Biología Racial»). Cf. J. Sutter, *L'Eugénique: Problèmes-Méthodes-Résultats*, París, 1950, pp. 24-25.

21. Kenneth M. Ludmerer, *Genetics and American Society: A Historical Appraisal*, Baltimore, 1972, p. 37.

22. Citado en Romein, *op. cit.*, p. 343.

23. Webster, *op. cit.*, p. 266.

24. Ernst Mach en *Neue Österreichische Biographie*, I, Viena, 1923.

25. J.-J. Salomon, *Science and Politics*, Londres, 1973, p. XIV.

26. Gillispie, *op. cit.*, p. 499.

27. Nietzsche, *Wille zur Macht*, Vorrede, p. 4.

28. *Ibid.*, aforismos, p. 8.

29. Bernal (*op. cit.*, p. 503) estima que en 1896 tal vez había en el mundo 50.000 personas sobre las que recaía «toda la tradición de la ciencia», de las cuales 15.000 se dedicaban a la investigación. Esos números se incrementaron y entre 1901 y 1915 sólo en los Estados Unidos había alrededor de 74.000 licenciados en ciencias naturales y 2.577 doctores en ciencias naturales e ingeniería (D. M. Blank y George J. Stigler, *The Demand and Supply of Scientific Personnel*, Nueva York, 1957, pp. 5-6).

30. G. W. Roderick, *The Emergence of a Scientific Society*, Londres y Nueva York, 1967, p. 48.

31. Frank R. Pfetsch, *Zur Entwicklung der Wissenschaftspolitik in Deutschland 1750-1914*, Berlín, 1974, pp. 340 ss.

32. Hemos llegado hasta 1925 en relación con los premios Nobel para asumir cierto retraso en el reconocimiento de los logros de los jóvenes más brillantes de los últimos años anteriores a 1914.

33. Joseph Ben-David, «Professions in the Class Systems of Present-Day Societies», *Current Sociology*, 12 (1963-1964), pp. 262-269.

34. Paul Levy, *Moore: G. E. Moore and the Cambridge Apostles*, Oxford, 1981, pp. 309-311.

11. *La razón y la sociedad* (pp. 271-284)

1. Rolland, *op. cit.*, p. 222.
2. Nunberg y Federn, *op. cit.*, p. 178.
3. Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1968, p. 166.
4. Guy Vincent, *L'école primaire française: Étude sociologique*, Lyon, 1980, p. 332, n. 779.
5. Vivekananda, *Works*, parte IV, citado en *Sedition Committee 1918: Report*, Calcuta, 1918, p. 17, n.
6. Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism*, Cambridge, 1971, p. 249.
7. R. M. Goodridge, «Nineteenth Century Urbanisation and Religion: Bristol and Marseille, 1830-1880», *Sociological Yearbook of Religion in Britain*, 1, Londres, 1969, p. 131.
8. «La bourgeoisie adhère au rationnalisme, l'instituteur au socialisme», Gabriel Le Bras, *Études de sociologie religieuse*, 2 vols., París, 1955-1956, I, p. 151.
9. A. Fliche y V. Martin, *Histoire de l'Église. Le pontifical de Pie IX*, París, 1964², p. 130.
10. S. Bonnet, C. Santini y H. Barthélemy, «Appartenance politique et attitude religieuse dans l'immigration italienne en Lorraine sidérurgique», *Archives de Sociologie des Religions*, 13 (1962), pp. 63-66.
11. R. Duocastella, «Géographie de la pratique religieuse en Espagne», *Social Compass*, XII (1965), p. 256; A. Leoni, *Sociologia e geografia religiosa di una Diocesi: saggio sulla pratica religiosa nella Diocesi di Mantova*, Roma, 1952, p. 117.
12. Halévy, *op. cit.*, V, p. 171.
13. Massimo Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution*, Londres, 1979, pp. 23-24.
14. Sin mencionar a la hermana del líder socialista Otto Bauer, que, con otro nombre, figura de forma destacada en el libro de Freud. Véase Ernst Glaser, *Im Umfeld des Austromarxismus*, Viena, 1981, *passim*.
15. Respecto a esta cuestión, véase *Marx-Engels Archiv*, ed. D. Rjazanov, reed. Erlangen, 1971, II, p. 140.
16. Los análisis más completos de la expansión del marxismo no pueden conseguirse en inglés; cf. E. J. Hobsbawm, «La diffusione del Marxismo, 1890-1905», *Studi Storici*, XV (1974), pp. 241-269; *Storia del Marxismo*, II: *Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Turín, 1979, pp. 6-110, artículos de F. Andreucci y E. J. Hobsbawm.
17. E. von Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marxschen Systems*, Berlín, 1896, fue durante mucho tiempo la crítica ortodoxa más sólida de Marx. Böhm-Bawerk fue ministro de Austria en tres ocasiones durante este período.
18. Walter Bagehot, *Physics and Politics*, publicado originalmente en 1872. La serie de 1887 fue editada por Kegan Paul.
19. Otto Hintze, «Über individualistische und kollektivistische Geschichts auffasung», *Historische Zeitschrift*, 78 (1897), p. 62.
20. Véase en especial la larga polémica de G. von Below, «Die neue historische Methode», *Historische Zeitschrift*, 81 (1898), pp. 193-273.
21. Schorske, *op. cit.*, p. 203.
22. William MacDougall (1871-1938), *An Introduction to Social Psychology*, Londres, 1908.
23. William James, *Varieties of Religious Belief*, Nueva York, ed. 1963, p. 388.
24. E. Gothein, «Gesellschaft und Gesellschaftswissenschaft», en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, 1900, IV, p. 212.

12. *Hacia la revolución* (pp. 285-309)

1. D. Norman, ed., *Nehru, The First Sixty Years*, I, Nueva York, 1965, p. 12.
2. Mary Clabaugh Wright, ed., *China in Revolution: The First Phase 1900-1915*, New Haven, 1968, p. 118.
3. *Collected Works*, IX, p. 434.
4. *Selected Works*, Londres, 1936, IV, pp. 297-304.
5. Véase una comparación de las dos revoluciones iraníes en Nikki R. Keddie, «Iranian Revolutions in Comparative Perspective», *American Historical Review*, 88 (1983), pp. 579-598.
6. John Lust, «Les sociétés secretes, les mouvements populaires et la révolution de 1911», en J. Chesneaux *et al.*, eds., *Mouvements populaires et sociétés secretes en Chine aux XIXe et XXe siècles*, París, 1970, p. 370.
7. Edwin Lieuwen, *Arms and Politics in Latin America*, Londres y Nueva York, ed. 1961, p. 21.
8. Para la transición, véase cap. 3 de *M. N. Roy's Memoirs*, Bombay, Nueva Delhi, Calcuta, Madrás, Londres y Nueva York, 1964.
9. Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, The United States and the Mexican Revolution*, Chicago y Londres, 1981, p. 22.
10. Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917*, Oxford, 1967, p. 507.
11. P. I. Lyashchenko, *History of the Russian National Economy*, Nueva York, 1949, pp. 453, 468 y 520.
12. *Ibid.*, pp. 528-529.
13. Michael Futrell, *Northern Underground: Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communication Through Scandinavia and Finland*, Londres, 1963, *passim*.
14. M. S. Anderson, *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, Londres, 1972, p. 266.
15. T. Shanin, *The Awkward Class*, Oxford, 1972, p. 38 n.
16. Sigo los argumentos de los novedosos artículos de L. Haimson en *Slavic Review*, 23 (1964), pp. 619-642, y 24 (1965), pp. 1-22, «Problem of Social Stability in Urban Russia 1905-1917».

13. *De la paz a la guerra* (pp. 310-336)

1. Fürst von Bülow, *Denkwürdigkeiten*, I, Berlín, 1930, pp. 415-516.
2. Benard Shaw a Clement Scott, 1902; G. Bernard Shaw, *Collected Letters, 1898-1910*, Londres, 1972, p. 260.
3. Marinetti, *op. cit.*, p. 42.
4. *Leviathan*, parte I, cap. 13.
5. *Wille Zur Macht*, *loc. cit.*, p. 92.
6. Georges Haupt, *Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International*, Oxford, 1972, pp. 220 y 258.
7. Gaston Bodart, *Losses of Life in Modern Wars*, Carnegie Endowment for International Peace, Oxford, 1916, pp. 153 ss.
8. H. Stanley Jevons, *The British Coal Trade*, Londres, 1915, pp. 367-368 y 374.
9. W. Ashworth, «Economic Aspects of Late Victorian Naval Administration», *Economic History Review*, XXII (1969), p. 491.
10. Engels a Danielson, 22 de septiembre de 1892: Marx-Engels, *Werke*, XXXVIII, Berlín, 1968, p. 467.
11. Clive Trebilcock, «"Spin-off" in British Economic History: Armaments and Industry, 1760-1914», *Economic History Review*, XXII (1969), p. 480.
12. Romein, *op. cit.*, p. 124.
13. Admiral Raeder, *Strugle for the Sea*, Londres, 1959, pp. 135 y 260.
14. David Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, 1969, pp. 240-241.

15. D. C. Watt, *A History of the World in the Twentieth Century*, Londres, 1967, I, p. 220.
16. L. A. G. Lennox, ed., *The Diary of Lord Bertie of Thame 1914-1918*, Londres, 1924, pp. 352 y 355.
17. Chris Cook y John Paxon, *European Political Facts 1848-1918*, Londres, 1978, p. 188.
18. Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1918*, Londres, 1983, p. 331.
19. A. Offner, «The Working Classes, British Naval Plans and the Coming of the Great War», *Past & Present*, 107 (mayo de 1985), pp. 204-226, analiza este aspecto en profundidad.
20. Haupt, *op. cit.*, p. 175.
21. Marc Ferro, *La Grande Guerre 1914-1918*, París, 1969, p. 23.
22. W. Emmerich, ed., *Proletarische Lebensläufe*, Reinbek, 1975, II, p. 104.
23. Haupt, *op. cit.*, p. 253 n.
24. *Wille zur Macht*, p. 92.
25. Rupert Brooke, «Peace», en *Collected Poems of Rupert Brooke*, Londres, 1915.
26. *Wille zur Macht*, p. 94.

Epílogo (pp. 337-349)

1. Bertolt Brecht, «An die Nachgeborenen», en *Hundert Gedichte 1918-1950*, Berlín Este, 1955, p. 314.
2. Albert O. Hirschman, *The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection*, Center for US-Mexican Studies, Universidad de California, San Diego, diciembre de 1986, p. 4.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

«Por un chelín la vida te dará todos los hechos», escribió el poeta W. H. Auden respecto al tema objeto de sus reflexiones. El coste es más elevado en la actualidad, pero todo aquel que quiera conocer los principales acontecimientos y personalidades de la historia del siglo XIX debe leer este libro junto con uno de los muchos textos escolares o universitarios básicos, como *Europe 1815-1914* de Gordon Craig, 1971, y asimismo puede acudir a obras de consulta como la de Neville Williams, *Chronology of the Modern World*, 1969, en el que se mencionan los principales acontecimientos de cada año, desde 1763 en diferentes campos. Entre los diversos libros de texto existentes sobre el período que estudiamos en este libro, recomendamos los primeros capítulos del de James Joll, *Europe since 1870* (varias ediciones), y el de Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1918*, 1983. La obra de D. C. Watt, *History of the World in the Twentieth Century*, vol. I: *1890-1918*, 1967, realiza un buen análisis de las relaciones internacionales. *La era de la revolución, 1789-1848*, y *La era del capital, 1848-1875*, del autor de este libro, constituyen el telón de fondo para este volumen, que continúa el análisis del siglo XIX iniciado en los volúmenes anteriores.

Existen en este momento numerosas descripciones impresionistas o, más bien, puntillistas de Europa y el mundo en los últimos decenios anteriores a 1914; entre ellas, *The Proud Tower*, de Barbara Tuchman, 1966, es la más difundida. Menos conocida es la obra de Edward R. Tannenbaum, *1900, The Generation Before the Great War*, 1976. El libro que más me gusta, en parte porque me he basado muchas veces en su erudición enciclopédica y en parte porque comparto con el autor una tradición intelectual y una ambición histórica, es el del ya fallecido Jan Romein, *The Watershed of Two Eras: Europe in 1900*, 1976.

Hay una serie de obras colectivas o enciclopédicas, o compendios de referencia, que estudian temas del período que cubre el presente libro, así como de otros períodos. No recomendamos el volumen pertinente (XII) de la *Cambridge Modern History*, pero los de la *Cambridge Economic History of Europe* (vols. VI y VII) contienen excelentes estudios. La *Cambridge History of the British Empire* representa un tipo de historia obsoleta y poco útil, pero las historias de África, China y, en especial, América Latina, corresponden propiamente a la historiografía de finales del siglo XX. Entre los atlas históricos destaca el *Times Atlas of World History*, 1978, realizado bajo la dirección de un historiador original e imaginativo, G. Barraclough; es muy útil también el *Atlas of Modern History*, de Penguin. El *Chambers Biographical Dictionary* contiene breves datos sobre un sorprendente número de personajes de todos los períodos hasta el momento actual, en un solo volumen. La obra de Michael Mulhall, *Dictionary of Statistics*, ed. 1898, reimpr. 1969, sigue siendo indispensable para el siglo XIX. El compendio moderno fundamental es el de B. Mitchell, *European Histori-*

cal Statistics, 1980. Su contenido es básicamente económico. La obra de Peter Flora, ed., *State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975*, 1983, contiene una gran masa de información sobre aspectos políticos, institucionales y administrativos, educativos y otros. *The Watershed of Two Eras*, de Jan Romein, no está pensado como un libro de texto, pero puede consultarse como tal, especialmente en aspectos tales como la cultura y las ideas.

Para un tema de especial interés en este período, como el de la emigración, la obra más destacada sigue siendo la de I. Ferenczi y W. F. Wilcox, eds., *International Migration*, 2 vols., 1929-1931. Respecto al tema de la población, de interés permanente, es conveniente consultar la obra de C. MacEvedy y R. Jones, *An Atlas of World Population History*, 1978. En los diferentes apartados que siguen a continuación mencionamos algunas obras de consulta sobre temas más especializados. Quien quiera saber qué visión tenía de sí mismo el siglo XIX en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial debe consultar la 11.ª edición de la *Encyclopaedia Britannica* (última edición británica, 1911), que por su gran calidad puede consultarse todavía en muchas bibliotecas.

Historia económica

Sobre la historia económica del período hay algunas breves introducciones: W. Woodruff, *Impact of Western Man: A Study of Europe's Role in the World Economy 1750-1960*, 1966, y W. Ashworth, *A Short History of the International Economy Since 1850* (varias ediciones). La *Cambridge Economic History of Europe* (vols. VI y VII) y C. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, vols. IV y V, partes 1 y 2, 1973-1975, son obras de colaboración cuya calidad va desde lo bueno a lo excelente. La obra de Paul Bairoch, *The Economic Development of the Third World Since 1900*, 1975, amplía el espectro. De las muchas obras útiles de este autor, sólo algunas de las cuales, lamentablemente, han sido traducidas, hay que citar P. Bairoch y M. Levy-Leboyer, eds., *Disparities in Economic Development Since the Industrial Revolution*, 1981, cuyo contenido es pertinente para el período que estudiamos. Las obras de A. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe 1780-1870*, 1973, y *The Development of the Economies of Continental Europe 1850-1914*, 1979, son mucho más que meros manuales. En este período se centra también el libro de S. Pollard y C. Holmes, eds., *Documents of European Economic History*, vol. II: *Industrial Power and National Rivalry 1870-1914*, 1972. El estudio más interesante y de mayor calidad de los adelantos tecnológicos es el de D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*. Sidney Pollard integra la historia de la industrialización británica y continental en *Peaceful Conquest*, 1981.

Respecto a temas económicos de importancia para este período, véanse las discusiones en torno al tema B9 («De la empresa familiar a la gestión profesional»), en el Octavo Congreso Internacional de Historia Económica, Budapest, 1982. Son pertinentes también los libros de Alfred D. Chandler, *The Visible Hand: The Management Revolution in American Business*, 1977, y de Leslie Hannah, *The Rise of the Corporate Economy*, 1976. A. Maizels, *Industrial Growth and World Trade*, W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations 1870-1913*, 1978; Herbert Feis, *Europe, the World's Banker* (reimpr. desde 1930), y M. de Cecco, *Money and Empire: The International Gold Standard 1890-1914*, 1974, analizan otros temas interesantes para la economía de la época.

Sociedad

La mayor parte del mundo estaba habitada por campesinos. La obra de T. Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, 1971, es una excelente introducción a ese mundo; *The Awkward Class*, 1972, del mismo autor, estudia el campesinado ruso; Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen*, 1976, aporta mucha información sobre el campesinado francés; «Capitalism and Rural Society in Germany», de Max Weber (en H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber*, numerosas ediciones, pp. 363-385), es un estudio más amplio de lo que indica su título. G. Grossick y H. G. Haupt, eds., *Shopkeepers and Master Artisans in 19th Century Europe*, 1984, se ocupa de la pequeña burguesía. Existe una abundantísima bibliografía sobre la clase obrera, pero casi siempre los estudios se limitan a un solo país, ocupación o industria. Las obras de Peter Stearns, *Lives of Labor*, 1971; Dick Geary, *European Labor Protest 1848-1939*, 1981; Charles Louise y Richard Tilly, *The Rebellious Century 1830-1930*, 1975, y de E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, 1964 (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979) y otras ediciones, y *Worlds of Labour*, 1984 (hay trad. cast.: *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987), cubren una amplia zona, al menos en parte. Son todavía más escasos los estudios que se ocupan de los trabajadores en el contexto de su relación con otras clases. Uno de ellos es el de David Crew, *Town in the Ruhr: A Social History of Bochum 1860-1914*, 1979. El estudio clásico sobre la transformación de los campesinos en obreros es el de F. Znaniecki y W. I. Thomas, *The Polish Peasant in Europe and America*, 1984 publicado originalmente en 1918.

Más escasos son todavía los estudios comparativos de las clases medias o burguesías, aunque, por fortuna, los estudios nacionales son ahora más frecuentes. *France 1848-1945*, 2 vols., 1973, de Theodore Zeldin, contiene mucha información sobre este y otros aspectos de la sociedad, aunque el autor no realiza análisis alguno. Los primeros capítulos de la obra de R. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 1, *1880-1920*, 1983, constituyen un estudio de la movilidad social mediante una combinación de acumulación y examen, y hay una serie de estudios de William Rubinstein, publicados fundamentalmente en *Past & Present*, que arrojan una luz más general sobre la burguesía británica. El tema general de la movilidad social es analizado con autoridad por Hartmut Kaelble, *Social Mobility in the 19th and 20th Centuries: Europe and America in Comparative Perspective*, 1985. El estudio de Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime*, 1982, es comparativo y contiene material valioso especialmente sobre las relaciones entre las clases media y alta, con una tesis controvertida. Como siempre, en el siglo XIX las novelas y obras de teatro constituyen la mejor presentación del mundo de la burguesía y la aristocracia. La cultura y la política como ilustración de una situación difícil de la burguesía son perfectamente utilizadas en Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, 1980.

El gran movimiento de emancipación de la mujer ha producido una vasta bibliografía de diferente calidad, pero no existe un libro satisfactorio sobre el período. Aunque no es histórico ni se preocupa esencialmente del mundo desarrollado, es importante el libro de Ester Boserup, *Women's Role in Economic Development*, 1970. Es fundamental el estudio de Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, 1978; véase también la sección «División sexual del trabajo y capitalismo industrial», en la excelente revista de estudios femeninos *Signs*, invierno de 1981. En el estudio de T. Zeldin, *France 1848-1945*, vol. I, existe un capítulo dedicado a la mujer. Son pocas las historias nacionales en las que ocurre lo mismo. Hay muchos títulos publi-

cados sobre el feminismo. Richard J. Evans (que ha escrito un libro sobre el movimiento alemán) realiza un estudio comparativo sobre este tema en *The Feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America and Australia 1840-1920*, 1977. Sin embargo, no se han investigado de forma sistemática las numerosas formas, no políticas, en que varió la situación de la mujer generalmente para mejor, así como su relación con otros movimientos aparte de la izquierda secular. Sobre los principales cambios demográficos, véase D. V. Glass y E. Grebenik, «World Population 1800-1950», en *Cambridge Economic History of Europe*, vol. IV, 1965, y C. Cipolla, *The Economic History of World Population*, 1962 (hay trad. cast.: *Historia económica de la población mundial*, Crítica, Barcelona, 1989[5]). La obra de D. V. Glass y D. E. C. Eversley, eds., *Population in History*, 1965, contiene una colaboración de extraordinario interés de J. Hajnal sobre las diferencias históricas entre el modelo matrimonial europeo y los demás modelos.

Anthony Sutcliffe, *Towards the Planned City 1780-1914*, 1981, y Peter Hall, *The World Cities*, 1966, son introducciones modernas a la urbanización del siglo XIX; Adna F. Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*, 1897 y reediciones recientes, es un análisis contemporáneo que sigue siendo importante.

Sobre la religión y las iglesias, Hugh McLeod, *Religion and the People of Western Europe*, 1974, es breve y lúcido. El estudio de D. E. Smith, *Religion and Political Development*, 1970, se centra más específicamente en el mundo no europeo, para el cual sigue siendo importante, aunque ya antiguo, *Islam in Modern History*, 1957, de W. C. Smith.

El imperialismo

El texto contemporáneo básico sobre el imperialismo es el de J. A. Hobson, *Imperialism*, 1902 y numerosas ediciones posteriores. Para un debate sobre este tema, véase Wolfgang Mommsen, *Theories of Imperialism*, 1980, y R. Owen y B. Sutcliffe, eds., *Studies on the Theory of Imperialism*, 1972. Daniel Headrick, *Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, 1981, y V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse 1815-1960*, 1982, arrojan luz sobre las conquistas de las colonias. El extraordinario estudio de V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, 1972 es, con mucho, el mejor análisis de las «actitudes europeas hacia el mundo exterior en la era imperialista» (subtítulo del libro). Sobre la economía del imperialismo, véase P. J. Cain, *Economic Foundations of British Overseas Expansion 1815-1914*, 1980; A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa*, 1973, y el ya antiguo pero valioso estudio de Herbert Feis, ya mencionado así como el de J. F. Rippy, *British Investments in Latin America 1822-1949*, 1959 y, respecto al escenario americano, el estudio de la United Fruit, *Empire in Green and Gold*, 1947.

Respecto a la visión de los responsables de la política económica, véase J. Gallagher y R. F. Robinson, *Africa and the Victorians*, 1958, y D. C. M. Platt, *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815-1914*, 1968. Sobre las implicaciones domésticas y las raíces del imperialismo, Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform*, 1960, y, para quienes no conocen el alemán, H.-U. Wehler, «Bismarck's Imperialism 1862-1890», *Past & Present*, 48, 1970. Sobre algunos de los efectos del imperialismo en los países receptores, Donald Denoon, *Settler Capitalism*, 1983, Charles Van Onselen, *Studies in the Social and Economic History of the Witwatersrand 1886-1914*, 2 vols., 1982, y —un aspecto descuidado— Edward Bristow, *The Jewish Fight Against White Slavery*, 1982. El libro de Thomas Pakenham, *The Boer War*, 1979, es un vívido retrato de la más importante de las guerras imperialistas.

Aspectos políticos

Los problemas históricos de la aparición de la política popular sólo se pueden estudiar país por país. Sin embargo, pueden ser de utilidad algunas obras generales. Algunos de los estudios contemporáneos se mencionan en las notas del capítulo 4. Entre ellos, todavía conserva su interés el de Robert Michels, *Political Parties*, varias ediciones, porque se basa en intensas reflexiones sobre el tema. El estudio de Eugene y Pauline Anderson, *Political Institutions and Social Change in Continental Europe in the Nineteenth Century*, 1967, es útil respecto al desarrollo del aparato del estado, el de Andrew McLaren, *A Short History of Electoral Systems in Western Europe*, 1980, no es otra cosa que lo que anuncia su título. La obra de Peter Kohler, F. Zacher y Martin Partington, eds., *The Evolution of Social Insurance 1881-1981*, 1982, se centra únicamente, por desgracia, en Alemania, Francia, el Reino Unido, Austria y Suiza. La recopilación más completa de datos para consulta sobre todos los asuntos interesantes al respecto es la de Peter Flora, *State Economy and Society in Western Europe*, mencionado más arriba. El trabajo de E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, 1983 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1989), analiza las reacciones no institucionales a la democratización de la política, especialmente en los estudios de D. Cannadine y E. J. Hobsbawm. La obra de Hans Rogger y Eugen Weber, eds., *The European Right: A Historical Profile*, 1965, constituye una guía a esa parte del espectro político que no se analiza en el texto, excepto de forma accidental en relación con el nacionalismo.

Sobre la aparición de los movimientos obreros y socialistas, la obra clásica de consulta es la de G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, III, partes 1 y 2, «La Segunda Internacional», 1959. Más breve es el estudio de James Joll, *La Segunda Internacional, 1889-1914*, 1976. En la obra de W. Guttsman, *The German Social-Democratic Party 1875-1933*, 1981, encontrará el lector el análisis más adecuado de un «partido de masas» clásico. Los estudios de Georges Haupt, *Aspects of International Socialism 1889-1914*, 1986, y M. Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution*, 1979, constituyen dos buenas introducciones a las expectativas e ideologías. J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, 2 vols., 1967, e Isaac Deutscher, *Vida de Trotsky*, vol. I: *El profeta armado*, 1968, ven el socialismo a través de los ojos de destacados participantes en los acontecimientos.

Sobre el nacionalismo pueden consultarse los capítulos pertinentes de mis obras *La era de la revolución* y *La era del capital*. Ernest Gellner ha realizado en *Nations and Nationalism*, 1983, un análisis reciente del fenómeno, y la obra de Hugh Seton-Watson, *Nation and States*, 1977, es realmente enciclopédica. Fundamental es el estudio de M. Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, 1985. Sobre la relación entre el nacionalismo y los movimientos obreros, véase mi ensayo «What is the Worker's Country», en *Worlds of Labour*, 1984. Aunque de interés únicamente para los especialistas, aparentemente, los estudios galeses que aparecen en D. Smith y H. Francis, *A People and a Proletariat*, 1980, son plenamente relevantes.

Historia cultural e intelectual

El libro de H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society*, numerosas ediciones, es la introducción mejor conocida sobre la transformación de las ideas en este período; el de George Lichtheim, *Europe in the Twentieth Century*, 1972, aunque pretende ser una historia general, trata fundamentalmente de los procesos intelectuales. Como todas las obras de este autor, es denso pero extraordinariamente gratificante. En Jan Romein, *The Watershed of Two Eras* (ya citado) encontrará el lector un material inacabable. Para las ciencias, C. C. Gillispie, *On the Edge of Objectivity*, 1960, que cubre un período mucho más amplio, es una introducción sofisticada. Este campo es demasiado amplio para un estudio breve. Los de C. C. Gillispie, ed., *Dictionary of Scientific Biography*, 16 vols., 1970-1980, y Philip P. Wiener, ed., *Dictionary of the History of Ideas*, 4 vols., 1973-1974, son excelentes como obras de consulta; breves y de calidad son W. F. Bynum, E. J. Browne y Roy Porter, eds., *Dictionary of the History of Science*, 1981, así como el *Fontana Dictionary of Modern Thought*, 1977. Sobre el trascendental campo de la física, Ronald W. Clark, *Einstein, the Life and Times*, 1971, qué puede complementarse con R. McCormmach, ed., *Historical Studies in the Physical Sciences*, vol. II, 1970, sobre la forma en que fue recibida la teoría de la relatividad. La novela del mismo autor, *Night Thoughts of a Classical Physicist*, 1982, es una perfecta evocación del científico medio convencional y, al mismo tiempo, del mundo académico alemán. El lector encontrará en C. Webster, ed., *Biology, Medicine and Society 1840-1940*, 1981, una introducción al mundo de la genética, la eugenesia, la medicina y las dimensiones sociales de la biología.

Son numerosas las obras de consulta para el arte, por lo general sin un gran sentido histórico: la *Encyclopedia of World Art* es muy útil para las artes visuales, el *New Grove Dictionary of Music*, 16 vols., 1980, es una obra escrita por expertos para otros expertos. Generalmente, las obras generales sobre Europa en 1900 y en torno a este año tienen bastante información sobre el arte del período (por ejemplo, la de Romein). En cuanto a las historias generales del arte, dependen del gusto del lector, a no ser que se trate de simples crónicas. La obra de Arnold Hauser *Historia social del arte*, 1960, es una versión marxista muy inflexible. En cuanto a la de W. Hofmann, *Turning-Points in Twentieth-century Art 1890-1917*, 1969, es interesante pero también discutible. La relación entre William Morris y el modernismo se enfatiza en N. Pevsner, Pioneers of the Modern Movement, 1936. Los estudios de Mark Girouard, *The Victorian Country House*, 1971, y *Sweetness and Light: The Queen Anne Movement 1860-1900*, 1977, son interesantes para el estudio de los vínculos entre la arquitectura y el estilo de vida de las diferentes clases. El estudio de Roger Shattuck, *The Banquet Years: The Origins of the Avantgarde in France 1885 to World War One* (ed. rev., 1967) es instructivo y divertido. Excelente es el tratado de Camilla Gray, *The Russian Experiment in Art 1863-1922*, 1971. Para el teatro y la vanguardia de un importante centro europeo, P. Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism*, 1985. Es interesante también Roy Pascal, *From Naturalism to Expressionism: German Literature and Society 1880-1918*, 1973.

Entre los libros que pretenden integrar el arte con la sociedad contemporánea y otras tendencias intelectuales, hay que consultar las obras de Romein y Tannenbaum. Interesante y atrevida es la obra de Stephen Kern, *The Culture of Time and Space 1880-1918*, 1983. El lector juzgará si además es convincente.

Sobre las grandes tendencias en las ciencias sociales y humanas, J. A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, varias ediciones desde 1954, es enciclopédica y árida, sólo recomendable como obra de consulta. El libro de G. Lichtheim, *Marxism*, 1961, merece una atenta lectura. Los sociólogos, siempre inclinados a reflexionar sobre la naturaleza de su disciplina, han investigado también su historia. Pueden servir como guía los artículos publicados bajo el apartado de «Sociología» de la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. XV. No es fácil seguir la historia de la historiografía en el período que estudiamos, salvo en George Iggers, *New Directions in European Historiography*, 1975. Sin embargo, el artículo «Historia» en la *Encyclopedia of the Social Sciences*, ed. E. R. A. Seligman, 1932, que en muchos aspectos no ha sido superado por la *International Encyclopedia* de 1968, presenta un panorama ajustado de sus debates. Se debe a la pluma de Henri Berr y Lucien Febvre.

Historias nacionales

Una bibliografía que sólo recoge obras en inglés es adecuada para aquellos países en los que se habla esta lengua y (gracias en gran medida a la importancia que tienen los estudios del Asia oriental en los Estados Unidos) no resulta inadecuada para el Lejano Oriente, pero inevitablemente omite la mayor parte de las obras de mayor calidad y más sólidas sobre la mayoría de los países europeos.

Para el Reino Unido, la obra de R. T. Shannon, *The Crisis of Imperialism 1865-1915*, 1974, es un buen texto, sobre todo sobre los temas culturales e intelectuales, pero el libro de George Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England*, publicado originalmente en 1935 (por tanto, hace más de cincuenta años) y erróneo en la mayor parte de sus detalles, es aún la forma más interesante de comenzar a estudiar la historia de la nación durante este período. Más antiguo es aún *A History of the English People in the Nineteenth Century, 1895-1915*, vols. IV y V, pero es la obra de un observador contemporáneo, muy inteligente, erudito y perceptivo. Para los lectores que ignoran totalmente la historia británica resulta ideal la obra de R. K. Webb, *Modern Britain from the Eighteenth Century to the Present*, 1969.

Por fortuna, han sido traducidos al inglés algunos manuales franceses excelentes. La mejor historia breve que existe en la actualidad es la de J. M. Mayeur y M. Rebérioux, *The Republic from its Origins to the Great War 1871-1914*, 1984. También es recomendable el libro de Georges Dupeux, *French Society 1789-1970*, 1976. Enciclopédico y peculiar resulta el libro de T. Zeldin, *France 1848-1945*, 1973; la obra de Sanford Elwitt, *The Third Republic Defended: Bourgeois Reform in France, 1880-1914*, 1986, analiza la ideología de los dirigentes de la república; la de Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen*, realmente notable, estudia uno de los grandes logros de la república.

Son menos las obras alemanas traducidas al inglés, aunque por fortuna se puede consultar la obra de H.-U. Wehler, *The German Empire 1871-1918*, 1984; se puede complementar con un viejo libro de un inteligente marxista de Weimar, Arthur Rosenberg, *The Birth of the German Republic*, 1931. *German History 1867-1945*, 1981, de Gordon Craig, es una obra global. El libro de Volker Berghahn, *Modern Germany, Society, Economics and Politics in the Twentieth Century*, 1986, ofrece un contexto más general. J. J. Sheehan, *German Liberalism in the Nineteenth Century*, 1974, Carl Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, 1955 —antigua pero perceptiva—, y Geoffrey Eley, *Reshaping the German Right*, 1980 —polémica—, ayudan a comprender la política alemana.

Para Austria-Hungría, la obra general más adecuada es la de C. A. Macartney, *The Habsburg Empire*, 1968; la de R. A. Kann, *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy 1848-1918*, 2 vols., 1970, es exhaustiva y a veces agotadora. Para quienes puedan acceder a él, el libro de H. Wickham Steed, *The Habsburg Monarchy*, 1913, recoge lo que un periodista dotado e informado habría visto en la época: Steed era corresponsal del *Times*. El estudio de Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, se centra en la política y la cultura. Son varios los trabajos de Ivan Berend y George Ranki, dos excelentes historiadores húngaros de la economía, que estudian y analizan Hungría en particular y la Europa centrooriental en general, con buenos resultados.

Por lo que respecta a Italia, no son muchos los títulos disponibles para aquellos que no conocen el italiano. Existen algunas historias generales como la de Denis Mack-Smith, *Italy: A Modern History*, 1969, a cargo de un autor cuyos trabajos más importantes se centran en los períodos anterior y posterior al que nosotros estudiamos. El libro de Christopher Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism 1871-1925*, 1967, resulta menos vívido que la ya antigua pero relevante *History of Italy 1871-1915*, 1929, de Benedetto Croce, obra que, sin embargo, omite casi todo lo que no interesa a un pensador idealista y mucho de lo que interesa a un historiador moderno. En cuanto a España, podemos mencionar dos obras generales realmente sobresalientes: la de Raymond Carr, *España, 1808-1939*, 1966, densa pero sumamente valiosa, y *El laberinto español*, 1950, de Gerald Brenan, libro realmente maravilloso aunque pueda ser calificado de «acientífico». La historia de los pueblos y estados de los Balcanes se estudia en varias obras de J. y/o B. Jelavich; por ejemplo, Barbara Jelavich, *History of the Balkans*, vol. II, sobre el siglo XX, 1983. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar la obra de Daniel Chirot, *Social Change in a Peripheral Society: The Creation of a Balkan Colony*, 1976, que analiza el trágico destino del pueblo rumano, y la de Milovan Djilas, *Land Without Justice*, 1958, que recrea el mundo de los valientes montenegrinos. El estudio de Stanford J. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. II: 1808-1975, 1977, es sólido pero desde luego no emocionante.

Sería erróneo afirmar que las historias generales de otros países que pueden consultarse en inglés son satisfactorias, aunque la situación es diferente por lo que respecta a los estudios monográficos (por ejemplo, en la *Scandinavian Economic History Review* y en otras publicaciones).

Las historias de África, América Latina y China de Cambridge (disponibles todas ellas para el período que estudiamos) son unas buenas guías para los continentes o regiones respectivos. La obra de John Fairbank, Edwin O. Reischauer y Albert M. Craig, *East Asia: Tradition and Transformation*, 1978, se ocupa de todos los países del Lejano Oriente y ofrece una útil introducción (en los caps. 17-18 y 22-23) a la historia japonesa moderna, respecto a la cual se puede consultar, con carácter más general, J. Whitney Hall, *Japan: From Prehistory to Modern Times*, ed. de 1986; John Livingston *et al.*, *The Japan Reader*, vol. I: *1800-1945*, 1974, y Janet E. Hunter, *A Concise Dictionary of Modern Japanese History*, 1984. Los lectores no orientalistas interesados en la vida y la cultura japonesas disfrutarán con la lectura de Edward Seidensticker, *Low City, High City: Tokyo from Edo to Earthquake... 1867-1923*, 1985. La mejor introducción a la India moderna es la de Judith M. Brown, *Modern India*, 1985, con una buena bibliografía.

En el apartado dedicado a las revoluciones se mencionan algunas obras sobre China, Irán, el imperio otomano, México, Rusia y otras regiones en fermento.

Por alguna razón escasean las buenas introducciones a la historia de los Estados Unidos en el siglo XX, aunque no faltan los manuales de todo tipo y las reflexiones acerca de lo que significa ser norteamericano y, además, existe un sinfín de estudios monográficos. La versión puesta al día de la obra, ya antigua, de S. E. Morison, H. S. Commager y W. E. Leuchtenberg, *The Growth of the American Republic*, 6.ª ed., 1969, es todavía una de las mejores obras disponibles. No obstante, hay que recomendar también la lectura de *American Diplomacy 1900-1950*, 1951, ed. ampliada, 1984, de George Kennan.

Las revoluciones

Para una perspectiva comparativa de las revoluciones del siglo XX, véase Barrington Moore, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, 1965 (hay trad. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1991), obra clásica que ha inspirado la de Theda Scocpol, *States and Revolutions*, 1978. Es importante Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, 1972; el estudio de E. J. Hobsbawm, «Revolution», en Roy Porter y M. Teich, eds., *Revolution in History*, 1986, es un breve estudio comparativo de los problemas (hay trad. cast.: *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona).

La historiografía de la Rusia zarista, su hundimiento y la revolución, es demasiado amplia como para poder elaborar incluso una lista mínima. Los datos históricos se encontrarán en Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917*, 1967, de más fácil consulta que lectura, y Hans Rogger, *Russia in the Age of Modernisation 1800-1917*, 1983. En T. G. Stavrou, ed., *Russia under the Last Tsar*, 1969, hay estudios de diversos autores sobre temas distintos. El estudio de P. Lyaschenko, *History of the Russian National Economy*, 1949, ha de ser completado con las partes pertinentes de la *Cambridge Economic History of Europe*. Sobre el campesinado ruso, Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, 1932, numerosas reediciones, es la mejor obra para comenzar, aunque ya está obsoleta. El estudio de Teodor Shanin, *Russia as a Developing Society*, vol. I: *Russia's Turn of Century*, 1985, y vol. II: *Russia 1905-1907: Revolution as a Moment of Truth*, 1986, obra extraordinaria y nada fácil, intenta contemplar la revolución desde abajo y a la luz de su influencia en la historia rusa subsiguiente. El libro de Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, varias ediciones, constituye la aportación de un comunista protagonista de los acontecimientos, y es una obra llena de vigor e inteligencia. En la edición inglesa de la obra de Marc Ferro, *The Russian Revolution of February 1917*, hay una buena bibliografía.

También se está incrementando la bibliografía inglesa de la otra gran revolución, la revolución china, aunque en su gran mayoría se centra en el período posterior a 1911. El lector encontrará una historia moderna de China, breve, en la obra de J. K. Fairbank, *The United States and China*, 1979. Mejor aún es el libro del mismo autor, *The Great Chinese Revolution 1800-1985*, 1986. En el estudio de Franz Schurmann y Orville Schell, eds., *China Readings I: Imperial China*, 1967, se ofrecen datos del trasfondo histórico, y el de F. Wakeman, *The Fall of Imperial China*, 1975, responde a lo que indica el título. El estudio más completo de este episodio se hallará en V. Purcell, *The Boxer Rising*, 1963. Para una introducción a otros estudios más monográficos, véase Mary Clabaugh Wright, ed., *China in Revolution: the First Phase 1900-1915*, 1968.

Sobre las transformaciones de otros imperios orientales antiguos, es sólido el

estudio de Nikki R. Keddie, *Roots of Revolution: An Interpretive History of Modern Iran*, 1981. Sobre el imperio otomano, véase Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*, 1961, ed. revisada, 1969, y D. Kushner, *The Rise of Turkish Nationalism 1876-1908*, 1977, que pueden completarse con N. Berkes, *The Development of Secularism in Turkey*, 1964, y Roger Owen, *The Middle East in the World Economy*, 1981.

Respecto a la única revolución, la mexicana, que surgió como consecuencia del imperialismo, en el período que nos ocupa, podemos mencionar dos obras a modo de introducción: los primeros capítulos de Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico*, 1981 —o el capítulo del mismo autor en la *Cambridge History of Latin America*—, y John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, 1969. Ambos autores son extraordinarios. No existe una introducción de similar calidad para la muy controvertida historia de la liberación nacional india. El mejor estudio, para comenzar, es el de Judith Brown, *Modern India* 1985. Los temas económicos y sociales pueden estudiarse en A. Maddison, *Class Structure and Economic Growth in India and Pakistan Since the Mughals*, 1971. Quienes deseen consultar algún estudio más monográfico deben acudir a C. A. Bayly, *The Local Roots of Indian Politics: Allahabad 1880-1920*, 1975, obra de un brillante indianista; el estudio de L. A. Gordon, *Bengal: The Nationalist Movement 1876-1940*, 1974, se centra en la región más radical.

Sobre la región islámica fuera de Turquía e Irán no existen muchas obras que se puedan recomendar. Se puede consultar el libro de P. J. Vatikiotis, *The Modern History of Egypt*, 1969, pero resulta más entretenida la del famoso antropólogo E. Evans-Pritchard, *The Sanusi of Cyrenaica*, 1949 (sobre Libia). Fue escrita para informar a los comandantes británicos que luchaban en estos desiertos durante la segunda guerra mundial.

La paz y la guerra

Una buena introducción, escrita recientemente, a los problemas de los orígenes de la primera guerra mundial es la de James Joll, *The Origins of the First World War*, 1984. El estudio de A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe*, 1954, es antiguo, pero trata de forma excelente las complicaciones de la diplomacia internacional. Excelentes monografías recientes son las de Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, 1980; Zara Steiner, *Britain and the Origins of the First World War*, 1977; F. R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo: The Foreign Policy of Austria-Hungary 1866-1914*, 1976, y Volker Berghahn, *Germany and the Approach of War*, 1973. El estudio de Geoffrey Barraclough, *From Agadir to Armageddon: The Anatomy of a Crisis*, 1982, es la obra de uno de los historiadores más originales de esta época. Para la guerra y la sociedad en general es estimulante la obra de William H. McNeil, *The Pursuit of Power*, 1982; sobre el período específico que cubre el presente libro, Brian Bond, *War and Society in Europe 1870-1970*, 1983; sobre la carrera de armamentos en los años anteriores a la guerra, Norman Stone, *The Eastern Front 1914-1917*, 1978, caps. 1-2. Marc Ferro, *The Great War*, 1973, realiza un buen estudio del impacto de la guerra. Robert Wohl, *The Generation of 1914*, 1979, estudia algunos personajes que deseaban la guerra; por su parte, Georges Haupt se refiere en *Aspects of International Socialism 1871-1914*, 1986, a quienes no la deseaban y estudia, con especial brillantez, la actitud de Lenin ante la guerra y la revolución.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE